FRANÇOIS FEJTÖ

RÉQUIEM POR UN IMPERIO DIFUNTO

HISTORIA DE LA DESTRUCCIÓN DE AUSTRIA-HUNGRÍA

Acceso abierto

François Fejtö

Réquiem por un imperio difunto

Historia de la destrucción de Austria-Hungría

Título original: Requiem pour un empire défunt
© Edima/Lieu Commun 1988 y 1992, Editions du Seuil 1993 y Perrin, département d'Edi8, 2014 de la edición aumentada y corregida
© Ediciones Encuentro, S. A., Madrid, 2015
© de la traducción: Jorge Segovia

Creative Commons
Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales.

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
ISBN: 978-84-9055-338-1
Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:
Redacción de Ediciones Encuentro
Ramírez de Arellano, 17-10.a - 28043 Madrid - Tel. 915322607
www.ediciones-encuentro.es

A la memoria de mi padre, liberal, francmasón y ciudadano leal de la monarquía austrohúngara

A Rose, a Charles, a Andrea y a mis nietos Raphaël, Kalyane y Sorey

Doy las gracias más sinceras —la lista nominativa sería larga, incluyendo, especialmente, a los Directores de Archivos Nacionales, de archivos del Ministerio Francés de Asuntos Exteriores, del Ministerio Italiano de Asuntos Exteriores, de los archivos de la Prefectura de Policía de París, de los Haus Hof-Und Staats Archiven de Viena, de los Archivos del Gran Oriente de Francia, de la Biblioteca Nacional— a todos los que me han ayudado generosamente en mis investigaciones.

Particularmente estoy agradecido al profesor Georges-Henri Soutou, que puso a mi disposición su monumental tesis inédita sobre los objetivos de guerra económicos de las grandes potencias de 1914 a 1919, verdadera mina de enseñanzas, como también a los numerosos amigos, historiadores, especialistas, testigos o descendientes, como Lorenzo y Siméon de Habsburgo, y Claude Lafave, que me asistieron con sus consejos, notas y documentos. Finalmente, quiero resaltar mi deuda con los autores de la monumental obra colectiva *Die Habsburger Monarchie*, dirigida por Adam Wandruszka y Peter Urbanitch y editada por la Academia austríaca de Ciencias, Viena, 1980.

CARLOS I

Por la Gracia de Dios

Emperador de Austria

Rey apostólico de Hungría

Rey de Bohemia, de Dalmacia, de Croacia, de Eslavonia, de Galitzia, de Lodomeria y de lliria; Rey de Jerusalén, Archiduque de Austria; Gran Duque de Toscana y de Cracovia; Duque de Lorena, de Salzburgo, de Estiria, de Carintia, de Krain y de Bucovina; Gran Príncipe de Siebenbürgen, Margrave de Moravia; Duque de la Alta y Baja-Silesia, de Módena, Parma, Piacenza y Guastalla, de Auschwitz y de Zator, de Ciesyn, Friul, Ragusa y Zara; Conde de Habsburgo y del Tirol de Kyburg, Gorizia y Gradisca; Príncipe de Trento y de Bressanona; Margrave de la Alta y la Baja Lusacia y de Istria, Conde de Hohenembs, de Feldkirch, Bregena, Sonnenberg; Señor de Trieste, de Cattaro; Gran Voivoda de la Voivodía de Serbia, etc.

Utopia is the worst thing for a man (La Utopía es lo peor para un hombre)

V. S. Naipaul

¿Cuál es la misión del escritor? La de descubrir, desenmascarar lo que los ideólogos nos ocultan.

Theodor Bernhard

No aceptar nada sin examen.

Kant

Habría que comenzar por ver lo que ocurre efectivamente, no de lejos…

Cuando era pequeño, la mantequilla era mucho mejor.

Paul Feyerabend

Cuando comienza una guerra, ¿quién ataca? ¿Quién es atacado? Podemos discutir siempre sobre eso.

Georges Louis

En nuestra monarquía en el fondo no hay nada extraño. Sin los idiotas que nos gobiernan, ni siquiera en su aspecto externo había tampoco nada extraño. Lo que quiero decir con eso es que lo que los demás ven de extraño es para nosotros, los austrohúngaros, algo completamente natural. Sin embargo debo decir también que, en esta Europa insensata de los Estados-naciones y los nacionalismos, las cosas más naturales aparecen como extravagantes. Por ejemplo, el hecho de que los eslovacos, los polacos y rutenos de Galitzia, los judíos encaftanados de Borislan, los tratantes de la Bàcska, los musulmanes de Sarajevo, los vendedores de castañas asadas de Mostar se pongan a cantar al unísono el Gott erhalte [1] *el 18 de agosto, día del aniversario de Francisco José, en eso, para nosotros, no hay nada de singular.*

Joseph Roth

(La cripta de los Capuchinos).

PREFACIO

El 29 de noviembre de 1918, en una nota enviada por el gobierno francés al presidente Wilson, en la que se relatan los problemas concernientes al establecimiento de la paz con Alemania, enemigo n° 1 de la Entente, desde ahora vencida, así como con Bulgaria, «eterna aguafiestas», se lee: «En lo que concierne a Austria-Hungría (la cuestión de los preliminares) no se plantea, toda vez que esa potencia ha desaparecido». Potencia desaparecida, pensamos: con la excepción de Polonia, tres veces repartida, nunca se había borrado del mapa de Europa un Estado, sobre todo cuando se trataba de un Estado considerado, algunos años atrás, como una gran potencia política y militar. Algunos meses antes, las tropas de la monarquía, *patchwork* de naciones y nacionalidades, se batían todavía, a menudo victoriosamente, en todos los campos de batalla de Europa. Los croatas eran conocidos como una de las naciones más turbulentas y con más exigencia de autonomía. Pero sobre todo eran las tropas que acababan de infligir a los italianos la humillante derrota de Caporetto. En el mismo momento en que fue evocada la «desaparición» del Estado austrohúngaro en la nota oficial mencionada más arriba, sus soldados seguían ocupando territorios situados en Serbia, en Italia y en Rumanía.

Después, bruscamente ocurrió la desbandada, la disgregación, el desmembramiento, la desaparición. Otros grandes Estados en la Historia habían soportado derrotas y habían sufrido las consecuencias: amputación de su territorio,

compensaciones, humillación. Pero llegar a borrar del mapa un Imperio que ocupaba y administraba el centro de Europa era un hecho nuevo en la Historia, de repercusiones desastrosas.

La Alemania de Guillermo II, que las potencias de la Entente consideraban como el principal factor de guerra, fue igualmente castigada; aparte incluso de la restitución de Alsacia-Lorena, arrancada a Francia en 1871, fue privada de la Posnania, de la Alta-Silesia, de Dantzig, del Schleswig del Norte. Aunque el emperador fuera expulsado, el imperio permaneció, conservando en su poder los medios políticos y económicos esenciales que habían de permitirle recuperarse. La obra de Bismarck no fue aniquilada. En cambio, Austria-Hungría, con sus estructuras estatales mucho más antiguas, mucho más enraizadas, explotó tras la derrota. Se disgregó, dicen los historiadores. La palabra «disgregación» fue destinada para explicar el acontecimiento. De hecho, sólo puede disgregarse una entidad cuya unidad está ya minada en su interior. El Imperio estalló, nos explicaban, porque sus partes constituyentes, los checos, los austríacos, los húngaros, los eslovacos, los rutenos, los rumanos, los croatas, los polacos, los judíos, no querían vivir en un marco estatal del que estimaban que les daba pocas satisfacciones (en materia de libertad, prosperidad, dignidad, seguridad) en comparación con los sacrificios que les pedía. La explicación parecía evidente a finales de 1918. ¿No se habían manifestado las fuerzas centrífugas, sobre todo a comienzos del siglo XX, cada vez con más vehemencia y violencia? En efecto, el Estado multinacional, como aconsejaban muchos de sus ciudadanos previsores, hubiera debido reorganizarse, consolidarse,

crearse una nueva legitimidad en la época de los Estados-naciones, transformándose en lo que parecía ser su vocación natural: una Confederación de Estados autónomos. Fue el rechazo o la tardanza de las clases dirigentes en revisar el sistema político del Imperio lo que acabó por llevar a las fuerzas autonomistas moderadas a incorporarse al campo de los separatistas. De tal manera se hendía la fachada de una potencia; se manifestaban ilusorias la vitalidad y el impulso de la monarquía de los Habsburgo, el formidable potencial cultural que era el suyo, ahora que sus días estaban contados. Las entrañas estaban podridas y un solo golpe del exterior habría bastado para hacer estallar el cuerpo.

Ahora bien, una experiencia existencial, apoyada en la consulta de los archivos de los vencedores y de los vencidos, en numerosas Memorias de testigos, me inspiraron un cierto escepticismo en cuanto a la exactitud de la tesis corrientemente expresada a ese respecto por la mayor parte de la historiografía. Mis investigaciones me condujeron a la hipótesis de que, abstracción hecha de las fuerzas de cohesión que mantuvieron unidos a los pueblos y a las naciones durante siglos, y que el azar y las necesidades de la Historia habían llevado antaño a unirse ante las incesantes presiones extranjeras, las tendencias centrífugas, autonomistas, separatistas, no hubieran podido llegar a una disgregación desde el interior, si el desmembramiento de la monarquía no se hubiera decidido en el exterior, ni las fuerzas separatistas (de las que nada prueba que estuvieran unidas ni que representaran a la mayoría de las poblaciones) no hubieran sido sostenidas y alentadas por los «árbitros» de la Entente.

En efecto, la supervivencia secular de la monarquía, frágil

desde luego por el hecho de su extensión territorial y por su carácter compuesto, no reposaba únicamente, ni tampoco principalmente, en sus propias fuerzas, sino más bien en la naturaleza del sistema internacional. Los principios de equilibrio, de «balanza de fuerzas» —que regían en Europa más o menos desde la paz de Westfalia, con el breve episodio de guerra de la aventura napoleónica— habían sido los garantes.

Las victorias de Napoleón hubieran podido disgregar fácilmente la monarquía si sus miembros componentes, sobre todo los húngaros, que, tras la muerte de José II, estuvieron a punto de separarse, hubieran aprovechado la ocasión para reivindicar su independencia. Ahora bien, a pesar de las derrotas que le había infligido Napoleón, la monarquía se restauró con una rapidez sorprendente, y en verdad nadie pensó tampoco, en el congreso de Viena, en castigar a Francia con un desmembramiento, por haber querido sustituir su hegemonía en el equilibrio europeo. Por esto, pienso, es sobre todo en las concepciones de los vencedores de la Gran Guerra, en sus ideas de reorganización europea tras la sangrante comprobación de la correlación de fuerzas que fue la guerra, donde convendría investigar las causas de la decisión de suprimir a Austria-Hungría.

Me parecía digno de interés examinar cómo y por qué se operaba en el espíritu de los vencedores el deseo de sustituir la idea tradicional de una paz negociada, en vistas al restablecimiento o modificación del equilibrio, por el concepto inédito de «victoria total», que volvía aceptable, casi legítima, la supresión de un Estado enemigo. El examen de las circunstancias en las cuales se tomó la decisión de

desmembrar la monarquía austrohúngara al final de una victoria total se imponía más aún cuando no era difícil prever los desórdenes —irreparables— que tal elección engendraría. En primer lugar, porque la destrucción del Estado austrohúngaro sobrevino en el mismo momento en que la economía mundial progresaba rápidamente por una vía favorable a la constitución de grandes unidades. Ese gran conjunto relativamente muy experimentado fue reemplazado por un mosaico de pequeños Estados no más homogéneos ni menos multinacionales que el imperio cuya multinacionalidad se tomó como pretexto para disolverlo, Estados que se apresuraron, ebrios de su nacionalismo triunfante, a encerrarse en las fronteras trazadas en contra del sentido común [2]. En la mayoría de los países nuevamente creados, los centros industriales estaban separados de sus zonas habituales de aprovisionamiento. Las fuentes energéticas y mineras estaban irregularmente repartidas, y el auge de las fuerzas económicas se acentuó incluso con medidas proteccionistas que tendían a una especie de cerco aduanero de Hungría y de Alemania. En ese espacio económico dislocado se desarrollaban las tendencias autárquicas y proteccionistas que sólo podían tener efectos nefastos. Añadamos a eso la tentación que constituyó para Austria, separada de su *hinterland* y muy poco accesible, la unión con Alemania; añadamos la amargura de los vencidos maltratados, su voluntad de revancha que obligaba a los beneficiarios de la victoria total: Checoslovaquia, Yugoslavia, a agruparse en una Pequeña-Entente, dirigida principalmente contra la Hungría revisionista, alianza que obligó a esta última a buscar protección al lado de una Italia insatisfecha de

los frutos de su victoria y de una Alemania igualmente revisionista…

Resulta banal, en la actualidad, constatar que la victoria total de 1918 y los tratados de paz que de allí surgieron engendraron el neoimperialismo monstruoso de Alemania, encarnado por Hitler, y después el expansionismo de la Unión Soviética, que pudo hacerse cargo, como premio por su contribución a la victoria frente a Hitler, de la casi totalidad de la Europa Central.

«La última Guerra Mundial probablemente no hubiera estallado en el caso de la existencia de una vigorosa federación centro-este europea, aunque esta federación no se hubiera extendido más allá de Checoslovaquia, de Polonia, de Hungría», escribió István Bibó en 1978. Ahora bien, a esta federación no le dieron tiempo para constituirse.

En efecto, la nueva interpretación con la que intento reemplazar el determinismo un poco simplista de la historiografía de 1918 por un determinismo alternativo —*Austria-Hungría no estalló; la hicieron estallar*— no tiene ninguna significación práctica, si no es la de probar la importancia del factor ideológico en la conducta y en los resultados de la Primera Guerra Mundial y de demostrar, parafraseando a Gide, que con las mejores intenciones se puede hacer una mala política. Pero lo hecho, hecho está. Una vez que la Historia se interna con fuerza por una senda nada puede detenerla, y las lamentaciones, de un lado, las nostalgias, por el otro, que suscitan las consecuencias de un acontecimiento crucial no pueden hacerla volver al buen camino. Europa Central sólo es ya un recuerdo geográfico, e incluso los geógrafos y los historiadores tienden a reemplazar

su nombre por el de Europa del Este. No conduce a nada, aunque no le falte su gracia, polemizar con los muertos o incluso acusarlos de irresponsabilidad y de imprevisión. El historiador debe contentarse con restituir, en la medida de lo posible, con objetividad, los orígenes, el desarrollo, el desenlace de una situación de hecho y las consecuencias a corto y a más largo plazo que nos impone asumir, a nosotros también *Europeos*, que somos, en último término, responsables de nuestro porvenir, ya que no podemos luchar contra nuestro pasado.

F. F.

PRIMERA PARTE

Causas y objetivos de la Primera Guerra Mundial

I. LOS CULPABLES

If, as we have argued, the decision to go to war was the result of a series of deliberations by a handful of men, how does one explain the continued popular support for these men? (Si, como hemos demostrado, la decisión de hacer la guerra fue el resultado de las deliberaciones de un puñado de hombres, ¿cómo explicar el apoyo popular constante que gozaron esos hombres?).

Zara S. Steiner, *Britain and Origin of the First World War*

Uno de los fenómenos más sorprendentes del fin del siglo XIX y de comienzos del XX ha sido la ascensión, aparentemente irresistible, del movimiento pacifista en Europa y en los Estados Unidos. El ruido de los congresos y las conferencias de paz, de una amplitud creciente, apagó el otro, más discreto, de los intensos preparativos de guerra de las industrias, de los estados mayores y de los diplomáticos.

Los espíritus más sobresalientes, desde Victor Hugo a Romain Rolland, prestaron su voz poderosa a las oratorias pacifistas. El pacifismo de los progresistas liberales burgueses recibió el refuerzo de las masas socialistas, democráticas y anarquistas. La II Internacional guió, bajo las banderas rojas y al son de *La Internacional*, por la vía pacífica a los sindicatos obreros y al movimiento cooperativo, cada vez más poderosos. Independientemente de las conferencias de La Haya, muy oficiales y majestuosas, donde se discutían durante meses de la manera más seria acerca del arbitraje en caso de conflicto y del desarme, se sucedieron congresos pacifistas en todas las capitales, atrayendo a cientos de miles de defensores entusiastas.

El asesinato de uno de los apóstoles de la paz más universalmente respetado, Jean Jaurès, iluminó, como un

relámpago en un paisaje sumergido en una tenue oscuridad, la existencia de fuerzas ocultas, mucho más poderosas que todas las elocuencias e ilusiones pacifistas. Y repentinamente, en todas las capitales de Europa, se pudieron ver desfiles de inmensas masas abigarradas y jubilosas —¿eran las mismas? — saludando, en la guerra, la promesa de la paz eterna, la extirpación definitiva del mal que se situaba «del otro lado» y engendraba, desde hacía milenios, miseria, ignorancia, violencia y guerra.

Algunos malévolos habían entrevisto, detrás de las profesiones de fe patrióticas a la vez belicosas y humanistas, el placer de escapar «a los empleos de mostrador», según la expresión de Céline, al aburrimiento de los días que se suceden monótonos, a las repeticiones de la vida conyugal, de la vida en familia, de la que Gide diría cuánto la odiaba. Y los filósofos estoicos o cínicos que citaban a Moltke, a Nietzsche o Barres, pudieron constatar con una amarga y complaciente satisfacción que una vez más los pesimistas tenían razón: el hombre ama la violencia más que el amor, la guerra es una ley de la naturaleza, *naturam expellas furca*… y ya ni siquiera había horca para expulsarla. Se estaba ante una de esas grandes lecciones de la historia de las que la humanidad nunca aprende nada.

La Primera Guerra Mundial estalló tras un cierto número de conflictos de intereses y ambiciones, la mayor parte de los cuales habían enfrentado a las grandes potencias así como a sus protegidos después de la segunda mitad del siglo XIX [3]. Esos conflictos eran más o menos negociables, pero el crecimiento tumultuoso de la Alemania de Guillermo II y la intensificación del joven imperialismo ruso, entre otras cosas,

les confirió una agudeza tal que el equilibrio europeo se encontraba amenazado, y exasperaron la voluntad francesa de revancha por la derrota humillante de 1870-1871. También estaba la inquietante hostilidad de Rusia contra Austria-Hungría, hostilidad que no cesó de reforzarse tras la actitud antirrusa tomada por la monarquía en la guerra de Crimea y expresada en la rivalidad de influencia que enfrentaba a las dos potencias en los Balcanes.

Francia no fue la única en considerar como arrogante y peligrosa la ascensión germánica. Ésta inspiraba temor incluso en su aliada Austria-Hungría, en Rusia y en Gran Bretaña.

El inicio del siglo XX había encontrado ya a Europa dividida en dos campos… La crisis anglo-franco-alemana, en Marruecos, en 1905, la anexión por la doble monarquía de Bosnia-Herzegovina en 1908 y las guerras balcánicas atizaban la tensión y aumentaban la desconfianza de unas potencias contra otras. Dicho esto, si algunos hombres de Estado y observadores pensaban en 1912-1913 que una guerra europea era inevitable, no se puede ignorar tampoco los esfuerzos diplomáticos que tendían a evitarla. Así, una de las bases del sistema de equilibrio era ya la entente franco-británica. Ahora bien, Gran Bretaña planeaba firmar un pacto igualmente con Alemania, pero sus iniciativas fueron rechazadas, pues Guillermo II y el Príncipe Bülow sospechaban segundas intenciones en el gobierno de su Majestad. Los alemanes preferían realizar su ambicioso programa naval de 1900, que precisamente reforzó el acercamiento franco-británico. Barbara von Tindemann (premio Pulitzer) hizo un retrato caricaturesco del emperador Guillermo —quien por otra

parte se prestaba bien a ese ejercicio de estilo— que sufría, como toda su nación, de un terrible complejo de inferioridad [4]. «Saturado de Nietzsche y Treitschke, sólo se fiaba de las armas, y especialmente del arma naval, para que se reconociera a Alemania como igual a las otras grandes potencias». Según esa historiadora, todo el pueblo alemán compartía las ideas de los militaristas, de las sociedades pangermánicas y las ligas militares, que proliferaban. Esas ideas fueron expresadas con mucha claridad por el general Friedrich Bernhardi, jefe del instituto de historia militar del estado mayor del Reich. «Tenemos que conseguir, a través de la movilización general del genio alemán en el mundo entero, la estima que merecemos y que nos es negada».

Para Bernhardi, que se alimentaba de Clausewitz, la guerra era una necesidad biológica. Las naciones debían progresar o declinar. Alemania debía escoger entre la potencia mundial o la caída… Las tesis de Bernhardi serían citadas a lo largo de la guerra por las propagandas de los gobiernos de la Entente como la prueba indiscutible del incorregible militarismo germánico, principal responsable de la guerra. Pues es un hecho que, entre todas las naciones de Europa, Alemania se encontraba, en la época de las elucubraciones de Bernhardi, tanto en el dominio social como cultural, a la cabeza del progreso [5], sintiéndose completamente encerrada en límites territoriales estrechos. Era una advertencia difundida en los medios políticos del Reich que no podría alcanzar sus fines morales sin agrandar su poder político, sin extender su esfera de influencia, sin extender su territorio. La guerra era por lo tanto, según los ideólogos del pangermanismo, una necesidad histórica. Alemania la ganaría si elegía el momento propicio

para tomar la iniciativa. Era necesario entonces golpear el primero. Teórico de la guerra preventiva, Bernhardi estaba convencido de que Alemania y Francia no lograrían nunca arreglar pacíficamente sus diferencias. «Consecuentemente, hay que aniquilar, de una vez por todas, a Francia como gran potencia».

En el transcurso del mismo año 1910 un sociólogo pacifista británico, Norman Angel, publicó un libro, *La Gran Ilusión*, título mediante el cual calificaba la creencia de que «en nuestra época de interdependencia económica y financiera de las naciones, una guerra beneficiaría al vencedor».

Consecuentemente, ninguna nación sería lo bastante loca para acometer una guerra agresiva. Mientras que el evangelio de Alemania era el libro de Bernhardi, precursor de *Mein Kampf*, la opinión pública británica, olvidadiza de la enseñanza de Kipling, se dejaba tranquilizar con los argumentos de Norman Angel. El vizconde Esher, consejero del rey y presidente del Comité de guerra, se servía de la obra cuando daba sus clases en el club de Oficiales.

En cuanto a Bernhardi, no parece haber hecho más que teorizar las ideas del conde Von Schlieffen, jefe del estado mayor entre 1891 y 1906, que consideraba, también, como inevitable la guerra contra Francia. Schlieffen estimaba que el resultado de una ofensiva victoriosa contra Francia tenía por condición indispensable la invasión previa de Bélgica, ataque que constituía una violación del tratado de 1839, firmado, bajo la iniciativa de Inglaterra, por las cinco grandes potencias de la época, entre ellas Prusia. Sin embargo, el conde pensaba que era poco probable que una ofensiva preventiva contra Bélgica provocase, en las condiciones que prevalecían

entonces, la entrada en guerra de Gran Bretaña, protectora del pequeño país. El estado mayor alemán calculaba además que Francia, informada de la concentración de tropas alemanas en la frontera belga, sería la primera en violar la neutralidad de Bélgica, con el fin de anticiparse. «Quien ocupe Bruselas más pronto y le imponga un tributo de cien millones de francos ganará la guerra».

El plan de Schlieffen era generalmente conocido. No cabía la menor duda que era profundamente agresivo. Lo que no se tomó en consideración fue que las condiciones estratégicas de Schlieffen, de Bernhardi, las del partido militar alemán, se distinguían de las de Bismarck en que, para ese último, con la anexión de Alsacia-Lorena y la creación del Reich a expensas de Austria, la misión histórica de Prusia había terminado [6]. No obstante, la lógica del Reich que había creado era casi fatalmente imperialista. Ese imperialismo tenía como resorte la no-aceptación por los pangermanistas civiles y militares de los límites impuestos a la expansión de Alemania por las grandes potencias guardianas del *statu quo* y decididas a impedir cualquier expansión germánica. Los alemanes tenían casi la certeza de que Francia aprovecharía la primera ocasión para recuperar sus provincias perdidas —¿no era ésa su gran idea nacional?— y que Rusia, por su parte, obstaculizaría con todas sus fuerzas la expansión de la influencia alemana hacia los Balcanes, por medio de su aliada Austria-Hungría. Prevenir la acción previsible de los «enemigos naturales» estaba en la lógica de las cosas.

Lo que por el contrario nos parece absurdo es considerar a Alemania —a semejanza de la mayoría de los historiadores de la guerra de 1914-1918, incluidos también los alemanes—

como la única potencia imperialista responsable de la guerra. *Todas las potencias que se repartían Europa y estaban colonizando los otros continentes eran estructuralmente imperialistas*. Todo lo más, se puede decir que las menos ávidas —y que no eran las menos dinámicas— eran menos imperialistas y más pacíficas que las otras. Sin embargo los planes franceses preveían la invasión preventiva de Bélgica lo mismo que los planes de Alemania. El mérito de los franceses fue el haber sido lo bastante prudentes como para imponerse la regla incondicional de no violar la neutralidad de Bélgica hasta después de que los alemanes hubieran perpetrado ese crimen. Además, los alemanes se equivocaban al pensar que los belgas no resistirían, mientras que los franceses contaban con el concurso de una Bélgica agredida. Lo que finalmente perdió a los alemanes —además de su excesiva charlatanería — es que no tuvieron en cuenta el consejo de Clausewitz: *Los planes militares que no dejan un lugar para lo imprevisto pueden llevar al desastre*. Sus planes eran más rígidos, menos preparados ante cualquier eventualidad. En cambio los franceses eran más flexibles. Contrariamente a los alemanes, le daban más importancia a la opinión mundial, y, sobre todo, apreciaban más justamente la reacción de los británicos a una agresión contra Bélgica. Pero creer que los militares franceses eran menos militaristas o que no deseaban una guerra de revancha sería un error [7]. Después de 1871, la Escuela especial militar, creada por Napoleón, había sido reformada y aumentado el número de candidatos oficiales a fin de preparar el momento de la revancha. Si los graduados alemanes se habían formado en el culto a Federico el Grande, los franceses seguían los pasos del gran Condé y Napoleón.

En la Escuela militar superior, Pétain se aplicaba en estudiar los medios para defender la frontera del norte contra una posible invasión alemana a través de Bélgica. No puede reprochársele a ninguno de los estados mayores de las grandes potencias no haber previsto los diversos escenarios de la guerra o de no estar preparados. Por dondequiera que hubiera grandes ejércitos —y Austria-Hungría, aunque la más débil no era excepción— existía un bando militarista. Y las diplomacias que, aquí y allá, intentaban frenar la pasión belicista no estaban en condiciones de contrarrestar los objetivos de los militares, si es que, en el fondo, no los compartían.

Según el historiador italiano Gran Enrico Rusconi, a quien se debe el libro más equilibrado y profundo sobre las causas de la guerra (*Rischio 1914. Come si decide la guerra*, Il Mulino, Bolonia, 1987), la causa inmediata de la guerra fue que toda negociación o compromiso que no hubiera significado una «humillación sustancial» a la autonomía serbia eran inaceptables para Austria y que tal humillación era inaceptable para Rusia. Esto inevitablemente condujo al conflicto austroruso y a la implicación de Alemania y de Francia. Según Rusconi, el papel determinante en el «pilotaje de la guerra» correspondió a Alemania, que aspiraba o bien a un condominio, o bien a una doble hegemonía con Inglaterra, la que por su parte, se aplicaba al mantenimiento de un equilibrio entre las potencias europeas. Los dos objetivos eran incompatibles. Sin embargo no está probado que alguna potencia, incluida Alemania, hubiera *querido la gran guerra*. Simplemente aceptaron el riesgo. ¿De qué otro modo hubieran podido actuar las grandes potencias? El error del

historiador alemán Fischer, que consiguió hacer prevalecer entre casi todos los historiadores occidentales la tesis de la responsabilidad decisiva de Alemania, ha sido confundir —y en este punto estoy enteramente de acuerdo con Rusconi— la disposición a aceptar riesgos con la voluntad de hacer la guerra. Inglaterra, la más consciente de las consecuencias catastróficas que podría acarrear el hecho de aceptar riesgos peligrosos, intentó impedir o localizar la crisis. Sin embargo no consiguió bloquear la interacción de las movilizaciones, que, de instrumentos políticos, se convirtieron, administradas por los militares, en un factor decisivo y colocaron a los gobiernos ante un hecho consumado. De lo cual se puede sacar la conclusión de que la responsabilidad incumbió no a tal o cual potencia, sino a la naturaleza del sistema político internacional, con su concepto de equilibrio entre los Estados-naciones, que, una vez las fuerzas militares decididas a la acción, permitió a aquel una autonomía excesiva.

El ejemplo de Alemania es, a ese respecto, muy revelador. Bethmann-Hollweg confesará que admitió que se corrieran riesgos, pero confiando el cálculo a los militares. Ahora bien, el cálculo de los militares evolucionó casi automáticamente de una política defensiva hacia la guerra preventiva agresiva, suponiendo siempre que la guerra, en el caso de estallar, sería breve y limitada. Pero su razonamiento se revela falso, pues los Aliados tenían razón para creer que la ofensiva alemana, considerada un instrumento de prevención defensiva, traducía unos propósitos políticos esencialmente expansionistas. ¿Fue el error de los militares alemanes específicamente germánico? Según Rusconi, el 17° plan francés de ofensiva extrema —«expresión militar de impulso

bergsoniano»— respondía fundamentalmente a la misma visión de los militares de carrera que el plan Schlieffen. Ambos eran producto de la profesionalización del oficio militar, en un cierto grado de desarrollo entre las naciones europeas. Hans Delbrück consideraba que una estrategia más racional por parte de Alemania hubiera sido una «defensa activa» combinando una ofensiva limitada en el este con una defensa flexible en el oeste, pues, en ese caso, probablemente Inglaterra no hubiese considerado indispensable asociarse con las fuerzas franco-rusas. Sin embargo, esa hipótesis no tiene en cuenta el que Francia no hubiera podido tolerar una derrota rusa. La hipótesis supone igualmente que Alemania se hubiese contentado desde el comienzo de la guerra con un simple restablecimiento del *statu quo*. Tal vez con medidas de disuasión enérgicas tomadas a tiempo por los Estados Unidos hubiera sido así. Pero tales medidas no tuvieron lugar, por razones que merecerían un análisis más amplio. ¿Hay que concluir entonces, con Van Evera, que «Rusia había atacado para prevenir un ataque preventivo alemán»? Finalmente, no es en las intenciones de los hombres de Estado donde hay que buscar la causa de la generalización de la guerra, sino en la doctrina del riesgo calculado, común a todas las partes. Como también en la convicción de que una gran potencia sólo puede mantenerse por medio de la expansión. Esa convicción fue expresada incluso por uno de los alemanes más razonables, menos belicistas, por Max Weber, cuando —al hablar del destino de la Alemania convertida en primera potencia industrial de Europa— escribía: «La responsabilidad ante la Historia hace que los alemanes tengan el deber de practicar una política mundial y de no alejarse de la

competición de los pueblos por su lugar bajo el sol».

La diplomacia británica, indiscutiblemente la más experimentada, la más prudente y la más sagaz de todas, representaba a un país cuya austrofilia, cuando no su germanofilia había prevalecido durante mucho tiempo respecto a sus simpatías hacia Francia. El espíritu de la Entente cordial sólo arraigaba lentamente. Además, Inglaterra no tenía proyectos de expansión en Europa, como Alemania, ni de veleidades de revancha, como Francia. En principio, contrariamente a esos dos países rivales y revisionistas, Gran Bretaña era una potencia del *statu quo*. Sin embargo, dado que las relaciones de fuerza cambiaban rápidamente en una Europa en pleno desarrollo, el problema del Reino Unido era precisamente: ¿cómo defender ese *statu quo* que aún le era ampliamente favorable? Por ello el historiador británico Z. S. Steiner [8] podía escribir con serenidad que Gran Bretaña había entrado en la guerra simplemente porque consideraba que una victoria alemana en Europa occidental amenazaría la seguridad de su imperio mucho más que una eventual victoria francesa. Algunos historiadores alemanes dirían (y probablemente con razón) que la verdadera causa de la entrada en guerra de los británicos era el miedo que les inspiraba la espectacular ascensión de Alemania, seguida de cerca por Austria-Hungría, en el momento en que el ritmo de crecimiento británico se aminoraba [9]. Podemos formular la hipótesis de que el conflicto austroserbio, en principio localizable, después de la entrada de Rusia en la guerra, la violación por Alemania de la neutralidad de Bélgica y, por último, las obligaciones derivadas de la Entente cordial no hubieran sido suficientes para arrastrar a Gran Bretaña a la

guerra. Se trataba, para ella, de hacer frente a una situación donde las relaciones de fuerza estaban cambiando rápidamente, amenazando su hegemonía: Alemania, Rusia, Francia e incluso la frágil Austria-Hungría habían alcanzado una fase de poder que las empujaba a mejorar su posición internacional, Gran Bretaña, que había alcanzado su apogeo económico hacia finales del siglo XIX, estaba obligada a readaptar su política. Había buscado, primeramente, compromisos allí donde su poder era discutido. Los treinta mil muertos de la guerra de los Bóers le infligieron un golpe del que debía extraer algunas enseñanzas. La diplomacia británica se activaba y negociaba con los Estados Unidos, con Japón, potencia igualmente ascendente, con Rusia, a fin de consolidar la seguridad de la India. Esos últimos tratos debían conducir al acuerdo naval ruso-británico mencionado más arriba y cuya conclusión significó un golpe para Alemania: el temor al cerco, que durante mucho tiempo parecía algo quimérico, comenzó a tomar cuerpo. Moltke le expuso a su homólogo austríaco, el jefe del Estado Mayor Conrad von Hötzendorf: «En adelante, cualquier retraso podría disminuir nuestras posibilidades de éxito».

En efecto, el reforzamiento del campo adversario hubiera podido actuar como un factor de disuasión en el gran perturbador. Sin embargo éste llegó a la conclusión de que era inevitable un ajuste de cuentas. Cada nueva medida defensiva de una de las partes era interpretada por la otra como una etapa en el camino de una guerra preventiva. Comprendiendo que cada uno conocía las ventajas de dar el «primer golpe», cada país comenzó a jugar, cerca de las fronteras de su vecino, el peligroso juego de las maniobras, del que no podía saberse

si no acabaría en agresión.

Ya hemos aludido al hecho de que, antes de considerar su *special relationship* con Francia como una necesidad, después de Agadir, el gobierno británico había considerado el beneficio que podría sacar de un acercamiento a Alemania. Incluso antes de la muerte de Bismarck, algunos diplomáticos británicos, y no de los menos importantes, sugerían intentar una cooperación anglo-germánica contra los rusos, hasta llegar a plantearse la cuestión de saber si una política de acercamiento a Alemania no garantizaría mejor la salvaguardia del imperio. Sin embargo otros diplomáticos, como el subsecretario Harding, estimaban que Inglaterra obtendría un mayor beneficio de un compromiso con los rusos, dejándoles las manos libres en los Balcanes y en Persia.

El canciller del Reich, incitado a la prudencia por los rápidos progresos de la socialdemocracia, de los que era testigo, se esforzaba por persuadir a Inglaterra de que ganaría más permaneciendo neutral en caso de conflicto entre Alemania, Francia y Rusia y de que la neutralidad le aseguraba un papel de árbitro. Pero los británicos tenían buenas razones para creer que Alemania, como contrapartida de su neutralidad, no les ayudaría en el caso de que los intereses británicos en Europa o en otra parte fuesen puestos en peligro. No obstante, la *upper class* inglesa estaba fascinada por Alemania, por su disciplina nacional, su pujanza técnica, la calidad de su Estado Mayor y su fuerza estratégica. Los alemanes inspiraban en la opinión inglesa a la vez respeto, miedo y repugnancia. En 1912, cuando los franceses solicitaron el reforzamiento de la Entente, se les respondió, por Londres, que «todavía no era el momento», porque los

sentimientos progermánicos, así como la desconfianza con respecto a Francia, seguían siendo muy fuertes en la opinión. Hay además una cierta simetría en el cara-a-cara anglo-germánico. El imperialismo de Gran Bretaña servía de modelo a Guillermo (como más tarde a Hitler). El imperio británico era el maestro que el discípulo se empecinaba en querer superar. La *Weltpolitik* de Bülow y de Tirpitz estaba calcada del hegemonismo de Gran Bretaña. Alemania quería, con sus jóvenes fuerzas, coger el relevo para llevar «el peso del hombre blanco». Sin duda la disputa por las colonias, sin más, no hubiese empujado a los dos grandes a hacerse la guerra. Las posibilidades de negociación permanecían abiertas. Pero Gran Bretaña se contentaba igualmente con su papel europeo tradicional. Consideraba que el debilitamiento de su aliado austríaco y el reforzamiento de Rusia empujaban necesariamente a Alemania a sus intereses de expansión europea, cuya ocasión propiciaba además el declive de la Turquía europea. Por ello se pensaba en Londres (igual que en Berlín) que el momento era favorable para una demostración de fuerza, meditada desde hacía mucho tiempo por los medios militares de las dos potencias.

Sin embargo, incluso las gentes bien informadas, los árbitros, no creían, en vísperas de la tragedia de Sarajevo, en la fatalidad absoluta de la guerra. En la fatalidad, no. En una lejana probabilidad, sí. Ante lo que pudiera suceder, la flota británica fue llamada de nuevo a las aguas europeas. En cuanto a franceses y rusos, se aplicaron a explotar el miedo del gobierno inglés a las consecuencias de una victoria alemana, que hubiera dejado cara a cara a una Alemania dueña de Europa y a una Inglaterra aislada. ¿Cómo Londres,

en esas condiciones, hubiera podido resistir a la solicitud de los franceses de enviar un cuerpo expedicionario al continente? «La causa real de nuestra entrada en la guerra, dirá Grey, era que, si no defendíamos a Francia y a Bélgica contra la agresión, quedaríamos aislados, desacreditados y odiados». Como ocurre a menudo en la diplomacia, sólo decía la mitad de la verdad. Moderar a Rusia y Francia, jugar mejor en las disensiones demasiado visibles entre las Potencias centrales, practicar una política menos hostil a las aspiraciones, en parte legítimas, de Alemania, o dicho de otro modo, refrenar el miedo a la ascensión de Alemania hubiesen permitido crear una alternativa. Pero, en el fondo, el juego de la guerra y de la paz se juega en espíritus condicionados por sentimientos más o menos confesables, cálculos más o menos seguros. El hecho es que la idea había enraizado en los estrategas ingleses que con Francia y Rusia como aliadas obligarían a Alemania a luchar en dos frentes. La flota británica entonces hubiera podido ser concentrada contra los alemanes solos, y la partida estaba ganada.

Pero puesto que los alemanes no ignoraban que Inglaterra deseaba conservar en Europa su posición dominante (aunque se diese cuenta de la inevitable ascensión no sólo de Alemania sino también de los Estados Unidos y Japón al rango de potencias mundiales), habían cometido un indiscutible error al ser demasiado apresuradas, demasiado impacientes en derribar la Pax britannica. La mayoría de los historiadores les han acusado de eso. Sin querer defender a los alemanes, comparto la opinión de los que piensan, como Rusconi, ya citado, que la causa más profunda de la guerra residía en la rigidez del sistema europeo, donde la desconfianza, los

miedos recíprocos, las definiciones anacrónicas de intereses-nacionales, la febril ascensión del paneslavismo, consideraciones de prestigio y, *last but no least*, la ductilidad de las opiniones públicas se conjugaron para impedir una adaptación racional a los cambios de relación de fuerzas.

La naturaleza de ese sistema, las incertidumbres de todo género que encerraba explican los frecuentes cambios de opinión y oscilaciones de los diplomáticos. Por ello, la actitud reservada de Gran Bretaña en los inicios de la guerra se explicaría no solamente por el hecho de que no estaba dispuesta a poner todo el peso de su fuerza, sino también por el carácter esencialmente defensivo de sus motivaciones, por la conciencia que tenían sus dirigentes de que, antes o después, Gran Bretaña debería soltar lastre. Pues el espectáculo de una Gran Bretaña, buscando acuerdos —como la convención firmada con Francia en 1904, cuyo artífice fue Paul Cambon (1843-1924)— más que alianzas, había estimulado a los alemanes. En Berlín también se sabía que, para ciertos estadistas británicos, como Sanderson, el riesgo de guerra real procedía del expansionismo intempestivo de los rusos, contra el que un entendimiento anglogermánico hubiera sido oportuno. Sólo la derrota de Rusia en la guerra contra el Japón acabó por hacer aparecer a Alemania como el mayor peligro para la paz. Se pensaba también, en Londres, que si no se sostenía a Rusia en los Balcanes, San Petersburgo se volvería hacia Alemania. Según Steiner [10], el acontecimiento decisivo en la elaboración de la política británica fue la deserción de Lloyd George, en 1911, del campo proalemán. Hasta entonces, el estadista británico había supuesto con insistencia que Alemania tenía propósitos

pacíficos [11]. Desde 1912, el político más brillante de Inglaterra puso toda su elocuencia al servicio de un acuerdo naval con Francia. Es verdad que, al mismo tiempo reclamaba una actitud más firme hacia Rusia en los Balcanes. Lloyd George estaba también mejor informado que los franceses de los desacuerdos entre dirigentes civiles y militares en Alemania, como Soutou analiza con tanta minuciosidad [12]. Por lo demás, incluso después de su «cambio», Lloyd George no excluía la posibilidad de un compromiso con Alemania. En cuanto a Grey, practicaba una política de prudencia, cuando el ejército, que se había convertido en la estrategia continental, era apremiado por Clemenceau a prepararse para una intervención en el continente.

En 1913 se comenzó a admitir, en Londres, que la confrontación era inevitable. Grey dijo entonces a los hombres de negocios de Manchester: «Vamos hacia la catástrofe, sinceramente no sé cómo impedirlo». La espiral de medidas defensivas se convirtió en un mecanismo que escapó al control de los dirigentes civiles. Al aceptar el crecimiento de los efectivos militares, los gobiernos, de grado o por fuerza, aumentaban la tensión. El hombre de la calle, no iniciado, no quería creer aun en la guerra: ¡desde el comienzo del siglo cuántas veces habíamos tenido falsas alarmas! En el colegio Baliol, los estudiantes se burlaban del historiador Lewis Namier cuando les hablaba de la inminencia de la guerra. Tan fuerte parecía entonces al pacifismo de los pueblos.

En realidad, hasta el mes de agosto de 1914, la política llevada por Grey era vacilante. Hay motivos para creer que, si Gran Bretaña hubiera ganado, en el mismo momento de la crisis, una posición más clara para imponer su arbitraje, si

hubiera declarado con firmeza que consideraba como un *casus belli* cualquier agresión, viniera de donde viniese, habría podido impedir la guerra. ¿Pero se puede afirmar con seguridad que, camuflada entre las reticencias y las ambigüedades aparentes, no había tomado ya la decisión de hacer entrar en razón a Alemania?

En cualquier punto de vista que se sitúe el observador, está obligado a hacer conjeturas. Uno de los diplomáticos y publicistas franceses más lúcidos, Gabriel Hanotaux, escribió que los franceses se equivocaron sin duda al creer que la hostilidad de los alemanes iba dirigida contra ellos, cuando, en realidad, el objetivo principal del Reich era romper la hegemonía inglesa. Dijo también que era el Reino Unido el que manejaba el tinglado, a fin de desembarazarse de su más temible competidor. Francia habría estado inspirada, según él, por «el partido inglés». Según otros observadores, la iniciativa partía de Francia: Paul Cambon, a quien Pierre de Margerie admiraba mucho y de quien hablaremos a menudo, había estado negociando secretamente durante muchos años el acercamiento franco-británico [13]. Según Alfred Fabre-Luce, el verdadero responsable de la guerra era el zar, ávido de expansión, y lamentaba que los periodistas franceses que habían exaltado la guerra paneslava no hubiesen recibido aún «la sensación del desprecio». La causa inmediata del desencadenamiento de la guerra fue efectivamente la movilización precipitada del ejército ruso.

«Sin los rusos, nunca hubiéramos hecho la guerra», declara un día (en 1917) Briand a uno de sus colaboradores. Sin duda lo veía cabalmente. Pero con un poco de exageración, ¿no podríamos considerar como una de las causas de la guerra la

determinación francesa de recuperar a cualquier precio la Alsacia-Lorena, que se reflejaba en la creación del Comité de reflexión acerca del régimen futuro de esas provincias? Jean-Noël Jeanneney, en su libro sobre los Wendel [14], evoca con ironía la «gran inquietud» con la que el patrón de la siderurgia reacciona, el 3 de agosto de 1914, ante la posibilidad de una conciliación: se hablaba de la retirada de las tropas alemanas y de una conferencia… Wendel exclama: «Creo que será aplazar imprudentemente una partida que totalmente deberá jugarse». Se sabe que ése no era únicamente el sentimiento del gran patrón, sino también el de una buena parte de la clase política. Después de haber leído el *Libro Amarillo*, de agosto de 1914, del gobierno francés sobre los orígenes de la guerra, Lloyd George observa: «Parece que Poincaré y Sazonov se hubieran dicho: de lo que se trata no es de evitar la guerra, sino de darnos el aire de haber hecho todo lo posible por evitarla» [15].

Muchos franceses (y entre ellos Clemenceau, en aquel momento) habían considerado un poco antes la alianza con la Rusia despótica como contra natura; y la tesis según la cual hubiese sido inconveniente «dejar a Rusia sola defender a la pequeña Serbia» es poco creíble. No se desconocía, en Francia, que existía en Rusia un partido progermánico muy poderoso; incluso el ministro de la Guerra Soukhomlinov era sospechoso de simpatías progermánicas. La idea de un entendimiento de tres emperadores para la defensa del principio monárquico contra las revoluciones sugeridas por Guillermo II, que hemos mencionado más arriba, había impresionado mucho al zar, que debió hacer un serio esfuerzo para vencer su repugnancia respecto a una alianza con la

Francia republicana. Y Rasputin se oponía violentamente a la guerra. Sin embargo los militaristas, cuyos jefes de fila eran el ministro de Asuntos Exteriores, Sergheï Dimitrievitch Sazonov y el embajador en Francia, Alexandre Petrovich Izvolski, le aventajaban.

Las ambiciones rusas en los Balcanes y en contra de Turquía y de Austria-Hungría no eran un secreto. Ahora bien, la realización de tales ambiciones era incompatible con los objetivos de la diplomacia del Reich y de su aliado [16]. A comienzos del siglo, Rusia se veía, a pesar de la derrota que le había infligido Japón, como una potencia «ascendente». Efectivamente, en el plano demográfico (ciento treinta y cinco millones quinientos mil habitantes en 1900, ciento setenta y un millones en 1912), industrial, agrícola, cultural, Rusia había conocido un formidable progreso y, en algunos años, había reabsorbido una parte importante de su deuda externa. La sociedad intelectual estaba en plena efervescencia. Con la constitución de la duma se dieron los primeros pasos hacia una monarquía constitucional. Incluso la derrota infligida por Japón, en vez de enfriar las veleidades guerreras, vino a ser como un estímulo para el orgullo nacional del clan patriotero y militarista, a cuya cabeza se encontraban el gran duque Nicolás, discípulo y admirador de Foch, y su mujer, Anastasia, paneslavista apasionada, que odiaba a Austria por encima de todo [17]. «Iremos a la guerra […] No quedará nada de Austria… Tendrá su Alsacia-Lorena, nuestros ejércitos entrarán en Berlín», le dijo un día al embajador de Francia, Maurice Paléologue. Los preparativos de planes de una ofensiva simultánea franco-rusa contra Alemania habían comenzado en 1911 (año del asesinato de Stolypine) bajo la

dirección del general francés Augustin Dubail. Al año siguiente, fue el general ruso Jelensky quien vino a París y, en 1913, Joffre visita al Estado Mayor ruso. En el transcurso de esas entrevistas, los intercambios de puntos de vista políticos acompañaban la planificación de la cooperación militar. Hay motivos para creer que los interlocutores rusos de los generales franceses les revelaron, en esa época, uno de sus principales objetivos: la conquista de los Estrechos y de Constantinopla, de una zona donde sus intereses se oponían claramente a los de los expansionistas alemanes. Las negociaciones que se llevaban a cabo, con mediación francesa, entre Rusia y Gran Bretaña para establecer la convención marítima mencionada más arriba sólo podía reforzar, en Berlín, la posición de los partidarios de una acción preventiva. Por último, el apoyo sin reservas acordado por Rusia a las ambiciones serbias hacía de antemano difícil, cuando no imposible, cualquier acercamiento o conciliación entre Belgrado y Viena [18].

Basta recorrer con Soljenitsyn la prensa rusa del mes de julio de 1914 para ver derrumbarse el mito de una Rusia pacifista animada por el único fin de defender a sus protegidos eslavos [19]. Lo vemos citado en el *Times*, al hablar «de la superioridad del ejército ruso sobre el ejército alemán». Los periódicos presentan a Rusia, igual que a «la desdichada Serbia», como las «víctimas de intolerables agresores»; exaltando «la fe renovada en sus propias fuerzas del pueblo inmenso al que no han agotado las mayores pruebas y que no teme a un enfrentamiento sangriento». Y se celebra la movilización general del 18 de julio con estos versos:

En los confines brumosos del Norte
Se oye como un trueno
Al gran hermano eslavo que enarbola
La Cruz en su puño de hierro.

La prensa relata que la notificación por Alemania de la declaración de guerra ha «provocado la alegría en Petersburgo y en Moscú…». Delante del palacio de Invierno, una muchedumbre de cien mil personas se concentra bajo una selva de emblemas nacionales. En las pancartas se podía leer: «*Adelante gran pueblo ruso por una hazaña al lado de la que palidecerá todo lo que el mundo ha visto hasta hoy… Adelante por el futuro luminoso de toda la humanidad… La luz llegará de Oriente… Los lituanos, los judíos, incluso los alemanes del imperio, informan los periódicos, igual que los polacos, los letones y los estonianos, los tártaros, chuvashis y cheremisinos… se concentran alrededor del zar, dispuestos a sacrificar su vida*».

¡Ay!, las muchedumbres manifestaban la misma alegría en Berlín, en Budapest, en Viena y en París.

Los rusos estaban particularmente interesados en que los Aliados confirmaran sus objetivos de guerra; Sazonov, en una conversación con el embajador Peléologue, el 13 de septiembre, y después Nicolás, el 21 de noviembre de 1914, expusieron sus objetivos: base fortificada en el Bósforo y en Tracia, destrucción de Austria con la liberación de los eslavos, y los checos, etc. Paléologue informa entonces a su ministro, Delcassé, añadiendo que los rusos le proponían a Francia, a modo de compensación, apoyar las pretensiones francesas en la orilla izquierda del Rin. Delcassé previene a Poincaré, que parece «minimizar» el proyecto de las ambiciones rusas sobre el Estrecho. Es verdad que éstas sólo se manifestaron

progresivamente: en marzo de 1915 el zar inscribió abiertamente la ocupación de Constantinopla en la lista de sus reivindicaciones, de lo que Poincaré dirá no haber sido informado por Delcassé cuando sea acusado, en 1917, por la oposición, de haber practicado una política personal e imperialista, en convivencia con el zar Nicolás [20].

Después de haber hablado de Inglaterra, de Francia, de Rusia y Alemania, sería extravagante ignorar la parte que tuvo la política exterior de Austria-Hungría en la emergencia de las condiciones por medio de las cuales la catástrofe habría de producirse. Al estudiar las acciones de su diplomacia, a través de los archivos y de los testimonios, tenemos la impresión de que la monarquía no descuida nada para prepararse para el papel de provocador, en principio, y después en el de cargar con las culpas ajenas. Sin embargo, muchos de sus dirigentes eran conscientes de su vulnerabilidad [21]. Para resolver sus problemas internos tenía necesidad, más que las otras potencias, de una política de paz. Ahora bien, paradójicamente, perseguía una política no menos ambiciosa que las potencias que hemos calificado de «ascendentes» o de «revisionistas», una «política de grandeza sin presupuesto». El historiador austríaco Robert A. Kann [22] critica con mucha razón *La orientación irresponsable* de la política balcánica del gobierno de Viena, que, desoyendo la opinión de Francisco Fernando, cayendo en las trampas tendidas por los rusos, precipitaba las cosas hacia un ajuste de cuentas con Serbia.

Es una perogrullada decir que la principal debilidad de la monarquía residía en su incapacidad para resolver sus problemas nacionales. El «*compromiso*» de 1867 con la nación más numerosa, los húngaros, aunque le asegura al imperio

cincuenta años de desarrollo sin mayores conflictos, fue obstáculo para una solución similar de los problemas que surgían entre el gobierno de Viena y las otras naciones o nacionalidades, las cuales reclamaban los mismos derechos que los húngaros. Ahora bien, la clase política húngara se oponía ferozmente a todo lo que hubiera podido situar a Bohemia y Croacia, a los eslovacos de la Hungría del Norte y a los rumanos de Transilvania en un pie de igualdad con los húngaros, en el marco de la monarquía. (Observemos que la diplomacia alemana se dedicaba igualmente a impedir la «eslavización de la monarquía»). Incluso después de los compromisos, la armonización de los intereses económicos y políticos de Austria y Hungría se revela difícil, aunque todas esas dificultades no eran insuperables, en tanto que la situación internacional era favorable al mantenimiento de la monarquía. Ahora bien, hacia finales del siglo XIX, la posición de ésta había comenzado a deteriorarse [23]. Los esfuerzos de la diplomacia austrohúngara para entenderse con los rusos respecto a sus esferas de influencia respectivas en los Balcanes habían fracasado. Las relaciones con Rusia incluso se vieron agravadas después de una torpe maniobra de la diplomacia de Viena. En efecto, las dos potencias habían concluido en 1897 (sobre los Balcanes) un acuerdo, que habían decidido mantener secreto pues estaba en contradicción con las estipulaciones de la alianza franco-rusa en 1891-1893. Ahora bien, la diplomacia austríaca, que estimaba que el acuerdo no era muy ventajoso para ella, lo hizo público en 1908, sin duda con el propósito de sembrar la discordia entre Petersburgo y París. A causa de esa incorrección, Viena se había hecho, en la persona del jefe de

la diplomacia rusa, Izvolski, un enemigo implacable. Desde entonces este último había dejado de creer en las seguridades austríacas según las cuales la monarquía no tenía intención de tocar a Serbia. Izvolski previno al ministro austrohúngaro de Asuntos Exteriores de la época, Aehrenthal, de que la política antiserbia de Viena le valdría la enemistad de ciento treinta y cinco millones de eslavos. «Viena se dio cuenta después de mucho tiempo de que el recrudecimiento nacional de los eslavos de la monarquía, resultado de la política de liberación rusa en los Balcanes, conduciría antes o después a Austria-Hungría al hundimiento», escribiría Sazonov en sus *Memorias* (1927). Sin embargo, observa Agursky, los políticos rusos fingían ignorar que Alemania consideraba esa eventualidad como una amenaza contra sí misma. «Desde el punto de vista alemán, la acción rusa tendente a catalizar la disgregación de Austria-Hungría… era una agresión, independientemente de las intenciones políticas de Rusia».

No obstante, Aehrenthal, prototipo del diplomático suficiente, irrealista, que podría figurar en una novela de Musil, tenía una confianza ciega en el poder de la monarquía y no tomó en serio la advertencia del ruso. Pensaba bien en comprar un cambio proaustríaco de Serbia merced a concesiones económicas (a lo que los húngaros, que temían la competencia de la agricultura serbia y el reforzamiento del irredentismo serbio, en el sur de Hungría, se oponían enérgicamente), o bien en repartir Serbia con su «enemigo natural», Bulgaria. La diplomacia de Viena tampoco reconocía la gravedad de las divergencias anglo-alemanas ni las consecuencias enojosas que su alianza con Alemania tendría en sus relaciones, hasta hace poco buenas, con Francia

y Gran Bretaña, países que tenderían en adelante a considerar a Austria como una dependencia del Reich. En modo alguno fue un azar que la idea de desmembrar a Austria se hubiese manifestado, después de San Petersburgo, por vez primera, en Inglaterra, pero conforme al pragmatismo británico, sin connotación ideológica. Finalmente, la alianza de Austria con Italia debía perder su valor progresivamente pues Viena hacía oídos sordos ante las reivindicaciones territoriales italianas más moderadas.

La anexión de Bosnia-Herzegovina en 1908, que representa, incluso a los ojos de Francisco Fernando, una inútil demostración de fuerza y hace a la monarquía todavía más tributaria del apoyo alemán, tuvo también por consecuencia despertar el interés que tenía en los Balcanes una Italia a la búsqueda de grandeza para su unidad. Deseándose igual a las grandes potencias, Italia no quería quedar apartada del gigantesco reparto que se anunciaba. La visita que efectúa el zar a Italia, sin pasar por Austria, muestra el beneficio diplomático que Rusia esperaba sacar del litigio que oponía a Italia con su aliado austríaco a propósito del Tirol, de Trieste, de Dalmacia. El acuerdo establecido entonces entre Italia y Rusia estaba muy claramente dirigido contra Austria, especialmente a través de su cláusula del *principio de las nacionalidades*; cláusula que hacía de los dos firmantes los abanderados de los derechos de las nacionalidades, lo que unía, por anticipado, las reivindicaciones nacionales italianas a las de las naciones y nacionalidades eslavas insatisfechas de Austria y protegidas por Rusia. En efecto, el acuerdo en cuestión estaba destinado a permanecer secreto, pero, al ser conocida su existencia por

Izvolski, Poincaré se apresura a informar a Belgrado, Cetinje (luego Titogrado) y Sofía. El sucesor de Aehrenthal, Berchtold, que era más bien profrancés y antibélico, parece haber ignorado todo lo concerniente a esas intrigas.

La llegada al poder en Hungría del conde Tisza, símbolo del nacionalismo conservador, complica más la situación del gobierno de Viena. Al tomar medidas represivas contra los nacionalistas croatas, Tisza permite al rey Pedro de Serbia instituirse en protector de estos últimos y lleva a los diputados croatas del Reichstag de Viena a acercarse a los checos que obstruían el Parlamento en razón de su diferencia lingüística con los alemanes de Bohemia. Mientras que en Austria el sufragio universal, introducido en 1907, permitía a los socialdemócratas reforzarse y hacerse representar en el Parlamento, lo que beneficiaba a las fuerzas legitimistas y federalistas, aunque los gobiernos se obstinasen en mantenerlos aparte —Tisza, temiendo ver reducida a una minoría a la clase dirigente húngara a causa de la alianza de las nacionalidades con la oposición, rechaza obstinadamente cualquier reforma electoral y reprime duramente a los socialistas.

Igualmente Austria-Hungría se encontraba, en 1914, en una situación precaria. No solamente en el plano diplomático y a causa de los conflictos de sus nacionales, sino también en el dominio económico: encarecimiento de los víveres, bloqueo del comercio exterior. Al defender el puerto de Valona contra los Jóvenes Curcos, al prestar su concurso al nacimiento de una Albania independiente, Austria parecía provocar aún a los serbios, que pedían compensación por Montenegro. Pues Austria, por una vez de acuerdo con Italia,

adjudica Montenegro a Albania. En cuanto a Inglaterra, quería impedir que Italia se crease una esfera de influencia en el Mediterráneo en detrimento de Grecia. Para gran daño de Austria, Guillermo II apoya a Grecia, cuyo rey era su cuñado. Lo cual crea tensiones entre Berlín y Viena en el momento en que Rusia, con el dinero francés, se armaba febrilmente. Había también otros puntos de fricción entre los dos aliados, especialmente en lo que concernía a la Rumanía del rey Carlos Hohenzollern. Guillermo II confiaba en la lealtad hacia Alemania de su padre, mientras que Bucarest alentaba abiertamente el separatismo de los rumanos de Transilvania. Por otra parte, franceses y rusos hacían serios esfuerzos para arrancarle Rumanía a las potencias centrales. Al mismo tiempo, los serbios recibían y glorificaban a los rebeldes antiaustríacos de Bosnia.

Más adelante hablaremos de los proyectos del delfín, Francisco Fernando, impaciente por suceder a un Francisco José cada vez más pasivo, a fin de enderezar los asuntos del imperio. Veremos que, consciente de la vulnerabilidad de la monarquía, Francisco Fernando preconizaba una política exterior prudente, hostil a cualquier aventura y provocación, al mismo tiempo que una política más independiente de Alemania. La tragedia del 26 de junio de 1914 puso fin a sus días y a sus proyectos. Francisco José, que estaba en una edad en la que uno se vuelve casi insensible a los golpes de la suerte, exclama, al conocer la tragedia de Sarajevo —cuyo hijo se había suicidado o había sido «suicidado», como más tarde dirá el coronel Redi: «Nada me ha sido ahorrado».

En lo sucesivo, la suerte de la paz parecía depender de Viena. El conde Tisza, que nunca había querido oír hablar de

la transformación de Austria-Hungría en una federación en la que los eslavos hubiesen estado en mayoría, Tisza, enemigo declarado de Francisco Fernando y que gustaba presumir de hombre fuerte, desempeña, para sorpresa general, un papel moderador [24]. No es que fuese favorable a los serbios o indulgente a ese respecto, pero no estaba realmente convencido de que la iniciativa del asesinato de Sarajevo fuese imputable a los dirigentes de Belgrado, y pensaba que, incluso si una confrontación con Belgrado era inevitable a la larga, el momento no era propicio [25].

El historiador conservador húngaro Gratz resume como sigue el memorándum dirigido por Tisza a Francisco José después del atentado de Sarajevo: «Hay que permitirle a Serbia evitar la guerra sin perder nosotros mismos la cara. Para no crear complicaciones con Italia, para no perder la simpatía de Inglaterra, para permitirle a Rusia permanecer neutral, es necesario declarar que la monarquía no quiere de ningún modo destruir Serbia… todo lo más disminuirla». Consejos razonables, en efecto. No obstante, a fin de cuentas, bajo la presión del barón Burian, ministro de Hacienda y gobernador de Bosnia, unida a la del embajador alemán Tschirsky, Tisza acepta el texto definitivo del ultimátum. Sólo obtiene una declaración, en los términos de la cual «Austria no desea la anexión de Serbia». Para convencerle de la necesidad de una acción enérgica, el embajador alemán hará hacer valer que Austria perdería su estatus de aliado precioso si toleraba la provocación serbia. En el caso de que Viena manifestara una tímida reacción, Alemania se vería obligada a revisar su política hacia ella. Sin embargo, yo no he encontrado ninguna prueba en los archivos de tal declaración.

En cambio, se conoce el texto de un informe de Tschrisky a su gobierno. Según el embajador, Tisza había ido a verle para expresarle su convicción de que la monarquía debía demostrar su fuerza, pues el tono de la prensa serbia era intolerable. Se puede leer también una carta de Tisza, del 5 de noviembre de 1914, en respuesta a una petición alemana insistiendo para que él acordase concesiones a los rumanos de Transilvania. Tisza recuerda que sólo ha dado su acuerdo al ultimátum después de que el gobierno alemán le hiciera saber que encontraba «el momento completamente propicio para el ajuste de cuentas con Serbia». La contradicción es evidente entre los dos textos. Y se complica cuando se hojea un mensaje del canciller Bethmann-Hollweg, previniendo a Austria de que, si persiste en negar cualquier concesión a los serbios, será muy difícil echar sobre Rusia la responsabilidad de la conflagración europea, y «nosotros quedaríamos en una posición insostenible ante nuestro propio pueblo». ¿Qué creer? ¿Hay que suponer que las presiones con vistas a endurecer el ultimátum fueron ejercidas a partir de Berlín, sin saberlo el canciller? La mayoría de los historiadores creen que eran los alemanes quienes urgían a Austria a endurecer sus exigencias de reparación respecto a Serbia, hasta el punto de que las mismas fuesen inaceptables [26].

¿Pero habían hecho todo lo posible tanto franceses como alemanes para contener el ardor de los rusos y los serbios? De hecho, aún pesa una incertidumbre sobre esos días decisivos. ¿Quién, entre Alemania y Rusia, tenía más deseos de crear lo irreparable? Polemizando en torno a un artículo del *Temps* del 22 de diciembre de 1917, Pourtalès revelará que, el 29 de julio de 1914, entre las doce y las trece horas, Sazonov le

declara que, en cuanto a él, estaba convencido de que eran los alemanes quienes empujaban a Austria a la intransigencia; advierte además que Rusia se movilizaría contra Austria. El diplomático francés lo pone en guardia contra cualquier precipitación recordándole el carácter defensivo de la alianza franco-rusa [27].

A las diecinueve horas del mismo día, el canciller del Reich telegrafía a Sazonov, informándole de que, en el caso de que Rusia no pusiera fin directamente a sus preparativos amenazadores, Alemania procedería a la movilización general. Sin embargo, casi a la misma hora, Guillermo se dirigía directamente a Nicolás, rogándole que no dejara que la situación se agravara. Sazonov se extraña de la diferencia de tono entre el telegrama del canciller y el mensaje del Káiser. Nicolás le encarga entonces que discuta con el ministro de la Guerra y el jefe del Estado Mayor los pasos a seguir. Todos acabaron por estar de acuerdo en que cualquier retraso en la movilización sería arriesgado. Nicolás da su aquiescencia. Pero, un poco más tarde, presa de escrúpulos, conmovido por un nuevo telegrama de Guillermo, manda suspender la orden de movilización general y proceder, provisionalmente, sólo a una movilización parcial. Ahora bien, el 24 de julio, la movilización estaba ya en marcha y los alemanes lo sabían. El 30 de julio el Káiser fue sorprendido por una proposición del zar para someter la diferencia austroserbia ante la Corte de arbitraje de La Haya. Sazonov declara que Rusia cesaría sus preparativos si el gobierno de Viena aceptaba retirar de su ultimátum la frase «que atentaba al honor y a los derechos de soberanía de Serbia». Sazonov consigue convencer a los Aliados de que la nota austríaca «apuntaba a reducir a los

serbios al estado de vasallos», de lo que Londres no estaba seguro. También Grey le pide a Austria que «tras la ocupación de Belgrado», hiciese conocer sus intenciones a Europa e indica estar dispuesto a una mediación; pero si Alemania y Rusia se veían arrastradas al conflicto, añade, Inglaterra no podría permanecer al margen.

Tomando esta vez en serio la advertencia británica, Bethmann-Hollweg le pide a Viena que acepte la proposición de Londres. Paralelamente a esa amenaza, el gobierno austríaco recibe un consejo inverso del Estado Mayor alemán, que le pedía movilizarse inmediatamente contra Rusia. El canciller —y no sería la última vez— se inclina ante los militares. Por su parte, los rusos hicieron todo lo posible para descartar una solución pacífica *in extremis*. Sazonov declara tener noticias alarmantes sobre la movilización alemana, que, a pesar de las protestas oficiales, proseguía. En efecto, el diario alemán *Lokal-Anzeiger* había anunciado la movilización general, anuncio enseguida desmentido. Lo que no impide a Sazonov utilizarlo como pretexto para prevenir al zar de que la guerra era inminente e inevitable. Nicolás acaba por pasarse a su opinión y, al día siguiente por la mañana, el gobierno ruso, una vez más sin consultar con Francia, pasa a la movilización general. Berlín reacciona inmediatamente proclamando la *Kriegsgefahr* (estado de peligro de guerra), «En vista de que Rusia ponía sus ejércitos en pie de guerra, no solamente contra Austria sino también contra el Reich». El 31 de julio, Alemania dirige a Rusia un ultimátum exigiendo «el cese de cualquier medida de guerra»; pero, sin esperar la respuesta, el ejército alemán, convencido de la inminencia de la intervención francesa, realiza preparativos para invadir el

territorio de Bélgica. El 1° de agosto, Alemania y Francia, simultáneamente, proclamaban la movilización general, y el Reich declaraba la guerra a Rusia. Al día siguiente, las tropas alemanas invadieron Luxemburgo. Nada de extraño en eso, pues sólo los ingenuos podían ignorar que, desde el momento que la guerra era juzgada inevitable, la mejor estrategia consistía en adelantarse al enemigo. De una y otra parte, se creía aún en la falsa teoría de la eficacia del *Blitzkrieg* y en el fin rápido de la guerra. Desde entonces los acontecimientos se precipitaron. El 4 de agosto, Europa estaba en guerra. Entraba, con algún retraso, en el siglo XX, que será el del declive y la división de Europa.

No obstante, en esa Europa en vías de balcanización y barbarización, quedaban aún algunas migajas de las costumbres de siglos anteriores, más civilizados. Citaré un documento que ilustra esas remanencias del pasado, que he encontrado en los archivos de Viena. Se trata de una carta fechada el 10 de agosto de 1914 —escrita por lo tanto el día en que las hostilidades, de una violencia sin precedentes, se desencadenaban ya en los frentes del Oeste, del Este y del Sur. La carta está dirigida por el embajador de Austria-Hungría imperial y real en Londres, el conde Mensdorff, a su ministro el conde Berchtold. Observemos que el 10 de agosto, Gran Bretaña todavía no estaba en guerra con Austria, aliada de Alemania. El embajador informaba a su ministro de que, el 8 de agosto, había sido invitado a la corte por la reina Alejandra, con la que había tenido «una entrevista emotiva y amistosa sobre la situación». Al día siguiente, fue llamado al Palacio de Buckingham; le invitaron a entrar por la puerta del jardín a fin de que los periodistas y los fotógrafos

aglomerados ante el palacio no se dieran cuenta de su visita. El rey lo recibió durante un buen momento, después tomaron con la reina el té en el parque. «El rey Jorge se mostró tan amistoso y afable como era posible», escribe el embajador. Expresa la esperanza de que entre Austria e Inglaterra no se llegara a un conflicto. «Yo expresé mi convicción de que nadie, aquí o allá desearía que una amistad de tantos siglos entre los dos Estados pudiese ser rota…». «A no ser que vos enviéis vuestra flota para bombardear nuestra costa del Adriático, no veo por qué las hostilidades estallarían entre los dos países».

«Su majestad repite: "No creo que nosotros tengamos esa intención. Por lo demás, sería una situación anormal que estuviésemos, ambos, en guerra al lado de nuestros aliados respectivos, sin estar en guerra entre nosotros… Ustedes han comenzado ya la guerra contra Rusia, y nosotros contra Alemania. Si consiguiésemos no chocar uno con otro, eso sería testimonio efectivamente de un gran esfuerzo por mantener nuestra amistad…".

»El rey me explica que Inglaterra había entrado en la guerra para defender la neutralidad de Bélgica y para proteger la costa francesa y no por Serbia y los pueblos balcánicos. Le respondí que justamente por esa razón me parecía posible separar la guerra en el oeste de la guerra en el este e impedir que la guerra se extienda a nuestros dos países. Añadí que *à un moment donné* [en francés en el texto] podría revelarse útil que dos potencias que pertenecen a grupos antagónicos no rompieran sus relaciones.

»El rey estaba muy irritado contra Alemania. Los procedimientos que había empleado Berlín en el momento de

la salida de los embajadores de Gran Bretaña, Francia y Rusia, y sobre los que Su Majestad había sido exactamente informado, le habían indignado mucho. El rey también se sentía vejado por el hecho de que el emperador Guillermo hubiera ordenado enseguida arrancar el emblema británico del uniforme del regimiento prusiano de la reina Victoria, abuela común de los dos monarcas, y tomó a mal la declaración del Káiser cuando dijo que no se pondría jamás sus uniformes de Feldmarschaff ni de almirante inglés.

»Conversamos durante mucho tiempo sobre la terrible situación creada por todos los beligerantes para las numerosas personas atadas por lazos familiares y amistosos. Evocamos los buenos recuerdos de momentos que, durante una estancia de cerca de veinticinco años, yo había pasado en la compañía de la familia real. El rey se mostró durante toda la visita lleno de amistad y deferencia hacia mí, exactamente igual que antaño.

»Le dije a la reina cuánto me apenaba la prohibición que acababa de serme hecha de enviar telegramas cifrados a Viena. Estoy completamente aislado de mi gobierno, añadí, no he podido informarle de nada comunicándole las impresiones que podían ser útiles para el mantenimiento de la paz entre nosotros. Si se temen que envíe informaciones militares, daría mi palabra de honor de que no enviaría tales informaciones y que mandaría a Viena a mi agregado militar y al de la marina».

A ese despacho significativo, debo añadir una información y algunos reparos. La información es que, a los dos días de la visita del embajador, Gran Bretaña le declara la guerra a Austria, y el conde Mensdorff debió embarcarse para regresar

a su país. El reparo es que, si la sinceridad de los sentimientos amistosos de la pareja real de Inglaterra respecto a Austria no debía ser puesta en duda, la esperanza de evitar la guerra entre los dos países era muy ilusoria. En efecto, hecha abstracción de sus obligaciones de aliado, Gran Bretaña no tenía ninguna razón para hacerle la guerra a Austria. Ya he mencionado más arriba la fuerza de los sentimientos austrófilos y hungarófilos que prevalecían, especialmente en la alta sociedad británica. Esos sentimientos habían perdurado, y los instigadores de la campaña antiaustríaca durante la guerra, lord Northcliffe, Wickham Steed y Seton-Watson, se lamentaban a menudo de ello. Hay que observar sin embargo que, desde antes de la guerra, un excelente observador austríaco, el Prof. Redlich, después de una visita a Inglaterra en 1913, había advertido a su gobierno de un desplazamiento en la opinión británica. «Muchos ingleses consideran a Austria-Hungría como débil, pero sobre todo peligrosa, porque la ven como un simple satélite de Alemania. Algunos hasta llegan a considerar el desmembramiento de Austria, pensando que sería ventajoso para la política británica la formación de pequeños Estados en Europa, que podrían utilizarse contra Alemania, enfrentándolos a unos contra los otros. Por ello es por lo que se encuentran personas favorables, a veces incluso entusiastas con Serbia, Grecia, Bulgaria, incluso con Montenegro, a las que apoyarían, igual que a una Hungría independiente, si, por ese medio, el peligro de la formación de un mayor Reich alemán podía ser descartado». Redlich obtenía probablemente sus informaciones en medios de la *intelligentsia* universitaria, donde la propaganda del gran especialista de Europa central,

Seton-Watson, un ferviente proeslavo, había comenzado, antes de la guerra, a conseguir adhesiones. En cualquier caso, fue en ese texto del Prof. Redlich donde he encontrado, por vez primera mencionado en el oeste, el proyecto de «desmembramiento» de Austria, que, en la literatura y la prensa de los otros países de la Entente sólo se conocerá ampliamente a partir de 1917 [28].

De lo que precede resulta claro que las grandes potencias estaban, en 1914, completamente dispuestas a enfrentarse y que tenían dos intereses comunes: adelantarse al adversario y echar sobre él la responsabilidad de la guerra.

Deberíamos recordar también que, de todas las potencias comprometidas, Austria-Hungría era la que tenía menos ventaja, concretamente, en caso de que estallara la guerra y adquiriera una envergadura mundial. A lo que podría responderse que a los países les ocurre frecuentemente, lo mismo que a los individuos, que no saben lo que hacen y llegan a perjudicar hasta su propia causa. Es innegable. Pero no es menos cierto que, como hemos observado, algunas de las grandes potencias en cuestión estaban fervientemente convencidas de que su interés estaba en actuar *hic et nunc*, pareciéndoles propicio el momento para una demostración de fuerza.

He resaltado las responsabilidades aparentes de la diplomacia austríaca, su corresponsabilidad en la guerra. Pero nadie podrá deducir que esa corresponsabilidad haya justificado el rechazo de la Entente a aceptar, entre 1916 y 1918, las múltiples proposiciones de paz, por separado o no, hechas por la monarquía, y la designación de la monarquía como la principal responsable del estado de guerra y la única

de los Estados beligerantes en ser condenada a morir.

II. ITALIA: DE LA ALIANZA A LA NEUTRALIDAD, DESPUÉS A LA GUERRA

El conde Tisza lo había visto cabalmente: tercer miembro de la Triple Alianza desde 1882, Italia, tomando como pretexto el ataque de Austria contra Serbia y calificándolo de agresión, se retira de sus obligaciones de aliada. El gobierno italiano resalta que su interés es mantener la integridad de Serbia, cuyo no respeto amenazaba el equilibrio en los Balcanes. La declaración de neutralidad de Italia que se siguió fue todo un beneficio para Francia, que pudo retirar de la frontera franco-italiana las cuatro divisiones que tenía allí destinadas. Sin embargo, los italianos hicieron saber a Viena que, según ellos, su neutralidad constituía una ventaja para Austria y pidieron como pago a su buena voluntad la satisfacción de sus reivindicaciones concernientes a las posesiones austríacas habitadas por una mayoría de italianos. En su respuesta, Austria recuerda que el tratado de alianza —aún en vigor— refrendaba una garantía mutua de la integridad territorial de los contratantes. Los italianos argumentaron que el tratado implicaba que, en caso de guerra, Italia tendría derecho a compensaciones.

Italia pone entonces a Viena ante un dilema. Si cedía el Trentino, que formaba parte de las provincias hereditarias, Austria crearía un enojoso precedente en lo concerniente a

los otros territorios de la monarquía reivindicados en nombre del principio de las nacionalidades. Desde luego, los húngaros eran del mismo parecer. Ceder ante los Italianos, que no dudaban en reclamar Trieste, pulmón de la monarquía, les parecía inadmisible [29].

No obstante, por otra parte, Viena y Budapest no podían ignorar que la reunificación de todos los italianos constituía la legitimación suprema del joven reino. Sin embargo, negándose a cualquier concesión amistosa, corrían el riesgo de empujar a Italia al campo de la Entente, que fácilmente podía prometerle que recibiría, en caso de victoria, lo que no le pertenecía. El embajador italiano en San Petersburgo le plantea, el 3 de agosto de 1914, la cuestión a Sazonov para saber si, en caso de abandono de su neutralidad, Italia podría contar con recompensas en el Adriático. Sazonov se apresura a avisar a París y Londres. Los italianos reclamaban el Trentino, Trieste e incluso Valona. Se asegurarían entonces, antes de tomar una decisión en un sentido o en otro, una posición preponderante en el Adriático.

En Italia, el debate entre los neutralistas, los giolittinos y los intervencionistas (al lado de la Entente) comienza en julio de 1914. Se desprende de los excelentes análisis de Leo Valiani [30] que la opinión mayoritaria se decantaba hacia el mantenimiento de la neutralidad: los socialistas, por su educación en la tradición pacifista e internacionalista; los católicos, por solidaridad con la católica Austria; los medios financieros e industriales porque estaban ligados a Alemania. Giolitti, incluso dimisionario, tenía influencia sobre el gobierno. Sin embargo, a medida que la guerra avanzaba, el campo de los intervencionistas se reforzaba. Sergio Romano

distingue en él tres grupos: uno procedía de la corriente mazziniana, republicano, que deseaba llevar a cabo íntegramente la unidad nacional, en alianza con las democracias; el segundo estaba compuesto por socialistas, los sindicatos extremistas y los intelectuales discípulos de Georges Sorel y de Arturo Labriola, que veían en la guerra una etapa hacia la revolución. Su órgano era *Il Popolo d'Italia*, dirigido por el exsocialista Mussolini. Finalmente, el tercer grupo comprendía a los nacionalistas de derechas, que, impresionados por la victoria, en 1905, del Japón, todavía ayer un país subdesarrollado, ardían en deseos por realizar la «misión histórica de la nación italiana», que presuponía la unificación total de Italia. La emigración masiva de italianos, bajo el apremio de la miseria, era su tema de campaña favorito [31].

Los nacionalistas de derechas, más bien germanófilos, querían en principio adherirse a las Centrales y sólo fue más tarde cuando, bajo la presión de la opinión pública cada vez más proaliada y antiaustríaca, cambiaron radicalmente de posición. Romano no menciona, entre los intervencionistas, a los francmasones italianos, que dominaban el partido radical y estaban muy unidos a las logias francesas, con las que compartían la ideología antimonárquica y anticlerical. Hay que tener en cuenta también, entre los activistas del antineutralismo, a los intelectuales, a los periodistas y políticos, más o menos próximos a la masonería, como Salvemini y sus amigos Bissolati y Barzilai, que entraron en contacto con los dirigentes de la propaganda antiaustríaca en Gran Bretaña, Wickham Steed y Seton-Watson, y formaron un comité ítalo-yugoslavo. Observemos finalmente que el

campo de los intervencionistas fue considerablemente reforzado, según un ensayo inédito del historiador italiano B. Vigezzi, con la entrada de cerca de quinientos mil italianos del extranjero, así como con los separatistas de la monarquía de los que una parte importante soñaba con la transformación de la guerra en una guerra revolucionaria contra todas las monarquías y el capitalismo.

Por lo que respecta al gobierno italiano, tanto Salandra, presidente del Consejo desde el 15 de marzo de 1914, como Sonnino, ministro de Asuntos Exteriores desde noviembre del mismo año, eran nacionalistas pragmáticos, partidarios de un Estado «fuerte» apoyado en un amplio consenso. Eran los *Realpolitiker*, sin otra ideología que la del interés del Estado. Romano dice de Sonnino que «pensaba en la guerra como el único medio capaz de cortar el nudo de las contradicciones nacionales» del país todavía mal unido. La paz quizá hubiera aportado a Italia ventajas territoriales «gratis», pero ninguna de esas conquistas podía compensar, a ojos de ese hombre de Estado, el gran beneficio moral que las instituciones sacarían de la guerra. El análisis de Romano es el más profundo que haya sido hecho de la causa del cambio de Italia hacia la guerra contra su antiguo aliado y de la responsabilidad que la península adquirirá, después de 1915 —sin quererlo expresamente— en la destrucción de Austria. Lo más interesante de su análisis es la demostración de que, entre los intervencionistas, que acabaron por atraer a la gran mayoría de la nación, la búsqueda de la identidad nacional prevalecía sobre los intereses económicos que hacían de Alemania la compañera privilegiada de Italia. No se hubiera podido poner mejor en evidencia el error de los marxistas que atribuían la

responsabilidad de la guerra al gran capital. Está claro que éste estaba contra la guerra. El gran propósito nacional era menos el de recuperar a los italianos dominados por Austria —a reserva de colocar a un cierto número de austroalemanes bajo dominio italiano, y crear así nuevos problemas— que *unificar los particularismos italianos ofreciéndoles la perspectiva de hacer de Italia una gran potencia*. Es verdad que tal unificación y pretensión tenían más posibilidades de llevarse a cabo gracias a los Aliados que con la ayuda de Austria. De ahí los largos regateos con las potencias de la Entente, en el transcurso de los cuales las exigencias italianas sobrepasaron las reivindicaciones propiamente nacionales para extenderse, en caso de dislocación del imperio turco, a Libia, a Eritrea, a la región de Adala. Cuando los franco-ingleses encontraron el precio de la alianza con Italia un poco excesivo y cuando Sazonov expresó su hostilidad a favorecer a Italia en detrimento de Serbia, Sonnino se volvió hacia Viena, notificándole que estaba dispuesto a mantener la neutralidad en caso de cesión inmediata del Trentino. Berlín, para impedir la defección de Italia, donde tenía grandes intereses, comunica que Alemania estaría de acuerdo con tal arreglo; el conde Tisza se adhiere igualmente, pero el ministro austríaco de Asuntos Exteriores, Burian, se obstina en querer conservar el Tirol del Sur. Del 4 de marzo al 26 de abril de 1915, Sonnino negocia simultáneamente con los dos bloques. Finalmente, opta por la Entente. El tratado secreto, firmado el 26 de abril de 1915, en Londres, asegura a Italia la liberación de sus territorios irredentos, le otorga una envidiable situación en el Mediterráneo oriental, garantizándole una parte de la costa oriental del Adriático y la posesión de las

islas; a cambio, Italia se compromete a declarar la guerra a su aliado austríaco en el plazo de un mes y se declara «en contra de todos los enemigos de la Entente». El tratado se complementa, el 10 de mayo, con un convenio naval y, el 16, con un acuerdo militar [32]. El 3 de mayo de 1916, el gobierno italiano denuncia el tratado de Teplitz (actualmente Teplice). Bülow, que todavía ignoraba el tratado de Londres, y Giolitti hacen un último esfuerzo para salvar la neutralidad. Pero las cartas estaban echadas; D'Annunzio supo, con su incomparable elocuencia, movilizar a las masas, amotinar la calle contra el Parlamento reacio, el cual, con trescientos veinte diputados de quinientos ocho, se había pronunciado contra la ratificación de la declaración de guerra [33]. Ésta fue anunciada el 24 de mayo. De tal manera, Italia se alineaba al lado de los futuros vencedores y, desde ya, recordaba a sus nuevos aliados —que tendían a olvidarlo— que habían decidido hacer la guerra, en primer lugar, para asegurar el triunfo del *principio de las nacionalidades*. Así, Sonnino —de quien los colegas y los biógrafos siguen afirmando que no pensaba nunca en destruir la monarquía, sino únicamente arrebatarle la parte que consideraba como perteneciente a Italia— *crea un precedente y una justificación del principio para los demás vecinos de Austria-Hungría, del que cada uno querrá arrancar una parte en nombre del mismo principio*.

Todo ocurre, sin embargo, como si Salandra y Sonnino hubiesen sido conscientes de que su decisión de cambiar de aliado, al menos en el plano económico, no correspondía a los intereses nacionales. Recobrando el gusto por la infidelidad, que, como resalta Romano, a propósito de Crispi, es «el reverso necesario de cualquier alianza», justo antes de la

declaración de guerra a Austria-Hungría, Italia concluye con Alemania —con la cual sólo entrará en guerra el 28 de agosto de 1916— acuerdos que debían garantizar el buen trato recíproco de sus nacionales y de sus bienes en caso de conflicto y, en particular, prevenir cualquier medida de secuestro y liquidación. Esos acuerdos representaban para el Reich, observa Jean-Georges Soutou, un beneficio considerable. Puesto al corriente de su conclusión, el ministro británico Grey solicita enseguida a Italia que cumpla correctamente sus obligaciones derivadas del tratado secreto firmado apenas un mes antes.

No podríamos subestimar, en la victoria de los intervencionistas en Italia, la eficacia de la acción del embajador de Francia, Camille Barrère, anticlerical y antiaustríaco ardiente, que moviliza todo el arsenal del republicanismo y la francmasonería francesas contra los neutralistas, especialmente contra el Vaticano y Benedicto XV, cuya solicitud a propósito de los católicos de Alemania, de Austria y de Polonia no era un misterio para nadie. (Difusión masiva de escritos de socialistas, radicales y masones como Cachin, Moulet, E. Judet, Franklin-Bouillon, invitación a la Escuela francesa de Roma de Rodin, de Paul Fournier, de Maeterlinck, de Paul Claudel, etc.). Recordemos que las relaciones oficiales entre Francia y el Vaticano estaban rotas desde 1905, lo que no impedía a Barrère buscar contactos con la Santa Sede a fin de convencer al papa de «la certeza que tenemos en la victoria final» (cf. Enrico Serra, *Camille Barrère e l'intesa italo-francese*, pref. de Cario Sforza, Milán, 1950). Los numerosos telegramas dirigidos por Barrère al Palacio (ver Archivos nacionales, 1918-1919, Santa Sede, A

385) revelan su hostilidad fundamental al encuentro con Benedicto XV, su desconfianza hacia sus iniciativas de paz, y «sus esfuerzos por intervenir en los asuntos de Italia» o «de ejercer una tutela sobre la Sociedad de las Naciones», sin dejar de recordar que, en el artículo XV del memorándum que Sonnino había dirigido a la Entente, el 26 de abril de 1915, éste subrayaba la oposición a priori de Italia a una participación del papa en una eventual conferencia de paz.

Sin embargo, Italia, fiel a su práctica de *egoísmo sagrado*, continúa todavía mucho tiempo comerciando a través de Suiza con las potencias centrales, e incluso con esa Austria de la que será uno de sus sepultureros. Los Aliados sólo se dieron cuenta mucho más tarde de la importante influencia que Alemania había continuado ejerciendo sobre la industria y el comercio italiano, a través de la Banca comercial. No obstante, incluso antes del comienzo de la guerra, bajo la presión francesa, Salandra había favorecido proyectos que tendían a sustituir el mantenimiento de la dependencia económica con el Reich, aunque ésta fuera más favorable a Italia, por una colaboración ítalo-francesa más estrecha. Del 16 al 18 de septiembre de 1915, en el lago de Como, tiene lugar una reunión franco-italiana, en presencia de Pichon, Barthou, Hanotaux y de una decena de diputados italianos, dirigidos por Luzzati —un industrial cuyos lazos con los alemanes eran sin embargo conocidos, según Salvemini [34] — para deliberar acerca de la reorientación de la industria italiana hacia Francia. Los británicos se unieron a esos esfuerzos [35]. «La intervención italiana se decidió bajo la égida del patriotismo del Risorgimento, del irredentismo justificado por la italianidad del Trentino y de Trieste. Italia

tenía un régimen político más democrático, liberal, menos militarista que Austria-Hungría. Sin embargo, entre los objetivos de guerra que Italia hizo insertar en el tratado de Londres, figuraba la anexión, por razones estratégicas, de territorios poblados por no italianos, lo que tendrá una influencia, entre otras causas, por supuesto, en el naufragio ulterior del régimen liberal italiano», escribe Valiani. Por lo demás, los antiaustríacos mazzinianos consecuentes, como Bissolati y Salvemini, se oponían a que Italia anexionara territorios habitados por grupos compactos de poblaciones alemanas o eslavas.

III. RUMANÍA A SU VEZ SE DECIDE POR LA ENTENTE

La iniciativa de arrastrar a Rumanía a entrar en la guerra al lado de los Aliados, que tenían más que ofrecerle que las potencias centrales, a las que se había aliado en 1883, partió de Gran Bretaña. Pero la empresa de seducción en ese sentido fue confiada a los rusos [36]. El medio era sencillo: prometer la anexión de Transilvania, principal objetivo del nacionalismo rumano. Serían espléndidos en la retribución, dijo el general Alexeiv, encargado de las negociaciones preliminares secretas, al general Janin, quien en 1919 se distinguirá a la cabeza del ejército de intervención antibolchevique en Extremo Oriente. «No regatearán para otorgarse también un trozo de Hungría poblado de húngaros» [37]. De este modo los rusos, a semejanza de británicos y franceses, mezclaron la aplicación del principio de las nacionalidades con la política de expansión más cínica.

En realidad, la ofensiva diplomática rusa hacia Rumanía había comenzado desde el inicio de 1913, cuando el gobierno ruso informa al gobierno rumano que denunciaba el tratado secreto búlgaro-ruso de 1903, que garantizaba la defensa militar de la frontera septentrional de Bulgaria. Sin embargo, en esa época, Rumanía suponía la victoria alemana en caso de guerra. Así, al día siguiente de Sarajevo, desde el envío del ultimátum austríaco a Serbia, el ministro rumano Batrianu, en el momento de una entrevista con Kozel-Pokleczki,

ministro plenipotenciario ruso en Bucarest, encuentra justificados los actos y la actitud de Austria. En un telegrama del 20 de junio-3 de julio de 1914, dirigido a Sazonov, el diplomático ruso le informa que «Bratianu ha expresado *sus* sentimientos porque Serbia se haya negado a aceptar íntegramente la nota austríaca y se lamenta de la situación difícil de Rumanía y de la gran responsabilidad que incumbe al gobierno rumano».

Más adelante, Pokleczki escribe: «El Gran Consejo, bajo la presidencia del rey, va a discutir la cuestión de la movilización del ejército rumano. Pero ya se están tomando medidas militares preparatorias. *La situación aquí es* alarmante. La prensa evita atacar a Austria. Los órganos oficiosos de los principales partidos políticos tratan de justificar la manera de actuar de Austria para con Serbia» [38].

En efecto, la actitud de Rumanía en vísperas de la declaración de guerra era claramente germanófila, como lo prueba el discurso del rey Carlos pronunciado ante el Gran Consejo en Sinaïa el (21 de julio-3 de agosto) y que Kozel-Pokleczki ha podido obtener y enviar a su ministro el texto:

«La guerra europea ha sido declarada. En esta peligrosa situación, siento la necesidad de ponerme de acuerdo con los hombres de Estado de mi país que me han apoyado con sus esclarecidos consejos en el transcurso de mi largo reinado, para conocer su opinión en estos graves momentos…

»La prudencia es una gran virtud, pero la misma no debe ser llevada demasiado lejos. En las horas de supremo peligro, el valor y la decisión predominan sobre todo lo demás.

»Debemos decidir el camino a seguir. Considero en primer

lugar, como posibilidad, la *neutralidad*. Pero la Historia prueba que los países que permanecen neutrales, en una conflagración general, son reducidos a figurar en segundo plano y a ser descartados de las decisiones tomadas al concertar la paz. Rumanía no merece ser expuesta a semejante humillación.

»La otra hipótesis que se presenta es la de pronunciarnos por uno u otro de los grupos que se encuentran en guerra. *Dudo que esté en los sentimientos del país alinearnos al lado de Rusia.*

»*Sólo nos queda una tercera salida: la de unirnos a la Triple Alianza.*

»*Esto último representa fuerzas militares de tal importancia que está fuera de duda que de esta guerra formidable saldrá victoriosa…*

»*No será fácil hacer comprender a la opinión pública la situación delicada y los compromisos existentes, más aun cuando otros refrendados, actualmente irrealizables, han sido abrigados por ella.* A pesar de la corriente poderosa, tengo la firme convicción de que llegará el día en que el país bendecirá la política que nos vemos obligados a seguir. Toda guerra depende naturalmente de la suerte de los ejércitos; *pero* es casi seguro que nosotros nos encontraremos del lado de la victoria y que nuestra decisión tendrá la recompensa merecida» [39].

En cuanto a Bratianu, era el prototipo mismo del «Realpolitiker» balcánico. Adoptaba el principio de «al mayor postor» y reservaba su decisión hasta el momento en que no se arriesgaba a equivocarse sobre el resultado de la guerra. También el Estado Mayor rumano establecía dos planes de

campaña: uno contra Rusia, otro contra Austria y Alemania, sus aliadas.

A continuación, la derrota alemana en el Marne y la invasión de Galitzia por los ejércitos rusos incitaron a Rumanía a aproximarse a los Aliados, con los que mantiene conversaciones sobre las condiciones en las que se alinearía de su lado. Bratianu «vende» en principio la «neutralidad benévola» de Rumanía en una convención con Rusia, el 20 de octubre de 1914. En el curso de las negociaciones secretas con los Aliados, aumenta cada día sus pretensiones territoriales, exige sin cesar nuevas garantías y se sirve de todos los pretextos para aplazar su intervención. «Rumanía pretende ganar lo más posible, con el sacrificio de los demás, y de soportar lo menos posible ella misma», observa con molestia, en 1915, el príncipe Troubetskoi, embajador de Rusia, después de una entrevista con el primer ministro de Carlos. En realidad, Rumanía tenía alguna razón para temer a Rusia, lo que explica la declaración hecha a Poincaré por el emisario de Bratianu, Georges Diamandi: «Rumanía desea la victoria de Francia, pero la derrota de Rusia» [40].

Finalmente, tras dos años de regateos, el gobierno rumano firma, en julio de 1916, una «convención política» con los rusos, en los términos de la cual Rumanía obtendría los territorios «que hubiera conquistado sobre Austria-Hungría por la fuerza de sus armas». Al informar al gobierno de Viena, el embajador de Austria en Suiza resalta que «la satisfacción dada a las reivindicaciones de Rumanía, en caso de victoria, en unión de lo que ha sido acordado para Serbia, hará de Hungría un pequeño país». Los rumanos tenían mucha razón para estar contentos. No obstante, Bratianu aumenta las

pujas. Haciendo inventario de las ventajas que su país sacaría de sus buenas relaciones con Alemania (que no había, además, dejado nunca de pedirle a Hungría que hiciese concesiones a los rumanos de Transilvania), Rumanía, que tenía además un rey Hohenzollern, en la persona del sucesor de Carlos, Fernando, expresa el deseo de declararle la guerra sólo a Austria-Hungría… Francia aprueba la convención ruso-rumana porque la aceptación de las fronteras reivindicadas por los rumanos obligaba a éstos a seguir la guerra al lado de los Aliados hasta la victoria. El embajador de Francia en Rusia, Paléologue, también estimaba que después de la espantosa carnicería de Verdún el concurso rumano era absolutamente necesario para los Aliados, por lo que éstos aceptaron todas las condiciones impuestas por los rumanos, cuando apenas dos meses después de su entrada en la guerra contra Austria-Hungría, el 16-29 de agosto de 1916, amenazaron con llevar a cabo una paz por separado con Alemania. Francia lleva la indulgencia hasta renunciar —a pesar de la importancia que los italianos le atribuían— a que Rumanía ataque a Bulgaria. Y se dan prisa en admitir la exigencia de Bratianu, que deseaba que atacaran Salónica. Entonces se supo en Viena de la existencia de un acuerdo secreto entre los rumanos y los británicos, que concernía a Constantinopla y los Dardanelos, y sobre el que Inglaterra no deseaba informar a los rusos.

En efecto, los británicos tenían intenciones balcánicas que no coincidían con las de sus aliados. Así, Londres esperaba separar igualmente a Bulgaria de las Potencias centrales. Los agentes de Austria en Suiza se sabían convencidos de que uno de los objetivos bélicos de Gran Bretaña era desde ahora la

mutilación de Austria-Hungría, de lo que los Alemanes podrían sacar provecho tanto como los rusos y los rumanos, y que permitía a Inglaterra zanjar en las mejores condiciones el problema de Constantinopla, codiciada por San Petersburgo. Los informadores berneses de Austria pensaban que esa austrofobia completamente nueva de los ingleses se debía al hecho de que estaban convencidos de que Austria, aunque lo quisiera, no podría separarse de Alemania y que, en consecuencia, sería debilitando o destruyendo la monarquía como se podría, en un primer momento, vencer a Alemania, antes de reconciliarse con ella proponiéndole el Anschluss de la Austria alemana. En compensación, las simpatías por Hungría persistían en Gran Bretaña donde —contrariamente a los franceses— amaban «a los pueblos que pueden dominar a otros» (Herrenvölker). Los francmasones ingleses estaban muy unidos a la francmasonería húngara. Sin embargo, puesto que el gobierno húngaro no quería separarse de Austria o no era capaz, estaba fuera de duda que Inglaterra le reservase un trato de favor. Consideraba como un éxito la entrada en la guerra de Rumanía, lo que la reforzaba en su certeza de rehacer, después de la guerra, Europa conforme a sus intereses.

La embajada de Austria en Berna daba al mismo tiempo interesantes informaciones acerca del «odio indescriptible» que experimentaban los rusos contra los húngaros; deseosos de vengarse de las «atrocidades» de los *honvéd* (ejército húngaro) cometidas en territorio ruso. Planeaban desertificar todo lo que quedase de Hungría después de las anexiones reivindicadas por los serbios y los rumanos. Aún no se hablaba de las reivindicaciones checas.

SEGUNDA PARTE

Una mirada sobre la historia de los Habsburgo hasta el siglo XVIII

IV. TÚ, FELIX AUSTRIA, NUBE

Escribir la historia de toda la región a partir de sus orígenes sobrepasaría las fuerzas del hombre más dotado y más laborioso.

Eric Weill

Los anales de Austria-Hungría están en la confluencia de cinco historias. La de la casa Habsburgo, la de la marca austríaca del Santo Imperio romano germánico, la de Bohemia, la de Hungría y la de Croacia. Cada una de estas historias merecería que se le consagrase un volumen. Ahora bien, nuestra intención, aquí, sólo es abordarlas someramente a fin de recordar lo que es indispensable para el esclarecimiento de las causas de la unión, y posterior dislocación del imperio nacido del encuentro de estas cinco historias. Su origen se remonta al amanecer de la historia moderna, hasta la prehistoria claroscura de los pueblos de Europa. Diez años después del surgimiento de la Francia capeta, cuyo milenio ha sido celebrado en 1987, el rey Esteban I, el santo hijo del pagano príncipe Géza, convertido al catolicismo romano, crea el reino de Hungría.

Los Habsburgo hasta el siglo XVIII

Hablando de Francisco Fernando, del que caracterizaremos más adelante su interesante y contradictoria personalidad, Robert A. Kann decía de él que era «mucho más Habsburgo que austríaco». Y en efecto, no se podría decir si los Habsburgo eran la emanación o la encarnación de Austria. Los nietos del último emperador y rey, Simeón y Lorenzo de Habsburgo, me contaron que yendo a visitar el lugar de

nacimiento de la familia, en los confines de Renania, de Alsacia, de Brisgau y de la Suiza actual, se asombraron al ver los vestigios de un castillo muy modesto. A partir de esa humilde morada los Habsburgo comenzaron, en algunos siglos, a reinar en una parte importante de Europa, siendo el origen en principio un principado marginal. Fue un hecho de una suerte excepcional que los sucesores de un oscuro leal a los Stauffen heredaran, con el rey Rodolfo, en 1273, la corona y el prestigio, además del poder del Santo Imperio romano germánico [41]. La ascensión de los Habsburgo fue aún más asombrosa a pesar de que la familia se opone durante mucho tiempo al principio de primogenitura, es decir, que era partidaria del reparto de la herencia entre todos sus hijos, lo que llevó en el alba de los tiempos modernos a la separación de las estirpes alemanas y española de la familia, cuya unidad les había asegurado, bajo Carlos V, una posición de hegemonía en Europa.

El momento decisivo de la génesis de lo que será Austria (Osterreich, imperio del Este, en realidad, marca oriental de Alemania) será la victoria de Rodolfo sobre su más importante rival, Otakar II Premysl, rey de Bohemia —victoria que coincidirá con la extinción de los Stauffen, la de la familia ducal Babenberg en Austria, y el establecimiento de lazos familiares con los principales electores del Palatinado, de Sajonia y de Brandeburgo. Rodolfo le deja sin embargo a Otakar Bohemia, Moravia y los feudos contiguos del imperio; después emplea de nuevo el arma del matrimonio, casando a su hijo con una hija de Otakar. La segunda y definitiva victoria que consigue, con la ayuda del rey de Hungría Ladislas, sobre el ambicioso rey de Bohemia, que solicitaba el

imperio, consolida su primacía en la región. Era característico, en las costumbres medievales, que no conocían las solidaridades nacionales, que el rey checo fuese ayudado contra los Habsburgo no solamente por los polacos sino también por los silesianos, los alemanes, del Brandeburgo, de Meissen, de Turinga y de Baviera, mientras que Rodolfo sólo tuvo por compañeros de armas al rey de Hungría y sus aliados curneos [42]. Sin embargo los contemporáneos de Rodolfo vieron en su triunfo el del Imperio germánico sobre un vasallo rebelde. En cualquier caso, la batalla de Marchfeld, el 26 de agosto de 1278, preludio de la dominación de los Habsburgo sobre Austria, confiere a éstos el nombre de «Casa Austria». Rodolfo, a quien sus sucesores, hasta Francisco Fernando, le dedicaron un culto comparable al que inspira más tarde María Teresa a los suyos, fue efectivamente un extraordinario genio maniobrero y organizador.

En cuanto a la monarquía que más tarde llamaremos danubiana, su nacimiento se remonta al tratado de matrimonio consumado, en 1364, entre la casa de Austria y los reinos de Hungría y de Bohemia, cuya interdependencia geográfica de los espacios alpinos, sudetes y carpáticos los invita de alguna manera a una unión política.

Sin embargo los Habsburgo también tuvieron una perspectiva alternativa al unir las provincias de Austria, de un lado y otro del Enns con Estiria, Carintia y Tirol anexadas por Rodolfo IV, después su país de origen, Renania, así como Friul. La unión de todas esas provincias abría la senda a expansiones completamente azimuts, en dirección tanto de Alemania como de Italia. Trieste se sitúa, en 1382, bajo la protección de los Habsburgo. Pero la fortuna de las guerras

cambia, en el siglo XV, y éstos perdieron sus posesiones occidentales.

La obra de expansión llevada a cabo por Rodolfo fue acabada por Federico III, quien consigue de forma permanente para la familia los títulos de rey, y posteriormente de emperador del Santo Imperio. Fue además el último alemán y el único Habsburgo coronado en Roma por un papa decadente.

Así pues, una historia gobernada más bien por el azar que por la necesidad inviste a los Habsburgo, sin saberlo ellos, con una doble misión. El declive de los luxemburgueses en Bohemia, consecutivo a las revueltas husitas del siglo XV, los empuja a la constitución de una potencia centroeuropea, danubiana, tarea ante la cual sólo el hijo del jefe militar rumano-húngaro antiturco, Juan de Hunyad, Matías, rey de Hungría por elección, significó temporalmente un obstáculo.

Por otra parte, el matrimonio del hijo de Federico, Maximiliano, con María de Borgoña (1477) le proporciona un gran territorio oeste-europeo, origen de la rivalidad secular con la casa de los Valois y también de un sistema de alianza con los enemigos de Francia: Inglaterra, España y Saboya. En esa época, los Habsburgo alcanzan la cumbre de su grandeza, gracias a la triple fuerza que les aseguran sus posesiones en Europa del Este, del Oeste, en Italia (Matrimonio de Leopoldo II con una Visconti) y en el centro de Europa. Este apogeo contiene, sin embargo, ya los gérmenes de su futura debilidad por la casi imposibilidad de concentrar un poder tan diseminado y contestado. El doble matrimonio de los hijos de Maximiliano con los hijos de la pareja de España nos lleva a Carlos V, del que se dirá que el sol no se ponía nunca en sus

territorios. Wandruschka tiene razón al decir que los Habsburgo acumularon demasiadas tareas: al este, la defensa del imperio contra los turcos; al oeste, combatir la expansión de Francia. Maximiliano nombra a su hija Habsburgo-Borgoña, atrae a la nobleza flamenca hacia él, se casa en terceras nupcias con una Sforza, penetra en Italia. Al mismo tiempo, y todavía por medio de los matrimonios, refuerza sus lazos con la Hungría y la Bohemia de los Jagellones (1515) y se alía con el zar contra Segismundo, hermano de Jagellón de Polonia. Los dos nietos de Maximiliano, Carlos V y Fernando I, cooperan de manera impecable con las reinas Leonor de Portugal y después de Francia, y con María, viuda de Luis de Hungría, derrotado por los turcos y muerto en Mohács. Lo que unía a esas familias era una devoción común. En adelante la piedad, un elemento religioso casi místico, penetra en la tradición habsburguesa. Pero hay que señalar que la actitud, en materia de religión, de Carlos V estará fuertemente influenciada por Erasmo. Ese ascendente racional, esclarecido, explica también las concesiones de Fernando a los «innovadores», sus simpatías protestantes. Incluso en Felipe de España, se encuentran rasgos de la enseñanza del autor del *Elogio de la locura*. Wandruschka estima justamente que los orígenes del josefismo de finales del siglo XVIII se remontan a los conflictos políticos de Carlos V y de su hijo Felipe II con el papado. Por muy profunda que fuese su fe, los príncipes intentaban salvaguardar los derechos del Estado dinástico.

La ideología imperial estuvo influenciada por Gallicure, como lo atestigua un decreto de Carlos V firmado en Barcelona el 15 de septiembre de 1519 por «Don Carlos, Rey

de Roma, por la gracia de Dios, futuro Emperador, Rey de Castilla, de León, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Granada, de Navarra, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de las islas Canarias, de Gibraltar, de los países del Océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña y de Brabante, conde de Barcelona, de Flandes y del Tirol, señor de Vizcaya y de Molina, duque de Atenas y de Neopatria, conde del Rosellón y de Cerdeña, marqués de Oristan y de Gociano».

Esa bella amalgama de todos los rincones de Europa, si bien no aseguraba, en efecto, un poder más que feudal, procuraba rentas bastante considerables. El rival de Carlos V, Francisco I, rey de la hija primogénita de la Iglesia, se alía, como es sabido, contra él, con los príncipes protestantes alemanes y con los turcos. En cuanto al emperador, llega a extenderse por el oeste, continuando sus escaramuzas contra los otomanos. Sin embargo tropieza con la dificultad de que, en el centro y en el este, la ley acostumbrada de la primogenitura era la que había prevalecido, mientras que, en el oeste, era la herencia colectiva. Además, durante la primera dieta imperial, en Worms, en 1521 (fecha de la primera confrontación con la herejía de Lutero), se concluyó un contrato de reparto, que, revisado en 1522, otorgaba a Fernando todo el «dominio austríaco», desde Alsacia hasta la frontera húngara, gracias a lo cual se apodera de Bohemia y Hungría, conservando la sucesión al imperio. Desde entonces, la división fue consagrada entre las estirpes española y alemana, y confirma la transferencia hacia el este del centro de gravedad de los Habsburgo. Habiendo sido arbitrado por

María el conflicto entre los dos hermanos, convierte la alternancia en la regla para la sucesión al trono del imperio.

Las instrucciones de Carlos V a Felipe traducían el pensamiento político, racionalista y humanista del Renacimiento. La hegemonía española iba a servir de modelo a Europa, donde Fernando interpretará en adelante el papel de segundo violín. Al recibir la herencia del reino húngaro en 1556 —de una Hungría cuya mitad será ocupada durante ciento cincuenta años por los turcos y que sólo se repondría lentamente de las heridas que le habían infligido las revueltas campesinas—, Fernando acaba el establecimiento de la *monarquía danubiana propiamente dicha*, que confiará a los Habsburgo la misión de defender el cristianismo contra la expansión del islam y obstaculizará durante mucho tiempo la irrupción rusa en los Balcanes y Hungría [43].

En cuanto a Fernando, intentará crear en sus posesiones diversificadas un sistema económico casi equilibrado, basado en el modelo de los Estados-naciones de Occidente. La monarquía habría sido la escuela —casi siempre a pesar de sí misma— de los pueblos que vivían en su seno. Edificará una administración poco imaginativa, pero bastante sólida y eficaz [44]. Lo que no ocurre sin dificultades. En principio a causa de la beligerancia casi permanente de los turcos, después por la lucha contra la resistencia feroz de los magnates húngaros, que se aferraban obstinadamente al código de Werböczy [45] quien posteriormente sistematiza, en su trilogía jurídica —convertida en la biblia de la aristocracia húngara tras la gran revuelta campesina del siglo XVI— los privilegios de la nobleza. En Bohemia, la intolerancia religiosa de Matías II, emperador y rey tras la muerte de su hermano Rodolfo,

provoca una revuelta: así comienza la guerra de los Treinta Años, una de cuyas consecuencias fue la desaparición del reino de Bohemia, que la Constitución renovada de 1627 degrada a provincia de Austria. Bohemia se deja manipular más bien dócilmente, lo que explica que Maximiliano II y su hijo Rodolfo hubieran podido hacer de ella el centro de su sistema e instalarse en Praga, ciudad soberbia que se convertirá en el corazón de la Europa central.

La paz de Westfalia libera las fuerzas de los Habsburgo y les permite reforzar su empresa en los países hereditarios. Sin embargo, al mismo tiempo, debieron renunciar definitivamente a la centralización de su poder en Alemania. Por eso podemos fechar la inferioridad de los Habsburgo frente a las potencias occidentales, que lograron la centralización de su administración en la lucha contra el feudalismo. La monarquía sufrirá hasta 1918 las consecuencias de esa inferioridad. Y que además se vio acentuada por la resistencia de las órdenes feudales en los países hereditarios, pero sobre todo por el estatuto de semi independencia conquistado por los húngaros tras la revuelta de Rákóczi, a comienzos del siglo XVII. La autoridad imperial descansaba en el frágil equilibrio de numerosos particularismos y debió esforzarse sin cesar en instaurar la centralización.

El conjunto era demasiado heterogéneo para permitir la construcción de un Estado semejante a Francia, o incluso a Prusia, que estaba sin embargo todavía lejos de su futura grandeza. En efecto, la victoria de la Contrarreforma (incompleta, pues islotes de protestantismo permanecían en la antigua parte turca de Hungría), dan impulso a una mayor

unidad, al menos, espiritual, y los Habsburgo procedieron a renovar la nobleza con elementos inmigrados, valones, españoles, italianos, que vinieron a reemplazar a los húngaros, checos y austrogermanos rebeldes. Nace una nobleza de corte, animada por un «patriotismo dinástico» opuesto a los patriotismos particularistas. El barroco le otorga un estilo unificado a todas las regiones de la monarquía, como si quisiera expresar el reconocimiento común de toda la región a Dios que había permitido expulsar a los turcos de Hungría. Desde entonces, el barroco es uno de los elementos tradicionales de unidad cultural que permiten identificar a Europa central más allá de las fronteras artificiales creadas en 1918-1919.

Leopoldo I tuvo la doble habilidad de establecer un compromiso con los protestantes (alrededor del 25% de la población) y de reconocer el genio de *Eugenio* (hijo de la Mancini) *von* (alemán) *de Saboya* (francés): así firmaba sus cartas ese gran jefe de guerra, demostrando que tres identidades étnicas e igual dominio de tres lenguas no le impedían ser un espíritu claro, un combatiente valeroso y un gran europeo.

El rey de Francia no tardaría en lamentar haber rechazado el ofrecimiento de servicio de Eugenio, quien, dolorido, decide intentar su suerte en el ejército austríaco, donde ya servía uno de sus hermanos, el general y pronto mariscal-príncipe Luis de Bade. Las victorias de Eugenio devolvieron a Austria su puesto de gran potencia. Las numerosas construcciones edificadas bajo su instigación iban a hacer de Viena la capital cosmopolita cuyo castillo del Belvédère, que servirá más tarde de residencia a Francisco Fernando, y

después de lugar de reunión de los firmantes del tratado de Estado austríaco, en 1955, es sin duda una de las obras maestras más perfectas del barroco [46].

En general, la llegada a la cumbre del poder señala también el comienzo de las dificultades. Cuando Francia, Gran Bretaña, e incluso la Rusia de Pedro el Grande, realizaban progresos vertiginosos, la monarquía comenzaba a acusar debilidades y retrasos. La larga ocupación turca había desertificado una parte de Hungría. Había que recolonizar el país abriendo las fronteras de la inmigración [47], fuente de futuros conflictos nacionales. Después la monarquía se vio afectada por el desplazamiento del comercio del Mediterráneo hacia el Atlántico. Francia, reforzada, volvió entonces a la lucha por la hegemonía estableciendo acuerdos con los protestantes alemanes, daneses, suecos y «otros escandinavos», como dirá De Gaulle, sin desdeñar incluso aliarse con los protestantes checos y húngaros. Hecho paradójico, en el momento en que Europa se hundía en las guerras pretendidamente religiosas, la Transilvania de los tres pueblos (húngaros, sículos y sajones) seguía siendo el país de la tolerancia religiosa. La Europa del Oeste estaba en pleno absolutismo. Viena se esforzaba desesperadamente por elevarse al rango de las prestigiosas cortes europeas. La degradación de la misma Hungría, después de la derrota de la revuelta del príncipe Rákóczi, aliado de Luis XIV, con un estatuto casi colonial, fue de corta duración: la resistencia de la nobleza contra el absolutismo explotaba periódicamente. En el fondo, el matrimonio de Hungría y de Austria, a pesar de las reconciliaciones que sucedían a las querellas, no iba a ser nunca un matrimonio tranquilo [48]. La nobleza húngara

trataría de impedir a los grandes centralizadores y modernizadores austríacos, desde Kollonitch a Kaunitz, de José II a Schwarzenberg y a Francisco Fernando, que se hiciera de la monarquía un Estado fuertemente cimentado. Y, aquí, quizá es necesario abrir un paréntesis para explicar lo que eran esos aguafiestas húngaros: ¿por qué no se resignaron nunca a la dependencia, por qué se opusieron a la tentativa de los Habsburgo de constituir un estado centralizado después de transformarlo en una federación de naciones iguales? Perdón por interrumpir la historia de la casa Habsburgo para resumir la del pueblo húngaro, cuya unión con Austria preparará el camino a la futura Austria-Hungría.

V. UN PUEBLO REBELDE

Guerreros nómadas progresivamente empujados desde las estribaciones del Ural a la Panonia, los antepasados de los húngaros comenzaron por considerar a Europa como un territorio de caza y de pillaje antes de acabar —aislados por los Cárpatos de los pueblos cristianos del este y el oeste— por hacerse sedentarios y adaptarse a su entorno, hacia finales del siglo X [49].

Después de haber dudado entre las seducciones de Bizancio y las de Roma, su príncipe, Géza (Geysa), optó, igual que san Venceslao, en Bohemia, y Mieszko, en Polonia, por la cristiandad occidental. Esa opción se hizo definitiva merced al bautismo del hijo del príncipe, Esteban, más tarde canonizado, y a su matrimonio con la hija del príncipe de Baviera, el emperador Enrique II. Por entonces Géza toma por principal consejero al obispo pragués Adalberto —príncipe de la Iglesia pero también hombre de Estado—, quien le ayuda a sentar la base de un Estado sobre el modelo de las instituciones francas, disolviendo la antigua organización arpadiana, tribal. Como señala Thomas von Bogyay [50], el fundamento social más sólido y más duradero fue el de las grandes familias. Un cierto número de familias ricas, herederas de la aristocracia guerrera de los tiempos de la conquista del país sobre los habitantes eslavos, le habían dado al país prácticamente su armazón durante siglos. Es verdad que Géza se había esforzado, a menudo con violencia,

en someter a su autoridad a las más reacias de esas familias. Su hijo Esteban acaba su obra. Combatió, aliado al emperador de Bizancio, a los búlgaros, que amenazaban su territorio. A partir de 1018, Esteban controla el conjunto de la cuenca de los Cárpatos, cuyos descendientes serían expulsados novecientos años más tarde; fue coronado rey en el año 1000 por la gracia de Dios y, tomando como modelo el Estado de su cuñado, Baviera, se dedica a cristianizar Hungría, adoptando el latín como idioma de la legislación y la administración. Reina como autócrata, e introduce el servicio militar obligatorio para la nobleza. Todavía según el modelo bávaro, el pueblo fue dividido entre hombres libres y siervos; la aristocracia de nacimiento conserva sus privilegios sociales hereditarios. Sin embargo, los miembros del Consejo real, llamado Senado, compuesto por prelados, miembros de la casa del rey, prefectos (ispan) condados (comitats, megye), debían su estatuto a la confianza del rey y sólo tenían un papel consultivo. Ese sistema de condados se transformará, en el siglo XIII, en una institución más autónoma, en organización regional de la nobleza, con centros de legislación y de jurisprudencia como tantos otros núcleos de resistencia contra la centralización. Todavía hoy, el condado, evidentemente privado de su autonomía, permanece como la base de la administración local en Hungría.

Paralelamente, Esteban organiza, con la ayuda de eclesiásticos checos, alemanes, italianos, valones —benedictinos, especialmente—, los arzobispados de Esztergom, Györ, Kalocsa, etc. (que aún subsisten en nuestros días) de carácter monástico y cuyo establecimiento le valió el título hereditario de apostólico, que recuperaran los

Habsburgo. El vocabulario religioso húngaro fue importado en gran parte por sacerdotes croatas y eslovenos. La influencia ortodoxa, mucho menos importante, permanece sin embargo en el país, lo que explica los lazos políticos mantenidos con Bizancio: el hijo de Esteban, Imre, canonizado más tarde, como su padre, se casará con una princesa bizantina.

La organización estatal impulsada por Esteban era sólida. Sin embargo, tras la muerte de Imre (Emerich) en un accidente, la sucesión abrió una época prolongada de querellas y desórdenes en treinta y nueve años; el país cambia seis veces de reyes, de los que tres fueron asesinados. Los desórdenes favorecieron las intervenciones extranjeras, las revueltas campesinas, las incursiones de los tártaros, las expediciones de pillaje de los señores, etc. Pero permanece el hecho de que, llevados por consideraciones de poder y de estrategia, y quizá por inclinación, Géza y Esteban escogieron Occidente. Ese hecho determinará la historia de Hungría de una vez por todas. Le confieren a su país un sistema que no cesa de estimular su desarrollo. Hungría se convierte en un pueblo de alfabeto latino, y no del cirílico, y así ha permanecido [51].

Tras años de querellas intestinas, Ladislas (1077-1095), también canonizado —¡la santidad se obtenía fácilmente en aquella época!— consigue restablecer el orden. Tras la muerte del rey de Croacia Zvonimir, Ladislas, que se había casado con la hermana de éste, pretende su sucesión, anexiona Eslavonia (es decir una región del norte de la Croacia propiamente dicha), inaugurando así el empuje húngaro hacia el sudoeste que quedará como un hecho permanente de la política exterior del joven Estado. El hijo de Ladislas,

Koloman el Erudito (Kônyves Kalmán, amigo de los libros) lleva a término la anexión de Croacia y de Dalmacia. Sin embargo, como Ladislas confirma contractualmente los privilegios de la nobleza de esos países, los historiadores croatas prefirieron hablar de *unión personal* más que de anexión, resaltando la continuidad de la soberanía croata bajo la soberanía feudal húngara. Los litigios que ese expansionismo provoca con Venecia, celosa de su dominio sobre el Adriático, así como con el papado fueron arreglados amistosamente, gracias a la aceptación, por Ladislas, de la mayoría de las reformas gregorianas. Bajo sus últimos reyes nacionales el sistema feudal húngaro se consolida, con el poder acrecentado de una clase señorial, que permanece largo tiempo bajo el control de la Corte.

Uno de los problemas del poder real era el poblamiento del país. En el momento de la conquista, el noroeste ya había sido muy poblado y desarrollado por los eslavos de Moravia, antepasados de la nación eslovaca, que no habían opuesto resistencia a la supremacía de los conquistadores. En la gran llanura, los eslavos autóctonos se mezclaban con los colonos campesinos húngaros. En Transilvania, los inmigrados sículos asimilaban rápidamente la lengua húngara, conservando una cierta autonomía y su estructura social turca. La población de las ciudades así como los efectivos de la Iglesia y del ejército aumentaron debido a una gran inmigración llegada de la Renania superpoblada. Los alemanes se establecieron también en Transilvania (donde se les llama sajones), donde los magiares y los sículos cohabitaban con los rumanos autóctonos o inmigrados, la nobleza se asimila con los húngaros y los campesinos fueron avasallados. Así, Hungría

se convierte, desde la Edad Media, en un país multiétnico, donde, por regla general, los reyes respetaron los usos y costumbres aportados por los recién llegados.

Pasemos por alto los siglos turbulentos señalados por la invasión en el siglo XIII, de los tártaros de Batu Khan, los períodos de reconstrucción después de las devastaciones, los reinados atormentados de los últimos Árpád, con sus luchas sangrientas por el poder real cuyos episodios recuerdan la atmósfera de los dramas históricos de Shakespeare… Tras la extinción de la casa de los Árpád, Hungría se convierte en una monarquía electoral, donde los oligarcas más poderosos, reprimiendo a los pretendientes checos y bávaros, acabaron nombrando rey a Carlos Roberto de Anjou (1308-1342), nieto de la reina María de Nápoles, hermana del rey Ladislas. Pero anteriormente, el rey Lázló IV había ayudado a Rodolfo de Habsburgo a vencer a su rival, el rey Ottokar de Bohemia, y a conseguir Austria, base del futuro poder de la dinastía.

La dinastía Anjou concentraba en ella la habilidad económica italiana y la adaptación asombrosamente rápida a la marcialidad de sus súbditos húngaros [52]. Al ligar a Hungría aún más al devenir occidental, la convierte en una de las grandes potencias de la Europa de la Edad Media, dejando intactas las estructuras feudales. Haciendo entrar en razón a los señores demasiado reacios y confiscando sus bienes, Carlos I reunifica el país y toma la iniciativa para una alianza con los reyes de Bohemia y de Polonia, a fin de obstruir el camino a la expansión, ya amenazadora, de los Habsburgo apoyados por el Santo Imperio romano germánico. Su hijo, Luis el Grande, elegido rey a su vez, abandona esa política prudente, y, después de haberse hecho coronar soberano de

Polonia, malgasta los recursos del país avanzando más allá de los Balcanes, haciéndole la guerra a Venecia, intentando conquistar Nápoles. El reinado de los Anjou prefiguraba de alguna manera el venidero de los Habsburgo. Carlos y Luis reinaron autoritariamente, desdeñando convocar la asamblea de la nobleza. Pero, bajo su reinado, Hungría conoce un desarrollo económico y cultural considerable y se integra en los cambios del sistema europeo. El forint (florín) húngaro fue creado por Carlos I de común acuerdo con el rey Juan de Bohemia, según el modelo florentino. El nombre, ya que no el peso del oro, le sobrevivirá hasta en el régimen comunista.

Tras la extinción de la dinastía Anjou, Polonia se separa de Hungría, y la corona de San Esteban vuelve a Segismundo, yerno de Luis el Grande, e hijo del rey emperador Carlos IV de Luxemburgo, que conquistó más tarde la corona imperial y la de Bohemia. Uno de los hechos nuevos de la historiografía húngara de la década de 1980 será la rehabilitación del rey Segismundo, cuyo padre había hecho de Praga una de las más bellas y más grandes capitales de Europa. El reinado de Segismundo ha sido caracterizado durante mucho tiempo por los historiadores únicamente por sus aspectos negativos: derrotas en la guerra contra los turcos, que avanzaron hasta la frontera húngara, pérdida de Dalmacia conquistada por Luis el Grande, eternas dificultades monetarias, innumerables aventuras amorosas, problemas con las ligas de los grandes señores. Ahora bien, las investigaciones más recientes han descubierto en él a una de las figuras más interesantes del fin de la Edad Media, uno de los príncipes más eruditos —hablaba siete lenguas— y que dio prueba de dones diplomáticos notables arbitrando algunas querellas del

Imperio. Segismundo supera, gracias a la convocatoria del concilio de Constanza (1414-1418), uno de los más famosos cismas de la cristiandad, comenzado en 1378, y si —a su pesar — había firmado la condena a muerte del heresiarca Jan Hus, supo reconciliar a la Iglesia con los husitas moderados y aplastar con su ayuda a los extremistas «taboritas». Con la misma energía, puso fin a las rebeliones de los grandes feudos laicos y eclesiásticos que no le habían perdonado por haberles obligado a contribuir a la defensa del país abasteciendo al ejército de soldados proporcionalmente a sus propiedades, y por haber impuesto gravámenes a las propiedades eclesiásticas. Al mismo tiempo, rodeado de numerosos señores llegados de Occidente para ponerse a su servicio, incita a la nobleza húngara a modernizar sus costumbres y alienta a la burguesía comerciante. Bajo su reinado, en Hungría, el desarrollo de las ciudades contribuye a acabar la evolución de la sociedad y del Estado medievales; cuatro órdenes iban a repartirse, y así hasta los tiempos modernos, el poder: el episcopado, la aristocracia, la pequeña y media nobleza y los burgueses representantes de las ciudades. Las cuatro órdenes formaron la Asamblea Nacional (*országgyülés*), que legislaba, votaba los impuestos y decidía las medidas militares. Así Hungría alcanza hacia 1440 la organización política de Inglaterra (1265), y la de Francia (1302). En cambio, los siervos quedaron sometidos a la arbitrariedad de los notables.

El mayor acontecimiento del siglo XV en la historia húngara, incluso europea, fue la expansión de los turcos. Utilizando los desórdenes balcánicos y las perturbaciones causadas en Hungría, por mor de la expulsión de los husitas y

de los campesinos revoltosos, así como el debilitamiento del poder real, los otomanos avanzaron en los Balcanes e hicieron incursiones en el sur de Hungría. Un señor militar, originario de la nobleza rumana, ligado a la corte de Segismundo, Juan de Hunyad, nombrado prefecto (foispán, voïvoda) de Transilvania y dotado de una propiedad de nueve millones de arpendes [53], organiza la lucha contra los turcos, vence a un ejército superior en número, vuelve a tomar Niš, Sofía, etc. Sin embargo, en 1444, en el transcurso de una contraofensiva, donde compraron a precio de oro el transporte de su ejército por la flota genovesa, los turcos vencieron a las tropas húngaras y mataron al rey Ladislas de Hungría y Polonia. Elegido regente cuando los otomanos se disponían a sitiar Belgrado, Juan de Hunyad reúne un ejército multinacional y rechaza al enemigo, asegurando así para Hungría una tregua de cerca de setenta años contra el peligro musulmán.

Su hijo Matías I (Mathias Corvinus, 1458-1490) hereda los dones militares de su padre. Al casarse con la hija del rey de Bohemia Podiebrad, recupera la corona de san Esteban arrebatada por Federico III. Llegamos aquí al punto crucial de la historia húngara: en efecto, Matías consiente que, si moría sin heredero varón, la corona húngara vuelva a los Habsburgo, que empezaban a comprender, en aquel momento, que sólo una unión de los países del centro podría obstaculizar el camino al conquistador turco.

Matías, a quien se le denomina el Justo, se casa en segundas nupcias con la hija del rey de Nápoles, Beatriz. Se comporta como un verdadero rey del Renacimiento, amante de las ciencias y las artes, atrayendo a su corte a humanistas, artistas y arquitectos italianos, para los cuales hizo construir el castillo

real de Buda y el palacio de Visegrad. Según su cronista, el italiano Bonfini, el lujo de la corte producía el arrobamiento de todos los visitantes. Pero el soberano no se contenta con ser un amigo de las bellas artes y las letras, fue igualmente un gran hombre de Estado, un excelente administrador y un jefe militar que reemplaza las tropas desordenadas de la nobleza por un ejército permanente —el Ejército negro— de mercenarios. Tenía la intención de crear un reino danubiano, reforzado con la anexión de Bohemia y las provincias austríacas. Después de haber ocupado Viena, solicita incluso el trono del emperador, convirtiéndose en rival de los Habsburgo, animados por las mismas pretensiones. No obstante, al llevar la guerra al oeste, descuida el conflicto latente con el enemigo principal, el turco. Bogyay piensa que, si Matías no hubiera muerto tan joven, a la edad de cuarenta y seis años, habría hecho de Hungría un Estado nacional a la francesa, que, gracias a sus inteligentes concesiones a la autonomía cultural [54] de las diversas etnias, hubiera obtenido la adhesión de todos a sus concepciones políticas.

Pero no fue ése el caso, y la historia de Hungría toma otro rumbo. En el año 1514, los siervos, a los que Matías ya no protegía contra la explotación inhumana de los propietarios, se aprovecharon del llamamiento a una cruzada contra los turcos para unirse bajo la dirección de un jefe militar de raigambre campesina, György Dózsa, y desataron la revuelta campesina más sangrienta contra los nobles que conoció el centro de Europa. El ejército regular, dirigido por el ban [55] Báthory y ayudado por el vaivoda [56] de Transilvania, Juan Zápolya, aplasta a los campesinos. La revuelta fue seguida de una represión espeluznante y la Dieta de 1514 promulga leyes

que, endureciendo el servilismo, alejaron a Hungría del modelo de evolución social de Occidente. El poder real fue reducido a su más simple expresión, la escena política fue ocupada por rivalidades, guerras entre señores, combates fomentados por la Iglesia contra el protestantismo, que ganaba terreno. Mientras que la Dieta estaba ocupada en hacer quemar a los luteranos, el sultán Soleiman tenía tiempo para preparar la invasión de Hungría. El joven rey Luis II (1516-1526) afronta, a la cabeza de un ejército mal equipado, indisciplinado, sin entusiasmo, los ochenta mil soldados aguerridos de los turcos. La nobleza no se atreve a armar a los campesinos, las tropas del vaivoda de Transilvania tardaron deliberadamente en llegar al campo de batalla de Mohács. La batalla no dura más de hora y media, pero permanece en los anales como una de las mayores catástrofes nacionales. Entre los miles de soldados muertos figuraba el mismo rey. Más grave que esa batalla perdida sería la falta de resistencia de un país desmoralizado. Aquello era el fin de la independencia húngara. Ante la noticia de la derrota, la reina María de Habsburgo huye de Buda para ganar Viena, seguida por miles de patricios alemanes. Los otomanos avanzaron tranquilamente hasta Buda, que se rinde. Cuando, a las puertas del invierno, evacuaron el país, llevando con ellos a ciento cincuenta mil prisioneros, estalla una guerra civil entre partidarios de Zápolya, que recluta sus tropas entre la pequeña nobleza, y los aristócratas, que llevaron al trono al hermano de Carlos V, Fernando de Habsburgo. A finales del mismo año, los Estados checos, y después los de Croacia eligieron igualmente por rey al duque de Austria; podemos entonces datar en 1526 el nacimiento de la monarquía

habsburguesa.

No obstante, la Hungría dividida tuvo dos reyes, uno era enteramente tributario de los turcos, y el otro fue empujado por su hermano a asociarse a la guerra contra Francia. Los dos soberanos se pusieron de acuerdo para mantener el *statu quo*. A la muerte de Zápolya, la corona debía volver a Fernando. Pero Zápolya había tenido, entre tanto, un niño, y su esposa, la princesa polaca Isabel, denuncia el acuerdo. Llamado en ayuda, el sultán expulsa de Buda a las tropas de Fernando. Durante ciento cincuenta años —hasta 1706— la mayor parte de Hungría iba a estar bajo dominio turco.

En efecto, según el derecho público, los Habsburgo eran los sucesores legítimos del reino. Pero la parte del país que retenían sólo era una estrecha franja al oeste y al norte, con Pozsony (Presburgo, actualmente Bratislava) como capital. En esa ciudad fue coronado el rey y se reunió la Dieta hasta 1848. Los turcos extendieron su parte ocupando Pécs (Fünfkirchen, en alemán), Esztergom (Gran), Vac, Hatvan y la región entre el Danubio y la Tisza. La parte este del país se convirtió en reino vasallo de Juan Segismundo, hijo de Juan Zápolya, que había sido asesinado.

En medio de todas esas peripecias, Transilvania había conseguido asegurarse una posición privilegiada, fuera del dominio y la ocupación turcos. La estructura técnica del principado había cambiado. Según el cronista Velancsics, arzobispo de Esztergom, los rumanos llegaron, en el siglo XVI, a una igualdad numérica con los húngaros, los sículos y los sajones. Se desarrolla una nobleza rumana, aunque demasiado débil y mal organizada para conseguir un estatuto comparable al de las otras tres naciones. En cambio, los

conflictos religiosos entre protestantes y católicos desembocaron en una tolerancia excepcional. La Universidad sajona se adhiere al luteranismo, mientras que los húngaros se dividían entre calvinistas y unitarios, los sículos permanecen, en su mayoría, católicos. La ortodoxia de los rumanos fue tolerada. Pero el principado conserva su carácter húngaro, y el calvinismo su primacía. Acoge, además, tras la revocación del edicto de Nantes, a numerosos hugonotes.

Transilvania había debido su estatuto de semiindependencia a la habilitad diplomática del Hermano Jorge (Frater György), figura legendaria, antiguo consejero de Juan Zápolya. De origen croata, maestro del doble juego entre los turcos y los Habsburgo, sospechoso de traición para Fernando, acabó por ser asesinado. Aunque el último Zápolya hubiera renunciado a su título real y prometido Transilvania a los Habsburgo, las órdenes del principado, con el concurso de los turcos, eligieron por príncipe a Esteban Báthory, gran señor, exalumno de la Universidad de Padua y que se revela como un capacitado hombre de Estado. Desafiando a los Habsburgo, se hizo elegir igualmente rey de Polonia y piensa, al recibir las coronas de Hungría y Bohemia, en expulsar a los turcos del país. Sin embargo, los enfrentamientos con los rusos le impidieron realizar ese proyecto.

Después de la muerte de Báthory, que refuerza los lazos históricos entre húngaros y polacos, Rodolfo de Habsburgo se apodera, por un tiempo, de Transilvania. Las tropas del general Basta trataron al principado como un país conquistado y desataron una campaña de persecución contra los protestantes. El magnate calvinista Bocskay, antiguo consejero de Rodolfo de Praga, desata una insurrección

apoyándose en las tropas reclutadas entre los hajdu, antiguos siervos húngaros o eslavos, mercenarios maestros consumados en la defensa de las fronteras. Rodolfo, por su parte, había decidido establecer un poder absoluto y exterminar el protestantismo. Bocskay se apodera rápidamente de Hungría del norte, sus tropas penetran en Transdanubio y en Austria. Sus éxitos le atraen la adhesión de una parte importante de la nobleza y la burguesía húngaras y alemanas, que lo eligen príncipe de Hungría y de Transilvania. Pero Bocskay comprende que con el único apoyo de los turcos no podría destruir a los Habsburgo, quienes, por su parte, estaban expuestos a dificultades financieras y temían que los siervos de Austria y Bohemia se uniesen a los nobles para apoyar a Bocskay. Las dos partes concertaron también la paz de Viena —primer compromiso austrohúngaro— que aseguraba a los nobles, a las ciudades, y a los guardafronteras la libertad religiosa, confirmaba la constitución feudal, prometía la restauración de los derechos del Consejo real y de la cancillería húngara, y reconocía la independencia de Transilvania. Bocskay recompensa a sus hajdu liberándolos de las obligaciones de corvea. Después de su muerte, Gábor Bethlen y György Rákóczi prosiguieron con éxito, en Transilvania, la política de equilibrio entre los germanos y los turcos. Los dos príncipes calvinistas participaron en la guerra de los Treinta Años al lado de las potencias protestantes, y las paces, siempre provisionales, que concertaron con los Habsburgo continuaban protegiendo los privilegios de las órdenes húngaras. «Sin Transilvania —dice Bogyay con razón— Hungría hubiera sufrido la misma suerte que Bohemia tras la desastrosa batalla de la Montaña Blanca»

[57]. Nos encontramos aquí en la raíz de la situación privilegiada que los húngaros, ahítos de independencia para sí mismos, pero opresores de los rumanos de Transilvania, debieron pagar cara después de 1918.

El matrimonio de razón entre los húngaros, que difícilmente se resignaban a la pérdida de la independencia de su reino, y los Habsburgo, que, conforme al espíritu de la época, sólo imaginaban un reinado absoluto y al servido de la Contrarreforma comienza siempre con una alternancia de rebeliones y compromisos. Pero la relación de fuerzas jugó en favor del absolutismo y la Contrarreforma. Alumno de los jesuitas, Fernando sostiene con toda su fuerza la acción de los discípulos de Ignacio de Loyola. En Hungría, el arzobispo de Esztergom, Péter Pázmány, teólogo de talento y cuyo genio literario puede ser comparado al de Bossuet, dirige la campaña de catolización. Apoyándose en el principio «cujus regio ejus religio», concentra sus esfuerzos en la conversión de los magnates, lo que arrastra obligatoriamente la de todos los siervos. Crea en Nagyszombat (actualmente Trnava) una universidad jesuita, que María Teresa llevará a Buda, y después José II a Pest, haciendo todo lo posible para acercar a la aristocracia húngara reconvertida a la corte.

Sin embargo, la consolidación del poder de los Habsburgo en la Hungría occidental no pone fin a las escaramuzas fronterizas casi permanentes con los turcos, a los ataques llevados hasta los confines de Croacia contra estos últimos por el conde Miklós Zrinyi —admirador de Maquiavelo— hombre de Estado, escritor militar y poeta, que húngaros y croatas reivindican con igual razón, puesto que el conde era en efecto binacional y bilingüe en una época en que los

aristócratas húngaros y croatas sólo tenían una patria: «regnum Hungariae». Las hazañas de Zrinyi le valieron una reputación europea. Sin embargo, serbios, croatas y húngaros no dejaban de ser decepcionados por los Habsburgo, de los que esperaban una ayuda inmediata y más eficaz. Pues, olvidados de su misión danubiana, éstos retrasaban siempre para más tarde la guerra decisiva contra la Sublime Puerta. Así el general Montecuccoli había, en varias ocasiones, rechazado a los turcos, pero le faltaban los refuerzos para sacar partido de sus victorias. Los húngaros, como no temía decirlo bien alto el arzobispo primado György Liptay, tenían la impresión de que los Habsburgo trataban con miramientos a los turcos a fin de tener a los húngaros presionados.

De hecho, la principal preocupación de los Habsburgo era la de romper la fuerza de la nobleza que ostentaba el poder real en el país y transformar éste en un Estado centralizado absolutista. Pues, como señalan historiadores húngaros por otra parte de opiniones divergentes, el absolutismo se había impuesto más fácilmente en los países occidentales a cuya cabeza estuvieron príncipes o reyes nacionales que en los que eran gobernados por príncipes extranjeros, como los Habsburgo, que tenían su corte en Viena o Praga, estaban rodeados de consejeros alemanes o españoles y se preocupaban ante todo de sus intereses imperiales. Era muy difícil persuadir a los húngaros de la legitimidad de los intereses del imperio en los Países Bajos o en Curlandia. Esa incomprensión marcaba fundamentalmente las relaciones entre Hungría y Austria: los húngaros deseaban que su rey tomara en consideración —en el marco de un imperio que pretendía organizar políticamente a la vez el espacio

danubiano y las posesiones periféricas— sus aspiraciones. En efecto, los grandes terratenientes tenían necesidad de ser protegidos por el poder central. La nobleza húngara sólo podía mantener sus privilegios bajo el paraguas de los Habsburgo. Sin embargo, al mismo tiempo, su orgullo nacional se sentía herido porque estaban apartados prácticamente de los centros de decisión, especialmente del Hofkriegsrat (consejo militar de la corte), de que sus tropas eran utilizadas como carne de cañón, de que los ejércitos alemanes de ocupación se comportaban a menudo como en país enemigo. De ahí, la multiplicación de levantamientos y tentativas para restaurar una realeza nacional.

Sin embargo, la última rebelión, la de Imre Thököly y sus cruzados, los kuruc (1678-1681) —cuyo jefe estuvo a punto de imponerse como rey de una Hungría liberada— le hizo comprender a Leopoldo, emperador de una profunda piedad y de una gran prudencia, lo absurdo del trato casi colonizador que sus predecesores le habían querido imponer a un país de numerosa, intrépida y belicosa nobleza. Al convocar en 1681 la Dieta, confirma, después de una suspensión de veintiséis años, los privilegios de las órdenes, nombra príncipe y gran palatino (*nádor*) a Paul Eszterházy, elegido por sus pares, e instaura una parcial tolerancia en las ciudades con relación al protestantismo. Hay que observar sin embargo que era la primera vez que la Dieta tenía una mayoría de católicos, lo que iluminaba los éxitos de la Contrarreforma, éxito superficial, es verdad, pues el calvinismo marcó profundamente el carácter nacional húngaro. Y cuando los turcos, intentando sacar provecho de las hostilidades entre los kuruc de Thököly y el ejército austríaco, llegaron en 1683

hasta Viena —que fue salvada in extremis por los ejércitos de Carlos de Lorena y del rey polaco Juan Sobieski que habían acudido en ayuda— Leopoldo decide satisfacer los deseos de los húngaros y emprender una ofensiva general contra los turcos. Fue incitado además por el papa Inocencio II, que fue el instigador de una cruzada internacional, creando la Liga santa con el Imperio alemán, Polonia y Venecia. Liga a la que se adhiere un poco más tarde la Rusia de Pedro el Grande, haciendo así su entrada en la política europea. En 1686, Buda fue liberada después de un asedio sangriento de diez años. Dos años más tarde, Belgrado caía y los Imperiales amenazaban ya a Constantinopla cuando Luis XIV, juzgando peligroso un enorme éxito de los Habsburgo, envía tropas en ayuda de los turcos. El prestigioso jefe del ejército imperial Eugenio de Saboya firmará, sin embargo, en Karlowitz, en 1699, con el sultán una paz en los términos de la cual éste renunciaba a Hungría, conservando una soberanía feudal más bien formal sobre Transilvania y el Banat, que fueron reconquistadas en 1718.

Esa extraordinaria campaña de liberación mejora rápidamente las relaciones de los húngaros con Viena. La Dieta de 1687-1688 manifiesta el reconocimiento de Hungría para con la casa de los Habsburgo al aceptar *de jure* la sucesión por la línea *masculina* de la familia y renunciando al derecho de resistencia inscrito en la Bula de oro —fuero arrancado en 1222 a la dinastía de los Árpád [58].

Entre tanto, el régimen militar emplazado en los territorios reconquistados desbarata los efectos favorables a una intervención saludada poco tiempo antes por toda la nación.

Eugenio de Saboya, con el inmenso prestigio que le habían

dado sus victorias sobre los turcos entre 1697 y 1716, apoyaba la tendencia absolutista de la corte. Siguiendo su consejo, Viena separa de la Hungría reconquistada el Banat y puebla la frontera sur del país con colonos serbios y alemanes en los cuales tenía más confianza que en los húngaros, siempre dispuestos a la rebelión. Por otra parte, los Habsburgo llevaron —más bien con persuasión y favores que por la coacción— a una parte importante de ortodoxos rutenos y rumanos de la alta Hungría y de Transilvania a ponerse bajo la égida de Roma, aunque conservando el griego como lengua ritual. Una de las razones de ese proselitismo ha sido sustraer a los rumanos y a los rutenos a la influencia de la ortodoxia rusa, y, por lo mismo, a la del zarismo. Hecho notable, cuando en 1918 estos grecocatólicos (*uniates*) fueron liberados del dominio austrohúngaro, y tuvieron la posibilidad de regresar a la ortodoxia, la mayor parte de ellos permanece fiel al grecocatolicismo, incluso después de que éste, tras la Segunda Guerra Mundial, hubiera sido prohibido en Rumanía y en la Ucrania soviética.

Hacia finales del siglo XVII, el dominio austríaco le parecía a los campesinos más oneroso y opresivo que el dominio turco. El relativo deshielo leopoldiano se ve seguido por la nueva ola de absolutismo represivo que encarna el arzobispo Kollonich. Así, apenas cuatro años después de la liberación de la ocupación turca, estalla una feroz revuelta que, bajo la dirección de Francisco II Rákóczi, abarca a todo el país. Luis XIV, que alimentaba el sueño de separar a los húngaros de los Habsburgo, le ofrece una ayuda financiera y militar a Rákóczi, cuyas tropas, compuestas por campesinos y pequeños nobles, combatían bajo banderas que llevaban la inscripción *Cum*

Deo, pro patria et libertate (Con Dios, por la patria y la libertad). La *Marcha húngara*, orquestada posteriormente por Berlioz y que forma parte de la *Condenación de Fausto*, fue por lo demás compuesta por uno de los músicos del ejército de Rákóczi. En 1705, las órdenes rebeldes crearon, imitando el modelo polaco, una «confederación» y eligieron a Rákóczi príncipe reinante del país. En 1707, la Dieta, reunida en Onod, declara, bajo la incitación de Luis XIV, la caída de la casa Habsburgo. (Kossuth, en 1849, repite ese acto irreflexivo). Ahora bien, el emperador y sus aliados, que ya habían obtenido éxitos importantes en la guerra de Sucesión de España, estaban, desde entonces, en buena disposición para volver sus ejércitos contra Rákóczi. Es importante observar que —y esto se reproducirá en el momento de la guerra de liberación de 1848-1849— muchos húngaros (los *labanc*) combatían en el ejército imperial, cuyo mando le había sido confiado a un aristócrata legitimista húngaro, el conde Pálffy y al que las tropas mal equipadas y mal dirigidas de Rákóczi no pudieron oponer una resistencia eficaz por mucho tiempo. «La nobleza ha recuperado su poder sobre los siervos, lo que le habrá quitado las ganas de combatirnos», observaba amargamente Rákóczi, abandonado por muchos de sus tenientes, como el célebre jefe de caballería Ocskay. La peste contribuyó a diezmar al ejército rebelde. Mientras que Rákóczi se rendía a Varsovia, en 1711, para obtener la ayuda del zar, su adjunto, el conde Károlyi entabla negociaciones de paz con Pálffy. El ejército rebelde depondrá las armas, y la paz firmada en Szatmár asegurará —aunque sin garantías— el apoyo a la Constitución de Hungría y Transilvania, así como la libertad religiosa. Rákóczi, al rechazar la amnistía que le

ofrecía el emperador José I, se refugia en Francia, donde muere.

Bogyay [59] resume así los efectos sociales en Hungría de los cientos setenta años de luchas incesantes contra los turcos y por la independencia: «La pequeña nobleza ya no tenía la misma importancia que hacia finales de la Edad Media. La división, realizada bajo Fernando I, de la Dieta como Cámara alta de magnates y obispos y Cámara baja representada por la pequeña nobleza, el bajo clero y las ciudades libres, fue legalizada en 1708. La dirección real del país recayó en manos de los magnates, a los que los Habsburgo acordaron recompensarles con títulos hereditarios de condes y barones. La comunidad, que aún no conocía las diferencias étnicas, comienza a escindirse socialmente. Hungría occidental, recatolizada, y el Este, donde el calvinismo, gracias a la indiferencia de los dominadores turcos, había quedado como preponderante, se diferenciaron en el plano de las mentalidades y las actitudes culturales, especialmente con relación a Viena. En Transilvania, el sentimiento de autonomía, el «transilvanismo», gana terreno en el curso de los últimos años críticos del siglo XVII, lo que facilitará la subordinación del principado a Viena. Igualmente, en el Sudoeste, Croacia, que, durante todo el periodo turco, había sido tributaria de la ayuda de Austria, se une aún más a los países hereditarios. El recuerdo de seiscientos años de unión estatal húngaro-croata se borra progresivamente». No se podría explicar mejor. Desde comienzos del siglo XVIII, se crea una situación poco favorable a las pretensiones de la nobleza húngara que se identificaba con la nación.

VI. EL DESPOTISMO ILUSTRADO DE LOS HABSBURGO

A la vuelta de los siglos XVII-XVIII, el imperio de los Habsburgo, gracias a su hábil diplomacia y a las hazañas de sus jefes de guerra, confirma su rango entre las grandes potencias europeas. La expulsión de los turcos había reforzado su posición en el Centro-Este y la guerra de Sucesión española había dejado en su posesión los Países Bajos españoles, convertidos en Países Bajos austríacos (la futura Bélgica), y, en Italia, el principado de Milán y el gran ducado de Toscana. Por extraño que pueda parecernos hoy, en el siglo XVIII, Austria, Hungría, Bélgica y Lombardía formaban un único y mismo Estado. No es extraño encontrar a belgas, a toscanos o lombardos que, por tradición familiar, todavía consideran la era de la emperatriz María Teresa como una de las más felices y creadoras de su historia.

Sin embargo, no tardarían en aparecer enormes dificultades en esa extensión de poder del imperio. ¿Cómo crear un Estado unificado con posesiones tan diversas en tradiciones, en costumbres, en mentalidades, en lenguas? ¿Cómo centralizar, homogeneizar territorios tan diferentes como los Países Bajos, Transilvania, Hungría y Toscana? La idea de poder absoluto, centralizador, ideología dominante en Europa, se impone entonces en el espíritu de los emperadores y de sus subordinados. Era necesario sin embargo flexibilizar el principio, adaptarlo a las condiciones de la

multinacionalidad. Hungría, en particular, presentaba un problema, que sus tradiciones, como hemos visto, predestinaban a la resistencia contra cualquier dominio extranjero. El emperador Carlos VI, que se hizo coronar rey de Hungría bajo el nombre de Carlos III —el mismo honor no se le concedió a Bohemia-Moravia, que, después de la batalla de la Montaña Blanca, ya no era reconocida como reino— fue el primer «absolutista ilustrado». Paga su deseo de unificar la monarquía con concesiones a la clase que dominaba en todas partes, la nobleza, y la concesión más importante residía en la exención tributaria (teóricamente a título de recompensa por un servicio militar obligatorio convertido en un anacronismo). En Hungría, Carlos III hizo reorganizar los comitats. Al considerar como una de sus tareas mayores el repoblamiento de las tierras desertificadas por la guerra y la ocupación turca, hizo venir a millares de colonos de la católica Alemania del Sur, para los que se construyeron ciudades coquetas a través de todo el país, y especialmente en el Sudeste, en el banato de Temesvar (actual Timisoara, en Rumanía), arrebatado a los turcos en 1718. Miles de familias serbias fueron instaladas en el Sur, bajo la dirección de su patriarca [60]. Así, a pesar de la peste que asola el país de 1738 a 1741, a finales del siglo XVIII, la población de Hungría había aumentado en ocho millones de almas. Pero el hecho de no tener un heredero varón obliga al emperador Carlos VI a pagar a un alto precio el apoyo de los magnates húngaros a la pragmática, que hizo de su hija María Teresa su sucesor tanto en los países hereditarios como al trono de Hungría, lo que implicaba la renuncia de los húngaros al derecho —hasta entonces vigente— de elegir su

rey. María Teresa tuvo que garantizar solemnemente los antiguos privilegios de la nobleza húngara, especialmente la exención de impuestos. El Estado corporativo húngaro recibió también un estatuto que iba a diferenciarlo de las demás posesiones de los Habsburgo. *Ahí se encuentra el origen del sistema dualista que será institucionalizado por el compromiso de 1867.* Al mismo tiempo, una de las consecuencias del repoblamiento de Hungría fue que los étnicamente húngaros se hicieron cada vez más minoritarios —menos del 50%— en su propio país, lo que significaba un giro fatal en el siglo siguiente, e impedía a Hungría convertirse en un Estado-nación. Una transformación parecida afecta a la composición de la aristocracia: tras la extinción de las familias rebeldes y la confiscación de sus bienes, un gran número de aristócratas originarios de Austria, de Italia, de Croacia fueron dotados con grandes propiedades. Nació así una nueva aristocracia legitimista, auxiliar de Viena, durante dos siglos, con sus «vanos» deseos de recentralizar la monarquía. La administración del imperio le fue confiada a la cancillería que residía en Viena, que tenía como «filial» el Consejo de tenencia de Presburgo, dirigido por el nádor (palatino) [61]. Se restringió la independencia de las instituciones húngaras, Transilvania se convirtió en un «gubernium» dependiendo directamente de Viena. Igualmente, la Eslavonia liberada y las regiones fronterizas militarizadas fueron emplazadas bajo la dependencia del Consejo militar de la corte, que acuerda para los colonos, soldados serbios e inmigrados de los Balcanes una considerable autonomía. Viena volvió a poner en vigor las discriminaciones de los protestantes, excluidos en adelante de

los oficios superiores.

María Teresa debió pagar otro precio por el reconocimiento internacional de su derecho a la sucesión: la cesión de Silesia a Federico II. Concesión que iba a tener graves consecuencias por el hecho de la situación de tapón que Silesia había desempeñado entre los checos de Bohemia y los eslovacos de Hungría y la *minorizaci*ón simultánea del elemento alemán en los países hereditarios que comprendían la Austria propiamente dicha. Al mismo tiempo, reforzaba la interdependencia entre ese elemento y los húngaros, que se convirtieron, también ellos, en minoritarios en su país. Las decisiones importantes fueron tomadas por la Conferencia secreta o el Consejo de Estado vienés (Kamarilla), que monopolizaba los asuntos de defensa y de política exterior. Sin embargo, los comitats pudieron conservar sus privilegios de jurisprudencia sobre los siervos, fuente de permanentes tensiones [62].

Volvamos a Carlos VI (en tanto que rey de Hungría, Carlos III). Él abrió a Austria al absolutismo ilustrado, inspirándose en la Francia de Montesquieu, de Turgot, de Quesnay, en la Francia de las Luces, que brillaba desde el Mediterráneo al Báltico, de Escandinavia a Rusia. Una de las ideas motrices de la segunda mitad del siglo XVIII fue la de reemplazar, más o menos abiertamente, la noción del reinado de derecho divino por la del contrato que otorgaba al soberano delegado del pueblo la defensa de los intereses públicos. En Austria, José II encarnará con el mayor vigor la idea de que el soberano es el servidor del pueblo, y no viceversa, idea que estaba sin embargo en antagonismo total con la radical de *soberanía del pueblo*. En el plano de la economía, la escuela fisiocrática,

opuesta al mercantilismo, es la que expresa mejor el racionalismo propio de los absolutistas ilustrados.

Entre esos últimos, el primer lugar recayó en Federico II de Prusia, en quien los filósofos franceses saludaron el principio de un nuevo Renacimiento. Y, de hecho, Federico se inspira mucho en la ideología francesa. Nombra a un francés, Maupertuis, presidente de la Academia de Prusia, que contaba también con Alembert entre sus miembros. Hablaba preferentemente el francés, otorga prioridad en la universidad a la enseñanza de las ciencias naturales y las ciencias exactas, toma algunas medidas en favor de los campesinos, sin modificar fundamentalmente la dependencia de los siervos en relación con los señores. Introdujo, además, la tolerancia religiosa, sobre todo por razones demográficas. Pero no soslaya la razón de Estado en el dominio militar, y prepara la expansión de Prusia en detrimento de Austria. Tras la muerte de Carlos III, intenta realizar sus proyectos, en alianza con Francia, España, Baviera y Sajonia. Sin embargo, esta vez, los húngaros, en parte por galantería hacia María Teresa, amenazada con ser desposeída, habían puesto a disposición de la reina un ejército de efectivos importantes, que combate al grito de «Vitam et sanguinem pro rege nostro Maria Theresia». Los Habsburgo se salvaron, pero su prestigio en Alemania recibió un golpe mortal. Aquello había acabado con la unidad alemana, y Viena fue empujada hacia el oeste, pero sin renunciar por tanto a tomar su revancha contra Prusia.

Una vez concluida la guerra, consolidado su poder, María Teresa aconsejada por el canciller Kaunitz [63], uno de los grandes hombres de Estado del siglo XVIII, comienza a practicar lo que nosotros calificamos, en nuestro libro sobre

José II, de *estilo suave del absolutismo ilustrado* [64]. Esa mujer de inteligencia y elevación de espíritu que fuerzan la admiración pensaba de los húngaros y de sus otros pueblos que «se puede obtener todo de ellos, a condición de que se los trate bien y con amistad» [65]. Su graciosa benevolencia seducía tanto a los magnates húngaros como a la nobleza de los Países Bajos y a la de sus posesiones italianas, donde deja un grato recuerdo. En 1760, crea una institución, la Guardia de cuerpos húngaros de la corte, en la que muchos miembros, intelectuales, desempeñaron un papel importante en el renacimiento de la lengua y en la modernización de la cultura húngara. Católica practicante, ferviente, apoya la Contrarreforma, pero se niega a perseguir a los protestantes y respeta en todos los lugares las tradiciones. Los húngaros le estaban agradecidos por haber unido las fortificaciones fronterizas, el puerto de Fiume y el Banat, a la soberanía húngara. Al mismo tiempo, se esfuerza por mejorar la situación de los campesinos rumanos de Transilvania de la miseria y la presión de las que su hijo José, al final de un viaje por aquella provincia, le había hecho un relato lleno de indignación. Además, poco después de que José hubiese sucedido a María Teresa, los siervos rumanos de Transilvania, que habían esperado vanamente una mejora de su situación, se rebelaron, bajo la dirección de Horia, Closca y Crisan. En esa revuelta, la más sangrienta de la historia de la provincia, donde los temas sociales (levantamiento dirigido contra los propietarios nobles, en su mayoría húngaros, que los explotaban y los oprimían de manera increíble) se mezclaban a los temas religiosos (defensa de la ortodoxia contra el catolicismo), el movimiento nacionalista rumano del siglo

XIX veía también el surgir del nacimiento de una conciencia nacional rumana. Pero el historiador Ernö Gáll observa con razón que los intelectuales rumanos de Transilvania de la época no hicieron causa común con sus compatriotas campesinos rebelados, a los que, además, se unieron un cierto número de siervos húngaros; en efecto, bajo la influencia de la *Aufklärung* y del josefinismo, los intelectuales esperaban de arriba, de la corte, reformas y mejoras [66]. Sin embargo, José II, aunque sus simpatías estuviesen con los rebeldes, aplasta su sublevación sin miramientos y arresta a los cabecillas.

La rebelión campesina no habría ciertamente estallado, si los nobles no hubiesen saboteado el decreto denominado «Urbarium», promulgado por María Teresa, que reglamentaba las corveas infligidas a los siervos de manera abusiva. La política económica de la emperatriz levanta algunas protestas en Hungría: al ser mantenida la frontera aduanera entre ella y las provincias austríacas, el país, que exportaba las materias primas baratas y pagaba a precios altos los productos industriales importados, se encontraba en una situación semicolonial.

Después de haber recibido Milán en herencia, los Habsburgo intentaron someter Lombardía a su autoridad, imponiéndole a la diversidad étnica de las diferentes posesiones la homogeneidad administrativa que, desde esa época, era el punto fuerte de la monarquía. En las provincias italianas, María Teresa intensificó la lucha contra el bandidaje e introdujo leyes y procedimientos administrativos incomparablemente superiores a los que Lombardía jamás había tenido bajo el reinado de los españoles. Bajo la dirección del economista florentino Pompeo Negri, introdujo

el catastro (*catastro*) a fin de asegurar una distribución equitativa de los impuestos; reforma que, según los historiadores italianos, asesta un golpe mortal a los privilegios de la nobleza. Bajo su reinado, fueron tomadas toda una serie de medidas para modernizar la agricultura: construcción de canales de irrigación, de silos, de molinos. Lombardía ya había sido la provincia más rica en Italia. Todo el mundo reconocía que se había hecho más próspera aún bajo María Teresa, con el nacimiento de una burguesía industrial y gracias a una evolución intelectual de la que la inmortal obra de Cesare Beccaria *De los delitos y las penas* es uno de los más bellos ejemplos [67]. Gracias a hombres como Beccaria y Pietro Verri, economista de nivel europeo, el reformismo teresiano «se italianiza» en Lombardía igual que se «magiariza» en Hungría. Verri inició una batalla contra la leva militar, la *ferma*, detestada por la población. Milán se convirtió entonces en uno de los centros de atracción de la península [68].

El reinado habsburgués (que comienza en 1738 con la concesión del gran ducado de Toscana a Francisco de Lorena, marido de María Teresa y emperador del Santo Imperio), fue completamente benéfico para Toscana. La provincia fue administrada por un Consejo de regencia, controlado por Viena, pero Francisco, cuya tolerancia se acompañaba de un notable sentido para los negocios, anima a los toscanos Sallustio Bandini y Pompeo Negri a reorganizar la agricultura del país. La obra de modernización fue continuada, e incluso intensificada, tras la llegada al poder del segundo hijo de María Teresa, Pedro Leopoldo, futuro sucesor de José II, cuyo largo gobierno aporta una nueva edad de oro a Toscana [69].

El archiduque fue efectivamente el más ilustrado, el más inteligente de todos los Habsburgo. Contando con la ayuda de la notable academia de Georgofili, creada en 1753, realiza en Toscana el mejor ejemplo de lo que sea reformar desde arriba. Combate la servidumbre; se suprimen los pastos comunales, la rotación de cultivos dejada a la discreción de los propietarios; en 1775, prohíbe la adquisición de nuevos bienes inalienables; los fideicomisos son suprimidos en 1782; el Valle de Chiana, entre Arezzo y Cortona, es drenado y hecho fructificar, mientras se intenta hacer cultivables ciertos sectores de la Maremma.

Pedro Leopoldo y sus consejeros progresistas querían ir aún más lejos: promover la creación de una clase de pequeños propietarios independientes. Proyectaban una reforma agraria con el reparto de una parte de los bienes religiosos liberados de las manos muertas con la aplicación del josefismo en Toscana. La gran ola de reformas se estrella contra dos acontecimientos: la marcha de Pedro Leopoldo a Viena, a donde había ido para suceder a José II, y la Revolución francesa.

Con relación a su madre, la amable María Teresa, y a su hijo menor Leopoldo, a quien Gianni califica de «troppo italianizzato», José II era como un rodillo compresor, un nivelador apasionado, un temperamento revolucionario impaciente, un amo duro, lo que le enfrentó a reformadores moderados como Verri. Sin embargo, como observa Valeschi, el josefismo encuentra partidarios fervientes no solamente en Viena y en Presburgo, sino también entre los jansenistas de la facultad teológica de la Universidad de Pavía, donde enseñaban Pedro Tamburini y Giuseppe Zota. El mismo

Beccaria observaba con simpatía los esfuerzos de José y le servía con lealtad. En Viena, José renueva la enseñanza universitaria, empleando a profesores ilustrados (a menudo francmasones), como el judío convertido José de Sonnenfels y el trentino Carro Antonio Martini, autor de *Diritto general degli stati*. Sonnenfels, que defendía la idea del *contrato social*, que hacía del soberano un delegado del pueblo, era ciertamente el teórico más eminente en la Austria de las Luces. En su *Grundsatze der Polizei, Handlungs und Finanzwissenschaften*, expone la doctrina estatalista de José, que hacía del gobierno el controlador supremo de todos los dominios de la vida política y social: la escuela, la iglesia, la caridad, la vida cultural, el desarrollo demográfico, el comercio, la inmigración, etcétera.

El gran ejecutor de la reforma de la enseñanza, destinada a proveer a la administración de funcionarios competentes, fue el Dr. Gerard van Swieten, personalidad próxima al jansenismo, médico privado de María Teresa. Van Swieten era enemigo jurado de los jesuitas, cuyos colegios hizo cerrar. Como su emperador, a menudo fue tachado de ateísmo, cuando José II y Van Swieten eran más bien reformadores de la Iglesia. A semejanza de los galicanos del siglo XVII en Francia, no admitía ni la subordinación directa del episcopado a Roma, por consiguiente a una potencia extranjera, ni la intervención del Vaticano en los asuntos de Estado; deseaba someter la Iglesia al Estado como su protector supremo. José simpatizaba con la doctrina de Justinus Febronius (pseudónimo de Nikolaus von Hontheim, obispo de Tréveris), quien en una obra publicada en 1760-1770 proponía confinar a la Iglesia en el dominio

estrictamente espiritual y someter al papa al colegio de obispos. El movimiento antijesuita se extendía entonces a toda Europa, hasta el punto de que, en 1773, el papa se vio obligado a disolver la orden, mientras que María Teresa, muy a su pesar, pues ella los respetaba mucho, se resignaba a su evicción. La expulsión de los jesuitas causó, en compensación, un gran placer a su hijo, corregente desde 1765 y quien, durante quince años, cualquiera que fuese su afecto por su majestuosa madre, esperó con impaciencia el momento de aplicar reformas más radicales en todos los países de la monarquía. José fue estatalista en el sentido casi místico del término, como se desprende de las instrucciones, calcadas de las cartas pastorales, que envía a sus funcionarios para espabilar la rutina e insuflarles un espíritu misionero.

De los colaboradores de María Teresa, José conserva sobre todo al indispensable Kaunitz y a su adjunto, el conde Cobenzl, y más tarde, en tanto que refrendario de los asuntos italianos, a Di Sperges. Los hombres de la *Aufklärung*, los francmasones (de los que, además, el esposo de María Teresa, el emperador Francisco, formaba parte), salieron de la clandestinidad. El lugar de los jesuitas fue ocupado por los jansenistas. La unificación y la centralización de las posesiones de la Iglesia fue una de las grandes pasiones de José. Sus diversas reformas —o, más bien, el modo brutal con que las anunciaba y aplicaba (fue un Combes *avant la lettre*) — hirieron la sensibilidad de las clases dirigentes incluso cuando no tocaba directamente a sus intereses. En vez de intentar seducir a los conservadores, les hizo sentir su desprecio. Así, en Hungría, para no tener las manos atadas por las estipulaciones de la Constitución al hacer el juramento

de respetarla, renuncia a hacerse coronar y no convoca la Dieta. Suspende la autonomía de los comitats, que habían adquirido el hábito de comportarse como tantos Estados en el Estado y reemplaza a sus dirigentes elegidos por funcionarios dependientes del consejo de tenencia, y transfiere la capital de Presburgo a Buda. En su manera de reinar, se anticipaba de algún modo al jacobinismo, a la II República en sus comienzos y al bolchevismo. Sus reformas eran promulgadas bajo forma de decretos imperiales o reales. En los Países Bajos, en Italia, en Bohemia, en Austria, en Hungría, para las mismas reformas, los mismos procedimientos. Es verdad que su edicto sobre la Tolerancia, de 1781, calcado de la legislación de Federico II, sin llegar a proclamar la igualdad de derechos de los no católicos, concedía a los protestantes el libre ejercicio de su religión y les abría ciertas carreras administrativas, gracias a lo cual se convirtió en aliado de la nobleza protestante. En 1783, suprime todas las escuelas de teología en los conventos e instaura «seminarios generales», donde los jansenistas, e incluso los librepensadores, se repartían la enseñanza de los futuros sacerdotes que pasaban a continuación a las «casas de sacerdocio» para perfeccionar su educación. En 1782, suprime todos los monasterios contemplativos; las obras de caridad fueron tomadas con cargo al Estado. Impulsa contra el papa el *aggiornamento* de la Iglesia, la simplificación del culto religioso. Amplía también el derecho de los judíos para ejercer su religión, los autoriza a residir en las localidades que les habían sido hasta entonces prohibidas y suprime las tasas particulares con las que habían sido gravados. Desafiando al clero integrista de su tiempo, llega a abolir incluso el latín como lengua de la Iglesia —una

ley de 1776 ordena que los servicios religiosos se tuviesen en la lengua del país— y censura los libros de oración. «Mi primo el sacristán», se burlaba de él Federico II. Todas esas medidas no le hicieron en modo alguno popular ni en las ciudades ni en los campos donde la influencia del clero fiel a Roma era dominante. Pudo darse cuenta a raíz de la visita que el papa Pío VI hizo a Austria en 1782: el soberano pontífice fue acogido con un entusiasmo delirante. En cuanto a José, no besa la mano del papa, según la tradición, sino que se limita a estrechársela. Las negociaciones, llevadas por Kautnitz, sólo condujeron a pobres resultados. José reivindica para él el derecho de la nominación de obispos, que había sido además la prerrogativa de los reyes apostólicos de Hungría desde la Edad Media. Sin embargo, como observa Valsecchi, en Hungría igual que en Italia y los Países Bajos, los jansenistas y los reformadores, incluso moderados, no consiguieron imponerse, y la mayoría de los sacerdotes y de los fieles siguieron siendo papistas.

Si las reformas religiosas de José suscitaban la enemistad de las gentes de la Iglesia, sus reformas sociales, no menos radicales, y, especialmente, la emancipación de los siervos, en lo que se anticipa a Rusia casi en un siglo, le valieron la hostilidad de una parte importante de la nobleza. Provoca malestar con otra de sus reformas: *la unificación lingüística de la administración*. La revuelta de los nobles húngaros contra la germanización fue sin duda grotesca: en efecto, José había primeramente ofrecido reemplazar el latín por el húngaro, que, desde la Edad Media, había sido la *lingua franca* del país multinacional. Sólo cuando la Dieta rechaza su proposición ordena la adopción de la lengua alemana para la

administración. Paradójicamente, la *intelligentsia* húngara no protestaba contra la elección del alemán, que la incitaba, por el contrario, a modernizar su lengua. Pero la nobleza, y eso por razones de clase (puesto que sus privilegios estaban codificados en latín), veía en la germanización, no sin razón, una medida dirigida contra ella.

El caso es que la germanización de José II, que coincidía con el desarrollo cultural de diversos pueblos de la monarquía, la difusión de las ideas de las Luces y de la filosofía de Herder, da nacimiento a un patriotismo lingüístico —primera etapa del nacionalismo moderno— en los escritores y poetas húngaros, checos, eslovacos, polacos, serbios, etc. Los intelectuales de esos pueblos se dieron cuenta de que las lenguas populares, de las que, de hecho, sólo se habían servido los campesinos, tenían necesidad de modernización para difundir más ampliamente el espíritu de los tiempos nuevos que brillaba desde Francia y Alemania.

Por otra parte, José conserva el dualismo administrativo de María Teresa: la conducción de los asuntos gubernamentales fue confiada a dos cancillerías: la austrobohemia que preside los *gubernia* de Praga, Brno, Viena, Linz, Graz, Innsbruck, Trieste, y una cancillería húngara, que tenía bajo su competencia los asuntos húngaros, transilvanos e ilíricos (croatas), con su capital en Buda [70].

VII. REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LOS PAÍSES BAJOS

En 1787, José II había cometido el mayor error de su reinado: sin esperar a la consolidación y el resultado positivo de sus reformas, se deja arrastrar por Catalina II en una guerra contra los turcos, lo que le obliga, para abastecer las despensas militares, a quitar con una mano, a la agricultura y al comercio, lo que le había dado con la otra. De esa manera sumaba a los adversarios que se había hecho entre la Iglesia y la nobleza a los burgueses y los campesinos descontentos. Habiendo cogido la malaria en el frente turco, su estado de salud se deteriora. Desde la cama a la que le ataba la enfermedad, en el castillo de Viena, debió asistir a los asaltos llevados contra su obra. Dos de sus Estados, Hungría y los Países Bajos austríacos, por razones muy parecidas, se encontraban en un estado prerrevolucionario. Curiosa agitación que adopta las formas y los eslóganes, las consignas y los procedimientos de la Francia efervescente, después revolucionaria, pero que fue provocada, no, como esquemáticamente se hubiera podido pensar, por la demora de la dinastía en ceder al espíritu del tiempo, sino al contrario, por las reformas progresistas puestas en vigor por el monarca, acusado de haber defendido los intereses de los siervos contra los abusos de los propietarios. Los numerosos folletos y

libelos difundidos en Bruselas y que adoptaban la fraseología de los enciclopedistas franceses no se dirigían contra el clericalismo, a semejanza de sus modelos; su principal blanco era el edicto sobre Tolerancia de José II. Éste suscita protestas extremadamente violentas por parte de las autoridades religiosas de los Países Bajos, que querían impedir a cualquier precio el establecimiento de grupos calvinistas en el país [71].

La particularidad de la futura Bélgica eran los desórdenes de finales del reinado de José II que bebían en diferentes fuentes y expresaban tendencias contradictorias. Se discernían las repercusiones de las revoluciones de América (1776 a 1783), de Holanda (1787), después de Francia; y, aunque la influencia de la nobleza y del clero sobre los rebeldes parecía preponderante, también se encontraba la de demócratas moderados y jacobinos extremistas. Por ello, el historiador duda en denominar a los acontecimientos que se desarrollaron en los Países Bajos austríacos a partir de 1777 como revolucionarios o contrarrevolucionarios, puesto que son a la vez lo uno y lo otro; los agravios tradicionales de las clases feudales contra el absolutismo modernizador se mezclan, y a menudo se confunden, con elementos que reivindican reformas y constitución. Finalmente, por alguno de sus aspectos —especialmente el hecho de que la revuelta se dirigía (contrariamente a Francia, donde el rey era de estirpe francesa, aunque la reina era austríaca) contra la dominación de una dinastía *extranjera*, la revolución-contrarevolución de los Países Bajos prefiguraba las revoluciones nacionalistas del siglo XIX.

Volvamos a los Países Bajos austríacos. Como las otras posesiones de la monarquía, se beneficiaron ampliamente del

reformismo moderado de María Teresa. Las manufacturas, el comercio, las finanzas conocieron un rápido desarrollo; la frontera se abrió a los libros, panfletos y diarios de Francia, de Holanda, de Alemania. Deshielo que resultó fatal para el régimen, para el modernismo autoritario de José II. Paradójicamente, los primeros adversarios de José fueron los demócratas que tenían como jefe de fila al abogado Vonck, espíritu agudo y ponderado, que preconizaba reformas que iban en su mayoría en la dirección deseada por el emperador. Vonck tenía, en el fondo, los mismos enemigos que José: el alto y bajo clero, los deanes de las corporaciones cerradas, los privilegiados, cuyo conservadurismo tradicional se había vuelto más intransigente todavía por el miedo que les inspiraban los acontecimientos franceses. Los vonckistas habrían podido ser los aliados naturales de José, si éste hubiera sido más comprensivo con su democratismo, con su ideal de monarquía constitucional. Sin embargo, déspota ilustrado, antes de ser ilustrado, José fue un déspota. Preguntado en París por sus sentimientos hacia la República, ¿no respondió: «Mi profesión me condena a ser monárquico»?

Su hermana Cristina y su marido, el príncipe Alberto de Teschen-Sajonia, que fueron nombrados por María Teresa, en 1778, gobernadores generales de los Países Bajos, eran más teresianos que josefinos y no tenían ninguna simpatía por el emperador. «Es un verdadero cosaco, le escribía un día Cristina a su hermano Leopoldo, a Toscana. [Hubiera debido decir más bien un verdadero prusiano]. Piensa, pues, que llega a caballo a Schönbrunn y se pone al lado de la emperatriz con su traje de jinete. Es cada… vez más rígido».

En cualquier caso, Cristina y Alberto comprendían mejor la mentalidad belga —más precisamente, la mentalidad de la nobleza de los Países Bajos, a quien José, después de una rápida estancia en 1781, «tomaba por lombardos», es decir, burgueses que lo apoyarían en su lucha contra el clericalismo y el feudalismo. No comprendía la unión ferviente del pequeño pueblo a su clero ni su devoción, que sólo tenía igual en la muy católica Polonia.

El arzobispo primado, el conde Heinrich von Frankenberg, encabeza la resistencia contra las reformas eclesiásticas, cuyo inicio se podría remontar a las manifestaciones de estudiantes de teología de Lovaina, en 1776. Diez años más tarde, los Estados de Brabante declararon la huelga de impuestos, en tanto que el emperador no retirase sus ordenanzas, en contradicción con la Constitución feudal. En esa reunión el abogado Van der Noot, una especie de Kossuth *avant la lettre*, consigue influir en los ánimos con su ardiente elocuencia, que hacía olvidar su «fisonomía funesta, sus ojos separados, su cara pálida, su cabeza ladeada». Su *Memoria sobre los derechos del pueblo brabantino*, verdadera requisitoria contra la «tiranía» de José, se distribuyó en miles de ejemplares.

El 4 de junio de 1787, los dirigentes de la dieta formaban un comité de resistencia, bajo la dirección de Van der Noot y de Van Eupen, reclutando un cuerpo de voluntarios vestidos con los colores nacionales, chaleco rojo y pantalón amarillo. Fue concentrado un cuerpo de un millar de hombres. La sombra de París descendía sobre Bruselas. Para evitar el enfrentamiento con el ejército, Cristina y Alberto, que simpatizaban fundamentalmente con los aristócratas rebeldes, estaban dispuestos a ceder ante los estados,

especialmente en lo que concernía a las disposiciones de la reforma judicial que habían abolido los privilegios de la nobleza en ese dominio. Paradójicamente, es el estado llano el que se opone con la mayor vehemencia. El general Murray hizo detener entonces a uno de los agitadores más destacados, Hondt, lo que provoca una explosión de protestas. La agitación se extiende a Lovaina y a otras ciudades. «Machacad a los brabantinos, se apresura José, son demasiado cobardes para rebelarse». ¡Error! Alberto y Cristina, presos de pánico, cedieron sin reservas y revocaron las ordenanzas incriminadas.

En esa época, José se encontraba en visita oficial a Catalina II. Al recibir las noticias de Bruselas, loco de cólera, el emperador regresa precipitadamente a Viena, desautoriza las concesiones y llama a la pareja gobernante a Viena. Pero su partida agrava aún más la situación. Todos los Países Bajos entraron en un estado de turbulencia; pululaban los eslóganes anti-Habsburgo. Se convocan los estados generales.

Murray refuerza las medidas militares, proclama la ley marcial y arresta a algunos cabecillas, invitando a los miembros de la oposición a rendirse a Viena. Éstos pusieron como condición previa a cualquier negociación la ratificación de las concesiones arrancadas a la tenencia. José, por su parte, exigía el regreso al orden anterior al 30 de mayo: los seminarios generales cerrados por los rebeldes bajo la incitación del clero debían ser abiertos de nuevo; todas las reformas eclesiásticas, puestas de nuevo en vigor; los funcionarios expulsados, readmitidos. Sin embargo, los cuerpos francos se negaban a disolverse y aunque Luxemburgo, Flandes y el Hainaut se inclinaran y pagaran los

subsidios reclamados por el emperador, Brabante resiste, declarando que «la guerra turca no le interesaba».

El 20 de septiembre, Murray se ve obligado a pedir refuerzos pues se habían comenzado a levantar barricadas en Bruselas y las armas estaban distribuidas. Para evitar derramamiento de sangre, el general anula los últimos decretos. Federico II no habría sido el que era si no hubiera intentado sacar provecho de las penurias de Austria. Envía emisarios a Hungría, donde los espíritus se entusiasmaron, igual que en Galitzia, para animar a las facciones antihabsburguesas. José destituye entonces a Murray, por encontrarlo demasiado permisivo, y lo reemplaza por el general Alton, que obliga a los estados de Brabante a pagar, también, los subsidios para el financiamiento de la guerra de Turquía, vuelve a abrir el seminario de Lovaina, cerrado por los estudiantes despechados por el legitimismo de sus profesores. La mayoría del clero se identificaba con la nobleza y las corporaciones. En ninguna parte el feudalismo opone una resistencia tan vigorosa contra la modernización, con el apoyo de la mayoría del pueblo llano, que prefería los nobles a los burgueses demócratas. Ante el gran asombro de José, que estaba firmemente convencido de que sus reformas sólo podían resultar beneficiosas para los Países Bajos, demasiado fragmentados por sus corporaciones y sus estados particularistas. Pero su firmeza no fue rentable. El jefe de los agitadores, Van der Noot, escapa al arresto y se refugia en Holanda, donde se comporta como «un representante encomendado del pueblo de Brabante». De ahí, ese precursor de Masaryk se dirige, en 1788, a Londres y, al año siguiente propone la transformación de los Países Bajos en República

independiente en unión con Holanda. Obtiene de Prusia la promesa de ser ayudado en su empresa. En París, en plena revolución, entra en contacto con Mirabeau, La Fayette y el duque de Orleans; este último no hubiera desdeñado la corona de los Países Bajos. Hecho significativo para la época: cuando el príncipe Carlos de Ligne apoyaba a José II y combatía bravamente contra los turcos, su segundo hijo, Luis Eugenio, se unía al ejército patriótico que, formado en los Países Bajos por Van der Meersch, se apodera de la ciudad de Gante.

Sin hacer caso de los consejos de conciliación dados por Cristina y Alberto, José se obstina en su rechazo a tratar incluso con los representantes de la oposición constitucionalista moderada, lo que dio como resultado que la dirección de todo el movimiento rebelde fuera a caer en manos de los extremistas. La nobleza toma su revancha contra los funcionarios josefinos. Quema los dosieres del catastro, borra la numeración de las casas, en lo cual, como los nobles húngaros, veía un símbolo del igualitarismo nivelador.

Es interesante además observar el paralelismo entre las formas tomadas por el antijosefismo en Hungría y en los Países bajos. En los dos países, la resistencia de la clase feudal adopta —puesto que además se trataba de luchar contra un monarca modernizador extranjero— un tinte nacional. Así, en Hungría, se sacaron de los armarios los antiguos trajes de gala para expresar el antigermanismo; las milicias montadas (*banderium*) volvieron a actuar. Y cuando José, desbordado, desesperando de sofocar la rebelión que él suscitaba con órdenes muy racionales, restituye a los húngaros el símbolo

histórico de su independencia, la santa corona, que había hecho depositar desdeñosamente en Viena; ésta fue traída a Buda entre la alegría de todo un pueblo regocijado, que le hizo un pasillo de honor desde la frontera. Los patriotas nobles más radicales proponían a la Dieta denunciar la pragmática y concluir un nuevo contrato con la Casa de Austria, que garantizaría una vez más los privilegios nobiliarios y la Constitución feudal. Sin embargo, simultáneamente (quizá por iniciativa de los agentes de José, cuya menor obra no fue la organización de una policía secreta), el campesinado, dejado fuera de la fiesta, comenzaba a moverse para defender la legislación social del emperador. Ese contramovimiento permitió a Pedro Leopoldo, convertido en el emperador Leopoldo tras la muerte de José, hacer entrar en razón a la nobleza excitada. El antiguo gran duque de Toscana hizo gala de una notable habilidad política. Satisface a la nobleza en su amor propio y le hace promesas en lo tocante a sus privilegios, conservando sin embargo lo esencial de las reformas josefinas, que estaban de acuerdo con sus propias concepciones. Precipitadamente, concluye la paz con los turcos, después firma en Reichenbach un tratado de amistad con Federico, lo que contribuye considerablemente a moderar los ardores de los extremistas húngaros, que contaban con el apoyo del rey de Prusia. Al mismo tiempo, Leopoldo reconoció el derecho de la Dieta húngara a codeterminar la política del imperio aumentando el número de húngaros presentes en las instituciones centrales. Sin embargo, fuera de esas concesiones, es el temor a la rebelión campesina lo que desempeña el papel más importante en la renuncia de la nobleza húngara a las reivindicaciones de

independencia reclamadas en vísperas de la muerte de José II [72].

El restablecimiento del orden en los Países Bajos constituye para Leopoldo una tarea también difícil y se revela menos duradero. Escuchando los consejos de Cristina y Alberto, intenta restaurar el poder junto a los demócratas vonckistas. Su reputación de hombre ilustrado, favorable a la constitucionalización, despierta en los demócratas la esperanza de realizar sus planes de reforma con la ayuda del gobierno austríaco, de emular al josefismo con medios más suaves, más populares. Los dirigentes demócratas que habían huido a Holanda durante los desórdenes provocados por los partidarios extremistas de Van der Noot regresaron a Bruselas al mismo tiempo que éste se refugiaba en Francia. Leopoldo da a entender que no se negaría a concederle al pueblo una representación más amplia en tanto ésta estuviera conforme con la antigua constitución. Algunos le acusaron de doble juego. De hecho, deseaba obtener el apoyo de los demócratas sin amedrentar a los tradicionalistas. Su emisario, Mercy de Argenteau, embajador en París, hombre de Estado de talento, que, hasta el regreso de Cristina y Alberto, asume el papel de gobernador general, pareció favorable a los demócratas, que fundaron, en diciembre de 1791, una Sociedad de amigos del bien público.

La tentativa de conciliación entre la monarquía y el país probablemente se habría logrado si, entre tanto, los acontecimientos de Francia no hubieran tomado un cariz tan radical. El anciano Kaunitz, igual que Cristina y Alberto que seguían los acontecimientos desde Viena, comenzaron a temer más a los demócratas, a los que confundían con los

jacobinos, que a los nobles y al clero antirrevolucionarios. Se afianzaba en ellos la idea de que —a semejanza de lo que había ocurrido en Hungría— un compromiso con los estados y con el clero sería más útil para la monarquía que la colaboración con los demócratas moderados. También esos últimos acaban por perder toda confianza en el gobierno, y el movimiento se radicaliza. La Revolución francesa tiene como efecto asustar no solamente a los dirigentes austríacos, sino al conjunto, podría decirse, de los gobiernos europeos, incluida la Rusia de Catalina II, y, disuadiéndolos de un esbozo de liberalización, los incita a una política de firmeza y de represión contra cualquier idea nueva. «Los sistemas franceses han ganado todas las cabezas al decirse amigos del bien público», hizo saber Mercy de Argenteau a Leopoldo. Llega a la conclusión de que «es más deseable prolongar el bien y conservar las antiguas bases de nuestras relaciones con el pueblo, mejor o peor representado, que asociarlo a una reforma incluso necesaria» (*sic*)… En toda la correspondencia entre Bruselas —a donde Alberto y Cristina habían regresado en junio de 1791— y Viena se abre paso el miedo a una revolución absoluta, que aún exaspera más el arresto del rey de Francia en Varennes. El breve «deshielo leopoldino» fue seguido de represión. «El error está en la revolución francesa, escribía el historiador del movimiento vonckista. Sin la revolución francesa, los privilegiados en Bélgica hubieran sido más conciliadores, el gobierno austríaco hubiera desarrollado su liberalismo en vez de refrenarlo y la modernización de Vonck no hubiera dado lugar, finalmente, al extremismo de Dontrepont».

Cuando, en el siglo XIX, Bélgica cumpla la profecía de

Mirabeau de 1714: «La nación belga debe emplear sus propias fuerzas… para hacerse independiente», se organizará según el orden institucional establecido por el gran adelantado de la democracia, Vonck, incomprendido en su época, no solamente en Viena sino también en Bruselas [73].

La tragedia de Leopoldo II no pudo ser mejor ilustrada que por este hecho: cuando la noticia de su muerte prematura llega a Bruselas, es saludada con una explosión de alegría, y la ciudad se engalana. En el transcurso del mismo año, el vencedor de Jemappes, el general Dumouriez, que declamaba llevar a los pueblos de los Países Bajos «la libertad del yugo austríaco, la independencia y la abolición de los privilegios», fue acogido con entusiasmo. Un entusiasmo que no dura mucho más tiempo que el que había acompañado la accesión al trono de Leopoldo II, dos años antes.

VIII. LOMBARDÍA, VENECIA Y HUNGRÍA ANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Es necesario observar, a propósito de las reacciones de los italianos de Lombardía y de Venecia ante la Revolución francesa, y posteriormente ante las guerras napoleónicas, que se parecieron singularmente a las de los húngaros [74]. Después de una ola de entusiasmo, se observaba «una cierta nostalgia del régimen austríaco que les había asegurado un largo periodo de tranquilidad y una serie de excelentes reformas administrativas». Pero aunque durante la revolución habían sufrido humillantes vejaciones, aunque las pesquisas se multiplicaban, y aunque los franceses imponían préstamos forzosos además del reclutamiento, la época revolucionaria encerraba también elementos positivos. Al extender el territorio de Lombardía, le había dado a Milán tierras interiores al mismo tiempo que enriquecía la ciudad convirtiéndola en la capital de un reino multirregional. El congreso de Viena, sin satisfacer las aspiraciones de la población del Po, ratifica la existencia de una Lombardía casi triplicada en extensión por la anexión de Brescia, de Bergamo, con dos millones de habitantes.

Sin embargo la unión administrativa con Venecia [75], no pareció haber sido una idea feliz [76]. El campo de Venecia era pobre, las comunicaciones terrestres malas, la

construcción del ferrocarril llegaba demasiado tarde para unir a lombardos y venecianos, tan diferentes por su lengua, sus costumbres y tradiciones. El comercio al por mayor lombardo no se consideraba beneficiado con la unión. El puerto de Venecia estaba en decadencia, y los milaneses temían que el centralismo de Viena tuviera por efecto desviar las exportaciones hacia Trieste, cuando ellos consideraban Génova como su puerto natural.

El historiador inglés Andrew Wingate criticará enérgicamente la leyenda, difundida por la historiografía italiana risorgimentale, que acusaba a los austríacos de haberlo intentado todo para aislar a Lombardía retrasando la construcción del ferrocarril Milán-Venecia [77]. De hecho, Viena tenía interés en desarrollar la economía lombardo-veneciana, integrándola en su sistema. Sin duda quería privilegiar a Trieste antes que a Venecia, pero al mismo tiempo alentaba a esta última a apartar a Milán de Génova. Los gobernadores austríacos de Milán y de Venecia, cada uno por su lado, intentaban favorecer a sus propios administrados, mientras que el gobernador general de Lombardía-Venecia tendía a considerar a las dos provincias como un solo Estado, sin sospechar que allanaba así el camino para la futura reunificación de Italia.

Lo que Milán deseaba, naturalmente, era una política aduanera que facilitase sus exportaciones y protegiera al mismo tiempo su industria todavía débil. Ahora bien, Austria, al reanudar los encargos, volvía a poner en vigor las tarifas de 1784. El librecambio intramonárquico llena los almacenes, pero desarma la manufactura lombarda. Sin embargo, en 1817, Austria adopta una política más proteccionista y

favorece la iniciativa económica, reservándole a Lombardía un papel particular que los historiadores «patriotas» no reconocían. Es verdad que la complementariedad juega —en razón de las malas comunicaciones— en detrimento de Lombardía, que fue separada de sus clientes habituales sin participar verdaderamente en la corriente imperial. «La iniciativa comercial se pasó al contrabando», observa un economista. De ahí la necesidad de reemplazar el librecambio larvado por un librecambio abierto. Pues la introducción del librecambio había acentuado el carácter agrícola del reino, a excepción de la industria de la seda [78].

La historiadora de la literatura italiana Maria Teresa Angelini revela un cierto número de temas comunes entre la obra del dramaturgo húngaro József Katona, autor de la tragedia nacional *Bánk Bán* y los de Alfieri, Manzoni y Foscolo. Las afinidades reveladas por la historiadora tenían su fuente en la similitud de situaciones e ideas, en la coincidencia del Risorgimento con el sueño del nacionalismo húngaro, factores que suscitaron una corriente de simpatía y solidaridad entre dos pueblos que tenían el mismo enemigo: el régimen de Metternich, el orden de la Santa Alianza. Esa corriente sólo sería interrumpida por los azares de la Primera Guerra Mundial, cuando el corazón de los italianos se apartará de los magiares, aliados de Austria, y se identificará con las nacionalidades oprimidas de la doble monarquía.

Sin embargo, en la época de la «primavera de los pueblos», los italianos de Mazzini y Garibaldi sólo veían compañeros de armas en los húngaros de Kossuth y de Görgei. Sus luchas eran idénticas, su patriotismo tenía la misma tonalidad romántica, idealista y liberal. Sin embargo, los dos

movimientos habían surgido a partir de antecedentes históricos sensiblemente diferentes. La nación húngara, que se había levantado ya repetidas veces contra la centralización habsburguesa, aún era una nación feudal, tenía una conciencia nacional que se remontaba a varios siglos, y disponía, además, a pesar de su dependencia de Austria, de algunas atribuciones como un Estado unitario e independiente. El nacionalismo italiano precedía de alguna manera al nacimiento de la nación. Aspiraba a crear un Estado-nación.

Si, en el plano estatal, los italianos de Lombardía-Venecia eran perjudicados con relación a los húngaros —aunque la administración austríaca hubiera recurrido ampliamente a sus servicios— estaban considerablemente más adelantados que ellos en los dominios económicos, social y cultural. En Lombardía-Venecia, los protagonistas del progreso liberal se reclutaban en las filas de la burguesía, y de la *intelligentsia* de origen burgués, de nivel occidental, mientras que en Hungría, donde las premisas del desarrollo nacional habían sido creadas por los escritores del movimiento de renovación lingüística, los precursores del movimiento patriota eran aristócratas, a los que se unieron poco a poco un número creciente de jóvenes intelectuales nobles, sensibilizados con las nuevas ideas. No obstante, los italianos sometidos al reinado de los Habsburgo y a toda una serie de pequeños príncipes más o menos autoritarios eran un pueblo que hablaba, aparte las diferencias dialectales, la misma lengua, participaban de la misma cultura, un pueblo homogéneo. Los húngaros estaban divididos, primero, socialmente, entre una nobleza de cuatrocientos mil miembros y un pueblo, privado

de cualquier derecho, de diez millones de almas; después entre húngaros de origen y otras distintas etnias, a cuyos miembros se negaban a reconocer como a sus iguales. La permanencia de esas estructuras medievales había amortiguado el liberalismo incluso de los reformadores más sinceros y activos entre los nobles húngaros. Sin embargo, lo que a pesar de sus diferencias, emparenta los movimientos nacionales de Hungría e Italia es el hecho de que en los dos pueblos la tarea de modernización y de liberalización política, social y cultural, abandonada por los gobiernos de la restauración y posnapoleónico, era puesta al cuidado de los nobles, los burgueses y los intelectuales, que se encontraban *fuera* del Estado, en *oposición* a él, y que asumían las funciones de guías cuando no de representantes de su nación. Esos grupos, surgidos de las clases ascendentes, aspiraban a participar en la dirección de la cosa pública.

IX. LA HUNGRÍA REFORMISTA Y REVOLUCIONARIA

Hacia la mitad de su reinado, en 1785, José II le escribía al canciller de Hungría: «Son los húngaros quienes han de decidir si están dispuestos a aumentar su contribución a los gastos del Estado. De esa decisión depende que sean tratados tan favorablemente como los otros países hereditarios, en el plano del comercio y del desarrollo, o que lo sean como una colonia». Pero la nobleza húngara prefería no pagar impuestos, y el país sufrió las consecuencias. En 1790-1791, la nobleza húngara estuvo al borde de un levantamiento cuyo contenido social era, bajo un camuflaje patriótico, esencialmente antirreformista y reaccionario. El liberal-radical Gergely Berzeviczy hacía un papel extravagante cuando reclamaba, en un folleto de propaganda, la proclamación de la independencia húngara y la subida de un príncipe inglés al trono de Hungría, a fin de conciliar la seguridad exterior indispensable con *una profunda reforma constitucional*. Pero la gran mayoría se conformaba con la fórmula de compromiso propuesta por el sucesor de José II, Leopoldo II, quien, por la ley 12 de 1790 estipulaba que Hungría no estaría subordinada a ninguna provincia de la monarquía, que el rey renunciaría a gobernar por edicto, y que el país tendría a su cabeza un palatino (nador) elegido entre los archiduques Habsburgo.

La adhesión a las concesiones ofrecidas por Leopoldo II fue

ciertamente facilitada por la conciencia que tenía la nobleza húngara de los peligros sociales y políticos que implicaría para ella una separación concreta de Viena. «El paraguas austríaco disgustaba, pero la hipótesis de desaparecer de veras alarmaba».

Károly Kecskeméti, en su tesis inédita sobre *El liberalismo húngaro*, evoca con perspicacia los «tres temores» que obsesionaban a los antiaustríacos húngaros desde antes de esa época y que determinaron su actitud hasta 1914-1918: el temor de la expansión rusa y de la alianza entre Petersburgo y las nacionalidades no magiares bajo la égida de la ideología paneslava no ortodoxa; la de la rebelión campesina y del terror revolucionario en caso de conflicto armado con Viena; finalmente el espectro, menos acentuado, del pauperismo que engendraría necesariamente la sustitución del equilibrio feudal por el dinamismo capitalista. Toda la ambigüedad de la política húngara hacia Viena está resumida en esas líneas.

Sin embargo, tras la muerte prematura de Leopoldo, y como reacción contra la radicalización de la revolución francesa, que, a través de toda Europa, sofocaba la corriente de constitucionalización, Hungría sufrió, como las otras posesiones de la monarquía, con la suspensión del reformismo, un régimen policiaco, factor de una regresión de la que sólo comenzaría a salir a principios de los años 1829.

Ahora bien, cuando tras trece años de suspensión la Dieta húngara fue convocada de nuevo en Presburgo (1825), se pudo constatar una curiosa inversión, que se confirma con la Dieta siguiente, en 1832 [79]. En efecto, por primera vez, una minoría reformista y modernizadora se desembaraza y ataca, con una violencia creciente, a la mayoría conservadora. El

primer impulso lo había dado uno de los magnates más ricos del país, personalidad compleja, romántica, byroniana, el conde István Széchenyi (1791-1860), uno de los raros aristócratas húngaros bien vistos en la corte de Viena [80]. Comienza su carrera política con un gesto espectacular: ofreció el equivalente de un año de la renta de sus propiedades, setenta mil florines, para la fundación de una Academia de ciencias. En 1830, publica un libro titulado (y el título era ya un programa) *El Crédito*, término muy poco romántico y de connotaciones casi incendiarias. No obstante, la obra fue la chispa que enciende la aspiración latente desde hacía mucho tiempo de la élite húngara de recuperar su gran atraso social, cultural y económico con relación a Occidente. Széchenyi regresa de sus viajes a Gran Bretaña y Francia con los libros de Jeremy Bentham y de Benjamin Franklin en su maleta, casi con el mismo estado de espíritu que, dos siglos antes, Pedro el Grande: con el corazón lleno de indignación y rebelión contra el estado de atraso de su país. Ve la razón menos en el inmovilismo de la corte de Viena que en el egoísmo y la ignorancia de la clase dominante húngara, la pequeña y media nobleza que carecía de cualquier cultura económica. Széchenyi había aprendido en Occidente que la llave del progreso social, intelectual y moral de los países, era la economía. Por ello, su patriotismo podría ser calificado de «patriotismo económico».

Con una energía juvenil el conde se imbuye en el trabajo para darle a Hungría las infraestructuras de su desarrollo futuro: rutas y calzadas, navegación fluvial, puente suspendido sobre el Danubio, instituciones de crédito. Introduce en Hungría los términos mágicos de beneficio,

rentabilidad y concurrencia. Fue un fenómeno excepcional ver la energía de un solo hombre, que, por otra parte, no despreciaba ni los encantos del bello sexo ni la buena comida, poner en movimiento a todo un país. Reúne a los aristócratas y los nobles que le seguían en un Casino nacional —él hubiera preferido llamarle «club», pero la palabra, un poco desacreditada por los jacobinos, hubiera causado el efecto de una consigna revolucionaria a los ojos del gobierno. La popularidad de Széchenyi fue tan grande que incluso su adversario y rival, el abogado radical Lajos Kossuth, llegó a llamarle «el más grande de los húngaros». El poeta Mihály Babits, que le consagra, cien años más tarde, un bello estudio, dirá: «Sigue siendo el más grande» [81]. Hasta Széchenyi, el patriotismo se resumía en Hungría en oponerse a Viena. Széchenyi tuvo el ánimo suficiente para decirle a sus compatriotas que no era en la cohabitación con Austria ni en el dominio retrógrado de la corte donde había que buscar la causa del estado de atraso del país, sino en los privilegios de la nobleza, en la Constitución anacrónica, en el estatuto jurídico de los bienes patrimoniales, en el servilismo, en las malas comunicaciones, en la ausencia de espíritu de iniciativa. «No fue un escritor», dirá Babits. En efecto, aunque escribió libros que sacudieron al país tanto, si no más, como posteriormente los poemas del bardo Petöfi, carecía de cualquier don estético; su pasión era pragmática, su sueño, la navegabilidad de las Puertas de Hierro, muy prosaico. Pero tuvo el gran propósito de levantar a su país.

Reformista, Széchenyi estaba convencido de que sólo su clase —la aristocracia cultivada— tenía vocación para conducir al país hacia un porvenir mejor, pues sólo ella

disponía de los instrumentos intelectuales y la autoridad indispensables para dirigir. Estaba persuadido de que sus prioridades apolíticas serían aceptadas tanto por la corte como por la nobleza. Se engañaba. Así, su proposición de hacer representar al cuarto estado (los campesinos) en la Dieta fue causa de enfrentamientos parlamentarios interminables en 1833. En 1839, los magnates de la oposición, amigos de Széchenyi, pero más realistas que él, se reagruparon en torno al conde Batthyany, se dotaron de un programa que preveía, además de las reformas económicas propuestas por Széchenyi, una reforma electoral fundada en un régimen censitario y un esfuerzo prioritario para la reforma de la educación.

A pesar de la moderación de Széchenyi y su lealtad indiscutible a la monarquía, incluso Metternich —que por entonces le profesaba una gran estima— lo consideraba como demasiado fantástico, cuando no lo veía como un aprendiz de brujo peligroso. Metternich sin duda no estaba muy equivocado. Pues la dirección del movimiento patriótico desatado por las iniciativas de Széchenyi iba a escapársele muy pronto para pasar a las manos del joven abogado, tribuno extraordinario, polemista ciceroniano que se dejaba llevar por las palabras, Lajos Kossuth.

El conflicto entre esos dos hombres de origen tan diferente y temperamentos tan opuestos será el centro del drama político que vivirá Hungría entre 1825 y 1848 [82]. Como hemos dicho, Széchenyi era partidario de una renovación desde arriba, los aristócratas ilustrados debían hacerse con la dirección actuando con persuasión y educando al país. Széchenyi quería ser prudente; utilizaba la razón, aborrecía

los movimientos de masas, despreciaba a la pequeña nobleza ignorante y provinciana, para la que el patriotismo se reducía a hostigar permanentemente al gobierno de Viena. Quería quitarle hierro al movimiento reformista. Kossuth, admirando a Széchenyi y rindiéndole homenaje, estaba convencido de que no se podía crear grandes cosas con la fría razón sin movilizar las pasiones de las masas, incluso aunque fuera necesario compartir reivindicaciones irresponsables. Széchenyi decía que «*Hungría no debe olvidar nunca que está casada con Austria*». Incluso un amigo más radical que él, a medio camino entre él y Kossuth, el barón Wesselényi (un transilvano), compartía esa opinión: «Para los húngaros, no hay ninguna esperanza, ninguna perspectiva, fuera del elemento austríaco… Sólo puede ocupar entre los Estados de Europa un lugar compatible con el bienestar y el honor nacionales en esa alianza… Si los Habsburgo no reinaran, ahora habría que llevarlos al trono».

En el gran debate que enfrentó a las dos alas de la oposición y del que dan testimonio las Dietas de 1832, 1839 y 1843, Kossuth, que no consiguió ser elegido diputado, pero ejerce su influencia con sus comentarios críticos sobre los discursos de la Dieta, tampoco entonces se afirma como separatista. No obstante, creía que ejerciendo una presión cada vez más fuerte sobre el gobierno de Viena, Hungría arrancaría una independencia mayor que le iba a permitir realizar las reformas liberales. Sin embargo, atemorizado por las insistencias de la agitación de Kossuth, Széchenyi publica contra él un panfleto —*El Pueblo de Oriente*— donde acusaba al tribuno de precipitar al país hacia la catástrofe. Quizá no carezca de interés observar que el periodista francés Saint-

Marc Girardin, al hacer un reportaje en 1838 sobre Hungría, habla con simpatía del movimiento de reforma en Hungría, pero elogia más bien la corriente széchenyista en razón de sus afinidades con las ideas del «justo medio» de la revolución de julio. «En interés de la civilización europea», consideraba como «deseable el mantenimiento de la monarquía y el fracaso de los independentistas húngaros» [83].

Al detener a Kossuth en 1847 por intenciones subversivas, el gobierno de Viena comete el error de hacer de él un mártir, cuya libertad reclaman conjuntamente todas las tendencias del país. El gradualismo de Széchenyi fue en lo sucesivo dejado de lado. Sin embargo, mientras tanto, los liberales húngaros habían cometido igualmente un error que iban, enseguida, a pagar muy caro: para hacerse populares entre la pequeña nobleza, que continuaba afirmándose como la base social del patriotismo, habían proclamado la lengua húngara *lengua oficial*.

Si, en el siglo anterior, hubieran respondido positivamente a la propuesta de José II de reemplazar el latín por el húngaro o el alemán, habrían podido imponer el húngaro sin dificultad. Pero desde finales del siglo XVIII, la situación había cambiado fundamentalmente. Cuando Austria, desde 1815, había reprimido fuertemente los movimientos de unidad nacional en sus posesiones italianas así como el joven nacionalismo checo en Bohemia-Moravia, los húngaros se encontraban frente a un triple despertar nacional —eslovaco, serbio y rumano— que comienza igualmente con el patriotismo lingüístico y cultural, para acabar en reivindicaciones de libertad, de igualdad de derechos y autonomía. Parece sorprendente al observador la indignación

con la que la nobleza húngara reacciona a las peticiones que le habían dirigido los representantes de las nacionalidades no húngaras y entre las cuales la más chocante, por su tono irónico, fue la que enviaron los eslovacos. En caso de decidirse, decían, por la supresión del latín y la modernización de la lengua oficial, ellos, no obstante, preferían adoptar una lengua de alta cultura, como el francés o el alemán, este último ya hablado por una parte importante de los pueblos de la monarquía. La reacción de los húngaros —medidas represivas contra los insolentes líderes autonomistas— refleja lo que se puede considerar como un defecto de su carácter nacional: un complejo de superioridad bajo cuya influencia consideraban, por ejemplo, que al conceder a las nacionalidades más atrasadas en el dominio cultural el uso del húngaro les aseguraban la vía del progreso y la promoción. Le negaban a los eslovacos y a los rumanos, sencillamente, el título y el estatuto de *nación histórica*. Con la mejor conciencia del mundo emprendieron una campaña de *magiarización*, a través de la enseñanza obligatoria del húngaro, presionando a las nacionalidades para que sus miembros aceptasen cambiar su patronímico eslovaco, serbio o rumano por un patronímico húngaro, y negándose a reconocer el valor de cualquier documento que no estuviese redactado en húngaro. No es de extrañar que Széchenyi, más clarividente, se hubiera rebelado, sino contra el principio de magiarización, al menos contra sus excesos, actitud en la que era seguido por el grupo de reformistas del justo medio, llamados también centralistas o doctrinarios, como el barón Józef Eötvös, Ferenc Deák, Gábor Klauzál, Ágostan Tréfort, Lázló Szalay, discípulos de Tocqueville, que intentaban

mantener el equilibrio entre el realismo a veces demasiado prudente de Széchenyi y el radicalismo apasionado de Kossuth.

Sólo el grupo de los centralistas comprendía que en el transcurso de los cincuenta últimos años, simultáneamente con las que estaban habitadas por una mayoría de húngaros, las provincias donde las nacionalidades no magiares eran mayoría habían sufrido profundas transformaciones sociales. Antes incluso de que la emancipación de los siervos hubiese sido promulgada, en 1848, los antiguos siervos se habían convertido en campesinos más desarrollados; una *intelligentsia* había salido de sus filas: sacerdotes, pequeños nobles, funcionarios, maestros y sabios, a los que el despertar nacional de los húngaros, checos, croatas, y alemanes contagiaba el virus patriótico, e incluso nacionalista.

Pronto, los radicales húngaros tropiezan con otra dificultad, que le demuestra a Kossuth que sus convicciones eran ilusorias. En efecto, en 1842, el astuto Metternich sitúa en el centro de las iniciativas del gobierno de Viena la cuestión de la contribución impositiva de la nobleza, que hasta entonces se había beneficiado de una exención. Kossuth se dio cuenta de que el campo progresista que había reclutado y que envolvía sus proyectos de reforma con una demagogia nacionalista antivienesa no era, realmente, en absoluto reformista cuando se trataba de sacrificar sus privilegios. La Dieta de 1843 demuestra que la aristocracia y la nobleza húngaras estaban lejos de un 4 de agosto húngaro. Su buena voluntad se limitaba a aceptar la redención perpetua por los campesinos, de las servidumbres feudales, de la corvea y las tasas más diversas a las cuales estaban sometidos. El proyecto

de los centralistas de desarrollar el futuro de Hungría, «bajo la forma de un estado llano» y bajo la dirección de la clase media nacional, no era menos ilusorio pues sólo se habían registrado entonces los primeros signos del desarrollo de una burguesía nacional, y el comercio, la artesanía, y las manufacturas estaban en manos de una pequeña burguesía de raíz alemana, armenia o judía. (Hablaremos más adelante del papel de esta última).

Sin embargo, Széchenyi se equivocaba igualmente cuando pensaba que podría modernizar Hungría con el concurso de la aristocracia y la nobleza ilustrada y con la comprensión de Viena. Ni ese concurso ni esa comprensión le fueron concedidos. Así, el movimiento nacional húngaro se encontraba en un callejón sin salida, cuando la revolución de febrero en París, seguida de la revolución en Viena, que hizo huir a Metternich, despertaron las pasiones tanto tiempo contenidas de la juventud de Pest y de Buda y cuando, el 15 de marzo de 1848, esa juventud hizo estallar la revolución expulsando a los censores y proclamando la libertad de prensa.

La monarquía estaba trastornada. Revolución en Lombardía, donde el ejército del Piamonte había venido en ayuda de los rebeldes; revolución más radical todavía en Venecia; desórdenes, manifestaciones, por lo demás, contradictorias en todos los lugares desde Hungría hasta Transilvania; semiinsurrección en Bohemia. Con el fin de hacer frente a la crisis, el nuevo gobierno de Viena envía tropas para reprimir los movimientos de Lombardía (de donde las tropas del Piamonte serían apresuradamente retiradas) y de Venecia, y esboza, para apaciguar a Bohemia y

Hungría, una transición del régimen absolutista y centralista hacia uno constitucional, y descentralizado. Al mismo tiempo, envía emisarios a Croacia, a las provincias con mayoría croata, prometiéndoles protección contra la supremacía húngara así como reformas sociales, como contrapartida a su apoyo. En ese plano, el acierto de Viena fue casi completo. Así, el gobierno húngaro, dirigido por el conde Batthyányi y formado sobre la base de la Constitución aceptada por Viena en abril de 1848, se encuentra casi inmediatamente enfrentado a los levantamientos de las nacionalidades apoyadas por las tropas austríacas. Historia paradójica: en nombre del rey que había sancionado la constitución los soldados húngaros combatían a las tropas del rey, las cuales combatían contra el gobierno constitucional. Hay que resaltar que un número bastante considerable de húngaros de las clases superiores deploraban que se llegase a la lucha armada, a la guerra civil. Pero, por otra parte, en el ejército húngaro leal al gobierno de Budapest, numerosos oficiales austríacos combatían generosamente por lo que consideraban una causa justa.

El 13 de agosto de 1848, cambia el sentido de la lucha. Uno de los escritores más célebres de esa época, Móric Jókai, patriota moderado, que seguía los acontecimientos de cerca en su diario, veía el peligro de la situación a la que precipitaban al país la doble intransigencia de Viena (donde el emperador Fernando, desbordado, le había cedido el sitio al joven Francisco José), de Kossuth y sus partidarios, estos últimos sin darse cuenta del aislamiento internacional en que se encontraban. Pues por todas partes además, en Europa, comenzando por Francia, la revolución estaba en retroceso o

derrotada [84]. Hombres clarividentes no faltaban en la Asamblea húngara. Uno de los jefes del ala moderada de los liberales, Nyári, hizo conocer al Parlamento una correspondencia secreta interceptada entre los gobiernos de Austria y Rusia. En una de esas cartas, Petersburgo rechazaba una petición austríaca de enviar nuevas tropas a Transilvania para retirar al ejército austríaco malparado por los húngaros. Rusia, que sufría entonces una cierta presión de Inglaterra, no intervendría, respondió Petersburgo, en tanto se trataba de una especie de guerra familiar; entre Hungría y Austria; cambiaría de actitud en caso de que los revolucionarios húngaros llegaran a amenazar el *statu quo* de 1815. El error de Kossuth consiste en no haber tenido en cuenta el hecho de que la Santa Alianza aún estaba en vigor. Las principales potencias de Europa, incluida la liberal Inglaterra, continuaban comprometidas a defender los tratados de 1815.

La situación se agrava todavía por el hecho de la anulación, en diciembre, de la Constitución de marzo de 1848 por los austríacos —había sido uno de los primeros actos firmados por Francisco José. Kossuth persuade a la Asamblea, refugiada en Debrecen, de proclamar al mismo tiempo que la caída de la casa de Habsburgo, la república. La Historia nacional húngara ha mantenido en silencio durante mucho tiempo la reserva que una parte importante de diputados —el partido «de la paz» —manifestaba sobre el independentismo extremista de Kossuth, que priva también a Hungría de la simpatía de Palmerston.

La mayoría de la Asamblea de 1848 (74%), señalémoslo, estaba compuesta por propietarios terratenientes nobles; un 20% eran intelectuales (abogados, profesores, médicos y

funcionarios, pero, entre estos últimos, la mayoría eran nobles): los aristócratas sólo llegaban al 6%. También puede decirse que la hostilidad de una gran parte de la aristocracia y de la nobleza media con relación al separatismo de Kossuth ha contribuido tanto a la derrota de la república como los levantamientos de la nacionalidades y la intervención rusa, aprobada con el consentimiento de las potencias europeas. *Era en nombre del mantenimiento del equilibrio europeo por lo que la Hungría rebelde era condenada a permanecer unida a la monarquía*. En 1917-1918, esa noción de equilibrio será considerada como superada por los Aliados, que la reemplazaron por la noción de una Europa nueva fundada en el principio de las nacionalidades.

Aquí es necesario abrir un paréntesis. Cuando hablemos en adelante del nacionalismo, de los sentimientos de conciencia y de identidad nacionales, emplearemos esos términos como conceptos históricos *modernos* que sólo llegaron a madurar y adquirieron su sentido actual en el siglo XIX —siglo posrevolucionario, siglo del romanticismo, siglo en el que las ideas de libertad y la reacción al nacionalismo antiautoritario actuaron simultáneamente. Las naciones, en el sentido que nosotros le damos hoy a ese término y que engloba a los pueblos enteros, no existían antes del cambio del universalismo racionalista, antitradicionalista, fraguado en la cultura europea, hacia fines del siglo XVIII con Voltaire, Diderot, Rousseau, etc., y continuado por el proselitismo jacobino y el hegemonismo napoleónico. Fueron los historiadores de la época romántica los que crearon, por referencia al pasado de su pueblo, la conciencia nacional como fuerza política reivindicativa y subversiva. En efecto, los

pueblos italiano, rumano, checo, magiar, etc.; existían mucho antes del siglo XIX, en tanto que comunidades de lengua, de costumbres, de tradiciones familiares, de patriotismos locales fragmentados, pero su conciencia estaba formulada en términos religiosos o sociales, e incluso una mezcla de los dos. El término «nación» estaba reservado a la nobleza dominante y no estaba necesariamente ligado al origen étnico o a la comunidad de lengua. Así, los aristócratas húngaros hablaban, en la Dieta, en latín, y entre ellos, generalmente en alemán, e incluso, en el siglo XIX, el conde Széchenyi escribía su diario íntimo en alemán.

Desde el momento en que uno intenta dar una definición de la nación, se ve que dispone de una vasta literatura, lo que no es extraño cuando es bien sabido que esa palabra despierta pasiones diversas, revolucionarias o reaccionarias, liberales y antiliberales. En mi opinión, el nacionalismo, en la acepción moderna del término, debe ser comprendido como la extensión (revolucionaria o no) a *todo el pueblo* del concepto de *nación, reservado hasta entonces a la nobleza guardiana de las tradiciones de soberanía*. Del hecho de la fusión del pueblo y la nación, que adquiere enseguida, bajo influencia alemana, una dimensión lingüística, cultural, histórica, política, el concepto de «derecho humano» pierde su lugar privilegiado. Y la nación, en adelante proclamada soberana, toma a su cargo, por intermedio de sus representantes elegidos, los derechos de independencia, *el control del Estado* e *incluso las pulsiones expansionistas y homogeneizantes propias del antiguo régimen monárquico-aristocrático*.

Ese desplazamiento del término nación de un sentido al otro explica que los historiadores, creadores y guardianes de

la conciencia nacional moderna hayan proyectado el nacionalismo sobre épocas donde, como tal, aún no existía. Así el historiador checo Palacky y, detrás de él, Masaryk interpretaban el husitismo, movimiento esencialmente religioso y parcialmente social que se extendió desde Bohemia por una buena parte de la Europa central, como una primera manifestación balbuceante del «nacionalismo checo». Igualmente la historiografía romántica húngara veía en las rebeliones «nacionales» de un Thököly o de un Rákóczi revoluciones nacionalistas, cuando sólo habían sido rebeliones feudales antiabsolutistas, en el transcurso de las cuales los húngaros combatieron codo a codo con los nobles de otros pueblos de su estado. De la misma manera, los historiógrafos rumanos tienen tendencia a considerar el levantamiento campesino de Horia y Closca, en 1784, del que hemos hablado más arriba, como una revolución nacional, cuando se trataba de una rebelión esencialmente antifeudal, que apoyaban también ciertos elementos étnicos magiares. Se comprende que el pueblo rumano reconozca entre sus tradiciones esa rebelión, en la que la mayoría de los participantes eran siervos rumanos dirigidos por popes. Pero no podría negarse el hecho de que la gran mayoría de esos siervos confiaban en la protección de Viena, que esperaban un mejoramiento de su situación de la dinastía de los Habsburgo y no de un «Estado nacional rumano».

Hemos evocado anteriormente los defectos del carácter nacional de los húngaros que tanta desconfianza les había valido de parte de Viena y tantos enemigos entre las minorías nacionales. En una palabra, un sentimiento de superioridad orgulloso y desdeñoso con relación a todo lo que era

extranjero, diferente y no noble caracterizaba sobre todo a la pequeña nobleza, la *gentry*, compuesta esencialmente por pequeños propietarios o nobles desprovistos de tierra. Los privilegios nobiliarios —exención de impuestos, participación en las deliberaciones de los comitats donde, en los intermedios de las sesiones de la Dieta, se concentraba la vida política del país y donde podían expresar libremente su hostilidad a cualquier reforma— aportaban a esos nobles una compensación a la mediocridad de su vida. Sin embargo, la confianza ostentada en su superioridad, su resistencia «heroica» contra las decisiones de Viena, incluso cuando las mismas eran claramente ventajosas para Hungría, habían contaminado hasta a las capas inferiores de la población. Ser húngaro de origen (incluso si ese origen era dudoso, pues casi no hay, en Europa central, pueblos tan mezclados como los húngaros) otorgaba el derecho a despreciar a las minorías, como lo probaba la popularidad de proverbios tales como «El eslovaco no es un hombre» (*Tót ember nem ember*). Por su educación cosmopolita que la inclinaba a una cierta magnanimidad y al mecenazgo cultural, una buena parte de la aristocracia húngara no poseía esos defectos, incluso le gustaba situarse entre los *Herrenvölker*, los pueblos dominadores, como los ingleses, los prusianos o los nobles polacos.

Es verdad que la autoadmiración de los magiares estaba asociada a cualidades que vehicularon, durante siglos, una imagen de los húngaros más bien agradable. Los extranjeros los encontraban buenos caballeros, hermosos varones y bellas mujeres, buenos cazadores, muy hospitalarios con sus iguales, de bella prestancia, que tenían el gusto por el lujo, en una

palabra, una raza de seductores. Gobineau lo calificaba de «hunos blancos», lo que era un elogio en su boca, y, según Keyserling [85] eran «una de las razas más aristocráticas» de Europa.

En cuanto a los intelectuales húngaros, sólo comenzaron en el siglo XX a desembarazarse de la imagen complaciente que cultivaban de sí mismos. «Nosotros hemos vivido mil años en esta patria, escribía el poeta y escritor Mihàly Babits, en una obra colectiva titulada *Mi a Magyar?* (¿Qué es el húngaro?), sin pensar nunca en examinar metódicamente lo que éramos, el sentido, la significación de nuestra "hungaridad" y su lugar en el mundo… Nuestro antecedente más concreto era nuestra nobleza (además en sí misma poliétnica), que se confundía con la nación y se tomaba por el Estado».

¡Qué difícil es definir con algunos rasgos el carácter de un pueblo! Hemos resaltado el contraste entre los dos personajes heroicos en los cuales los húngaros se reconocieron en el siglo XIX; el primero representaba el realismo y la moderación (Széchenyi), y el otro, la llama, a menudo humo de pajas, romántica (Kossuth). El mismo contraste se encuentra entre los dos poetas nacionales más populares del siglo XIX, el romántico Petfi y el realista Arany, y, a comienzos del XX, entre el romántico y teatral Ady y el pragmático y meditativo Babits. ¡Y qué diferencia sorprendente entre los católicos (cuyo catolicismo sin embargo no fue nunca tan místico como el de los polacos) y los calvinistas, que tenían y tienen la firme convicción de que su religión corresponde mejor al temperamento húngaro! Nadie podría negar que ese pueblo está dotado para la poesía, la música, la organización y el trabajo bien hecho.

El sentimiento de superioridad de la pequeña nobleza, la «gentry», que dominaba la administración, animaba las fuerzas armadas, igual que una parte bastante importante de la *intelligentsia* nacional y de la pequeña burguesía.

La influencia que Hungría ejerce entonces sobre la política extranjera de la monarquía no fue de las más felices. Entre los pueblos de esta última, a excepción de los alemanes progermanistas de Austria y Bohemia, fueron los húngaros quienes, desde el siglo XVII, sintieron y manifestaron la más viva simpatía por Prusia, en la cual veían un contrapeso a las tendencias centralizadoras de Viena. Más tarde, se convencieron, con alguna razón, de que, sin la derrota de Königgrätz, la corte de Viena no se hubiera decidido, en 1867, a concluir el famoso compromiso que aseguraba a la dinastía la lealtad (además siempre condicional) de los húngaros, pero la enfrentaba a los eslavos y rumanos, que contaban hasta entonces con su protección. Los húngaros estaban fascinados por las cualidades alemanas: organización militar, sistema de enseñanza, habilidad para el comercio y la técnica. De alguna manera, el antieslavismo de los alemanes parecía garantizar la hegemonía de los húngaros sobre «sus» eslavos. El paso de Andràssy al Ministerio de Asuntos Exteriores de la monarquía refuerza la germanofilia de la política austríaca. La clase política húngara era, en su casi totalidad, favorable a la alianza con Alemania.

También tuvieron los húngaros una gran responsabilidad en el fracaso de las tentativas de Viena por federalizar y democratizar la monarquía. Cuando el gobierno de Austria, siguiendo el ejemplo del Reich, introducía, en 1907, el sufragio universal en las provincias hereditarias, la clase

política húngara rechaza categóricamente esa reforma, por temor a que la oposición nacional y radical, al unirse a los socialdemócratas y a los representantes de los eslavos y rumanos, le hiciese perder definitivamente su posición hegemónica.

X. DESARROLLO DE LOS CONFLICTOS NACIONALES EN HUNGRÍA Y EN AUSTRIA

Dies Österreich ist eine kleine Welt in der die grosse ihre Probe hält. (Austria es un pequeño mundo que sirve de banco de pruebas al gran mundo).

Friedrich Hebbel

No entra en nuestra intención establecer la crónica de todas las peripecias cambiantes, contradictorias, de todas las guerras civiles, pequeñas y grandes, que tuvieron por escenario a la monarquía en el transcurso de los años 1848-1849, ni hacer el análisis detallado de las condiciones internacionales que permitieron a Francisco José restaurar en un año la autoridad del poder central con un régimen neoabsolutista. Las principales víctimas fueron los húngaros, pero Viena no se muestra ya benévola con las nacionalidades que habían ayudado a aplastar la revolución húngara. El papel desempeñado entonces por las nacionalidades da lugar a discusiones políticas e históricas que continúan en nuestros días. Por la época, la revolución húngara había suscitado una corriente de simpatía en todos los medios liberales y democráticos europeos, que, con Marx y Engels, condenaban severamente a los aliados eslavos y rumanos, clericales y reaccionarios, de la contrarrevolución austríaca. Sólo muy recientemente los historiadores de los países interesados se han esforzado seriamente en poner de relieve, *sine ira et studio*, las condiciones en las cuales los movimientos de nacionalidades, que, ideológicamente, estaban a veces

próximos a los húngaros, se habían vuelto contra éstos. Algunos documentos han sido revelados acerca de las tentativas que habían tenido lugar, en 1848, para acercar los puntos de vista y para reconciliar a los pueblos cuyos intereses no se diferenciaban fundamentalmente.

Con ese espíritu de objetividad que caracteriza, especialmente, a la nueva historiografía húngara intentaremos evocar las divergencias y los conflictos sacados a la luz por los acontecimientos de 1848-1849 y en la agravación de los cuales se ve generalmente una de las razones más profundas de la disgregación de la monarquía y del desmembramiento de Hungría tras la guerra de 1914-1918 (opinión que, se verá más adelante, yo no comparto).

El caso de Transilvania

De todas esas luchas nacionales, la más patética y la más irracional parece ser la que apostara por Transilvania, donde las condiciones de una coexistencia pacífica entre los miembros de las dos ramas de la etnia húngara, los magiares y los *székely* (sículos) así como los sajones y los rumanos, estaban teóricamente presentes.

Hasta 1541 —año de la ocupación turca de la parte oriental de Hungría— Transilvania, con su población mixta, húngara, sícula, rumana, eslava, y alemana, era parte integrante de Hungría cuyo primer rey, San Esteban, la arranca a la influencia de Bizancio. Sin eso, la Hungría propiamente dicha ya católica, la nación húngara se hubiera escindido en dos etnias, de manera parecida a los serbios y croatas, que, a pesar de hablar la misma lengua, están separados por la religión y el alfabeto, ortodoxos y con alfabeto cirílico los primeros, católicos y con escritura latina los segundos, si bien más tarde,

un cierto número de serbios y de croatas de Bosnia-Herzegovina se convirtieron al islam. Por el contrario, los rumanos de Transilvania permanecieron fieles a la ortodoxia y a la cultura bizantina, adaptándose en su evolución económica y social al modelo occidental, a semejanza de sus compatriotas húngaros y sajones. Además, muchos de sus jefes (*knaz*) [86] se integraron en la nobleza húngara.

Durante cerca de dos siglos, Transilvania se mantuvo como un principado semiindependiente; sus príncipes húngaros, calvinistas, practican una hábil política de balanza entre turcos y Habsburgo, apoyados de vez en cuando por sus correligionarios europeos e incluso por Francia. Tras la liberación de Hungría por Eugenio de Saboya, Transilvania fue administrada directamente por el gobierno austríaco, sin que fuese modificado el antiguo sistema que sólo reconocía el estatuto de «nación» dotada de una cierta autonomía administrativa a los húngaros, a los sículos, considerados como una unidad aparte, y a los sajones.

Bajo la influencia de la filosofía de las luces y del reformismo de María Teresa y de José II se manifestaron en los rumanos los primeros signos de un despertar de conciencia nacional. La primera expresión política de esa conciencia del pueblo rumano —desde esa época convertido en mayoritario en el principado— se remonta a 1791, año en el que, ya lo hemos dicho, una efervescencia revolucionaria se apodera de Hungría, tras la muerte del emperador reformador José II. Los estados de Hungría habían exigido de los Habsburgo el reconocimiento de un estatuto distinto de Austria, al mismo tiempo que la confirmación de sus privilegios. En el mismo momento, los sacerdotes, los nobles,

los militares y los campesinos rumanos, reunidos por vez primera, expresaban sus quejas y reivindicaciones en un documento titulado *Supplex Libellus Vallachorum*. Cuando la ideología de las rebeliones campesinas de 1784, con sus exigencias sociales y religiosas, con su llamada a la protección del monarca, no había salido del marco feudal, el *Supplex*, refiriéndose a los privilegios concedidos a su pueblo y a su religión antes de 1437, reflejaba ya, igual que las reivindicaciones nacionales formuladas en la misma época en Hungría, la influencia de la revolución francesa y del principio de las nacionalidades. Reclamaba la igualdad de derechos de los rumanos con las otras tres naciones, una representación proporcional en la administración, el fin de la discriminación religiosa, etc. La petición fue dirigida a la corte de Viena. Ésta la volvió a enviar a la Dieta de Transilvania (donde los rumanos no estaban representados), que la rechaza sin examen.

En el transcurso de los años siguientes, la conciencia nacional rumana no cesa de reforzarse en Transilvania y ese fenómeno desemboca, en 1848-1849, en violentos enfrentamientos con los húngaros [87].

El 15 de mayo de 1848, más de cuarenta mil rumanos se reunieron en el Campo de la Libertad, cerca de Balázsfalva (llamada en el presente Blaj). Después de largos y animados debates tomaron por unanimidad una decisión que comprendía dieciséis puntos, el primero de los cuales decía en sustancia: «*La nación rumana, fundándose en los principios de libertad, igualdad y fraternidad, pretende, desde un punto de vista político, tener su independencia nacional y figurar en tanto que nación rumana*» [88].

En ese sentido fueron redactadas todas las peticiones que presentaron al monarca y al gobierno las numerosas diputaciones del pueblo rumano. Después de la anulación, por Viena, de la Constitución concedida a los húngaros en abril de 1848, un informe rumano presentado al soberano en Olmütz, el 25 de febrero de 1849, solicitaba:

1. La unión de todos los rumanos de los Estados austríacos y húngaros en una sola nación autónoma formando, bajo el cetro de Austria, parte integrante del imperio.

2. Una administración nacional autónoma desde el punto de vista tanto político como eclesiástico.

3. *La apertura sin demora de un congreso general de la nación entera*, con vistas a su constitución, y especialmente encargado de elegir un *jefe nacional*, que deberá confirmar S. M. y que recibirá un título correspondiente a su función; elegir un *consejo de administración*, que llevará el nombre de Senado rumano; organizar la administración de los municipios y los distritos; *organizar la instrucción y fundar institutos de educación*.

4. *La introducción de la lengua nacional rumana en todos los asuntos relacionados con los rumanos*.

5. *Una asamblea general de toda la nación convocada anualmente*.

6. *Una representación de la nación rumana en el Parlamento general de Austria, proporcional al número de habitantes*.

7. *La existencia, en el seno del gobierno imperial, de un representante de Rumanía*, para defender los intereses nacionales.

8. La aquiescencia de S. M. para llevar desde ahora el título de «*granduque de los rumanos*» [89].

Los húngaros, en plena lucha contra las tropas austríacas, rechazan esas reclamaciones, que fueron bien acogidas en Viena. Sin embargo, después de que Austria sofocó la revolución magiar con la ayuda de Rusia, los comités rumanos proaustríacos formados durante los años revolucionarios fueron disueltos y el jefe nacionalista Abraham Jancu encarcelado. No obstante, durante los años del neoabsolutismo (llamado, en Hungría, «la era de Bach», según el nombre del muy represivo ministro del Interior austríaco), los rumanos de Transilvania conocieron una primavera cultural: creación de seiscientas escuelas primarias, gimnasios (escuelas secundarias) donde la enseñanza era dispensada en lengua rumana, imprentas, etc. En 1853 aparece el primer diario rumano de Transilvania, el *Telegraful român*. Un metropolita autónomo para todos los rumanos de la monarquía fue instalado en Nagyszeben (actualmente, Sibiu). Después de 1860, incluso les fue concedida la posibilidad de una organización política: la Dieta de Nagyszeben (1863-1864) comprendía 57 diputados rumanos, por 54 magiares y 34 sajones. La lengua rumana fue reconocida lengua oficial al lado del húngaro y el alemán. Pero después de 1867, el año del compromiso austrohúngaro, que devolvió Transilvania a la administración húngara, las medidas de Nagyszeben fueron anuladas, y Transilvania pierde la relativa autonomía de la que se había beneficiado bajo el régimen austríaco. La magiarización se acentúa cada vez más, aunque no se debe imaginar ese proceso como una sucesión de violencia, pues la seducción, el incentivo de

promoción social y el atractivo de Budapest en pleno progreso, poco contrabalanceado por el de Bucarest, tuvieron igualmente su parte. Dicho esto, en 1869, una conferencia, que reúne en Szerdahely (actualmente, Mercurac) a intelectuales y burgueses rumanos, condujo a la formación de un Partido nacional, que rechaza las leyes de nacionalidades moderadamente liberales pero no aplicadas de 1868, reclama la autonomía de Transilvania y el reconocimiento del estatuto legal de los rumanos. El nuevo partido decide boicotear las elecciones al Parlamento húngaro. Hay que señalar que los rumanos del Banat y Bucovina fueron mucho menos hostiles a los húngaros cuarentaiochistas que sus compatriotas transilvanos: recelaban más de los serbios del metropolado de Karlowitz, y participaron activamente en la vida húngara. Su centro cultural estaba instalado en Budapest y estaban representados en el Parlamento húngaro. Lo que demuestra el carácter mítico de la unidad de todos los rumanos de Hungría y Transilvania en la reivindicación de la autonomía, e incluso de la unión con Rumanía.

De hecho, los nacionalistas rumanos estaban divididos. Uno de los intelectuales más señalados, Aurel C. Popovici, que será más tarde uno de los consejeros de Francisco Fernando, preveía una solución de federalización para Transilvania, poco diferente de la que considerara el húngaro Oszkar Jászi. Numerosos rumanos hubieran deseado aliarse a los húngaros contra el paneslavismo, en el cual, pueblo no eslavo de la región, también veían ellos un peligro para la supervivencia de su nación. A continuación del rechazo opuesto por los húngaros a todas las iniciativas y a sus reivindicaciones de igualdad los nacionalistas rumanos

intentaron acercarse a los eslovacos y a los serbios, a fin de constituir un frente antihúngaro común. Cuando en 1905 ponen fin a su política abstencionista, un cierto número de líderes rumanos, como Aurel Lázár, Julius Maniu y Alexander Vajda-Voevod, entraron en el Parlamento húngaro. En 1906, tenían ya siete escaños y tuvieron la posibilidad de militar activamente, al lado de la oposición húngara, en favor de una reforma agraria y por la obtención del sufragio universal, este último reclamado al menos para los hombres. La actividad política de los rumanos coincide con un desarrollo acelerado de la educación y de la vida cultural. Cátedras rumanas fueron creadas en la Universidad de Koloszvár (actualmente Cluj) y de Budapest; nacieron revistas literarias de gran calidad; el poeta Octavian Goga hizo su aparición en el mismo momento que el húngaro Endre Ady; el Prof. Nicola Jorga crea, en 1908, una universidad popular. En vísperas de la guerra, la idea de una alianza entre los rumanos y las otras nacionalidades fue relanzada de nuevo.

Sólo una minoría de activistas consideraba, en esa época, al menos antes de la entrada en guerra de Rumanía, en 1916, contra Austria-Hungría, la unión de Transilvania y Rumanía como una fatalidad. También la adjudicación de Transilvania a Rumanía, conforme al tratado secreto de 1916, crea entre los húngaros y los rumanos un rechazo que aún no ha sido superado. Los húngaros cometieron ciertamente un torpe error, en el siglo XIX, y sobre todo después de 1867, al rechazar la autonomía de los rumanos de Transilvania. No comprendieron que el despertar nacional de los rumanos había comenzado precisamente en esa provincia en el momento en que su número, hacia la mitad del siglo, había

sobrepasado, estimado en dos millones y medio o tres, al de los rumanos que vivían en Moldavia y Valaquia, que sólo se liberaron en 1878 de la larga dominación turca, para convertirse en un país independiente.

En efecto, los rumanos, a los que se unieron los sajones irreconciliables, eran claramente mayoritarios en Transilvania cuando la provincia fue unida (y no reunida) a Rumanía. Pero la opinión húngara reprocha todavía con vivacidad a sus dirigentes de 1918, y especialmente a Michel Károlyi, haber prohibido a los sículos defender a mano armada sus derechos nacionales: Károlyi alimentaba siempre la esperanza ilusoria de un acuerdo con los nacionalistas rumanos. El hecho de someterse al veredicto de los aliados sin combatir tuvo por consecuencia, para los húngaros y los sículos de Transilvania, sufrir como minoría antes dominante la dominación vengadora del chouvinismo rumano, que, bajo el régimen comunista, iba a adquirir un carácter todavía más opresivo que el que había tenido nunca en la Rumanía real.

Eslovacos: ¿nación o nacionalidad?

Siendo, en el origen, parte de la misma etnia, los checos y los eslovacos habían estado separados durante un milenio. Los checos habían formado el reino de san Venceslao, casi en el mismo momento en que se fundaba el reino húngaro de san Esteban, mientras que los eslovacos formaban parte de la Hungría histórica. La población eslovaca concentrada en el norte de Hungría, como observa Bernard Michel [90], fue más débil y tardíamente urbanizada que los rumanos de Transilvania. Las ciudades de la región estaban habitadas sobre todo por húngaros y alemanes. La capital actual de Eslovaquia, Bratislava (Pozsony en húngaro y Presburgo en

alemán) fue, del siglo XVI al XIX, la capital del reino de Hungría.

El nacionalismo moderno eslovaco nació bajo los mismos auspicios que el de los húngaros o rumanos [91]. Sus primeros centros culturales se formaron en pequeñas ciudades como Turqansky Svátý Martín y Liptovský Mikuláš. Durante los mil años de cohabitación, los eslovacos se relacionaron más de buena gana con los húngaros que los rumanos. Su nobleza, una parte de su clero católico y de sus intelectuales, se habían magiarizado, lo que hizo, en el siglo XIX, muy difícil la definición de su identidad nacional. De hecho, en la década de 1840, el lingüista Ljudovit Stur, considerado como el «fundador de la nación», y escritores como Jan Kollar y Pavel Safarik, crean la lengua eslovaca escrita con casi un siglo de retraso sobre los checos, que, a fines del siglo XVIII, tenían ya una vida cultural desarrollada en su lengua. Fue necesario entonces que los eslovacos definiesen su especificidad no solamente con relación a los húngaros, por los que fueron influidos permanentemente, sino también en función de sus hermanos eslavos alejados, los checos, que comenzaron a interesarse en ellos en el siglo XIX de manera casi paternalista. Lo que lleva a un amigo de Stur, Francisci, a decir en 1843: «Nuestra etnia es, por su lengua, sus costumbres y su papel, diferente de la etnia checa; ella es en sí misma una etnia». Esa diferencia era negada por el escritor Kollar, que consideraba al eslovaco no como una lengua sino como un dialecto. La controversia lingüística, de hecho, una controversia nacional, no estaba aún solucionada cuando la revolución húngara de 1848 forzó a los eslovacos a escoger entre los liberales húngaros de Presburgo y de Pest,

entre los que contaban con muchos amigos, y la corte de Austria, que se presentaba como la protectora de los eslavos.

Reunidos en Liptovský Mikuláš en marzo de 1848, los representantes del joven movimiento nacional eslovaco pusieron como condición de su apoyo a los húngaros las reivindicaciones siguientes: igualdad de derechos para todas las nacionalidades por la vía de la autonomía nacional en la administración, la justicia, la enseñanza; sufragio universal; libertad de prensa; abolición de los privilegios de la nobleza. Reivindicaciones, en suma, idénticas a las de los radicales húngaros. Sin embargo la Dieta húngara, en el seno de la cual los liberales no estaban menos atados a la idea del *Estado nacional unitario* de lo que estaban los conservadores, lo consideró un desafío, al que replicó con una serie de arrestos, lo que lleva a los eslovacos a buscar el apoyo de Viena y de las otras nacionalidades de la monarquía, a punto de celebrar, en junio, el primer congreso paneslavo en Praga. Cuando el conflicto armado estalla entre Pest —nueva capital de Hungría— y Viena, los eslovacos se levantaron, bajo la dirección de Stur (que había representado el movimiento eslovaco en el congreso de Praga), y combatieron al lado del ejército austríaco. Fueron menos recompensados todavía que los rumanos. Después de 1849, el movimiento eslovaco fue reprimido. Además, el gobierno de Viena no estaba dispuesto a conceder la democracia a los eslavos cuando no lo había hecho con los húngaros. La unidad eslava no sobrevivió a esa derrota, y la querella lingüística rebrota: el proaustríaco Kollar quiso imponer la lengua literaria (bíblica) checa; los patriotas eslovacos respondieron: «le daremos todo a nuestros hermanos checos: nuestro corazón, nuestro apoyo, nuestro

amor fraternal… pero no nuestra *eslovacidad*, nuestra identidad nacional eslovaca». Una parte no despreciable de nacionalistas eslovacos intentaron entonces, aunque vanamente, un acercamiento a los húngaros. Stur acaba por convertirse a la eslavofilia, se exilia y muere en San Petersburgo, profetizando la desaparición de la monarquía.

Después de la dimisión de Bach y la adopción por Viena de una política de apaciguamiento de las naciones históricas —los húngaros, los checos, los polacos y los croatas—, los eslovacos, que carecían de referencias históricas, quedaron fuera del juego. Sus reivindicaciones —a semejanza de la que fue adoptada, en 1861, en presencia de seis mil personas, reunidas en Turçansky Svátý Martín, y que reclamaba su reconocimiento como nación— fueron, una vez más, ignoradas. Se les conceden únicamente algunas escuelas secundarias luteranas y católicas y mil ochocientas escuelas primarias en lengua eslovaca, así como la posibilidad de darse, a través de la *Matica slovenska*, creada en 1863 sobre el modelo checo y croata, un marco para su propaganda lingüística y cultural. Sin embargo, el número de militantes nacionalistas era extremadamente débil. Se estimaba, en 1860, en doscientas o trescientas personas, en su mayoría pastores luteranos, docentes y escritores. La mayoría católica (80%) sólo opone una débil resistencia a la magiarización. A continuación de la asimilación y de la emigración masiva a los Estados Unidos de obreros agrícolas excedentes (trescientos mil entre 1880 y 1801), la población eslovaca —a pesar de un fuerte crecimiento demográfico— no constituye más que el 10,7% de la población de Hungría, por un 54,4% de húngaros. La *intelligentsia* eslovaca, poco numerosa, estaba

infrarrepresentada en la administración. La dominación húngara se hizo más dura, la *Matica* fue cerrada en 1875, y el Partido nacional, sometido a una fuerte presión, no consigue elegir un solo diputado al Parlamento en 1872 [92].

En esos años de represión y pasividad algunos hombres políticos, como Vajénský, intentaron encontrar una salida en el *paneslavismo*, que los acercaba al movimiento nacional checo. Esa corriente lleva a la creación, en 1896, en Praga, de una unión checoslovaca. Un congreso reúne en Budapest a autonomistas eslovacos, serbios y rumanos, que elaboraron un programa común, pidiendo la autonomía para las nacionalidades. El hecho de que ese congreso hubiera podido tener lugar sin tropezar con Budapest demuestra además que la Hungría de esa época no estaba desprovista de ciertos atributos de liberalismo.

Por la misma época, el Prof. Thomas G. Masaryk comienza su propaganda con vistas a la unión de checos y eslovacos, que seducía a los estudiantes de Praga y de Viena y cuyos partidarios eslovacos se agruparon en torno a la revista *Hlas*. Pero sería una equivocación considerar que, en esa época, el «checoslovaquismo» constituía una fuerza política de alguna importancia. Era una de las tendencias del nacionalismo eslovaco, que antes de 1918 no consiguió clarificar sus posiciones. Los elementos católicos del Partido nacional eslovaco se acercaron al Partido popular (populista) húngaro del conde Zichy, y Milan Hodja, doctor en derecho de la Universidad de Budapest, funda el partido agrario. Hodja sería, más tarde, uno de los diputados eslovacos elegidos al Parlamento de Budapest, antes de convertirse, al lado del federalista rumano Popovici, en uno de los consejeros de

Francisco Fernando a propósito de la cuestión nacional.

El Partido nacional eslovaco, marcado por el luteranismo, y el partido de Hodja encontraron un competidor peligroso en la persona del abad Hlinka, nacionalista extremista, antisemita furioso, fundador de un *Partido popular*, que provoca, en 1907, a propósito de la nominación de un sacerdote prohúngaro, una violenta manifestación en el curso de la cual quince personas fueron asesinadas por los gendarmes húngaros. Este incidente hizo, parece ser, de un testigo británico, el historiador Seton-Watson, un enemigo feroz de Hungría y el adalid del desmembramiento de la monarquía.

Hlinka era hostil a los librepensadores de la monarquía, Stefanik, Srobar y Blaha, influidos por Masaryk. Su ideal era una Eslovaquia independiente y clerical.

En el curso de los años que antecedieron a la Primera Guerra Mundial, el aumento del número de eslovacos en la industria tuvo por efecto la creación del Partido Socialdemócrata eslovaco, que funciona primeramente como sección eslovaca de la socialdemocracia húngara. Después, decepcionados por el escaso interés de los socialistas magiares hacia el proletariado eslovaco, los socialistas eslovacos se orientaron hacia Praga, donde los socialdemócratas acabaron, también ellos, por escindirse de la socialdemocracia austríaca.

En vísperas de 1914, los diversos partidos y movimientos eslovacos nacionalistas, que estaban lejos de haber movilizado a la mayoría de su pueblo, intentaron coordinar sus actividades en el marco de un Consejo nacional, de perfiles vagos, y que no tuvo tiempo de consolidarse ni de elaborar un programa unificado. Con respecto a la larga simbiosis y a las

afinidades de eslovacos y húngaros, que se expresaban a través de las numerosas asimilaciones y uniones mixtas, se puede pensar que una política más razonable de los húngaros probablemente hubiera conseguido sin dificultad retener a los eslovacos en el marco del estado húngaro. La unión de los eslovacos y los checos será obra de las hábiles maniobras de la emigración más que la expresión de la voluntad de la población, que, recordémoslo, no será consultada por vía de referéndum en 1918. Digamos, un poco anticipadamente, que los eslovacos no se sintieron durante mucho tiempo en su casa en la Checoslovaquia de Masaryk y de Beneš, calcada de la III República de Gambetta y Combes. La República checoslovaca fundada sobre el falso principio de la identidad nacional de checos y eslovacos no le concederá mucha más autonomía a los eslovacos que la que le habían concedido los húngaros.

En 1939, los nacionalistas eslovacos se apresuraron a aprovecharse de la destrucción del Estado checoslovaco por Hitler para crear un Estado teóricamente independiente, en realidad satélite de Alemania, teniendo por jefe de Estado al nacionalista extremista (pero no nazi) Jozef Tiso, que la Unión Soviética será la primera potencia en reconocer. El bando de los antifascistas aún no llega a ponerse de acuerdo sobre el futuro del país. Los partidarios demócratas, en su mayoría luteranos, que desempeñaron el papel más importante en la insurrección antisoviética de 1943, deseaban un Estado federal, con una amplia autonomía para Eslovaquia, mientras que los resistentes comunistas, con Husák a su cabeza, hubiesen preferido claramente la unión de Eslovaquia a la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas

de Stalin, lo que este último no juzgará oportuno. Y si los nacional-comunistas eslovacos, como Husák y Clementis, ayudaron después de la guerra a eliminar de la vida pública a sus adversarios y rivales burgueses, mayoritarios en el país, la próxima vez serán ellos quienes zozobrarán. Pues el comunista Gottwald no será menos unitario ni centralista de lo que lo fue Beneš. La ocupación de Checoslovaquia en 1968, seguida de una ley de federalización, dará algunas ventajas a los burócratas y a la clase media eslovacas y les permitirá tomarse su revancha sobre los «checos opresores». La federalización de 1968, precio de la traición para los dirigentes eslovacos del reformismo dubcekiano, anunciará el fin del checoslovaquismo de Masaryk y de Beneš.

Los serbios de Hungría

Las singularidades entre los serbios y los croatas, que, equivocándose sobre sus propias especificidades, intentaron después de 1918, y de nuevo tras 1945, fusionarse en una sola nación «yugoslava», no eran menores que entre checos y eslovacos. En cuanto a los serbios de Hungría, durante el siglo XIX, vivieron dispersados en diversas comunidades, en condiciones económicas, sociales y culturales poco parecidas a las que reinaban en el Imperio otomano, o en el Estado serbio y en el Montenegro liberados.

Hacia mediados del siglo XIX, había más serbios en la monarquía (alrededor de 1 millón) que en Serbia (950.000). En 1900, en Hungría —que comprendía entonces Croacia, Eslavonia y Voivodina— se contaban 1.048.640; en 1911, 1.106.971. En Dalmacia, había 90.000 serbios en 1900, 116.000 en 1910; en Bosnia-Herzegovina, 449.895 en 1879, 877.000 en 1914. La monarquía entera contaba cerca de 2

millones de serbios. En todas partes estaban en situación minoritaria: 23,8% en Hungría, 25,6% en Croacia y en Eslavonia, 32,4% en las regiones fronterizas militarizadas, 17% (en 1870) en Dalmacia, 43,5% en Bosnia-Herzegovina. La mayoría eran campesinos de religión ortodoxa, e incluso la larga dominación turca no había apagado en ellos la conciencia de su identidad histórica, el sentido del comercio y una feroz voluntad de independencia.

En los siglos XVII y XVIII, Austria les había concedido a los serbios un estatuto bastante privilegiado, para recompensarles por asegurar la defensa de las fronteras. Pero las grandes propiedades estaban en manos de aristócratas alemanes, húngaros y croatas asimilados. Igual que en los rumanos y los búlgaros, la iglesia ortodoxa, la lengua común y los recuerdos históricos serán los cimientos de la nacionalidad serbia. Según Djordjevič [93] en el siglo XVII, se había formado una nobleza serbia, que obtiene sus títulos de la monarquía, y que la aristocracia austrohúngara coopta después de 1890.

Un poeta húngaro, también de origen serbio, caracteriza a los serbios como «un pueblo belicoso, asentado a la orilla del Danubio y cantando cantos guerreros». En efecto, los serbios fueron uno de los pueblos más aguerridos de Europa, y la monarquía supo explotar su gusto por la milicia haciendo salir de sus filas muchos capitanes generales, generales y oficiales superiores. En conjunto, los serbios figuraban entre los elementos más leales de la monarquía, a la que apoyaron con disciplina en sus tendencias centralizadoras. Eran también buenos agricultores y comerciantes; los del sur de Hungría, de la Voivodina, eran bastante prósperos, y la clase

media que formaban en el siglo XIX producía una *intelligentsia* de popes, de docentes, de poetas, de funcionarios y escritores. Se mezclaron bastante armoniosamente a los inmigrantes húngaros (105.948 en 1910) y alemanes (134.070 en 1910), así como a los rumanos y croatas que vinieron a establecerse en la región. Inmigración que transcurría pareja con una emigración masiva hacia los Estados Unidos (de 400.000 a 500.000 entre 1899 y 1913).

Los serbios de la Voivodina se hicieron, desde finales del siglo XIX, mayoritarios en algunas grandes ciudades de la región: Ujvidék (Novisad), Pančevo, Nagykikinda (Velika Kikinda), Nagybečskerek (Veliki Bečkerek), donde desarrollaron una vida cultural apreciable, especialmente en Novisad sobre el Danubio, denominada con alguna exageración la Atenas serbia. También la Voivodina estaba considerada como la cuna de la nación serbia. Con los serbios la ideología del eslavismo arraigó, antes de valerse de los checos. Sin embargo, los jóvenes de la clase media hacían sus estudios en Budapest, y el bilingüismo era frecuente. La *Matica Srbska*, fundada en 1826, se convirtió en un centro cultural importante.

El movimiento nacional serbio nacido a comienzos del siglo se divide en dos tendencias: una, moderada, que se conformaba con conservar los privilegios de los que se habían beneficiado sus antepasados; otra reclamaba la autonomía, el reconocimiento de la nación en el marco de Hungría. Entre tanto el rechazo de los húngaros a considerarlos como compañeros iguales y los ánimos recibidos de Viena a propósito de sus reivindicaciones abrieron una brecha entre los dos pueblos. En adelante, los serbios iban a apoyar la

recuperación en manos de Hungría a través de Viena. Sin embargo fue en vano que el gobierno serbio enviase en 1848-1849 voluntarios en ayuda de sus compatriotas que combatían ferozmente contra los húngaros. Fueron aplastados por el ejército húngaro, antes de que éste fuese, a su vez, obligado a capitular ante los austrorusos, superiores en número.

Después de 1849, la dirección de su vida nacional le fue confiada a la burguesía liberal. Los austríacos vencedores establecieron un distrito administrativo separado de Hungría: la voivodina serbia y el banato de Temes, teniendo por sede Temesvár (hoy Timisoara, perteneciente a Rumanía) [94]. En 1860 —en el momento de los primeros esfuerzos de reconciliación de Austria con Hungría— el distrito fue disuelto, y su territorio reintegrado a Hungría.

Después del compromiso de 1867, los políticos serbios intentaron acercarse a los liberales húngaros. Sus dirigentes moderados, como Miletic, preconizaban un federalismo dualista, «con un estatuto de autonomía para los serbios y las otras nacionalidades». Pero también pedían la unión con Eslovenia, Eslavonia y Dalmacia y exigían la liberación de todos los pueblos balcánicos. Ese programa fue radicalizado aún más por una juventud cada vez más activa en política. Los serbios de Serbia ponen su acento en la liberación de su país, bajo la influencia de las ideas francesas, mientras que los de Hungría insistían en la autonomía nacional. En 1876, los serbios de Voivodina recolectan dinero para el ejército serbio. El impulso de solidaridad se debilita tras la ocupación por Austria de Bosnia-Herzegovina. El movimiento liberal se escinde entonces entre una derecha partidaria de un

compromiso con los húngaros y una izquierda radical, que ya reivindicaba la unión con Serbia. Desde 1904, y sobre todo tras la anexión, en 1908, de Bosnia-Herzegovina, ese último movimiento se hizo cada vez más fuerte en los serbios de Voivodina y también en los de Croacia y Dalmacia. La anexión da lugar al primer conflicto serio entre los casi seiscientos cuarenta y cinco mil serbios de Croacia y los nacionalistas croatas de derechas (partido de Ante Starevic), que no reconocían la especificidad nacional de sus serbios y pretendían atribuirse Bosnia. (Ese punto de conflicto continuará envenenando las relaciones serbo-croatas incluso después de 1946). Los húngaros, especialmente bajo el ban (gobernador) Khun-Héderváry, trataron por todos los medios de explotar esa fricción entre serbios y croatas. Estos últimos, a su vez, se esfuerzan por armonizar su política y mantener contactos con el Estado serbio, lo que provoca severas medidas de represión húngaras (proceso de alta traición, de 1908-1909, contra cincuenta y tres políticos serbios, proceso Friedjung en 1909).

En Dalmacia, el movimiento nacional, nacido bajo el impulso del movimiento croata, iba a sufrir la influencia del Risorgimento italiano, para pasar por las etapas de un regionalismo dálmata, de un eslavofilismo (más bien balcánico que paneslavo), antes de llegar a un nacionalismo con dos ramas, serbia y croata, que fundaron el Partido nacional y se hicieron representar tanto en la Dieta de Dalmacia como en el Reichstag de Viena. La tesis de los nacionalistas croatas de Dalmacia que preconizaba una nación política únicamente croata enfría a los serbios de Croacia, que se volvieron hacia Viena y establecieron

contactos con los autonomistas italianos.

En 1880, los serbios abandonan el Partido Nacional Dálmata para fundar el Partido nacional serbio, que se opone categóricamente a la unión de Dalmacia con Croacia. Esas divergencias se atenuaron sin embargo a comienzos del siglo, pero los serbios, cuyo movimiento había adquirido un carácter cada vez más irredentista, se orientan hacia el reino de Serbia. Ése fue el caso igualmente del movimiento nacional de Bosnia-Herzegovina, que se radicaliza en vísperas de la Primera Guerra Mundial con la creación de grupos revolucionarios en unión con las organizaciones clandestinas serbias, como la Crna Ruka (la Mano negra), que, con toda verosimilitud, organiza el atentado de Sarajevo.

Las medidas preventivas tomadas por las autoridades austrohúngaras tras la declaración de guerra —deportaciones, internamientos, procesos— no estaban hechas para asegurar la lealtad de los serbios para con la monarquía en guerra contra sus hermanos de Serbia. No obstante, todavía eran tales el prestigio del emperador y la disciplina de las tropas dirigidas sobre todo por oficiales austríacos y húngaros que los serbios, igual que los croatas, combatieron ardorosamente en todos los frentes, y especialmente en el frente italiano. Sólo en el transcurso del último año de guerra, cuando la derrota de la monarquía parecía inminente, las deserciones se multiplican.

Los croatas, o la nostalgia de un Estado

A diferencia de los serbios, los eslovacos y los rumanos de Hungría, los croatas no tuvieron que trabajar para ser reconocidos como nación histórica. El nacionalismo croata tenía por referencia el reino independiente de Croacia, que —

según los historiógrafos nacionalistas croatas del siglo XIX—no había sido nunca un país conquistado, sino que se había unido voluntariamente a Hungría en el siglo XIX y se beneficiaba desde largo tiempo de una autonomía completa. Observemos que el reino de Croacia de la Edad Media había comprendido Dalmacia y Eslavonia, Bosnia-Herzegovina y una parte de Eslovenia [95].

En razón de las peripecias que habían sufrido en el transcurso de su historia agitada y que imponían a las diferentes partes del reino estructuras socioculturales diferentes, la unificación lingüística y la clarificación de una identidad nacional causaron a los croatas graves problemas en el momento en que cada uno se veía empujado a encontrar sus raíces. Así los nobles de Croacia del Norte y de Eslavonia y una parte del clero católico se asimilaban a las instituciones húngaras. Ellos dominaban la Dieta, la vida de los comitats, abastecían a los funcionarios y servían de modelo a la burguesía y a la *intelligentsia* ascendente, en cuyas filas surgió el movimiento nacional. Al comienzo, el clero desempeña además un papel preponderante, antes, como una parte de la nobleza y de la burguesía, de confiarse, hacia finales de siglo, en la política gran-austríaca de Francisco Fernando, quien la ponía en los croatas.

Dada la dispersión y la diversidad regional de los croatas, la ideología nacionalista conoce fluctuaciones. Su primera expresión fue el *ilirismo* con su órgano Kolo (*El Círculo*), fundado en 1846, que más tarde cambia su nombre por *Mantica Hrvatska* y que hizo mucho por la difusión de la cultura nacional, guiada por los escritos de Ljudevit Gaj, unificador de los tres dialectos principales en una lengua

escrita en caracteres latinos (aunque una importante minoría serbia de Croacia, igual que sus hermanos de raza de Serbia, permanece fiel a la escritura cirílica). La lucha por el reconocimiento de la lengua croata como lengua oficial, incluso en los departamentos de Hungría (Eslavonia) habitados por croatas, envenena las relaciones entre las dos naciones. Los ilirios formularon el 25 de marzo de 1848, un programa preconizando la nominación de un croata (y no de un húngaro), el muy popular coronel y más tarde general barón Josif Jelacie como ban de Croacia; la unificación en un solo país de Croacia, de Eslavonia, de Dalmacia, de los confines militarizados y de Fiume; el establecimiento de un gobierno representativo, independiente de Hungría; la elección de una dieta (sabor) y la abolición de los últimos vestigios del servilismo en las grandes propiedades. La negativa de los húngaros a darles satisfacción empuja a los croatas a emprender acciones militares, bajo la dirección de Jelacie, al lado del ejército austríaco. En el congreso paneslavo de Praga, en mayo de 1848, los representantes del partido nacional croata se ponen de acuerdo con los checos para proponerle a la dinastía la reorganización de Austria en una federación de naciones libres, iguales en derecho, que confiaría a un gobierno central los asuntos de política extranjera, el comercio exterior y la defensa. Sin embargo, a pesar de la participación del ejército de Jelacie en la derrota de los nacionalistas húngaros, las reivindicaciones croatas no fueron satisfechas por Viena, tras la guerra, como las de los eslovacos o rumanos.

Después de 1849, el movimiento nacional croata, animado por una especie de amor-odio hacia los húngaros y el K.U.K

[96] (tan maravillosamente analizado más tarde por el novelista croata Miroslav Krleza), se divide en dos ideologías que no cesaron de combatirse: el nacionalismo extremista del partido de derechas y el yugoslavismo, presentado como heredero del ilirismo. El primero tenía como objetivo la restauración, después de mil años, de un Estado croata independiente, rechazando cualquier compromiso con los húngaros. Se escinde, hacia finales de siglo, dando lugar al *Partido de Derecha* «puro» del Dr. Frank, no solamente antihúngaro sino también antiserbio, y que esperaba verse recompensado por su apoyo sin reservas a la política de expansión balcánica de la monarquía con una mayor autonomía, y al partido del obispo Strossmayer, que, de acuerdo con el Partido Nacional Dálmata, asocia la idea de una Croacia independiente a la idea yugoslava. El yugoslavismo, por su parte, tenía por programa la unión de los croatas y los serbios en una sola nación, idea sugerida por el ministro serbio Garasanin.

Hubo todavía un tercer partido representado en la Dieta de 1861, los unionistas, que preconizaban la fusión de Croacia con Hungría, pero desapareció en algunos años de la escena política. En las elecciones municipales de mayo de 1871, el Partido nacional obtuvo una fuerte mayoría. Sin embargo, los croatas antihúngaros cambiaban a menudo de orientación, según la coyuntura política. Después del fracaso de las negociaciones con los húngaros, a fin de enmendar en favor de Croacia el compromiso de 1868, Strossmayer renueva su profesión de fe yugoslavista. No obstante, tras la ocupación por Austria-Hungría de Bosnia-Herzegovina, las vías serbia y croata se separaron de nuevo. Serbia sigue entonces una

política de acercamiento a Austria-Hungría y se desinteresa de los croatas. El Partido nacional independiente, tradicionalista y clerical del canónigo Rački milita en favor de la transformación del dualismo en un sistema trialista, añadiendo a Austria-Hungría, Croacia, con Eslavonia y Dalmacia, para hacer contrapeso ante las aspiraciones de una Gran Serbia. Choca con una oposición violenta de los serbios de Dalmacia, que, a semejanza de los nacionalistas serbios de Voivodina, soñaban con una Gran Serbia. En ese momento, los húngaros —que hasta entonces se habían apoyado en los serbios contra los croatas— hubieran podido atraerse a los croatas cediéndoles Bosnia. Dejaron escapar la ocasión, error que no dejan de explotar los serbios. Pero los húngaros se aferraban obstinadamente al dualismo, acosados por el temor de reforzar el elemento eslavo de la monarquía y la perspectiva de ver un día la Gran Croacia que habían ayudado a poner en su sitio incorporando Serbia. En cuanto a los austríacos, deseaban conservar Dalmacia para ellos. Según Gustav Gratz, a los húngaros les faltó un hombre de Estado capaz de correr el riesgo de favorecer a los croatas, con los cuales, a pesar de las querellas políticas ampliadas por la prensa nacional e internacional, tenían muchas afinidades históricas y espirituales.

En 1876, estallaron manifestaciones estudiantiles violentamente antiserbias en Zagreb. Eso contrastaba con las manifestaciones antihúngaras precedentes ¡en el transcurso de las cuales las banderas húngaras habían sido quemadas! Hacia finales de siglo el apóstol del eslavismo, el checo Masaryk, interviene como árbitro entre las diversas corrientes de los eslavos del Sur. Suscita la creación de *Napredna*

Omladina (Juventud progresista), después relanza con fuerza la idea de una unión entre serbios, croatas y —algo nuevo— eslovacos [97], dirigida no ya únicamente contra la «Kakania», sino también contra el Drang nach Osten [98] del Reich alemán. La tentativa de los partidos croatas, reunidos por una vez, de explotar la diferencia entre la oposición húngara y Viena había fracasado, los croatas se revelaron, desde entonces, incapaces de desempeñar una política consecuente, ya dirigida a crear un Estado croata independiente, asociado en igualdad a Austria-Hungría, ya un Estado yugoslavo. Las dos ideologías que se repartían entonces la burguesía croata engendraron dos fuerzas nuevas, que, tampoco ellas, supieron ponerse de acuerdo sobre una doctrina coherente: el Partido agrario de los hermanos Radie —partido populista, antiintelectual, antioccidental, que vacila entre el yugoslavismo y el austroeslavismo— y la socialdemocracia, que se inspira en el austromarxismo y, a pesar de las simpatías yugoslavistas, inscribe la federalización de la monarquía en su programa. Estoy de acuerdo con la conclusión —establecida por Djordjevič a partir de las peripecias del nacionalismo croata— de que *fue todavía la tendencia al trialismo lo que parecía llevarle a los medios políticos*. En cualquier caso, en 1914, el proceso de integración del nacionalismo croata aún no se había acabado, la conciencia nacional tenía algo de folclórico, de confuso, aún bajo el ascendiente de una prolongada coexistencia con los húngaros, de la seducción de Viena, de las influencias italianas en Istria y musulmanas en Bosnia-Herzegovina. La importancia de las fuerzas de cohesión monárquicas se verá ilustrada por la bravura con la que los soldados croatas se

batieron contra los italianos, en el curso de los primeros años de la guerra. Puede decirse que la mayoría de los serbios e italianos de la monarquía simpatizaron con la Entente desde el comienzo de la guerra. La actitud de los rumanos de Transilvania fue determinante para la entrada en guerra de Rumanía. Pero *la mayoría de los checos, polacos, croatas y eslovenos sólo se volvieron contra la monarquía hacia el final de la guerra, cuando la situación de la dinastía* parecía cada vez más comprometida y cuando todos comenzaron a temer la expansión hacia el sur del imperialismo germánico [99].

¿Y los rutenos quiénes son?

Los rutenos, hermanos de raza y lengua de los ucranianos de Galitzia y de Bucovina, como de los ucranianos rusos, vivían en su mayoría en los comitats montañosos del nordeste eslovaco de Hungría. Se otorgaron primeramente el nombre de «Rusyni», antes de reconocerse como ucranianos.

El despertar de su conciencia nacional fue muy tardío: la primera sociedad para la difusión de la cultura rutena fue creada en 1834. Después de 1848, el gobernador, el conde Stadion, se aplica, en Bucovina y en Galitzia, a mejorar la situación de los rutenos, más pobres y subdesarrollados que todas las otras nacionalidades de Austria-Hungría, sobre todo en las regiones donde habían sufrido la dura opresión de los propietarios polacos. Pero el sucesor de Stadion, el conde Goluchowski, preferirá favorecer a los polacos en razón de su lealtad para con la monarquía. Los rutenos de Hungría, estaban aún más desprovistos: ni la sombra de aquella protección ni de esa escueta autonomía cultural de la que se beneficiaban los de Galitzia y Bucovina. En el congreso de Praga, en 1848, sus representantes intentaron acercarse a los

nacionalistas eslovacos. Se puede juzgar sobre su situación miserable por el gran número de ellos que escogieron la emigración: quinientos cincuenta mil entre 1899 y 1913, sobre una población de apenas dos millones. Fueron políticamente divididos entre rusófilos, ucraniófilos y magiarófilos [100].

Los checos, entre la lealtad y la ruptura

El despertar nacional de los checos, tras una larga somnolencia, fue obra, a comienzos del siglo XIX, de un cierto número de intelectuales inspirados a la vez en la filosofía romántica alemana (Herder) y en la idea motriz de igualdad expandida por la Revolución francesa. La voluntad de emancipación nacional acompañaba naturalmente la emancipación de los siervos y el derrumbamiento de los privilegios feudales. A semejanza de todas las etnias, pequeñas y medianas, de la Europa central y sudoriental que habían vegetado durante largos siglos bajo la dominación de poderosos imperios, los checos buscaron, también, en su pasado histórico, los fundamentos de su derecho a la existencia autónoma. De ahí, el papel primordial que desempeñaron en el despertar nacional los historiadores, y especialmente el más grande entre ellos, Palacky. Éste devolvió a los checos su dignidad, su valor, recordándoles no solamente el glorioso reino de san Venceslao, que, teóricamente, no había dejado nunca de existir, sino también sus antepasados husitas, precursores de la Reforma, que fueron admirados por toda la Europa civilizada, incluso después de haber sucumbido a la fuerza superior del Santo Imperio, punta de lanza del catolicismo romano, pero que se hizo cada vez más un imperio germánico. En efecto, al

convertir a una parte importante de las grandes familias nobles, cuando pura y simplemente no las exterminaban los vencedores habían privado al pueblo checo del lecho social que en otra parte —en Hungría o en Croacia— habían asegurado la continuidad del sentimiento de independencia nacional. No obstante, bajo administración austríaca, los checos consiguieron preservar su lengua, su folclore, sus cualidades particulares, y el joven historiador checo Pierre Fleischmann ha señalado con razón —antes que Bernard Michel, que retoma y desarrolla esa tesis en su *Memoria de Praga*— que los padres del nacionalismo checo estaban lejos de ser unánimes en la visión de su pasado: «Los acontecimientos, que, para unos, equivalían a una tragedia, para otros, sólo eran eslabones de una historia ininterrumpida», escribe Fleischmann. También, contrariamente a Palacky y, después de él, a Masaryk, el historiador Pekař, en el que «prevalecen el cuidado del rigor histórico y el rechazo de todo anacronismo», no representa la batalla de la Montaña Blanca como una tragedia nacional, ni minimiza los aspectos positivos de la recatolización de Bohemia —patria común de los checos y alemanes. Según Pekař, a quien la historiografía marxista ha olvidado, «la nación checa o, al menos, lo que ha quedado tras la sangría debida a la guerra y a la inquisición, se había recuperado pronto bajo la dirección de su nobleza nacional católica… y que tenía la administración del país perfectamente controlada al menos hasta 1748, fecha en la que María Teresa —no por voluntad de germanización, sino para poner fin a la espantosa explotación de los siervos checos por sus señores checos y alemanes— limita las prerrogativas de la nobleza y suprime al

mismo tiempo la cancillería de Bohemia, último vestigio de la independencia de antaño».

Se comprende que las tesis de Pekař, que, además, no era menos nacionalista que Palacky o Masaryk, hayan chocado a muchos de sus compatriotas, por esa interpretación objetivista de la Historia, que rehabilitaba de alguna manera la Contrarreforma y el reino de Austria. Pekař no se sumaba, sencillamente, a la coloración religiosa y mística que Palacky y Masaryk le daban al nacionalismo al fundar el brote nacional en la veneración de los husitas y los hermanos moravos, así como en Comenius, privilegiando a esos herejes con relación al reino brillante de Carlos IV.

Igual que los despertares húngaro, eslovaco, croata, el del nacionalismo checo se manifiesta en primer lugar por el culto, el renacimiento y la modernización de la lengua nacional. «Por su lengua sobrevive la nación», escribía un poeta húngaro. El nacionalismo checo se caracteriza por su lengua y por su esfuerzo a fin de superar su atraso cultural ante las grandes naciones europeas. La inauguración de una cátedra de lengua checa en la Universidad de Praga por Leopoldo II de Habsburgo y la apertura del Teatro nacional fueron acontecimientos nacionales. Paralelamente, con el bajo clero católico, cercano al pueblo, la joven *intelligentsia* liberal surgida de la clase media desempeña un papel importante en el proceso nacional. Pero el movimiento checo coincide con el despertar del nacionalismo de orientación pangermánica de los alemanes de Bohemia. Y la lucha por la primacía entre las dos naciones del mismo país continúa, agravándose, durante todo el siglo XIX. De alguna manera prefigura el conflicto contemporáneo entre los valones y los flamencos de Bélgica.

Durante un cierto tiempo, los dirigentes del movimiento nacional checo y sus amigos protestantes eslovacos, como el poeta Kollar, con los que los checos toman contacto después de algunos siglos de separación, esperaron encontrar en el paneslavismo difundido a partir de Rusia una protección contra el hegemonismo pangermánico. Pero sus guías se dieron cuenta enseguida de que la «chequidad» correría el riesgo de ser ahogada por el paneslavismo, ideología autoritaria, antiliberal, antioccidental, profundamente contraria a su adhesión tradicional a Occidente y a sus ideas progresistas.

Desde entonces, dos vías se ofrecían para la autoafirmación de la nación checa. Una era la búsqueda de un estatuto de autonomía, de una casi independencia en el seno de la monarquía, similar a aquella por la cual la nobleza húngara combatía cada vez más enérgicamente. La otra vía hubiese sido un nacionalismo radical, separatista. Ahora bien, en la década de 1840, Palacky, igual que su amigo el periodista Havliček, que había regresado decepcionado de su viaje a Rusia, optaron por la vía «austroeslava». Es significativo que cuando, en 1848, los demócratas alemanes convocaron en Fráncfort una asamblea destinada a la unificación de Alemania sobre una base liberal y democrática, Palacky y sus amigos, invitados en tanto que representantes de Bohemia, se negaron a pronunciarse. Preferían afirmarse checos en el marco de la monarquía austríaca, que parecía avanzar hacia la federalización, antes que formar parte de una Alemania unificada, incluso democrática. La creación del sistema dualista representa un cambio en la orientación del nacionalismo de los checos, que no soportaron ya su

inferioridad con relación a los húngaros. El hecho de que Francisco José se hubiera hecho coronar solemnemente rey de Hungría pero, cediendo a la presión de los húngaros, le hubiera negado el mismo honor a los checos, fue sentido en Praga como una humillación. Los checos reaccionaron ante esta nueva decepción, por ejemplo, enviando una delegación simbólica a Rusia con ocasión de la exposición etnográfica de 1867, dando a entender así que el zar podría, si se presentara el caso, defender su casa. Pero ese cambio tan brusco —que fue mal visto por los simpatizantes occidentales de Bohemia — no duró mucho tiempo. Conseguir la transformación del sistema dualista en sistema federal sirviéndose de los instrumentos políticos legales que la liberalizada Austria ponía a su disposición parecía, al menos hasta 1914, un objetivo más realista a los políticos checos.

Sin embargo, la política de alianza con Alemania inaugurada por el gobierno de Viena desanima a los nacionalistas moderados y se comprende el descontento que provoca, en 1914, en las grandes masas del pueblo, la obligación de participar en la guerra contra Serbia y Rusia, países eslavos —descontento que se manifiesta enseguida por un gran número de deserciones en los frentes. La hostilidad a la guerra hace acrecentar las simpatías para la acción separatista organizada por la emigración, bajo la dirección de Masaryk y Beneš.

Sería sin embargo retrotraerse abusivamente creer que, incluso en ese momento, la mayoría de los checos estaban dispuestos a separarse de la monarquía. Tras la muerte de Francisco José, cuando ya Masaryk había comenzado a convencer a los políticos franceses y británicos de la

necesidad absoluta de destruir el imperio, Joseph Pekař hacía en su elogio fúnebre del emperador, en la Universidad Carlos, un balance completamente positivo del desarrollo del pueblo checo bajo el reinado de Francisco José. «El resultado de su reinado, afirma, significó un progreso sin precedentes de las fuerzas creadoras de nuestra sociedad. Y lo que digo vale sobre todo para el pueblo, pues para el pueblo… la diferencia entre lo que era en 1848 y lo que es hoy es completamente notable. Y la mayoría de las cosas de las que hoy nos sentimos orgullosos, como pueblo civilizado, han sido creadas durante ese periodo… e incluida además la conciencia de nuestro gran pasado y nuestras ideas nacionales». Así, dos años apenas antes del final, el gran historiador checo igual que el austríaco Renner, el rumano Popovici, los húngaros Károlyi y Jászi creían todavía en el futuro de la monarquía, de una monarquía federalizada, más aún porque no ignoraban que el joven emperador Carlos era favorable a sus ideas [101].

Sólo después de la declaración de Londres, en la cual los Aliados adoptaron el compromiso de no concluir en modo alguno la paz por separado con las Potencias centrales antes de que todas las reivindicaciones de los gobiernos formados por los emigrados hubiesen recibido satisfacción, la mayoría del pueblo checo se une al campo separatista que, así, había ganado la independencia tras haber combatido paradójicamente en un ejército que tenía por objetivo impedir la desmembración del imperio.

El irredentismo italiano

La posesión de Bohemia era una cuestión de vida o muerte para la supervivencia de la monarquía en tanto que Estado danubiano. No podría decirse lo mismo de las posesiones

italianas de los Habsburgo (no más, tampoco, de las posesiones polacas) que habían recuperado en 1815 tras las ayudas napoleónicas. La nueva idea del Estado-nación no era aplicable en Europa central, donde entonces hubiera sido necesario aceptar sustituir por nuevas tensiones las antiguas y crear situaciones injustas. Se podía prever, desde antes de 1918, que, en caso de desmembramiento de la monarquía, la coexistencia, incluso democrática, entre checos y eslovacos, alemanes y magiares, serbios y croatas, húngaros y rumanos no sería más fácil que la coexistencia entre checos y austríacos bajo los Habsburgo.

Ahora bien, por lo que concierne a Italia, la situación era completamente diferente. Se trataba de una de las naciones más antiguas, más civilizadas, más «históricas» de Europa —a semejanza de Alemania, fraccionada, también ella. En Italia, la tendencia a la unión, a la transición del absolutismo al Estado moderno, de la dominación extranjera a la independencia parecía natural, inevitable. Por otra parte, en ningún rincón de Europa, el Risorgimento bajo sus dos aspectos, liberalización y toma de conciencia de la identidad nacional, parecía más normal, más justificado. La evolución después de 1815 de las provincias italianas del reino de Lombardía-Venecia y de Toscana, anexadas en el pasado por Austria gracias a las alianzas matrimoniales, aparece, incluso para el historiador que no cree en el determinismo, como un proceso un poco escabroso pero irreversible, de madurez, de camino hacia un estatuto de Estado nacional unificado.

Tanto más cuando tras el tratado de Viena los italianos viviendo bajo la férula de Metternich, factótum de la restauración conservadora, habían conocido un impulso

económico y social considerable, por lo que los ciudadanos soportaban cada vez peor ser gobernados con los mismos métodos absolutistas (aunque italianizados) que los *gubernia* polacos o las provincias hereditarias, y bajo férula extranjera, además [102]. La contradicción, chocante, entre la vida de la sociedad y las instituciones, conducía inevitablemente ya a una pacífica superación, ya a una revolución o a una guerra, incluso si los Habsburgo se comportaban como dominadores relativamente tibios y su reinado, en los países que regían, presentaba numerosos aspectos positivos que únicamente espíritus fanáticos no reconocían. Creo que el historiador Corsini es quien más se acerca a un balance objetivo, cuando, después de recordar los «lados malos» de la restauración— pedantería burocrática, administración y jurisdicción sospechosas a causa de su naturaleza secreta, censura altiva, paternalismo autoritario, ubicuidad de la policía y de la soldadesca, represión del movimiento liberal, procesos políticos entre 1820 y 1840— subraya los aspectos positivos, cuyo recuerdo subsiste todavía en Lombardía, en Venecia, en Toscana. Aquí, Corsini menciona el orden público, la seguridad de las personas, la conciencia profesional incorruptible de los funcionarios, la igualdad ante la ley, el respeto con que la administración trataba a los individuos [103]. Ese cuadro difiere sensiblemente de la pintura a lo Goya que los mazzinianos pintaron del reinado austríaco. Añadamos que, aunque los burgueses italianos, que seguían de cerca los acontecimientos de la restauración en Francia, se lamentaban, con razón, de no estar en absoluto representados en las instituciones centrales del Estado, la cancillería, la corte, el Consejo de Estado, nunca intenta el gobierno

austríaco hacer renunciar a los italianos a su nacionalidad, su lengua, sus tradiciones, su modo de vida, su cultura (algunos hablan, al contrario, de la italianización de Viena). No se puede confundir el absolutismo de Metternich con el seudototalitarismo de Mussolini. Dicho esto, es verdad que el gobierno austríaco no tenía nada de constitucional; se limitaba a conservar el *statu quo* territorial, por consiguiente su parte de Italia, y ciertos métodos de gobierno de la época de la restauración representan incluso un retroceso en relación con el progresismo maternal de María Teresa o al reformismo de Pedro Leopoldo.

Por consiguiente no es extraño que, comparando su situación, sobre todo después de la revolución de julio, con el liberalismo de Francia, con ese liberalismo que en 1848 parecía que al pueblo de París —cuando no de Francia— no le satisfacía, los milaneses hubiesen hecho estallar su descontento político, intelectual y nacional, tres días después de los idus de marzo. El pueblo emboscó a las tropas austrohúngaras del mariscal (checo) Radecky. Los cinco días de Milán fueron seguidos por levantamientos en Venecia, en Parma, en Piacenza, en Módena. Carlos Alberto de Piamonte no deja pasar la ocasión para afirmarse como el protector del pueblo italiano. Sus tropas atraviesan el Tesino. Sin embargo, Radecky acaba rápidamente con las sublevaciones y la invasión. Carlos Alberto retira sus tropas y, a finales de 1848, Austria recupera la Lombardía-Venecia, y luego, en 1849, reprime duramente la revolución más radical de Venecia. El orden neoabsolutista reinaba de nuevo en Italia, el mismo que había sido restablecido en Hungría.

Sin embargo, *Eppur, si muove*: Francisco José había

aprendido rápidamente que no se podía gobernar apoyándose sobre las bayonetas. Al mismo tiempo, en el espíritu de los pueblos (como en la literatura), un realismo prudente pero no resignado sucedía a los arrebatos románticos. En Italia, el fracaso de la insurrección mal organizada de Mazzini había tenido el mismo efecto que el aventurerismo de Kossuth en Hungría. La Revolución francesa no había tenido continuación, pero la transición al liberalismo, que ella había retardado, ya no sería aplazada por mucho tiempo. En 1854, Austria, bajo la presión de la Gran Bretaña liberal, comienza a desarrollar una política de apaciguamiento. Por otra parte, tanto en Londres como en la Francia de Napoleón III opinaban que había llegado el momento de separar a Lombardía de Austria y de atribuírsela al Piamonte. Así, lo que no se había podido efectuar con los movimientos «desde abajo» se hizo realidad gracias a una breve campaña franco-piamontesa contra Austria y a la decisión de las grandes potencias. Con la retirada de la monarquía de Italia comienza la unificación del país. En 1866, a pesar de su victoria de Custoza sobre las tropas del Piamonte, Austria abandona Venecia. Ese abandono en el exterior coincide con el del neoabsolutismo en política interior. En 1861, Francisco José convoca un Parlamento donde, entre trescientos cuarenta y tres diputados de las posesiones austríacas (los húngaros iban a tener un parlamento para ellos), veinte diputados italianos hubieran podido asistir si, viendo cerca la liberación total, no hubiesen rechazado la invitación. Corsini parece lamentar que a causa de ese rechazo la población de Lombardía-Venecia fuese privada de la iniciación a una vida parlamentaria normal, de lo que, en compensación, iban a

beneficiarse. Los italianos de los territorios que permanecieron todavía cerca de medio siglo en manos de los austríacos —el Trentino, Friul, con Goricia y Gradisca, Trieste, etc. El compromiso austroitaliano le pareció tan satisfactorio al gobierno de Cavour que éste no duda, en 1882, en adherirse al pacto entre el Reich y Austria. Pero el hecho de que Cavour hubiese dejado subsistir un cierto número de italianos en el seno de la monarquía descontenta a los nacionalistas deseosos de ir hasta el final de la unificación. Con la ayuda de la agitación y la propaganda esa reivindicación irredentista acabó por levantar a un país contra el otro.

¿No hubiera sido más prudente por parte de Austria ceder, en el momento de la firma del tratado de alianza, todos los territorios habitados por una mayoría de italianos, a fin de evitar esa causa de fricción? Consideraciones estratégicas y económicas, la convicción de haber ya otorgado en exceso, la voluntad de no «malvender» una muy antigua herencia, la conciencia de administrar esas posesiones de manera civilizada, de acuerdo con el «espíritu de los tiempos» justificaron para los dirigentes austríacos su mantenimiento a cualquier precio en la monarquía. Tanto más cuando, entre los italianos de esos territorios, encontraban a un número considerable de ciudadanos dispuestos a cooperar. Por una parte, los partidos católicos y socialistas aceptaban de buena gana permanecer en el marco de una monarquía federalizada. Por la otra, los alemanes del Tirol y los eslavos del Adriático preferían pertenecer a Austria a una dominación italiana, mientras que numerosos triestinos tenían miedo de perder la prosperidad que habían ganado a expensas de Venecia, al

convertirse en el mayor puerto de la Europa central. Entre 1914 y 1917, la población de esos territorios se divide entre proitalianos y proaustríacos, permaneciendo abierto el problema. En octubre de 1918, los católicos de Friul se pronunciaron incluso contra la unión con Italia, mientras que los socialistas de Trieste optaron por una solución de independencia de la región. Pero la mayoría activista italiana se decide por la unificación, regalándole así a Italia el problema de las minorías que no había conocido hasta entonces.

El imbroglio *polaco*

En el momento de los repartos sucesivos de Polonia, Austria había recibido, en 1772, Galitzia, después Cracovia, en 1846 (tras la disolución de la república de Cracovia). Pequeños grupos de polacos vivían además en Moravia, en Eslovaquia del Norte, en Bucovina. La unidad administrativa más importante de todas esas posesiones fue el reino de Galitzia, cuya parte occidental estaba mayoritariamente habitada por polacos, mientras que la parte oriental estaba sobre todo poblada por ucranianos (rutenos) cuya hostilidad social y nacional hacia los propietarios nobles polacos causa muchos trastornos al gobierno de Viena. En efecto, los ucranianos no cesaban de reclamar un estatuto de autonomía para su territorio, con capital en Lvov [104], Veremos que al fin de la guerra de 1914 el rey Carlos se declara dispuesto a satisfacer sus exigencias [105]. Tras la Segunda Guerra Mundial, Galitzia oriental fue anexionada por la república soviética de Ucrania.

A pesar del tratamiento privilegiado con que los polacos se beneficiaban de parte del gobierno de Austria, que,

contrariamente a los prusianos y los rusos, respetaba su nacionalidad y sus tradiciones feudales, se sublevaron en 1848. Formaron comités nacionales en Cracovia y en Lvov, reclamando, igual que los húngaros, los austroalemanes y los checos, derechos políticos. Delegados llegados de Galitzia y de Teschen (Cieszyn) participaron en el congreso paneslavo de Praga, en junio de 1848, y los polacos combatieron en las barricadas de Praga cuando los checos se levantaron. Oficiales superiores polacos, especialmente los generales Bem y Dembinsky, tomaron una parte activa en la revolución húngara de 1848 y legiones polacas combatieron en Hungría. También la represión del sistema Bach los golpea tan duramente como a los húngaros. La proximidad amenazadora de las tropas rusas, que habían contribuido a derrotar a los húngaros, ayuda grandemente a los austríacos a «normalizar» la situación en Polonia.

Después, el deshielo de la política de Viena, que se deja sentir a principios de la década de 1860, repercute en Polonia. Entonces, durante el último levantamiento polaco contra Rusia, en 1863-1864, los austríacos habían adoptado una actitud benevolente hacia los polacos y a partir de 1865 Viena se encamina hacia una mayor autonomía para Galitzia. Por todas esas razones, los polacos no manifestaron la misma hostilidad que los checos en contra del compromiso austrohúngaro de 1867, que les parecía una etapa hacia la federalización. ¡Vaya idea tuvieron! Algunas medidas les aseguraron un estatuto privilegiado en la monarquía. Galitzia era tratada como el niño mimado de Viena. Las relaciones entre la aristocracia polaca y austríaca, especialmente, eran excelentes. Los magnates polacos, como los Radziwill,

ocupaban asiento en el *Herrenhaus* (Cámara alta de Viena). Francisco José se acercaba una vez al año al castillo de los Potocki, frecuentado por la flor y nata de la aristocracia austrohúngara, los Windischgraetz, los Festetics, los Széchenyí, los Lónyay, etcétera.

El decreto de 1869 instituye la lengua polaca como lengua oficial. La enseñanza se imparte en polaco en las escuelas primarias y secundarias; en 1870-187 i, la vieja Universidad de Cracovia y la de Lemberg fueron polonizadas. En 1871, el emperador nombra un ministro para los Asuntos polacos; la competencia de la Dieta polaca se amplía. Uno de los presidentes del Consejo de Austria, el conde Kazimierz Badini, era polaco; en la persona del conde Goluchowski la monarquía acoge a un polaco como ministro de Asuntos Exteriores y únicamente los checos y los húngaros sobrepasaban a los polacos en número en los más altos puestos diplomáticos y administrativos.

Todas esas concesiones tuvieron por efecto que en el Reichsrat los diputados polacos votaran sistemáticamente con la mayoría austroalemana, al menos hasta 1907, fecha en la que el sufragio universal fue adoptado para la Cisleithania (los países de Austria a excepción de Hungría). Desde entonces, los diputados socialistas y agrarios ganan terreno a expensas de los nobles y conservadores progubernamentales. En Polonia, los demócratas polacos y los demócratas progresistas hacen la competencia a los conservadores (Partido de la derecha nacional). En 1904 se crea el Partido Nacional Demócrata, que, en unión con los Nacional Demócratas de la Polonia rusa, tenía una orientación antiaustríaca. La izquierda polaca se organiza en el P.O.S.T. (partido socialdemócrata

polaco) de Galitzia y de Silesia, sección del partido socialdemócrata austríaco, y el partido socialista nacional, muy antirruso, favorable a la alianza con Austria, así como el partido popular (agrario), cuyo radicalismo se movilizaba contra la gran propiedad y el capital financiero polaco más bien que contra Austria.

A semejanza de los húngaros, los polacos conocían conflictos con sus minorías nacionales: en primer lugar con los rutenos, a los que les negaban obstinadamente la igualdad de los derechos cívicos y a los que intentaron polonizar indirectamente por medio de la enseñanza [106], después con los checos y los alemanes, a quienes negaron sus derechos en la región de Teschen.

Antes de 1914, ningún programa concreto de independencia vio la luz en Polonia. Hasta los más independentistas consideraban a Austria como un aliado contra el enemigo principal, Rusia. Aquello era una promesa de éxito para la diplomacia austríaca, que se había fijado como objetivo unir definitivamente Galitzia a Austria y hacer de los polacos sus aliados contra los rusos. En Viena, se pensaba incluso en la restauración de una Polonia independiente. Sin embargo, en ese punto, la política austríaca tropezaba con una fuerte oposición de Alemania. Además, la alianza germano-austriaca y el refuerzo de la influencia de Alemania en la política de Viena no gustaban a los nacionalistas polacos. Cuando, a comienzos de siglo, el gobierno prusiano comienza a tomar medidas muy severas contra los polacos, sus compatriotas de Austria pidieron, sin éxito, a Viena que interviniese. En el momento de la declaración de la guerra, legiones polacas combatían al lado

de las austrohúngaras bajo la dirección del exsocialista polaco, Pilsudski, Los polacos proaustríacos preveían entonces la sustitución del dualismo por un régimen trialista, donde el tercer lugar estaría ocupado por el Estado autónomo polaco, nacido de la unión de Galitzia y de la Polonia rusa. Pero ese proyecto fue rechazado, a la vez, por Berlín y por Budapest. Además, en la Galitzia ocupada por el ejército ruso, y en Varsovia, una corriente proeslava, prorrusa, antiaustríaca y antisemita se desarrollaba bajo la dirección del Partido nacionaldemócrata de Román Dmowski. En los papeles de Stephen Pichon, en los Archivos nacionales franceses, se encuentra una nota que hace referencia a una conversación del embajador Paléologue con el zar Nicolás concerniente a la reconstrucción de Polonia, a la que se le permitía anexionar Posnania y una parte de Silesia, mientras que, al recuperar Galitzia y Bucovina del Norte, Rusia recobraría sus «fronteras naturales hasta los Cárpatos». El cambio brusco de una parte de la opinión polaca tuvo como consecuencia que Galitzia, arrebatada a los rusos, ya no fue tratada por Austria como un país amigo, sino como un territorio conquistado; más tarde, la Polonia rusa, ocupada por las Centrales, fue repartida en dos zonas de ocupación, austríaca y alemana.

En 1916, Alemania toma la iniciativa con un manifiesto anunciando la creación de un reino polaco unificado, autónomo, pero no independiente, sobre los territorios de la Polonia rusa ocupada y de la Polonia prusiana. Sin embargo Francisco José tenía la intención de mantener Galitzia aparte, prometiéndole una amplia autonomía. Esas decisiones decepcionaron amargamente a los nacionalistas polacos. Las tropas de Pilsudski, en adelante sospechosas de traición,

fueron desarmadas. La diplomacia de Carlos I cometió la torpeza de firmar, después de Brest-Litovsk, con la nueva república (efímera) de Ucrania, un tratado cediéndole una parte de la región de Lublin y la parte ucraniana de Galitzia. (En el fondo, las posesiones que los polacos tuvieron que ceder a Stalin en 1945). Desde entonces, los polacos se volvieron contra Austria e hicieron causa común con los checos participando, especialmente, en el congreso de los pueblos oprimidos, organizado en Roma en abril de 1918. En octubre del mismo año, Cracovia y Galitzia occidental se separaron de Austria y, en noviembre, el Estado polaco independiente fue restaurado con la bendición de la Entente. Englobaba, esa vez, Galitzia y la Silesia de Teschen. No obstante, los ciento cuarenta y dos años de simbiosis entre Galitzia y Austria habían dejado huellas profundas en la mentalidad de los polacos de aquella región, en su vida política y cultural. En ese último plano, Cracovia, con su universidad modernizada, su academia de bellas artes, sus numerosos edificios que datan de la época austríaca, puede ser considerada como formando parte todavía del área cultural de la Mitteleuropa [107].

La asimilación de los judíos y el antisemitismo

En 1848, los judíos combatieron, en Viena, en las barricadas levantadas por los revolucionarios austríacos, a fin de derribar el absolutismo de Metternich [108]. Al mismo tiempo, en Pest, los judíos se habían mezclado, el 15 de marzo, a la muchedumbre de jóvenes nobles y burgueses, que, en los jardines del Museo Nacional, escuchaban con entusiasmo la llamada a la revolución del poeta Petöfi: «¡Arriba los magiares!». Los judíos se precipitaron para

inscribirse en la Guardia nacional, de donde, después de algunas vacilaciones, los buenos burgueses, en su mayoría suabos, y los compañeros de las corporaciones los expulsaron. Esa acogida poco amistosa, pero que estaba contrapesada por las declaraciones filosemitas de Petöfi y sus amigos, no impide a millares de judíos enrolarse como voluntarios en el ejército nacional en formación. La participación de los judíos en el movimiento nacional fue resaltada por el palatino, que, encerrado en su palacio de Buda, minimiza primeramente la gran manifestación patriótica de Pest, dando a saber a Viena que «sólo son unos cuantos "Judenburschen" que arman jaleo». Lo más notable, es que, en 1848, ni en Austria ni en Hungría, los judíos aún no estaban completamente emancipados. Fue necesario que esperaran a 1867, al compromiso austrohúngaro y la transición del absolutismo a un régimen constitucional liberal para acceder a la igualdad de los derechos cívicos. Lo que hizo tan difícil la regulación del estatuto de los judíos fue que ellos no eran súbditos como los de otras minorías. La diferencia con relación a las etnias entre las que vivían no se explicaba únicamente por el hecho de que, en el seno de las sociedades cristianas, ellos fuesen no-cristianos, que su fe negara incluso los dogmas de base del cristianismo. No encontraba tampoco su fundamento en los ritos arcaicos que observaban ni en la lengua de su libro sagrado. Lo que le confería un carácter aparte era su condición diaspórica. Al contrario de la casi totalidad de los pueblos de la monarquía, con la excepción, quizás, de los armenios y los gitanos nómadas, eran a la vez una etnia y una no-etnia. Una etnia, en el sentido de que su especificidad estaba determinada no solamente por la religión (como, en

los serbios, por la ortodoxia y, en los polacos, por el catolicismo), sino todavía por recuerdos y tradiciones históricas y políticas metanacionales. Antes de la caída del Imperio Romano, los judíos, en tanto que pueblo que había elegido un Dios entre todos los otros, poseían un Estado, un reino, cuya memoria, conservada por la Biblia y las fiestas, los unían más allá de las fronteras. Una no-etnia, pues, dispersados entre todas las naciones del mundo, sólo teniendo patria en la fe, viviendo aislados en pequeñas comunidades, hablaban por todas partes una lengua diferente de la de su entorno: el hebreo o el arameo, el ladino o el judeo-alemán (*yiddish*). Esas particularidades los señalaban como las víctimas naturales de las formas más diversas adquiridas por la xenofobia, que, como se sabe, es una de las expresiones más fuertes de la agresividad humana y se ejerce preferentemente contra las minorías sin defensa.

Las dos grandes religiones surgidas del judaísmo, el cristianismo y el islam, heredaron de él la pretensión de la verdad única. Convertidas en mayoritarias, tenían buenas razones espirituales para perseguir a los de otro modo creyentes, colocarlos ante el dilema: convertirse a la única verdad o sobrevivir penosamente en una constante discriminación, incluso morir. En efecto, los judíos no tenían el monopolio de esa situación. Así, por citar solo un ejemplo, cuando los musulmanes comenzaron a replegarse de España y de Italia, los que de entre ellos intentaron permanecer fueron colocados ante la misma alternativa: convertirse o perecer (o partir). La fe, que parece engendrar la intolerancia, hizo, enseguida, muchas otras víctimas: los diversos heréticos, albigenses, valdenses, cátaros, protestantes. Pero el

antisemitismo —por el hecho de la resistencia obstinada del pueblo judío— se enraíza profundamente en la civilización judeocristiana. La fuerza del antisemitismo se puede ver claramente en el hecho de que en tanto que ideología de un pueblo que durante mucho tiempo y de buen corazón la ha practicado sobrevive en Polonia después incluso de que las autoridades comunistas hubiesen llevado hasta el fin la «solución final», dejada inacabada por los nazis, al hacer de su país un país «judenfrei» [109].

Sin duda la ambigüedad inherente a la judeidad —a la vez tradición religiosa y etnia dispersada— explica que su encuentro con las ideas racionalistas y humanistas del siglo de las Luces se exprese en un doble plano. Sin duda la ideología de las Luces no estaba exenta de equívocos. Se proclamaba a favor de la *tolerancia* erasmiana contra toda clase de fanatismo, afirmaba su repugnancia hacia las discriminaciones y las injusticias, inspirando así las primeras medidas con vista a la emancipación de los «de otro modo» creyentes (1781-1782) y poniendo fin a las formas más humillantes de la segregación que golpeaba a los judíos y los protestantes. Pero su racionalismo engendraba paradójicamente una forma de sectarismo, porque era *fanáticamente* antitradicionalista y confundía espíritu religioso y oscurantismo. A ojos de un espíritu ilustrado como Voltaire, a los de un déspota ilustrado como José II, el judío, atado a sus arcaísmos, negándose incluso a aceptar los signos exteriores, alimentarios, indumentarios del *homo rationalis*, aparecía como el vestigio de un pasado superado y despreciable. Así, la causa o el pretexto de la hostilidad, del desprecio, podían haber cambiado, pero el antagonismo y el

interior permanecían. El medio más evidente para desembarazarse de ello era adaptarse a lo que se había sustituido como elemento central en la vida de las sociedades cristianas por el hecho religioso: la cultura moderna, racional, científica, universalista. Los judíos podrían integrarse en la sociedad que les abría sus puertas, a condición de que hablen la lengua, adopten el modo de vida, compartan las ideas de su medio nacional.

Ahora bien, a partir de finales del siglo XVIII, una gran parte de los judíos de la Europa del Centro-Oeste (Austria, Bohemia-Moravia, Hungría) optan por esa vía de asimilación, que también fue adoptada por los alemanes, mientras que la mayoría de los judíos de la Europa del Centro-Este (Galitzia, Bucovina), que vivían en comunidades más compactas, comparables a otras minorías nacionales, permanecían atados a su lengua y a su modo de vida. Los primeros se convirtieron o sólo guardaron de su judeidad lo que era puramente formal, tan conciliable con la integración en la sociedad moderna como las prácticas de las otras religiones. Renunciando a la apelación de «judíos», preferían decirse de «confesión israelita» o «ciudadanos de origen judío o israelita». En compensación, los segundos conservaron sus características indumentarias (caftán, papillotes, solideo, etc.) y el uso del *yiddish*, al menos en familia, lo que permitía distinguirles en tanto que grupo a pesar de todo extraño y los exponía más fácilmente a los argumentos clásicos de la xenofobia antisemita. Al mismo tiempo, el tradicionalismo de esas comunidades tenía la ventaja de beneficiar a sus fieles con un cierto estatuto de autonomía, parecido al que incluso las sociedades medievales habían concedido a los guetos. Así,

Biehl ha observado como una curiosidad que, incluso después de la emancipación, veintisiete comunidades judías de Moravia prefirieron conservar su estatuto de comunidad gozando de una autonomía interna, situación heredada de la estructura pluralista del feudalismo que excluía la igualdad, pero, en sus buenos momentos, admitía una coexistencia pacífica entre la cristiandad, dominante, y los judíos, un tipo de organización que recordaba a los *millets* [110] del Imperio otomano [111].

La emancipación de los judíos tuvo además muchos rasgos en común con la abolición, casi simultánea, del servilismo en la monarquía. Marca el fin de un largo proceso de liberalización. Éste había comenzado con el decreto imperial del 12 de abril de 1848, concediendo a los judíos el libre ejercicio de su culto, seguido por la Constitución del 26 de abril, que les aseguraba la igualdad ante la ley y les permitía el acceso a numerosas profesiones y oficios hasta entonces prohibidos. Decretos complementarios fueron sin embargo necesarios para anular, una por una, las medidas discriminatorias de las que habían sido objeto los judíos, y que variaban según las diversas regiones de la monarquía. Por ejemplo, en Dalmacia, les había sido prohibido tener domésticos, empleados o aprendices cristianos; además, no tenían derecho a ser testigos ante la justicia. En otras provincias, les era imposible acceder a las profesiones de farmacéuticos, de molineros, o cerveceros, establecerse en las ciudades mineras o adquirir bienes inmuebles. Como los siervos, estaban obligados a pagar tasas especiales para obtener la autorización de casarse.

Poco a poco, a pesar de la resistencia de las autoridades

locales conservadoras, tales discriminaciones fueron abolidas. Pero la autoridad emancipadora no tenía en cuenta la diversidad de las opciones judías; los judíos estaban emancipados, reconocidos como ciudadanos iguales en derecho, su religión estaba legalizada pero, aunque hubiesen optado o no por la asimilación, no se los reconocía como una etnia, una nacionalidad provista de los derechos pertenecientes a ese estatuto.

Ahora bien, como hemos señalado en los capítulos precedentes, el despertar de los sentimientos patrióticos, la toma de conciencia nacional fueron consecuencias no menos importantes de las Luces como la proclamación de los derechos del hombre y la emancipación de los discriminados. Esas ideas se expandieron por los países de la monarquía, donde el antiguo orden estaba fundado no solamente en la jerarquía social, en las desigualdades de los hombres, sino también en la desigualdad entre los pueblos. Igualmente la lucha por las libertades, por la igualdad contra los privilegios aristocráticos se asocia a la lucha contra los privilegios fundados en la pertenencia a una nación dominante, en este caso los *Herrenvolker* alemanes, húngaros y polacos.

Jean-Michel Leclercq escribe que el nacionalismo «es el fruto del fracaso de la transición pacífica del absolutismo al constitucionalismo» [112]. Su tesis es sin duda válida para la monarquía austrohúngara, donde, debido a la prolongación del Antiguo Régimen, el patriotismo liberal se transforma en nacionalismo, es decir, en una ideología que ponía la liberación de la nación por encima de la del hombre. Podemos imaginar que, si la monarquía hubiese seguido sin demasiado retraso la vía de la constitucionalización a la

inglesa o a la americana, el patriotismo hubiera podido adquirir en todas partes la forma liberal y democrática que había adoptado, por ejemplo, en otro Estado multiétnico de Europa, en Suiza. Sin embargo, en la monarquía, las cosas ocurrieron de otra manera. La doble opresión absolutista y nacional da lugar a una ideología nacionalista, que definía al hombre no ya por la naturaleza humana, según el fino hilar de un Rousseau, sino por su pertenencia étnica, sus raíces, y quería organizar el imperio no sobre la base de una constitución universalista, sino sobre la base étnica. De esa manera nacieron, para los judíos de la monarquía, nuevas dificultades, un nuevo antisemitismo vino a reemplazar el antisemitismo religioso, que comenzaba a perder su vigor con los comienzos de la descristianización.

Hemos hablado más arriba de la elección ante la que, en la Edad Media, el judío de Europa había sido colocado por la sociedad cristiana. La alternativa propuesta por los nacionalismos nacientes tenía una estructura similar, pero una naturaleza diferente: asimilación o estatuto —de hecho cuando no de derecho— de minoría étnica. Los judíos de una gran parte de la Europa central-occidental aceptaron la primera solución, tanto mejor en cuanto que el sentimiento religioso —aunque permanecía bastante fuerte en ellos para impedir la conversión y para mantener ciertas tradiciones, como la circuncisión, la barmitsva, la celebración de las fiestas — no era obstáculo para la asimilación cultural y profesional.

El problema no era grave en los países relativamente homogéneos étnicamente como Francia, Gran Bretaña, Italia. La cosa se complica más en la Austria-Hungría multinacional. Cuando José II, como contrapartida a la tolerancia, pide a los

judíos que adopten patronímicos alemanes, nadie hubiera visto en ello una señal de voluntad deliberada de germanización, pues el nacionalismo alemán todavía no existía, y José II —que se carteaba en francés, como Federico II— consideraba el problema lingüístico únicamente bajo un ángulo administrativo. No obstante, en el despertar de la era del principio de las nacionalidades, la asimilación —o enraizamiento— en y por la lengua y la cultura alemana, si parecía no encontrar problemas ni en Austria ni en Alemania, tenía un sentido muy diferente en Bohemia, en Hungría y en Galitzia. Hacía de los judíos que la habían escogido aliados naturales de los alemanes, o austroalemanes, contra los checos, los húngaros, los polacos, etc. Igualmente, los judíos que se asimilaban a la cultura húngara en Eslovaquia, en Transilvania, en Croacia y en Dalmacia, se asimilaban *contra* la mayoría eslovaca, rumana, croata, etc. Lo que les granjea disgustos, sobre todo en el momento en que esos pueblos decidieron separarse de la monarquía.

Sin embargo se hacía necesario que los judíos que optaban por la integración en su medio nacional cambiaran de lengua. Una parte de los de Austria-Hungría había hablado o hablaba aún el *yiddish*, una sublengua alemana en la que se mezclaban elementos de lenguas alemanas (de 70 a 75%), latina, hebraica, armenia y eslava. Un número pequeño de judíos inmigrados del Imperio otomano y la mayoría de los judíos de Bosnia-Herzegovina hablaban el ladino. La emancipación incluía para todos la obligación de definir una de las lenguas nacionales (criterio de la ciudadanía) como su lengua usual, lo que no les impedía hablar entre ellos la lengua maternal, el *yiddish*.

En Bohemia, desde antes de 1848, la mayor parte de los judíos eran bilingües (*hochdeutsch* y *yiddish*); los que habitaban en los campos hablaban checo y se sumaron al nacionalismo checo. Cuando, alrededor de 1900, la nación checa comienza a dominar en las ciudades y alcanza una cierta madurez cultural, una parte de los judíos de Bohemia-Moravia se asimilaron a los checos. Pero todavía en 1910, el 47,4% de los judíos de Bohemia estaban asimilados a la cultura alemana y se orientaban hacia Viena. El problema de los judíos de Galitzia era todavía más complicado. Representando el 10,87% de la población —872.000 judíos, 4.672.500 polacos, 3.200.000 rutenos (ucranianos), 80.000 alemanes— los judíos estaban obligados a elegir —a menos que no hubieran decidido, sobre todo por razones económicas, emigrar a Austria, a Hungría, a los Estados Unidos— entre las lenguas, culturas, y por supuesto nacionalidades, polaca o ucraniana. La mayoría de ellos se decidieron a permanecer en el mismo sitio y hacerse polacos, pues los polacos eran económica y culturalmente más desarrollados, e, incluso aunque tratasen a los judíos con un paternalismo despreciativo (casi como, en la misma época, en Hungría), no los perseguían, como era el caso en la Rusia zarista. En efecto, en el plano jurídico, la situación de los judíos en Galitzia era considerablemente mejor que en el reino polaco emplazado bajo soberanía rusa. Los judíos de Galitzia se beneficiaban, desde 1867-1868, de la igualdad jurídica y del derecho de voto.

Hacia finales de siglo, en Austria, donde —antes de la emancipación— a pocos judíos les era permitido residir, un millón doscientos veinte mil judíos estaban censados en el

conjunto de las provincias hereditarias y en Bohemia-Moravia —ciento treinta mil aproximadamente estaban instalados en Viena. Se sabe que muchos de ellos habían desempeñado un papel importante en el comercio, las finanzas, la prensa, en la universidad, en el teatro, en las profesiones liberales; se sospecha que más de setenta mil judíos de Viena eran pequeños empleados y obreros. A partir de la década de 1860, la situación de los judíos de Austria y de Hungría mejoraba, pero la actitud de las poblaciones hacia ellos dependía de las variaciones de la vida política y económica. Muchos austríacos y húngaros se sentían humillados ante el espectáculo de esos nuevos amigos que se afirmaban inteligencias superiores, más a gusto en la sociedad modernizada, más aptos para beneficiarse de las posibilidades abiertas por el capitalismo, creando industrias y ciencias, fundando diarios de gran tirada, dando lecciones de lingüística y de historia, importando la socialdemocracia y el sindicalismo moderno, buenos húsares, esgrimistas y actores dramáticos de reputación internacional, compositores de operetas populares, etcétera.

En Hungría, la Asamblea nacional revolucionaria, reunida en Szeged en julio de 1849, algunas semanas antes del aplastamiento de la insurrección, había votado y proclamado la igualdad de los derechos de los judíos, pidiéndoles a cambio (sin duda por referencia a las pretendidas reglas anticristianas y antimorales del Talmud) «hacer públicos, e incluso reformar los dogmas de su fe». Esa ley de emancipación, a la que el emperador-rey le niega su firma, igual que las otras leyes votadas por la Asamblea insurreccional, no entra oficialmente en vigor hasta después

del compromiso de 1867, pero, en realidad, fue aplicada incluso durante la era Bach. Impresionados por la resistencia pasiva que oponían los patriotas húngaros a los Habsburgo, una buena parte de los judíos residentes en el país —arrastrando con ellos a sus numerosos correligionarios inmigrados de Austria, de Bohemia y de Moravia— pasan de la lealtad hacia los Habsburgo protectores a una asimilación acelerada a la lengua y a la cultura húngaras. A semejanza de los judíos austríacos y alemanes, dominados por la ilusión de que la asimilación lingüística y cultural bastaría para que fueran integrados en la mayoría cristiana, la mayoría de los judíos húngaros adoptaron una liturgia «reformada», menos rigurosa que los ritos ortodoxos, y construyeron cantidad de lujosas sinagogas en las que hicieron su aparición los órganos, y donde, al lado de las oraciones y de la lectura de la Thora (Antiguo Testamento) en hebreo, le fue hecho un sitio a los sermones y a los cantos húngaros. Sin embargo, el episcopado católico se mostraba poco favorable a la emancipación del «pueblo deicida», como era hostil, en general, al curso liberal que la favorecía. Sus representantes en la Cámara alta se opusieron vigorosamente a la adopción, sobrevenida, después de debates de más de dos años, en 1875, de la *Ley convenida de recepción*, que concedía a la confesión judaica un estatuto de igualdad con las confesiones católica y protestante. En los años ochenta del siglo último, Hungría conoce su *affaire Dreyfus*, el proceso de *Tiszaeszlár*, un caso urdido a partir de un pretendido homicidio ritual y en el que el liberalismo, entonces en favor del Parlamento, consigue una victoria aplastante sobre el oscurantismo. Ese suceso refuerza la tendencia a la asimilación de los judíos, más aún en tanto que

la mayoría liberal de los húngaros reservaba sus rigores para las nacionalidades cada vez más rebeldes y contaba con el apoyo de los judíos magiarizados. Eso les fue largamente concedido. Un número relativamente insignificante de judíos húngaros respondió a las llamadas de su compatriota Theodor Herzl, el fundador del movimiento sionista, en lo que se apartan de sus correligionarios alemanes y austríacos, entre quienes el sionismo hizo muchos adeptos. Efecto demográfico, por una parte, afluencia, por la otra, de una cantidad considerable de judíos de los países vecinos, especialmente de la Galitzia polaco-austríaca, seducidos por el liberalismo y el progreso económico del país: entre 1810 y 1900, el número de judíos húngaros casi se decuplicó [113]. A comienzos de siglo, había alcanzado cerca de un millón sobre una población de trece millones (para la Gran Hungría, antes del desmembramiento de 1918). Los judíos, que el gran poeta Endre Ady calificaba de «pueblo noble y despierto», participan ampliamente en la modernización de Hungría, que, hasta mediados del siglo XIX, era sobre todo un país de grandes propietarios agrícolas, mientras que el comercio y el artesanado estaban asegurados con los inmigrantes alemanes, armenios, griegos, etc. Su contribución se extendió a todos los dominios de la vida pública: industria, finanzas, comercio, ciencia, literatura, prensa, cine, teatro, turismo. La expansión del judaísmo no iba a ocurrir sin provocar fuertes reacciones tanto del lado de la Iglesia católica como de los elementos tradicionalistas de la sociedad húngara, reacciones que aún se nutrían en la importante participación judía en el movimiento progresista, en la fundación del partido socialdemócrata y del sindicalismo. Desde los años 1910, se

asiste a la creación de partidos de tendencia antisemita: Partido popular, Partido agrario, que llevaron su ideología hasta los arsenales del antisemitismo francés (Drumont, Gobineau) y austríaco (Schönerer, Lueger). Pero los Habsburgo protegían a los judíos, y Francisco José no duda en conceder títulos de nobleza —¡hasta el de barón!— a un cierto número de ellos en reconocimiento a su diligente aportación en los ámbitos económico y cultural.

En febrero de 1895, un publicista judío muy conocido, Ignotus (quizá por su colaboración íntima con el conde Andràssy, futuro ministro de Asuntos Exteriores de la monarquía, a quien redactaba los discursos políticos), escribe: «De los judíos, no se habla, los no-judíos todavía hablan menos públicamente, y, sin embargo, la vida política gira, hoy, en Hungría, alrededor de los judíos. Lo que significa contra los judíos. Pues, tras dos mil años, en todas partes se trata de la misma manera a los judíos. Si, a pesar de eso, los judíos no reaccionan, se explica sin duda por el hecho de que ellos ya han atravesado tormentas más peligrosas y que no pueden considerar a sus enemigos como justos, y ellos mismos culpables. Y, después de todo, está bien ser orgulloso para hacer frente a tanto odio» [114].

Ignotus observa todavía como significativo que a otra minoría, los armenios, que cultivaban apasionadamente —contrariamente a los judíos asimilados— sus tradiciones nacionales y se preocupaban por la suerte de sus hermanos de raza que sufrían el yugo turco, no se los calificaba de antipatriotas ni de apátridas. Dos armenios ocuparon sucesivamente el sillón del ministro de Comercio, en un momento en que la participación de los judíos en el gobierno

era aún considerada como imposible. Debido, en parte, a la influencia de la Iglesia católica, que se ejercía sobre todo sobre los campesinos. La discriminación persistente contra los judíos encontraba, además, su fuente en los motivos de competencia a la vez comercial e intelectual. Así, los escritores y los artistas húngaros más eminentes de comienzos de siglo —el poeta Ady, los músicos Bártok y Kodály, el pintor Károly Kernstock— encontraban su audiencia más entusiasta (y también sus mecenas) entre la *intelligentsia* judía. Lo que llevaba a Ady, originario de Transilvania, a considerar como una condición *sine qua non* de la occidentalización de Hungría «la alianza entre los judíos húngaros civilizados» y los «húngaros no corrompidos, puros, en el sentido transilvano del término».

La Primera Guerra Mundial, y a continuación, la revolución democrática abortada de 1918 y la Comuna de los cien días de 1919, en las que los judíos liberales, radicales o socialistas participan en una medida juzgada desproporcionada por la contrarevolución victoriosa, provocaron una llamarada de antisemitismo, e incluso de terrorismo, que comunistas, socialistas y judíos sufrieron por igual. La Iglesia católica, asociándose a la extrema derecha, contribuirá entonces a amalgamar antisemitismo y anticomunismo. Sin embargo, los judíos eran indispensables para poner en orden la economía del país mutilado y los antisemitas debieron contentarse con imponer un *numerus clausus* a las universidades, reduciendo a un 6% la tasa de jóvenes de confesión israelita admisibles en la enseñanza superior. Esa restricción, aunque no les concerniese a los judíos convertidos, se vuelve contra Hungría, pues tuvo como

consecuencia la emigración —sobre todo hacia los Estados Unidos— de un gran número de cerebros cuya contribución al desarrollo de la economía, de las ciencias e incluso del cine americano será muy considerable.

Hablar a continuación de los años 1939 a 1944, en el curso de los cuales el antisemitismo, hasta entonces rechazado o verbal pasa a la acción bajo la influencia, la presión y la protección de los nazis, sobrepasa el ámbito de este libro.

XI. LOS DOS ROSTROS DE VIENA

Después de 1860, Viena se presentaba como la capital liberal del imperio: se liberalizaba a ojos vistas: intentaba resolver, con medidas liberales, los complejos problemas de la multinacionalidad; el Partido de la Constitución dominaba en el Reichstag; la prensa era liberal; las leyes del mercado y del librecambio regían la economía.

En los capítulos precedentes hemos evocado esencialmente las fuerzas real o potencialmente centrífugas de la monarquía y relativamente se dijo poco de las fuerzas de cohesión: prestigio de la corte, disciplina del ejército, buena organización (todo es relativo) de la administración, lealtad de los campesinos que se sentían protegidos por el Estado contra los señores, el interés común de una gran parte de la población en defenderse contra los empujes del paneslavismo o del pangermanismo. Ante todo, el hecho de constituir un gran espacio económico, una especie de mercado común centroeuropeo —hecho al que, fuera de los capitalistas, que eran los más interesados, los socialistas no eran insensibles— tuvo una importancia primordial. Con sus cincuenta millones de habitantes, Austria-Hungría representaba el mayor mercado europeo, después de Rusia y de Alemania.

El imperio de los Habsburgo, lejos de declinar, como afirmaban algunos profetas de mal agüero, conoció, después de 1848, «un rápido crecimiento de las fuerzas productivas, lo que sólo podía ser posible porque el antiguo régimen había

dejado de existir». Lo que era indiscutible para la Hungría posrevolucionaria lo era todavía más para Bohemia, que no había tenido su revolución política. La metrópoli en plena construcción y floración cultural que era Viena hubiese sido inimaginable sin el desarrollo dinámico (aunque desigual) de todas las partes del imperio, cuyas fuerzas vivas convergían hacia la capital.

Se pueden distinguir dos periodos de crecimiento acelerado en ese desarrollo: el primero, de 1867 a 1873; el segundo, de 1900 a 1914. *Todos los estudios están de acuerdo en constatar que en vísperas de la guerra Austria constituía un conjunto económico viable*. Además, desde finales del siglo XVIII, la economía monetaria había comenzado a desarrollarse, a batir en brecha a las estructuras feudales. Hacia mediados del siglo XIX, los progresos del sistema de comunicación extendían las posibilidades de crecimiento desde Bohemia y Austria hasta los Cárpatos del Sudeste. Es verdad que al mismo tiempo la fosa se agrandaba entre las zonas occidentales, más desarrolladas, y las orientales, en curso de desarrollo, de la monarquía.

Como en cualquier otra parte, en esa Europa que era todavía el centro del mundo, los progresos técnicos permitían la disminución de los gastos de producción y hacían la industria más competitiva. En esa época se crearon las grandes empresas. La «mano invisible» del mercado aumenta la eficacia de las inversiones. Así la monarquía participa en el milagro económico europeo de fin de siglo. Entre 1830 y 1870, el producto nacional bruto per cápita creció un 0,5% al año, situando a la monarquía al mismo nivel que Suecia y Rusia, aunque siguiera atrasada comparada con Francia,

Bélgica, Alemania y Gran Bretaña. Sin embargo, en los años 1900-1913, el crecimiento fue de 1,14. Austria-Hungría había alcanzado por consiguiente el nivel de Alemania, de Suecia y Dinamarca. En las regiones occidentales, el crecimiento fue de 1,46% y, hacia 1913, Austria había alcanzado a Francia. La producción agrícola en Hungría había dado un salto: 1,5% y la producción industrial per cápita había aumentado en un 3%, por supuesto más rápidamente que en Austria (1,5%). Así el atraso de las regiones del Este con relación al Oeste disminuye entre 1870 y 1913. Sin embargo aún existían aspectos sombríos. Los austríacos no habían brillado nunca por su espíritu de iniciativa, y los bancos no cumplían la función de empresarios que tenían en los países occidentales. La monarquía era bastante rica en materias primas, pero como apenas se había interesado en su comercio exterior, su competitividad era débil. La relativa dificultad de la promoción por medio de la economía parece haber desviado —sobre todo en los judíos— las energías hacia la vida cultural, que, como bien lo ha observado Schornke, tenía un estatuto social tradicionalmente elevado.

Cuando, hacia la década de 1890, el liberalismo fue derrotado en Austria, la joven élite vienesa se refugia en el arte (como en Francia, tras el fracaso de la II República). Así, paradójicamente, *gracias al endurecimiento político se consigue la expansión de la cultura austrohúngara*, de una tonalidad melancólica, e incluso pesimista, donde se ha querido ver como un presentimiento del declive, que prefiguraba al de Europa, cuando reflejaba más bien los trastornos de identidad propios a las sociedades en transformación.

Sin duda, en Austria, los dirigentes económicos subestimaron la dinámica del progreso y la necesidad de reformas institucionales para un crecimiento continuo. Los intercambios entre la industria y la universidad se operaban de una manera poco satisfactoria. Sin embargo sería ridículo, a semejanza de ciertos historiadores, atribuir la disgregación de la monarquía a su fracaso económico. Lo contrario es verdad. Fue precisamente el éxito económico, la rapidez del desarrollo industrial, comercial y cultural los que crearon problemas para la superestructura institucional, más bien arcaica, del país. El dinamismo de las fuerzas productivas, asociado a una extraordinaria libertad de prensa y crítica, sacude los fundamentos mismos de las instituciones autocráticas; agrava los conflictos entre los triunfadores y los frustrados. El capitalismo engendra la lucha de las clases, como en todas partes donde se había introducido; *la industrialización desestabiliza la sociedad*. Austria no fue la única en este caso, toda la historia contemporánea es testigo. Sin embargo, en conjunto, todos los países de la monarquía se beneficiaron de las salidas que ofrecía su unidad en la diversidad. A la vista de la situación en que se halla la mayoría de los países surgidos del desmembramiento de esa unidad, se puede decir que la monarquía, a pesar de sus taras (especialmente, la demasiado larga persistencia de los latifundios), había instaurado un sistema económico aproximativamente equilibrado.

Tampoco los conflictos nacionales habían cerrado la puerta de Viena a los espíritus de élite y a los obreros que afluían de las cuatro esquinas del imperio, haciendo de la capital un nuevo centro para ese supranacionalismo que parecía

trasnochado en la Europa de los Estados-naciones. Austria se había convertido en el país del que el príncipe Czartorisky podía decir que era un «foco de libertad contra la barbarie rusa y el militarismo prusiano».

En Francia, se oye a menudo el dicho: «París no es Francia». La élite intelectual concentrada en Viena quizá se había forjado ilusiones pensando que Viena era Austria. Sin embargo, el «mito habsburgués» del que habla Magris [115] a propósito de las obras nostálgicas de posguerra de Werfel, Roth, Zweig, Csokor, Musil, Doderer, Broch, Halenia, Altenberg, etc., no fue fabricado «después del golpe», al interpretar los verdaderos valores como la idealización fabulosa de un mundo desaparecido. Si la nostalgia está efectivamente presente en las obras austríacas, el mito que expresan era real, sus creadores lo habían vivido. Hubo realmente un tiempo en Viena «donde el individuo valía más que su nacionalidad, donde la monarquía podía ser una patria y hubiera podido ser un modelo microcósmico del gran mundo del futuro». En el momento en que escribo estas líneas, se rehabilita poco a poco a esa Viena de la década de 1900, después de más de medio siglo de desprecio y desfiguración. Redescubrimos un progreso cultural que parece hoy como una prefiguración no del declive de nuestra civilización, sino de una Europa unida; no el anuncio de su parcelamiento, consecuencia de una guerra absurda, provocada, en 1914, por una Alemania que se había hecho megalómana, sino el indicio precursor de la unidad metanacional.

Otro prejuicio muy extendido opone la superproducción cultural de Viena, ilustrada por los nombres de Strauss,

Schönberg, Berg, Mahler, Musil, Broch, Schnitzler, Hofmannsthal, Zweig, Lernet-Halenia, Freud, Wittgenstein, Popper, etc. —por no hablar de los pintores y arquitectos de vanguardia— al orgulloso inmovilismo político del imperio aristoburocrático. Tal contradicción era válida en la Viena de Beethoven, de Haydn, de Mozart, en tiempos en que la cultura se alimentaba del mecenazgo de la corte, de los castillos y palacios, pero no en la Viena que, de 1860 a 1914, se arroja en la revolución industrial. El tiempo de la hostilidad de Francisco José hacia la modernización económica había acabado. Se sabe que, apegado a la civilización de los simones y las diligencias, el emperador se niega en principio a subir a un tren. Sin embargo, con algunos años de retraso sobre Occidente, con el consentimiento del emperador sus países emprenden su epopeya del progreso económico —red extensa de ferrocarriles, industrias mecánicas, eléctricas, de armamento, etc.— estando Bohemia-Moravia a la cabeza del movimiento. Viena, que conservaba su preeminencia financiera y administrativa, atrajo a decenas de miles de checos, de polacos, de húngaros, de eslovacos y judíos. Reagrupaba, en 1890, un millón trescientos mil habitantes, dos millones en 1910, y contaba, en 1913, con una treintena de grandes fábricas que empleaba cada una a más de mil obreros. De temperamento profundamente conservador, Francisco José firma una Constitución que, a pesar de sus limitaciones y restricciones —que se corrigen en parte con la introducción del sufragio universal en 1907— era una de las más liberales de Europa. Sólo un odio irracional podía inspirar al checo Beneš, cuando escribía, después de un viaje efectuado a París, Londres y Berlín: «Regreso del extranjero

más profundamente hostil a nuestro régimen político y social. Comparada con Inglaterra, con Francia, con la Europa occidental en general, Austria-Hungría me parece como el prototipo del estado reaccionario aristoburocrático y policiaco…». El húngaro Ady regresa, también, de una estancia en París, humillado por el atraso de su país y animado de un sentimiento de hostilidad hacia el *establishment* nobiliario retrógrado; no obstante, de su experiencia, saca la conclusión de la necesidad de luchar por una reforma social y política.

Dicho esto, después de haber superado la bancarrota financiera de 1873, la primera crisis del capitalismo, seguida de una epidemia de cólera, Viena (imagen de toda la monarquía) se convierte en una ciudad con dos rostros: la Viena casi provinciana, pequeñoburguesa, tradicionalista, artesanal, anticapitalista, con su Paseo sobre el Ring hormigueante de «Süsse Mádel» (expresión inventada por Arthur Schnitzler) y de oficiales dragadores, y la ciudad de los obreros, ingenieros, empleados, intelectuales, artistas, donde se hablaban una veintena de lenguas y que, a los grandiosos desfiles militares organizados para celebrar el jubileo del monarca, oponía también grandiosas manifestaciones obreras, el 10 de mayo. La capital de Austria-Hungría alcanza el rango de quinta ciudad moderna del mundo, después de Londres, Nueva York, París y Berlín.

Por supuesto, en ese dinamismo alimentado de tensiones entre un pasado siempre vivo y un futuro en gestación, en la transformación de una ciudad casi provinciana en una ciudad cosmopolita hay que buscar la fuente del «milagro» de la cultura vienesa. Esa «belle époque» que Stefan Zweig

describirá más tarde como un paraíso perdido, Budapest, Praga, Zagreb, Liubliana, Cracovia la habían vivido al mismo tiempo que Viena. No todo era ilusión, amenazada por malos presentimientos, en aquella paz de cuarenta años. Las ciudades se extienden y sanean, se edifican teatros, museos, bibliotecas universitarias; la vida cotidiana se hace más confortable, los deportes se generalizan y la vida sexual se desembaraza de múltiples inhibiciones. La famosa «Wiener Schlamperei», la laxitud, el abandono a la frivolidad, al escepticismo no habían desaparecido en absoluto, pero millones de personas creyeron entrar en un mundo nuevo, de progreso irreversible. Rodin, uno de los primeros franceses en apreciar al pintor Klimt, ama Viena y anima a sus artistas mal comprendidos por la muchedumbre: «El público necesita tiempo para comprender el camino anticipado por los artistas —escribía— pero el vencedor es siempre el genio. No conozco lugar fuera de Viena, ni grupos de artistas que se hayan consagrado con una lucidez tan profética a los problemas difíciles, a riesgo de ser incomprendidos». Si hubiese conocido la vida cultural de Budapest, con sus poetas Ady, Babits, Kosztolányi, Árpád Tóth, Milán Füst, sus novelistas como Krúdy, Móricz, Margit Kaffka, sus artistas de vanguardia formados por Kernstock, sus músicos Léo Weiner, Béla Bártok y Zoltán Kodály, sus sociólogos Oszcar Jászi, Ervin Szabó, Robert Braun, que rivalizaron con sus compañeros de Viena, habría podido expresarse con el mismo entusiasmo.

La «belle époque» no era un puro mito; era el «declive», tema de moda entre los escritores y artistas de la época, no solamente en Austria, sino también en Francia. ¿No habló

Renan de la «dulce agonía» de Francia? El hecho de que las Casandras hubiesen tenido razón no prueba nada; ¿no han existido siempre buenas razones, en el transcurso de la historia humana, para prevenir lo peor? Antes de que Spengler hubiera teorizado sobre la decadencia de Occidente, ya se disertaba sobre ello en los cafés de Viena y Budapest donde se leía a Ibsen, Strindberg, Kierkegaard, Nietzsche y Dostoievski; había materia para criticar las desigualdades, las injusticias, los reveses del progreso, para debatir los conflictos que amenazaban al imperio y la paz. Sin embargo Montaigne no tenía razón, cuando, al hablar del destino de los Estados, escribía: «*Todo lo que oscila no cae. La estructura de un cuerpo tan grande no se mantiene únicamente por un clavo. Perdura incluso por su antigüedad, como los viejos edificios a los que el tiempo les ha arrancado el sostén sin corteza ni argamasa, y que sin embargo viven y se sostienen con su propio peso*». Montaigne no era el único que no pudo imaginar que pudiese desmembrarse un gran y viejo Estado simplemente porque «oscilaba». Los vieneses de 1900 no podían imaginar que su ciudad decayese hasta el punto de convertirse en una capital provinciana. La Viena de 1900 quizá no era la capital de la felicidad, pero era una ciudad donde, como en toda la monarquía, la esperanza estaba en el aire. Los profetas de mal agüero quisieron hacer de ella la capital de la desesperación. Y eso ocurrió cuando, tras la guerra de 1914, los suicidas fueron allí más numerosos que en cualquier otra parte; la nostalgia se instala allí permanentemente a través de una literatura de la desesperación. «Dejando aparte a Budapest hacia 1930 […] ninguna ciudad se vio acometida por semejante epidemia de suicidas». Pero eso ocurrió después de 1918, tras el triunfo del

principio de las nacionalidades, después del desmembramiento.

Entre los promotores de la cultura vienesa, igual que en Budapest, Praga, Cracovia, personalidades de origen judío, pero en su gran mayoría desjudaizadas cuando no convertidas, figuraban en gran número. Contribuyeron a la especificidad de la cultura austríaca, que se lanza con algún retraso detrás de Grillparzer y Hebbel. La contribución de los austrojudíos fue tan contradictoria como múltiple. Va desde la creación de la prensa de Boulevard a las revistas ultracríticas, como la de Karl Kraus, *Die Fackel*, que fustigaba a esa misma prensa, la venalidad de sus periodistas y, con la misma intransigencia, la corrupción de la magistratura, la altivez de los oficiales y el servilismo del gobierno respecto de Berlín. Se importa de Francia a Manet, Renoir, Degas, Toulouse-Lautrec, Cézanne, Van Gogh, antes incluso de que sus países los hubiesen apreciado, al mismo tiempo que las obras de la escuela de Múnich. Se descubre la joven cultura americana, y los arquitectos de Viena preparan el camino hacia la Bauhaus. Algunos escritores judíos, como Otto Weininger, impulsan la asimilación hasta desarrollar una filosofía antisemita comparable a la del joven Marx y más virulenta que la de los profesionales del antisemitismo cristiano.

El fin de siglo vio el apogeo de Viena, ilustrado por una exposición monumental de su producción industrial, artesanal, alimentaria. La exposición registra dos millones y medio de visitantes. Mientras que un grandioso desfile, a cuya cabeza caracoleaba el archiduque Francisco Fernando, el delfín, señalaba el aniversario del emperador.

Sin embargo, detrás de esa fastuosa fachada, la vida política ofrecía un espectáculo poco divertido. De hecho, los liberales, campeones del estado centralizado representaban una capa más bien escasa de la población compuesta por algunos aristócratas y nobles, por la alta burguesía, por los financieros, por los representantes de la élite modernista. La gran mayoría de los austroalemanes, y especialmente el campesinado (33% de la población), una parte de la pequeña nobleza, la pequeña burguesía de las grandes ciudades, y la burguesía de las pequeñas ciudades habían permanecido bajo la influencia clerical y conservadora. Pues los alemanes conservadores, particularistas —es decir, antivieneses— reprobaban el modernismo de Viena que ofendía sus tradiciones. A comienzos de la era industrial, los conservadores se mostraban más «local-patriotas» que nacionalistas. Para defender la autonomía de sus Länder, estaban dispuestos a aliarse con los eslavos y simpatizaban con los húngaros, que, también —aunque por otras razones—, se oponían al centralismo.

Los austroalemanes y los húngaros discutieron durante mucho tiempo, después del compromiso de 1867 para decidir quién se había beneficiado más [116]. De hecho, el compromiso fue más ventajoso para los húngaros, al menos en un primer momento, pues ellos pudieron desarrollar un Estado centralizado y tener a sus minorías bajo control, mientras que Austria, más liberal y descentralizada, debía afrontar la oposición cada vez más fuerte de los checos, aliados a los eslovenos, que no se resignaban a su «inferiorización». El compromiso constituía una especie de condominio ejercido sobre Austria-Hungría por los

Habsburgo, cada vez más atentos a las particularidades de sus posesiones, y por el Estado nobiliario y unitario húngaro. La asimetría resultante del compromiso, que los austríacos intentaron durante mucho tiempo ratificar, sólo hubiese podido ser corregida si Viena hubiese dado, a través de una Bohemia-Moravia autónoma, reconciliada, un contrapeso a Hungría, lo que le proponía al emperador el primer ministro Belcredi, un federalista convencido. Sin embargo, cediendo a la presión de los húngaros, apoyados por los alemanes del Reich, el emperador provoca la dimisión de Belcredi. La tragedia del liberalismo austríaco se explica por el hecho de que *los liberales consideraban a los federalistas como enemigos jurados del Estado austríaco*. En vez de llegar a un compromiso con los eslavos y desarrollar —a semejanza de Bismarck— una política social para corregir las rebabas de la economía liberal, concentraban sus energías para la lucha contra el clericalismo y el Concordato.

La reacción antiliberal

Ahora bien, los judíos iban a ser quienes pagasen la factura de los errores de los liberales austroalemanes, errores que tuvieron por consecuencia una violenta reacción antiliberal de la mayoría de la población. En efecto, los austrojudíos, aunque sólo fuera por gratitud hacia el régimen liberal que los había emancipado, apoyaban al gobierno liberal; compartían la ilusión de los liberales prodinásticos, que —como dirá Heinrich Srbik [117]— se consideraban capaces, apoyándose en los austroalemanes, «única nación del Estado de la monarquía», de mantener la unidad de la monarquía. Su obstinación centralizadora no fue la única causa de la derrota de los liberales. Las dificultades económicas, inevitables en el

momento de la transición a la economía de mercado, contribuyeron a desacreditar al liberalismo y a hacer el lecho de la demagogia antiparlamentaria, anticapitalista, que adopta rápidamente un perfil antisemita, que se basaba en el papel desempeñado por los judíos en las altas finanzas, en el comercio al por mayor y en la gran industria. Y la ascensión del nacionalismo alemán, e incluso pangermánico, en Austria, provoca la ascensión del *nacionalismo antiaustríaco* en Bohemia-Moravia, en Eslovenia, etc. Como dijo Biehl, «*la pertenencia a una nación se convierte en factor de la competencia económica*». La monarquía prodigaba eslóganes: «Compre alemán», «Compre checo», «Compre esloveno». Hubiera sido extraordinario que esa propaganda nacionalista en materia económica exceptuase a los judíos, aunque asimilados, aunque convertidos, y los agitadores hubieran proclamado rápidamente que estos últimos no eran «como todo el mundo». Además, los judíos eran liberales, y por ello centralistas; ocupaban muchos puestos no solamente en el comercio, sino también en las profesiones liberales —abogados, médicos— así como entre los profesores, los periodistas, etc. Hay que señalar sin embargo que, —en una primera etapa— el despertar del nacionalismo alemán, del que formaba parte el temor a ser desbordado por los eslavos, no había revestido en seguida ni únicamente un aspecto antisemita. Así una asociación importante como la Asociación de la escuela alemana, «Deutscher Schulverein», que se había fijado como objetivo la defensa de la lengua alemana en Bohemia-Moravia, en Tirol y Galitzia, discute durante trece años sobre la oportunidad de admitir, o no, a los austrojudíos.

De los nuevos partidos austríacos que se levantaban contra los liberales, el más dinámico fue el Partido nacional alemán de Schönerer. Fascinado por el Reich de Bismarck, oponía el ideal pangermánico al Estado austríaco. El primer programa de Schönerer no comprendía ningún pasaje antisemita, pero, tres años más tarde, añade un artículo reclamando la exclusión de la influencia judía de la vida política. Según Biehl, «aquel hombre autoritario, que no toleraba las críticas, reacciona así contra los ataques de la prensa liberal, que se encontraba en manos judías». El caso es que el «antisemitismo racista» parecía inmediatamente rentable en el plano electoral, especialmente entre los alemanes de los Sudetes. Numerosas asociaciones, como el Club alemán o ciertas corporaciones estudiantiles, cerraron sus puertas a los judíos, a pesar de las protestas de algunos de sus miembros que veían en esa exclusión el debilitamiento de las posiciones austroalemanas. Sin embargo Schónerer, pangermanista al cien por cien, preconizaba el Anschluss para Alemania lanzando el eslogan «Los von Österreich».

Por su extremismo antidinástico, Schönerer se enfrentó, no obstante, a las masas, que se unieron antes al Partido cristiano-social del Dr. Karl Lueger, tribuno populista, defensor ardiente de las pequeñas personas que se sentían agredidas por el capitalismo. Lueger pretendía el municipio de Viena. Lo consiguió tras una larga y enconada lucha en el transcurso de la cual tuvo como principal adversario al viejo emperador, y por apoyo secreto de Francisco Fernando. Igual que el delfín, Lueger veía en los húngaros a los enterradores de la monarquía y contaba con levantar a los eslavos contra Budapest. Cuando se dio cuenta de que esa actitud

perjudicaba su popularidad, pasó a un nacionalismo germánico y a un antiliberalismo extremista, sacrificando así sus convicciones más moderadas. Pues, en el origen, acariciaba el proyecto de crear un partido cristiano-social reformista, y sólo bajo la presión de las masas vira hacia un antiliberalismo antisemita, al mismo tiempo que violentamente antisocialista. Se revela sin embargo como un excelente burgomaestre para Viena y muchas de sus iniciativas en materia de instituciones sociales serán recuperadas y desarrolladas, tras la Primera Guerra Mundial, por el municipio «rojo» [118].

Es interesante observar que tanto el Partido nacional de Schönerer como el Partido cristiano-social de Lueger se declaraban *demócratas*. Pero su concepción de la democracia no tenía nada que ver con el sentido que Tocqueville le da al término: «*Querer vivir no solamente iguales sino libres*». Para Schönerer y Lueger ser demócrata implicaba ante todo ser antiliberal, pues consideraban el liberalismo como un sistema de privilegios aristocráticos y plutocráticos, un sistema de desigualdades. Su democratismo era en realidad un populismo: se reducía al odio violento e inextinguible de los privilegiados. Lo que distinguía a los cristianos-sociales de sus principales oponentes —los socialistas— en la pugna por los votos de los defraudados y de los desheredados, era que las libertades políticas, constitucionales, individuales no les interesaban en absoluto. Sabían mejor *contra qué* y *contra quién* actuaban que *por qué* combatían. La doctrina no era su fuerte. En cuanto a las teorías antisemitas, se habían contentado con importarlas de Francia, donde florecían. Contrariamente a Schönerer, eran monárquicos, Además, en

vísperas de la guerra, por solidaridad con sus amigos de Alemania, los pangermanistas de Austria abandonaron su actitud hostil hacia el Estado dinástico, votaron los créditos militares y fueron más allá en celo patriótico que los clericales.

Abramos aquí un paréntesis acercando la corriente de antisemitismo populista que asegura el éxito de Lueger y de Schönerer, en Viena, y la ola de xenofobia, e incluso de racismo, que atraviesa Francia en la misma época, antes incluso del caso Dreyfus. Los blancos de la primera ola fueron los belgas, los polacos y, ante todo, los italianos, llegados para buscar trabajo en Francia, igual que los galicianos inmigrados a Viena o Budapest. Curiosamente, la xenofobia había adquirido, nos enseña Jean-Nöel Jeanneney [119] un aspecto más violento en Francia que en Austria, donde sobre todo era verbal antes de 1938. En Francia, tierra de asilo, en la Francia de los derechos del hombre, donde el número de extranjeros, en la década de 1880, no superaba el 3%, una treintena de italianos fueron masacrados entre 1881 y 1893, con ocasión de arrebatos violentos dirigidos contra su comunidad. En 1893, en Aigues-Mortes, diez obreros italianos fueron muertos en el transcurso de una riña. La ley Waldeck-Rousseau prohibía a los inmigrados afiliarse a un sindicato, y eso sin que los socialistas, por temor enfrentarse a las masas obreras, hubieran levantado ninguna protesta. Al contrario, Jules Guesde aprueba y erige casi como modelos las acciones violentas que habían cometido en California los obreros americanos contra sus camaradas extranjeros, acusados de «romper» los salarios. Se trataba por tanto de un fenómeno internacional, engendrado por el espíritu de competencia que

acompañaba a la industrialización capitalista no solamente entre la pequeña burguesía sino también entre el proletariado. En vano Jaurès ordenaba a los obreros luchar por la igualdad de los salarios para un trabajo igual, en vez de atacar a sus compañeros que la pobreza había entregado a la explotación vergonzosa de ciertos empresarios.

Los socialdemócratas

Los pangermanistas y los cristiano-sociales de Austria tenían por principal clientela a la burguesía, a la pequeña burguesía así como al campesinado alemanes y se interesaban muy poco en la clase obrera, cuyas aspiraciones fueron recogidas por el Partido socialdemócrata. Éste no tardó en transformarse, también, en partido de masas, apoyándose en los sindicatos, que, como ocurría en Alemania, en Gran Bretaña o en Hungría, lo subvencionaron. Al dirigir sus ataques contra el capitalismo y al situar en el centro de su combate la lucha por las reformas sociales, y, después de 1905 —bajo la infuencia de la Revolución rusa, cuyo resultado fue la elección de la duma— por el sufragio universal, la socialdemocracia austríaca se convirtió en una de las principales fuerzas de cohesión de la monarquía. En efecto, nunca sus dirigentes, incluso los más radicales, consideraron destruir la monarquía, sino más bien federalizarla y democratizarla. El historiador Robert A. Kann tiene perfecta razón en reprochar a los gobiernos austríacos del siglo XX no haber contado, en el momento de reformar el Estado, con los socialdemócratas que, como Karl Renner y Engelberg Pernerstorfer, estaban perfectamente dispuestos a cooperar. Sin considerar, como Guillermo II, a los socialistas como gentes sin patria, los dirigentes austríacos y —sobre todo—

húngaros se negaron a aceptarlos como interlocutores válidos y auxiliares posibles. Es verdad que las cabezas pensantes del austromarxismo estaban tan divididas sobre el problema nacional como los ideólogos de la burguesía. Karl Kautsky, por ejemplo, era más alemán que austríaco, mientras que Victor Adler fue a menudo denunciado como demasiado «negro y amarillo» (los colores austríacos). Otto Bauer desarrolla una idea federalista fundada en la autonomía *personal* (y no colectiva), idea cuyo precursor fue el húngaro Józef Eötvös. Karl Renner, por su parte, era violentamente antipangermanista y preconizaba la federalización como único medio para retener a los eslavos del sur y del este en el marco de la monarquía, que consideraba como una defensa indispensable contra los rusos. Sus tomas de posición federalistas y su lucha por la igualdad de las nacionalidades no impidieron sin embargo a los socialdemócratas austríacos perder la confianza de sus camaradas de Bohemia, que les reprochaban favorecer demasiado el elemento austríaco y no defender con suficiente energía los intereses de la clase obrera checa. También el éxito que los socialdemócratas obtuvieron en el plano de la legislación electoral —introducción, en 1907, del sufragio universal en los países austríacos (Cisleithanie) se vio disminuido por el hecho de que, en el Parlamento elegido en 1911, el Partido socialdemócrata checo estaba representado independientemente del Partido austríaco.

Nunca, sin embargo, la unidad de la socialdemocracia había sido más necesaria. Pues la situación internacional no cesaba de agravarse después de las dos guerras balcánicas de 1912 y 1913, que habían sido seguidas con pasión por los eslavos de la monarquía y habían suscitado una ola de

simpatía paneslava por los serbios. En el transcurso del primer conflicto, la alianza balcánica, compuesta por Bulgaria, Serbia, Grecia y Montenegro, había dirigido sus fuerzas contra Turquía. Albania y Macedonia habían sido liberadas. Sin embargo, durante el segundo, Grecia, Serbia, Montenegro, Rumanía y Turquía se unieron contra Bulgaria, forzándola a abandonar la mayor parte de Macedonia a los griegos. Austria se ingenia entonces, con el concurso de Italia, para impedir el acceso de Serbia al Adriático, creando la Albania independiente. Robert A. Kann probablemente tiene razón al ver en esa acción una grave falta diplomática, pues hubiera sido posible mejorar las relaciones con Serbia, solamente con permitirle conseguir un puerto en el Adriático, y poniendo un plazo a la prohibición de importación de productos agrícolas serbios por la monarquía.

Ésa no fue la opinión del ministro de Asuntos Exteriores, Berchtold, ni la de Conrad von Hötzendorf, ministro de la Guerra. Desde entonces, la socialdemocracia austríaca se concentra —como los otros partidos de la Internacional socialista, o el Partido socialista francés bajo la dirección de Jaurès— en la lucha por la paz, con el pobre resultado que se conoce.

Es importante señalar todavía que los socialdemócratas austríacos fueron de los primeros en tomar conciencia del peligro que los proyectos de expansión pangermanista —camuflados bajo el nombre de *Mitteleuropa*— representaban para la independencia de Austria y para la paz. La Mitteleuropa —tal como la describía el pastor protestante y diputado alemán Fiedrich Naumann en un libro así titulado — preveía la fusión de Alemania y de Austria-Hungría, que, a

través de Rumanía y la Turquía europea y asiática, extenderían su influencia hasta Arabia. Karl Renner se opone enérgicamente a ese plan fantástico, que le parecía tan peligroso como se lo parecía a los medios económicos británicos y franceses. Renner esperaba que la transición al sufragio universal les daría a los diferentes pueblos la posibilidad de autodeterminarse y consolidar suficientemente a Austria-Hungría para que se protegiera contra el expansionismo de su poderosa aliada. Una ilusión suplementaria, pero que no fue en deshonor de Renner ni de su partido [120].

XII. FRANCISCO FERNANDO

Después de la tragedia de Mayerling (1889), que Francisco José sobrelleva con tanto estoicismo como, algunos años más tarde, el asesinato por un estúpido anarquista de su bella esposa, la bávara Isabel, la sucesión al trono volvía, en principio, al hermano del emperador, Carlos Luis, padre de Francisco Fernando. A pesar de su edad y de sus capacidades que estaban lejos de ser brillantes, Carlos Luis se niega a abdicar en favor de su hijo, hasta su muerte, en 1896. Además, las relaciones entre padre e hijo no fueron nunca muy buenas. De hecho, Francisco Fernando fue educado por su tío, el archiduque Alberto, hombre austero e imbuido de una concepción medieval y apostólica de la función monárquica. No oculta su opinión desfavorable sobre Rodolfo, a quien reprochaba haber perjudicado «al principio monárquico y el prestigio de la casa imperial» primero por su vida disoluta y sus amistades en los medios liberales y judíos, después a través de su suicidio. No dejaba de exhortar a su pupilo para que se preparara para la sucesión estudiando el derecho y la historia del Estado, y las raras escapadas del joven Francisco Fernando eran despiadadamente comentadas. «Tú no puedes comportarte como un joven teniente», le escribe un día a su sobrino, proponiéndole como modelo a su tío el emperador, que, «a la edad de dieciocho años, renunció a su juventud y, desde hace cuarenta años sólo vive para su deber». Francisco Fernando sólo tenía entonces veintiséis años, pero su carácter ya estaba formado. Era una

personalidad a la vez autoritaria y sometida a la angustia por frecuentes crisis de asma. Plenamente consciente de los peligros que amenazaban a la monarquía, impaciente por coger las riendas de la mano del anciano emperador, a quien él respetaba pero en quien desaprobaba su pasividad, soportaba mal la larga espera y su carácter se ensombrecía. En 1890, fue nombrado coronel del regimiento de húsares Conde-Nàdasdy, en Sopron (Ödenburg), en la frontera austrohúngara. El puesto no le gustaba, pero Francisco José permaneció sordo a su petición de cambio. Es interesante leer lo que uno de sus educadores, el conde Degenfeld, le escribe a propósito de los oficiales y soldados húngaros cuya comandancia le había sido confiada. «Los húngaros no se someten a sus superiores, sin ser previamente seducidos. En ningún otro pueblo el modo de andar, la presencia, las maneras personales cuentan tanto como en ellos. Pero se les puede amansar. Hay que imponérseles. Ellos aprecian el brillo y la grandeza, pero no perdonan el orgullo ni la rigidez. La superioridad debe estar fundada en una verdadera dignidad, en las cualidades personales y en la benevolencia. Aceptan lo serio y la verdad, pero requieren justicia».

Francisco Fernando no supo seguir los consejos de su maestro. Su guarnición estaba compuesta casi exclusivamente por oficiales y suboficiales húngaros, que le respondían en húngaro cuando se dirigía a ellos en alemán. La tropa era mixta: húngara y austríaca. En la mesa de los oficiales, podría decirse que estaba prohibido hablar alemán. Fernando hizo un esfuerzo para aprender el húngaro, pero no lo logró. Y quizá no se aplica a ello como hubiera debido… ¿No era el ejército austríaco, y por lo mismo alemán?, decía a sus

amigos. Alardeando de sus convicciones, desafía el patriotismo de los oficiales, entre los que se hizo de enemigos. La prensa húngara, al acecho, estigmatiza su hostilidad hacia Hungría. De repente, se pone efectivamente a detestar en bloque a los húngaros y a la prensa, y, como la prensa húngara, a semejanza de la de Viena, estaba muy «enjudiada», detesta también a los judíos [121]. Sus simpatías políticas eran para el jefe del Partido cristiano-social, el Dr. Lueger, antiparlamentario y antisemita. Pero los sentimientos antihúngaros de Francisco Fernando no se fundaban únicamente en la antipatía que le inspiraban los orgullosos aristócratas y nobles húngaros. Tenían su origen en razones puramente políticas. «La hipertrofia del peso de Hungría desequilibra a la monarquía», le confía un día al diplomático italiano Margutti. Estaba irritado por la influencia creciente que, a través del ministro Gyula Andrássy, prototipo del aristócrata húngaro a la vez legitimista e independiente, Hungría ejercía en la política exterior de la monarquía. El predecesor de Andrássy, el austríaco Beust, se había mostrado partidario, recuperando en eso las concepciones de Kaunitz, de un acercamiento a Francia, pues contaba con ella para impedir la creación, por Bismarck, de un Reich alemán unificado y poderoso. También Napoleón III esperaba que, en caso de confrontación con Alemania, Austria-Hungría estaría con él. Pero Andrássy practicaba una política diametralmente opuesta a la de Beust. Una derrota prusiana, pensaba, procuraría a Austria la ocasión ideal para recuperar su lugar dominante en Alemania, refuerzo eminentemente peligroso para la independencia de Hungría. Mientras que, en caso de victoria alemana, la unificación bismarckiana de Alemania se

haría —según él— sobre una base federal, tipo de constitución poco propicia a una política agresiva dirigida contra Austria-Hungría.

De hecho, al proclamar la neutralidad de Austria en la guerra franco-alemana de 1870-1871 Andrássy les hace un inmenso servicio a los prusianos, a Bismarck, de quien suponía equivocadamente que practicaría una política federalista. Pero si Andrássy prosiguió la política tradicional húngara favorable a Prusia, conviene recordar que una parte importante, cuando no la mayoría, de la opinión húngara deseaba la victoria de Francia y que el partido cuarentaiochista protesta también enérgicamente contra la anexión de Alsacia-Lorena cuando la Dieta de Praga.

Francisco Fernando comprendía muy bien además los resortes de la política de Andrássy, al saber que, tomando posición contra Alemania, Austria-Hungría hubiera empujado a ésta en brazos de Rusia. Por esa razón, al multiplicar las declaraciones profrancesas, incluso los cuarentaiochistas húngaros aprobaban el acercamiento a Alemania. Únicamente los representantes de las minorías nacionales en el Parlamento húngaro se opusieron enérgicamente a esa política. Así el rumano Babes declara que la Gran Alemania representaría tanto peligro para los húngaros como para los rumanos. ¿Quién le impedirá a Alemania, a continuación, reclamar la soberanía de todos los países habitados por alemanes?».

Francisco Fernando creía que los húngaros, al impulsar la política proalemana, eran los principales responsables del agravamiento de los conflictos nacionales así como del reforzamiento del paneslavismo de los años 1880-1890, y que

ponían sus intereses egoístas por encima de los de la monarquía intensificando la magiarización.

Convertido en delfín, Francisco Fernando establece su cuartel general en el castillo del Belvedere, antigua residencia del príncipe Eugenio de Saboya, donde se rodeó de un verdadero «shadow-cabinet». Dirigido por su amigo Alexander Brosch von Aarenau, ese gabinete paralelo estaba compuesto por algunos militares, como Karl Freiher von Bardolf, Conrad von Hötzendorf (con el que estuvo además a menudo en desacuerdo); aristócratas checos, como los condes Ottokar Czernin y Heinrich Clam-Martinitz, los dos príncipes Schwarzenberg, el conde Jaroslav Thun, el conde Silva-Tarona; expertos en derecho y altos funcionarios, como el Prof. Lammasch, el Prof. Bernalzik y el barón Eichhoff; algunos políticos y publicistas, como Lueger y Funder, director de la revista *Die Furche*, y el húngaro-alemán Steinacker. Los nacionalistas estaban representados en su círculo íntimo por algunos húngaros prodinásticos, como el obispo Lányi, Józef Kristóffy (un prohabsburgués integral, que fue algún tiempo presidente del Consejo en Hungría) y el conde Jànos Zichy; por algunos rumanos: el autonomista Alexander Vajda-Voevod (que fue, tras la guerra, presidente del consejo en Rumanía), Julius Maniu (ídem) y el publicista Aurel Popovici (federalista eminente, autor de una obra escandalosa, *Los Estados-Unidos de la Gran Austria*); por algunos croatas: el barón Rauch y el político de derechas Ivo Frank. El Dr. Steinacker, director del *Deutsch-Ungarische Kulturrat*, fundado en 1911, fue especialmente encargado de los contactos entre el delfín y la minoría alemana en Hungría, que Francisco Fernando esperaba poder utilizar contra la

supremacía magiar.

La composición de ese *brain-trust* —ni un solo húngaro liberal o nacionalista, pero bastantes personalidades de las minorías nacionales, que iban a desempeñar, tras el desmembramiento de la monarquía, un papel político importante en sus países respectivos— revelaba la hostilidad intransigente de Francisco Fernando contra el sistema dualista establecido en 1867.

Ya hemos evocado algunas contradicciones de su carácter. Eran tan evidentes como la muy alta idea que se hacía de sus deberes monárquicos y religiosos. Así, lleva a cabo, contra la fuerte oposición de Francisco José y de la corte, un matrimonio morganático con su amiga, la condesa checa Sophie Chotek, lo que implicaba renunciar a la sucesión por sus hijos. Quería renovar el país, pero era apasionadamente antiliberal y autoritario. Tanto en política interior como en política exterior tuvo intuiciones geniales, pero —y en eso recuerda a José II— le faltó diplomacia y paciencia para concretarlas. Hoy romántico, mañana realista, admirador de Rilke, a quien visita en el retiro de Duino que la princesa de Tour y Taxis había puesto a disposición del poeta, desdeña los medios intelectuales, que consideraba como decadentes. Tuvo el mérito de oponerse a la política aventurerista balcánica del conde Berchtold y rompe con Conrad von Hötzendorf cuando éste, convertido en jefe de Estado Mayor, se une al partido militarista alemán. Según toda probabilidad, si no hubiera sido asesinado en Sarajevo, habría hecho todo lo posible por evitar el «ajuste de cuentas» con la Serbia de los Karadjordjevic, que los militaristas austríacos y una parte de la opinión deseaban como una especie de huida hacia

adelante, para escapar a las dificultades interiores. Sin embargo, como señala con justicia su mejor biógrafo, Kann, su proyecto de revisar el compromiso de 1867 con los húngaros, que, según él, habían abusado del mismo, y de reintegrar a Hungría, si era necesario *manu militari*, en el Estado austríaco centralizado, habría podido, si hubiese tenido tiempo para realizarlo, provocar una crisis de consecuencias imprevisibles y, probablemente, una nueva guerra civil entre Austria y Hungría.

De todos sus consejeros, el que, a propósito del problema nacional, ejercía sobre Francisco Fernando la mayor influencia era el federalista rumano Aurel Popovici, que proponía reorganizar la monarquía sobre una base de autonomías étnicas. Partiendo de ahí, el delfín hace elaborar, por otro de sus consejeros, Alexander Brosch, un proyecto de reforma cuyos principales ejes eran: extender a Hungría el sufragio universal ya en vigor en Austria desde 1907; igualdad de derechos para todas las naciones de ese país; revisión del compromiso de 1867. Ese último punto era el más delicado, pues, en los términos de la Constitución, el nuevo rey debía, en un plazo máximo de seis meses después de su acceso al trono, hacerse coronar y, en esa ocasión, prestar juramento a la Constitución en vigor. Según el jurista Brosch, ese obstáculo habría podido ser soslayado si el rey se servía del intervalo de seis meses para declarar que sólo prestaría juramento a una constitución revisada y armonizada con la Constitución austríaca. A favor de esa revisión, se hubiera introducido, por decreto, la nueva ley electoral, a fin de que accediesen al parlamento húngaro el mayor número posible de representantes de las nacionalidades no magiares.

En caso de resistencia de los húngaros, el proyecto de Brosch no excluía el empleo de la violencia. Proponía también la introducción del alemán como lengua oficial en todo el Reich, incluida Hungría. Cuando se le hizo saber al archiduque que los húngaros no renunciarían nunca a su situación privilegiada, grita, furioso: «¡Que se vayan al diablo con sus privilegios! ¡Son un pueblo como los otros! ¿Por qué habrían de tener más derechos que los checos, los croatas, los rumanos, los polacos o los eslovenos?». Sus propósitos traicionaban mucho su lado absolutista supranacional. El periódico liberal de Viena *Neue Freie Presse*, más bien prohúngaro, lo calificaba «de hombre del cinquecento».

Contrariamente a lo que se pensaba con frecuencia, Brosch —y con él Francisco Fernando— rechazaba la idea de transformar el sistema dualista en imperio *trialista*, con la asociación de Austria-Hungría y una Gran Croacia independiente. En efecto, a ojos de Francisco Femando, los croatas habían perdido ese espíritu legitimista que les había llevado, en otro tiempo, a encontrar esa solución deseable. Aunque le gustaba residir en su chalet de Bohemia, no tenía mucha simpatía por los checos. No obstante, deseaba resolver por medio de concesiones mutuas razonables el conflicto cada vez más agudo entre los alemanes y los checos de Bohemia, referido sobre todo a la cuestión de la lengua oficial. Sin embargo, mientras los checos, los croatas, etc., le eran más bien indiferentes, los húngaros quedaban como sus cabezas de turco. Exceptuaba escasamente a los aristócratas cercanos a Francisco José, como el conde Tisza, y en su correspondencia se encuentran a menudo epítetos relativos a los húngaros tan amables como «esos canallas», «traidores»,

«sucios tipos», «hunos incorregibles». Los húngaros por lo demás no le iban a la zaga.

La prensa de Budapest tenía el maligno placer de anunciar su mal estado de salud ante al más ligero malestar. También lo calificaba de «clerical», de «reaccionario», etc. ¿Se limitaba la antipatía del archiduque a la aristocracia, a «Los Señores Magnates» y a «sus judíos»? En todo caso, en una de sus cartas, habla con un calor extraordinario de los campesinos húngaros, que encuentra «muy nobles de porte». Pero en realidad una de las razones de su hungarofobia persistente residía en su antiliberalismo, en tanto que el liberalismo de los húngaros había alcanzado su mayor cota, en 1896, con la promulgación de la ley sobre el matrimonio civil. Por otra parte, reprochaba a los húngaros su oposición al sufragio universal, cuando él desaprobaba esa forma de escrutinio en Bohemia, donde hubiese favorecido a la mayoría checa y morava a expensas de los alemanes, ilustración de una inconsecuencia que apenas le incomodaba.

Al menos en política exterior Francisco Fernando, que por entonces no hubiese dudado en curar la monarquía «con un absolutismo cesariano», manifiesta mayor sensatez. No ocultaba su aversión por el conde Berchtold (¿era, en parte, porque no le gustaba la esposa de éste, la condesa húngara Károlyi?). Una vez nombrado ministro de Asuntos Exteriores en 1912, el conde Berchtold prosiguió la política balcánica expansionista de su predecesor Aehrenthal, político que, según Francisco Fernando, corría el riesgo de enemistar a Austria a la vez con Alemania y con Rusia y sólo servía a los intereses húngaros, bajo la influencia del conde Tisza. Igualmente se opone a su antiguo consejero Conrad von

Hötzendorf, convertido en Jefe de Estado Mayor, en su deseo de arreglar lo antes posible el contencioso con Serbia. Lo consideraba igualmente peligroso por haber esperado hasta mayo de 1913 para descubrir las actividades de espionaje del coronel Redi y de los servicios de información del ejército. Incluso disculpa —él, el católico integrista— que se hubiese coaccionado a Redl para que se suicidara antes que la luz sobre su traición se hubiese hecho.

Conrad encarnaba el militarismo austríaco más limitado y más agresivo. Predicaba la guerra preventiva contra Italia, pues ésta —a pesar de la alianza— mantenía sus reivindicaciones territoriales sobre Austria. Trabajaba por la anexión de Serbia. Estaba convencido, contrariamente a Francisco Fernando, de que la guerra contra Rusia era inevitable en razón de la incompatibilidad de los objetivos balcánicos de las dos potencias. Asociándose al partido militarista alemán, Hötzendorf hizo todo lo posible para persuadir al emperador de que «alemanes y austríacos deben pasar a la acción mientras hay tiempo, o bien que renuncien a su pretensión de grandes potencias». A tal propósito, Francisco Fernando grita en presencia de Brosch: «Que Conrad nos h… la paz y deje de empujarnos a la guerra» [122]. Sin embargo, previamente, ese mismo Francisco Fernando simpatizaba con la renovación de la alianza de los tres emperadores alemán, austríaco y ruso, nueva Santa Alianza contraída en la década de 1870 contra el peligro revolucionario que representaba, a sus ojos, la ascensión de la socialdemocracia.

Las ideas de Francisco Fernando diferían también de las de Francisco José y sus consejeros a propósito de Rumanía. Éste

había firmado con la monarquía (1883), después con Alemania e Italia (1888) un tratado secreto, que el rey Carol (un Hohenzollern) no se atreve a dar a luz mientras su opinión pública fuese hostil a Austria-Hungría. Francisco Fernando se inclina mucho más que Berchtold por los rumanos, que, «Gott sei Dank! [Dios sea alabado], no son eslavos». Les hubiera cedido de buena gana Transilvania de manera que Rumanía se convirtiera en un satélite de Austria, disponiendo de un estatuto parecido al que Prusia le había concedido a Baviera. Sin embargo, todavía en aquel plano, Francisco Fernando tropezaba con los húngaros, que, a pesar de las presiones de Viena (a las que aquella vez Guillermo II se sumó discretamente), continuaban «persiguiendo y maltratando a los rumanos y que, en el momento de un viaje que [Francisco Fernando] había hecho a Transilvania, le habían impedido hablar con los rumanos, que habían venido a saludarle con flores y banderas». Por entonces, le temía al pangermanismo y no tenía ninguna confianza en el aliado italiano.

Sobre la cuestión de la política a llevar con Rusia, igualmente, serias divergencias de opinión le oponían al entorno del emperador: el delfín tomaba en serio las seguridades prodigadas por Alemania a Rusia en el sentido de que no apoyaría una política agresiva austrohúngara en los Balcanes. Sabía que Berlín quería practicar, al menos durante cierto tiempo, una política moderada hacia Rusia, y eso no le molestaba, a pesar del peligro que representaba para Hungría la intensa propaganda paneslavista desplegada por Sazonov. En 1913 (un año antes de Sarajevo), Francisco Fernando le escribía a uno de sus confidentes, Konopischt: «Deberíamos

hacer todo lo posible por mantener la paz». No ocultaba su temor a que la monarquía permaneciera aislada en caso de guerra, pues Alemania concentraba sus fuerzas contra Francia, y Rumanía contra Bulgaria. «Supongamos que emprendemos la guerra contra Serbia, escribía. Ganaremos fácilmente la primera partida, ¿pero después? Toda Europa caerá sobre nosotros, describiéndonos como destructores de la paz. Y que Dios nos guarde de anexionar Serbia, ese país entrampado hasta el cuello, lleno de regicidas y de granujas […] en cuanto a nuestros eslavos del Sur, podríamos conciliárnoslos con una política de amistad justa y generosa. Conozco bien, en la actualidad, a los croatas y a los dálmatas, y garantizo que no necesitaría más de cuarenta y ocho horas para restablecer en ellos la estabilidad y la confianza respecto de la monarquía».

Se encuentra, en la misma carta, una frase que hubiera debido ser elevada al rango de doctrina fundamental de la política de la monarquía. «En principio, hay que poner orden en nuestra propia casa y tener detrás de nosotros a todos nuestros pueblos, antes de soñar con una política de expansión». Pero qué contradicción con la frase siguiente: «Al mismo tiempo, debemos hacer todo lo posible para rechazar a los elementos antidinásticos, judíos y masones, ¡cuya influencia ha penetrado hasta en las más altas esferas!». Aserción totalmente absurda: Francisco Fernando hubiera debido saber que la gran mayoría no solamente de los judíos, sino también de los francmasones de Austria-Hungría contaban entre los soportes más legitimistas de la dinastía.

Completamente adicto como fue a una política exterior prudente, tomó muy mal una carta de Bethmann-Hollweg

poniendo en guardia a Austria contra una política demasiado agresiva hacia Serbia, susceptible de engendrar complicaciones con Rusia. A Francisco Fernando no le gustaba recibir consejos de los alemanes. Y, como el canciller del Reich —que era considerado equivocadamente en Occidente como un belicista— avanzara la idea de una mediación británica entre Austria y Serbia: «Los alemanes tienen la impertinencia de pedirnos que nos mantengamos tranquilos, para no aplastar la frágil planta del acercamiento anglo-germánico», observará Francisco Fernando, visiblemente irritado. La Alemania aliada era para él un enemigo potencial.

Dicho esto, se revela claramente de la correspondencia confidencial de Francisco Fernando, publicada por Kann, que el delfín quería evitar la guerra, no pretendía provocar a Rusia e intentó más bien la simpatía hacia los croatas y los rumanos. También, para formular una hipótesis completamente académica, se podría suponer que, si Francisco Fernando no hubiera sido asesinado —aun cuando los militaristas alemanes hubiesen empujado a sus comparsas austríacos a la intransigencia, como afirman ciertos historiadores— la política austríaca habría sido diferente y no habría dado, a los que, efectivamente, tenían prisa por ver estallar una guerra no localizable, el pretexto para hacerla. A menos que avancemos la posibilidad de que los adversarios interiores de Francisco Fernando no hubiesen sido extraños a su asesinato [123].

TERCERA PARTE

Entre la guerra y la paz

XIII. LA MUERTE DE FRANCISCO JOSÉ

Desde finales de 1914, se había vuelto claro que el *Blitzkrieg* imaginado por el Estado Mayor había fracasado. El ejército alemán había sido condenado a la defensiva y los beligerantes tuvieron que aceptar la perspectiva de una guerra prolongada, de una guerra de desgaste. Austria-Hungría, de la que muchos creían que iba a estallar tras los primeros reveses, demostró una cohesión inesperada (conseguida, es verdad, especialmente en Bohemia-Moravia, en Croacia y en los territorios italianos, con medidas policiales extremadamente rigurosas).

El año 1915 estuvo señalado por victorias espectaculares alemanas en Rusia, que hicieron tambalear seriamente la confianza que los Aliados habían puesto en el ejército del zar, sobrestimándolo. Pero la defección de Italia significó un golpe severo para las potencias centrales. Sin duda sus primeros efectos fueron saludables en tanto que las tropas croatas, enviadas a la lucha sobre el frente italiano, combatieron ferozmente contra un enemigo cuyas pretensiones adriáticas conocían. Sin embargo, la debilidad italiana no dejó de sorprender desagradablemente a los que, con los Aliados, habían presionado, un poco a la ligera, para comprometerse con Italia, prometiéndole a ésta no solamente recuperar las regiones de Austria habitadas por los nacionales, sino también privar, gracias a la anexión de Trieste y de Fiume, a Austria por un lado, y a Hungría por el otro, de su acceso al

mar. Igualmente se había pagado un precio muy alto a Rumanía por su traición a la alianza con Alemania y Austria-Hungría: por un tratado secreto, los aliados se habían comprometido a concederle Transilvania, Bucovina y el Banato. Las primeras acciones de guerra de los rumanos, cuando invadieron Transilvania, se vieron coronadas con un éxito efímero: llegadas para ayudar a los austrohúngaros, las tropas de Falkenhayn los expulsan y, prosiguiendo su avance, ocupan Rumanía, que, teniendo que hacer frente, por el oeste, a una ofensiva búlgara, se vio obligada a salir de la guerra a la espera de tiempos mejores para reanudarla.

A pesar de esas victorias, la situación, a finales de 1916, ofrecía motivos para inquietar a las Potencias centrales. Era evidente que la Entente disponía de reservas poderosas y que contaba con la ayuda americana. En Alemania, desde la primavera de 1916, el gobierno se había dividido sobre la cuestión de la guerra submarina, de la que el almirante Tirpitz esperaba un éxito decisivo, pero que el canciller Bethmann-Hollweg desaprobaba, temiendo (con razón) que podía llevar a Estados Unidos a abandonar su neutralidad. En Austria-Hungría, la moral de la población había bajado en razón de las enormes pérdidas humanas sufridas en tres frentes y por la penuria alimentaria creciente, sobre todo en Cisleithanie. El Partido socialdemócrata austríaco, saliendo de su pasividad, se había puesto a la cabeza de la corriente pacifista, y, aunque a sus representantes se les hubiese impedido participar en las conferencias internacionales por la paz, organizadas por el Partido socialdemócrata suizo, en septiembre de 1915, en Simmerwald, después en abril de 1916, en Kienthal, llevaba una campaña activa, igual que el Partido socialdemócrata

húngaro, a fin de popularizar las resoluciones de esas conferencias exigiendo una *paz inmediata sin anexión*. La disciplina del ejército austrohúngaro, excelente en los inicios de la guerra, se relajaba. La intensa propaganda desplegada por los rusos dirigida a checos y eslovacos, llamando a la solidaridad eslava y reflejando su ayuda en la conquista de la independencia nacional, contribuía a la desmoralización de las tropas fatigadas, mal avitualladas. Las primeras deserciones en el seno de los regimientos checos (especialmente del 28 regimiento de Praga) se producen en abril de 1915, y, después de la ofensiva de Broussilov, en 1916, los rusos censaron de doscientos cincuenta mil a trescientos mil prisioneros checos y eslovacos. Muchos de esos «prisioneros voluntarios» se dejaron persuadir para engancharse en los ejércitos de la Entente contra las Potencias centrales. Es verdad que, como ha señalado L. Victor Tapié, en conjunto, «el ejército austrohúngaro combatía con una energía constante y, fuera el que fuese su origen étnico, el soldado, unido por un juramento personal de fidelidad, que no hacía a la ligera, da pruebas de resistencia y de valor. El mando militar austrohúngaro no fue ciertamente inferior al de los otros beligerantes. Los italianos, por ejemplo en Caporetto, habían tenido allí la experiencia». Pero el decaimiento moral de las poblaciones civiles repercutía en los soldados. Conscientes de ese fenómeno, los dirigentes de la Entente y los políticos checos, serbios, rumanos, emigrados intentan desde entonces movilizar a la opinión occidental en torno a su tesis sobre la necesidad de desmembrar la monarquía. El 16 de octubre de 1916, el canciller alemán, desautorizado por el emperador y la mayoría del Parlamento,

dimite, dejando el puesto a un político más sensible a los argumentos del partido militarista. Cinco días más tarde, el 21 de octubre, Frierich Adler, hijo de Victor Adler, fundador del Partido socialdemócrata austríaco, mataba, en un café de Viena, al presidente del Consejo Karl von Stürgkh. El partido de Adler condena ese acto de terrorismo individual como totalmente extraño a la ideología marxista a la que apelaba el movimiento. Pero el disparo había conmocionado a todo el país.

El 22 de noviembre del mismo año, Francisco José se extinguió. Su muerte sume a toda la monarquía —incluso a los que criticaban su política— en un duelo profundo. ¿No era Francisco José el símbolo de la cohesión y de la perennidad del Estado multinacional?

XIV. LAS AMBIGÜEDADES DE UNA CORONACIÓN

El sucesor de Francisco José, Carlos, hijo de un hermano de Francisco Fernando, el archiduque Otto, había sido formado por el delfín asesinado, con el que compartía la mayoría de las ideas. Las circunstancias en las que accedió al poder no hubieran podido ser peores. Sabía que sus países estaban al borde del agotamiento y advierte de ello enseguida a su aliado alemán, Guillermo II, al que además conocía bastante como para no hacerse ilusiones sobre sus sentimientos hacia él, y sobre todo hacia su esposa, Zita, hija del duque de Parma. Si los dos hermanos de Zita, Xavier y Sixto, educados en Francia, no sirvieron en el ejército francés, fue únicamente porque, a comienzos de la guerra, aquél los había recusado, en tanto que Borbones. En razón de su parentesco con la reina de Bélgica, fueron enrolados entonces en el ejército de ese país. No obstante, el presidente Poincaré, apoyado por Briand, que tenía mucha simpatía por aquellos jóvenes, los condecora con la cruz de guerra por su valentía. Pero el Káiser no desconocía el sentimiento de honor que, entre los muy católicos Habsburgo, se transmitía de generación en generación. Aunque esperando que Carlos no le traicionara, maniobra para cerrar los lazos militares, políticos y económicos entre Alemania y Austria-Hungría, empleando para ello su diplomacia y los amigos fieles que Alemania poseía en las altas esferas de Austria y de Hungría (sobre todo

en Hungría).

En una proclamación dirigida a la población —«A mis pueblos»— antes de su coronación, Carlos declara especialmente: «Quiero hacer todo para desterrar, en el más breve plazo, los horrores y los sacrificios de la guerra y devolver a mis pueblos las bendiciones desaparecidas de la paz tan pronto como lo permitan el honor de las armas, las condiciones vitales de mis Estados y de sus fieles aliados y la terquedad de nuestros enemigos.

»Quiero ser para mis pueblos un príncipe justo y lleno de afecto; quiero mantener las libertades constitucionales y los demás derechos y velar con celo por la igualdad jurídica para todos. […]

»Animado por un amor profundo hacia mis pueblos, quiero consagrar mi vida y todas mis fuerzas al servicio de esa alta tarea» [124].

¡Tarea alta, y tan difícil! Antes de consagrarse a ella, Carlos volvió a Hungría para hacerse coronar en Budapest. Fue una ceremonia majestuosa, de la que incluso la esposa del primer presidente de la República húngara, elegido en el otoño de 1918, hablará con emoción en sus Memorias [125]. Entre los que asistieron a la ceremonia y fueron sensibles a los propósitos del rey sobre la paz, raros fueron los que creían que la coronación representaba de hecho una victoria para el conde Tisza y la aristocracia conservadora en el poder en Hungría. A sus ojos, sólo importaba el juramento que Carlos se vio obligado a hacer para atenerse a la Constitución de 1867, firmada por su predecesor, y en los términos del cual, jura: «por Dios vivo, la Virgen María y todos los santos del Cielo», «preservar la integridad de las tierras de san Esteban».

Juramento por el que, antes incluso de emprender sondeos con vistas a la paz que deseaba, se ata las manos tan inevitablemente como los dirigentes de la Entente habían atado las suyas, con sus compromisos irreflexivos hacia Italia, Rumanía y Serbia, y cuya estricta aplicación conduciría a la destrucción de la monarquía, lo que en verdad no deseaban.

Es de notar a este propósito la habilidad de los políticos húngaros. En efecto, según los términos de la Constitución, el rey de Hungría debía ser coronado en los seis meses siguientes a la muerte de su predecesor. Ahora bien, como hemos señalado, Francisco Fernando había previsto que aprovecharía esa demora para armonizar la Constitución húngara con la de Austria, mucho más liberal, en particular en lo concerniente al modo de escrutinio y a la cuestión nacional. Carlos deseaba proceder de la misma manera: antes de la coronación, quería eliminar de la Constitución todo lo que pudiera servir de obstáculo a eventuales concesiones a los serbios y a las tentativas de transformar el dualismo. Se proponía también dar satisfacción a los autonomistas checos, que, como los otros eslavos y, en general, las fuerzas pacifistas de la monarquía—especialmente los socialistas— estaban animados por las señales precursoras de la revolución rusa de febrero de 1917.

El conde Ottokar Czernin [126], a quien Carlos había nombrado ministro de Asuntos Exteriores en diciembre de 1916, había sido uno de los consejeros de Francisco Fernando, con el que compartía la aversión hacia los húngaros. Pensaba, como el antiguo heredero, que Austria debería forzar, en caso de necesidad, con medidas militares y policiales, a los húngaros a renunciar a su política antieslava.

Anima entonces a Carlos a la firmeza. Pero Tisza, que adivinaba sin duda las intenciones del nuevo emperador rey, se apresura a ponerlo en guardia contra cualquier acción susceptible de enfrentarle al Parlamento de Budapest… Según la Ley fundamental, le explica, no había derecho para modificar la Constitución antes de haber sido consagrado por la coronación y de haber prestado juramento. Los expertos de la corte, consultados por Carlos, confirmaron que, en el plano jurídico, el razonamiento de Tisza era inatacable. Así, a menos de provocar un conflicto con los magiares en un momento en que más que nunca, había necesidad de su apoyo político, militar y económico (los húngaros hicieron depender de la actitud de Carlos la renovación de las cláusulas del compromiso de 1867, ya expiradas, relativas al reavituallamiento de Austria por Hungría); el emperador tuvo que ceder. Muy de mala gana, pues él sabía que su juramento sería mal visto por las nacionalidades que esperaban de él —como lo habían hecho de Francisco Fernando— la satisfacción de sus reivindicaciones de autonomía. Además la monarquía y con ella Hungría iban a pagar cara la victoria obtenida por Tisza a comienzos del reinado de Carlos. También Tapié, cuyo punto de vista hemos señalado más arriba, al resaltar el patriotismo dinástico del ejército multinacional, no se equivoca al constatar que «el apego feroz de la clase dirigente húngara a sus privilegios interiores y exteriores ha desempeñado un papel en la disolución de la monarquía» [127].

XV. CARLOS Y GUILLERMO

Al término de largas y laboriosas negociaciones, comenzadas mucho antes de su accesión al trono, Carlos consigue renovar el acuerdo económico con Hungría, que Tisza había utilizado como medio de chantaje político. Desde entonces, Austria iba a llevar dos políticas paralelas —continuidad y cambio— ante lo que la Entente no dudará en manifestarse con hipocresía. La primera política fue llevada por Czernin, la segunda —apuntando a la paz, eventualmente incluso una paz por separado— por Carlos. Czernin, a semejanza de su predecesor, se dedicaba a reforzar la alianza con una Alemania evidentemente muy consentidora. Según Soutou, un acercamiento tal podría comprender algunas ventajas para Austria, en la hipótesis de una victoria de las Potencias centrales. Viena se apresura a aceptar la proposición alemana de una unión aduanera, a cambio de una solución en la cuestión polaca en un sentido favorable para Austria. La unión aduanera, pensaba Czernin, facilitaría la política de expansión austríaca en los Balcanes: sería más fácil hacer aceptar a los agricultores de la monarquía la apertura de salidas para los productos agrícolas balcánicos, aunque la agricultura húngara pudiera, por su parte, cercar el mercado alemán. Además, la industria austríaca podría llamar a los capitales alemanes. En efecto, Viena, lúcida, no menospreciaba el peligro de que el Reich utilizase la unión aduanera, para dominar a su modo la monarquía. Czernin quiso prevenirlo al proponer un sistema preferencial,

manteniendo los derechos intermediarios para proteger a los sectores industriales demasiado expuestos a la competencia alemana. (Austria-Hungría realizaba el 42% de su comercio con Alemania, por el 9% en sentido inverso). Al discutir los objetivos de paz, Austria ofrecía a cambio de la satelización de Rumanía y de la posibilidad de intervenir libremente en los Balcanes, el predominio de la influencia económica alemana en Polonia. En ese punto, el acuerdo era difícil pues el canciller Bethmann pensaba en apoyar la independencia de Rumanía, de la que Alemania deseaba hacer un centinela avanzado contra Rusia, separándola de Bulgaria. Estaba dispuesto, además, a apoyar a los conservadores rumanos contra Bratianu y a «frenar las avideces húngaras».

Soutou observa que, aun cuando proyectaban la unión aduanera, ni los alemanes ni los austríacos consideraban una ruptura fundamental con la economía liberal. El gobierno de Viena estaba engolosinado con las sustanciales ventajas que el apoyo del Reich le permitiría obtener cuando se tratase de negociar, en el futuro, tratados de comercio con terceros. Si las negociaciones austroalemanas duraban mucho, era porque los austríacos comprendían bien que no debían firmar textos que hipotecasen su independencia. Se ve claramente en el estudio de Georges-Henri Soutou [128] que —contrariamente a lo que se creía en Francia— los medios industriales alemanes rechazaban con tanta energía el proyecto Mitteleuropa de Naumann como el mantenimiento del control estatal de la economía durante el periodo de transición que siguió a la guerra, mantenimiento deseado por el partido militarista. Los industriales alemanes temían que el proteccionismo que implicaba el proyecto de Naumann le

cerrase a Alemania las salidas del mercado mundial mucho más importantes que las que podía ofrecer la Europa central y balcánica. Fueron sensibles a la ola de reprobación levantadas por el proyecto Mitteleuropa en Francia, donde la reacción había sido inmediata; se realizaría una unión económica entre Gran Bretaña, Francia, Rusia, e Italia, a fin de organizar el boicoteo económico de la Mitteleuropa alemana. Los alemanes ignoraban manifiestamente la declaración hecha a ese propósito por Lloyd George, que, deseando «el fin del gobierno militarista reaccionario de Alemania», creía que Inglaterra y su imperio podrían muy bien tolerar la permanencia de un vasto mercado común Mitteleuropa, y que los intereses extraeuropeos ingleses y Bélgica no habrían de sufrir. Muy curiosamente, es en Hungría donde —incluidos los medios de izquierda— el proyecto Mitteleuropa despierta los ecos más favorables [129]. Así el sociólogo radical socializante Oszkár Jászi creía que la unión aduanera podría favorecer la federalización danubiana con la que soñaba.

Sin embargo, mientras que la alta diplomacia, en Berlín y en Viena, discutía proyectos de futuro, un futuro sobre el que no tenía poder, las poblaciones civiles comenzaban a sofocarse. Además, todos los pueblos estaban al borde del agotamiento, en ese tercer año de guerra. El 16 de marzo 1917, Czernin le confesará a Bethmann que su país «estaba al cabo de sus fuerzas» [130], que tenía necesidad de paz. Y Carlos, sin duda impresionado por la Revolución rusa, escribía, en abril de 1917, al Káiser: «Si los monarcas no hacen la paz, la harán los pueblos». Su carta era sombría: la situación militar era mala; las condiciones de vida se hacían intolerables

hasta el punto de que el país no soportaría un nuevo invierno de guerra. El rey se decía, además, escéptico en cuanto a la eficacia de la guerra submarina, en la que los militaristas alemanes habían puesto su confianza.

Ante esas verdaderas crisis de alarma, Guillermo II respondía fríamente que las cosas no iban tan mal: la ofensiva aliada acababa de ser detenida; se ganaba en Isonzo y la Revolución de los soviets mejoraba la perspectiva militar. Añadía que, según sus informes, Alexandre Ribot le había confiado al embajador italiano que Francia no podía más.

No contentos con soslayar los mensajes de angustia de Carlos, los alemanes pusieron sobre el tapete los objetivos de guerra comunes. En el momento de una reunión en Kreuznach (17-18 de mayo de 1917), se declaran, como antes, dispuestos a hacer concesiones políticas a Austria, como contrapartida de las cláusulas económicas a las que se aferraban ardientemente. Si Serbia, Albania, Montenegro, debían estar unidas por lazos estrechos a Austria-Hungría, Alemania reclamaba para ella la posibilidad de explotar las riquezas naturales de Serbia. Los dirigentes militares del Reich parecieron entonces tomarle gusto a la economía centralizada durante la guerra, cuya eficacia Lenin tanto había admirado, y esperaban integrar a los sindicatos en las organizaciones patronales. Es verdad que al mismo tiempo el Reichstag, en el que, por vías misteriosas, pero quizá bajo la influencia de los acontecimientos de Rusia, el espíritu de reforma comenzaba a penetrar, proponía una reforma constitucional que extendería a Prusia el sufragio universal. Matías Erzberger obtuvo el voto, por el Reichtag, de una resolución de paz, mientras que Bethmann, que creía contar

con la conformidad del emperador, pensaba también cada vez más en trabajar por una paz de compromiso. Entonces estalló el conflicto entre los partidarios de la paz negociada y el partido militarista: Ludendorff dirigió un ultimátum al emperador, el 13 de julio, y el Reichtag, dejándose embaucar, le retira su confianza a Bethmann para recibir como canciller a Michaelis, una personalidad mucho más vulnerable a la influencia de los «halcones».

La resolución de paz del Reichtag, enmendada por el gobierno y publicada el 19 de julio de 1917, dejaba la puerta abierta a una eventual «adhesión voluntaria» de Lituania y Curlandia, e incluso de Bélgica, a Alemania, o, al menos, al establecimiento de lazos privilegiados entre esos países y el Reich. Esas perspectivas eran inaceptables para las potencias de la Entente y condenaban al fracaso al partido de la paz. Sin embargo, como señala Soutou, «el liberalismo bajo la forma política y económica […] había conquistado en Alemania posiciones más sólidas de lo que quiere reconocerse generalmente» [131]. Según él, el Oeste cometió el error de dejarse cegar por el campo militarista compuesto por magnates del Ruhr, como Hugo Stinnes, de Hindenburg, del Comité para una paz alemana y de los pangermanistas cuyo órgano era el diario *Lokal-Anzeiger* de Hugenberg. Los acontecimientos demostraron que existía también otra Alemania, que, no obstante, no tendría tiempo para hacerse escuchar.

XVI. FRACASO DE BRIAND Y DEL ARBITRAJE AMERICANO

Después de su llegada al trono, Carlos sólo deseaba sacar a su país indemne de la guerra. ¿Había sido puesto al corriente de las diligencias emprendidas anteriormente por los gobiernos alemán y austríaco, por una parte, así como las que había llevado, por la otra, el gobierno francés con vistas a establecer una paz negociada? La primera tuvo lugar en diciembre de 1915. Haguenin, antiguo lector de la Universidad de Berlín y, desde finales de 1915, consejero de prensa en la embajada de Francia en Berna (en esa época, Viviani era todavía jefe del gobierno francés), de acuerdo con Poincaré, intenta un contacto con los alemanes para sondearlos acerca de la posibilidad de una restitución de Alsacia-Lorena a Francia a cambio de compensaciones coloniales. Los contactos establecidos se hacen más frecuentes a partir de septiembre de 1916. Haguenin había dado a entender que en caso del retorno de Alsacia-Lorena no sería imposible que Francia concluyese una paz por separado. Briand, convertido en presidente del Consejo, hubiera deseado que un contacto directo y seguro fuera establecido entre Francia y Alemania, a semejanza del que existía ya desde hacía tiempo, según sus informes, entre Londres y Berlín y entre San Petersburgo y Berlín. Briand, como recuerda Soutou, sólo desempeñaba allí su trabajo como jefe de gobierno.

De origen modesto (en Saint-Nazaire, donde creció, su padre tenía un «café cantante»), Briand había escogido la profesión de abogado, y sus excepcionales dotes de orador no tardaron en llamar la atención de los que lo escucharon. Ya, en su ciudad, se había interesado por los problemas sociales que se planteaban con una especial agudeza en esa década de 1880 en que los obreros trabajaban sesenta horas por semana. El espectáculo de los abusos hará de Briand un hombre de izquierdas, partidario de la revolución, pero de una revolución sin violencia. «Subido» a París para acabar sus estudios, Briand frecuenta los medios de escritores y periodistas, y él mismo escribe algunos artículos. De vuelta a Saint-Nazaire se inscribe al foro y se convierte en redactor jefe del periódico de izquierdas *La Democracia del Oeste*. Atraído por la política, saldrá elegido diputado en 1902. En la Cámara, se impuso rápidamente como hombre de gobierno, fue nombrado varias veces ministro y presidente del Consejo antes de la guerra de 1914. En 1915, se le encuentra de nuevo como Presidente del Consejo, encargado igualmente del Ministerio de Asuntos Exteriores. Habiendo dimitido en marzo de 1917, no permanecerá inactivo, como veremos, y volverá al poder en 1921. Fue un hombre de paz (con seguridad), como lo testimonian sus esfuerzos para lograr una reconciliación duradera con Alemania.

«En cuanto al fondo, observa Soutou, puede preguntarse si ese hombre, esencialmente prudente e imaginativo, al intentar sondear a los alemanes, no quiso estar simplemente preparado para cualquier eventualidad. Si los ambiciosos proyectos militares puestos a punto entre los Aliados, en la conferencia de Chantilly, en diciembre de 1916, eran

coronados por el éxito, la paz victoriosa […] estaría a la vista; por el contrario, en caso de fracaso de las ofensivas previstas, la guerra corría el riesgo de eternizarse; una paz negociada debía entonces ser considerada, sobre todo si permitía cuando menos realizar el objetivo mínimo, es decir, la recuperación de Alsacia-Lorena».

En Inglaterra, la unión a los pacifistas de lord Landsdowne, «padre de la entente cordial de 1904», a quien no se podía tachar de progermanista, sumió en apuros al gobierno al que Wilson, dudando siempre entre la neutralidad y la guerra, acababa de dirigir —como a los otros beligerantes— una nota instándole a exponer claramente sus objetivos de guerra. Asquith les pidió a todos los miembros del Comité de guerra que expresaran su opinión sobre la respuesta que convenía darle al presidente de los Estados Unidos. Lloyd George, en sus Memorias de guerra [132] cita el comentario, muy significativo, de lord Balfour, jefe del almirantazgo. No carece de interés releer los pasajes más importantes.

«El principal objetivo de la guerra es la obtención de una paz duradera. La mejor manera, en mi opinión, de obtener tal resultado puede ser conseguida con un doble método. *Es necesario disminuir la extensión de los territorios en los que las Potencias centrales pueden sacar los hombres y el dinero que requiere una política de agresión*; y es necesario disminuir, al mismo tiempo, los atractivos de tal política, modificando el mapa de Europa, de acuerdo con lo que se llama, más bien vagamente, el principio de las nacionalidades.

»*Aplicado con éxito, el segundo de esos métodos aseguraría ciertos objetivos que los Aliados están deseando. Le devolvería a Bélgica su independencia, restituiría Alsacia y Lorena a*

Francia, procuraría a Polonia una especie de "home rule", extendería las fronteras de Italia, establecería una Gran Serbia y una Gran Rumanía en el sudeste de Europa. Me gustaría mucho verlo aplicado también en Bohemia.

»Para Bohemia, la civilización germánica ha sido siempre profundamente antipática. Los checos se atrevieron a hacer la guerra contra ella, hace algunas generaciones, y la hicieron con mucho éxito, en condiciones muy difíciles. Una Bohemia independiente ¿sería lo bastante fuerte para enfrentarse tanto desde el punto de vista militar como desde el punto de vista comercial a la dominación teutona, cercada como está enteramente por influencias alemanas? No lo sé. Pero estoy convencido de que esas cuestiones merecen un examen muy atento. Y si el cambio es posible, hay que hacerlo.

»Un mapa de Europa modificado de tal manera no cumpliría solamente el segundo de los métodos para preservar la paz que acabo de definir, serviría también para poner en práctica el primero. Los recursos en hombres y en dinero, que las Potencias centrales pudiesen reclutar en vista de guerras agresivas, se encontrarían grandemente disminuidos. Alsacia-Lorena, la Polonia austríaca, partes de la Polonia alemana (si fuera posible Transilvania), la Austria italiana, Bosnia y Herzegovina dejarían de abastecer de mercancías a los ejércitos alemanes y austríacos y los hombres en edad de servir, retirados de los ejércitos centrales, se unirían a las naciones con las que las Potencias estuvieran en guerra en ese momento. Sería matar dos pájaros de un tiro.

»Las poblaciones así transferidas sobrepasarían, supongo, la cifra de veinte millones de hombres. No cuento en ese *cálculo la población no italiana que Italia obtendría sin*

ninguna duda, en caso de éxito de los Aliados. No quiero tampoco discutir a propósito de la zona indiscutible que ansía Bulgaria. Si el *principio de las nacionalidades* fuese rigurosamente aplicado, Bulgaria la obtendría, supongo, sin discusión. La merece y podríamos concedérsela, en presencia de los sentimientos serbios, pero eso es otra cuestión».

Como se ve, Balfour, no hacía mucho despiadado gobernador de Irlanda, nación oprimida donde las hubiera, y cuyas opiniones se oponían a las de Landsdowne y Lloyd George, no dudaba en exigir la mutilación territorial, por expansión, de las potencias enemigas, valiéndose completamente por otra parte, con una encantadora negligencia, del principio de las nacionalidades. En cualquier caso, *su texto es, salvo error, el primer documento surgido de una personalidad de primer plano de la Entente que preconiza abiertamente objetivos que equivalían al desmembramiento de la monarquía*. Sería interesante saber en qué fuente Balfour recogió su conocimiento de la monarquía y ¿cómo explicar la concordancia de sus opiniones con las de los austrófobos más extremistas de Gran Bretaña, como Wickham Steed y Seton Watson? La respuesta de Balfour a Asquith, en cualquier caso, permite comprender por qué, en la corte de Viena, se creería que fue por la influencia británica por lo que el gobierno francés acogió con desconfianza las gestiones austríacas ulteriores. Lloyd George que, también, se contradijo más o menos, hizo todo lo posible para separar a Balfour del almirantazgo, señalándolo a uno de sus amigos como «un hombre ideal para el Foreign Office» (Balfour sería nombrado para ese puesto, en efecto, en 1918).

Finalmente, tras muchos intercambios de opiniones, la

respuesta de los Aliados a la nota de Wilson fue redactada por Philippe Berthelot, cuya influencia, según su biógrafo André Bréal, fue mucho más importante que su posición jerárquica en el Quai d'Orsay, y del que observa, por entonces, que estaba en continua relación con los jefes de los emigrados checos [133]. Recordemos que ese hombre ambicioso, intransigente, más austrófobo que germanófobo, había escrito el discurso en que Viviani anunciaba al país la declaración de la guerra. Se declara entonces convencido de que «*Austria había voluntariamente precipitado los acontecimientos con la intención bien meditada de poner a Europa ante el hecho consumado*». (Buen ejemplo de desinformación). La respuesta aliada se limitó a generalidades: paz justa, garantías contra la agresión, restauración de la independencia de Bélgica y de Serbia. Pero ni una palabra sobre los compromisos privados con Rumanía, Italia y Rusia. Es momento de precisar que las opiniones de Berthelot estaban en concordancia perfecta con las de Balfour y sus consejeros.

Pero retrocedamos un poco, a la oferta de paz alemana que, por persona interpuesta, le había sido hecha el 12 de diciembre de 1916 a Francia, sin duda para adelantarse al paso que Carlos se proponía efectuar y que se había barruntado en Berlín. El Reich se declaró dispuesto a considerar el retorno al *statu quo* en el Oeste, con algunas concesiones en Alsacia, a condición de tener las manos libres para organizar la Mitteleuropa en su espacio vital. Esa oferta, parece, fue considerada con algún interés por Wilson, cuando se le informó de la misma. Estuvo incluso en el origen de la pregunta, mencionada más arriba, del presidente americano. En el transcurso de los debates que preludiaron la elaboración

de la respuesta a Wilson, el ministro austríaco de Asuntos Exteriores —por pocos días todavía Burian…— deseaba que se pusieran las cartas sobre la mesa, pero el canciller Bethmann sugirió que, a la vez, propusiesen ante todo la reunión de una conferencia internacional en la que serían discutidas en detalle las condiciones de la paz.

Tras la respuesta austroalemana, que Wilson encontró insatisfactoria, los Aliados endurecieron su posición. Entre tanto en Gran Bretaña, Lloyd George había reemplazado a Asquith en el puesto de primer ministro. Los acontecimientos, en el frente, no favorecían en nada a los Aliados. La intervención rumana, de la que se esperaba mucho, había constituido un fracaso. Londres admitía dificultades con los irlandeses, en los Estados Unidos, tras la dura represión del levantamiento de Dublín, en abril de 1916. La prensa americana acusaba al Reino Unido de querer utilizar la guerra para procurarse nuevos cotos. En realidad, Wilson era evidentemente, por razones diferentes, casi tan antiimperialista como Lenin. Al mismo tiempo, en Gran Bretaña, los medios industriales estaban en desacuerdo con los financieros de la City. Lloyd George se rodeó de personalidades del grupo Round Table (que Masaryk conocía bien; ¡sin duda él conocía a todo el mundo!) —sir Edward Carson, Amery, Philippe Carr y el editor del *Times* (que escribía bajo el nombre de Dawson)…— de los que la mayoría eran partidarios de la guerra a ultranza, hasta la victoria final. Lloyd George los escuchaba, sin consentir nunca en ser su rehén; se reservaba su juicio. Soutou ha señalado, a continuación de un análisis indiscutible, que, cuando los ingleses, los belgas, e incluso los soviéticos

reaccionaban con prudencia ante las primeras gestiones germano-austríacas, los diplomáticos franceses encargados de la cuestión —los Cambon, Barrère, Margerie— estaban, de acuerdo con los extremistas ingleses, unánimemente por una respuesta «perentoria» «contra una paz vergonzosa», a riesgo de ver a Alemania y Austria-Hungría explotar su actitud intransigente con su propaganda junto a los neutrales y junto a sus propios pueblos. Margerie argumentaba que «en 1871 Alemania nos perjudicó ya dos veces al imponernos la cláusula de la nación más favorecida cuando nos arrancó Alsacia y Lorena. Las discusiones que trataran únicamente sobre los territorios no tendrían mucho sentido». Lo que deseaba ardientemente era volver a Alemania, en el plano económico, y por un largo tiempo, inofensiva. «Si nos dejamos caer, antes de la victoria completa, en las discusiones, Alemania […] se levantará poco a poco y nos pondrá en la situación más falsa llevándonos a discutir lo que es inaceptable para nosotros», añadía. Ésa fue igualmente la opinión de los industriales británicos, que temían la competencia de una Alemania más trabajadora y más eficiente. ¿No fue ésa una de las razones de su entrada en guerra, sin que además nunca hubieran hablado abiertamente de ello hasta entonces? Margerie quiso que se redujese a «los alemanes a voluntad». También los franceses se negaron a discutir en una eventual conferencia internacional.

A continuación de las respuestas dadas a sus preguntas, Wilson envió un nuevo cuestionario sobre los objetivos de cada uno, que París interpretó como una presión sobre los Aliados, a fin de que considerasen seriamente la conclusión de una paz de compromiso, que los desacreditaría ante los

neutrales y le daría el bonito papel de árbitro a los Estados Unidos. ¡Sería poco decir que la confianza no reinaba entre París y Washington! De hecho, el memorándum de Wilson, remitido por su hombre de confianza, el coronel House, trazaba las grandes líneas de una paz «razonable» y mencionaba, ante todo, la restitución de Alsacia y Lorena. House le pidió a París y Londres que aprobaran esa proposición, que debía comunicar enseguida a Berlín. En el caso de que Alemania opusiera un final de no recibido, los Estados Unidos le declararían la guerra.

Pierre de Margerie fue el encargado de preparar un proyecto de respuesta en nombre de los gobiernos aliados. Ratificado por el Consejo de ministros francés, su nota fue remitida sin modificaciones a los gobiernos aliados. La oferta alemana, recordémoslo, ponía el acento en el principio de una negociación internacional, sin otra precisión. Pero Margerie conocía ciertas condiciones precisas que los alemanes se reservaban de adelantar, por un informador oficioso del gobierno francés cerca del Vaticano, M. Loiseau. Éste había visto, el 16 de diciembre de 1916, al secretario de Estado Gasparri, quien le había dicho que la Entente cometería un error si se negaba a entrar en negociaciones. Si Alemania no tenía nada que ofrecerles a los británicos, en compensación, se mostraría ciertamente complaciente hacia Francia y Bélgica. En cuanto a Italia, podría ofrecerle una parte del Trentino hasta Bolzano y facilidades en Trieste. Los argumentos de Gasparri no convencieron ni a Loiseau, ni a Margerie, ni al gobierno francés. Los Aliados rechazaron por supuesto la proposición alemana de conferencia. Sin embargo, ¿se preguntó Lloyd George si se podía así no tener

en cuenta las promesas de los Estados Unidos? No estaba en desacuerdo con el rechazo de París, pero deseaba que los tratos guardaran un tono amistoso. Los diplomáticos franceses entendían que había que responderle a Wilson con firmeza, a fin de abreviar, por ahí, las dudas británicas. La respuesta debía ser conforme a las ambiciones políticas, territoriales y económicas francesas.

El 22 de diciembre, el Quai envió a los Aliados su borrador de respuesta a Wilson, encuadrado en un argumento que se pensaba en París que haría reflexionar al presidente de los Estados Unidos: se evocaba en el mismo, en términos precisos, el proyecto alemán de Mitteleuropa, proyecto proteccionista que el Presidente juzgaría ciertamente contrario a la total libertad comercial deseada por los Estados Unidos. El texto de París no satisfizo a Londres. En cuanto a Briand, se preocupó, por encima de todo, de responder rápidamente a los alemanes. Por lo que concernía a Wilson, estimaba, se podía tomar su tiempo, pues el deseo esencial del presidente era darse cuenta si el Reich estaba dispuesto a aceptar, o no, el riesgo de ver entrar en la guerra a los Estados Unidos. Los franceses no querían, y con fundamento, comunicar sus objetivos de guerra a Wilson, por temor a asustarlo por la amplitud de sus exigencias. En nombre del gobierno británico, lord Robert Cecil precisó algunas de sus condiciones: evacuación de Bélgica, de Serbia, de las regiones bajo ocupación en Francia, en Rumanía y en Rusia; reglas territoriales sobre la base de la nacionalidad y la seguridad; restitución a Francia de las provincias étnicamente francesas; rectificación de la frontera occidental de Francia, haciendo imposible cualquier nuevo ataque; restauración de Polonia vía

reagrupamiento de los territorios ocupados por Austria, Alemania y Rusia, y eso bajo la protección del imperio ruso; aplicación de los mismos principios de nacionalidad y de seguridad en el Adriático: se apuntaba a una Europa danubiana constituida por la liberación de los eslavos de la dominación germánica; relegación de Turquía a Asia y de Constantinopla a Rusia. Esas condiciones correspondían *grosso modo* a los objetivos fijados en los inicios del conflicto y completados por los compromisos adquiridos con los nuevos beligerantes.

Soutou observa que, contrariamente a lo que se hubiera podido pensar, Lloyd George se mostró más coriáceo frente a los americanos que Asquith; pero también más prudente, y más ambiguo en cuanto a la aplicación del «principio de las nacionalidades». Es verdad que a comienzos de enero de 1917, después de haber consultado a Asquith y a las Trade Unions, donde esperaba encontrar apoyo, declara: «*Apoyamos la democracia francesa que exige la restitución de sus provincias, deseamos emancipar las naciones caídas bajo el yugo austríaco*» [134], y propondrá nuevas fronteras basadas en el principio *del derecho de los pueblos a disponer de sí mismos*. Pero los propósitos de Lloyd George dejaban la puerta abierta a la negociación.

Finalmente la respuesta común definitiva a Wilson fue puesta a punto por Berthelot y adoptada en la Conferencia interaliada de Roma, endurecida con precisiones concernientes a Italia.

Durante ese tiempo, el embajador alemán en Washington, el conde Bernstorff, que empleaba su energía y su inteligencia en impedir la entrada en guerra de los Estados Unidos al lado

de los Aliados, acababa de saber que su gobierno había, en principio, decidido llevar a cabo —para responder al boicot inglés— la guerra submarina a ultranza. No se hacía ilusiones: ese hecho precipitaría la ruptura entre su país y los Estados Unidos. Urgió pues a Berlín a que respondiera más francamente a la pregunta planteada por Wilson sobre los objetivos de Alemania, antes de emprender la guerra submarina. El principal consejero de Wilson, el coronel House, deseoso de facilitar la tarea del embajador, sugirió que éste le hiciese saber al canciller que su respuesta sólo sería conocida por él mismo y el Presidente. Bernstorff comprendió también que el gran deseo de Wilson era poner en pie, en lo posible sin entrar en la guerra, una organización internacional que lo pondría en disposición de arbitrar todos los conflictos susceptibles de surgir [135].

House no ignoraba, además, que Austria-Hungría se prestaría mejor a una solución pacífica que Alemania, donde la acción de Bethmann era constantemente dificultada por el partido militarista de Hindenburg, Ludendorff y compañía. Washington sabía bien que el joven emperador Carlos soportaba cada vez peor el control que ejercía Alemania sobre la política austríaca y que la emperatriz Zita no ocultaba sus simpatías por su país de origen: Francia. Pero hay que comprender en sentido no sólo concreto, sino también figurado la nota que el embajador americano en Viena, Gerard, envía a House tras la coronación de Carlos, a la que había asistido en Budapest: *la corona parece demasiado grande, demasiado pesada para el joven emperador*.

Desde el punto de vista de Bernstorff, el ofrecimiento de House era una tabla de salvación para Alemania. Dijo más

tarde, con razón, que, al dejar escapar esa ocasión excepcional de hacer la paz con la mediación de Wilson, Alemania había dado un paso en falso irreparable. Si hubiese aceptado la oferta, las potencias de la Entente difícilmente habrían podido rechazar las proposiciones del presidente americano. Pero Berlín se obstinó. House parece haber comprendido bien que la razón de esa obstinación era la convicción de los jefes militares de que todo diálogo serio con la Entente suponía, de antemano, su propia caída. Bethmann mismo hubo de tener en cuenta el deseo aparente de los Aliados de mantener, tras la guerra, el boicot que hubiera sido la ruina de Alemania, pues el canciller no tenía gran confianza en el éxito que podían tener los proyectos relativos a la Mitteleuropa. Además, en la respuesta que acabó por enviarle a Wilson, afirmaba que en su opinión la organización de la conferencia internacional, propuesta por el Presidente, debería estar precedida por el cese de la guerra marítima emprendida contra los barcos mercantes alemanes. Esa petición llegada el 10 de enero de 1917 comprometía a ojos de Wilson la esperanza de una paz negociada. Reacciona con cólera al surgimiento de la guerra submarina y el 3 de febrero de 1917 los Estados Unidos rompían las relaciones diplomáticas con Alemania, si bien las mantenían con Austria-Hungría.

El mantenimiento de relaciones con la monarquía, creía Wilson, ofrecía todavía una salida al *impasse* diplomático. (Hasta diciembre los Estados Unidos no le declararon igualmente la guerra a Austria-Hungría). Wilson no se engañó, estaba convencido de que «el conflicto —como observó el 8 de febrero— era esencialmente una cuestión de supremacía entre los ingleses y los alemanes». Si hemos de

creer a House, fue en falso que Wilson hubiese decidido el 2 de abril declararle la guerra a Alemania. Se le comunicó un despacho captado, le dijeron, por los servicios del almirantazgo británico y en el que Alemania, al parecer, invitaba a México a unirse a las Potencias centrales, contra los Estados Unidos, prometiéndole, en recompensa, ayudarle a recuperar Nuevo-México, Texas y Arizona.

Observemos que, como político demócrata, progresista, protestante, antiimperialista, prototipo de masón idealista americano, Wilson estaba condicionado por su educación a ser más sensible al vocabulario de los republicanos antimonárquicos y anticlericales franceses que al de los defensores de los antiguos regímenes del imperialismo británico y del equilibrio europeo. No era hombre que resistiese a las trampas del humanismo, si no no hubiera pronunciado, el 27 de mayo de 1916, ante la *Liga para imponer la paz*, un discurso inflamado sobre los *derechos de las pequeñas naciones*. No dejó, en esa ocasión, de mencionar, entre los oprimidos, a los irlandeses, los indios, los egipcios, los indochinos, etc., alusiones que no debieron de agradar a los diplomáticos franceses y británicos.

Se descubrirá, más tarde, que, si su principal consejero, el coronel House, conocía lo esencial de los tratados secretos llevados a cabo por las potencias de la Entente con Italia, Wilson no los conocía e ignoraba por supuesto las disposiciones claramente imperialistas contrarias a sus concepciones idealistas. Sin embargo, de cualquier manera, ya había declarado la guerra y no hubiera servido de nada levantar, después del golpe, protestas contra los arreglos que iban a ponerlo ante el hecho consumado de la disolución de la

monarquía, en lo que, al principio, no había pensado.

En efecto, el objetivo principal de Wilson era la creación, tras la conclusión de la paz, que deseaba tan justa como fuera posible, de una Sociedad de Naciones con poder de arbitraje. Lo que era poco compatible con el objetivo británico de «establecer el equilibrio europeo en detrimento de las Potencias centrales». Balfour intenta armonizar esos dos deseos —contradictorios— declarándole a Wilson, el 13 de enero de 1917, que la Sociedad de Naciones, «con los alemanes, los austríacos y los turcos debilitados por la liberación de las naciones alógenas», entraba en las intenciones de Gran Bretaña. El hecho es que, progresivamente, los Aliados, más experimentados en diplomacia, ganaron a Wilson para la concepción de la prioridad de «destruir el militarismo con una victoria total», cuando Asquith, hasta el otoño de 1916, le había afirmado su preferencia por una paz en igualdad de condiciones. Sin embargo, en abril de 1917, House a pesar de todo pide, en nombre de Wilson, al gobierno británico que precise con más exactitud lo que, en los tratados secretos, comprometía a los Estados Unidos igualmente. He aquí lo que House anotó de la entrevista que mantuvo a ese respecto con Balfour. «Balfour quiso saber en qué orden examinaríamos los diferentes puntos de la cuestión. ¿Hablaríamos primeramente de las condiciones de paz que hay que imponer en caso de una derrota decisiva de Alemania, o bien habría que comenzar la discusión admitiendo la hipótesis de una detención brutal de las operaciones a continuación de un fracaso parcial? Yo encontré preferible adoptar el primer método.

»Inclinados sobre un gran mapa de Europa y de Asia

Menor, comenzamos esa interesante discusión. Se convino que estudiaríamos la cuestión juntos, primeramente, y después que yo comunicaría nuestras conclusiones al Presidente a fin de poder volver a hablar los tres el lunes siguiente. Admitió como un hecho sabido que Alsacia y Lorena volverían a Francia y que Francia, Bélgica y Serbia tenían derecho a una restauración completa.

»Habló en primer lugar de Polonia, esbozando lo que serían las fronteras de ese país. El escollo era, naturalmente, la salida al mar: no podía ser otra que el puerto de Dantzig. ¿Esa elección no crearía una nueva Alsacia-Lorena ulcerada, llamada a suscitar en el futuro toda clase de dificultades? ¿No podría hacerse de Dantzig un puerto franco y, de esa manera, dar satisfacción a Polonia?, propuso Balfour. Por el momento yo no vi esa solución con ojo favorable, tanto más cuanto que crearía un antagonismo entre alemanes y polacos, que, a la mínima provocación, estarían dispuestos a encontrarse agravios mutuos. No obstante, yo defendí vivamente la causa de una Polonia restaurada, lo bastante grande y suficientemente fuerte para servir de Estado tapón entre Alemania y Rusia.

»Serbia llegó enseguida sobre el tapete. Se convino que Austria le concedería Bosnia y Herzegovina y que Serbia, a su vez, abandonaría a Bulgaria la parte de Macedonia que el primer acuerdo balcánico le había atribuido.

«Rumanía, pensamos, entraría en posesión de la pequeña parte de tierras rusas y de la zona fronteriza húngara que están la una y la otra pobladas por rumanos [136]…

»En nuestra opinión, Austria debería componerse de tres Estados, tales como Bohemia, Hungría y Austria propiamente

dicha [137].

»En cuanto a Trieste, no llegamos a ninguna solución. Según dije yo, no era ni bueno ni deseable que Austria fuese aislada del Adriático. Balfour declaró que Italia reclamaba Dalmacia para proteger la costa oriental de su península, a lo largo de la cual no existe ningún puerto entre Venecia y Bríndisi: es con el límite dálmata, asegura, como el suyo debe ser cubierto.

»Eso me llevó a preguntar, continúa House, cuáles eran las estipulaciones de los tratados que los Aliados habían concluido unos con otros en cuanto al reparto, tras la guerra, del botín. Además de los acuerdos de ese género que existían entre ellos, me dijo, habían firmado otro con Italia, en el momento en que esa potencia se había movilizado, en los términos del cual le concedían casi todo lo que pedía.

»Balfour habló con alguna repugnancia del espectáculo de las grandes naciones que se apresuraron a venir a ocupar un sitio en torno a un tapete verde para repartirse el botín esperado donde, como observó muy justamente, "cortaban la piel del oso antes de haberlo cazado". ¿No harían los Aliados un gesto oportuno, le pregunté, remitiéndole al Presidente una copia de esos tratados? Podría de esa manera tomar secretamente conocimiento. Mi sugestión le pareció fundada, y él esperaba actuar en consecuencia. Si los tratados no se encontraban en los dosieres traídos aquí, los haría llegar.

»¿No será usted, le dije, de la misma opinión que yo, es decir, que nosotros deberíamos abstenernos de hacer ninguna promesa a fin de presentarnos en la Conferencia de la paz libres de cualquier compromiso? Tendríamos así un buen juego para luchar contra la codicia de unos y otros y para

combatir la mala repartición de los nuevos territorios. Yo le repetí lo que le había dicho un día a Grey: si queremos justificar nuestra participación en la guerra, tenemos que librarnos de cualquier pensamiento mezquino o egoísta y considerar las cosas detenidamente, bajo un punto de vista mundial. Balfour estuvo abiertamente de acuerdo (pero ¿sinceramente? lo dudo).

»La cuestión de Constantinopla fue enseguida debatida. Estuvimos de acuerdo en la necesidad de internacionalizar su puerto [138].

»Después, atravesando el Bósforo, llegamos a Anatolia. Sobre aquel punto los tratados secretos entre los Aliados revelaban ampliamente los apetitos de estos últimos. Habían convenido darle a Rusia una esfera de influencia en Armenia y en la parte septentrional de esa península. Los británicos se adjudicaban Mesopotamia y la zona contigua a Egipto. Francia e Italia se repartían el resto de Asia Menor, hasta los Estrechos.

»Todo eso era malo —no se lo oculté a Balfour— pues se mantendría de ese modo en Oriente un foco permanente de conflictos. Yo pregunté qué se entendía por zonas de influencia. La respuesta del ministro británico fue un poco confusa. ¿Significaba eso la ocupación permanente o bien el derecho exclusivo de desarrollar los recursos locales? Balfour no se mostró muy claro a ese respecto.

»No tocamos ni las colonias alemanas, ni Japón, como tampoco China: en una palabra la cuestión del Extremo Oriente no fue abordada.

»Volvimos sobre Polonia. Balfour objetó que un Estado

Polaco que separara a Alemania de Rusia sería quizá más nocivo para Francia que para Alemania, de modo que Rusia se encontraría así impedida de acudir en ayuda de su aliada si Alemania la atacaba. Por mi parte, estimé que debíamos considerar una Rusia tal como sería dentro de cincuenta años antes que la Rusia de hoy. Incluso si se conservaba la esperanza de que desarrollaría sus tendencias democráticas y renunciaría a todo espíritu agresivo, también podría acontecer lo contrario, y, desde entonces, sería Rusia, y ya no Alemania, la que constituiría una amenaza para Europa. Le pedí a Balfour que no tuviera a Alemania por una enemiga irreconciliable: esa manera de ver afectaría a la independencia de nuestros juicios y nos haría cometer errores. Sin embargo, él parecía más impresionado por el peligro alemán que por la eventualidad de una amenaza rusa».

De hecho, Wilson no tuvo muy en cuenta las informaciones recogidas por House, así como las objeciones de éste. Es sintomático que al día siguiente de esas entrevistas el Presidente no le hubiese hecho ninguna pregunta sobre lo que había sabido. «Parecía deseoso de escapar a las actualidades de la política», observa House. Prefería soñar en el mejor de los mundos que debería salir de la guerra sórdida, en la Sociedad de las Naciones, que estaría guiada por la prudencia americana [139].

XVII. ¿HACIA UNA PAZ POR SEPARADO? EL CASO SIXTO

1917 habría podido ser el año de la paz si Briand hubiese permanecido en el poder.

Henri Castex

Ya lo hemos dicho, desde su advenimiento al trono, Carlos estaba obsesionado con la idea de salir de la guerra. Con el fin de conseguirlo, alejó de su entorno a los hombres políticos que, como el antiguo ministro de Asuntos Exteriores Burian, eran incondicionales de la alianza con Alemania. Reemplazó a Burian por Czernin, un aristócrata de Bohemia, cuya experiencia profesional apreciaba, nombró al príncipe Conrad Hohenlohe primer chambelán y a su antiguo amigo y confidente Polzner jefe de su gabinete privado.

A comienzos de 1917, las condiciones para una tentativa de negociación le parecieron propicias. Y efectivamente lo eran, si no para el conjunto de las Potencias centrales, sí al menos para Austria. En efecto, Carlos no podía conocer los propósitos pesimistas que Lloyd George había considerado con el Gabinete a propósito de las consecuencias de la defección de Rusia: «No veo la posibilidad de ganar la guerra, a menos que se llegue a concluir con Viena una paz por separado». Pero en Viena se leía el *Corriere della sera*, donde algunos editorialistas criticaban a esos franceses que «no compartían el odio de los italianos contra Austria» [140]. Además, habían llegado a la corte de Viena informaciones sobre la preocupación que se abría paso en los medios políticos franceses, británicos, e incluso japoneses, de ver que

la guerra beneficiaba ante todo la influencia y el prestigio de los Estados Unidos, cuya fuerza estaba intacta. Finalmente, en todos los países de la Entente crecía el deseo de paz. De ahí, el encarnizamiento de los gobiernos francés y británico en echar sobre el enemigo la responsabilidad de la continuación de la guerra, propaganda que los anexionistas alemanes, a través de su órgano, el *Kreuzzeitung*, alimentaban de buena gana. Según la opinión de la embajada de Austria en Berna, era con Francia con quien convenía negociar —pero teniendo en cuenta el hecho de que los franceses se ponían «auf Gnade und Ungnade» a merced de los americanos— antes de concluir una paz en condiciones favorables para el restablecimiento rápido y el rearme alemanes… «Con el apoyo del partido militarista alemán y los conservadores, que cavaron su propia tumba, el partido militar de la Entente intentó siempre forzar la continuidad de la guerra». La embajada de Berna tendía a minimizar la influencia política de los pacifistas en los países aliados. «Se dan cuenta, también, avisó, que la desmoralización de Alemania es la única garantía de una paz duradera».

El despacho que acabamos de citar parecía reflejar la opinión de los neutrales; el mismo impresionó a Carlos y a su ministro Czernin. El joven emperador-rey sabía que gozaba de una notable imagen entre los Aliados. En diciembre de 1916, periódicos parisienses, como el *Bonnet rouge* de Caillaux, le habían sugerido al gobierno que tomara contacto con Austria. Sin embargo, como explicará más tarde a su cuñado Sixto, Carlos deseaba ser totalmente correcto respecto de los alemanes, tan vivo era su deseo de sacudirse su tutela. Ante todo, se empeñaría por supuesto en persuadirlos para

crear las condiciones favorables a una negociación general. Así, durante el verano de 1917, le anunciará al Káiser que, si Alemania se declaraba dispuesta a un acuerdo con Francia a propósito de Alsacia y Lorena, Austria renunciaría a la Galitzia y haría lo posible para que el reino polaco unificado fuese ligado a Alemania, llevado a cabo bajo la forma de una *personal-union*. Hizo proposiciones en ese sentido en Kreuznach, donde los principales dirigentes militares de los dos países tuvieron una nueva reunión. El Káiser, después de un tiempo de reflexión, acabó por negarse, lo que lleva a Czernin a decir que Michaelis estaba mucho más próximo a los pangermanistas —de quien consideró su comportamiento como «patológico»— de lo que lo había estado su predecesor, Bethmann. París y Londres, muy evidentemente, tenían ecos de las divergencias de opinión entre Viena y Berlín, que podrían ser explotadas en beneficio de la Entente.

En esto, Carlos, después de haber reemplazado en el puesto de jefe de Estado Mayor al «Ludendorff austríaco», Conrad von Hötzendorf, por el general Arz, tomó la iniciativa para contactar personalmente con París y Londres, sin prevenir a Czernin, a quien juzgaba demasiado prudente. Henri Castex tiene sin duda razón cuando dijo que 1917 *hubiera podido ser el año de la paz si Briand hubiese permanecido en el poder* [141]. En efecto, el estudio de los documentos relativos a las negociaciones secretas de 1917 revela muy claramente las responsabilidades de los que —por *la obsesión de una victoria total* (que se descubrió además, igualmente, por parte alemana)— impidieron, bajo diversos pretextos, recurriendo a los rusos, e incluso a falsificadores, que la guerra no se terminase en las condiciones que —para emplear un término

de Briand— hubieran permitido salvar a Europa y prevenir futuras catástrofes. Dicho esto, no subestimamos los obstáculos objetivos que trababan la posibilidad de una paz de compromiso.

Relataremos en detalle las peripecias a las que dará lugar la primera y más importante tentativa de Carlos para sacar a su país de la guerra. Sobre tales negociaciones, tenemos excelentes fuentes: por parte austríaca, las Memorias de la emperatriz Zita, que participó activamente [142]. Por el lado francés, las del príncipe Sixto de Borbón-Parma, que sirvió de intermediario. Hemos podido verificar y completar esas fuentes con algunos documentos que se encuentran en los archivos del ministerio francés de Asuntos Exteriores, en los archivos nacionales de París, en los archivos de Viena y en los archivos del ministerio italiano de Asuntos Exteriores, así como con algunos testimonios y comentarios, como los de los extraordinarios observadores que fueron Gabriel Hanotaux, y Georges Louis. Finalmente, la lectura del importante corpus relativo a la última fase de la Primera Guerra Mundial es una mina de informes. En efecto, los azares de las negociaciones permiten determinar mejor, a través de los propósitos, las acciones y las reacciones de los protagonistas, las causas verdaderas que hicieron fracasar las tentativas de Carlos y hecho así inevitables el desmembramiento de la monarquía austrohúngara y la caída de la dinastía Habsburgo, las cuales, como hemos señalado en repetidas circunstancias, no figuraban expresamente entre los objetivos de guerra de las potencias de la Entente y los Estados Unidos.

El testimonio más importante del que disponemos es indiscutiblemente el del príncipe Sixto de Borbón, que cita en

sus *Memorias* los textos de varias cartas (de ellas dos autógrafas) de Carlos y del conde Czernin y notas sobre sus conversaciones con Poincaré, Briand, Ribot, Cambon, Lloyd George, etc. Lo que choca, en la lectura del escrito de Sixto, es una cierta ingenuidad del intermediario escogido por Carlos, que contrasta con la habilidad sutil de los diplomáticos y políticos experimentados con los que negoció, Cuando se encuentra frente a Poincaré, a Briand, a William Martin, Sixto, aunque hable en nombre de Carlos, no da la talla.

Sixto está ciertamente lleno de buena voluntad. Podría citarse a ese respecto el verso de Goethe: *Zwei Herzen wohnen ach'in meinem Busen*. Dos corazones en el mismo pecho, un corazón francés, y otro austríaco. El comienzo de la guerra lo sorprende de vacaciones en Austria. Se apresura para regresar a Francia a enrolarse en el ejército y Francisco José, que respetaba los sentimientos de su cuñado, le deja partir. En efecto, en Sixto, la conciencia de ser el heredero de los Borbones domina su amor por su hermana, la futura emperatriz de Austria. Sin embargo, al mismo tiempo que quiere probar su patriotismo francés a todos los que le sospechan simpatías austríacas, deseaba también salvar a Austria, y no olvidó, como dijo un biógrafo de Carlos, que su lugar hubiese estado lo mismo en el ejército austríaco. No desconocía que su hermana, Zita, y Carlos habían, desde el comienzo, desaprobado la guerra, que su preferencia estaba con Francia y contra Alemania, y esperaba con impaciencia que la desaparición del anciano emperador abriese la vía a nuevas perspectivas en la política austríaca.

Y en efecto, llegado el momento, Carlos escogerá a Sixto como primer intermediario entre él y Francia. Ahora bien, se

puede preguntar, una vez más, si esa elección fue juiciosa. En efecto, si el príncipe tenía entrada libre en las altas esferas conservadoras de la sociedad francesa y, por ese medio, podía fácilmente contactar con los dirigentes de la República, no tenía ningún interlocutor entre los representantes de una opinión pública, heredera de la Revolución, de la que uno de sus primeros actos había sido derribar la política de alianza con Austria comprometida por Luis XIV y el canciller Kaunitz. Una opinión, además, que no le perdonó nunca a los Borbones lo que eran en tanto que tales: los aliados tradicionales de la casa de Austria, los enemigos naturales de la Revolución y de la República. Pues los responsables franceses eran muy sensibles a la opinión pública y no querían comprometerse ideológicamente a sus ojos, incluso si sus motivaciones eran puramente nacionalistas, como las de Clemenceau. Por lo demás, se puede preguntar, por ejemplo, si Sixto y, con él, Carlos no se hacían ilusiones cuando interpretaron la actitud benevolente manifestada por Poincaré hacia el príncipe y sus propósitos amistosos para Austria por la conciencia que tenía de los lazos que ataban a Carlos —que llevaba el título de duque de Lorena— a la provincia de sus antepasados. Parece que Sixto —como antes de él el papa Benedicto XV cuando propuso su mediación— no se daba cuenta que la Francia de la gran guerra todavía no había salido completamente de lo que Bernard Auffray, en su biografía del diplomático Pierre de Margerie, llamó «la época de lucha de las dos Francias que ponía en lucha, por una parte, a la monarquía, la Iglesia, la autoridad, el orden, y, por la otra, a la República, la democracia, la libertad, el movimiento». Ahora bien, de esa lucha, tras el caso Dreyfus y

la campaña por la escuela laica, la Francia católica había salido muy debilitada; era la segunda Francia la que dominaba en el estado, y con ésta Sixto apenas tenía medios para comunicarse. El príncipe no cesó de lamentarse ante sus interlocutores, como Cambon, de la mala prensa que Austria tenía en París. Cambon debió de sonreír: Sixto ignoraba por supuesto que la prensa, en Francia, expresaba si no la opinión pública, al menos las opiniones que la adulaban, que eran las de sus gobiernos y de los gobiernos aliados que las subvencionaban.

El príncipe revela en sus *Memorias* que, desde antes de 1916, había entrevisto el papel que podría desempeñar en la reconciliación de sus dos patrias. La idea le fue sugerida por un diplomático, durante una estancia de convalecencia que hizo en Italia en 1915 (Italia todavía no estaba en guerra). Conociendo sus lazos con Austria, ese diplomático, cuyo nombre debía silenciar, dio a entender que Austria podría reconciliarse con Italia e impedir su cambio de orientación, cercano, ofreciéndole el Trentino, a cambio de Silesia, que, antaño, había pertenecido a Austria. Manifiestamente, ¡lo absurdo de esa proposición se le escapaba! Pues, si era verdad que Alemania lo había empleado todo para disuadir a Italia de salir de la Triple Alianza, no hubiera ciertamente sacrificado por eso a Silesia, tomada por Federico II a María Teresa. Sixto se enardeció ante la idea de hacerse útil y fue a ver al papa Benedicto XV. Éste le aseguró que haría todo lo posible para ayudar a poner fin a la «guerra insensata», pero era necesario reflexionar sobre ello pues, según sus informaciones, «en Viena, se cree todavía que Francia puede ser vencida». Sixto regresó entonces a su regimiento en Bélgica —y allí, la

memoria de Zita, refrescada por la lectura del diario íntimo del hermano de Sixto, Xavier, interviene para completar el escrito. Ella dice, en efecto, que a finales de 1915 Sixto escribió algunos artículos en la revista *Le Correspondant*, donde intentaba demostrar que Austria constituía un elemento importante para el equilibrio europeo, y que «la campaña de odio desencadenada en el país estaba desplazada puesto que debería estar concentrada contra el verdadero enemigo, Alemania» [143].

Fue sin duda tras leer esos artículos cuando dos amigos de Sixto (no son nombrados) atrajeron sobre él la atención de William Martin, ministro plenipotenciario, director del protocolo, sugiriéndole que, «si los intereses de Francia venían a exigirlo», se sirviese de Sixto como intermediario para la reanudación de las relaciones con Austria.

Martin encontró la idea interesante y prometió hablarle al Presidente de la República. Poco tiempo después, el 21 de mayo, de acuerdo con Briand, Presidente del Consejo, el Presidente Poincaré le envió la cruz de guerra al rey de Bélgica así como a Sixto y a su hermano Xavier, que acompañaban a Alberto I en calidad de oficiales. «Estamos muy contentos y orgullosos», escribe Sixto. Pero en ese punto su escrito se aparta del de Zita. Según Sixto, urgido por sus amigos, tranquilizado por William Martin sobre las intenciones de Poincaré, convencido, como él, de que «es necesario que Austria subsista» [144], volvió junto al presidente para darle las gracias por el honor que su hermano y él mismo habían recibido. Poincaré lo acoge con amistad y envía a los dos hermanos a visitar las líneas del frente. Durante ese desplazamiento, el general en jefe Joffre los cita a

la orden de los ejércitos franceses «por las pruebas de abnegación» que habían dado en la guerra. De regreso a París, Sixto se encontró con el ministro de Estado Charles de Freycinet [145] Zita precisa el caso: Poco tiempo después de los artículos de Sixto en *Le Correspondant*, había recibido una carta de Freycinet invitándolo a su casa […] a fin de que pudiese encontrar a algunos altos personajes oficiales que compartían sus opiniones». El encuentro tuvo lugar en octubre. Freycinet le habría confirmado a Sixto que, para Francia, «el enemigo principal es Prusia, la casa de los Hohenzollern; el interés de Francia es mantener una Austria muy fuerte… En lo que concierne a Italia, tiene grandes pretensiones: Trieste y Fiume. Sin embargo, si recibe el Trentino y la costa de Istria, se podría neutralizar Trieste, quizás, de manera que Austria conserve al menos un acceso al mar».

Es interesante observar (y eso, tanto Zita como Sixto lo ignoraban) que casi al mismo tiempo Freycinet recibió a otro visitante eminente: al Mgr. Alfred Braudillart, rector del Instituto Católico, portador de una carta de la Santa Sede —o, más precisamente, del secretario de Estado, el cardenal Pietro Gasparri— expresando «la solicitud del Papa a Francia y Bélgica» [146]. El papa declaraba que en su opinión «las negociaciones podrían abrirse desde ahora sobre la base de la evacuación, por las tropas alemanas, de los departamentos invadidos en Francia y en Bélgica entera». Él pensaba, además, que «los intercambios de opinión podrían comenzar inmediatamente acerca de la restitución de Alsacia-Lorena a cambio de una compensación colonial aceptada por Francia». La carta daba a entender que «tenía todo el derecho para creer

que Alemania no soslayaría las propuestas sobre las bases indicadas por el papa, si éste pensaba que las mismas no serían rechazadas por Francia». Freycinet, prudente, aconsejó al Mgr. Braudillart que se dirigiese a Léon Bourgeois, ministro de Estado también él. Esa exhortación parecía bastante sorprendente pues Freycinet no podía ignorar que Léon Bourgeois, francmasón notorio, sólo podía desconfiar de cualquier proposición de mediación que emanase del Vaticano. Es verdad que sugirió también al enviado del papa que avisara a Margerie, diplomático políticamente más bien neutral, así como a Jules Cambon, que era conocido por sus sentimientos austrófobos. ¿Quiso Freycinet evitar cualquier riesgo? En el transcurso de la década de 1880, cuando la lucha entre el partido católico y el partido republicano estaba en su apogeo, se le situaba muy próximo del campo antidemocrático y anticatólico. En cualquier caso, la iniciativa del Vaticano estaba condenada al fracaso no solamente porque la Francia republicana no pudiese aceptar al Vaticano como mediador (como tampoco podría, más tarde, aceptar al rey, católico, de España) sino ante todo porque la proposición de la Santa Sede era en sí misma inaceptable: recomendaba esencialmente el restablecimiento del *statu quo*, mientras que el objetivo prioritario de la Entente era hacer por mucho tiempo a Alemania inofensiva por medio de una «victoria total» [147].

Volvamos a Sixto. Según Zita, conoció a los dos Cambon y, según Sixto, a Briand, de quien Freycinet le había dicho que era «un espíritu abierto», mientras que Castex se pregunta si Briand, «que leía poco y escuchaba mucho» no era simplemente, en esa época, un juguete entre las manos de

Berthelot. Fue en compañía del jefe del gabinete de Freycinet con quien Sixto fue a ver a Briand, y después, por intermedio de William Martin, una vez más a Poincaré. De esas entrevistas lo desconocemos todo, aunque probablemente versaron en torno a generalidades. Fue una vez más Martin (y no Freycinet, como dice Zita) quien llevó a Sixto a casa de Jules Cambon, pero la primera entrevista seria entre los dos hombres tendrá lugar durante un desayuno, el 23 de noviembre, dos días después de la muerte de Francisco José. Jules Cambon recibió al príncipe con estas palabras: «Y bien, ¡he aquí muy grandes acontecimientos!». El secretario general del Quai empezó por echar sobre Guillermo II la responsabilidad de la guerra. El príncipe llevó la conversación sobre Austria: «Hay que concederle crédito al nuevo emperador, yo conozco bien sus sentimientos personales». El príncipe insistió en el hecho de que, habida cuenta de los cambios ocurridos en Viena, el momento era oportuno para que Francia y Austria entablaran conversaciones. Cambon le replicó que, según él, en el momento de la paz, solamente, la personalidad de Carlos podría cambiar las cosas. Y no estaba excluido que Sixto y Xavier pudiesen entonces prestar servicios. «Hemos firmado papeles, dijo, habrá que pagar esos papeles bien sea por Italia (Trieste y el Trentino), bien por Rumanía (Transilvania) o por Bélgica y Serbia (Bosnia-Herzegovina). Pagados esos billetes, no deseamos debilitar más a Austria ni entregarla a Alemania» [148]. Cambon le habló también de una compensación posible por Silesia, así como de la posibilidad de explotar las rivalidades sajonas y bávaras contra los Hohenzollern. Le aconsejó a Sixto que volviera a ver a Briand y Poincaré.

Ignoramos si el príncipe volvió a ver entonces a los dos hombres de Estado franceses; Sixto no lo dice. Pero afirma que, el 5 de septiembre de 1916, Carlos, sin informar a Briand, que todavía ocupaba su cargo, decide encargarle la mediación. Según Zita, eso ocurriría más tarde, tras la visita que Carlos había hecho al frente italiano cuando la batalla era más encarnizada en Isonzo. Según la exemperatriz, su esposo, conmovido ante tantas muertes y sufrimientos, tomó la determinación de hacer todo lo posible, y rápidamente, para poner fin a la carnicería. El 21 de enero de 1917, le habría dicho al agregado militar austríaco en Berna: «Eso no puede continuar eternamente. Quiero saber si hay disposiciones para hacer la paz por la otra parte». Le pidió al diplomático que estableciese contacto con los príncipes de Borbón-Parma.

Sin embargo, anteriormente, importantes acontecimientos habían tenido lugar, en el plano tanto estratégico como diplomático. El 12 de septiembre de 1916 —al día siguiente de la ocupación de Bucarest por el ejército de Mackensen— el canciller alemán, en una nota dirigida a los neutrales, pero cuyos verdaderos destinatarios eran las potencias de la Entente, proponía negociaciones; el 18 de diciembre, recordémoslo, Wilson hizo su petición de aclaraciones; el 26, los Estados Unidos, Suiza y Suecia emitían el voto para que la paz fuese restablecida. El mismo día, las potencias centrales le respondían a Wilson proponiendo la reunión de una conferencia de los beligerantes en un país neutral; el 30 de diciembre, algunos gobiernos de la Entente mostraron su rechazo a hablar de paz, «mientras que la repartición de las libertades y los derechos violados no fuese asegurada».

Pero Carlos no se desanima. Recurre a su suegra, la

duquesa de Parma, que vivía en Suiza, para que invitara a Sixto y a Xavier a regresar a Viena en el mayor secreto. El mensaje fue transmitido. Visiblemente, por parte francesa, se deseaba igualmente conocer las intenciones de Carlos. Además, si el rey belga concedió a los dos hermanos un permiso para ir a ver a su madre a Suiza y, de ahí, continuar su viaje hacia Viena, fue ciertamente con el asentimiento francés. Sin embargo, prudentes, los dos príncipes, tras una conversación con la duquesa, juzgaron más conveniente, antes de cualquier desplazamiento a Austria, exigir del emperador que les enviase a un hombre de confianza a Suiza, después de haber tenido conocimiento de lo que ellos consideraban personalmente como «las condiciones fundamentales y preparatorias de la paz para la Entente» [149]. Esas condiciones eran: «Alsacia y Lorena para Francia, sin ninguna compensación colonial u otro cambio, Bélgica restituida y conservando el Congo, Serbia restituida y, eventualmente, expansión de Albania, y, finalmente, Constantinopla para los rusos. Si Austria podía llevar a cabo un armisticio secreto con Rusia sobre esa base, sería una buen preparación para la paz deseada».

Después de haberle expedido esa carta a Carlos, los dos príncipes, en una nota del 30 de enero de 1917, fechada en Neuchâtel, hicieron parte al gobierno francés de las informaciones recogidas al lado de su madre. De ahí resultó que el emperador, «que tiene todo el poder en el momento actual», deseaba ponerse en relación con el gobierno francés por mediación del príncipe Sixto. Estaba dispuesto a enviar no importaba a dónde a Suiza, en el más breve plazo, a una persona oficial que gozara de toda su confianza, en el secreto

más total. En cuanto a Sixto, aceptaría la misión, si el gobierno francés estuviese de acuerdo. En ese caso, la prudencia exigiría que, para desviar la atención de la prensa, hiciese previamente un viaje «de convalecencia» por Italia. Estaría de regreso en París el 10 de febrero. El emperador, si el acuerdo se llevaba a término, enviaría a alguien a Neuchâtel el 11 de febrero.

El 10 de febrero, antes de partir nuevamente para Suiza, Sixto se encontró con Jules Cambon para poner las cosas a punto antes de las negociaciones. He aquí las notas recogidas por el príncipe sobre el punto de vista francés, tal como el secretario general del Quai le expuso entonces más ampliamente:

«Una proposición de paz de parte del emperador de Austria es un hecho nuevo. Hasta aquí, únicamente las proposiciones alemanas habían llegado a los Aliados. Esas proposiciones eran: Constantinopla y Bucovina para los rusos, Transilvania para los rumanos, la Polonia rusa y austríaca constituida en reino independiente, mientras que la Polonia alemana quedaría para Prusia; Serbia sería devuelta a los serbios, con, además, Albania; el Trentino y Trieste, para Italia; para Francia, ninguna promesa formal; para Bélgica, promesas vagas, sin excluir en absoluto una especie de supremacía alemana en Bélgica. El objetivo era claro: se trataba de llevar a término la paz con Rusia, Rumanía, Italia y Serbia en detrimento de Austria, de dividir a los Aliados, de oponer después una negativa absoluta a Francia, a Gran Bretaña y a Bélgica. El mismo juego se reanudaría durante las proposiciones oficiales de paz. No se ignoraba en absoluto que esas proposiciones emanaban desde el primer instante del

deseo de paz del emperador Carlos; sin embargo, por una hábil maniobra, Alemania intentaba explotar en su beneficio esa idea generosa.

»Lo hizo publicando sus proposiciones antes de las de Austria y dándoles, a través de todos los medios de propaganda de que disponía, una resonancia tanto más grande en cuanto sistemáticamente acomodaba a sus opiniones las declaraciones del emperador Carlos. Por todas esas razones, importaba que Austria jugase rápido y bien, si esperaba no solamente hacer una paz honorable, sino incluso salvarse del dominio alemán. El emperador Carlos debería notificar al emperador Guillermo su voluntad de deponer las armas en una fecha fija.

»Hay tres puntos esenciales para comunicar:

»1. Alsacia-Lorena debe ser devuelta íntegramente a Francia, sin ninguna compensación colonial para Alemania.

»2. Ninguno de los Aliados de la Entente puede firmar una paz por separado.

»3. Francia debe hacer honor a sus compromisos».

Parece que los Príncipes no fueron tomados muy en serio, pues, antes de salir para Neuchâtel, donde se encontraron con el emisario de Carlos, el conde (húngaro) Tamás Erdödy, encargado de informarles sobre las intenciones del emperador, redactaron, quizá por consejo de William Martin, que les había transmitido el acuerdo de Poincaré para el viaje, dos textos bastante curiosos. Dejando a un lado, en efecto, su papel de intermediarios, se improvisaron como consejeros del emperador. El primer texto era un «proyecto de proclamación a sus pueblos», que le sugerían hacerlo sin demora, y el

segundo, un «proyecto de convención» que contenía las contraproposiciones que, en su opinión, el emperador pensaba presentar a los Aliados. En la proclamación, Carlos debería anunciar que, «llegado a ese punto del conflicto general… no puedo esperar más, a fin de declarar públicamente las opiniones que se imponen para la salvaguarda y para los intereses esenciales de la monarquía, *independientemente de los que puedan imponerse a mis augustos aliados*». Expresando la esperanza de que Rusia, el Imperio Británico y Francia «no puedan formar el proyecto insensato de aniquilar el Imperio alemán o de destruir la unión secular de mis coronas», el emperador declararía estar dispuesto a restaurar plenamente Serbia facilitándole un acceso igualitario al mar Adriático. El emperador debía también dar a entender que apoyaría las reivindicaciones de Francia y de Bélgica y comprometerse a que «desde ahora, mis tropas permanecerán detenidas a la expectativa en las posiciones que ocupan hasta el restablecimiento definitivo de la paz». En cuanto al proyecto de convención, que los hermanos se proponían someter al emperador, debía incluir la voluntad de Carlos de no oponerse a la restitución de Alsacia-Lorena a Francia ni a la restauración de Bélgica y Serbia así como el deseo de un armisticio entre sus ejércitos y los de Rusia, de Serbia y Rumanía sobre las posiciones que los ejércitos respectivos ocupaban en ese momento esperando la conclusión de un acuerdo «inmediato y previo a la paz».

Es bastante extraño que los príncipes, o aquellos que les aconsejaban, hubiesen podido creer que Carlos firmaría textos que implicaban la ruptura inmediata con Alemania, la evacuación de Serbia, la suspensión de la ofensiva en curso en

Italia, lo que dejaría a los italianos bastante tiempo para reagruparse y reforzarse. Y todo eso sin contrapartida, sin garantía expresa de la integridad de la monarquía.

Llegados a Neuchâtel el 13 de febrero, los príncipes envían a Erdödy, comandante de la gendarmería húngara, sus dos textos. El emisario del emperador les informa, refiriéndose a su carta anterior, de que Carlos aceptaría las proposiciones aliadas concernientes a Francia, Bélgica y Rusia, con la que estaba dispuesto a concluir un armisticio, pero que en lo que concernía a la restitución de Serbia y su extensión a Albania, mantenía sus reservas. Según Erdödy, el emperador preferiría crear un reino yugoslavo que englosara a Bosnia-Herzegovina, Serbia, Montenegro y Albania, no independiente, sino sólo autónomo, y que desligado de la corona imperial, un archiduque sustituiría, en el trono de Serbia, a la dinastía de los Karadjordjevic. En cuanto a los problemas que tocaban a Italia y Rumanía, no fueron abordados. Los príncipes volvieron a París, donde dieron cuenta de su misión a Cambon y a William Martin. El conde Erdödy, por su parte, salió para Viena. Una nueva cita se concreta para el 21 de febrero. Sólo en ese momento el emperador decide poner al corriente de las conversaciones mantenidas a su ministro de Asuntos Exteriores. Después de haber estudiado los textos de los príncipes, Czernin —muy desconfiado desde el comienzo, desde su punto de vista estimó que trabajaban por una «paz francesa»— redactó la respuesta que Erdödy, en su segundo viaje, debía llevar a Neuchâtel. Sus términos constituían otras tantas trabas a la empresa de Carlos. En efecto, la nota de Czernin comenzaba con esta frase perentoria: «*La alianza entre Austria-Hungría,*

Alemania, Turquía y Bulgaria es absolutamente indisoluble. Una paz por separado de uno de esos estados está totalmente excluida». Czernin afirmaba después que Austria-Hungría tenía la intención de establecer relaciones amistosas con Serbia gracias a amplias concesiones económicas, que no obstaculizaría la renuncia alemana a Alsacia-Lorena, que deseaba la restauración de Bélgica y su indemnización «para todos los beligerantes», que no deseaba aniquilar a Rumanía, sino que quería conservarla ocupada como prenda en tanto que la monarquía no hubiese obtenido la garantía de su plena integridad. Por lo demás, Czernin hacía hincapié en que se equivocaban, en el extranjero, sobre los sentimientos de los eslavos, fieles al emperador y al imperio, y que se cometía un gran error al creer que Austria-Hungría se encontraba bajo la tutela de Alemania. En desquite, escribe, «en Austria-Hungría, se extiende la opinión de que Francia actúa totalmente bajo la presión de Inglaterra».

Fue de alguna manera la respuesta del pastor a la pastora. Sin embargo, al leer la nota, Carlos se da cuenta de que la misma sólo podía decepcionar a los franceses, sobre todo el pasaje que excluía «absolutamente» cualquier perspectiva de paz por separado. Al mismo tiempo, la emperatriz Zita, que detestaba a Czernin, comprendió que Carlos no podía permitirse romper con él —lo que habría ocurrido si hubiese interceptado la nota. A los ojos de los alemanes, de la corte, del Estado Mayor y de los húngaros, el emperador tenía necesidad del aval de su ministro. Sólo ella podía borrar esa impresión si Carlos se comprometía en negociaciones sin garantías serias para la supervivencia de la monarquía. Sin embargo, para atenuar la brutalidad de la misiva de Czernin,

el emperador añade, con su propia escritura y a lápiz, una «nota secreta y personal» en la que decía: «Apoyaremos a Francia y ejerceremos una presión sobre Alemania con todos los medios de que disponemos. Sentimos la más grande simpatía por Bélgica y nos damos cuenta de la injusticia de la que fue víctima. La Entente y nosotros mismos repararemos los grandes daños que ha sufrido. Nosotros no estamos absolutamente en las manos de Alemania; la prueba es que no hemos roto con los Estados Unidos. Sin embargo, entre nosotros, la opinión general es que Francia está bajo influencia inglesa. Alemania también declaró que hacía una guerra defensiva. En nuestro país, ningún pueblo es privilegiado, los eslavos gozan de una igualdad de derechos completa. Todos los pueblos están unidos y son fieles a la dinastía. Nuestro único objetivo es mantener la monarquía en su grandeza actual».

Observemos que el acento puesto por Carlos en la fidelidad de los pueblos de la monarquía debió de despertar cierto escepticismo entre los dirigentes franceses. En efecto, éstos no ignoraban las deserciones masivas que se efectuaban en el seno de las tropas checas, después que los soldados hubiesen tenido conocimiento del Manifiesto del gran duque Nicolás, ampliamente difundido por la propaganda rusa entre los regimientos eslavos del ejército austrohúngaro, manifiesto que les prometía la independencia nacional en el caso en que ellos hubieran contribuido a la victoria aliada. El 3 de abril de 1915, la mayoría del 28 regimiento de Praga —el regimiento Víctor Emmanuel— y, algunos días más tarde, una parte del 36 regimiento se habían pasado a los rusos, permitiendo la formación de una legión checa en Rusia. Y, si es verdad que

los eslavos del Sur, en particular los croatas, se batían con mucho ardor en el frente italiano, el *Agramer Tagblatt* [150] señala, el 25 de febrero de 1917, que «no es por la hegemonía alemana o magiar por lo que combaten, sino porque esperan que la dinastía los proteja contra cualquier opresión».

Además, un diputado esloveno y uno croata del Reichsrat habían emigrado a Italia. Las tropas croatas y eslovenas combatían al lado de las rumanas contra los búlgaros. Y el ejército serbio de Salónica había reclutado un cierto número de prisioneros croatas y eslovenos. Los medios bien informados de Francia y Gran Bretaña y, sobre todo, de Italia no podían ignorar que croatas y eslovenos estaban divididos. Se podía prever que, si Austria-Hungría salía victoriosa de la guerra, los serbios de Hungría optarían por el federalismo austríaco. Pero si la Entente salía victoriosa, tanto los croatas como los eslovenos se harían irredentistas.

Una vez en posesión de la carta de Czernin y de la nota del emperador (cuyo original autógrafo fue destruido y quemado en Neuchâtel), el príncipe Sixto regresó inmediatamente a París. Sin embargo por razones que no están completamente claras, pero que pueden estar en relación con la agravación de las relaciones americano-alemanas y sus repercusiones en Francia y Austria, Sixto sólo llegó a ver al presidente de la República el 5 de marzo. Poincaré se mostró evidentemente muy decepcionado por la nota de Czernin: «No me es posible mostrar eso a nuestros aliados», le dijo al príncipe, admitiendo que la nota añadida de Carlos ofrecía una base para la continuidad de las negociaciones. Se la comunicaría, dijo, a sus dos principales aliados, el zar y Lloyd George; pero no le ocultó a Sixto que el obstáculo para un acuerdo vendría

ciertamente de Italia, que «exigía una parte que no sería escasa». Y como Francia no podría tratar una paz por separado con Austria sin Italia… No obstante convino que, «si Francia le había prometido a Italia ayudarle a conquistar Trieste, no le había *garantizado* Trieste». «Después de todo, la Alianza es un contrato sinalagmático», dijo Poincaré no sin cinismo, añadiendo que él sabía que el pueblo italiano deseaba la paz.

El presidente era sincero cuando le declaró a Sixto que «el interés de Francia no es únicamente mantener a Austria sino agrandarla en detrimento de Alemania» (¿Silesia o Baviera?). En cualquier caso, tomemos nota aquí: estamos en el mediodía del 5 de marzo de 1917. Poincaré hace hincapié en que el objetivo de los Aliados es, ante todo, la victoria sobre Alemania «dejando a un lado a Austria». Eso parecía un ofrecimiento de trato, aunque sólo sea verbal: «Que Carlos se separe de Alemania, y nosotros le ayudaremos a mantener la monarquía». Se comprende la inquietud que las fugas, inevitables en parecidas circunstancias, provocaron en los medios de la emigración yugoslava y checoslovaca de París y de Roma, y entre sus amigos franceses, italianos y británicos.

Poincaré no tardó en poner al corriente a Briand, que se suma plenamente a su manera de ver en lo que concernía a la prosecución de las negociaciones. También Poincaré, durante un nuevo encuentro con Sixto, insistió en la urgencia que tenía de parar las operaciones austríacas sobre el frente de Italia, donde, con el concurso de las tropas alemanas, corrían el riesgo de provocar un desastre militar y político. En tal caso, Francia se vería obligada a enviar a la península, tropas que se enfrentarían a las austríacas. ¿Cómo, entonces, llevar a

bien las negociaciones que comenzaban? Poincaré habló también de la oferta del rey de España de servir de mediador: «El rey Alfonso ama mucho a Austria, pero también ama a Francia».

Si, en Italia, los rumores de contactos austrofranceses habían suscitado inquietud, en Alemania, igualmente, la inquietud era grande. Así, el 15 de marzo, el canciller Bethmann-Hollweg llega a Viena, portador de un informe secreto de su embajador Von Wedel, en el que éste decía, especialmente, que Carlos «pensaba mucho más en la paz que en la victoria» y parece dispuesto a todas las concesiones para terminar con la guerra lo más rápidamente posible. Según Wedel, Carlos se dejaba influir por su esposa, cuya madre y tía, la archiduquesa María Teresa, escuchaban sólo los consejos de los jesuitas y se dedicaban a intrigas que apuntaban a la reconciliación de Italia y Austria. Según el embajador, por dar satisfacción a esas damas Carlos hizo anular la orden de bombardear Venecia. Czernin se esfuerza por tranquilizar al canciller, sin ocultarle la posibilidad que tenía de establecer conversaciones con el gobierno francés. Sin embargo, en ese plano, Bethmann guardaba un buen triunfo en su manga: noticias llegadas de San Petersburgo. Por una parte, la guerra submarina, por otra, el hundimiento probable en lo sucesivo del frente ruso. ¿Era ése el mejor momento para desunirse en vez de explotar esos avances?

Poco después de la partida de Bethmann, Carlos envía a Erdödy a Neuchâtel para un nuevo encuentro con los príncipes. Esa vez, estaba encargado de traerlos a Viena. Previamente, Sixto le había hecho llegar una carta muy optimista, en la que sin embargo le ponía en guardia contra el

lanzamiento de una ofensiva contra Italia y le informaba de lo que Poincaré le había dicho a ese respecto. Sixto urgió a Carlos a actuar, pues, después de la partida de Briand —que se decía inminente— el nuevo gobierno francés contaría muy probablemente con un cierto número de ministros ardientemente proitalianos y austrófobos.

Una vez más, Sixto había acompañado su carta de un proyecto de nota que le sugería a Carlos que redactara. Reconocería claramente el derecho de Francia a recobrar Alsacia-Lorena, la necesidad de restaurar Bélgica, de restablecer la soberanía de Serbia y expresaría su voluntad de entrar en conversaciones con Rusia «sobre la base del desinterés de Austria-Hungría por Constantinopla, a cambio de territorios de la monarquía actualmente ocupados por las tropas rusas». Sixto aconsejaba todavía al emperador declarar que, una vez que los cuatro puntos mencionados más arriba fuesen aceptados, mantendría a sus tropas en sus líneas actuales, y pediría a Francia y a sus aliados que, *en el caso de que Alemania intimidara a Austria-Hungría a renunciar a ese acuerdo, ayuden «con toda su fuerza y sin demora a Austria-Hungría en su resistencia contra esa intimidación o contra una declaración de guerra del imperio alemán por su lado»*.

Ese último pasaje permite suponer que en el curso de las conversaciones de Sixto con Erdödy la eventualidad de una ocupación de Austria por las tropas del Reich había sido tomada en cuenta.

Aquí, abramos un paréntesis sobre los contactos que tuvieron lugar, en la misma época, entre los Estados Unidos y Austria. El 18 de febrero, el embajador americano Penfield remitió a Czernin una memoria notificándole que las

respuestas dadas por Austria, el 10 de febrero de 1916 y el 13 de enero de 1917, a las cuestiones relativas a la decisión alemana de comenzar la guerra submarina no habían sido consideradas suficientes por Wilson. Viendo de nuevo a Czernin el 26 de febrero, el embajador vuelve a recalcar que, según sus fuentes, los gobiernos de la Entente *no tenían la intención de destruir la monarquía separando de Austria Bohemia y Hungría*. Declaró recibir esa información de Lloyd George, que le había escrito a Wilson una carta a ese respecto. Parece que, de acuerdo con los franco-británicos o independientemente de ellos, los Estados Unidos tenían alguna esperanza de empujar a Austria a separarse de Alemania asegurándole que sus intereses serían respetados en caso de divorcio. ¿Pero qué crédito podía concederle Czernin a las declaraciones de Penfield sabiendo la poca simpatía con que contaba la católica Austria en los medios dirigentes americanos, protestantes y masónicos, de los que Wilson era la emanación —sobre todo después de las declaraciones recientes del presidente de los Estados Unidos que prometían la liberación de los «pueblos oprimidos»? También hizo, durante su encuentro siguiente con Penfield, la misma declaración que la que había dirigido a los Aliados en su nota del 20 de febrero, remitida a Sixto: «It is absolutely out of question to separate Austria and Hungary of their Allies». (Está absolutamente fuera de cuestión separar a Austria y Hungría de sus aliados). Y el 6 de marzo de 1917, respondiendo a la memoria americana, tomó la defensa de los alemanes, conducidos arguyó, a la guerra submarina intensiva para responder al boicot británico. La reacción americana no tardó: en un discurso pronunciado poco después, sobre los

objetivos de guerra de los Estados Unidos, Wilson menciona, entre otras cosas, «la liberación de las minorías oprimidas», lo que no facilitó la misión de Sixto. En cuanto a Ribot, protestaría aun violentamente contra la acusación de haber dejado pasar, en 1917, la ocasión de poner fin a la guerra concertando una paz en beneficio de Francia [151].

Alemania y Austria, escribió Czernin, pensaron en 1917 en los medios para terminar la guerra porque sentían que la victoria se les escapaba. Si París hubiese renunciado a Alsacia-Lorena, e Italia a Trieste, Alemania hubiese sin duda hecho a Francia algunas concesiones en Lorena, sin por ello abandonar Metz, mientras que el emperador de Austria hubiese cedido a Italia el Trentino, de lengua italiana, a cambio de algunos territorios en África o en otra parte. Pero Francia rechazaba un regreso al *statu quo ante bellum*. Lo que más llamaba la atención de esos propósitos es que Ribot, como Clemenceau, era hostil a cualquier paz de compromiso; dio oídos a sus consejeros austrófobos asociados a Masaryk y cedió fácilmente (a pesar de que no las incitara) a las presiones italianas transmitidas por el embajador Camille Barrère, enemigo feroz de Austria. «A pesar de todos los riesgos que entraña la diplomacia secreta, parece que Ribot hubiera debido, por simple honestidad y conciencia de la responsabilidad, impulsar las negociaciones hasta un programa determinado, aceptado o no por Italia. Su inacción, por no decir más, parece muy culpable», escribe Launay.

XVIII. LA POLÍTICA DEL CONDE CZERNIN

Parece que en Viena se estaba bastante mal informado, en ese momento, del clima político en Francia y que no se caía en la cuenta de la significación de la caída de Briand y de su reemplazamiento por Ribot, y después por Clemenceau. Detengámonos un instante en la personalidad de Alexandre Ribot, que es uno de los protagonistas del drama austríaco. Nacido en 1842, muerto en 1923, Ribot participó en calidad de ministro de Finanzas a la conclusión de la Alianza franco-rusa, en 1892. Uno de sus biógrafos, Martin Schmitt, ve en él «un representante típico de la tradición liberal francesa». Fue, creo yo, más y menos a la vez. En efecto, la facultad de Derecho, donde hizo sus estudios, era, en su época, un foco de la oposición liberal y democrática, cuyo ambiente le convenía a un joven que acababa de perder la fe católica. En el salón del padre Duvergier, conoció a hombres de envergadura, como Montalembert, Thiers, Odillon-Barrault, Rémusat. En 1869, funda la sociedad de legislación comparada bajo la égida de Edouard Laboulaye, del Colegio de Francia. ¿Era ya francmasón? El hecho es que Gambetta, lo mismo que Émile Acollas, pesan mucho allí. Este último quiere organizar una conferencia internacional de la paz en Génova, con Alfred Naquet. En 1869, Ribot interviene en el Congreso por la paz y la libertad, en Lausana. «La república democrática es la única forma de gobierno», declara (¿hubiera

sostenido esa tesis ante los reyes de Inglaterra, de Bélgica, de Suecia, ante el zar de Rusia?). 1871 lo encuentra casi renaniano. En adelante, sin renegar de su pasado libertario, está por «una severa disciplina moral e intelectual», colabora en la Escuela libre de ciencias políticas, fundada por Émile Boutmy en 1871. Se da cuenta de la misión que tiene que cumplir como educador cívico de la nación. «Hay que acabar con la influencia clerical e insuflar ideas republicanas en la mayoría de la población», declara [152]. (Más tarde, su mujer, presbiteriana, lo acercará a la religión). Desde luego, Clemenceau, que lo estima mucho, es un excelente periodista. Ribot es, además, un ideólogo. ¿Detesta verdaderamente a Poincaré, que le ha ganado en la elección presidencial? Le faltó el apoyo del grupo moderado. Pero los rencores nacidos en tiempos de Dreyfus no han sido olvidados. Léon Bourgeois, Louis Barthou, Gaston Calmette (del *Figaro*) le apoyan. Según Castex, «Ribot no ha comprendido el papel político que hubiese jugado la monarquía de los Habsburgo en la Europa de posguerra […] y apoyó la obstinación de Italia en sus reivindicaciones territoriales». ¿No fue lógico consigo mismo?

Volvamos a Czernin. Sobrestima ciertamente la influencia de los medios pacifistas en Francia, la escalada del deseo de paz, sobre todo tras el fracaso de la ofensiva de Flandes, confiada al general Castelnau. Este militar, simpatizante del partido católico, no creyó nunca en un éxito. A un amigo que le preguntó sobre las razones de su pesimismo: «Hay cosas que hay que hacer simplemente para demostrar que son imposibles», respondió. Un artículo muy pro-Habsburgo, publicado en el *Figaro* por J. Reinach y firmado Polibio, causó

gran impresión en la capital austríaca. El autor escribía: «Hay muchos franceses a quienes no gusta la idea wilsoniana de la republicanización de Europa». Todo eso animó a Czernin.

Ya hemos dicho que este último no tenía confianza en Sixto. Eso explicaría que —probablemente después de haberle arrancado a Carlos su acuerdo— encargase a uno de sus amigos, el conde Mensdorff, que volviera a Berna y se pusiera en contacto con los franceses. Para comprender la misión de Mensdorff, es necesario remontarse a finales de noviembre de 1916, cuando el barón Gagern, embajador de Austria en Suiza, se encuentra con el periodista, político y agente francés Sauerwein, colaborador del *Matin*, que le sugirió la idea de una entrevista con Briand. Sin embargo, antes de poder llevar a cabo algún trato, Sauerwein fue llamado a París y Czernin le pidió al embajador que se abstuviera de cualquier nueva tentativa de toma de contacto. Pero Sauerwein vuelve el 17 de febrero de 1917a Berna y relanza el asunto. Dos días más tarde, el embajador de Francia Haguenin, amigo de Jules Cambon, que quería preservar celosamente el carácter del contexto diplomático, le pide a uno de sus amigos austropolacos que arregle un encuentro franco-austríaco en Viena. Czernin, desconfiado, no reacciona. Sin embargo, el 10 de marzo, el barón Musulin, sucesor de Gagern en la embajada de Berna, retomó el asunto y dejó entender a Haguenin que Austria no rechazaría un papel de mediadora entre la Entente y Alemania, si se le encargaba. Haguenin acogió favorablemente la proposición. El informe de Musulin llegó el 11 de marzo a Viena. El mismo día, Czernin le pide al príncipe Hohenlohe, embajador en Berlín, que le concierte un encuentro con Bethmann-Hollweg —¿no tenía que devolverle

su visita?— y, a los dos días, le responde a Musulin que no veía ninguna objeción en una mediación, pero que debía primeramente consultar con los alemanes. El 14, informó a Hohenlohe del envío de un mensajero, Von Mérey, un alto funcionario húngaro del ministerio. Así, paralelamente a la mediación de Sixto, Czernin intentó sondear al Káiser y a su gobierno. Todo sucedía como si Czernin no hubiera comprendido claramente si los Aliados querían preparar una paz por separado con Austria o entrar en conversaciones con ésta en vistas de una paz conjunta.

El 14 de marzo, el mismo día en que estalla la revolución rusa y tres semanas antes de que los Estados Unidos, sobrepasados por la guerra submarina a ultranza desatada por el Reich, entren en guerra, Mérey se entrevista con el canciller alemán y el secretario de Estado Arthur Zimmermann.

Es interesante observar la diferencia entre la reacción de Berlín y la de Viena ante la noticia de la revolución rusa. El Káiser y su entorno se alegraron francamente, pues sólo veían en ello un factor de debilitamiento considerable en la Entente, del que se iban a beneficiar. Carlos, al contrario, imaginó el peligro que la propagación del espíritu revolucionario, a partir del gran país eslavo, representaría para su imperio multinacional. Desaprueba la ayuda aportada por Alemania para el regreso de Lenin a su país, a fin de que extendiese la agitación. Carlos temía que aquélla alcanzase e inundase no sólo a Alemania sino también a Austria. «No crea que los sentimientos monárquicos están más profundamente enraizados en Berlín que en Viena», escribía Czernin, bajo el dictado de Carlos, a Guillermo II, al mismo tiempo que reconocía que «la revolución rusa afecta más a los eslavos que

a los alemanes».

En Francia, Clemenceau como Pétain se felicitaron por los acontecimientos de Rusia, convencidos de que el gobierno democrático proseguiría la guerra al lado de los Aliados con mucho más vigor que el gobierno del zar, en quien había creído adivinar el deseo de abandonar la lucha.

Antes incluso de la llegada de Mérey, los alemanes habían barruntado la iniciativa de Haguenin, de la que, además, uno de sus agentes en Suiza, un tal Kessler, también había tenido noticias. No ignoraban, tampoco, que, Jules Cambon estaba detrás del asunto. ¿Pero sabían que tanto éste como su hermano Paul eran absolutamente hostiles a una paz de compromiso?

A Haguenin, aunque se mostrase bastante ligero, no le faltaba imaginación ni espíritu provocador. Habló de la eventualidad de una alianza Francia-Alemania-Austria-Rusia contra Gran Bretaña, señalando que esa idea no le disgustaría a Miliukov y que incluso Briand no estaría en contra, si «las circunstancias lo permitían». Pero evidentemente, para que tal combinación fuese posible, Alemania debería renunciar a sus proyectos de Mitteleuropa… y Alsacia-Lorena. Pérdida que podría ser compensada con colonias.

Haguenin aseguró por otra parte que Francia era favorable a Carlos. «Nos es simpático», le dijo a Kessler. Pero éste, bruscamente, apuntó: ¡Alemania no devolverá Alsacia-Lorena, ni por amistad, ni para conseguir ventajas económicas, ni para darle placer a Austria-Hungría!

Durante ese tiempo, en Berlín, se le explica a Mérey que se era escéptico en cuanto al valor de los propósitos pacíficos

manifestados por los Aliados y se rogaba a Austria que no enviase, por el momento, a una personalidad de real importancia a Suiza y, sobre todo, que no revelase a los franceses que los Alemanes estaban al corriente de sus contactos. En esto, Bethmann vuelve a Viena, el 14 de mayo. Una vez más, Czernin le pinta un cuadro sombrío de la situación interior de Austria —además no exageraba— diciéndole que las reservas de la monarquía estaban agotadas. Si las intenciones francesas debían tomar cuerpo, dijo, enviaría a Suiza al conde Mensdorff y le pediría al canciller que precisara las eventuales condiciones alemanas que habría que exponer a Francia.

El 21 de marzo, Mensdorff llegó a Suiza.

XIX. EL CASO SIXTO (CONTINUACIÓN)

El 21 de marzo, los príncipes pasaron la frontera austríaca, con las precauciones más extremas. Al día siguiente, llegaron a Viena y se alojaron en casa de Erdödy, que llevó enseguida a Carlos, al Castillo de Laxenburg, la carta de Sixto. Después éste le siguió por la «puerta pequeña». Carlos le hizo partícipe de su optimismo: el momento era propicio, un cierto equilibrio se había instaurado entre las fuerzas de los dos campos. Sin duda, la Entente estaba perdiendo la aportación de Rusia, pero recibía, en compensación, la ayuda americana.

El príncipe le expresó su convicción de que sería vano intentar doblegar a los alemanes. Carlos se declara de acuerdo: en Berlín, dijo, se cree aún en la victoria total, el proyecto Siegfried les domina. A pesar de todo, intentaría igualmente convencer a Guillermo. En caso de fracaso, añadió: «No puedo sacrificar la monarquía a la locura de los vecinos. Haré la paz por separado». En prioridad, era necesario realizar un acuerdo total con Francia, y, por su mediación, con Gran Bretaña y Rusia. En efecto, el emperador deseaba ser correcto con los alemanes, hasta el límite de lo posible. Pero éstos tenían que devolver Alsacia-Lorena y consentir en la neutralización del Rin. En lo tocante a Polonia, Carlos contaba con las simpatías austropolacas. De Constantinopla, se hablaría cuando las cosas se hubieran aclarado en Rusia. De Serbia, sólo esperaba la supresión de las

sociedades secretas y el fin de la propaganda antiaustríaca, y el país podría tener un acceso al Adriático por Albania. Sin duda sería posible entenderse con Francia sobre la necesidad del mantenimiento de Turquía. La restauración de Bélgica, con su Congo, no ofrecía problema. En cuanto a Italia…

El príncipe le interrumpió: se podía temer precisamente que Italia lo hiciese naufragar todo. Por eso, replicó Carlos, desearía ante todo ponerse de acuerdo con París, Londres y Moscú. Y no olvidéis, añadió, ligeramente irritado, que los tiroleses están con la monarquía.

Czernin intervino, reservado como de costumbre. No se podía contar, dijo, con que los alemanes renunciaran a Alsacia-Lorena. Entonces, «será necesario un día u otro separarse». Y preguntó a Carlos: ¿Por qué Francia exige toda la Alsacia de Luis XIV, con Sarrelouis y Landau, por qué no se contenta con recobrar la Alsacia de 1815?

El 24 de marzo, Sixto vio otra vez a Czernin en casa de los Erdödy. El ministro austrohúngaro expresó el deseo de que todas las partes interesadas diesen el primer paso simultáneamente. Tenía visiblemente miedo de Alemania. Por la noche, Carlos le remite a Sixto su carta a Poincaré, en quien únicamente, añadía, tenía confianza, en tanto que los ministros franceses sólo le inspiraban desconfianza. Al volver sobre la cuestión de Italia, no oculta su menosprecio: «Esas gentes ni siquiera saben apuñalaros correctamente por la espalda». El ideal, según él, sería que Francia y Gran Bretaña fuesen los árbitros entre Italia y Austria, en la confianza de que pudiesen moderar las exigencias de Roma. Para facilitar su acción, se comprometía a «mantener en reserva» la ofensiva prevista contra Italia. «A menos que sean ellos

quienes nos ataquen…».

Sixto llegó a París el 30 de marzo (entre tanto, para su desgracia, el muy austrófobo Ribot había sucedido a Briand, para ser reemplazado, el mes de septiembre siguiente, por Painlevé). Al día siguiente, le envía a Poincaré la carta autógrafa del emperador, con fecha del 24 [153]. (Fue la carta [154] que Clemenceau hará pública el 12 de abril de 1918, poniendo fin a toda negociación ulterior). Cambon, presente en la entrevista de Sixto con Ribot, relanza el proyecto absurdo de la compensación de Austria, por la cesión del Trentino a Italia, con la Silesia alemana. (Suponiendo que los austríacos hubiesen sido tan estúpidos como para proponer esa solución a Berlín, eso hubiera bastado para hacer de Alemania su enemigo eterno). Por lo demás, Poincaré lo pasa por alto. Lo que le interesa precisar era que, en su opinión, las cosas debían desembocar no en un simple armisticio, sino en una verdadera paz por separado con Austria, que de ese modo se alinearía diplomáticamente del lado de los gobiernos de la Entente. Añadió que escribiría él mismo a los británicos para resumir la carta de Carlos. Sixto anuncia entonces que él mismo proyectaba ir a Gran Bretaña, para poner en guardia a sus interlocutores contra cualquier indiscreción, pues, en el caso de una filtración, el emperador se vería obligado, a fin de probar su lealtad a los alemanes, a enviar tropas sobre el frente francés. Cambon opinó: ¡Nada sería más nefasto!

Al día siguiente, cuando Poincaré le relata esa entrevista a Ribot, éste le dice que ya había invitado a Lloyd George a Boulogne para discutir las proposiciones austríacas, y que le prevendrá de la llegada de Sixto a Londres.

El 3 de abril, Carlos, a petición suya, se encontró con

Guillermo II en el cuartel general alemán, en Bad Homburg. Estaba acompañado de su esposa, de Czernin y del jefe del Estado Mayor, el general Arthur Arz von Straussenburg. En el transcurso de esas conversaciones, que habían sido concertadas en Berlín por Czernin y Bethmann-Hollweg, Carlos informa al Káiser de su intención de emprender negociaciones con Francia por mediación de su cuñado Sixto. «Si Alemania está dispuesta a renunciar a Alsacia-Lorena, Austria está dispuesta a ofrecerle una compensación en Polonia», le dijo a Guillermo II, argumentando la necesidad urgente que tenía Austria —ya sin fuerzas— de concluir la paz. Mencionó también la preocupación que le causaba la deserción de algunos de sus regimientos. El Káiser le escuchó con comprensión, pero Hindenburg y Ludendorff —que parecían ser los verdaderos soberanos de Alemania— no quisieron oír hablar de ninguna cesión. La Revolución rusa había reforzado su confianza en la victoria —confianza que incluso la declaración de guerra de los Estados Unidos no había quebrantado. Carlos y Zita regresaron a Viena con las manos vacías.

El 4 de abril, los periódicos parisienses recibían instrucciones de la Oficina de prensa: ninguna información concerniente a la eventualidad de una paz por separado con Austria debía ser publicada.

El 6 de abril (día en que se hizo efectiva la entrada en guerra de los Estados Unidos), el príncipe recibe a Cambon. Con Ribot, le dijo éste, habían llegado a la conclusión de que el jefe del gobierno se entrevistaría con Lloyd George para precisar su postura y que, a continuación, consultarían conjuntamente a los italianos. Sixto se sintió visiblemente

decepcionado: «¿No ha cambiado nada entonces?», preguntó. Cambon, ambiguo: «Se preferiría, en efecto, una paz por separado, pero también se prevén otras posibilidades, por ejemplo un armisticio por acuerdo secreto, lo que permitiría continuar la guerra sin hacerla».

Sixto vio la trampa. Sabía que una combinación de ese género no escaparía a los alemanes y les permitiría intensificar su presión sobre Austria. Para hacer tragar la píldora, Cambon, vehemente, le asegura que Ribot desearía verlo. En realidad, ¡el presidente del Consejo no tenía ninguna prisa por ver al príncipe!

El 11 de abril, Ribot se entrevistó efectivamente con Lloyd George y, el 12, de regreso a París, envía una vez más a Cambon a casa del príncipe para informarle de que Lloyd George también estaba de acuerdo en continuar las conversaciones pero que tenía que ver en secreto a Sydney Sonnino, ministro italiano de Asuntos Exteriores. Sixto le reiteró lo mucho que temía una indiscreción de los italianos. Si se juzgaba absolutamente necesario hablar con Sonnino, que no se le mencione como intermediario, sino que se aleguen contactos con el conde Mensdorff, en Suiza (de lo que los italianos estaban ya ciertamente informados). Sixto insistió: deseaba hablar con Lloyd George antes de que éste se encuentre con los italianos. A media mañana del mismo día, Poincaré y Ribot le anunciaron que Lloyd George persistía en su voluntad de discutir antes que nada con Sonnino. Sixto volvió a decirles que una indiscreción italiana podría poner en peligro la vida del emperador. Creía capaces a los alemanes de intentar que lo asesinaran. Suplicó que al menos no se dijese «todo» a Italia. Ribot le replicó que eso sería muy difícil.

(Insisto en ese punto, pues hay lugar a pensar que Ribot había previsto la reacción negativa de los italianos, que incluso los había animado, probablemente, a oponerse a cualquier acuerdo con Austria, por medio de su embajador en Roma, Camille Barrère, un extremista como él).

El mismo razonamiento no se aplica a Poincaré, del que Hanotoux dice, quizás con razón, que había tomado muy en serio las negociaciones con Carlos. Pero Hanotoux observa también que las conversaciones con el presidente le daban la impresión «*del temor larvado, pero siempre presente, de ver formar, desde Madrid a Viena, pasando por el Vaticano, un "bloque católico"…*».

Esa obsesión francesa se remontaba a la Revolución y era compartida por los republicanos, los radicales, los jacobinos y los francmasones. Se pueden comparar las observaciones de Hanotoux con las quejas formuladas por el rey de España a propósito de las artimañas del enviado de Philippe Berthelot, un tal Bréal, que, bajo capa de su misión informativa como director de prensa en Madrid, había animado a los conspiradores antimonárquicos.

En cuanto a Cambon, seguirá esforzándose en tranquilizar al príncipe: Francia deseaba mucho una paz por separado con Austria, pero tenía que consultar a sus aliados.

Sin embargo, en Poincaré, el patriotismo, e incluso el nacionalismo, parecen haber tenido prioridad sobre la ideología radical en la cual se bañaba su entorno. Cuando Paléologue, al regresar de Moscú y después Hanotaux, en junio de 1917, le recomiendan negociar con Austria, a fin de apartar a Carlos de Guillermo II, el presidente convino que él mismo pensaba que sería «útil encontrar una salida por parte

austríaca» y prometió discutirlo con su ministro de Asuntos Exteriores, Pichon. Consideraba incluso enviar a este último a Madrid, para sondear a Alfonso XII a propósito de una eventual mediación. Pichon no veía la oportunidad para tal gestión, lo que no es de extrañar, pues, persuadido —sin esforzarse incluso en apuntalar su convicción— de que Alemania sólo cedería Alsacia-Lorena una vez vencida y que Carlos no aceptaría o no estaría en situación de llevar a término una paz por separado, se opuso siempre a cualquier negociación. Poincaré acabó por dejarse convencer de que, de cualquier manera, convenía esperar el resultado, cualquiera que fuese, de la ofensiva que no dejaría de desatar Broussilov en Rusia. Hanotaux, también, insistió: «*Será una gran responsabilidad no aprovechar la ocasión para hacer la paz*». Pero Poincaré tenía visiblemente en cuenta el hecho de que, en su gobierno, los extremistas estaban en mayoría. Como la mayoría de sus amigos, había puesto su esperanza en el éxito de la ofensiva que debía ser lanzada con medios enormes —y que fracasará, provocando una grave crisis de confianza en el país: huelgas, sublevaciones.

Poco dispuesto a renunciar, el príncipe obtiene, el 18 de abril, por mediación de William Martin, una cita con Lloyd George, antes de la partida de éste para la Conferencia interaliada de Saint-Jean de Maurienne. Le reiteró al primer ministro lo que le había dicho ya a sus interlocutores franceses: temía el asesinato de Carlos en el caso de que, por Italia, se produjese una filtración hacia Alemania.

Lloyd George lo tranquilizó diciéndole que tenía confianza en Sonnino y Paolo Boselli. Y afirmó tener sólo amistad para Austria. «Pero Italia es nuestra aliada, nosotros no podemos

hacer la paz sin ella —añadió—, las ambiciones de Italia son grandes y, en cierta medida, contradicen *el principio de las nacionalidades* que proclama», replicó el príncipe [155].

Al preguntarle Lloyd George cuál era la situación de Trieste, el príncipe le responde que había más italianos en Marsella que en Trieste… Lloyd George dijo que en su opinión se debería conceder a los italianos el triángulo del Trentino hasta Bolzano.

El príncipe hizo entonces una observación poco diplomática:

«Si por lo menos Italia tomara por las armas lo que desea, no habría objeción que hacer. Pero los italianos no parecen tener deseo de atacar».

«Comprendo», murmuró Lloyd George.

Después, pasando a Alemania, le preguntó al príncipe:

«¿Piensa usted seriamente que Austria no le hace el juego a Alemania? Porque, en ese caso, le cerraríamos la puerta en la nariz».

—En absoluto. La mejor prueba son las proposiciones del emperador.

—En efecto, sus proposiciones no dan la impresión de un juego llevado en común con Alemania. Pero, pocos días antes de haberlas enviado, el emperador estuvo en Homburg, donde pasó algunos días con el Káiser. ¿Sabe usted de qué han hablado?

—No. Pero después de haber leído el mensaje del emperador y considerado algunos términos reconoció la justa reivindicación de Francia sobre Alsacia-Lorena, ¿cómo puede concebir usted que el emperador de Alemania consienta en

semejante idea?

—Absolutamente… Peró por todo eso, es necesario que Italia quiera hacer la paz.

—Si las pretensiones de Italia son demasiado grandes, temo que Austria rompa toda negociación.

—Por eso debemos entrevistarnos con Sonnino a fin de saber a qué atenernos. Volveré el viernes y entonces vivamente desearía verle —concluyó Lloyd George.

En cuanto a la opinión de Balfour sobre el problema de Austria-Hungría, la conocemos por una declaración que hizo, durante una reunión, el 26 de abril de 1917, al Consejo de la guerra imperial, sin duda como respuesta a todos los que, en su entorno, bajo la influencia de Steed y de Seton-Watson, reclamaban que se hablase también de la independencia de Checoslovaquia. «Bohemia, declaró, tiene su historia y su tradición particulares. Ha sido un tanto maltratada por Austria en esta guerra. Si nuestras informaciones son exactas, existe en Bohemia un fuerte odio hacia la cultura y la población alemanas… Pero no estoy completamente seguro de si se podrían apaciguar esos sentimientos concediéndole a Bohemia una autonomía en el marco de Austria… Si se transformase Austria en un Estado de cuatro, un cuádruple imperio, y si se le concede la autonomía a Bohemia, sería quizá una construcción artificial, pero no más, de hecho, de lo que ha sido Austria durante siglos. Así, se podrían satisfacer prácticamente las aspiraciones de diversos grupos populares sin tener que destruir Austria». Ese discurso prueba que Balfour cambió de opinión en cuanto al futuro de Austria, que estimaba al presente que era mejor conservar o desarrollar una construcción imperfecta pero que había dado

pruebas de sus aptitudes en la Historia que, cediendo a ideólogos y utopistas fanáticos, ponerse a construir un edificio nuevo del que no era difícil predecir su fragilidad…

La situación de Sonnino tampoco era fácil. Por un lado, debía hacer frente al Vaticano, que había movilizado a la opinión católica hacia el salvamento de Austria, así como a los periódicos que, desde el *Osservatore romano, Il Corriere d'Italia, Il Resto del Carlino, Il Mattino* hasta el *Popolo romano* y, a menudo, incluso, la *Stampa*, se hacían eco del deseo popular de acabar la guerra cuanto antes por medio de la negociación. Por el otro lado, sufría la influencia de su agregado militar en Berna, el general Monara, que estimaba que la guerra acabaría pronto a continuación de una revolución en Austria y no cesaba de alabar «la admirable organización de los checos, como los comités revolucionarios de Roma y de París que preparaban implacablemente la independencia de Bohemia» [156].

El encuentro franco-ítalo-británico tuvo lugar el 19 de abril en Saint-Jean-de-Maurienne. No se necesitó mucho tiempo para comprender que Sonnino pondría un veto categórico a cualquier paz por separado que concediera a Italia menos de lo que le había sido prometido por el tratado de Roma de 1915. Si cedía en ese punto, estaba convencido de que una revolución republicana estallaría en Italia. Ahora bien *no parece que Lloyd George ni Ribot, sobre todo Ribot, hayan insistido mucho cerca de Sonnino para que arrojase lastre*. En cualquier caso, Ribot iba a servirse en adelante, constantemente, del argumento italiano, para hacer fracasar el acuerdo con Austria, que, sin embargo, estaba a dos pasos de conseguir. En cuanto a Sonnino, su temor, expresado en

Saint-Jean-de-Maurienne, de una revolución no estaba completamente injustificado: ¿no fue incansablemente objeto de ataques de los *ultras*, que le reprochaban su debilidad en la conducción de la guerra, e incluso su austrofilia? Pero no puede subestimarse tampoco la audiencia de la que los adversarios de la guerra a ultranza, como Giolitti y sus amigos políticos, así como buen número de socialistas, sacaban provecho en Italia. Al mismo tiempo, algunos de los antiaustríacos más fervorosos, como Gaetano Salvemini y su grupo, le reprochaban a Sonnino no ceder en Dalmacia, manzana de la discordia entre los nacionalistas italianos y la emigración yugoslava, que contaba con muchos amigos entre los medios políticos e intelectuales de la península (por ejemplo, Guglielmo Ferrero y su círculo).

Sea lo que fuere, Ribot sacó en conclusión de la conferencia de Saint-Jean-de-Maurienne que «no había nada que hacer», a menos que por imposible Austria hiciese proposiciones tales que por su naturaleza contentasen todos los deseos, no sólo del pueblo italiano, que, poseía el sentido de las realidades prácticas e inmediatas, sino también del barón Sydney Sonnino, que quiere transformar, con un solo golpe de batuta, el reino de Italia en un imperio oriental [157]. (Pues, para Ribot, Dalmacia era ya Oriente, lo mismo que Grecia).

Por ello Ribot era partidario de que cesaran las conversaciones. El 22 de abril de 1917, Lloyd George remitió, con sus sentimientos, a Sixto la respuesta negativa de los Aliados, haciéndole notar que Poincaré y él eran «completamente partidarios de continuar a pesar de todo negociando con Austria».

Sixto informó al emperador del resultado de la Conferencia

interaliada. Carlos le pidió que regresara igualmente a Neuchâtel, donde, el 4 de mayo, Erdödy le esperaba para entregarle las cartas del emperador y de la emperatriz Zita. No se hacían cargo al parecer de la gravedad de lo que había pasado. En su carta, la emperatriz, especialmente, se extrañaba: ¿Cómo Italia puede esperar obtener más por medio de sus aliados que directamente de Austria?

Erdödy le explicó entonces a Sixto lo que Zita quería decir. En efecto, relata, en el intervalo, un oficial del estado mayor italiano acababa de contactar con el agregado militar alemán en Berna, llevando un mensaje del jefe del Estado Mayor italiano, el conde Luigi Cadorna, para preguntar, sin saberlo Sonnino, pero según parece con la conformidad del rey, si Austria estaba dispuesta a firmar una paz por separado. El agregado envió al oficial al embajador austríaco, a quien le reitera la pregunta, precisando que Italia se contentaría con la cesión del Trentino y de la costa Adriática hasta Aquilea, por supuesto sin Trieste, sin Dalmacia, sin el Tirol hasta Brenner. El emperador y Czernin, que desconocían todavía las decisiones de Saint-Jean-de-Maurienne, se negaron a negociar, por temor a disgustar a los franco-británicos al asumir sobre sus espaldas las conversaciones con Italia.

Sixto estimó, no sin razón, que si la proposición italiana era seria el emperador había cometido un gran error al rechazarla. Ahora, era demasiado tarde, Sonnino había obtenido, sin muchos costes, el apoyo para sus máximas reivindicaciones. Sin embargo, el emperador se obstinó en creer que los Aliados acabarían por llevar a Italia a mejores sentimientos. Se persuadió de que las negociaciones podían aún ser proseguidas, y se declaró dispuesto a dar el primer

paso. Pero la idea de cambiar el Trentino por Silesia le parece absurda. Si había que ofrecerle una compensación a Italia, que se le ofreciese en Somalia. En cuanto a Czernin, quiso que los aliados comprendiesen que Austria no podría ceder, fuera lo que fuese, antes de que la Entente no garantizase a cambio el *statu quo* de la Monarquía. Estimó también que los rumanos aceptarían unirse a una Austria federal y propuso que la próxima entrevista con la Entente tuviese lugar entre dos diplomáticos profesionales, dejando adivinar, una vez más, el poco caso que hacía de los dones diplomáticos de Sixto.

El 12 de mayo, Sixto, en compañía de Erdödy, sale para Neuchâtel. Era portador de una nueva carta autógrafa del emperador, fechada el 9 de mayo de 1917. Recordaba en ella la reciente gestión italiana, reduciendo al Tirol las reivindicaciones de Italia. Según Carlos, no habría obstáculo para llegar a un acuerdo puesto que, al parecer, «Francia e Inglaterra comparten mis opiniones sobre lo que creo que deben ser las bases para una paz duradera en Europa».

La carta del emperador fue seguida de una carta autógrafa de Czernin, que, en lo esencial, pedía garantías, en caso de conferencias por la paz, para la integridad de la monarquía, con las rectificaciones a las que ya había dicho consentir. Erdödy le pidió a Sixto que insistiera fuertemente, durante sus próximos contactos con los franceses y los británicos, en la consolidación interior de la situación de Austria, gracias a las reformas y al decreto de amnistía, así como al apoyo que el gobierno de Viena recibía desde ahora de parte de los socialistas.

El 13 de mayo, Bethmann-Hollweg regresa de nuevo a Viena. Hablando en nombre del Káiser, le propuso a Austria

estrechar sus lazos con Alemania. Le confesó, no obstante, a Czernin que no había conseguido persuadir a Ludendorff para que cediera al menos una parte de Alsacia-Lorena a Francia. También, el 14 de mayo, pasando por encima de la opinión de la mayoría de sus ministros, el emperador Carlos, siempre optimista a propósito de la paz con la Entente, rechaza la oferta del Káiser.

El 20 de mayo, Sixto regresa a París y se entrevista con el presidente, y con Ribot. Éste, sin duda irritado por la insistencia de Carlos, alzó el tono. ¿La gestión italiana? No creía de eso ni una palabra. Volvió incluso sobre lo que se había convenido previamente sobre Serbia, al reivindicar también para ella la ciudad de Cattaro (Kotor). Recordó que se había olvidado completamente a Rumanía. De cualquier manera, añadió poniéndose nervioso, si Italia quiere verdaderamente hacer la paz con Austria, la Entente se vería privada de un aliado precioso. Cuando Poincaré le contradijo sobre ese punto, Ribot fue todavía más categórico: «Si no podemos doblegar a Italia, nosotros debemos quedarnos ahí». Ante el acoso del príncipe para que se respondiera a la última carta del emperador, Ribot dijo: «No hay urgencia». Propuso que se le preguntara al rey de Italia por intermedio de Camille Barrère. El príncipe le anunció entonces que iría a Londres para ver de nuevo a Lloyd George y al rey de Inglaterra.

El 22 de mayo, Ribot previene a Paul Cambon, calificando las gestiones de Carlos y de la emperatriz de «medios sospechosos y descaminados», urdidos por Alemania. Ese mensaje —ejemplo típico de desinformación— iba, de hecho, dirigido a Lloyd George para ponerlo en guardia contra Sixto.

Sixto le enseñó la carta del emperador a Lloyd George. Éste

la leyó en voz alta y dijo: *It is a very kind letter*. Pero él tampoco podía creer que el rey de Italia hubiese podido emprender una gestión a espaldas de Sonnino. Sugirió entonces un encuentro entre los dos soberanos, Poincaré y él mismo.

Sixto comenzó finalmente a comprender: ¿Cómo explica usted, le preguntó a Paul Cambon, tras su entrevista con el ministro británico de la Guerra, que usted cediese tan fácilmente a Italia? ¿Sobre todo después de que Lloyd George me hubiese dicho que con el Trentino y las islas dálmatas, se podía hacer la paz? —Lloyd George es un impetuoso, es un celta —le respondió Cambon—. Y por lo que se refiere al encuentro con el rey de Italia, sigue parado. Con toda evidencia, Sonnino se opone.

Se podría considerar como un epílogo del caso Sixto las explicaciones dadas por Alexandre Ribot a la tribuna de la Cámara, el 5 de junio, reafirmando la voluntad de Francia de recuperar las provincias perdidas, y completadas con un discurso, al día siguiente, al senado, donde proclama, por primera vez, con toda claridad, que «*la paz sólo puede salir de la victoria*». Lo que daba a sobrentender que no había lugar para negociar antes del aplastamiento del enemigo y su capitulación sin condiciones. Además, algunos días antes, Ribot había prohibido al representante del Partido socialista ir a la conferencia de Estocolmo para mencionar las posibilidades de la paz.

El 25 de junio, el príncipe Sixto se unió a su regimiento, dando por cumplida su misión.

XX. ¿«EL SABOTAJE DE LA PAZ»?

Casi por la misma época, Briand fue informado por la condesa Pauline de Mérode, esposa de un senador belga, de las palabras de un barón, Von der Lancken, representante de la Wilhelmstrasse ante el gobierno militar alemán en Bruselas, que comportaban un cambio de actitud sobrevenido en Alemania y que estaba relacionado con el deterioro de las relaciones entre Berlín y Viena. Lancken escribió a ese propósito en sus recuerdos: «En la fecha del 22 de junio, las negociaciones llevadas por nuestros intermediarios estaban en ese punto tan avanzadas que un encuentro entre Briand y Charles de Broqueville [158] por una parte, y yo por la otra, pudo ser fijado para finales de junio en Suiza» [159]. La condesa le sugirió a Briand organizar un encuentro entre él y Von der Lancken.

A quien se extrañara de la prontitud de Briand en responder a esa solicitud, cuando, conservando mucha influencia en el país, no formaba parte del gobierno, Castex ofrece una explicación muy próxima, nos parece, de la verdad. Con una sensibilidad de izquierdas, Briand no compartió nunca las posiciones de los radicales jacobinos, que pusieron todo el peso de su influencia en impedir una paz que hubiera podido salvar al enemigo hereditario, Austria-Hungría. Para un Ferdinand Buisson, tan representativo de esa izquierda fanática, la ley sobre las asociaciones, de 1905, había representado la posibilidad de reformar la sociedad.

Para otro representante de esa línea que condicionó la acción de un Ribot o de un Pichon y a la que Poincaré no era insensible, se trataba ahora de servirse de la guerra para «descatolizar completamente a Francia».

¡Y no solamente a Francia! Briand, como Jaurès, a su izquierda, era más bien un espíritu conciliador. «No quiere poner al Estado al servicio del librepensamiento, repitiendo el error que se cometió al poner al Estado al servicio de la Iglesia». Su política exterior estaba en armonía con sus opiniones interiores. Una paz negociada, de compromiso, le parecía más deseable —si la misma podía salvar aún unos cientos de miles de vidas humanas— que la victoria total de las ideas republicanas y anticlericales. Compartiendo la misma convicción, Poincaré se dejó manipular por su entorno [160].

Después de sus primeros contactos belgas, Briand puso al corriente a Poincaré, el 19 de junio de 1917. Conociendo la pasión por el pacifismo de Briand, el presidente le pone en guardia contra las ilusiones y las imprudencias. Sin embargo una carta de septiembre demuestra que se interesó en el caso, puesto que animó a Briand a hacer partir a la condesa para Alemania, «dejándole alguna esperanza». Briand demoró el asunto, deseando, previamente, estar seguro sobre el resultado de las conversaciones de Sixto y de la evolución de la guerra de Italia. Sin embargo, en Bruselas, Lancken se impacientaba. Destacó la importancia de la declaración de paz hecha por el Reichstag en julio.

El 12 de septiembre, Briand informa a Painlevé, el presidente del Consejo, de su proyecto de encontrarse con Von der Lancken. Painlevé no pone objeción a una

negociación, pero expresa el deseo de hablar antes con el presidente de la República y Ribot, además de entablar conversaciones con los Aliados. Poincaré encarga a Ribot que prevenga a los Aliados. Briand (¿era tan cándido?) tuvo la impresión de que tanto Painlevé como Ribot eran favorables a su iniciativa [161]. Ahora bien, según Lloyd George, ambos eran «a priori hostiles». Ribot le dijo que se trataba ciertamente de una trampa. Más sincero, sin duda, Painlevé declaró que «él temía que no lo fuese». Ribot le pidió a Briand que le preparara una memoria que serviría de base en las discusiones con los Aliados. (En aquel momento, el mismo Briand sentía en Ribot un antagonismo latente).

El barón Coppée le escribió que, igual que su amiga la condesa de Mérode, él tenía la convicción absoluta de que, esta vez, los alemanes estaban maduros para amplias concesiones.

El 20 de septiembre, Briand remitió su memoria a Ribot. Éste la acepta, y, en colaboración con Jules Cambon —¡otro ferviente partidario de la paz, como sabemos!— se sirve de ella para redactar un texto del que Briand sabrá más tarde que era «*Una deformación premeditada de su memoria*». Presentada, como Ribot y Cambon la habían modificado «de manera claramente caricaturesca», «como una trampa en la que Briand se dejaba coger», el proyecto sólo podía, naturalmente, ser rechazado por los Aliados.

Briand había previsto trasladarse a Ouchy, en Suiza, el 22 de septiembre. Mientras tanto, supo por sus dos interlocutores belgas que Lancken acababa de tener una conversación con Ludendorff y que «todo se presentaba bajo los mejores auspicios». Pero como el 20 aún no había recibido

nada de Ribot, aplaza su viaje con un telegrama a Coppée. El barón Gaiffer d'Estroy se creyó en el deber de comunicar su disgusto al Quai d'Orsay, a pesar de la prohibición formal de Broqueville de hacerlo saber a quienquiera que fuese. La condesa de Mérode estaba consternada y Coppée telefoneó a Briand que era indispensable que llegase antes del domingo. Se puede imaginar en qué estado de espíritu Briand respondió: «Comprenda que yo no puedo hacer nada sin el acuerdo de los Aliados».

El 22, Ribot recibe la respuesta oficial de Balfour, una respuesta que correspondía exactamente con la opinión negativa dada por él mismo y Paul Cambon a los británicos a propósito del proyecto de Briand: se trataba en este caso, sin duda, de una vulgar intriga alemana. La maquinación así urdida tenía por objeto bien sembrar la discordia entre los Aliados, o hacer creer a los neutrales y a la opinión pública alemana que eran sólo los Aliados quienes ponían obstáculos a la conclusión de la paz.

No se puede ocultar la admiración ante la habilidad de maniobra de Cambon y Ribot, ante la facilidad con la que pudieron impedir una negociación que, en efecto, hubiera podido fracasar, pero que hubiera podido también conseguirse y, en cualquier caso, hubiera debido de ser intentada. ¡Lo que se arriesgaba era la vida de millones de personas!…

Además, Balfour, cuando fue mejor informado, se declaró convencido de que los avances alemanes habían sido sinceros.

Es de suponer, dice Suárez, que «si los británicos hubiesen tenido la ocasión de leer la memoria de Briand tal como él la había redactado, su respuesta hubiese sido diferente». Era

también la opinión de Broqueville, quien pensaba que «la prudencia política […] dictaba imperiosamente escuchar y esperar las precisiones que nos fuesen permitidas examinar con nuestros aliados si había lugar en aceptar la entrevista propuesta».

El 21 de septiembre, Ribot le escribe a Broqueville para pedirle una entrevista. En el curso de su conversación, Broqueville concedió que, en parecidas ocasiones, había sin duda siempre el peligro de una trampa. ¿Pero no tenía Briand la suficiente experiencia para desbaratarla? Ribot alzó los hombros, después confesó que Painlevé había sido más bien favorable al proyecto, pero que él era contrario. Y cuando Broqueville expresó el deseo de encontrarse con Briand, lo disuadió. El mismo día, Poincaré tuvo una entrevista con el rey de los Belgas, que había sido informado por Lancken de que el Kronprinz proyectaba restituir Alsacia a cambio de una compensación. Briand, aún esperaba la respuesta. Painlevé se encontró con Lloyd George en Boulogne: al británico le hubiera gustado tener más amplias precisiones, pero dedujo como interesante el hecho de que Lancken estuviera dispuesto a discutir; según sus informaciones, dijo, Bethmann le había dejado las manos libres para las negociaciones, e incluso Ludendorff estaba dispuesto a concesiones.

El 27, Broqueville previno a su amigo Briand de que Cambon acababa de comenzar una campaña de denigración contra él. El 30, los dos hombres cenaron juntos. El presidente del gobierno belga no ocultó su descontento ante la «ligereza» de los dirigentes franceses, pues estaba convencido de que el caso era serio. Le molestó también que «Cambon quisiera mantener a raya al gobierno belga». Al día siguiente, le

declara a Poincaré: «Ribot me engañó». (Briand dirá más tarde: «Semejante revelación es increíble… es el sabotaje de la paz»). Suárez observa a ese propósito que Ribot «se abstuvo cuidadosamente de hablar con sus colegas del gobierno de su correspondencia con el emperador de Austria, como de todas las otras negociaciones». De tal manera Painlevé y, tras él, Clemenceau sólo serían puestos al corriente más tarde de las negociaciones con Sixto.

Mientras tanto, Bethmann había sido destituido y su sucesor, Michaelis, era de la opinión de que los contactos con Gran Bretaña tenían algunas posibilidades de ser menos complicados que las conversaciones con Francia.

En cuanto a Lancken, no había renunciado a encontrarse con Briand en Ouchy, pero Briand en modo alguno quiso ir, sin la aprobación de Painlevé, que sucedió a Ribot, el 12 de septiembre, en la presidencia del Consejo, en tanto Ribot se encargaba de los Asuntos Exteriores. Una vez más, Painlevé dio su conformidad al viaje de Briand, pero Ribot le puso obstáculos. Para este último, los alemanes y austríacos actuaban de acuerdo en aquella maniobra de distracción. Quizá no se equivocaba en lo que concernía a los alemanes, pero, de cualquier manera, debió verificar su hipótesis. Finalmente, un mensaje del secretario de Estado alemán de Asuntos Exteriores Kühlmann al gobierno francés vía España —mensaje más bien intransigente— pareció, a posteriori, darle la razón. Jules Cambon aprovechó inmediatamente la ocasión para decirle a los alemanes que «el momento de las negociaciones no daría comienzo antes de que los objetivos esenciales de los aliados no hubiesen sido plenamente logrados». Ahora bien, Kühlmann no podía ignorar que «los

objetivos esenciales» eran, aparte de Alsacia-Lorena y Bélgica, Renania, el boicot económico, la destrucción de la monarquía, etc. No se hubiera podido hacerlo mejor para sabotear la tentativa de Briand. Por ello, éste, con la muerte en el alma, renunció.

El 12 de octubre, algunos ecos del caso llegaron al Parlamento, durante una interpelación de Leygues sobre «el poder personal y la acción diplomática». En eso, Ribot deslizó una frase sobre «una trampa mal urdida como para dejarse engañar». Briand se sintió aludido y le pidió a Ribot que suprimiese, en el *Diario oficial*, el pasaje de su discurso donde había dicho que «Alemania murmuraba al oído de un alto personaje…». Ribot obedeció, pero le habló del caso a Clemenceau, quien, en su periódico, *El hombre encadenado*, exigió explicaciones más detalladas y mencionó, con su voz de inquisidor, algunas «convivencias irrefutables». Briand, que tenía la conciencia tranquila porque no había hecho nada sin avisar a los responsables directos, fue a ver a Poincaré, que le confesó haber «hablado sobre él del caso» y defendió a Ribot. Briand no era hombre que admitiera dudas sobre su honradez: regresa a la cámara y da lectura a su memoria del 20 de septiembre, que probaba su corrección, lo que provoca una explosión de rabia contra Ribot. Los socialistas le dijeron: «Así que, ¡fue usted quien dictó la respuesta de los Aliados!». El 22 de octubre, Ribot, obligado a dimitir, fue reemplazado por Barthou. Pero el caso no estaba sin embargo cerrado. Primeramente, la prensa helvética se interesó. Los diarios suizos no dudaban de la sinceridad de la gestión de Lancken. Después Briand supo que Joseph Reinach y sus compañeros masones propalaban propósitos venenosos contra él, acerca

de sus relaciones con Coppée. El 12 de noviembre, a invitación de Pichon, Briand se explicó ante la comisión de Asuntos Exteriores del Senado, que, después de haberle escuchado, le aseguró su total confianza. «Es muy peligroso servir a nuestro país cuando se tienen adversarios que sólo piensan en deshonrarnos», concluyó Briand.

Algunas semanas más tarde, Lloyd George expresará ante Briand su opinión de que Ribot —no se le comunicó el original de la memoria del antiguo presidente del Consejo— había cometido un error grave: «Debió aprovechar esa ocasión eminentemente favorable».

La inmensidad del error se revelará en 1934, cuando la condesa de Mérode, por mediación del periodista Albert Chatelle, hace pública una carta de Lancken, de septiembre de 1917, indicando, como punto de partida de las negociaciones, que él había sido encargado de emprender, «la restitución de Alsacia-Lorena y la evacuación de Bélgica con reparación de los perjuicios sufridos por ella». Se comprende que tales proposiciones hubiesen parecido insuficientes a los que soñaban con la victoria total, con la anexión de Renania y el desmembramiento de Austria-Hungría en pequeños Estados independientes multinacionales, pero más fácilmente manipulables, así como con la anexión de Trieste, del Tirol y Dalmacia [162].

XXI. EL INTERMEDIO ESPAÑOL

El emperador Carlos supo que el sucesor, en Alemania, de Bethmann, Michaelis, y Kühlmann esperaban, a pesar del fracaso de los intentos precedentes, evitar, gracias a concesiones más amplias pero no demasiado desventajosas, la derrota total que les preparaban los Aliados. Por su emisario en Berna, Hevesy, Carlos da a entender, en agosto de 1917, que estaba dispuesto a sacrificar incluso Trieste, que estaría de acuerdo en que Serbia se agrandase en detrimento de Bulgaria (anexionando Macedonia) y que Rumanía adquiriese Besarabia y una parte de Transilvania. Kühlmann transmitió por medio del embajador de España en Bruselas, Villalobar, una nueva proposición para iniciar conversaciones. Villalobar ya se había encontrado en diciembre de 1916 con Broqueville, después con Jules Cambon, así como con Pierre de Margerie. Finalmente, vio en secreto al rey de los belgas. Él tenía la impresión de que los alemanes buscaban en principio una paz por separado con Bélgica. Hay que señalar que el embajador español había hecho, de sus contactos, una relación a Lancken y a Haguenin, en Berlín; todas esas iniciativas surgidas tras los cambios de impresiones con Sixto explicaban sin duda el optimismo con el que Briand había, antes, acogido probablemente la oferta de Lancken. Pero tras el fracaso de todos esos esfuerzos —que creemos poder atribuir sobre todo a las intrigas de Ribot, de Cambon y de Barrère—, Kühlmann invitó a Villalobar a Berlín, el 11 de septiembre de 1917, para pedirle que sondeara a los británicos: éstos estarían dispuestos

a entablar negociaciones sobre las bases siguientes. El Reich proclamaría su intención de restituir Bélgica; en compensación, su integridad territorial (claramente: comprendida Alsacia-Lorena) no sería cuestionada, sus colonias le serían restituidas y no serían la víctima de una guerra económica tras el acuerdo de paz. Kühlmann se sirvió, para apoyar sus proposiciones, de los hechos siguientes: la situación en los frentes se había estabilizado, el cumplimiento de la ayuda americana todavía estaba lejano, la salida de Rusia de la guerra era más que probable; en Alemania, los dirigentes civiles y militares se habían al fin puesto de acuerdo sobre la restitución de Bélgica, los demás contactos emprendidos hasta el presente habían fracasado.

Esas nuevas conversaciones se vieron en alguna medida perturbadas, en su comienzo, por la huelga general que estalló en España bajo el impulso de las facciones que querían derribar la monarquía y el gobierno neutralista. Según los medios próximos al rey, esa revolución, rápidamente sofocada, había sido provocada por organizaciones anarcosindicalistas, republicanas, antimonárquicas, e incluso masónicas, financiadas por Francia. Sin embargo el soberano se niega a sobrevalorar más de la cuenta ese incidente insistiendo en las responsabilidades francesas y tranquiliza al embajador inglés, Robert Cecil: España no se avendría a las iniciativas del papa y otros neutrales; sus simpatías estaban más bien con Gran Bretaña y con Francia. Lo que no era falso, pues Alfonso XIII, aunque simpatizaba con Carlos, era más bien antialemán, sentimiento que se comprende fácilmente cuando se conoce que los alemanes apoyaban a sus adversarios carlistas.

La mediación de Villalobar zozobró a causa de un malentendido. En efecto, en opinión de Kühlmann, el sondeo debía ser privado, sin comprometer al gobierno español, y concernir al embajador británico en La Haya, sir Walter Toomy. Eventualmente se proseguiría en Londres. Todas esas precauciones estaban motivadas por el deseo de no repetir ni cruzarse con la acción del papa. Lancken le advirtió entonces a Villalobar que le parecía imposible tratarlo a espaldas del gobierno español, de lo que ya había informado a Kühlmann. Y, el 14 de septiembre, Lancken puso al corriente al ministerio español de Asuntos Exteriores. Lo que Kühlmann deseaba, por encima de todo, era tener la posibilidad de hablar con los británicos. Quería saber, después de haberles precisado sus intenciones a propósito de Bélgica, si Londres consideraba la total restitución de Alsacia-Lorena como una condición *sine qua non* de la paz. *Los alemanes seguían sin comprender que los ingleses hacían la guerra no por Bélgica, sino por apuestas mucho más considerables y que no pretendían sacar a relucir la «gran elección» de diciembre de 1916, y concertar con el Reich una paz que no disminuiría de manera drástica el peso de Alemania en Europa y en el mundo. (Lo que implicaba, en adelante, también, la destrucción de la monarquía, como apéndice de Alemania).*

Kühlmann, siempre optimista, esperaba la luz verde de Londres para emprender negociaciones directas. Sin embargo, sea lo que fuere, la coyuntura internacional no era favorable, y los telegramas entre Madrid y Londres se espaciaron. Finalmente, un telegrama del embajador alemán en España desengañó al diplomático: esta vez, el mismo Alfonso XIII pedía precisiones sobre los objetivos de paz de

Alemania; Kühlmann se extrañó de que el rey, a pesar de sus instrucciones, no ignorase nada de su iniciativa. Mientras tanto, el embajador francés había sido informado también de un telegrama de Villalobar al ministerio español. Por mediación de Lancken, se advirtió a Villalobar que su clave era conocida por los franceses. Sin embargo, hecho curioso, Villalobar continuó utilizando, hasta el 21 de septiembre, la misma clave. ¿Creía que esos telegramas no contenían nada que los franceses no debieran saber? Además, las cartas que envió por correo fueron igualmente captadas. El 5 de febrero de 1918, Villalobar constató la desaparición de una carta muy privada e importante, que él había dirigido al ministerio español de Asuntos Exteriores, el 28 de septiembre.

Kühlmann no creía en una paz por separado. Esperaba únicamente que, si los británicos obtenían de él lo que, según creía hasta entonces habían considerado como su principal objetivo, harían presión sobre los franceses. Pero la interceptación de las cartas volvió a poner en entredicho la entrevista cara a cara que ambicionaba. De cualquier manera, lo que había llegado a Lloyd George de las proposiciones de Kühlmann no había bastado para disipar su desconfianza. Creía que al buscar entrevistarse con él, el diplomático no tenía otra intención que la de suscitar divergencias entre Londres y París. Villalobar concluyó —y se lo escribe a Kühlmann— que «visiblemente, Gran Bretaña no está todavía dispuesta a conversar». Quizá si Kühlmann proclamase abiertamente sus proposiciones, le sugirió, eso ayudaría al diálogo. Sin embargo, España, en adelante advertida, no quiso arriesgarse a un fracaso aceptando una mediación. Steglich estima que Villalobar había sido siempre más leal hacia los

alemanes que hacia su propio gobierno.

El 26 de septiembre, Asquith hizo francamente la pregunta: «Is Germany ready to restore what she took in 1871 away from France?». A lo que Kühlmann respondió «Aparte del deseo francés de recuperar Alsacia-Lorena, no hay ningún obstáculo para la paz».

¡He ahí cuál era precisamente el obstáculo! Es verdad que los franceses temían que Lloyd George, para partir la diferencia, se inclinase por una solución a través de referéndum. Pero fueron rápidamente tranquilizados: el 25 de septiembre, Lloyd George vinculó a Gran Bretaña definitivamente a la recuperación de Alsacia-Lorena. A raíz de un discurso de Kühlmann, pronunciado en el Reichstag el 9 de octubre; Lloyd George creyó comprender que los alemanes estaban dispuestos, cualesquiera que fuesen sus proposiciones públicas, a concesiones importantes en el Oeste, a cambio de una compensación en Rusia. Pero se preguntaba: ¿cómo se le podría imponer el desarme a un pueblo que ocupaba tantos países extranjeros? Alemania firmaría quizá la paz, pero sería para recomenzar enseguida la guerra.

XXII. INTERVIENE EL ESTADO MAYOR FRANCÉS

Ante las tergiversaciones y la mala voluntad de los políticos y diplomáticos para detener una guerra que se prolongaba de manera irrazonable, el Estado Mayor francés, por medio de su 2ª sección, estaba persuadido de que era, a la vez, posible y deseable separar a Austria de Alemania.

El resumen de un informe que la 2ª sección del Estado Mayor del ejército francés dirigió al Ministerio de Defensa, a petición suya, nos permitirá comprender mejor los móviles que condujeron a los jefes militares a tomar el relevo de los civiles en las negociaciones.

Según ese informe, que intenta determinar los objetivos de Francia hacia Austria-Hungría, la alianza permanente con Austria, Bulgaria y Turquía le era indispensable a Alemania para controlar la línea Hamburgo-Bagdad.

Aparecía pues como más que probable que, si se llevaba a término una paz en igualdad de condiciones con Alemania, ésta intentaría conservar su preponderancia sobre los países en cuestión. Si se quería detener la expansión alemana hacia el Sudeste, una ofensiva política sobre Austria —que parecía madura para la paz— debería ser considerada, puesto que la acción militar en sí misma no sería suficiente.

Después del compromiso austrohúngaro de 1867, los húngaros buscaron la protección de Alemania contra el

centralismo de Viena y contra los eslavos. Habían obtenido de Francisco José que no se coronaría rey de Bohemia, a fin de conservar los privilegios que se desprendían para ellos del sistema dualista. Fue bajo la influencia de los húngaros —la del conde Andrássy—, como Austria se vio abocada a una alianza con Alemania y a orientar su política hacia los Balcanes, de ahí la rivalidad con los rusos. Esa política expansionista condujo a la anexión de Bosnia-Herzegovina. Ésta se había encontrado con una oposición creciente de los eslavos representados en el Reichsrat. Por esa razón Carlos había decidido el 2 de julio (1917) decretar la amnistía, «satisfacer el deseo de sus pueblos, es decir la alternativa democrática, la federalización».

Sería erróneo creer, dice el informe, que Austria esté al término de sus fuerzas. La dinastía todavía tiene mucho prestigio, y tiene medios para gobernar por decreto; el ejército (sobre todo las tropas alemanas y húngaras) le obedece; la política y la administración, casi enteramente en manos de los alemanes y los húngaros, funcionan de manera satisfactoria; la dinastía puede contar con el apoyo de la aristocracia, de la Iglesia y de las finanzas judías. Puede esperarse que los alemanes de Austria y los húngaros resistirán poderosamente para defender sus privilegios.

Si se quiere llevar a Austria a una política más favorable para Francia y sus aliados, es necesario que, en tanto que imperio dualista, feudal, proalemán, desaparezca. *Sin embargo, en caso de dislocación de la monarquía en grupos étnicos, nacionales, Alemania se encontrará frente a pequeños Estados independientes; Austria propiamente dicha optará por el Anschluss; los húngaros buscarán el apoyo de Alemania*. Los

polacos de Austria y los alemanes de Bohemia causarán problemas.

La mejor solución sería una confederación compuesta por naciones autónomas, con un Consejo federal a su cabeza. Se puede prever que una Austria así transformada atraerá a Baviera por el odio hacia Prusia. Carlos y su esposa son notoriamente antialemanes.

Los Aliados tenían interés en encontrar los medios para una paz por separado con Austria. Hay una contraindicación: los alemanes podrían tener, en ese caso, el apoyo de los húngaros y de los rumanos.

En el caso en que se tuviese la certeza de que los rusos continuaran combatiendo y que los americanos entraran a la fuerza en la guerra, los Aliados tendrían interés en prolongarla aún más. Sin embargo, de cualquier manera, una Austria renovada y consolidada constituiría una barrera sólida contra Alemania.

Es necesario por ello dar a entender que los Aliados no desean la destrucción de la monarquía. El precio a pagar sería la disgregación de Hungría, la creación de una Serbo-Croacia; Transilvania iría a Rumanía donde se constituiría un Estado autónomo; Bucovina debería ser repartida entre Rumanía y Rusia, la Galitzia polaca se uniría a la Polonia oriental, el Trentino sería anexionado por Italia, y Trieste declarada ciudad libre. Los italianos podrían conservar Corfú como compensación de Dalmacia.

La mayor resistencia contra tal regulación vendría de los magiares. Habría que reducirlos. Sería posible también atraer a Austria proponiéndole el trono de Polonia y la recuperación

de dos millones y medio de alemanes de Bohemia. Serbia recibiría, como compensación por Montenegro, toda una parte de Bosnia, Flagusa, Cattaro, y libre acceso a Salónica. Rumanía anexionaría la parte rumana de Bucovina. La autonomía sería lo más conveniente para Transilvania.

Se concluye de ese informe que la 2ª sección estaba bien informada, que tenía una visión clara de la situación y que no estaba sometida a influencias ideológicas. Demuestra también que, para los jefes militares franceses, una Austria democratizada y transformada en Confederación danubiana, siempre bajo tutela habsburguesa, podía ser un factor importante del equilibrio europeo, mientras que una explosión de Austria-Hungría sólo beneficiaría a Alemania.

Painlevé —primer ministro del 13 de septiembre al 13 de noviembre de 1917— era mucho más escéptico que sus predecesores sobre la eventualidad de una victoria total y compartía la opinión de los militares en cuanto a Austria. También, desde el mes de marzo, cuando todavía no era ministro de la Guerra, había establecido con Viena un lazo por mediación de Sophie Clemenceau (cuñada austríaca de Georges), que se entrevistó en Suiza con su hermana Mme. Zuckerkandl. (El padre de Sophie Clemenceau y de Berthe Zuckerkandl era el periodista vienés Maurice Szeps, que estuvo muy unido al archiduque Rodolfo. Hablaremos de ello en el capítulo XXIV). La entrevista no sirvió de nada, pues Czernin rechazó categóricamente cualquier sugerencia de paz por separado. No obstante, una vez ministro de la Guerra en el Gobierno Ribot, Painlevé reanuda el contacto con Austria, esta vez aconsejado por la 2ª sección.

Mientras tanto, la situación estratégica había cambiado, en

detrimento de la Entente. El 25 de octubre estalló el trueno de Caporetto. Los ejércitos austroalemanes reforzaron el frente italiano, ocuparon el nordeste de la península y avanzaron hasta las puertas de Venecia, haciéndose con trescientos cincuenta mil prisioneros. Se puede presumir que Czernin sacó de esos acontecimientos la conclusión de que estaba en situación de fuerza para negociar con los Aliados.

En Francia, el 13 de noviembre, Painlevé cedió su puesto a Clemenceau. El 14, el Estado Mayor del ejército redacta una nota sumaria destinada a poner al corriente al nuevo jefe del gobierno de los contactos que había hecho por mediación de la 2ª sección con Austria, en el transcurso de los meses precedentes. Clemenceau no se opuso a la reanudación de las entrevistas.

He aquí el resumen de los documentos relativos a esos tratos, muy reveladores del estado de ánimo de las dos partes. Obedeciendo al ritual que rige toda conspiración digna de ese nombre, los interlocutores fueron designados, por el lado francés, por I.S. (el conde Abel Armand, capitán de la 2ª sección); por el lado austríaco, por I.V. (el diplomático austrohúngaro conde Nikolaus Revertera, hombre de confianza de Carlos).

Las conversaciones tuvieron por marco dos encuentros; la última tuvo lugar en Suiza, en casa de I.S., los días 22 y 23 de agosto de 1917.

El emperador de Austria preguntó cuáles eran las condiciones de paz de la Entente. Si las juzgaba aceptables, le declararía al emperador de Alemania que tomaría en consideración retirarse de la alianza en el caso en que Alemania no las aceptara.

Las condiciones enviadas por Painlevé eran muy duras —o fueron encontradas muy duras por el emperador de Austria y, sobre todo, por Czernin, que respondió el 21 de septiembre con la nota siguiente:

«1. El ministro está en la incapacidad de transmitir a Berlín las proposiciones que le son comunicadas, pues las mismas no le parecen aceptables.

»2. Una paz por separado no puede ser considerada como posible en las actuales circunstancias.

»El ministro cree poder llegar a un arreglo bajo las bases siguientes:

»a) La eventualidad de guerras futuras descartada con un desarme general y la institución de una corte de arbitraje internacional;

»b) principio del *statu quo ante*, admitiendo la posibilidad de algunos cambios territoriales.

»Si Francia está dispuesta a discutir sobre esta base, el ministro está dispuesto a enviar un representante oficial (si es necesario irá él mismo) a entrevistarse con un representante francés de la misma autoridad».

El emperador le pidió a Revertera que llevara esa nota a los franceses. Pero el conde le esgrimió que sabía que Francia no estaba dispuesta a ceder en la cuestión de Alsacia-Lorena; que, en consecuencia, no podía haber posibilidades de acuerdo y que su viaje carecía de sentido. El único elemento positivo del intercambio era que el conde Czernin se declarase dispuesto a ir a «charlar» secretamente con M. Pichon. «Estaba persuadido de que muchos malentendidos serían disipados».

«Si me encarga transmitir esto, añadió Revertera, lo haré, pero no veo ni la utilidad ni la posibilidad».

En ese momento la situación fue analizada como sigue por la 2a sección a la atención de Revertera:

En Alemania: plegándose a la voluntad del clan Ludendorff, el conde Hertling y Kühlmann han hecho declaraciones pangermanistas. No ocultan un programa de anexión en el Este; mantienen sobre Bélgica un silencio amenazador; no renuncian a quitar de la Lorena francesa territorios mineros.

En Austria, hay:

a) un mensaje secreto de Viena a Gran Bretaña, que rechaza cualquier perspectiva de paz por separado.

b) declaraciones públicas del conde Czernin sin ocultar el propósito de las intenciones pangermanistas del gobierno alemán y afirmando una solidaridad completa con su aliado.

Nos encontraríamos por ello ante un renacimiento del programa de 1914, entre los alemanes, y sólo quedaría continuar la guerra.

A ese análisis de la 2ª sección, el diplomático austríaco respondió que en su opinión la realidad era diferente. Czernin no aprobaba en absoluto a los pangermanistas. Se había opuesto a Ludendorff: incluso Hertling y Kühlmann no eran partidarios de las pretensiones excesivas del partido militarista. Además Czernin era el verdadero hombre de Estado de los Imperios centrales y Berlín se daba cuenta de ello. Su situación y su autoridad se reforzaban día a día. Hungría, que lo había visto llegar al poder con repugnancia, le era ahora totalmente adicta. Andrássy, su adversario, su

enemigo, casi, lo aprobaba y apoyaba su política manifestándole su confianza… «Debería aprovecharse de su presencia mientras queda tiempo, añadió I.V. (Revertera). Quizá no durará mucho tiempo. Había sufrido recientemente de úlceras intestinales que, se temía, eran de carácter tuberculoso. El poder podría enseguida sobrepasar sus fuerzas.

—¿Se prevé su reemplazo?

—No se quiere ni pensarlo.

—Sin embargo, se pronunció el nombre de Andrássy. Sería una desgracia: los húngaros son proalemanes. Además nosotros no podemos tener en cuenta los sentimientos íntimos del conde Czernin; nosotros sólo nos limitamos a sus palabras oficiales y públicas; pues él no ha expresado ninguna reserva al programa Ludendorff. ¿Y por qué los alemanes se niegan a hacer públicos sus objetivos de guerra? Muchas veces, cada gobierno de la Entente ha expuesto los suyos. Últimamente, Wilson y Lloyd George los han proclamado solemnemente. Sin respuesta de Alemania. ¿Qué quiere?

«En septiembre último (1917), el emperador ha hecho venir a Hohenlohe (embajador de Austria-Hungría en Berlín) para examinar con él y Czernin la comunicación francesa de agosto de 1917. Querían saber qué pensaba Berlín. La opinión de Hohenlohe era que Alemania veía en ello la voluntad de un vencedor; que las posibilidades de hacerla ceder eran nulas; el foso era demasiado grande.

»Alemania hacía de la cuestión de Alsacia una cuestión de honor: restituir esa provincia firmaría su derrota. Por lo que concernía a Bélgica, la abandonaría, *y Czernin no apoyará*

nunca restricción alguna a ese respecto. Pero Hohenlohe dijo que Alemania no estaba dispuesta a declarar desde ahora que renunciaría a Bélgica, pues la Entente, al considerar ese punto como logrado, saldría enseguida con nuevas peticiones. Ésa fue la razón del silencio de Hertlig y sus predecesores: ellos creyeron que sus concesiones serían interpretadas como un abandono definitivo y como el punto de partida de nuevas exigencias. Según su expresión: 'No querían desnudarse cuando la Entente permanecía tapada'».

—Ese silencio de Alemania, señaló I.S. (Armand), usted no lo ha roto. Ahí también la sigue. No tiene pues la intención de separarse de ella. Las antipatías de la corte, del gobierno, del país hacia Prusia no tienen ninguna repercusión sobre Alemania; permanecen unidos a ella, cueste lo que cueste.

A lo que I.V. (Revertera) respondió:

—No crea eso; seamos razonables. *Nosotros no podemos apoyar su reivindicación sobre Alsacia-Lorena* (sigue un histórico sumario desde el tratado de Westfalia). Recuerde que, desde Luis XIV, los Emperadores del Santo Imperio prestaron juramento para devolver Estrasburgo al imperio. Admitir hoy su punto de vista contra nuestros aliados sería una felonía. ¡Ah, si no fuesen tan intransigentes!

—En agosto, usted me dio a entender que Alemania cedería Alsacia-Lorena procurando compensaciones coloniales o en Rusia, replicó el francés.

El diplomático austrohúngaro, después de haber considerado algunos propósitos confusos, embrollados, declaró:

—Si ustedes entrasen en Alemania, impondrían su

voluntad por la fuerza, sólo habría que inclinarse.

—Por ello sólo hay que dejar continuar la guerra.

—Pero usted sabe que los alemanes han acumulado medios formidables y que, nosotros mismos, tenemos tropas en marcha hacia el frente occidental.

—Sí, la llegada de algunas de ellas está incluso señalada. Nos vamos a convertir efectivamente en enemigos. Su deseo de acercamiento a Francia estará comprometido —concluyó el francés, amargamente.

Revertera había, el 22 de agosto, según el informe de la 2ª sección, «desvelado el odio de Austria contra Italia» y su voluntad de «castigarla duramente». Las recientes operaciones en el Friul y en Venecia satisfacían ese sentimiento violento y hacían, en la opinión austríaca, la reivindicación sobre Trieste inadmisible. Sin embargo, en las dos entrevistas, en agosto I.V. había expresado claramente la voluntad de llegar, tras la paz, a una alianza de Austria con Francia para resistir a Alemania (a Prusia). Había añadido que el estado de guerra actual entre Austria y Francia sólo era una «formalidad», ninguna enemistad se abría paso en Austria contra Francia.

Al final de las entrevistas, Armand se preguntó si el emperador de Austria, seguro de un éxito que daba satisfacción al amor propio austríaco y atenazado por una gran necesidad de hacer la paz, ¿no quería verdaderamente separarse de Alemania? «Sería interesante estar seguro a ese respecto».

Las notas, que nosotros hemos resumido, fueron sometidas a la opinión del jefe del Estado Mayor general, el general

Alby, y a George Clemenceau que pusieron uno y otro su firma, como se ve en el documento reproducido a continuación:

ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO

Gabinete del general

Mayor capitán general.

«En cualquier caso, se continuará con la más extrema prudencia para conservar el contacto de los intermediarios».

16/11/17

ALBY

Instrucción, confirmadas por el presidente del Consejo el 18/11:

«Escuchar, no decir nada».

Clemenceau

Así, como bajo el gobierno precedente, el Estado Mayor del ejército obtuvo autorización para proseguir las conversaciones. Las mismas fueron proseguidas por medio de una carta llevada por la condesa Armand a un intermediario suizo. Esa carta, con fecha del 20 de noviembre de 1917, decía sustancialmente que por parte francesa se encontraba al emperador Carlos muy indeciso. Había señalado, tres meses antes, una excelente ocasión para ponerse a flote. Las circunstancias le eran menos favorables en adelante. Su situación era mucho más precaria que entonces, cualesquiera que fuesen las apariencias con que quiso adornarse. Si sabía no obstante tomar a tiempo una resolución conforme a su interés, Francia no haría oídos sordos. Se iría de buena gana a escucharle, y se le propuso para un nuevo encuentro la fecha

del 29 de noviembre.

A finales de mes, Revertera respondió que llegaría a Suiza un poco más tarde —a comienzos de enero de 1918— «a menos que vuestros amigos me ofrezcan la ocasión para ir antes».

Tras un intervalo de dos meses, las conversaciones se reiniciaron el 1º de febrero de 1918. Se las puede resumir desgajando del informe de la 2ª sección, voluntariamente confuso, el diálogo siguiente, que comienza con el llamamiento a las alusiones a una paz por separado:

Revertera: Si hacemos una paz por separado con Francia ahora, la cuestión estaría resuelta y Alemania se vería privada de nuestra ayuda. No estoy encomendado oficialmente para decírselo, pero puedo revelarle que la idea ha sido examinada.

Armand: Es inesperado; no veo la manera de hacer pasar el proyecto del sueño a la realidad. Y además, permítame que le diga que nosotros nos vemos de tal manera llevados por Alemania que esa proposición parecería emanar de ella. Se verá ahí una trampa.

Revertera: Yo le aseguro que no. Alemania no será prevenida. Será un enorme debilitamiento para ella; en principio, será privada de nuestro ejército; además, y sobre todo, el contagio de la idea de la paz se hará difícilmente resistible en ella.

Armand: Si usted quiere que respete eso, deme precisiones e indíqueme garantías. Si no, permaneceremos en el sueño y en la trampa. En cuanto a los alemanes, nuestra incertidumbre sobre sus medios oscila en límites poco extensos. Podemos calcular su esfuerzo máximo bien en

hombres, bien en artillería. Usted debe saber cómo y con qué nosotros hemos resistido en el Marne, sobre el Yser, en Verdún. El ejército espera la ofensiva alemana, e incluso la desea, pues esta vez, en el interior de Alemania, tras las esperanzas encendidas, el sentimiento de la derrota será finalmente real.

Revertera: ¿Pero quién le dijo que los alemanes quieren tomar la ofensiva? Acumulan los medios para resistir al esfuerzo que, ayudados por los americanos, ustedes van a intentar.

Armand: Tanto peor, pues dos meses de ofensiva alemana le constarían a nuestros enemigos trescientos mil muertos, y cuatro veces más de heridos. La superioridad nos será definitivamente dada.

Revertera: Alemania tiene todavía recursos enormes.

Armand: No podrá ya rivalizar con las disponibilidades americanas.

Revertera: Inglaterra está demasiado celosa de América para dejársela utilizar.

Armand: Por el momento, la guerra continúa. Y será así mientras los pangermanistas estén a la cabeza en Alemania. Hoy, Ludendorff dirige.

Revertera: Es verdad, pero eso no puede durar; el país no está por él. Ni Hertling ni Kühlmann están con sus ideas.

Armand: En cualquier caso, las siguen. El tiempo trabaja para nosotros; esperaremos el desarrollo de las operaciones de guerra.

Revertera: ¿No están asustados por los contragolpes de la Revolución rusa? Observen los escándalos que han estallado

entre ustedes.

Armand: Ahí los alemanes también se equivocan. Esperan una revolución entre nosotros hacia el mes de marzo; no habrá absolutamente nada; su golpe ha fracasado. Además, Francia es el país de Europa en donde la Revolución rusa tendrá las menores repercusiones. Los imperios centrales están muy cerca del foco de las teorías revolucionarias para no sufrirlas mucho. ¡Ustedes asisten al fin de un mundo!

Revertera: ¡Ay!, ¿sin embargo cómo se puede detener esta guerra? El emperador quiere la paz, le aseguro que la desea tanto como la deseaba en agosto.

Armand: Mientras Prusia no sea vencida, debemos continuar.

Revertera: Pero si ustedes hiciesen la paz y Francia se uniese a Austria, Prusia estaría lejos de causar daño. El desarme le sería impuesto.

Armand: No se puede tener ninguna confianza en ella. Sólo se someterá a la fuerza.

Las discusiones continuaron el 3 de febrero. Armand dio cuenta de que Czernin estaría dispuesto a desplazarse en persona si se aseguraba de encontrar un ministro. Pero después de lo que se le escribió «en altas instancias» [163], Armand dijo que se sentía inclinado a pensar que no se creía en la utilidad de esa entrevista. Revertera le señaló que, en su opinión, «Gran Bretaña pondría menos sentimientos que Francia»… «Cuando esté interesada en parar, habiendo obtenido satisfacción por parte de Bélgica, ya no apoyará a Francia en lo de Alsacia-Lorena. Aunque detestemos a Gran Bretaña tanto como detestamos a Prusia, llegaremos a

entendernos más pronto con ella que con Francia.

«Le recuerdo, añadió, que el emperador me otorgó su confianza, que soy íntimo de Czernin, y si tiene que hacernos saber algo, sería mejor no seguir un camino equivocado. En ese momento, un periodista de *Matin*, M. Sauerwein, dijo que el presidente del Consejo francés le encomendó entrar en la conversación con los diplomáticos austríacos. Esas conversaciones causaron mal efecto.

«Insisto en el hecho, dijo Revertera, de que Czernin es independiente. No rinde cuentas de nada a Berlín, actúa con su propia autoridad y está apoyado por el emperador. Quisiera que usted destruyese la idea de trampa. Por nuestra parte, una entrevista sería mantenida en secreto. ¿Cómo detener las masacres? Los alemanes se dicen llenos de confianza. Si la ofensiva tiene lugar, creo, como usted, que los alemanes no pasarán. Será inútil, como las precedentes, y nos volveremos a encontrar en la misma situación, sin ventaja destacable ni para una parte ni para la otra».

En su informe sobre esa entrevista, Armand observó que Revertera había puesto de relieve, una vez más, el «horror» que sentían el emperador y Czernin hacia los pangermanistas y Ludendorff. A principios de enero, el emperador, al hablar de Ludendorff, había golpeado contra la mesa gritando: «no puedo decirle hasta qué punto detesto a ese hombre».

Sin embargo Czernin parecía persuadido de que Francia «flojeaba» porque, según las informaciones, agobiada por las privaciones alimenticias, estaba al borde de la revolución mientras que su ejército estaba moralmente deprimido. Pero cambió de opinión después de una conversación con un amigo neutral que acababa precisamente de pasar algunas

semanas en Francia y había visitado un lugar célebre del frente. Sobre los dos primeros puntos, había afirmado que la realidad no se correspondía en nada con la opinión que Czernin había podido forjarse. Sobre el tercero, declaró que había visto las tropas en sector y venía profundamente impresionado por su calma, su confianza, su combatividad, las relaciones constantes entre inferiores y superiores: «Con una moral admirable e impresionante», finalizó. Pareció que Czernin estaba extrañado; el relato del neutral causó efecto.

Esas conversaciones preliminares auguraban mal las futuras negociaciones. No obstante, el conde Armand no renunció a su deseo de poner las cosas en claro. El 23 de febrero, se encontró, por tercera vez, con el conde Revertera e informó así de sus entrevistas:

Armand: Los alemanes acaban de jugarle una mala pasada, con lo de Polonia. Si se hubieran separado de ellos el año último, ahora tendrían Polonia, y obstaculizarían a Prusia el camino de expansión hacia el este.

Revertera: Los polacos han sido realmente torpes; espero que todavía pueda haber un arreglo.

Armand: ¿Está completamente seguro de que los alemanes no le traicionan? Tenga, he aquí un informe para su conocimiento personal. Usted debe saber que en Francia, en Inglaterra y en los Estados Unidos residen agitadores de diferentes nacionalidades de Austria-Hungría —serbo-croatas, checos, eslovacos…

Revertera: Sí, son revolucionarios.

Armand: Naturalmente, hablan con nosotros, exponen sus planes. Estamos extrañados, al menos en lo que concierne a

los que habitan en Francia, de que no pidan nunca subsidios, y, sin embargo, no son ricos y tienen gastos. Sus aspiraciones se amplían. De la autonomía, que ambicionaban hace poco, han pasado a proyectos de independencia. Ahora bien, muy recientemente, un importante agente alemán ha sido arrestado en Francia. Vino para excitar las inquietudes obreras y organizar atentados. A cambio de sus interesantes confesiones, creo que se le ha asegurado salvar la vida. Además, ha revelado que entregaba subsidios a vuestros agitadores y habló de lo que esperaba Alemania. Para resumir, Prusia favorece un movimiento de donde saldrá la formación de distintas repúblicas o Estados independientes, con partes de Austria-Hungría: república de Bohemia, Estados serbo-croatas, eslovenos [164]…

Revertera: En esa eventualidad, las provincias austríacas irían a Alemania.

Armand: En efecto, y los bávaros no son los más ávidos de lucro: apenas les quieren.

Revertera: Lo sabemos.

Armand: Los Habsburgo desaparecerán como dinastía reinante. Los Hohenzollern llegarán a ese resultado atribuyendo la responsabilidad de su caída a las maniobras de la Entente. Vea cómo se la juegan con el puñal en la espalda.

Revertera: ¿El dinero vendría, según usted, del gobierno alemán?

Armand: No puedo responderle, no conozco los detalles. El dinero retenido no producía a los particulares.

Revertera: El emperador Carlos no ama a Prusia más que usted, y desconfío de eso.

Armand: Que quede bien entendido que no estoy encargado de referirle ese hecho. Se lo confío a título personal.

Revertera: Estoy contento de verle; desde que supe de su llegada, telegrafié de nuevo a Viena, y al mismo emperador, diciéndole que era absolutamente necesario que pudiese transmitir una comunicación al gobierno francés. Fui a Berna esta mañana, el telegrama ya me ha llegado. Dice esencialmente que si el gobierno francés acepta la base del *statu quo ante bellum*, uno de nuestros ministros está dispuesto a venir a encontrarse con un ministro francés.

Armand: ¿Y Alsacia?

Revertera: El telegrama dice «el *statu quo ante*».

Armand: Entonces, no hay ninguna posibilidad de llegar a un acuerdo.

Revertera: Pero entonces, ¿es necesario incluso que usted la transmita? Y sin embargo, ésas son las instrucciones oficiales que he recibido.

Armand: Desde el momento que usted me habló de ello, mi deber es transmitirlo. Y, para hacerlo sin error, le estaría reconocido si redactara una nota con la cabeza tranquila, que usted puede enviarme o dictarme. Aunque debe saber que el caso no tiene absolutamente ninguna posibilidad de llevarse a buen fin.

Revertera: Nadie en Alemania, incluso entre los no-pangermanistas, acepta el abandono de Alsacia-Lorena. Sería la señal de la derrota. Nosotros hemos hecho una encuesta allí, y el emperador ha convocado a Hohenlohe para hablarle de ello. Hohenlohe, también concluyó que era imposible

proponérselo a Berlín. La cesión de Alsacia-Lorena no puede formar parte de las condiciones de una *paz razonable cuyo rechazo por Alemania le dará a nuestro emperador el medio para separarse de su aliado*. No quiere felonías. *Si debe perecer, que sea con honor y que pueda entonces repetir la frase de Francisco:* Alsacia-Lorena sólo es para Francia una cuestión de amor propio.

Armand: No, si Alemania hace de ello una cuestión de amor propio, para nosotros es una necesidad. Mientras que Alemania esté en Alsacia-Lorena, no habrá seguridad para nosotros. Además, ¿por qué Austria apoyaría a Alemania en esta reivindicación? Por el artículo 75 del tratado de Westfalia, por los artículos 2 y 6 del de Luneville, el emperador había renunciado a todos sus derechos sobre esos territorios para él y sus sucesores, y, en Luneville, el emperador lo estipuló explícitamente, para todo el cuerpo germánico.

Revertera: ¡Pero entonces esta guerra durará años!

Armand: Remítame su nota. No puedo decir más, pero, una vez más, no cuente con que pueda tener una continuación.

El 24 de febrero de 1918, los dos hombres se volvieron a ver. Armand le repitió a Revertera los informes que le llegaban a propósito de las intrigas para la independencia de las nacionalidades, precisando que la cosa era seria.

Revertera se mostró preocupado, y dijo: «Sí, la desaparición de los Habsburgo será buena para su (de los alemanes) caso. Son capaces de todo».

El 25 de febrero de 1918, Revertera le remitió a Armand la

nota que éste le había pedido.

«Por el momento, se lee en ella, sólo se trata de preparar una entrevista de los plenipotenciarios francés y austrohúngaro: y fue con esa intención con la que le he hecho partícipe de las proposiciones de mi gobierno. Los dos funcionarios una vez reunidos tratarían naturalmente de la paz general, sobre la que podrían poner las bases según las instrucciones que hubiesen recibido. A su regreso, darían conocimiento a sus aliados respectivos del giro que las cosas hubieran tomado, eventualmente de los puntos en los que se hubiese llegado a un acuerdo, y sería entonces cuando Austria, por una parte, y Francia, por la otra, podrían usar su influencia mediadora con vistas a conseguir la paz general.

»En el mes de agosto de 1917, las conversaciones fueron establecidas con la intención de obtener del gobierno francés, con vistas a la paz futura, proposiciones dirigidas a Austria-Hungría, de tal naturaleza que las mismas pudiesen ser apoyadas por ésta ante el gobierno de Berlín. Por orden de su Majestad el Emperador y Rey, el ministro de Asuntos Exteriores austrohúngaro se declara dispuesto a transmitir esas proposiciones a Berlín, y a apoyarlas con toda su autoridad, si las mismas pareciesen aceptables. Ahora bien, éstas sólo podían ser consideradas como tales en el caso de que no sobrepasaran en nada los límites dictados por el honor, es decir que las mismas no implicasen, por el establecimiento de una base poco equitativa, el abandono puro y simple de un aliado.

»De acuerdo con el gobierno británico, las proposiciones francesas fueron formuladas, y transmitidas a Viena, donde fueron sometidas a un serio examen. Las mismas fueron

consideradas sin embargo como inaceptables, porque exigían de Alemania, aliado de Austria-Hungría, la cesión de territorios que ella posee por derecho, y que forman una parte integrante del imperio. Hubiese sido según la opinión del gobierno de Viena, un acto de mala fe apoyar ante su aliado reivindicaciones que le parecían tan poco justificables. La respuesta fue por ello negativa.

»En el transcurso de esas conversaciones, surgió la idea de que sin duda sería deseable que los ministros francés y austrohúngaro de Asuntos Exteriores, o funcionarios designados por ellos e investidos de plenos poderes, se encontrasen en un país neutral, a fin de intercambiar sus opiniones y determinar el camino a seguir para llegar a la paz. Una entrevista de esa especie podría ser útil a muchos respectos, pero sólo puede llevar a un resultado si se llega a fijar previamente una base para las negociaciones. Esa base no puede ser establecida en razón de las reivindicaciones territoriales de Francia.

»Austria-Hungría estará no obstante dispuesta a entrar en conversaciones con Francia, si el gobierno francés quiere declarar que, en caso de negociaciones de paz, no apuntará a ninguna especie de anexión, es decir que aceptará por su parte, el principio del *statu quo ante bellum*.

»El ministro austrohúngaro de Asuntos Exteriores estima que esa declaración sería suficiente para iniciar conversaciones entre Francia y Austria-Hungría con ciertas posibilidades de éxito».

Armand puso debajo de esa nota las observaciones siguientes, a las que no tengo gran cosa que añadir: al comienzo de las conversaciones Armand-Revertera, en agosto

de 1917, lo que le había parecido completamente inaceptable a Austria, era la cesión de Trieste a Italia. En ese momento, estaba fuera de duda que Austria veía como posible el abandono por Alemania de Alsacia-Lorena a Francia a cambio de una compensación colonial en Rusia. Austria se jactó incluso de obtener de Alemania reparaciones pecuniarias por las destrucciones en Bélgica y en Francia, a condición de evitar darle las apariencias de una indemnización de guerra. Revertera dijo el 25 de febrero de 1918 que, de junio a septiembre de 1917, el Kronprinz de Alemania estaba claramente por la paz, y era sobre él en quien se apoyaba Austria para concluir la misma. Sin embargo, ante las exhortaciones «violentas» de Ludendorff, el Kronprinz cedió y pasó a formar parte del partido pangermanista. En la actualidad, Hindenburg estaba eclipsado y Ludendorff lo conducía todo.

Después de agosto de 1917, los acontecimientos de Rusia y de Italia (Caporetto) parecían haber acabado con las veleidades de las concesiones. Todo ocurrió como si, desde entonces, el «realismo» de Czernin, su confianza en la superioridad de los alemanes hubieran, si no hecho cambiar de opinión a Carlos sobre su voluntad de paz —incluso de paz por separado—, sí al menos conseguir atraerlo hacia una cierta política de espera [165].

XXIII. CLEMENCEAU Y AUSTRIA

El fracaso de las negociaciones llevadas por el Estado Mayor francés había inducido a que Lloyd George creyese en la necesidad de un reforzamiento de la presión militar. Dio su acuerdo para la organización de un Estado Mayor interaliado. La decisión fue adoptada, en Rapallo, el 7 de noviembre de 1917, con gran satisfacción de Clemenceau, convencido de que en adelante su hora había llegado. Dirigida por su antiguo protegido, el general Foch, esa institución, que entró en vigor en marzo de 1918, iba a contribuir grandemente a *la victoria total*, que llegó siete meses más tarde. Después de algunos meses de duda, la toma del poder por Clemenceau galvanizó a los franceses. Por sus gestos, por sus actos de hombre fuerte, no dudando en hacer fusilar a algunos «traidores» y en intentar un proceso contra Caillaux —hombre que, entre los pacifistas, gozaba del mayor prestigio— el «Tigre» mostraba su determinación de aplastar toda resistencia al gobierno de la guerra hasta la victoria. Sólo él podía realizar el consensus entre la *derecha nacionalista* y la izquierda y la francmasonería republicanas patrióticas. Antiguo dreyfusista, no podía ser calificado de derechista. Al reprimir sin piedad las huelgas, era respetado por la derecha. Según sus biógrafos, «Clemenceau compartió la convicción de todos los patriotas franceses de que al defender a Francia defendía los ideales más sagrados de la civilización europea». Tranquilizó también a los emigrados serbios y checos, a quienes una filtración de las negociaciones del Estado Mayor había llenado de

inquietud. En efecto, según los informes de policía, uno de los jefes de la emigración serbia, Gruič, acababa de alertar a Pašič en Salónica y a Sonnino en Roma, asumiendo —equivocadamente— que los Aliados se habrían pronunciado contra todo debilitamiento de Austria-Hungría. Los dos hombres habían salido inmediatamente para Londres, a fin de movilizar a las fuerzas austrófobas.

Todo ocurrió como si, en Austria, no se hubiese adquirido conciencia del giro que representaba, en la política francesa, el advenimiento de Clemenceau (15 de noviembre de 1917). Un Clemenceau libre de ataduras, seguido por Georges Leygues, André Tardieu, André Maginot, apoyado por Léon Bourgeois, Louis Barthou, Louis Loucheur.

Cuando Clemenceau sucedió a Painlevé, su opinión, en lo que concernía a la suerte reservada a Austria, ya era segura. El coronel House refiere las palabras que pronunció el 1° de diciembre de 1917: «Pienso que hay que aplastar, primeramente, a los aliados de Alemania, reservando las operaciones definitivas contra el principal adversario para más tarde». Además, Ribot, que había sucedido a Briand en marzo de 1917 —se sabía que detrás de él estaba Clemenceau— se había mostrado ya extremadamente escéptico respecto a las iniciativas de Carlos de Austria. Hablaba muy bien del joven emperador: «No es responsable de la guerra, está casado con una princesa de sangre francesa, puede contar con nuestra simpatía», apresurándose a añadir: «Si Francisco José no ha desempeñado el papel que debería haber desempeñado hacia Alemania, si no supo reconciliar entre ellas los conflictos de su imperio […] si se hizo cómplice de la opresión de los elementos eslavos en beneficio de los

elementos germánicos […] podemos preguntarnos cómo Carlos lo conseguiría».

Las relaciones de Clemenceau con Austria merecen un examen. Nadie duda que Clemenceau fue uno de los hombres de Estado franceses más notables de finales del siglo XIX y de comienzos del XX. Nacido en 1841, su padre, Benjamín, había sido ya un republicano muy activo: en 1858, fue encarcelado durante la encuesta sobre el atentado Orsini. El hijo habría jurado entonces: «*yo te vengaré*». Médico a la edad de veintinueve años, visita América; en septiembre de 1870, estaba entre la muchedumbre que invade la Cámara. Arago le nombra alcalde de Montmartre. En 1871, refugiado en Burdeos, protesta al lado de Hugo, de Edgar Quinet, de Louis Blanc, de Charles Floquet, de Víctor Schoelcher, contra el «rapto» de Alsacia-Lorena. Versalles emitió una orden de arresto contra él. En 1876, se alista en la extrema izquierda, es elegido diputado por el distrito XIII, y después hasta 1893, milita por la amnistía, el sufragio universal, la libertad de prensa, la separación de la Iglesia y del Estado. Se le encuentra detrás de Gambetta. En 1895, publica *La lucha social*. Apoya la campaña de Zola en el caso Dreyfus. En 1902, es elegido senador del Var bajo la etiqueta radical; en 1906, es nombrado ministro del Interior en el gobierno Sarrien, después ministro de Trabajo. Radical a ultranza, sin ser masón, doblega, en 1906, a los huelguistas de Lens, y en 1907, a los de Narbona. En la crisis de Marruecos, obligará con su firmeza a los alemanes a aceptar el arbitraje de La Haya.

Contrariamente a lo que se podría creer y a diferencia de la mayoría de los hombres políticos franceses, éste, al que llamarían el «Tigre», conocía bien Austria. Existen lazos

políticos y familiares, puesto que su hermano Paul se había casado con una bella e inteligente judía austríaca, Sophie, la hija del periodista vienés Maurice Szeps. El mismo estuvo unido por una larga y tierna amistad con la hermana de Sophie, Berthe. Maurice Szeps, originario de Galitzia, dirigía el *Neues wiener Tagblatt*, uno de los principales órganos del liberalismo austríaco. Personalmente simpatiza con esa izquierda republicana francesa que llegó al poder en 1879. Durante una estancia prolongada en París, Szeps, que se había hecho amigo de Gambetta, conoció en casa de éste a Clemenceau, que en esa época, combatía ferozmente la alianza rusa. Szeps era muy antialemán, y su sueño era contribuir a un acercamiento entre Francia y Austria. Consiguió comunicarle su pasión por Francia al delfín Rodolfo, al lado de quien desempeñó, desde 1881, el papel de confidente y consejero en política exterior. Rodolfo había heredado de su madre la aversión contra el entorno ampuloso, reaccionario, militarista de Francisco José, contra la etiqueta española de la corte, la hostilidad a la Alemania de Bismarck y una hipersensibilidad. El hecho de que Szeps hubiese llegado a inculcar al delfín su francofilia le designa como uno de los blancos de los pangermanistas antisemitas, cuya influencia comenzó a sobrepasar a la de la corriente liberal. La muerte de Gambetta iba a establecer una demora en el proceso de amistad que Szeps intentaba discretamente establecer entre los dos países. Apuesta entonces por Clemenceau, cuyo carácter enérgico, apasionado, le impresionó. Lo invita a Viena. En la casa de los Szeps, Clemenceau se encuentra con personalidades periodísticas y políticas liberales, especialmente con el presidente húngaro

del Consejo, el conde Gustav Kálnosky. Hace notar: «En el corazón de una monarquía jerárquica, he descubierto una democracia auténtica, viva». En 1886, en Karlsbad (hoy Karlovy Vary), una estación termal muy concurrida, Paul Clemenceau se promete con Sophie Szeps, y, poco después, Berthe se casa con un químico célebre, Emil Zuckerkandl, hijo de una familia judía de Györ (Raab) en Hungría. Cuando Maurice Szeps conoce dificultades financieras con su periódico, que era de alguna manera el portavoz de Rodolfo, el delfín le ayuda a salir de apuros recurriendo a otro de sus amigos judíos, el industrial Maurice Hirsch, hecho barón por Francisco José por su contribución a la construcción del ferrocarril balcánico. Szeps organizará un encuentro entre Rodolfo y Clemenceau, según los biógrafos de este último. Había en ese momento una breve transparencia política, propicia para tal encuentro. En 1888, moría Guillermo I y su hijo Federico, casado con una hija de la reina Victoria, era más bien liberal, antibismarckiano y, sobre todo, prosemita. Debería entenderse bien con Rodolfo, pero apenas seis meses después de su llegada al trono, muere. Su hijo, Guillermo II, tenía otra personalidad. Estaba convencido de la misión civilizadora y expansionista de Alemania. Invita a Rodolfo a Berlín, donde Bismarck, parece ser, le informó de su intención de empujar a Boulanger a un golpe de Estado, lo que le daría a Alemania un buen pretexto para intervenir.

Una vez puesto al corriente de ese proyecto extravagante, Szeps envía a su hija Berthe a París, para prevenir a Clemenceau. Pero la joven no le dirá al político nada que él ya no sepa.

Mientras tanto, durante una velada dada por el embajador

del Reich, Von Reuss, Francisco José reprendió públicamente a su hijo por su conducta indigna de un Kronprinz. Rodolfo, mortalmente vejado, se retira a sus aposentos. «El emperador me humilló, todo ha acabado entre nosotros», dijo. Poco tiempo después, ocurrirá la tragedia de Mayerling. Los Szeps estaban convencidos de que el caso del amor romántico con Maria Vetsera sólo había desempeñado un papel secundario en la decisión de Rodolfo de darse muerte. El conflicto con su padre, el odio del que era objeto en el entorno de éste habrían sido, al contrario, determinantes. En cualquier caso, su desaparición suscitará un gran alivio en los medios clericales, pangermanistas y militaristas.

El caso Dreyfus es la ocasión para la reanudación de los lazos amistosos entre los Szeps y Clemenceau. Berthe se siente al unísono con Georges, de quien admira el valor. Encuentra en casa de él a Picquart, Rodin, Carrère y otros destacados parisienses. Szeps, por su parte, exalta en su periódico el humanismo militante de los dreyfusistas. Berthe vuelve a ver a Clemenceau en Karlsbad en 1897, después en 1900, en París. A su regreso, lo recibe en su salón vienés en compañía de Rodin, de Burchardt, director del Burgtheater y de Alma Schindler que, en 1902, se convertirá en la mujer de Gustav Mahler.

Ni que decir tiene que los Szeps no sentían simpatía por Francisco Fernando, con el que sólo tenían un punto en común: la desconfianza hacia Alemania. Pero la anexión por Austria de Bosnia-Herzegovina, la agresividad creciente de Viena hacia Serbia, los cada vez más fuertes lazos de Austria con Alemania hicieron del Clemenceau proaustríaco un enemigo implacable de la Austria militarista.

El barón (luego, tras 1909, conde) Aehrenthal, tras su nominación al Ministerio de Asuntos Exteriores, intentará reconciliarse con Francia utilizando al hijo y heredero de Maurice Szeps, Julius, también periodista, director del oficioso *Fremdenblatt*. Lo envía a París para sondear las intenciones francesas. Clemenceau se declara dispuesto a negociar, pero sólo después de que el Parlamento de Serbia (habían pasado tres años desde la caída de la dinastía proalemana de los Obrenovic) hubiera rectificado el empréstito francés que debía consolidar la amistad franco-serbia como puente de la alianza franco-rusa. El embajador de Francia en Viena, el marqués Réserveaux, hombre subordinado de Pichon, aplaza, sin duda intencionadamente, su regreso a Viena, cuando era portador del mensaje francés. Aehrenthal creyó haber sido engañado, y en efecto, al regresar en 1906 a la capital austríaca, Réserveaux hablará de mil y una cosas, sin decir ni una palabra sobre Serbia. Interrogado, más tarde, por Berthe, por la razón de ese extraño silencio, Clemenceau responderá: Aehrenthal puso solamente cara de no comprender. ¿Era eso la verdad? Según el hermano de Berthe, Clemenceau y Aehrenthal tenían igualmente razón, siendo el marqués el comparsa. Éste confundió a Clemenceau para no ayudar en absoluto a que el hombre cuyo radicalismo detestaba consiguiera un éxito diplomático. Dicho esto, es posible que ya se hubiese operado un cambio en el ánimo de Clemenceau. Sospechó de las intenciones de Guillermo II, y quedó impresionado por el fracaso de las entrevistas, en Marienbad, entre Eduardo VII y Francisco José y no perdona ni al emperador de Austria ni a Aehrenthal que no le hubiesen prevenido de la anexión de Bosnia-Herzegovina.

«Por ganar el Este, ha perdido el Oeste», le dirá a Berthe.

En el libro que ésta le consagrara a su antiguo amigo, describe su última entrevista en París, en mayo de 1914. Se ve allí a un Clemenceau obsesionado por ideas a las que sacrificará sin escrúpulos una larga y cálida amistad. «¿No te he dicho que la política austríaca es la chispa que hará saltar el barril de pólvora?», le dijo a Berthe. Aunque Berthe Zuckerkandl no diese con una fidelidad absoluta sus conversaciones y, retrospectivamente, llene los propósitos de Clemenceau con argumentos que éste en mayo de 1914 probablemente no había avanzado —especialmente su certeza del final de Austria— el retrato que pinta de Clemenceau está de acuerdo con la animosidad con que, en 1918, el hombre de estado se pondrá a trabajar para destruir a un Estado del que, antaño, había apreciado la vitalidad y la hospitalidad. Berthe le escribirá entonces una última carta, desde Berna: «Georges, sé que vas a destruir Austria para castigarla. También sé que eso es injusto».

Hombre de izquierdas, apasionado, Clemenceau fue ante todo un nacionalista —¿y por qué no decirlo?— un patriotero, antes de ser de izquierdas. Él mismo cuenta que, durante un primer encuentro con el general Foch, que —antes de ser nombrado por él comandante de la Escuela de guerra— había creído honesto prevenirle: «Tengo un hermano jesuita», él le contestó simplemente: «A mí qué me importa…». «Hubiera podido escoger otra expresión más reservada, observa, pero mi interlocutor era un soldado…». Después añade: «No me valgo de ningún mérito particular después de un acto tan simple de patriotismo francés. Pertenezco a la generación que ha visto perder Alsacia-Lorena

y no podía consolarme». Seguirá la misma línea de conducta al nombrar a Brunetière para la universidad, «aunque sea adversario de mis ideas». Fue de izquierdas pero no de la izquierda sectaria. Su patriotismo era más fanático y rencoroso que su radicalismo, como lo demostrará, más tarde, su comportamiento respecto de sus adversarios políticos Caillaux y Malvy.

XXIV. LAS NEGOCIACIONES SMUTS-MENSDORFF

Cuando en Francia Clemenceau consiguió movilizar al país, en Gran Bretaña, Lloyd George, nombrado primer ministro el 7 de diciembre de 1917 —aunque conoció la hostilidad de París y de Roma a cualquier negociación— no permaneció indiferente a la ascensión de la corriente pacifista. A su vez, se dirigió a Czernin: ¿estaría éste dispuesto a reconsiderar las posiciones de Austria? El jefe de la diplomacia austríaca le respondió que, si el gobierno británico estaba dispuesto a enviar como emisario a una personalidad importante, él mismo despacharía inmediatamente a un hombre de confianza. Czernin aprovechó para lamentarse de que las conversaciones entabladas con los franceses en varias ocasiones hubiesen sido vanas. Consultados los Aliados, Sonnino, fiel a sí mismo, le rogó a Lloyd George que actuase con mucha prudencia. Pichon, también, tuvo la impresión de que el primer ministro británico, a pesar de todas las presiones que había sufrido, *at home* y en el extranjero, creía aún en la posibilidad de una paz por separado con Austria. Balfour, igualmente, estimaba que era delicado oponer a Czernin un rechazo claro antes de haberlo escuchado. Y Wilson, en un telegrama transmitido por Jusserand, informó a los gobiernos francés e inglés que, igual que su secretario de Estado Lansing, prefería la hipótesis de una Austria que se mantuviera bajo una forma ampliamente federativa,

antialemana, y que deploraría el rechazo de las iniciativas austríacas.

En esto, Lloyd George envió a Suiza al alto personaje experimentado y moderado que era el general Smuts, ministro sudafricano de Defensa, para verse, el 18 y 19 de diciembre de 1917, con el enviado de Carlos, el conde Mensdorff, antiguo embajador en Londres, pariente del rey de Inglaterra.

Smuts declaró de golpe a su interlocutor que, si Austria se separaba de Alemania, podría contar con Inglaterra [166]. Si esta condición se daba, se podría discutir sobre una paz general. Mensdorff recordó la tesis de Czernin, en adelante tópica; hacer una paz por separado sería, por parte de Austria, una traición.

Smuts no se sorprendió: muy al tanto de las negociaciones precedentes, sabía que la opinión de Czernin no reflejaba fielmente la de Carlos, quien sí consideraba desde hacía tiempo la paz por separado, y que, por otra parte, Mensdorff no había ciertamente dicho su última palabra. Además, el conde se apresuró a confiarle lo feliz que se sentía Austria al oír, finalmente, por parte oficial británica, lo contrario de lo que ciertos aliados habían declarado a comienzos de 1917, a saber: que el objetivo de guerra de la Entente era el desmembramiento de Austria-Hungría.

Smuts respondió que Gran Bretaña estaba completamente dispuesta a ayudar a Austria, si ésta le concedía la autonomía a sus poblaciones sometidas. Le sugirió a Mensdorff que Carlos reformase las instituciones a fin de que Austria se convierta en un imperio liberal, reagrupando a las poblaciones satisfechas con su destino. Así podría

desempeñar ella en el imperio el papel que Gran Bretaña desempeñaba en el seno de la Commonwealth. Se convertiría en una Liga de naciones desembarazada de todo militarismo. Sin embargo, añadió Smuts, para todo eso, era indispensable que la monarquía se separara sin reservas del imperio alemán y restableciese relaciones estrechas con los países de la Entente.

Mensdorff, de quien se sabía que simpatizaba realmente con el mundo británico, igual que la mayoría de la aristocracia austrohúngara, afirmó que los propósitos de Smuts no dejarían de ser bien recibidos en Viena. No obstante, en las circunstancias actuales, le parecía como fuera de lugar que Austria rompiese con Alemania e inaugurase una nueva política justamente en medio de las hostilidades. Resaltó al mismo tiempo que Czernin, un hombre resueltamente moderno, era completamente afecto a las ideas wilsonianas concernientes a la Sociedad de las Naciones.

Después, Smuts insistió en la prioridad que había que otorgar, para una paz satisfactoria al *principio de las nacionalidades* y a la democracia. Mensdorff le interrumpió entonces para decirle que, en su opinión, Gran Bretaña subestimaba el alcance de la evolución en curso en la misma Alemania, donde el parlamentarismo había sido considerablemente reforzado y donde la clase obrera probaba cada vez más su capacidad política (*Regierungfähigkeit*). El régimen militar estaba a punto de ser barrido. Sugirió que se entablaran igualmente negociaciones directas, generales, entre Gran Bretaña y Alemania, desempeñando Austria de buena gana un papel de intermediaria.

Sabiendo que su misión se limitaba a separar a Austria de

Alemania, Smuts no quiso entrar en más consideraciones. Incluso en el futuro, dijo, Gran Bretaña sería más favorable a una cooperación con Viena que con Berlín. Por otra parte, ¿estaría Austria dispuesta a unir la Galitzia al reino de Polonia? Sin duda, respondió el conde, no sería imposible atraer a la Polonia unida hacia Austria. Llegado a ese momento de la conversación, Mensdorff estalló contra los Karadjorjevic. Austria debía prevenirse contra la agresividad de Serbia; no pensaba que Bulgaria aceptase devolver Macedonia. En el caso, preguntó entonces Smuts, en que Serbia cambie su actitud respecto a Austria, especialmente en lo que concernía a Bosnia-Herzegovina, ¿estaría Viena de acuerdo en dejarle un acceso al mar? Personalmente, le aconsejaba vivamente a Austria que se reconciliase con los serbios, a los que él de buena gana hubiera concedido, como deseaba San Petersburgo, Dalmacia así como Dobroudja y la Macedonia Búlgara.

Mensdorff hizo notar que Rusia ya no estaría allí…

Después se habló de Rumanía. «La calma pareció abandonar a Mensdorff», observa Smuts. Hablaba de los rumanos como de traidores. En cuanto a Hungría, dijo, no abandonaría ciertamente una pulgada de su territorio a Rumanía. Tanto más [167] cuanto que una parte únicamente de Transilvania comprendía una población rumana.

Smuts señaló que las reivindicaciones de Rumanía sobre Besarabia, Bucovina, e incluso Dobroudja, eran justificadas. En su opinión, Austria actuaría prudentemente creando una Rumanía satisfecha. (Mensdorff debió recordar, en aquel momento, que tales concepciones no habían sido extrañas al pensamiento de Francisco Fernando, como tampoco al de

ciertos alemanes, antes de la defección de Rumanía.) No obstante le preguntó a Smuts que le dijera francamente cómo creía poder conciliar *el principio de las nacionalidades con las promesas dadas a Italia en los Balcanes y que eran un secreto de Polichinela.* Pues se había considerado privar a Austria-Hungría de cualquier acceso al mar y dar a los italianos el control de las dos orillas del Adriático. Trieste nunca fue italiana, dijo con pasión, ¿y qué derecho tienen los italianos sobre Valona? Smuts replicó que, a su entender, lo mejor sería otorgarle a Trieste un estatuto de puerto libre.

En esto, los dos hombres se separaron. A su regreso, Smuts le hizo un resumen de las entrevistas a Lloyd George y le expuso el plan siguiente: transformar Austria-Hungría en un imperio constituido por la unión de cuatro Estados que hiciera contrapeso a Alemania; unificar Polonia; cederle a Serbia Bosnia-Herzegovina y Dalmacia y el Trentino a los italianos; otorgarle a Trieste el estatuto de puerto libre; agrandar Rumanía con Bucovina y Besarabia; rumanos y serbios se repartirían la Dobroudja y la Macedonia búlgara. Alemania debería restituir Bélgica y Alsacia-Lorena (eventualmente, sin Estrasburgo), conceder la independencia a Finlandia, a Curlandia, a Lituania, a Polonia, conservándolas bajo su influencia; se le daría a Alemania Togo, el Camerún y el Congo, en compensación de Alsacia-Lorena. Habría que crear Estados independientes árabes, y poner a Mesopotamia bajo protectorado británico; un estado judeo-árabe sería fundado en Palestina, bajo protección común anglo-franco-americana. Finalmente, con la paz, se cesaría toda guerra económica.

Hay que reconocer que *entre todos los planes concebidos*

para preparar la posguerra, el de Smuts era el más razonable. ¡Ay!, pero no fue seguido, y Lloyd George, que parece haberlo aprobado —y que, en su discurso del 5 de enero, arrojaba, según la expresión de Valiani, un «puente de oro» hacia Austria— no tuvo la suficiente energía para imponérselo a *Clemenceau el patriotero y a Wilson el utopista*.

Además, el mismo Smuts era consciente de la dificultad que habría en realizarlo. En un memorándum dirigido a Balfour después de su entrevista con Mensdorff, se declaraba convencido de que los Aliados no aceptarían sus proposiciones y de que los polacos y los serbios estarían descontentos. Los italianos serían quizás más comprensivos: Nitti le había dicho —tras la derrota en Venecia— que Italia se contentaría probablemente con una autonomía cultural para el Trentino y Trieste. Pero Gran Bretaña no tenía ningún deseo de devolver Togo y Camerún, y el cálculo de Balfour era que, si se llevaba a cabo el plan Smuts, los perdedores serían Serbia, Rumanía, Polonia, Italia y quizás Francia, pero no Inglaterra ni los Estados Unidos.

El único resultado positivo de las conversaciones de Smuts será, la declaración relativamente moderada de Lloyd George, el 5 de enero de 1918, sobre los objetivos de guerra de Gran Bretaña.

XXV. LOS CATORCE PUNTOS DE WILSON RÁPIDAMENTE SUPERADOS

A comienzos de 1918, Wilson hizo públicas las condiciones en catorce puntos impuestas por los Estados Unidos para la terminación de las hostilidades y la organización de una conferencia de paz. En el mensaje de Wilson, dos puntos interesaban particularmente a Austria-Hungría. El artículo 9, que proclamaba la rectificación de las fronteras italianas, y el artículo 10, que sugería que los pueblos de Austria-Hungría recibían la facultad más grande «para el desarrollo de su autonomía».

La reacción de los medios oficiales de Londres a los catorce puntos fue reservada, pero no negativa. «Aunque estemos de acuerdo con el presidente Wilson de que la destrucción de la monarquía austrohúngara no figura entre nuestros objetivos de guerra, pensamos que podemos eliminar ese foco de desorden en esta región de Europa si las nacionalidades de Austria-Hungría vieran que se les concedía la verdadera autodeterminación según los principios democráticos a los que aspiran desde hace tiempo», declaró Lloyd George al Congreso de las *trade-unions*.

En el mismo congreso, el enviado de los soviéticos, Máxime Litvinov, fue calurosamente aplaudido, mientras que, según los observadores suizos, la aparición de Masaryk «no causó gran impresión».

Las informaciones recogidas por la embajada de Austria en

Berna sobre el clima político en Gran Bretaña, según un diplomático sueco, K. F. Liljewasch de regreso a Suiza después de una estancia de un año en Londres, eran, también, esperanzadoras. El neopacifista lord Landsdowne pronunció, a finales de febrero, un discurso encendido, a continuación del cual una petición con trescientas «importantes» firmas fue dirigida al gobierno en favor de la paz. En la cámara de los lores, los que militaban por la terminación de las hostilidades ganaban terreno, mientras que, en la Cámara de los comunes y en los ambientes de la clase media, la influencia belicista de Lloyd George y de lord Northcliffe continuaba prevaleciendo, según el sueco. Se esperaba alcanzar la victoria gracias al apoyo de los Estados Unidos y del Japón. «Los americanos le han ganado ya tanto a la guerra que pueden permitirse el lujo de combatir, como dicen ellos, por la humanidad y la libertad de los pequeños pueblos». Según el mismo diplomático, se encontraba mucho más realismo y buen sentido en los oficiales llegados del frente que en los políticos. En el plano social, Liljewasch observó que el Partido Laborista había realizado grandes progresos, gracias a Henderson, a quien apoyaba Lansdowne. El jefe de la propaganda, lord Northcliffe, era el «mal espíritu» de Inglaterra. «Si se pudiera conseguir que cesara en su campaña a favor de la victoria total, se podría conseguir la paz en dos semanas», dijo Liljewasch. Hecho curioso, contrariamente a la embajada austríaca, que desaprobaba como inútiles y peligrosos los bombardeos sobre Londres por la aviación alemana, el diplomático neutral creía que éstos eran eficaces, tanto por la perturbación que causaban en el trabajo industrial como por su efecto desmoralizador sobre el espíritu de los obreros.

Dicho esto, en la Conferencia interaliada de París, a comienzos de enero, Lloyd George se pronunció por el rechazo a las proposiciones de Czernin. Un diplomático noruego, cuyas declaraciones fueron referidas desde Christiania a Berna, explicó esa rigidez de los Aliados —que se manifestaba en un momento en que la situación militar de los Centrales era buena— por las esperanzas que habían suscitado las informaciones acerca de las disensiones en el entorno del Káiser, la multiplicación de las huelgas en Alemania y en Austria-Hungría (donde estaban creando una situación prerrevolucionaria), así como por el hecho de que las negociaciones de paz con Rusia parecían estar en un callejón sin salida. En cuanto a la ofensiva alemana, que preparaban Ludendorff y Hindenburg, los Aliados estaban casi seguros de contenerla.

En Viena, la declaración de Wilson fue acogida con esperanza renovada. En efecto, el término «autonomía» podía ser interpretado como una solución que se correspondía a la que Carlos consideraba desde hacía tiempo. Al llegar después de la declaración de Lloyd George, según la cual, «el desmembramiento de Austria no formaba parte de los objetivos de guerra aliados», los catorce puntos dejaban entrever una salida favorable para el mantenimiento de la dinastía y de la monarquía. Igualmente la misma traducción hicieron los dirigentes de la emigración y los políticos austrófobos de Francia y de Gran Bretaña, que decidieron movilizar todos los medios de presión disponibles para que tanto Wilson como el primer ministro británico, no contentos con exigir la autonomía, apoyasen las reivindicaciones de independencia estatal de las diferentes

naciones de la monarquía. Winckham Steed multiplicó sus artículos en la prensa británica, para poner en guardia a la opinión contra las «trampas austroalemanas». El embajador francés en Roma, Camille Barrère, envió un informe detrás de otro a su gobierno, hablando de la inquietud siempre viva de Sonnino frente a la «obsesión» de Lloyd George de una paz por separado. Los periódicos del grupo Northcliffe atribuyeron a Carlos y a Guillermo los más negros propósitos. En cuanto a Beneš, se extendía en consultas, yendo de Pichon a Deschanel, de Leygues, presidente de la comisión de Asuntos Exteriores, a Jouvenel, para acabar en Clemenceau, a quien encontró enteramente dispuesto para su causa.

Sin embargo, los extremistas de la Entente y sus asociados de las diversas emigraciones sólo lograron un pequeño éxito en la Conferencia socialista internacional que se celebró en Londres del 21 al 23 de febrero de 1918, con ausencia, evidentemente, de los países enemigos. La Conferencia fue dominada por personalidades como Henderson, Sidney Webb, Albert Thomas, Emile Vandervelde, Henri de Bruckère y Camille Huysmans, que sería presidente de la II Internacional en 1940 [168]. La misma se pronunció por la restitución a Francia—aunque después de un referéndum—bajo la égida de la futura Sociedad de las Naciones, de Alsacia-Lorena, condenó los «objetivos de conquista» del imperialismo italiano, se negó a admitir como objetivo de guerra el desmembramiento de Austria-Hungría, aunque, dando curso a una petición de la Unión de los socialistas italianos y de los socialistas serbios y rumanos, «no admitió tampoco que las reivindicaciones de independencia nacional formuladas por los checoslovacos y los yugoslavos fuesen

tratadas como una simple cuestión de política interior». «Si los pueblos lo consideran útil, sustituirán la dominación de los Habsburgo por una libre confederación de los Estados del Danubio».

El Congreso de los pueblos oprimidos de Austria-Hungría, inaugurado en Roma el 8 de abril de 1918, dio más amplia satisfacción a los dirigentes emigrados. Organizado por Seton-Watson y Wickham Steed, fue un festival de los austrófobos italianos con la presencia de los senadores Ruffini, Albertini y Della Torre, de los diputados Martini, Agnelli, Di Cesara, de los periodistas Amendola, Borghese, Mussolini, representantes del Comité de propaganda para la amistad ítalo-yugoslava de Salvemini y sus amigos, etc. Los checoslovacos estaban representados por Beneš, Štefanik y Osuský, los yugoslavos por Trumbić, Mestrović, los polacos por el futuro ministro de Asuntos Exteriores Skirmut, los rumanos por Mironescu, Gran Bretaña por Steed y Seton-Watson. El congreso, que se pronunció imperativamente por el desmembramiento de Austria-Hungría, tuvo un gran éxito de publicidad y, como dijo Ernest Denis, «representó un golpe mortal para Austria-Hungría». El deseo de Mazzini: «*Austria delenda*», estuvo a punto de realizarse. Después del congreso, sus organizadores y sus participantes iban a ejercer una presión incesante sobre los gobiernos, especialmente británico e italiano —en principio reticentes y después conciliadores— a fin de que su resolución —que correspondía además con la del Congreso masónico internacional de junio de 1917, del que volveremos a hablar— fuese inscrita entre los objetivos de guerra oficiales de los Aliados.

No carecía de razón Beneš cuando le dijo a su amigo

Sauerwein: «*Nuestro proyecto de desmembramiento de Austria le ofrece a la Entente un programa positivo*».

El semanario *New Europe*, de Seton-Watson, cogió como blanco principal a Austria-Hungría, olvidando que Alemania también existía. Los emigrados ganaron para su causa al influyente grupo de Round Table, los diputados Samuel Hoare y John White, y hasta a los escritores Sidney Webb, Bernard Shaw, Gilbert Keith Chesterton. Ernets Denis dio una serie de conferencias en la Sorbona en favor de Checoslovaquia. El alto mando italiano decidió, después de algunas vacilaciones —pues se trataba de un arma de doble filo— arrojar millones de panfletos sobre las tropas austrohúngaras, informándoles del próximo desmembramiento del imperio austrohúngaro y convocando a los soldados checos, croatas, eslovenos y eslovacos a la deserción.

Valiani observa que, alertado, a comienzos de 1918, a propósito del encuentro Smuts-Mensdorff, por sus amigos ingleses, el presidente del Consejo italiano, Vittorio Emanuele Orlando, se decidió también él a intentar una gestión. Encargó a Francesco Nitti, ministro del Tesoro y miembro del Comité de guerra, que se pusiera en contacto con el Vaticano. Quería saber si Austria estaría dispuesta —y en qué condiciones— a hacer la paz con Italia. Ahora bien, en Viena, el Vaticano tropezó con un rechazo total a tratar sobre la base de una concesión territorial, pues, después de Caporetto, Austria se consideraba en posición de vencedora frente a Italia. La importancia de esa tentativa, más allá de su fracaso, consiste en el hecho de que era la primera vez que el gobierno italiano recurría a los servicios del Vaticano [169].

XXVI. LOS ÚLTIMOS ESFUERZOS DE CARLOS Y EL ERROR DE CZERNIN

La fortuna de las armas parecía, en la primavera de 1918, favorecer a los austroalemanes. El 3 de marzo, las negociaciones de paz comenzaron, en Brest-Litovsk, con los bolcheviques. Algunas semanas antes, los rumanos, puestos K.O., habían firmado el armisticio con las Potencias centrales. El ejército alemán lanzó una doble ofensiva, bajo el mando de Ludendorff asistido por los príncipes herederos de Baviera y de Prusia. El 21 de marzo, las tropas británicas fueron reforzadas. Dos días más tarde, París era bombardeada.

En esas circunstancias Czernin cometió un error que sin duda selló la suerte de la monarquía. El 2 de abril, ante el consejo municipal de Viena, en un discurso insensato, en el que alabó el éxito de la alianza austroalemana, insinuó que Clemenceau acababa de hacerle a Austria una oferta de negociación. Dos días más tarde, Georges Mandel telefoneó la noticia a Clemenceau, entonces en el frente. El Tigre se encolerizó y gritó: «El conde Czernin ha mentido». Y hemos visto que tal era el caso. La iniciativa de las negociaciones que hemos relatado con tanto detalle había partido, tanto en julio como en noviembre, de Austria y no de Francia. El amor propio de Clemenceau fue herido en lo vivo. No iba a perdonarle nunca a Czernin el haberle presentado como un «pedigüeño de paz». Para vengarse de la afrenta, decidió poner a Austria en una situación embarazosa en relación a sus

aliados, en relación a todos los que habían querido negociar con Carlos, en relación al pueblo austríaco. Publicó —pasando por encima de las promesas de sus predecesores— el texto autógrafo e íntegro de la carta de Carlos del 24 de marzo de 1917, en la cual, recordémoslo, el emperador había afirmado que «si Alemania se negaba a entrar en el camino de la razón», él se vería obligado, por el interés primordial de la monarquía, «a abandonar su alianza para hacer una paz por separado con la Entente».

Viena se esforzó, en vano, en pretender que se trataba de un error. Nadie creyó en el desmentido. El príncipe Sixto se sintió aludido: si era verdad que la carta de Carlos había sido falseada, ¿quién aparte de él podía ser responsable? Protestó enérgicamente, y Clemenceau no puso en duda su buena fe. Pero los miembros de la comisión de Asuntos Exteriores y de la Guerra—sobre todo los especialistas— no estaban convencidos. Dicho esto, nadie, en París, quiso insistir en la cuestión. El caso permitía abreviar toda negociación con Austria. De creer a Hanotaux, Poincaré lo lamentaba. Le confió, en mayo de 1918, al historiador, «tras los debates muy desarrollados sobre las razones por las cuales no podía separarse de Italia»: «sólo queda que la negociación haya podido, en cierto momento, reposar sobre el sincero deseo del emperador Carlos de convertirse en árbitro de la paz»; pero «no se ha sabido resolverlo y se perdió en senderos sin salida». Anatole France se expresó menos diplomáticamente: Ribot, dijo, es un canalla por haber desaprovechado semejante ocasión. Sin embargo, en Austria, la revelación de Clemenceau había provocado una crisis extremadamente grave. Para no perder el prestigio, Czernin quiso obtener de

Carlos una «declaración de honor» en cuyos términos el emperador afirmase no haber escrito ninguna carta a Sixto, y sobre todo esa carta en la que justificaba las pretensiones francesas sobre Alsacia-Lorena. Czernin incluso llegó a amenazar a Carlos con ir a Berlín, «y eso será el fin de Austria». Según Zita, el emperador sufrió una indisposición cardiaca tras la disputa. Enfermo, agotado, al borde de la depresión nerviosa, acabó por firmar la declaración exigida por Czernin, que la hizo pública al día siguiente. No contento con haber ridiculizado y humillado al emperador, el conde le urgió a renunciar temporalmente a su título y a nombrar como regente al archiduque Eugenio o al archiduque Federico, que era su amigo personal. Se puede creer, después de la descripción que se conserva de estas escenas, que Carlos habría cedido si Zita no hubiese estado allí. Acabó por expulsar a Czernin y nombró en su lugar a Burian, que ya había sido ministro de Asuntos Exteriores en el momento en que Carlos había subido al trono. Había soportado demasiado tiempo cerca de él —mudo no se sabe por qué complejo de inferioridad— a un arrogante ministro que hizo de los Asuntos Exteriores su coto privado. Las amenazas proferidas contra el emperador en el momento de la crisis desvelan con una luz nueva las tergiversaciones de Revertera durante sus entrevistas con los franceses: no fue el fiel servidor y portavoz de Carlos, sino de Czernin.

Según Gordon-Sepherd, que lo discutió largamente con la emperatriz, Czernin se había dejado influir durante un tiempo por Carlos, pero nunca buscó verdaderamente la paz. Después de las victorias austroalemanas en Isonzo, se había hecho un incondicional de los alemanes. Por eso, en la

cuestión de Ucrania, no opuso ninguna resistencia a sus exigencias. Czernin hubiera admitido sin pestañear que Austria-Hungría se convirtiese —de lo que equivocadamente fue acusada por la Entente— en un satélite de Alemania. Sus notas a Armand simplemente habrían servido para demostrarles a los alemanes que no compartía en nada las veleidades pacifistas del emperador. Éste cometió un grave error al mantener cerca de él a un hombre que contradecía todos sus planes y le impedía hacer lo que le dictaban su intuición y su conciencia, a lo que su esposa no dejaba de empujarle: poner fin a la alianza contra natura con Alemania.

Una vez que Czernin hubo partido, Berlín exigió seguridades de fidelidad concretas del emperador y éste, una vez más, cedió a la presión de Guillermo II, apoyado por la prensa proalemana de Viena y de Budapest. El 11 de marzo, Carlos se trasladó a la ciudad belga de Spa, entonces cuartel general del ejército alemán. Allí se encontró con Guillermo y firmó un documento aparentemente de pura forma, pero cuya lectura demuestra claramente que Alemania buscaba convertir la alianza en una satelización disfrazada. El acuerdo preveía, en efecto, la realización de un tratado político que uniría a las dos potencias de la manera más estrecha, combinado con un pacto militar (*Waffenbund*) y de un plan económico que tenía como objetivo final la creación de un espacio económico unificado.

Los alemanes se interesaban principalmente en el aspecto militar del tratado: el general Arz, jefe del Estado Mayor austrohúngaro, debió firmar con Hindenburg un acuerdo que preveía la armonización de los reglamentos en vigor en los dos ejércitos y su despliegue sincronizado. Fue un verdadero

meter en vereda al ejército austríaco. Fue además la conclusión que sacaron los Aliados: Austria estaba a punto de convertirse en una segunda Baviera.

Los americanos habían imaginado las consecuencias desastrosas que tendría la publicación, por Clemenceau, de la carta de Carlos. El secretario de Estado Lansing lo calificó como «un acto de estupidez que nadie podrá excusar»… «Si Clemenceau quería probar que Czernin era un mentiroso, pudo hacerlo, ¡pero a qué precio! Su revelación ha arrojado a Austria en los brazos de Alemania». En cualquier caso, Clemenceau no hubiera podido hacer mayor servicio a los que, después de años, intentaban convencer a la opinión de la hipocresía de Carlos y de la satelización de Austria. Si los argumentos eran falaces, los acontecimientos ulteriores iban, ¡ay!, a darles razón.

XXVII. EL PAPEL DE LOS ESTADOS UNIDOS

El presidente Wilson, a quien a menudo se le reprochó su ignorancia de los problemas europeos, pertenecía sin embargo al pequeño número de hombres de Estado que se negaron a creer en la naturaleza fatal y definitiva de los lazos entre Austria-Hungría y Alemania. Parece haber sabido también que Viena desaprobaba el desencadenamiento de la guerra submarina a ultranza, que provocó la entrada en guerra de los Estados Unidos en el mismo momento en que el joven sucesor de Francisco José se disponía a sondear a los americanos sobre la eventualidad de una negociación. Wilson estaba también al corriente de las entrevistas secretas franco-austríacas llevadas por mediación del príncipe Sixto; se sabe que fue únicamente bajo la presión de factores interiores y exteriores por lo que se decidió, siete meses después de la entrada en guerra de los Estados Unidos contra Alemania, a declarar la guerra a Austria-Hungría, pues no renunciaba a la esperanza de separar a Austria de Alemania.

En julio de 1917, Wilson le escribía aún al coronel House: «Inglaterra y Francia no tienen ciertamente las mismas opiniones que nosotros en lo que concierne a la paz. Cuando la guerra se haya terminado, podremos imponerles nuestra manera de ver». Cuando los Aliados pretendían que su objetivo principal era asegurar la seguridad contra cualquier agresión nueva de Alemania, Wilson y House se preguntaban

si esa seguridad implicaba la disolución del Imperio otomano y la de los Habsburgo, y su inquietud era grande.

El 13 de mayo de 1913, House le escribió a Wilson, de lo que dio cuenta a Balfour, que, si Turquía y Austria se mostraban dispuestas a romper con Alemania, se podrían cambiar ciertas condiciones previstas para la Europa central. Balfour le respondió que estaba de acuerdo. ¿Pero no podía llegar a la conclusión también, sobre los propósitos de House, que, en el caso en que Turquía y Austria no cambiaran inmediatamente de campo, los Estados Unidos no se opondrían a su castigo ejemplar? Wilson se obstinó en afirmar que no estaba al corriente de los objetivos de guerra aliados, pero Balfour, en los Counes, el 4 de marzo de 1918, y después el 16 de mayo del mismo año, pretendió lo contrario: ¿a quién creer?

Poco tiempo después de la entrada en guerra, Wilson creó, bajo la dirección de su amigo y consejero el coronel House, un comité con el nombre de Inquiry, encargado de definir los principios según los cuales los Estados Unidos propondrían, después de la guerra, la reorganización de Europa de manera que garantizase una paz duradera. Se desprende claramente de las investigaciones emprendidas en los años ochenta sobre las actividades de ese comité que ni antes ni después de la declaración de la guerra, Wilson preveía un reparto o un desmembramiento de Austria-Hungría, quizá porque consideraba irracional la «balcanización» de Europa central mediante la creación —en lugar de una gran unidad estatal— de pequeños Estados teóricamente independientes, pero de hecho incapaces de prosperar económicamente y de servir como contrapeso al expansionismo alemán. El coronel House

y los principales miembros de Inquiry compartían su opinión. Uno de ellos, Charles Seymour, había elaborado un plan que —teniendo en cuenta los problemas nacionales latentes que amenazaban con hacer estallar a Austria— preveía la federalización de la monarquía. Según ese plan, Austria-Hungría, en el interior de sus fronteras históricas, debería ser transformada en una federación de seis Estados: Hungría, Austria, Yugoslavia, Transilvania, Bohemia (país checo) y Polonia-Rutenia. Cada uno de esos Estados habría comprendido una nación dominante y minoría nacionales. Así Hungría habría sido amputada de Transilvania, pero la mayoría húngara (62%) hubiera coexistido con las minorías alemanas (12%), eslovaca (11%), rumana (9%) rutena (2%), serbia (2%) y otras. En el Estado austríaco, los austroalemanes (75%) habrían cohabitado con un 1% de eslovenos, un 9% de italianos y un 15% de otras. Bohemia tendría una mayoría checa (62%), una importante minoría alemana (35% de alemanes de los Sudetes) y polaca (2%). En el Estado federal yugoslavo, el 94% de serbios y croatas habría coexistido con un 3% de alemanes, un 2% de italianos y un 1% de húngaros. El Estado de Transilvania contaría con un 58% de rumanos, un 34% de húngaros y un 8% de alemanes. Finalmente los 8.775.000 habitantes del nuevo Estado federal polono-ruteno hubieran debido estar constituidos por un 53% de polacos, un 42% de rutenos, un 2% de rumanos y un 3% de alemanes.

Los autores de ese plan, sometido a Wilson en mayo de 1918, se daban buena cuenta —como lo demuestra el examen de los preámbulos del documento— que ninguno de los grupos étnicos y políticos de la monarquía hubiera estado verdaderamente satisfecho de su proyecto. Los alemanes y los

húngaros se opondrían a una solución que pondría fin a su posición dominante en la doble monarquía. Era de prever también que los nacionalistas checos y eslavos del Sur habrían considerado que el plan favorecía demasiado a Hungría, que —aun perdiendo Croacia y Transilvania— conservaba bajo su dependencia a Eslovaquia, reivindicada por los checos, etc. Pero ese plan tenía por ventaja, en opinión de Seymour y sus amigos, fundar los Estados de la Federación sobre unidades administrativas existentes, sin abolir las fronteras, conservando cada uno de los Estados la máxima homogeneidad nacional posible dentro de las condiciones complejas del imperio. Es verdad que, comparado con los tratados que serían impuestos un año más tarde, tras la demolición de lo que hubiera podido ser el centro de la Federación —es decir Viena— el plan Seymour representaba una solución de compromiso que, dejando a todos descontentos, daba más justicia a los intereses del conjunto y a los del equilibrio europeo.

Sin embargo, el plan Seymour no tuvo en cuenta los compromisos secretos ya establecidos por los anglo-franceses respecto a Serbia, Italia y Rumanía, que Wilson afirmará, más tarde, haber ignorado. En realidad, entre los movimientos de independencia de los países de Europa central, Wilson, aunque reconoció al Comité polaco, negó las aspiraciones de independencia, e incluso de unificación, manifestadas por los comités de exiliados checos y yugoslavos. Así, se negó a recibir al eslovaco Štefanik cuando éste se trasladó a los Estados Unidos en agosto de 1917 con el fin de que se reconociera al comité checoslovaco de París y autorizara el reclutamiento de voluntarios entre los emigrantes checos y

eslovacos en los Estados Unidos para formar la legión checoslovaca que Beneš y Masaryk ofrecían integrar en el ejército francés.

Štefanik partió de los Estados Unidos muy despechado, calificando a Wilson de Satán. En efecto, el presidente americano le había dicho claramente que él no veía la necesidad de separar a Eslovaquia de Hungría, incluso aunque previese una amplia autonomía confederada para los eslovacos en el marco del Estado húngaro, que además, había tenido durante muchos siglos por capital a Pozsony (Bratislava), actual capital de Eslovaquia. Wilson se negó también a recibir a los representantes del Comité yugoslavo, encabezado por el presidente serbio del Consejo, Paśić. Wilson, muy legalista dentro de sus convicciones, se negaba a tratar con los ciudadanos austrohúngaros emigrados que tenían como objetivo confesado el desmembramiento de Hungría, lo que tropezaba con su sentido histórico. Tampoco reconocía las promesas territoriales hechas por los Aliados a Rumanía, a Serbia y a Italia antes de la entrada en guerra de los Estados Unidos; del mismo modo que quería ignorar el acuerdo de Corfú, firmado en 1917 por Paśić y el emigrado serbio Trumbić (muy conocido en los medios republicanos de París y miembro de una logia masónica), con vistas a la creación de un Estado yugoslavo bajo el reinado de la dinastía Karadjorjervic. Por otra parte, Wilson apoyaba a Serbia en tanto que aliado, y sus buenas relaciones con el jefe de la delegación militar serbia, Milenjo Vesnič, inquietaban mucho a los italianos, cuyas reivindicaciones adriáticas, como hemos dicho, se cruzaban con las de los serbios. Igualmente, Wilson tampoco reconoció el tratado llevado a término entre los

Aliados y Rumanía, que prometía a esta última la unión de Transilvania a Rumanía. Wilson y sus consejeros estaban, en efecto, convencidos de que, aunque los rumanos hubiesen constituido la mayoría de la población en esa provincia húngara, una buena parte de entre ellos no deseaban ser unidos al joven reino rumano, cuyo nivel cultural y económico era sensiblemente inferior al de Transilvania.

Mientras tanto, Wilson preparó la declaración que quería histórica donde, en catorce puntos, deseaba fijar las condiciones de la *pax americana*. Es curioso que en ese momento, en vez de proceder a una amplia consulta, como le había pedido Wilson, House se contentase con informarse dirigiéndose al embajador de Serbia, Vesnič, en quien parece haber tenido una confianza ilimitada, quien le explicó que no habría paz duradera en Europa «si se mantenía a Austria-Hungría en su *statu quo* territorial». Amigo y discípulo de Masaryk y de Beneš, el embajador transmitió fielmente sus opiniones a House, que no conocía mejor Europa central que Ceilán o el Sáhara. Si no se tocaba a Austria-Hungría, le explicó Vesnič a House, entonces las nacionalidades que retenía bajo su cetro, «tanto los serbios, los croatas, los eslovenos como los checos, los eslovacos, los rumanos y los italianos continuarán luchando contra la dominación alemana y magiar. En lo tocante a Bulgaria, Serbia se atenía firmemente al tratado de Bucarest. Y el embajador subrayó que veía con toda sinceridad que la entrada en conversaciones de paz en este momento significaría el desprestigio absoluto de la política de los Aliados y será un grave atentado contra la civilización de la humanidad».

Seymour, que reunió los cuadernos de House, se mostró

sorprendido de que el presidente y el coronel no se hubiesen detenido a discutir la actitud de Vesnič cuando este último declaró que «una regulación definitiva no podrá ser considerada durante mucho tiempo mientras Austria-Hungría conserve sus límites actuales». Sin embargo el diplomático serbio no era el único que opinaba esto, observa Seymour. *En Francia, en Gran Bretaña, muchos hombres de Estado estimaban que el problema de las nacionalidades en el imperio dualista era los «fons et orígo mali»*.

En ese momento —hacia finales de 1917— el presidente Wilson tenía que elegir entre dos políticas, escribe Seymour: podía declarar una guerra sin piedad a la monarquía austríaca y prometerle a los checoslovacos, a los polacos, a los eslavos del sur y a los rumanos su liberación completa. Hubiera prestado así su concurso a una revolución que hubiera terminado con la balcanización de las regiones danubianas. La otra solución consistía en proclamar el derecho a la autonomía de las naciones sujetas al imperio, las cuales, sin embargo, entrarían en una unión federal situada bajo la autoridad de los Habsburgo.

El presidente, añade Phillip Seymour, se decidió a favor de esa segunda solución. De acuerdo con Balfour y Lloyd George, estimó necesaria la unión política de los pueblos de Austria-Hungría, y le parecía que, una vez liberada del yugo de Berlín, la monarquía austrohúngara recobraría una autoridad de la que se podrían sacar ventajas. El coronel House compartió por algún tiempo esa opinión. En su informe, aconseja a Wilson proseguir esa política un poco tortuosa que consistía en amenazar al gobierno de los Habsburgo con levantamientos nacionalistas haciéndole saber

que podría ser salvado si se negaba a aceptar el control alemán sobre su política exterior.

En su discurso ante el Congreso, el 5 de diciembre de 1917, Wilson le reprochó a Alemania haber extendido su dominio sobre los pueblos de Austria-Hungría, de Bulgaria y de Turquía, en Europa y en Asia. «Queremos liberarlos de la hegemonía arrogante de los alemanes. Pero no deseamos destruir Austria. Lo que ella quiera hacer de su vida es algo que no nos concierne».

Su famoso discurso de los catorce puntos, el 8 de enero de 1918, no consideraba tampoco atentar contra la integridad de Austria-Hungría. El punto 10 declaraba simplemente: «A los pueblos de Austria-Hungría a los que deseamos salvaguardar y asegurar el lugar entre las naciones le debe ser concedida la mayor libertad para su desarrollo autónomo». Esa afirmación no iba más allá de lo que deseaban los jefes moderados de la Entente, como Lloyd George, que también renunció a cualquier amenaza concreta referida a la existencia del imperio de los Habsburgo. Seymour observa acertadamente que, en esa época crucial, los hombres de Estado estaban reducidos a regular su política a base de informes insuficientes y muy a menudo contradictorios. Creían todavía en la posibilidad de mantener la unión de los pueblos austrohúngaros y de sacar al Imperio austrohúngaro de la dominación alemana. «Los acontecimientos se encargaron de demostrar la vanidad de su convicción. *Aunque la monarquía dualista uniese su suerte a la de Alemania en la derrota o abandonase a su aliado, estaba, en cualquier caso, condenada en razón de los tratados secretos que habían concluido los Aliados con los serbios, los rumanos y los italianos.*

«Hubiéramos podido pasar al enemigo, dirá más tarde Czernin, combatir a Alemania al lado de la Entente sobre el suelo austrohúngaro, y sin duda acelerar así la caída de Alemania, pero las heridas que Austria-Hungría hubiera recibido en la trifulca no hubiesen sido menos profundas que las que sufre actualmente. Hubiese perecido, como pereció, luchando al lado de Alemania». Encierran verdad esas palabras de Czernin, aunque las haya dicho sobre todo para justificar su política proalemana. «Ese flirt con la traición, le dijo un día al conde Tisza, a propósito de la política de Carlos que él desaprobaba, flirtear sin traicionar verdaderamente, es la cosa más monstruosa». El ministro austríaco tenía espíritu. Pero se sabe que Carlos quería salvar la monarquía sin traicionar a su aliado.

La publicación de los catorce puntos de Wilson tuvo un resultado inesperado, embarazoso para los Aliados, que le habían pedido a Wilson la modificación de su programa (en vano, aunque el jefe del Departamento de Estado, Lansing, le había aconsejado al Presidente que cediera): Rumanía, despechada por la actitud negativa americana en la cuestión de Transilvania, su objetivo de guerra esencial, concluyó una paz por separado con las Potencias centrales (que ocupaban además la mayor parte de su territorio), reservándose astutamente la posibilidad de cambiar de rumbo en caso de que los Aliados la ganasen. Lo que ocurrió efectivamente, a finales de 1918, puesto que, al entrar en la guerra al lado de los Aliados, Rumanía obtuvo «su» Transilvania.

Y sin embargo Wilson perseveró en su determinación de no aceptar ninguna regulación que implicase la destrucción de la monarquía austrohúngara. Y las resoluciones del

Congreso, en Roma, de los «representantes de los pueblos oprimidos», apoyados oficiosamente por los franceses y los británicos, no quebrantaron su decisión.

Ahora bien, Francia y Gran Bretaña estaban dispuestas a vencer a Alemania con un triunfo total, persuadidas de que un cese prematuro de la guerra sólo incitaría al Káiser a reanudarla lo antes posible. En lo que no se equivocaban, pero la victoria que deseaban absoluta acabó por no serlo, y, veinte años más tarde, el Reich desencadenó las hostilidades. En cambio, como consecuencia de la rígida adhesión de los aliados a los tratados con Italia, Serbia y Rumanía, firmados durante la guerra, y de su compromiso hacia los emigrados checos de 1917-1918, la disolución de Austria-Hungría se hizo inevitable. La solución esbozada algunos años antes, es decir una autonomía federal, hubiese podido resolver el problema Habsburgo: era demasiado tarde en el otoño de 1918. Los pueblos, sus clases políticas, que, algunos años antes únicamente, hubiesen preferido no romper los lazos seculares con Austria, comprendían ahora que ésta *estaba condenada por los Aliados*. La consecuencia de ese decreto de muerte mucho más que el movimiento espontáneo, más bien anárquico que revolucionario, a menudo desencadenado por esos pueblos, sumió al imperio dualista en un estado de disgregación irreparable.

El mismo Wilson cambió de opinión a finales de mayo de 1918, cuando Clemenceau hizo públicos los mensajes secretos de Carlos. De hecho, esa publicación abortó todos los esfuerzos de Carlos con vistas a una paz separada. Entregó Austria a Alemania. Lansing, que había sido ganado desde hacía mucho para los proyectos de posguerra de los Aliados y

de Masaryk, aprovechó la ocasión para llevar al presidente Wilson —con el concurso de un cierto número de republicanos austrófobos, especialmente Theodore Roosevelt — a aceptar, a través de un comunicado, el 3 de septiembre, la creación de Checoslovaquia y de Yugoslavia. Pero destaca de una carta que Wilson envió el 18 de octubre de 1918 a Carlos, que él esperara, todavía en esa fecha, que el emperador consiguiera *in extremis* salvar la unidad de la monarquía poniendo en pie su proyecto de federalización. Pero era demasiado tarde. Y Masaryk, para facilitar el cambio de Wilson, y tranquilizar a éste, tuvo la idea genial de anunciarle que, tras haber conquistado su independencia, las pequeñas naciones de la monarquía se unirían en una Unión democrática centroeuropea (lo que evidentemente no se hará nunca, la idea federalista había sido enterrada y bien enterrada). En cuanto a Transilvania, Wilson tuvo a bien rechazar la resolución de «la Asamblea nacional» de Gyulafehérvar (Alba-Julia) en cuanto a la unión «espontánea» de la provincia a Rumanía, declarando que era a la conferencia de paz a la que le convendría regular esa cuestión, pero no fue escuchado. Se opuso también en vano a la unión de Besarabia con Rumanía,

Valiani observa que los demócratas y los federalistas húngaros, cada vez más activos incluso en Hungría, en 1918, no tenían representantes en los Estados Unidos que hubiesen podido ejercer una cierta contrapresión sobre Wilson. En diciembre, el conde Károlyi, jefe de la oposición a la guerra, intentó contactar, en Suiza, a donde había llegado con algunos amigos políticos para una conferencia pacifista, con el diplomático americano Hugh R. Wilson y convencerle de

que, cuando estuviese en el poder, lo que no tardaría en ocurrir, trabajaría por una paz por separado y por el otorgamiento de una amplia autonomía para los nacionalistas del país, contra una promesa de la Entente de no amputar excesivamente la monarquía. Afirmó que ayudado por los socialistas estaba a punto de desencadenar una huelga general para derribar a Czernin. Pero añadió que, desde su punto de vista, una derrota total de Alemania sería tan desastrosa como una victoria. El embajador de Francia en Roma, puesto al corriente de las declaraciones de Károlyi, se apresuró a tranquilizar a Sonnino, siempre inquieto, y a sus amigos checoslovacos: en Washington, les dijo, no se le concede gran importancia a las iniciativas de Károlyi. Y, de hecho, frente a los hábiles Masaryk y Beneš, Károlyi aparecía como un diletante. No daba la talla. Y, el 19 de enero, Barrère informó a Sonnino de los desórdenes que acaban de estallar en Austria: no sería razonable, explicó, frenar un levantamiento general en Bohemia y en Austria-Hungría, del que Alemania no tardará en sufrir las consecuencias.

Northcliffe y Steed pudieron felicitarse, según Seymour, de haber conseguido, con la cooperación de Masaryk y de los exiliados eslavos del Sur, provocar la desmoralización de los pueblos y finalmente, incluso, de los ejércitos de la monarquía. De tal manera, Wilson, Lloyd George y Clemenceau se hicieron los instrumentos de un propósito cuyas verdaderas motivaciones se les habían escapado.

Durante la conferencia de la paz, Wilson concentrará todos sus esfuerzos en la creación de la sociedad de las naciones. No le faltará la suficiente energía para hacer valer sus objeciones ante personalidades tan fuertes y resolutivas como

Clemenceau, Pichon y Lloyd George, para quienes las concepciones de Masaryk y de Beneš se habían convertido en palabras de evangelio. Pero nos parece importante subrayar que, contrariamente a lo que la mayoría de los historiadores de la Primera Guerra Mundial han dicho, en lo que concierne a los asuntos de Europa central, el presidente de los Estados Unidos, lejos de ser un «cándido», un «utopista irrealista», fue, al contrario, un hombre mucho mejor informado y mucho más clarividente que los dirigentes políticos franceses, británicos e italianos de la época. Pero era un hombre agotado, débil.

XXVIII. ÚLTIMOS SOBRESALTOS Y REPARTO DEL BOTÍN

Las posibilidades de prevenir la catástrofe se reducían cada día más. El embajador en Berna, el barón Musulin, que, en marzo, envió todavía a Viena informes más bien optimistas, centrados en la ascensión de las fuerzas pacifistas, especialmente en Gran Bretaña, cambió completamente de tono después del fracaso de la última gran ofensiva alemana que Ludendorff había esperado decisiva [170]. Musulin informaba con la característica observación de un periodista suizo: «Los alemanes acaban de perder espacio y tiempo. El espacio puede ser recuperado, pero no el tiempo. Este trabaja en adelante para la Entente, y en particular para los Estados Unidos». En Berna se pensaba, con razón, que si Francia había continuado la guerra, no fue tanto por la voluntad de recuperar Alsacia-Lorena como por el impulso *del miedo que le inspiraba la perspectiva de una Alemania embriagada por su victoria.* Ese miedo estaba desapareciendo. Y eso jugaba a favor de la continuidad de la guerra, pues se contaba con la inminente intervención de un ejército americano de doscientos cincuenta mil hombres. Según otros, el retroceso alemán debería hacer posible la conclusión de una paz de compromiso. Pero se estaba en la incertidumbre sobre las intenciones de los americanos y se constataba que Berlín, donde se trataba el avance francés como una bagatela, no perdía la esperanza de restablecer la situación.

Musulin se mostraba particularmente pesimista en cuanto a las posibilidades de Austria de recobrar su papel de mediador entre la Entente y Alemania. No después del lamentable incidente con Clemenceau. El embajador no ocultaba su opinión de que el envío de contingentes austrohúngaros sobre el frente occidental, lejos de servir los intereses de Austria, había alimentado enormemente la propaganda enemiga, como lo probaba un artículo de William Martin, el antiguo interlocutor hipócrita de Sixto, en el *Journal de Genève*, «La nación checa». Musulin era de la opinión de que la única posibilidad que se le ofrecía a Austria era al presente hablar con los Estados Unidos, sin olvidar que Wilson debía tratar con cuidado a sus electores checos, polacos y rutenos. «Sin concesiones al principio de autonomía para esos pueblos, todas las tentativas de conversación estarían condenadas al fracaso», avisó el embajador. Buenos consejos, pero tardíos. Había pues que ponerle algunos triunfos en su manga. El consejero íntimo de Carlos, Polser, había puesto a punto un proyecto de federación y sugirió al emperador que pasara por alto las objeciones húngaras y se hiciera coronar rey de Bohemia, para adular a los checos. Carlos regresó a Budapest, pero Tisza se opuso categóricamente a ese proyecto, como tampoco quiso oír hablar de introducir el sufragio universal, gracias a lo cual las Constituciones de Hungría y Austria habían sido armonizadas. Se llegó a un punto muerto. Para salir del mismo, el 31 de mayo, Carlos convocó el Reichsrat y prometió a sus pueblos la paz cercana, añadiendo que de ahora en adelante era necesario «unirse con el Imperio alemán en una estrecha y fiel comunidad».

Las primeras reacciones de los eslavos a los propósitos del emperador no fueron totalmente negativas. El presidente del grupo yugoslavo de los diputados croatas, eslovenos y serbios del Reichsrat pidió que los tres pueblos fuesen unidos en un Estado independiente, situado bajo el cetro de la dinastía Habsburgo-Lorena. Es verdad que, al mismo tiempo, el representante del comité yugoslavo en Francia, Trumbić, proclamó la creación próxima de un Estado yugoslavo completamente independiente de Austria. Los diputados de Bohemia-Moravia, que acababan de formar la unión checa, decidieron, con excepción de dos de ellos, participar en la unión del Reichsrat, pasando por alto el mensaje de Masaryk, que les suplicó que se abstuvieran. Sin embargo, poco antes de la sesión del Parlamento, doscientos veintidós intelectuales checos entre los más conocidos dirigieron un manifiesto a los diputados, pidiéndoles que insistieran en «los derechos checoslovacos». El manifiesto resaltaba que «una Europa democrática compuesta por Estados libres y autónomos es la Europa del futuro».

En cuanto a Bohemia, Masaryk ganó finalmente la partida contra los representantes de la Bohemia interior. La Revolución rusa, el discurso de Wilson sobre la autodeterminación y el Congreso de Roma contribuyeron a su éxito. Aunque en Austria las fuerzas conservadoras todavía no habían depuesto las armas, en junio, Lammasch, un cristiano liberal, uno de los hombres de Estado más lúcidos de Austria, a menudo en oposición, contra los elementos conservadores de su partido, se declaró de acuerdo con la política de nacionalidades formulada por el socialdemócrata Karl Kenner, un federalista no antimonárquico, pero que —

por el error de los dirigentes moderados— fue mantenido siempre apartado del poder. Lammasch era familiar del gran industrial Meinl y del cristiano-socialista Ignaz Seipel, quien, después de mucho tiempo, entró en contacto con Renner, quien más tarde lo nombraría ministro de su gabinete. La intransigencia de los nacionalistas alemanes llevó al corresponsal del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* a anotar en su diario: «En el fondo, en la necesidad de supervivencia de Austria sólo creen ya el Prof. Joseph Redlich, Karl Renner y el gran escritor Hermann Bahr». El periodista exageraba ligeramente, pues, en esa época, el autonomista eslovaco Hodja como los radicales húngaros Károlyi y Jaszi todavía creían en una reformabilidad *in extremis* de la monarquía.

El 23 de julio, el gobierno Seidler dimitió; Carlos nombró presidente del Consejo al barón Max con Hussarek-Heinlen, un cristiano-socialista-federalista, de quien pensaba que los Aliados lo aceptarían de buena gana como negociador. Éste intentó adherirse a los polacos y a los eslavos del Sur, para aislar a los checos. Pero los alemanes se opusieron categóricamente a su proyecto de crear un reino polaco unido a Austria, según el modelo húngaro. El vicecanciller alemán Fredrich Payer estaba de acuerdo en restituir inmediatamente Bélgica, pero únicamente contra una compensación en el Este, centrada sobre Polonia. Por otra parte, las concesiones hechas por Austria a los ucranianos, en detrimento de Polonia, reforzaron entre los polacos el campo de los que esperaban en adelante de la Entente que les ayudase a hacer renacer su país.

Carlos aún esperaba organizar —para contrarrestar los proyectos serbo-yugoslavos— una «Gran Croacia», como

sugería el partido de derechas croata proaustríaco de Josip Frank: comprendería Croacia, Eslavonia, Dalmacia y Bosnia-Herzegovina, en tanto que reino autónomo [171].

Fueron los socialdemócratas austríacos y húngaros quienes más tiempo permanecieron opuestos a la disolución de la monarquía. Tampoco fue aprobada por Lenin, quien, como se sabe, en la cuestión nacional, seguía las enseñanzas de los austromarxistas. Sin embargo, el llamamiento lanzado el 3 de noviembre de 1918, por Lenin, Sverdlov y Kamenev, en nombre del comité ejecutivo central del consejo de los comisarios del pueblo y del soviet de Moscú, a los obreros, campesinos y soldados alemanes, húngaros, checos, rumanos, polacos y eslovenos de la monarquía, invitándolos a la unión fraternal, no suscitó un eco entusiasta [172] y sólo fue interpretado como un llamamiento a la federación en Austria y en Hungría. Sin duda, porque el llamamiento ponía en guardia a los «bravos y honestos obreros checos contra los engaños de la burguesía dirigida por Kramar» y exhortaba a los campesinos rumanos de Transilvania—después de que se hubieran sacudido el yugo de los magnates húngaros— a no dejarse avasallar por «los boyardos, curas y abogados». Finalmente, el llamamiento invitaba a los obreros del imperio multinacional a concluir una alianza fraternal de pueblos libres cuyas fuerzas, unidas, combatirían a los capitalistas. (Es interesante observar que los historiadores rumanos de posguerra, herederos del Estado rumano expansionista de 1918, únicamente deducen de ese llamamiento que no contenía nada de «expresamente opuesto a la fundación de Estados nacionales o a la integridad de los Estados nacionales ya formados en Europa central y sudoriental» y que «no

recomendaba en absoluto expresamente la creación de un Estado federal o de una Confederación». Pues es evidente que la acción del Komintern entre 1919 y 1934 testimonia la oposición feroz de los bolcheviques a los Estados sucesores de la monarquía, que, antes de caer en manos de los alemanes, en los años treinta, eran satélites de la Entente, destinados a formar un cordón sanitario alrededor de Rusia y de Alemania).

El 14 de septiembre, el sucesor de Czernin, Burian, les propuso a los Aliados entablar negociaciones de paz. A modo de respuesta, Pichon hizo referencia al discurso de Clemenceau, publicado en el *Diario oficial* cuatro días antes: «Combatir hasta la victoria, hasta que el enemigo comprenda que no hay acuerdo posible entre el derecho y el crimen». Balfour calificó la proposición de Burian de «maniobra engañosa» y los Estados Unidos hicieron saber que ya estaba todo dicho.

El Dr. Joseph Redlich, experto en derecho internacional de reputación mundial, nombrado presidente del Consejo por Carlos, presentó un programa de salvamento en tres puntos que había meditado largo tiempo: autonomía nacional en el interior del Estado monárquico; autodeterminación de los pueblos; paz. Pero era demasiado tarde y Redlich no tenía la envergadura necesaria para vencer las dos oposiciones más poderosas a la reforma de la monarquía: la de los conservadores húngaros y la de los austroalemanes. Sin embargo, se registró una calma momentánea antes de la tempestad: una cierta estabilidad reinaba en los frentes; en el Este, negociaciones de paz habían sido abiertas con Rusia; en el frente del Sur, la ofensiva italiana estaba aún contenida por

el ejército, que contaba con un 60% de tropas eslavas, un 16% de soldados magiares, un 13% de austroalemanes y un 11% de rumanos. Las tropas alemanas también estaban en activo, y Carlos debió pagar el precio de su ayuda declarando —lo que constituía una retractación—: «No establezco ninguna distinción entre Estrasburgo y Trieste…».

Sin embargo, la situación militar de los alemanes, después de cuatro batallas perdidas, se había hecho casi desesperada. Según un experto militar húngaro, el coronel Juliers, una retirada general sobre las posiciones de partida de 1914 quizá hubiera detenido a los Aliados y hecho posibles, in extremis, negociaciones con vistas a una paz de compromiso. Pero los alemanes, sobre todo por una cuestión de prestigio, no supieron decidirse por una medida tan radical y continuaron combatiendo sobre la línea Sigfrido. Al mismo tiempo, los aliados pasaron al ataque en todos los frentes, en particular en los Balcanes. Hacia mediados de septiembre, el frente búlgaro, y con él todo el frente balcánico, se hundió. El 29 de septiembre, el XI ejército alemán capituló en Dobro Polje. El 2 de octubre, Ludendorff declaró al Reichstag que la unión con Constantinopla así como la vía del Danubio, indispensable para el avituallamiento de las tropas alemanas, estaban amenazadas.

La vía hacia Hungría se abría por Bosnia-Herzegovina, lo que representó un golpe desastroso para la moral de las tropas húngaras que combatían en Italia. Los rumanos se preparaban para denunciar la paz concluida en la primavera y a emprender la guerra al lado de los Aliados. Las tropas austrohúngaras se vieron obligadas a refluir de Albania a Montenegro. A falta de recibir refuerzos, los turcos

depusieron las armas. Las tropas aliadas avanzaban rápidamente hacia el norte, impidiéndole a las centrales consolidar un nuevo frente.

En el Oeste, Foch había desatado, entre el 26 y el 28 de septiembre, la mayor ofensiva de la guerra, sobre un extenso frente que se extendía desde Verdún al mar. Ludendorff y Hindenburg debieron inclinarse.

El 3 de octubre, un nuevo gobierno fue formado en Berlín, teniendo como presidente al príncipe Max de Bade, un liberal, que llamó a la participación de los socialdemócratas, prometió reformas y ofreció la paz de Wilson sobre la base de sus catorce puntos. El 5 de octubre, Austria y Turquía se unieron a la petición de armisticio.

Todavía se combatía en el frente italiano. Sin embargo, desde el 26 de octubre, algunas tropas se rebelaron contra sus oficiales. Primeramente, los croatas, después, los húngaros y los sículos, los más fieles hasta entonces. Dos divisiones húngaras se pusieron en marcha desde el frente italiano hacia Hungría, convencidos de que era la patria en peligro lo que había que defender, siendo un hecho que lo que los unía a las otras partes de Austria-Hungría se derrumbaba ante sus ojos.

La anarquía reinaba en la monarquía. Sin embargo, sus adversarios interiores estaban lejos de estar de acuerdo. Algunos croatas querían la independencia de Croacia, pero rechazaban unirse a los serbios. Los musulmanes de Bosnia-Herzegovina (un tercio de la población) eran pro-Habsburgo.

El 28 de octubre, Carlos formó otro gobierno, cuyo presidente era un liberal federalista, Heinrich Lammasch, y el ministro de Asuntos Exteriores, el conde Andrássy. Al día

siguiente, rompió la alianza con Alemania, a los dos días aceptó las proposiciones de Wilson. Al disgregarse el ejército del Piave, el 29 de octubre, el estado mayor del ejército del frente italiano pidió el armisticio, y los Aliados encargaron al general francés Díaz que lo negociara. El armisticio fue firmado el 3 de noviembre y debía entrar en vigor el 4 a las tres horas. Pero el estado mayor dio la orden de cesar el fuego desde el 3, y, por eso, los italianos, que no lo tuvieron en cuenta, continuaron avanzando, haciendo cientos de miles de prisioneros en la noche del 3 al 4, en total cuatrocientos treinta y seis mil hasta el 11 de noviembre, de los que ciento ochenta mil eran alemanes. Se debatió mucho la cuestión de saber por qué la orden de cesar el fuego fue dada por el estado mayor austríaco con tanta precipitación. Según algunas fuentes, el gobierno de Budapest había expresado el deseo, porque temía que el regreso prematuro de miles de campesinos incrementase el desorden revolucionario.

Sin embargo, antes aun de la conclusión del armisticio, Checoslovaquia, y, a continuación, Polonia, Austria y Hungría habían proclamado su independencia.

Después del hundimiento del frente italiano, el armisticio concluido por Díaz en Padua no concernía a la situación en el sur de Hungría. Una segunda convención de armisticio fue firmada en Belgrado, por una delegación dirigida por el conde Károlyi, convertido entre tanto en presidente del Consejo, y el general Franchet de Esperey, comandante de las fuerzas aliadas en los Balcanes. Los historiadores discuten todavía sobre la oportunidad de esa segunda negociación de armisticio. En realidad, la primera, la del 3 de noviembre, fue llevada a término en nombre del ejército austrohúngaro, en

un momento en que Austria-Hungría en tanto que Estado había dejado ya de existir. Por otra parte, el armisticio de Padua, como señaló el historiador Gustav Gratz, sólo había tomado en consideración las reivindicaciones italianas. La Entente tenía por ello necesidad de otra convención de armisticio, que regulara la situación en el sur de Hungría. Fue en vano que lord Robert Cecil y Balfour pidieran que, antes de «dar» territorios dejándolos ocupar, «se interrogue a los pueblos sobre su voluntad». Los franceses no querían oír hablar de referéndum. También el armisticio concluido en Belgrado les permitió a los serbios ocupar una superficie del territorio húngaro mucho más vasta que la que habían reivindicado. Los checos y los rumanos se beneficiaron igualmente de la ocasión. Los primeros invadieron Eslovaquia, los segundos ocuparon Transilvania, bajo pretexto de restablecer el orden. Sus acciones tuvieron por efecto hacer abortar la joven democracia húngara y crear las condiciones para una desestabilización permanente de Europa central [173].

CUARTA PARTE

De la guerra clásica a la guerra ideológica

XXIX. HEGEMONÍA FRANCESA O REPUBLICANIZACIÓN DE EUROPA

Cuando se contemplan de cerca a los hombres que conducen el mundo, en estos tiempos de delirio, se asombra uno más de su nada que lo que sorprende su existencia. Es curioso el poco talento que se necesita para decidir la suerte de los imperios; y hay que reconocer que existe en los asuntos humanos algo de fatal y de secreto que no se sabría explicar.

Chateaubriand

Le debemos al historiador italiano Leo Valiani —un hombre de Trieste, por ello un hombre que había experimentado en sí la coexistencia, en la monarquía, con italianos, alemanes, eslovenos, croatas, húngaros, etc., y que, por sus convicciones socializantes, cercanas a las mías, se situó por encima de la lucha de los nacionalismos agresivos y antagonistas (es quizá el autor más citado en mi ensayo)— haber escrito en mi opinión el libro mejor documentado, el más matizado sobre la historia del desmembramiento de Austria-Hungría. Ahora bien, en un artículo más reciente, al volver a su tema y al hacer balance de sus investigaciones, escribe que «la guerra europea fue indudablemente un conflicto entre las potencias imperialistas, que, en el terreno económico, político y militar, intentaron aplastarse mutuamente». Y añadía: «Fue también el autodesgarramiento suicida de naciones que pertenecían a la misma civilización, una civilización profundamente común a todos. En cierta medida, sobre todo en las proclamaciones, pero también en los hechos, fue también una guerra por la libertad de las naciones y la democracia política».

Estoy enteramente de acuerdo con Valiani —menos con el

final de su última frase. «Sobre todo en las proclamaciones»: ¡muy cierto! Pero «también en los hechos»: aquí, con todo el respeto que tengo por Valiani, no puedo darle la razón. Cae además en contradicciones consigo mismo, puesto que, en su libro, reconoce que incluso su gobierno, no contentándose con cobrarse lo que, en nombre de la *libertad de las nacionalidades* (que debía de ser el principio de base de los objetivos de guerra de los Aliados), recobró a justo título de las posesiones austríacas, anexionó por la fuerza de las armas territorios austríacos. Los pueblos no fueron consultados. Se sabe que numerosos diputados serbios, croatas y eslovenos del Reichstag se opusieron a la unión de sus regiones a Serbia, deseosos como estaban de permanecer en el seno de Austría-Hungría. Nada prueba que los habitantes de Bohemia, de Moravia hayan querido separarse de la monarquía. En cuanto a los húngaros, proclamaron hasta el último momento su voluntad de permanecer en el marco de la monarquía. En esas condiciones, no se puede hablar de democracia ni de libertad de las naciones. Éstas, lo repito, no fueron consultadas.

La mayoría de los historiadores especializados en la Primera Guerra Mundial se han limitado a reconstituirla en su desarrollo cronológico. Ahora bien, me parece que conviene distinguir dos lógicas, que se sucedieron a medida que la guerra progresaba. Precisamente, por la fusión y la confusión de esas dos lógicas fue determinada la conclusión catastrófica del conflicto.

En efecto, la Primera Guerra Mundial comenzó como una guerra (imperialista) clásica y acabó como una guerra ideológica [174].

Guerra clásica, pues fue provocada, esencialmente, por el

expansionismo de la potencia más dinámica, en los planos científico, técnico, cultural, social, y militarmente más desarrollada, expansionismo que engendró la alianza de las potencias más débiles o tradicionalmente hostiles al trastorno del equilibrio por el hegemonismo de una de ellas. Fenómeno clásico, también, el hecho de que esas potencias, de la que cada una tenía, igualmente, intenciones expansionistas hayan querido aprovechar la ocasión a fin de extender su esfera de influencia o de dominación a expensas de la Alemania perturbadora, repartiéndose los restos de los imperios disgregados.

Guerra clásica, alianzas clásicas, diplomacias clásicas, estrategias clásicas. ¿Protagonistas del drama? Los estados, monstruos fríos, obedeciendo a las reglas defensivas y ofensivas clásicas codificadas por Clausewitz y teniendo como única ideología la razón del estado nacional, bautizada patriotismo. El hecho de apelar a los derechos del hombre poco les importó a las democracias representativas y a las monarquías constitucionales para aliarse con la potencia más despótica y más antiliberal de Europa cuando antaño, la fe cristiana no había disuadido a los reyes de Francia —hija primogénita de la Iglesia— a unirse a los turcos musulmanes contra sus enemigos cristianos.

El «culpable» —¡pues siempre se busca un culpable!— ¿fue el que se esforzó en desarrollarse, en extender su influencia proporcionalmente a su fuerza real, acrecentada, o los que quisieron impedírselo? ¡Qué importa! Los estados que se levantaron unos contra otros pertenecían todos, como dice Valiani, con algunos matices más o menos, a la misma civilización. Se entregaron a los mismos cálculos, a las mismas

estratagemas para reclutar a los aliados, haciendo promesas que no estaban del todo seguros de cumplir. Las decisiones estuvieron determinadas por las tradiciones que regulaban la conducta de los gobiernos, los estados-mayores, las diplomacias.

Guerra clásica, cuya única novedad consistió en el carácter masivo, sin precedentes, de los efectivos y los armamentos puestos en juego.

Sin embargo, en el transcurso de la guerra —que se atascó repetidas veces en los impases, de donde se salía tradicionalmente por medio de la negociación y el compromiso— una idea inédita se abrió paso: la de la *victoria total, a toda costa*. No se trataba de obligar al enemigo a ceder, a retroceder, sino infligirle heridas incurables; tampoco de disminuirlo, sino de destruirlo. Ese concepto de la victoria total condenaba, a priori, al fracaso cualquier tentativa razonable de poner término, por medio de un compromiso, a una masacre inútil. Cambió la guerra no sólo «cuantitativamente», sino también, para emplear el concepto hegeliano, *cualitativamente*. La idea no nació únicamente de la exasperación de los jefes militares ante el fracaso o el atolladero de batallas que habían esperado decisivas. Tampoco procedía de los gabinetes de los diplomáticos, de las cancillerías. Parecía surgir de las profundidades populares. Tenía un acento casi místico. Era ideológica. Consistía en jugar con el enemigo, en hacer de la guerra de fuerza una fuerza metafísica, un combate entre el bien y el mal, una cruzada. Surgió en Francia, en tanto que prolongación, proyección de una dimensión internacional de la guerra civil que mantenían, desde 1793, las dos Francias: la que no

perdonó nunca la decapitación de Luis XVI y de la Austríaca, la del Terror, la Francia de los defensores de la Iglesia, de la autoridad, de los privilegios; y la Francia heredada de la República jacobina antimonárquica y anticlerical y a la que la guerra incitó a acabar, en el plano nacional e internacional, la obra interrumpida de la Gran Revolución.

En efecto, esa Francia republicana, de izquierdas, misionera del libre pensamiento, del progreso, había ya ganado batallas entre las que se contaban la separación de la Iglesia y del Estado, los inventarios, la ruptura con la Santa Sede, la lucha contra las congregaciones, el caso Dreyfus, la escuela laica. Pero Marcelin Berthelot, el gran químico, padre del diplomático Philippe, a quien Léon Bourgeois nombró su ministro, tal vez cantaba un poco demasiado pronto victoria cuando pretendió que «es tan evidente como el día que el cristianismo ha muerto completamente». El «tejido profundo» de la Francia de los comités republicanos, de los librepensadores aún no ocupaba todo el terreno, y, después incluso de que las elecciones de 1906 hubiesen plebiscitado a la izquierda, el clero no se desarmó, continuó valientemente la batalla en retaguardia contra el «monstruo bicéfalo», el «matrimonio infernal judeomasónico», a lo que los bienpensantes añadían como tercer elemento el protestantismo. El antisemitismo católico de la década de 1880 fue un fenómeno de masas, pero sólo fue el pretexto más fácil para fustigar los valores y las tradiciones republicanas, denunciadas como las fuentes diabólicas de la corrupción de Francia por Edouard Drumont, los diarios *Libre palabra, La Cruz, El Peregrino,* los asuncionistas.

La izquierda, que se había dado, en 1901 una organización

en el partido radical y radical-socialista, sabía que, si había ganado batallas, aún estaba lejos de ganar la guerra. Lo que probaba también la aparición de toda una constelación de grandes intelectuales católicos, como Léon Bloy, Huysmans, Claudel, Francis Jammes, Péguy, Barrès, Bourget, por citar sólo unos pocos. Por ello la vigilancia de la izquierda se expresó en la creación de una serie de organismos militantes como la Liga de los derechos del hombre, la Liga de la enseñanza, con la penetración en el seno de las logias masónicas (volveremos sobre ello), hasta hace poco dominadas por los republicanos moderados.

Sin embargo, la llegada al poder en Francia del Partido radical marcó el apogeo de la ideología republicana. Entendamos el término «ideología» en el sentido de «sistema global de interpretación del mundo histórico-político», en el cual la lucha contra los principales enemigos —el clericalismo, es decir la Iglesia, y el despotismo, o sea las monarquías— ocupó un lugar central. Esa ideología fue una singular mezcolanza de racionalismo heredado del siglo de las Luces y del historicismo romántico (neomaniqueo).

Los republicanos representaron, entre 1900 y 1914, el primer partido político de Francia: doscientos cincuenta elegidos sobre quinientos. Ser republicano, radical-socialista, en esa época, no era únicamente, en la mayoría de los casos, formar parte de un grupo parlamentario, era ser combatiente al servicio de una visión del mundo, de un clericalismo a contrapelo, en el que el recuerdo de la explosión de 1793 estaba siempre subyacente. «La escuela republicana, dijo Touchard, esa escuela que en 1900 tiene veinte años, ha sido un poderoso factor de integración social y de unificación

ideológica». El republicano era un patriota, cuyas ideas trascendían la patria estrecha para abrazar el universo. De ahí, un fanatismo que respondía al del Mgr. Delamare al escribir en 1903: «El francmasón, he ahí al enemigo», pero que chocaba con el prejuicio de la tolerancia que la izquierda reivindicaba como uno de sus valores heredados del siglo de las Luces. Guerra ideológica, guerra fanática… Alain Besançon sin duda tiene razón cuando dice que «Las democracias, una vez que se las ha hecho entrar en guerra, son feroces, porque piensan que ellas tienen absolutamente razón y que sus adversarios están absolutamente equivocados».

Éstos son los republicanos que ganaron las elecciones de 1914. En el momento de estallar la Primera Guerra Mundial, «ya habían conquistado al campo, a las clases medias, habían derrotado a la gran burguesía que perdió su monopolio político aunque siguió conservando importantes posiciones». (El gran burgués Poincaré había dicho, en privado, que al decapitar a Luis XVI los franceses habían decapitado a su padre de familia).

Pero era tal la fuerza de la presión republicana que incluso los representantes de la gran burguesía tomaron la defensa del régimen contra la «presión clerical». Como prueba, la toma de posición de Poincaré en la crisis del caso Dreyfus o su defensa de Waldeck-Rousseau. En vísperas de la guerra, los republicanos controlaban la prensa, y combatían por la escuela laica y gratuita. «Son los herederos de la Revolución, quieren llevar su ventaja hasta el final: *republicanizar Europa*». Estamos en el meollo de nuestro problema.

Pues precisamente ahí abordamos *la idea nueva*: ¿cómo

republicanizar a Europa? Los radicales pensaban en Alemania, pero no olvidaban que en Alemania también había protestantes y masones. Mientras el enemigo tradicional, Austria-Hungría, encarnaba a la vez la monarquía y el catolicismo. ¿Cómo republicanizar a Europa sin obligar a Austria a cambiar de régimen y de fe?

Recuperar Alsacia-Lorena, tomarse la revancha de Sedán no era suficiente como objetivo ideal: el gran propósito ofrecido por la élite política e intelectual a los soldados de las trincheras era extirpar de Europa los últimos vestigios del clericalismo y del monarquismo, y eso ignorando o fingiendo ignorar el proceso de liberalización acelerado al que se había asistido en Alemania y en Austria-Hungría desde finales de siglo. Ese gran propósito llevó a los republicanos radicales a la unión sagrada con los elementos nacionalistas, revanchistas, de derechas y a que escucharan a los emigrados de las naciones y nacionalidades de la monarquía austrohúngara que aportaban su (falso) testimonio como «expertos» sobre el estado de opresión casi colonial al que sus compatriotas estaban sometidos por los austríacos, los húngaros, los alemanes, y otros…

Winock y Azema [175] hablan de la fuerza de la presión republicana sobre los grandes burgueses. Al considerar las importantes posiciones ocupadas por los radicales y sus amigos en todos los sectores de la administración, esa presión se ejerció también sobre los ministros o diplomáticos para quienes la «victoria total» y la idea de destruir la monarquía parecían un absurdo, cargado de peligros para el futuro. Por temor a oponerse a la presión «de abajo» la mayoría de los dirigentes —el caso de Briand fue casi único— acogieron con

desconfianza incluso las iniciativas de paz más razonables, y cuyo rechazo significó un alivio para los fanáticos de la victoria total. Se daba, repetido, el estado de ánimo que caracterizó a los revolucionarios de 1789: «Cuando Luis XVI aceptó la monarquía constitucional, la revolución se encontraba en peligro. Ahora bien, era importante continuarla con todos los medios para abolir lo que quedaba de la realeza. Para romper "el atractivo secular", la guerra era necesaria. Si se tenía que elegir de antemano, era necesario sin embargo, para desacreditar a la realeza, para matarla moralmente, que el enemigo fuese Austria, aliada oficial del gobierno, aliada de la familia del rey y de la monarquía… Todo era bueno contra los enemigos del género humano» [176]. Se podía constatar la misma emoción, el mismo razonamiento, entre los republicanos radicales, austrófobos, de París, de Londres, y de Roma, cada vez que se manifestaban rumores sobre negociaciones para una paz de compromiso, y, sobre todo, desde que Carlos intentó, al proclamar la amnistía para los delitos políticos y con sus primeras medidas de reforma de la Constitución, dar el primer paso hacia la federalización de la monarquía. «Algunas medidas más como esa, dijo Masaryk a sus amigos, y estaremos perdidos». Felizmente para él, las circunstancias le impidieron al emperador ir más lejos…

La gran fuerza de la propaganda aliada, y especialmente francesa —la de los británicos era más material, más prosaica— fue la referencia siempre posible a la Historia, a ese «turning point» de la Historia que fue la Revolución francesa. ¿No demuestra la Historia que, cada vez que el pueblo se dejó desarmar por bellas promesas, la mala hierba de la

contrarevolución volvió a crecer y a ocupar el terreno? Esos argumentos, se pueden leer, por ejemplo, en los artículos de André Cheradam en *La Ilustración*; en los libros de la colección de los *Documentos sobre el pangermanismo*, de Charels Andler, en el prólogo de Clemenceau a *Nuestro futuro*, pero también en los escritos pangermanistas del general Bernhardi, etcétera.

¿Cómo podría oponerse Wilson a ese gran propósito de republicanizar y descatolizar Europa que se habían propuesto los franceses a los que apenas podía reprochar, él el protestante, el querer tomarse la revancha por la revocación del edicto de Nantes, por las guerras contrarrevolucionarias, por la proclamación arrogante del Reich en la galería de los Espejos, en Versalles?

Dicho esto, Paul del Perugia se equivoca, me parece, al acusar a los Estados Unidos de haber sido el primero en decidir el fin de Austria-Hungría [177]. No fue Wilson, dudando siempre entre el utopismo universalista y el realismo imperial, quien inventó el concepto de victoria total —incluso si se adhirió tras el golpe.

Alrededor de la revancha por Sedán se articuló el primer consensus nacional francés entre los descendientes de los soldados del año II, adoctrinados por Fernando Bouisson y Jules Ferry, y hombres como Clemenceau y Poincaré, que explotaban a fondo el sentimiento patriótico, reforzado por el mesianismo republicano del que el enemigo estaba completamente desprovisto.

Es interesante observar que en el Comité nacional de estudios políticos y sociales (C.N.E.), fundado en 1916, por instigación de Albert Kahn y bajo la autoridad de Léon

Bourgeois, para reflexionar sobre la definición de los objetivos de guerra franceses —comité más bien pluralista en su composición— la mayoría de los participantes escuchó con benevolencia los argumentos elocuentes de Léon Bourgeois, masón moderado, en favor «de una paz sin anexiones, respetuosa de los intereses vitales de, Alemania y de la futura Sociedad de Naciones». Ese mismo grupo de personas pareció inmediatamente adepto a la idea lanzada por un amigo de los hermanos «emigrados» como el Prof. Ernest Denis, del desmembramiento de Austria-Hungría. El poderoso industrial François de Wendel, llamado a participar en los debates de ese comité que tenía sus reuniones en el Colegio de Francia o en el Tribunal de casación, se asombró de oír «a voces tan autorizadas preconizar la dislocación de Austria-Hungría». Comprendía perfectamente, reflejó en su diario, que ése fuera el deseo ardiente de Beneš. ¿Pero los Prof. Ernest Denis y Jean Brunhes? ¿Y Gauvin, el hombre de los Debates, al unísono con su director Maléche? El principio de las nacionalidades, «tan caro a los príncipes del pensamiento», no querrán, pensó, que se aplique «suprimiendo a los Habsburgo» y que, por lo mismo, «se reagrupe en su nombre a los setenta millones de alemanes de Austria y del Reich». Wendel añadió que «el Vaticano tiene razón, incluso si es movido por motivos diferentes, a defender a Austria-Hungría»… Se necesita (y en ese plano era ciertamente minoritario) una Austria suficientemente importante para no ser un satélite de Berlín, una Austria disminuida de Bohemia, de Transilvania, de la Galitzia, etc., pero aumentada por la Alemania del Sur [178].

Se puede deducir de esas observaciones del magnate

industrial nacionalista que, para él, el debilitamiento de Alemania permanecía como el objetivo prioritario, aunque, por entonces, era claramente minoritario en un comité oficioso en el que participaban algunas de las mejores cabezas de Francia, diplomáticos, universitarios, periodistas, expertos. Él mismo sufría la influencia de Beneš, a quien denunciaba, al consentir en amputar de Austria a Bohemia; en lo concerniente a Transilvania, estaba ciertamente al tanto de las promesas de la diplomacia aliada a Rumanía. Al mismo tiempo, consideraba que el interés de Francia y de Europa en general exigía el mantenimiento, e incluso el reforzamiento (¡con la unión de Baviera!) de Austria-Hungría, a fin de hacerla capaz de frenar la expansión alemana hacia los Balcanes. Finalmente, vemos que, sobre ese punto, pensaba que el interés de Francia, aun partiendo de otras consideraciones, coincidía con el del Vaticano.

La confrontación de las ideas del gran industrial con las de la mayoría intelectual burguesa del comité pone de evidencia lo que es el fundamento de mi argumentación: *el carácter ideológico de la decisión del desmembramiento de Austria-Hungría*, del que se hizo, «conforme progresaba la guerra, y contra todo buen sentido, un objetivo prioritario» [179].

Para los propagandistas de la continuación de la guerra hasta la victoria total, el pacifismo, organizado o no, estaba considerado lo mismo cuando no más peligroso que la propaganda antibélica fomentada o financiada por los alemanes, a menudo con mediación de los neutrales, de agentes de influencia y de la prensa venal. Ahora bien, en la izquierda francesa, el pacifismo había formado parte, no lo olvidemos, de la tradición republicana y masónica casi de la

misma manera que el anticlericalismo y la lucha contra las tiranías. Igual que hubo un radicalismo militarista, jacobino, un socialismo de oferta patriótica, hubo también, recluido en la sombra, un radicalismo y un socialismo pacifistas, especialmente en los medios intelectuales, entre los docentes. Según los informes de la policía que hemos podido consultar (Archivos nacionales F 7 13349), hubo también francmasones disidentes pacifistas, intelectuales pertenecientes a la Liga de los derechos del hombre, a los que la policía vigilaba estrechamente a fin de confinar su influencia a un medio restringido. Así un informe de la policía del 23 de enero de 1916 da cuenta de la reunión de una *Sociedad de estudios de los documentales y críticos de la guerra*, en la que participaron los Prof. Charles Gide y Alexandre, Mlle. Halbwachs, Seignobos, Víctor Basch por los Derechos del hombre, Privat, periodista suizo, que había tomado parte en la conferencia de Zimmerwald, una personalidad inglesa germanófila, Belle, el socialista pacifista Merrheim, los anarquistas Desprès y Alfred Rosmer, quien jugará más tarde un papel importante en la fundación del Partido comunista francés. Sociedad heterogénea, como se ve, en la que los guías estaban, naturalmente, presentes. Víctor Basch representaba la opinión de la izquierda proguerra, antigermánica, antiaustríaca. «Es seguro, dijo, según la nota de la policía, que Alemania ha inspirado la guerra a Austria». A lo que un pacifista, un tal Démarchal, respondió: «Alemania ha sido arrinconada en la guerra». Un tal Guernet, replicó que Alemania hubiera debido, al menos, aceptar el arbitraje de La Haya. Los oradores pacifistas lamentaron la entrada en guerra de Italia. Otros reprocharon a los pacifistas socialistas el haber

organizado la conferencia de Zimmerwald con el dinero alemán. El internacionalista Merrheim desmintió esa «afirmación calumniosa»: los veinticinco mil francos que había costado esa conferencia habían sido aportados por los socialistas suizos. La conferencia nacional de los sindicatos, el 15 de agosto de 1915, se había opuesto a los proyectos de desmembración de Alemania y Austria. «Esta guerra no es nuestra guerra». Sin embargo, entre los sindicalistas, igual que en el campo de los socialistas y de los masones, los patriotas jacobinos consiguieron marginar a los internacionalistas y a los pacifistas.

Hemos podido leer otro informe de la policía [180] sobre una reunión de la misma sociedad, creada en 1916 por iniciativa de distintos miembros de la Liga de los derechos del hombre que se celebró en el hotel de las Sociedades científico-literarias, calle Serpente, y en la que participaron cerca de ochenta personas, entre ellas el infatigable Charles Gide, Rappaport, Raymond Lefebvre, Alfred Rosmer, Mmes. Thévenet y Madeleine Rolland, y tres individuos polacos. Mme. Rolland tomó la defensa de la diplomacia inglesa, aludida por un orador precedente: «Hay que reaccionar, dijo, contra una corriente de opinión que se propaga cada vez más entre nosotros y que nos muestra a Inglaterra como guía de la guerra. Eso es inexacto, pues también en Inglaterra, las gentes malintencionadas hacen contra nosotros la misma campaña». No convenció al denominado Demartial, según el cual «el último libro diplomático inglés es, cuando se lee con atención, la mejor defensa de Alemania». Uno de los participantes, Monhardt, leyó con reprobación un discurso de Poincaré, en el que infamaba las maniobras pacifistas en

Francia.

Monhardt señaló que el bloque establecido contra los imperios del Centro era absolutamente ineficaz. «Hubiera sido necesario un bloqueo con válvulas, permitiendo importar de Alemania víveres y objetos imposibles de transformar en beneficio de la guerra. Alemania se hubiera agrandado. La política económica llevada por Francia, añadió, es lamentable. Hay todavía toda una historia sobre la electricidad de las fábricas de la orilla derecha del Rin».

El mismo pacifista señaló que el último discurso de Bethmann-Hollweg contenía una frase: «Nunca indiqué la anexión de Bélgica como si estuviera en nuestras intenciones», que no había aparecido ni en *L'Humanité* ni en los periódicos suizos, aunque fuese reproducida por *El Journal* y *Le Petit Parisien*. ¿Es error de la censura francesa, de la censura suiza, o de la censura alemana? Propuso que se hiciera una encuesta a ese respecto.

Jean-Richard Bloch hizo a continuación un informe del reciente congreso de la Liga de los derechos del hombre. Citó diversas frases del informe de Gabriel Séailles, «que ha hecho concesiones a la tontería actual al declarar que "la democracia francesa rechazó siempre seguir a los exaltados" y que "la guerra es una fatalidad aunque los alemanes no sean los únicos culpables de haberla desencadenado"». En suma, según Bloch, los minoritarios del congreso de la Liga de los derechos del hombre preconizaban el arbitraje inmediato, sin por eso detener un solo momento la acción militar. El congreso también concluyó que «el arbitraje antes o después de la guerra era correcto, pero que el arbitraje durante la guerra era una utopía».

Los mayoritarios de la Liga (de la que se sabe que era una de las emanaciones de la francmasonería) preveían dos maneras de salir de la guerra: por la aniquilación de Alemania o por un acercamiento. Para esos dos métodos, los medios eran naturalmente diversos. «Para el primero, había medios políticos, medios militares, el bloqueo. Todos eran ineficaces». Bloch terminó su discurso lamentándose de la censura.

A continuación se discutió sobre Polonia. Los polacos no tenían ninguna confianza en el Manifiesto del gran duque Nicolás, no querían oír hablar más de autonomía, en el marco ruso, querían la independencia, declaró el participante polaco Lipkowski, añadiendo que —hecho notable— Polonia ya tampoco tenía confianza en las democracias occidentales, tampoco los Aliados habían dejado que cundiese tal estado de ánimo, y la «proclamación del Estado polaco independiente por las Potencias centrales, fuera cual fuese la parte alemana de la maniobra, constituía un hecho de una importancia considerable y permitía a los alemanes reclutar un ejército polaco de seiscientos mil hombres», concluyó Lipkowski. Éste deseaba que los Aliados hiciesen una declaración colectiva sobre la independencia de Polonia, declaración a cuyo principio Briand, consultado por él, no se opuso.

«*Piensen, dijo Lipkowski, que, de todas las potencias que han descuartizado a Polonia, únicamente Austria mostró buenas intenciones… Rusia, con su burocracia, ha excitado el odio de todos los polacos.*

—Pero Rusia considera la cuestión polaca como algo propio. No veo cómo podemos hacer obedecer a Rusia —intervino un tal Démartial.

—Rusia es la deudora de Francia, lo que nos permite decirle: quédate en tu casa, no te ocupes de la cuestión polaca, si no, hacemos la paz. —replicó uno llamado Dridzo.

—En dos ocasiones diferentes, Francia e Inglaterra pusieron la cuestión sobre el tapete. Rusia respondió muy claramente: la cuestión de Polonia es una cuestión interior que sólo nos afecta a nosotros —señaló el marqués de Villeneuve».

Esos informes demuestran de qué manera la inteligencia parisiense pacifista estaba mal informada sobre las decisiones que se tramaban en los despachos oficiales y la poca influencia que tenía. Sin embargo, independientemente de los pacifistas declarados, Caillaux había estimado, desde las primeras gestiones de paz de las Centrales, que ofrecían una ocasión para no dejar escapar. Estaba convencido de que Gran Bretaña saldría muy debilitada de la guerra, y —precursor de De Gaulle— ya soñaba, durante la guerra, con una Alianza entre Alemania, Francia, Italia y España. Su propuesta era que se dejase a los alemanes libertad de acción para con Rusia, como manera de empujar a ésta hacia Asia. En cuanto a Austria, le dijo a sus interlocutores italianos, durante una visita en diciembre de 1916 a Roma, que estaba convencido de que se «la hará pedazos». El embajador de Francia, puesto al corriente de las conversaciones de Caillaux en Italia expresó su inquietud en un despacho a Pierre de Margene: igual que Berthelot, Ribot, los Cambon, etc. Camille Barrère era el hombre de la guerra «hasta el final», y no cesó de poner en guardia al gobierno francés contra la posibilidad de un cambio de opinión de Italia en el caso de que sus pretensiones territoriales no fuesen enteramente satisfechas

por los Aliados.

Por lo que respecta a los socialistas, su actitud puede ser ilustrada con distintos documentos publicados en *L'Humanité* y en la *Bataille socialiste*. Un artículo de Vandervelde titulado «Los socialistas y la paz» trata de la oportunidad de una acción en favor de la paz llevada en común por los socialistas situados a los dos lados de la barrera. Se trataba de una respuesta a un socialista alemán, que, en el *Volk* de Ámsterdam del 25 de mayo de 1916, había sugerido que los socialistas de toda Europa hiciesen frente «contra todos los que persiguen un objetivo de guerra irreconciliable con los principios de la Internacional».

»¿Cómo los que hablan así no ven que, en las condiciones actuales, un encuentro, un cambio de impresiones, una acción concertada son una imposibilidad moral?

«Si, después de lo que ha pasado, los socialistas belgas y franceses aceptasen encontrarse, cambiar impresiones, concertarse con los que han votado en Alemania los créditos de guerra, que le han otorgado un *blanc-seing* al gobierno imperial, que han acordado con los verdugos de Bélgica la complicidad de su silencio, traicionarían simplemente la causa por la que tantas gentes valerosas han muerto… Tanto tiempo como el que permanezca un soldado alemán en los territorios de la Bélgica violada y de la Francia invadida, cuando se venga a hablarnos de una acción común con vistas a la paz, nosotros nos taparemos los oídos».

Por entonces, Vandervelde acusaba a los socialdemócratas de Europa central de pretender «mantener, para beneficio de las monarquías centrales, un régimen de *status quo* evidentemente contrario al derecho de las nacionalidades». Es

evidente que el más prestigioso socialista de los países aliados, en el vocabulario que era propio a su partido, sólo hacía resonar los argumentos de los que daban por excluida toda negociación con vistas a una paz de compromiso.

Casi en los mismos términos la *Bataille socialiste*, en 1917, responde a un Manifiesto de la socialdemocracia austríaca y del Comité de la fracción socialdemócrata del Reichsrat de Viena en favor de la paz. El órgano socialista le reprocha a Austria «haberse solidarizado militar y diplomáticamente con el Imperio Alemán» y se queja al *Wiener Arbeiterzeitung* «por haber atacado, antes incluso que los alemanes, a los serbios, en 1914, haciéndole así el juego al gobierno». Dicho esto, al publicar íntegramente la declaración austríaca, absteniéndose de cualquier exigencia de desmembramiento o de cambio de régimen, el periódico dejaba filtrar su simpatía y su solidaridad.

Lo que concuerda con la publicación, por *L'Humanité*, de un Manifiesto de los socialistas balcánicos, que, en unión con los partidos socialistas de Serbia y de Grecia, protestaban contra la política criminal de los Estados balcánicos, que, por su ansia de conquista, por su egoísmo cruel, por su pasado lleno de odio y de patriotería, no sólo han facilitado, sino aun provocado la intervención de las grandes potencias en los asuntos de los pueblos balcánicos. […]

«La política nacionalista e imperialista de los pequeños Estados balcánicos tiene como fin hacer de ellos los instrumentos de la política del imperialismo europeo. Se verán forzados o a atacar a Turquía o a preparar así la entrada de Rusia en Constantinopla, lo que constituirá el sometimiento de toda la península balcánica… o ayudar a la

política de las Potencias centrales, a la victoria del imperialismo alemán y austríaco, mediante el mantenimiento de su neutralidad, e incluso con las armas».

Resaltando las contradicciones de ese Manifiesto, que teme, a la vez, la caída de Constantinopla a manos de los rusos y el peligro de una Turquía salvada por Alemania, los socialistas franceses parecen haber querido expresar su simpatía por la idea de *federación balcánica*. Observemos que el Manifiesto en cuestión está firmado, especialmente, por Christian Rakovsky, que será una de las personalidades más notables del entorno de Lenin.

Así pues, en Francia (como en los otros países aliados), sólo había progresistas y nacionalistas congregados en una unión sagrada y militante de una victoria que deseaban, esta vez, total y definitiva. El eco de las tendencias pacifistas —antaño tan poderosas— seguía haciéndose escuchar. Hanotaux clasificaba, en marzo de 1916, a los pacifistas en tres grupos: los socialistas, los financieros y los clericales, que apostaban todos por Caillaux, tanto más sospechoso a ojos de los «verdaderos patriotas» —y especialmente de Clemenceau— cuanto que ya había, una vez, logrado evitar la guerra con Alemania [181].

Hemos dado cuenta, más arriba, de la opinión de François de Wendel, bastante característica de la de los medios industriales y financieros. También hemos analizado las contradicciones socialistas. En cuanto a los católicos, hemos mencionado que la inquietud por mostrarse al menos tan buenos patriotas como sus adversarios republicanos anticlericales paralizaba, en la mayoría de ellos, la acción que hubieran podido y debido encabezar para apoyar las

numerosas iniciativas de paz de Benedicto XV. Y, sin embargo, Hanotaux no se equivocaba al señalar la existencia de un pacifismo «clerical» bastante pujante. El gobierno se daba cuenta, y un informe de la policía del 3 de febrero de 1916 lo confirma, de que se valía de «una propaganda activa de militantes católicos notorios en favor de la paz». El interés de ese informe —que analizaré más adelante— no importa tanto en lo que revela sobre la acción de los católicos, sino en la manera en que el «peligro del mundo negro» era percibido por policías visiblemente adoctrinados por el jacobinismo republicano. La «derrota de la Austria católica», es, especialmente, asimilada al «triunfo de la Francia republicana y oficialmente atea».

Según el informe, el movimiento pacifista de los católicos «tiende a adquirir una cierta expansión…». «Buen número de capellanes, de sacerdotes-soldados, de enfermeros, de camilleros, de soldados católicos y también de diáconos de retaguardia llevan una campaña, por una parte, hasta el fondo de las trincheras y, por la otra, en diversas regiones del interior en favor de una conclusión prematura de la paz.

»[…] Tanto se ha dicho y escrito sobre los intríngulis de la política religiosa, continúa ese informe, que se hace muy difícil orientarse entre las direcciones de Roma, las maniobras de los militantes clericales y el legitimismo verdadero de una gran parte de la opinión católica francesa. Ahora bien la política romana, cuya influencia en los católicos franceses es más grande de lo que confiesan, y que parece de buenas a primeras tenebrosa y maquiavélica, es en realidad bastante simple.

»El Papa ha creído durante mucho tiempo en la victoria de

las Potencias centrales y su entorno, mayoritariamente germanófilo, ha fomentado, por lo demás, esa ilusión. Ha querido ayudar a la católica Austria, a los católicos alemanes, que constituyen en el imperio una importante minoría de veintidós millones de habitantes. Por fin, ha recibido del gobierno de Guillermo II promesas formales respecto del restablecimiento del poder temporal.

»Por otra parte, en Francia el partido realista, que no era tanto el partido clerical como una importante facción del mismo, ha vivido durante cuarenta años con la idea de que la caída del régimen republicano sólo sobrevendría por un golpe de fuerza o una guerra desgraciada, y, dijera lo que dijese la Acción francesa, esa idea sigue anclada en el cerebro de buen número de militantes.

» Por último, con todo el *mundo negro* de Roma, los jesuitas, sin excluir a los de las provincias de Francia, esperan de nuestra derrota, el definitivo aplastamiento de librepensamiento».

En adelante, los adversarios del régimen comenzaban a tener la convicción de que Francia no sería vencida. Y por eso, según el informe, consideraban dos soluciones:

»1) La prolongación de las hostilidades que llevaría matemáticamente a la victoria de los Aliados, la derrota de la católica Austria y el triunfo de la Francia republicana y oficialmente atea, de la Inglaterra protestante y de la Rusia cismática. El mundo negro vio un golpe mortal contra la Iglesia […] Los clericales franceses […] predijeron en ese caso un recrudecimiento de la persecución religiosa y el triunfo de las ideas revolucionarias. He ahí el peligro (que quizá no era imaginario) contra el que se unieron todos los esfuerzos de

los que querían poner los intereses de la iglesia por encima de los de Francia.

»2) Una paz prematura y el mantenimiento del *statu quo*. Políticamente, esa solución pondría al papa en una situación apurada… Desde el punto de vista de la caridad cristiana, había logrado acelerar el final de las masacres. Para los católicos franceses, se dijo que tal solución, a falta de una victoria imposible, evitaría al menos horribles carnicerías, ahorraría cientos de miles de vidas humanas, dejaría a Francia herida, sin duda, pero ni humillada, ni disminuida, ni vencida.

»En realidad, los partidarios de esa última solución […] tenían la firme esperanza de que, si la guerra terminaba en partida nula, traería como resultado inmediato una violenta reacción en su beneficio… Un viento de impopularidad barrería a los hombres en el poder… Francia se arrojaría en brazos de los partidos del orden y pediría cuentas muy severas a quienes la hubieran llevado a la ruina.

»He aquí el secreto de las maniobras clericales tan intensas en el frente como en el país, los cebos intentados por parte de Bélgica», concluye el informe sobre la política pontificial, evidentemente inspirado por Berlín.

Hay lugar para creer que el informe de policía estaba destinado menos a informar que a conformar a sus destinatarios —los miembros del gobierno— con su determinación de rechazar cualquier proposición por parte del Vaticano y cualquier idea de una paz de compromiso de la que la derecha católica hubiera podido beneficiarse.

La corriente pacifista era más fuerte en los sindicalistas que

en el seno del Partido socialista. Durante el congreso de la C.G.T., en noviembre de 1914, veintiún delegados habían votado contra la participación en una conferencia socialista por la paz, convocada en Copenhague, y veintiuno a favor. En 1915, el militante sindicalista Merrheim, mencionado más arriba, votó en contra de la participación de la C.G.T., en la Conferencia socialista de los países aliados, convocada en Londres, porque temía que el congreso se pronunciase por la continuación indefinida de la guerra [182]. El mismo Merrheim, a quien a continuación se le acusará de ser un agente alemán, declaró, el 1° de mayo de 1915: «Esta guerra innoble y monstruosa ha sido querida y precipitada por Inglaterra desde 1914… El pueblo alemán merece el primer lugar en el mundo por sus cualidades desde el punto de vista social, económico e higiénico». En compañía del antiguo vaillantista E. Baudoin, Merrheim participará además en el comité Bourderon [183]. El más conocido de los socialistas pacifistas, Paul Faure, director del *Populaire*, escribía, el 27 de junio de 1915: «Esta guerra ha sido fomentada por Rusia y por el bandido de su embajador» [184]. El 2 de julio de 1917, los socialistas minoritarios Longuet, Renaudel y Buisson, acompañados de Jouhaux, concibieron el proyecto de ir a Suiza para encontrarse con los sindicalistas y socialistas pacifistas alemanes Haase, Bernstein y Kautsky, pero fueron rechazados en la frontera. En la famosa conferencia de Zimmerwald, en enero de 1916, entre los treinta y siete participantes, sólo había dos franceses, pasados clandestinamente, entre los cuales figuraba el incorregible Merrheim (por diez alemanes, cinco italianos, doce rusos, un rumano, un americano, un neerlandés y tres suizos). En el

congreso de Kienthal, de los cuarenta y cinco delegados, había seis alemanes y tres franceses.

La transformación de la *guerra clásica*, con su juego tradicional de distribución de cartas teniendo en cuenta el cambio de la relación de fuerzas, en una *guerra ideológica* puede ser interpretada como un retorno a las guerras de religión de antaño. ¿Qué es la ideología, sino una metamorfosis de la teología —lo que explica también el papel sin precedentes jugado en la guerra de 1914-1918 por la propaganda? El fanatismo de los instigadores patrioteros o utopistas fue facilitado por la censura —e incluso la supresión — de cualquier información u opinión contraria a aquellas que pudiesen agradar al poder. La censura permitió transformar los medios de información —cuya fuerza se vio acrecentada desde comienzos de siglo— en tanto que órganos de difusión de una propaganda que designaba al enemigo del Estado y de ideología republicana como al enemigo de la humanidad, de una humanidad de la que «nosotros» tenemos el monopolio y el privilegio sagrado de «defenderla contra la inhumanidad».

Después de haberme tomado el trabajo de recorrer un gran número de folletos, de libros, de panfletos franceses y alemanes de la época, he podido constatar de qué manera los pueblos civilizados pueden ser transformados en cruzadas maniqueas por una propaganda inflada. Ningún espíritu racional criticó el hecho de que la propaganda francesa identificase la política del Reich con el militarismo prusiano, mientras borraba las diferencias de calidad que existían entre el pangermanismo del imperio de Guillermo II, de Hindenburg y de Ludendorff y el prudente y clásico

expansionismo prusiano. Austria fue presentada no solamente como clerical, sino también como reaccionaria y despótica, aunque, desde 1907, hubiese introducido el sufragio universal y fuese, con Hungría, uno de los países más liberales de Europa, uno de los primeros Estados de derecho, del continente.

Conviene observar, a ese propósito, una diferencia entre los franceses y los anglo-americanos: en estos últimos, el liberalismo y el antihegemonismo habían ocupado el lugar de la ideología revolucionaria. En los anglosajones, la ideología no reemplazó a la teología, puesto que la religión estuvo siempre viva y no se distinguía del patriotismo. Así, en los Estados Unidos, las fórmulas jeffersonianas que fundamentaban la vida social en «la libertad y la búsqueda de la felicidad» no tenían nada de fanático ni de anticristiano; de buena gana se llevan bien con la fe religiosa, que había perdido, con la reforma y la proliferación de las sectas, su vigor totalitario. Así, la masonería, en el sudeste de los Estados Unidos, estaba dominada por los pastores metodistas, lo que no les impedía, es verdad, ser anticatólicos y más bien radicales en política, hasta el punto de que las tradiciones republicanas y protestantes no pudieron oponerse frontalmente al proyecto de *republicanización* de Europa, sobre todo a la caída de los Hohenzollern [185]. Dicho esto, a Wilson le «chocó» mucho cuando supo por Balfour los cambios radicales postulados por los tratados secretos concertados desde el comienzo de la guerra con Italia. Por el contrario, el *principio de las nacionalidades* le parecía como una idea conforme al liberalismo y al antimilitarismo del que los Estados Unidos se consideraban los campeones, incluso

frente a las Gran Bretaña, Francia y Bélgica imperialistas, lo que sólo apareció más tarde.

El principal tema de la propaganda aliada, destinado, a la vez, a los países en guerra y a los neutrales, fue la responsabilidad *exclusiva* de Alemania en la guerra. Un folleto escrito por sir Isidore Spielman, colaborador de lord Nortchcliff, jefe de la British War Mission, publicado en 1917 bajo forma de una carta abierta dirigida al pacifista alemán Maximilien Harden [186] ofrece la quintaesencia de esa propaganda, cuyos ejes principales vamos a ver. Alemania quiere hacer creer que la guerra le ha sido impuesta. Ahora bien, nada es más falso, puesto que Alemania se venía preparando para la guerra desde hacía cuarenta años. En 1914, aniquiló los esfuerzos conjuntos de Gran Bretaña, Francia y Rusia para prevenir la guerra, con el pretexto de que Rusia estaba movilizando sus fuerzas contra Austria. Ahora bien Alemania no era el único país con habilidad para protegerse. El autor recuerda a Harden cómo, en Alemania, todos los jóvenes, e incluso los niños, acogieron la guerra con entusiasmo, persuadidos de que de la misma sólo podían sacar provecho, en particular arrebatándole a Francia sus colonias. De hecho, los alemanes estaban intoxicados por su éxito de 1864, 1866 y 1870. Estaban tan bien preparados que podían permitirse invadir Bélgica, el norte de Francia y Polonia antes incluso de que los Aliados hubiesen tenido tiempo de recuperarse. Sin embargo París quedó fuera de su alcance. «Hasta el presente, usted y los socialistas minoritarios son los únicos en haber comprendido; pero, ahora, el resto del pueblo alemán está comprendiendo su situación desesperada, a causa de sus derrotas… Su pueblo debe abandonar sus

pretensiones de dirigir el mundo… El orgullo ilimitado de su pueblo es sin duda imputable a la megalomanía de su Káiser… ¿Cómo piensa su Káiser reconciliar sus pretendidas tendencias pacíficas con sus permanentes referencias al "puño de hierro" de Alemania?». El folleto redactado con un tono duro intenta convencer a los lectores británicos de que los alemanes están todavía demasiado intoxicados para que se negocie con ellos. Su crueldad, sus atrocidades les valió ser calificados de nuevos hunos. Han empleado gases, envenenado pozos, bombardeado a civiles, deportado a hombres, a mujeres y niños de Francia y de Bélgica para hacer de ellos cretinos. Han arrasado el campo, hundido barcos de pasajeros como el *Lusitania*, y navíos sanitarios en una época en la que todavía no estaban en guerra con los Estados Unidos. En esta guerra, los alemanes y, en particular, los prusianos eran despiadados, privados de espíritu caballeresco. No es de extrañar que, además de sus primeras víctimas, Alemania tenga en la actualidad contra ella a los Estados Unidos, Italia, Japón, Albania, Portugal, Rumanía, Cuba, Panamá, Grecia, Siam y que otros nueve países hayan roto sus relaciones diplomáticas con ella.

Por último, sir Isidore Spielman enumera los errores que causaron la perdición de Alemania: 1) Pensó que Inglaterra permanecería neutral; 2) contó con la impotencia del ejército británico; 3) supuso la rebelión de las colonias del Reino Unido; 4) contó con la alianza de Italia, con la neutralidad de Grecia, con la mediación americana; 5) imaginó que podría matar de hambre a Inglaterra y sobornar a sus aliados.

Según el autor de otro folleto, Alemania hubiese estado dispuesta a reconocer su derrota, si, en 1917, el brusco,

aunque temporal, hundimiento de Rusia no le hubiese dado la esperanza de concertar con ese país una paz por separado. Para acelerar el acontecimiento, los alemanes intentaron reunir varios miles de prisioneros rusos adoctrinados. Pero incluso aunque hubiesen llegado a una paz por separado con Rusia, el fin hubiera sido el mismo: la derrota del militarismo prusiano.

Una muestra de la buena propaganda, a la manera inglesa. Hechos, hechos, hechos ante todo, y en general verdaderos. Que Isidore Spielman hubiese olvidado que Inglaterra era la mayor potencia imperial de la época, que sus responsabilidades en la guerra habían sido al menos iguales a las de los alemanes y los rusos, era parte de la buena guerra. El objetivo era romper la moral del adversario, revelándole, en términos apenas exagerados, su verdadera situación, en 1917. Las relaciones de Alemania con Hungría habían sido silenciadas, igual que las condiciones draconianas que los Aliados contaban con imponerle a Alemania después de la victoria total. No será superfluo resaltar que las propagandas francesa e italiana concedían, guardando todas las distancias, un lugar considerable en el caso de Austria-Hungría. Los británicos, lo mismo que los americanos, no tenían una Reforma a la que agarrarse o, más bien, una revancha que cobrar contra la Contrarreforma y la Contrarrevolución. La propaganda británica era liberal, cuando, en Francia, la palabra liberal tenía una connotación aristocrática y burguesa. No se confundía libertad con liberalismo.

En Francia, el gobierno entendió la propaganda en el sentido en que el mariscal chino Sun Tse, en su tratado sobre el *Arte de la guerra*, hace veinte siglos, definió las reglas:

desacreditar todo lo que es válido en el país del adversario; quebrantar la reputación de sus clases dirigentes; desorganizar por todos los medios posibles su administración; extender la discordia entre sus ciudadanos; infiltrar espías.

El envés de la propaganda era la censura, destinada a impedir que las informaciones desagradables llegasen al público. En los inicios de la guerra, incluso *El Hombre libre* de Clemenceau fue censurado. En sus *Diarios*, Hanotaux ofrece ejemplos interesantes de la censura, de la que él mismo, antiguo diplomático, periodista, amigo de Poincaré, en contacto permanente con las más altas personalidades, fue víctima, cuando expresaba, sobre los objetivos de guerra y sobre las posibilidades de una paz de compromiso, opiniones no conformes a las del gobierno. La agencia Havas, teóricamente libre, había recibido la orden de guardar silencio sobre su serie de artículos «La nueva era», publicados en los números del 15 de junio de 1916 y del 1° de noviembre de 1916, de la *Revista de los Dos Mundos*, donde criticaba la diplomacia oficial. Sin embargo, Hanotaux no era ni pacifista ni derrotista y sólo expresaba su desacuerdo con algunos moderados que, tras el fracaso de la ofensiva Nivelle, proponían reducir los objetivos de guerra franceses a la simple recuperación de Alsacia-Lorena. Pero tenía una concepción no extremista de los intereses de Francia y no se guardó, en los medios que frecuentaba, de juzgar severamente a algunos dirigentes. Habló, por ejemplo, abiertamente de la «infatuación senil» de Ribot y descubrió, detrás del rechazo de Poincaré y de Ribot a tomar en consideración las proposiciones de paz alemana y austríaca, su «temor larvado pero siempre presente a ver formarse, desde Madrid a Viena,

pasando por el Vaticano, un bloque católico».

Si se quiere estigmatizar los daños de la censura, se recordará que fue por un informe de la policía como la posteridad supo que, al liberar Reims, las tropas francesas saquearon las bodegas de champán, desvalijaron habitaciones, robaron muebles y espejos: «Son peores que los boches [187]», señaló un oficial francés, desamparado [188].

Los rigores unilaterales de la censura llevaron al partido socialista, en junio de 1917, en el momento de la formación del gabinete Painlevé, a romper la unión sagrada.

Es verdad que los británicos y los franceses (igual que los soviéticos, apenas avaros de subsidios) comprendían mejor que las Potencias centrales que «la prensa se ha convertido en uno de los principales poderes que gobiernan el mundo». La influencia, en cualquier caso, de una opinión pública manipulada era más grande en las democracias occidentales que en Alemania o en Austria-Hungría. Nicolson observará, en 1919, que un hombre de Estado que no hubiese tenido en cuenta a la prensa hubiese sido inmediatamente derribado.

Es importante —algo lastimoso, ¿por qué no decirlo?— observar que el gobierno francés, para neutralizar la corriente pacifista, antimilitarista, recurrió largamente a la ayuda financiera del gobierno ruso. Eso desde antes de estallar la guerra; en tanto que presidente del Consejo, después de la República, Poincaré pidió la contribución del Tesoro ruso para financiar los preparativos militares franceses y popularizar la política expansionista del aliado, de lo que tenía necesidad, en vista de los sentimientos antirrusos de una gran parte de la opinión francesa. Ahora bien, para esos dos objetivos, había que ganar a los manipuladores de la opinión,

es decir a la prensa.

«No es imposible pensar —como hizo, en 1938, la revista americana *Time*— que la prensa francesa sea la más venal del mundo», escribe J.-B. Duroselle (*La Decadencia 1932-1939*, imprenta nacional, París, 1979, p. 205), al analizar la financiación, en el transcurso de la década de 1930, de una gran parte de la prensa francesa no solamente por los alemanes, sino también por los italianos, los rusos, los griegos, etc. Pues se puede constatar la misma venalidad de la prensa francesa en el transcurso de los años que precedieron a la Primera Guerra Mundial. Una documentación bastante completa a ese respecto fue elaborada por el Consejo de los comisarios soviéticos, que, en 1924, para desacreditar al Bloque nacional, puso a disposición de *L'Humanité*, y especialmente de uno de sus periodistas más activos, Boris Souvarine, la correspondencia, relativa a las subvenciones a la prensa, del embajador de Rusia, Izvolski, con su ministro, Sazonov. Se desprende de esa correspondencia que la corrupción se efectuó con el conocimiento y la colaboración de Henri Poincaré y de Lucien Klotz, ministro del Interior.

En efecto, se había tomado conciencia, en San Petersburgo, de la impopularidad, en la Francia republicana, de la alianza con el más reaccionario, el más represivo de los países europeos. Para remediar esa situación, desde el mes de febrero de 1904, la tesorería del Estado ruso comenzó a asignar subvenciones a los periódicos y a los periodistas franceses más influyentes, a fin de amenguar «el pánico, que, en el momento de la declaración de la guerra en Extremo Oriente, se había apoderado de los portadores de fondos rusos». El ministro francés de Finanzas Rouvier tomó la

iniciativa de dirigirse al gobierno ruso proponiéndole abrir un crédito «con el propósito de tranquilizar a la prensa francesa». Rouvier aconsejó a San Petersburgo utilizar como intermediario a un tal Lenoir, caballero de la Legión de honor, «hombre suficientemente conocido en esta clase de negocios». Éste procedió de la manera siguiente: la Cancillería rusa de las operaciones de crédito avisó a la Banca de París y de los Países Bajos, que abrió un crédito a M. Raffalovitch, consejero privado de la embajada rusa, el cual entregó las sumas a la Cía. argelina a cuenta de Lenoir. La Cía. argelina pagó, a la presentación, los cheques firmados Lenoir y remitió los recibos a Raffalovitch; este último los dirigió, con el registro particular cifrado, a la Cancillería de las operaciones de crédito.

Una nota, fechada en enero de 1906, publicada por *L'Humanité* el 6 de enero de 1924, nunca desmentida, enumeraba como sigue los periódicos, periodistas y otras personalidades gratificadas con cheques firmados Lenoir.

Pagos a efectuar el 15 de febrero de 1905 a los periódicos

Figaro	2.500 F
Petit Journal	5.000 F
Petit Parisien	5.000 F
Temps	5.000 F
Journal	5.000 F
Echo de París	3.000 F
Eclair	2.500 F
Débats	1.500 F
Autorité	550 F
Liberté	500 F
Petite République	750 F
Intransigeant	500 F
Radical	750 F

Rappel	750 F
Lanterne	750 F
Aurore	500 F
Gaulois	750 F
Marseillaise	500 F
19º siècle	500 F
Presse et Patrie	500 F
Socialistes divers	500 F
Total	**37.300 F**

Provincia

Syndicat	6.000 F
Financier département	1.500 F
Circulaire rép	1.500 F
Agence générale	1.000 F
Correspondance Daffas	500 F
Journal du Nord	500 F
Journal de l'Ouest	500 F
Journal du Centre	500 F
Journal du Littoral	500 F
Correspondance télégraphique republic	500 F
Total	**13.000 F**

Financieros

Informations	2.500 F
Economiste Européen	1.000 F
Revue Economique	1.000 F
Vie Financière	1.000 F
Agence Fournier	1.000 F
Agence Nationale	500 F
Avant Bourse	250 F
Correspond. R	250 F
Vie Parisienne	250 F
Cote	100 F
Cote Thomas	100 F
Total	**7.950 F**

Personales

Calmette	2.000 F

Théry	1.000 F
Bourgarel	500 F
Harduin	1.000 F
H. Prévot	500 F
Didier	250 F
H. Journel	2.000 F
Lebrun	500 F
J. Profit	500 F
Rosati	200 F
Rameau	500 F
Candide	250 F
Maroni	500 F
Botron	500 F
Jay	500 F
De Queylard	300 F
Reich	250 F
Lefrère	500 F
Bez	300 F
Lefranc	500 F
Lafontaine	500 F
XXX	500 F
Homerdinger	750 F
Lacroix	500 F
Schmoll	500 F
André	250 F
TUL	250 F
Cost	300 F
Brétant	500 F
Selby	300 F
Ploart	500 F
Fort	250 F
De Soria	300 F
Total	**17.950 F**

1. En total a periódicos y gacetas	57.000 F
2. A periodistas varios	17.400 F
3. A los órganos provinciales	13.000 F

4. A las ediciones financieras especiales	7.650 F
5. Diez por ciento honorarios	9.400 F
Total	**104.450 F**

6. Recompensas especiales:	
1) Agenda Havas	7.500 F
2) Periódico	3.000 F

Se desprende del mismo documento que, entre el 30 de septiembre de 1904 y el 9 de febrero de 1906, 2.306.407 F han sido utilizados para la «gratificación» de la prensa.

Cuando, después de la derrota infligida por Japón a Rusia, ésta orientó su política de expansión hacia los Balcanes, los Estrechos y Constantinopla, provocó inevitablemente una tensión con Austria-Hungría y su aliado alemán. Desde entonces, la diplomacia rusa se aplicó «a transformar y desnaturalizar la alianza franco-rusa, a cambiarla de un instrumento puramente defensivo en máquina ofensiva». El embajador de Francia en Moscú, Georges Louis, se opuso a esa política que comprendía «el riesgo de una guerra general en la que Alemania sería beligerante»; razón por la cual Izvolski llevó su audacia al extremo de pedir la cabeza de Louis al gobierno francés. Y se le ofreció satisfacción: Louis fue retirado por «razones de salud» y reemplazado por Maurice Paléologue. Una gran publicidad se le dio, por la época, a una carta de Mme Louis a Poincaré, que la mujer del embajador había perdido en un coche y en la cual, para defender a su marido de la campaña organizada contra él en los diarios rusófilos, declaraba «no poder admitir que se tratase al embajador de Francia como si Francia fuera el vasallo de Rusia». En realidad, la principal razón de la campaña contra Louis fue porque éste y su turiferario en la

prensa francesa, Ernest Judet, director de *L'Eclair*, se oponía a los esfuerzos rusos para «arrastrar a Europa en la guerra cuando la anexión de Bosnia-Herzegovina por Austria-Hungría». Al evocar ese caso, Judet recordará, quince años más tarde, una frase de Pichon (que cambiaría de opinión cuando unió su suerte a la de Clemenceau): «M. Izvolski es el hombre más peligroso de Europa».

Ahora bien, en 1912-13, en previsión de la guerra para la que Rusia se preparaba intensamente, la operación de corrupción de la prensa francesa «fue renovada bajo la égida y la alta dirección de M. Poincaré». Destaca de las cartas intercambiadas en esa época (octubre-noviembre de 1912) entre el ministro ruso de Asuntos Exteriores y su embajador en París que Poincaré hizo financiar por los rusos «sobre todo los periódicos franceses hostiles a su propia política, a fin de neutralizarlos». Según Izvolski, el favor del que Austria y Turquía se beneficiaban «en el estado de ánimo de grandes círculos de la sociedad francesa se explicaba por algunas causas particulares como el descontento de las esferas financieras que sufrían grandes pérdidas por el hecho de la guerra de los Balcanes y que se temían aún mayores en el caso de complicaciones europeas». Según el embajador ruso, un papel innegable lo desempeñaron igualmente los subsidios distribuidos en Francia por Austria, Alemania y Turquía. «Tengo fundamentos para pensar que M. Poincaré considera como deseable que nosotros recurramos también a esos medios», le escribía el diplomático a Sazonov, recordando que «durante el periodo de la guerra japonesa y la conclusión del gran empréstito de 1906 […] nuestra acción en ese orden de ideas fue la más feliz […] La iniciativa incumbió al gobierno

francés […] Se estableció un presupuesto especial de distribuciones mensuales», recordaba todavía el embajador. «Los primeros 250.000 francos fueron gastados en tres meses». Sin embargo, después de 1906, las subvenciones cesaron y «esa circunstancia dio indiscutiblemente como resultado campañas de prensa contra nosotros en 1908 y 1910». Por consiguiente, el embajador insistió para que se relanzasen las subvenciones. «De mi entrevista con M. Poincaré, escribió, saqué la conclusión de que éste estaba dispuesto a prestarnos su concurso… y a indicarnos el plan más oportuno para la repartición de subsidios, con el fin de equilibrar la campaña antirrusa, subvencionada por un grupo financiero internacional cuyo centro estaba en Londres». En su respuesta al embajador, el ministro se declaró dispuesto a conceder la suma de 300.000 francos, como «crédito único». Sin embargo, al año siguiente, un fondo especial de 300.000 francos fue constituido para las subvenciones a la prensa. Según Souvarine, en ese momento muy bien visto en la embajada soviética, «todos los diarios del bloque nacional y del bloque de izquierdas participaban en la mayor empresa de estafa de la época…». El hecho es que se hacía cada vez más difícil hacer creíble en Francia la opinión según la cual la Rusia zarista era la aliada soñada por la Francia republicana, en el combate por la civilización liberal contra la barbarie alemana y austríaca. Raffalovitch era consciente de esa dificultad, como lo demuestra la carta que dirigió, el 15 de marzo de 1909, a Sazonov, y en la cual la perspectiva de la Guerra Mundial se dibujaba ya claramente.

«*Señor Ministro*:

»Las impresiones políticas son detestables. Se entrevén los

gérmenes de una conflagración general a consecuencia de la actitud de Serbia, que el partido militar e imperialista austríaco juzga intransigente. Se ve ya al ejército austrohúngaro ocupando Belgrado y soportando una guerrilla en las montañas serbias, al mismo tiempo que una guerra austromontenegrina y un levantamiento en Bosnia-Herzegovina con revueltas en Bohemia. Se ve a Rusia movilizando y apoyando sus protestas por medio de algunos cuerpos del ejército en la frontera austríaca, a Alemania respondiendo de igual manera en sus fronteras, a Francia a su vez en la frontera del Este, y a Inglaterra enviando acorazados al Báltico. Una vez reforzado así el tablero europeo, comprometido el crédito de los diferentes Estados, detenidos los negocios salvo los abastecimientos militares, se negociará una vez más, y después surgirá la guerra universal.

»El gobierno francés, consciente de sus obligaciones para con nosotros, desde el momento en que el honor ruso está comprometido contra Austria, cumplirá con sus obligaciones —*¿pero la población francesa verá con satisfacción la paz comprometida por Serbia y la guerra con Alemania como consecuencia?*».

No se podría acusar a Raffalovitch de falta de clarividencia. Se sirvió para incitar a su ministro del aumento de las subvenciones en dirección de los manipuladores de la opinión. Entre los periodistas corrompidos que habían otorgado su concurso a la popularización de la política balcánica rusa sostenidos por Poincaré y citados por Souvarine, algunos habían muerto en 1924, fecha en la que el gobierno soviético abrió sus archivos a *L'Humanité* —especialmente Calmette, director del *Figaro*, Hébrard,

director del *Temps*, Edouard Drumont, director de *La Libre Parole*, Hardouin, redactor del *Matin*. Pero algunos aún estaban vivos, como Maroni, redactor de los *Débats*, Lefranc, redactor del *Temps*, Nahmias, del *Figaro*, Castagnet, boletinista de *La Libre Parole*, de *L'Action française*, de *La France libre*; Jay, redactor en *Salut publique de Lyon*; Rischemann, del *Soleil* y de la *Lanterne*; Biguet del *Radical*; Schmoll, administrador del *Gaulois*; Brégand, del *Matin* y de *L'Information*; De Rodaye, administrador del *Figaro*, De Soria, director de *La Vie parisienne*, diario pornográfico; Alfred Lenoir, director de la Compañía argelina, etc.

De una carta de Raffalovitch dirigida al agente del Ministerio de Finanzas ruso Kokovtzev, se desprende que el embajador Izvolski remuneraba personalmente a algunos periodistas. Veía todos los días a Hedemenan, del *Matin*, y a Tardieu, del *Temps*. En otra carta «estrictamente confidencial», enviada a su ministro por Izvolski a comienzos de febrero de 1913, éste reclamaba un aumento de los subsidios bajo pretexto de que «una cierta parte de la prensa francesa ha entablado una campaña contra la pretendida subordinación excesiva de la política exterior de Francia a los intereses rusos, campaña llevada sobre todo por los diarios de provincias que yo personalmente no puedo tocar». Izvolski volvió a utilizar ese argumento en una carta del 14 de febrero. Un cierto número de otros despachos enviados a San Petersburgo entre marzo y julio de 1913, por Izvolski a Raffalovitch, expresaba el descontento de los representantes rusos, que veían al gobierno francés utilizar los rublos de San Petersburgo «en su propio interés (por ejemplo, para financiar la campaña en favor de la ley militar para un

servicio de tres años), y no para las necesidades del gobierno ruso, lo que no responde a los objetivos apuntados por nosotros durante la constitución del fondo especial para la prensa». Al final de la disputa sobre esa cuestión —los rusos se lamentaban de ser «engañados» por el gobierno francés— las dos partes se pusieron de acuerdo para que «la prensa subvencionada apoye no solamente la ley militar y la política del gobierno francés, sino también nuestros intereses, por ejemplo en las obligaciones balcánicas».

En cuanto a los subsidios rusos pagados a título de «publicidad de las tiradas», Boris Souvarine cita, en *L'Humanité* del 19 de enero de 1924, las notas pagadas en 1910, en las cuales eran mencionados como beneficiarios *Le Journal officiel, Le Temps, Le Figaro, Le Gaulois,* el *Journal des débats, Le Petit Parisien, Le Matin*, así como numerosos diarios belgas, neerlandeses y —algo bastante sorprendente— alemanes, como *Die Kölnische Zeiturig, Die Frankfurter Nacrichten, Die Frankfurter Zeitung*, etc.

Parece que, entre los diarios franceses, el más subvencionado fue *Le Matin*.

Desgraciadamente es imposible calcular hasta qué punto la corrupción de la prensa modificó la opinión que tenían los franceses de la política rusa y hasta qué punto la misma ha contribuido a la preparación psicológica de la guerra.

Para influenciar a su opinión pública, el gobierno británico recurrió preferentemente a los universitarios, a los expertos patentados y a los especialistas que tenían acceso al Foreign Office, más que a los periodistas. Así Wickham Steed y Seton-Watson, lo más grandes y eficaces agentes de la propaganda británica, eran a la vez expertos, militantes y diplomáticos

oficiosos. Steed estaba siempre dispuesto a prestar servicio a la causa de los enemigos de la doble monarquía. Valiani observa que, al día siguiente de Caporetto, el general Mola, jefe de la misión militar italiana, y distintas personalidades italianas de Londres se dirigieron a Steed para pedirle que hiciera presión sobre el *Times*, del que era el redactor diplomático, como sobre otros órganos de prensa, a fin de que la derrota italiana de Caporetto fuese comentada «de manera que no desanimara a la opinión pública sobre la cuestión del envío de refuerzos británicos al frente italiano». Steed, en tanto que eminencia gris (entre otros) de lord Northcliffe, prestó de buena gana su apartamento para dos reuniones «privadas» anglo-ítalo-yugoslavas, el 14 de diciembre de 1917, reuniones en las que tomaron parte, además del general Mola, el encargado de propaganda italiana Di Filippi, Seton-Watson, sir Arthur Evans, y distintos miembros del Comité yugoslavo, dirigido por Ante Trumbič. Los participantes se pusieron de acuerdo sobre el principio de una *lucha común con vistas al desmembramiento de Austria-Hungría y la expulsión de Austria del Adriático*.

En cuanto al Prof. Hugh Seton-Watson, se había forjado la reputación de mejor especialista en las cuestiones de la monarquía y del Sudeste europeo. Su caso es muy interesante. Hijo de una gran familia escocesa, era, en sus comienzos, un liberal convencido, admirador de Kossuth. Había llegado a la capital austríaca en 1905, para perfeccionar sus estudios de historiador. Sus simpatías se inclinaban de buena gana hacia los húngaros, a pesar de las prevenciones, contra «la seducción de esa raza» con que le bombardeaba el corresponsal del *Times* en Viena, un tal —coincidencia—

¡Wickham Steed! ¿Cómo ese británico, compatriota de Kipling, hijo de una nación por excelencia colonizadora, se convirtió en un enemigo feroz, rencoroso con los húngaros a causa de su dominio (no quiero en absoluto defenderla, pero lo hubo peor), sobre los eslovacos, los rumanos y los serbios, hasta el punto de hacer del reparto de Hungría entre sus nacionalidades el objetivo apasionado de su existencia? ¿Fue su ideología nacionalista, su simpatía (un poco en sentido único) por las naciones oprimidas quienes le opusieron a los señores húngaros, en los que sólo vio crueles opresores, magiarizadores feroces, aplicándose en convertir a las nacionalidades a la lengua y a la cultura húngaras? Es sin embargo extraño que el compatriota de Chesterton, Shaw, Yeats, James Joyce, Thomas Dylan, todos irlandeses y celtas convertidos ingleses, haya hablado con tanto mal genio y desprecio de los numerosos poetas y escritores de origen eslovaco, serbio, rumano y judío que se servían de la lengua húngara porque fueron completamente asimilados. Igual que escriben en francés los poetas y escritores de origen vasco, bretón, provenzal, etc.

Efectivamente, ya lo hemos dicho, la *gentry* húngara, con su nacionalismo limitado, su conservadurismo obstinado, no estaba hecha para inspirar la simpatía de los liberales, y Seton-Watson sólo podía indignarse ante la seguridad de un Prof. Lang halagándose ante él por el éxito de la magiarización, citando como ejemplo la ciudad de Sopron (Ödenburg), donde un 5% de la población únicamente hablaba húngaro a comienzos del siglo XIX, cuando en 1906 la proporción de los magiarófonos era del 60%. Observó con indignación que la mayor parte de la nobleza eslovaca se había magiarizado, no

teniendo en cuenta el hecho de que la homogeneización lingüística y cultural era un fenómeno internacional, que, en la misma época, la mayoría de los provenzales, de los bretones, de los corsos, de los alsacianos y de los vascos asimilaban, también, la cultura francesa, y que no se podía hacer carrera en Gran Bretaña si no se conocía perfectamente la lengua de Shakespeare.

Se dirá que nuestra analogía cojea en el sentido que el Estado húngaro, sintiéndose en peligro de ser sumido por las nacionalidades, forzó tal vez demasiado brutalmente, con su legislación, un proceso que, sin eso, se hubiera desarrollado más lentamente, y que lo forzó en el momento en que se despertaba, o renacía, la conciencia nacional de los eslovacos, los rumanos y los eslavos del Sur.

Es sin embargo extraño que el admirador de Kossuth, resuelto a estudiar los mecanismos complejos del sistema dualista, no se hubiese apercibido en absoluto del progreso de modernización y de liberalización realizado en el país y de la ascensión en Hungría de una corriente democrática favorable a la autonomía de las nacionalidades. Ha pintado de Hungría, en sus artículos y libros publicados en Gran Bretaña bajo el seudónimo de Scotus Viator, un cuadro que condenaba no solamente a la clase dominante, sino al pueblo entero. Sólo escogió a sus amigos e informadores entre los dirigentes extremistas, separatistas, especialmente los eslovacos Štefanik, Markovič, Blaho; frecuentó a Milán Hodja y a Vajda Voevod, que le informaban de la hungarofobia y de los proyectos de Francisco Fernando.

Conviene observar también que, a pesar de la amistad apasionada que le inspiraron los eslovacos y su odio hacia los

húngaros, Seton-Watson, por lo demás igual que la mayoría de sus informadores, no pensaba, antes de 1914, en el desmembramiento de Austria-Hungría, considerando sólo su federalización. Sólo después de 1914, probablemente bajo la influencia de Masaryk y de Beneš, se convirtió en uno de los campeones de la destrucción de la monarquía.

XXX. EL PAPEL DE LA FRANCMASONERÍA

En nuestro siglo XX, nos masacramos unos a otros para servir a los mitos.

David Bereznak,
Francmasonería y romanticismo

Aunque el pueblo francés de Izquierdas, pequeñoburgués y obrero, radical y republicano, estuvo casi religiosamente apegado a la tradición revolucionaria, se puede decir, recurriendo al esquema clásico leninista «clase obrera y su vanguardia», que fue la francmasonería, organización elitista, bien estructurada, mejor organizada y centralizada que los partidos políticos la que desempeñó un papel de vanguardia en la transformación de la guerra de las potencias en una guerra ideológica, para la Republicanización de Europa. Para una Europa reagrupada en una Sociedad de Naciones —idea esencialmente masónica— una vez cortadas las cabezas de hidra del clericalismo y del monarquismo militarista [189]. Hemos señalado, más arriba, que la propaganda de guerra francesa, recurrió, como a una de las principales legitimizaciones de la guerra, a la ideología republicana, jacobina, heredera de la Revolución francesa.

En el momento de estallar la guerra, el presidente del Consejo René Viviani y su ministro de Asuntos Exteriores Théophile Delcassé eran masones. En el gobierno Briand (29 de octubre de 1916) Viviani ocupó la cartera de Justicia y Marcel Saembat, igualmente masón, la de Obras Públicas. En el gobierno Ribot (20 de marzo a 12 de septiembre de 1917),

Viviani permaneció en justicia, y el ministro del Interior, Théodore Stegg, como el de Abastos, Maurice Viollete, eran masones; Paul Painlevé (12 de septiembre de 1916-noviembre de 1917) tuvo como ministro de Finanzas a un masón, Lucien Klotz. En el importante comité de guerra, los masones estaban representados por Léon Bourgeois, Paul Doumer, Franklin Bouillon y Lucien Klotz [190]. El ministro de Asuntos Exteriores de Clemenceau (16 de noviembre de 1917-1920), Stephen Pichon, era masón [191].

Gérard Gayot [192] presenta contrariamente a Augustin Cochin y a François Furet, a los francmasones del siglo XVIII como «inocentes de la gestación, en sus laboratorios clandestinos, del arsenal igualitario y democrático de los jacobinos» y, más bien, como «acostumbrados al compromiso y al placer del orden». Según Gayot, el acontecimiento revolucionario sorprendió a los francmasones; la gran reconciliación entre el ciudadano y el hermano […] fue la gran obra de los francmasones del siglo XVIII y se cumplió sobre todo después de 1870» [193]. Fue hostil al concordato de Napoleón, que hizo de la masonería una estructura de acogida para el racionalismo, el librepensamiento, el positivismo científico y el republicanismo, en principio, moderado, y después radical. Cuando Garibaldi, antiguo miembro de la logia parisiense, Los amigos de la patria, puso en pie —para oponerse al Concilio Vaticano I— la Asamblea de librepensadores de Nápoles, Victor Hugo, Edgar Quinet, Jules Michelet y Émile Littré, especialmente, participaron en la misma. El papel de la francmasonería en la victoria de la república fue tanto más importante en cuanto que el «partido republicano» sólo existía sobre el papel; la masonería era la

única organización jerarquizada y estructurada. Los hombres que el 4 de septiembre proclamaron la república de la Defensa nacional en el Ayuntamiento eran masones, y, en el gobierno provisional, alrededor del general católico Louis Trochu, estuvieron representados destacadamente con Eugène Pelletan, Louis Garnier-Pagés, Henri Rochefort, Adolphe Crémieux, Léon Gambetta, Jules Simón, Ernest Picard, Emmanuel Arago.

La Comuna había dividido a los masones igual que a todos los republicanos [194], el orden social los rechazó y persiguió.

La victoria electoral de los republicanos, en 1877, fue en gran medida obra de la masonería. Entre 1871 y 1877, apareció como el cimiento del Partido republicano. En tanto que fuerza democrática, laica y fuertemente anticlerical, la francmasonería pasó por, hasta cerca de 1910, la «Iglesia republicana». En esa época, numerosos diputados, ministros, presidentes del Consejo, incluso el jefe del Estado, pertenecieron a la masonería: Léon Gambetta, Henri Brisson, Charles Floquet, Jules Méline, Léon Bourgeois, Jules Ferry, Maurice Rouvier, Charles Dupuy, Émile Combes, Paul Doumer, Gastón Doumergue, Alexandre Millerand, René Viviani, Camille Chautemps, etc., por citar sólo a los más célebres.

Los masones dirigían la prensa, controlaban la sección de la Liga de los derechos del hombre y la de la enseñanza (fundada en 1865 por el masón Macé), así como las sociedades de librepensamiento. (Aunque el ejemplo de Clemenceau demuestra que la pertenencia a la masonería sólo era un elemento entre otros de la opinión republicana). A finales de siglo, la masonería desempeñó un papel decisivo en la

formación del Partido Radical y, durante el caso Dreyfus (1898), renovó con su función movilizadora de los republicanos, los «Centros de reflexión», dándole al Partido radical los objetivos políticos y el arsenal de argumentos teóricos para justificarlos [195].

Bajo la III República, pertenecer a la masonería facilitaba el acceso a las carreras administrativas y su buen desarrollo. Lo que explica, parcialmente, al menos, su crecimiento: diez mil masones a finales del segundo Imperio, treinta y dos mil en 1908, de cincuenta a sesenta mil en 1914. Hacia 1910, el Partido Radical estaba considerado como «el brazo secular» de la masonería. El 41% de sus miembros eran masones. Sin embargo, desde esa época, la afluencia de socialistas, que se harían mayoritarios en vísperas de la Primera Guerra Mundial, así como de numerosos intelectuales judíos desjudaizados, que encontraron en la masonería una comunidad espiritual de sustitución, iba a modificar ligeramente el carácter masónico, sin alterar sustancialmente su naturaleza.

Todo ocurrió sin embargo como si los masones, entre los que los pacifistas representaban una fuerza nada despreciable, debieran ser, a semejanza de los socialistas, extremadamente perturbados y divididos por la guerra.

En 1891, se niegan a participar en el Congreso por la paz, organizado en Roma por los masones italianos, para protestar contra la renovación de la Triple Alianza por Italia (pero no reaccionaron ante el anuncio de la alianza franco-rusa). El Congreso masónico francés de 1900 condena el mismo principio de la guerra y sugiere la institucionalización de un régimen de arbitraje. En 1902, se crea una oficina

internacional de las relaciones masónicas, cuya finalidad pacífica no vacilaba en ser alardeada. En 1899, en La Haya, durante una conferencia para la paz presidida por el masón Léon Bourgeois, se adopta una resolución que preconizaba el acercamiento franco-alemán. En 1914, la francmasonería francesa, en su inmensa mayoría, se vuelve hacia el patriotismo [196]. La logia Goethe fue suprimida. Es verdad que la idea prioritaria de la Defensa nacional se acompañaba aún, en los francmasones, de perspectivas de paz, de una tonalidad internacional, del sueño de la Sociedad de Naciones.

El hecho que, desde el comienzo de la guerra, los empujó hacia una unión sagrada con los patriotas nacionalistas fue la información que llegó a la Gran Logia el 6 de junio de 1914, provocando un verdadero golpe de teatro. Ese día, en efecto, el consejo de la orden de la Gran Logia de Francia supo que en Berlín las mayores logias, a petición de la Gran Logia de Prusia, acababan de suspender toda propaganda en favor de la paz y de romper todas las relaciones con las logias aliadas. Eso acabó, súbitamente, con el internacionalismo masónico, y, al mismo tiempo, con el internacionalismo socialista. En adelante, la defensa de la patria, la Defensa de la República contra los imperialismos belicosos, se convirtió en el santo y seña de la propaganda masónica, en coordinación con la propaganda del gobierno, en el que tantos de ellos ocupaban cargos.

Ese impulso patriótico no carecía además de antecedentes: una logia Alsacia-Lorena formaba parte, desde hacía unas decenas de años, de la organización masónica. «Ser francmasón, declaró en 1882 un consejero del Gran Oriente,

es ser republicano y patriota». Las logias francesas excluyeron, después de 1870, a sus miembros alemanes y cerraron las logias alemanas bajo jurisdicción francesa. Sólo en 1885 admitieron de nuevo a los hermanos alemanes [197]. Los masones habían sostenido activamente la Alianza francesa, creada en 1884 para la difusión de la cultura francesa, e incluso a la Liga de los patriotas, creada en 1882 por Déroulède. Briand, hombre de paz sin ser masón, expresó su irritación ante el exceso de celo de los masones, a la vez anticlericales y antialemanes.

No hay que olvidar tampoco que la voluntad de llevar la guerra hasta el final, hasta la victoria final, fue un poco también la obra de los francmasones como la Revolución francesa, cuya preparación les había sido imputada por los contrarrevolucionarios, y después por los vichystas. Durante los años de la guerra, el partido adversario, el partido católico, intentará hacer pasar a los francmasones por los enemigos de la patria, partidarios de una paz a cualquier precio con Alemania. De hecho, en tanto que organización secreta en el seno de organizaciones abiertas como la Liga de los derechos del hombre, la Liga de la enseñanza, la Federación del librepensamiento, los masones canalizaron las diversas corrientes de la opinión republicana; estaban equipados para servir de laboratorio de ideas a veces contradictorias. Sumándose sin reservas al *principio de las nacionalidades*, redactaron al mismo tiempo proyectos para la Sociedad de las Naciones. Como la mayoría de los socialistas, deseaban una paz sin anexiones, pero sus amigos italianos les hicieron asumir las reivindicaciones anexionistas, sus miembros serbios los ganaron primeramente para la idea de la Gran

Serbia, y después para la de Yugoslavia, y sus hermanos Masaryk y Beneš los convencieron fácilmente de que, al desmembrar el pilar del Vaticano y del monarquismo que había en Austria-Hungría, contribuirían a acabar la misión sagrada confiada por la Providencia al pueblo de la Revolución y prepararían el futuro prometido.

De esa manera el gran aparato masónico fue puesto a disposición de la propaganda llevada por los comités de emigrados checoslovacos, yugoslavos, etc. El congreso internacional masónico de los países aliados y neutrales, reunido en París los días 28, 29 y 30 de junio de 1917, incluyó, entre sus resoluciones, toda la gama de las reivindicaciones italianas, checoslovacas, yugoslavas que, apuntando a la destrucción de la monarquía, fueron enviadas a los gobiernos aliados y neutrales. André Lebey [198], informador del Congreso, fustigó a «los dos imperios (y, especialmente, a Austria-Hungría) que agrupan a las naciones por la fuerza de procedimientos artificiales». Esos imperios, proclamó con fuerza, «mantienen la negación constante de los derechos del hombre y de los pueblos […] Sin su derrota irremediable, no existirán ni los derechos del hombre ni los derechos de los pueblos. Únicamente una victoria seria, efectiva y completa derrumbará el último obstáculo que se opone a la Sociedad de las Naciones…». Antes de añadir: «Si hay una *guerra santa*, es ésta, y debemos repetirlo sin cansarnos. […] Regenerados, depurados, salvados, los pueblos de Europa Central nos harán conocer la organización que, en y para la libertad, sea aceptable, bienhechora, saludable…».

Después Lebey enumeró los cuatro puntos principales sobre los cuales la francmasonería debía concentrar todas sus

fuerzas:

1. Devolución de Alsacia-Lorena a Francia.

2. Reconstitución, mediante la unión de sus tres partes, de la Polonia independiente.

3. Independencia de Bohemia.

4. En principio, «la liberación y unificación de todas las nacionalidades hoy oprimidas, por medio de la organización política y administrativa del conjunto de las naciones y los Estados que las mencionadas nacionalidades expresarán a través de un plebiscito». (Igual que Alsacia-Lorena para Francia, el Trentino y Trieste volverían por derecho a Italia).

En cuanto a Bohemia, añadió el informador, «donde nada pudo empañar la profundidad del sentimiento nacional… [ella] le indica a Europa que es un deber, deber fecundo en recompensas en el futuro, abrirle las puertas de la independencia. Praga será, en la nueva Europa, un centro de conciliación incomparable».

En conjunto, las conclusiones adoptadas por el congreso iban en el sentido del informe de Lebey, resaltando, en particular, que «la unidad, la autonomía y la independencia de cada nación [eran] inviolables»… La delegación italiana, cuyo texto adicional se inspiraba en las ideas de Mazzini, deseó que las conclusiones destacasen claramente «*el triunfo íntegro del principio de las nacionalidades*», y añadió Armenia a la lista de los pueblos por liberar [199].

Algunos meses más tarde, el congreso de la Liga de los derechos del hombre estimó que «concluir la paz antes de que sea posible restablecerla sobre las bases que han sido definidas (restitución de Alsacia-Lorena, de Bélgica y Serbia,

independencia de Checoslovaquia, etc.) sería humillar el derecho ante la fuerza».

¿Se les puede reprochar a los francmasones franceses, constantemente hostigados por los católicos integristas, por Barrès, por la Acción francesa, de haber contraatacado con vigor, por todas partes por donde pudieron, convencidos como estaban de que la mayoría del pueblo era más sensible a sus ideas y a sus argumentos que a los de sus sacerdotes? Cuando Philippe Berthelot, que parece haber estado próximo de ellos, aunque sólo fuera por su herencia paterna, envió a uno de sus colaboradores, Bréal, a España, el rey se quejó ante Poincaré de las relaciones que tenía con los «guías revolucionarios». Los católicos, equivocados o con razón, se sumaron plenamente a la tesis del complot subversivo masónico, mientras que los masones, por su parte, veían por todas partes «la mano negra» de los católicos [200].

Hay que observar, también, que los masones rindieron eminentes servicios a la causa nacional francesa, a la de los Aliados, al ejercer su influencia sobre las logias italianas, a fin de separar a la península de la Triple Alianza, mientras predicaban «la unidad latina contra los enemigos de la humanidad: Bismarck, Tisza y Crispi».

Igualmente hicieron presión sobre las logias que, clandestinamente en Austria, funcionaban libremente en Hungría —aunque hubiesen sufrido la influencia de la masonería inglesa, más moderada, incluso más burguesa— con el fin de persuadirlas de que trabajaran por la separación de su país de la Triple Alianza, es decir de la alianza con Alemania [201].

Sin embargo, como ya hemos señalado, en la ideología

masónica, el patriotismo revolucionario coincidía con la herencia humanitaria e internacionalista de los masones del siglo XVIII, lo que no era completamente del gusto de los ultras, que hubieran deseado que sus nuevos aliados adoptasen una posición más claramente nacionalista.

Ahora bien, sin duda con el corazón desgarrado, los masones franceses, en su gran impulso patriótico, se apartaron de su ídolo de siempre, Romain Rolland —que, en *Más allá del conflicto*, condenó violentamente la guerra— para incorporarse a los antiguos amigos pacifistas convertidos en belicistas.

Los francmasones, en su gran mayoría, apoyaron, a partir de 1914, casi incondicionalmente, el extremismo de Clemenceau y de Pichon, contribuyendo a su modo al fracaso de las tentativas de paz de compromiso o por separado, porque consideraban, como dijo su portavoz, André Lebey, que *Austria no pensaba que una paz duradera pudiese fundarse sobre el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos*: «Nada de sorprendente en esto, dijo, pues ningún estado ha hecho tabla rasa tanto como el Imperio danubiano de las preocupaciones y aspiraciones de las nacionalidades. La política de Metternich no ha cesado de prevalecer…».

Lebey también resaltaba que, «si, en principio, la francmasonería estaba contra todas las guerras, debe exaltar los sublimes sacrificios de los pueblos y aportarles el derecho de reconstituir todas las nacionalidades oprimidas».

Sin embargo, al mismo tiempo, participando en el consensus nacional para la guerra, un gran número de miembros de la Liga de los derechos del hombre, emanación de la francmasonería, permanecieron atados a la idea de la

guerra únicamente defensiva y a la *paz sin anexiones*. Así, el 10 de abril de 1915, la Liga protestó contra un artículo de Barrès que reclamaba para Francia «la frontera del Rin con las cabezas de puente sobre la orilla derecha». Hacía observar que la censura oficial favorecía la difusión de las tesis ultranacionalistas, cuando censuraba las tesis moderadas. Para disipar cualquier malentendido, Charles Dumas, antiguo diputado, jefe del gabinete del socialista Guesde, publicó un folleto: *La paz que queremos*.

A medida que la guerra progresaba, el foso se hacía más profundo entre los partidarios de la paz sin anexiones (lo que presuponía una paz de negociaciones, de compromisos) y los que rechazaban cualquier paz sobre la base del *statu quo* ofrecido por los alemanes.

No obstante, en un punto —el de Austria-Hungría— los francmasones exigieron cambios que implicaban a las anexiones, al menos, en favor de los pequeños aliados de la Entente (Serbia, Rumanía, Italia) y la independencia de Bohemia. Muchos de ellos dirán: ¿Es culpa nuestra si Austria-Hungría ha sido demolida por Wilson, Lloyd George y Clemenceau? Pero el desmentido fue tardío y poco convincente. Con razón Bardoux escribirá, en el *Temps* del 30 de abril de 1938, que «el protestantismo y la francmasonería estaban aliados», para destruir «a Austria que estaba considerada, entonces, en esos medios, como la ciudadela del espíritu clerical y retrógrado… No es dudoso. Pero de ahí a declarar que el imperio fue arruinado por la voluntad de algunos hombres de estado, por la acción subterránea, organizada, de la francmasonería, hay un paso que salvar».

Nosotros no lo daremos. Pero es indudable que el hecho de

demoler a Austria se corresponde con las ideas de los masones, en Francia y los Estados Unidos, que estaban casi sin reserva por su desmantelamiento, y que su influencia contribuyó a ello. Sin duda la victoria no fue completamente la que habían esperado… Su visión de la Europa republicana y democrática, en el marco de la Sociedad de las Naciones que le habían previsto, no se cumplió en absoluto. A fin de cuentas, los dirigentes nacionalistas, diplomáticos y militares se aprovecharon de su ayuda psicológica y moral, para que Francia estableciera su hegemonía, aun precaria, sobre los pequeños estados sucesores de la monarquía destruida, y que eran mucho menos viables y mucho menos peligrosos para el equilibrio de Europa, mucho menos útiles como barrera para el expansionismo alemán de lo que hubiera sido una monarquía reorganizada según los deseos del último emperador.

Puede preguntarse, además, ¿por qué los francmasones se opusieron con tanto ardor, a la acusación de haber contribuido a lo que fue sin embargo una de las más grandes victorias históricas que tuvieron? No niegan que el hecho de demoler a Austria estuviese en concordancia con sus ideas. Sin duda la victoria no sería la que ellos habrían esperado. Victoria que nació de la doctrina Monroe, del triunfo de los micronacionalismos de Masaryk, de Vesnić, de Trumbić, de Pašić y de Bratianu, de una hegemonía precaria de Francia, de la emergencia de pequeños estados sucesores de la monarquía destruida, incapaces de hacer barrera al expansionismo alemán, pero lo bastante fuertes para corromper a la prensa occidental y para oprimir a sus minorías.

Observemos aún que los dirigentes austríacos consideraban

a los francmasones franceses, y a sus émulos entre los mazzinianos italianos, herzegovinianos (Berkatović), serbios, etc., como a enemigos cuyo poder se creía incluso aumentado. Hemos visto que el muy católico Francisco Fernando odiaba a los masones tanto como a los húngaros y los judíos. Czernin afirma, en sus *Memorias*, que el archiduque le había prevenido, un año antes de Sarajevo, que los francmasones habían decidido asesinarle. Uno de sus consejeros en materia eclesiástica, el jesuita Gruber, redactó, a petición suya, una memoria en tres volúmenes sobre el papel de los francmasones en los movimientos revolucionarios, desde el siglo XVI. Y durante la guerra, se difundió en Austria un folleto del padre Puntigam, publicado bajo el seudónimo de Prof. Pharyer, que pretendía que el asesinato de Sarajevo había sido inspirado, organizado y ejecutado por la francmasonería internacional, que incluso el asesino era [202] masón, tesis que el historiador Robert Vallery-Fladot y Jean Barthélemy (*Le Temps*, 30 de abril del 38 y *Crapouillot*, en su número especial citado en las notas) apoyaron.

En la «Historia de la guerra del 14-18», artículo aparecido en el *Crapouillot*, Albert Groussier desmiente con vigor las afirmaciones del historiador antimasónico Vallery-Radot. Éste acusaba a los masones de haber impedido el final de la guerra en 1917, al desechar las proposiciones de paz razonables del emperador de Austria. Groussier admite que la francmasonería no le concedía crédito a los avances austríacos. Pero, según él, «fue la perfidia italiana, el carácter arisco de Poincaré y la estupidez de Ribot quienes rechazaron al emperador; ni de cerca ni de lejos, la francmasonería se mezcló en las conversaciones». Además, hay que señalar, que

el congreso masónico de 1917 se llevó a cabo del 18 al 30 de junio de 1917, y fue el 1 de junio cuando Ribot dirigió al emperador un rechazo velado, al declarar que «la paz sólo puede surgir de la victoria». Era evidentemente ridículo suponer que la francmasonería hubiese pesado directamente en las decisiones de los hombres de Estado; sólo podía ejercer su influencia por medio de personalidades bien situadas para dar instrucciones, sin duda, poco favorables a las gestiones austríacas. Y Duroselle tiene razón cuando dice que, «aunque hubiese sido admirable hacer la paz un año antes, la satisfacción del sentimiento nacional francés se oponía a ello». Únicamente queremos subrayar que, en la formación y el reforzamiento de la voluntad de la victoria total de la República, la francmasonería jugó un papel muy importante.

Las aserciones de Puntigam fueron retomadas en 1919 por el padre Gruber, mencionado más arriba y después por el mariscal Ludendorff, que las evoca en dos de sus libros, en 1928 y 1929. Ludendorff acusaba a los francmasones alemanes, austríacos y húngaros de haber llevado a término una alianza con el coronel Apis (Dragulo Dimitrievich), jefe de la sociedad secreta serbia la Mano negra, de la que se sabe que fue la instigadora del atentado de Sarajevo. En cuanto al periodista británico Wickham Steed, en su obra *Through Thirty Years*, arroja la responsabilidad del asesinato a las «singulares y sospechosas negligencias» de la policía austrohúngara de Sarajevo; otros autores pretenden que el conde Tisza estaba en connivencia con Apis para «liquidar» al delfín, antimagiar. En 1937, el hijo primogénito del conde Max von Hohenberg señaló a los servicios secretos alemanes como a los autores de ese delito, pues los sentimientos

antigermánicos de Francisco Fernando no eran ignorados en Berlín. Los supervivientes del proceso de los asesinos, Vaso, Cúbrilovic e Ivo Krenjevic, «confirmaron» que el atentado había sido organizado por el padre Puntigam, en connivencia con Apis, «en interés de Serbia». Lo menos que se puede decir, es que el caso no resulta claro; pero nada demuestra que los francmasones hayan estado mezclados en el mismo.

Que Austria-Hungría haya sido considerada, en los medios republicanos y masónicos, como la ciudadela del espíritu clerical y retrógrado, no puede dudarse en absoluto. «Pero de ahí a declarar que el imperio fue arruinado deliberadamente gracias a la acción subterránea de la francmasonería, hay un paso que no se puede dar» [203].

Y nosotros no lo daremos ciertamente. El lector habrá comprendido, a la luz de todo lo que precede, que Austria-Hungría fue destruida por la austrofobia generalizada que reinaba en Francia y Gran Bretaña, y donde los francmasones —que esperaban desde hacía tiempo un ajuste de cuentas con sus principales enemigos clericales— eran la punta de lanza, austrofobia que hábilmente habían explotado, después de haberlos animado, los movimientos autonomistas y separatistas de la monarquía. Ese sentimiento no era monopolio de los francmasones y éstos no fueron los únicos responsables de la transformación de la guerra clásica en guerra ideológica. Sin embargo, aunque sus objetivos hubiesen sido diferentes de los de los austrófobos nacionalistas «puros», tomaron una parte no despreciable en el desmembramiento de la monarquía. Para ilustrar esa concordancia de las diferencias, citaré dos declaraciones. La primera tiene como autor al masón americano Theodore

Roosevelt, que, en una carta dirigida a un amigo francés, expresó el orgullo que sentía por el hecho de que uno de sus hijos hubiese sido seriamente herido al combatir por la Civilización y la Humanidad (28 de mayo de 1918). La segunda emana del escritor católico nacionalista Henry Bordeaux, quien, dirigiéndose a la reina María de Rumanía durante una comida en el Ritz, en 1919, gritó: «Si Alemania hubiese triunfado […] perdería mi fe en el mundo. El cielo mismo se hubiese desmoronado».

Los alemanes y los austríacos, también, reclutaron grandes espíritus, poetas célebres, sabios y escritores importantes para que hicieran de portaestandartes de la justa causa que defendían las Potencias centrales. Pero los Aliados, y especialmente los franceses, hicieron maravillas para la creación de un consensus nacional para combatir, en Alemania y Austria-Hungría injustamente confundidas, la barbarie y el espíritu del mal.

Algunas palabras todavía sobre la francmasonería italiana. Según Valiani, su peso fue determinante en la ruptura de la Triple Alianza y la entrada en guerra de Italia al lado de los Aliados. Dicho esto, igual que sus homólogos franceses, los francmasones italianos no eran unánimes en cuanto a los objetivos de guerra. Una parte de ellos —Bissolati y algunos de sus amigos de inspiración mazziniana, especialmente—, esperaban la democratización de su país gracias a la guerra; otros apoyaron durante mucho tiempo el neutralismo de Giolitti.

El palacio Giustiniani, sede de la masonería italiana, hizo mucho para popularizar el libro de Ernest Nys *Ideas modernas, derecho internacional y francmasonería* (Bruselas,

1908). En julio de 1914, una circular de Ettore Ferrari a las logias les recuerda su deber patriótico y avanzaba la idea de una «Legión sagrada» garibaldiana dispuesta a combatir al lado de los Aliados. «La masonería, dice Ferrari, debe romper el doble triángulo del luterismo germánico, del papismo austríaco y de la Turquía musulmana». Y, una vez decidida la intervención, los masones italianos se pusieron a remolque del fascio nacionalista. El mismo Mussolini, de neutralista, se convirtió en intervencionista y animó la acción de Gabriele D'Annunzio en Fiume. A continuación, el Gran Oriente insistió con fuerza para que el gobierno, no contento con aplicar una *Realpolitik*, se inspirase en el *principio de las nacionalidades* para recuperar todas las tierras italianas y crear un nuevo orden balcánico [204]. Los masones encontraron a Sonnino demasiado moderado, demasiado mudo; le reprochaban su poco ardor en querer tomar Fiume a los húngaros y su indiferencia con respecto a Checoslovaquia. Los jefes de la masonería eran todos *irredentistas* fervientes, hostiles a cualquier iniciativa de paz, sobre todo cuando la misma procedía del Vaticano, por temor a que el éxito de las iniciativas de la Santa Sede condujese a un reforzamiento de la posición del papado y de los jesuítas. Los francmasones italianos consiguieron incluso, a veces, provocar a sus camaradas franceses con su idea nacionalista. Así los franceses hubieran preferido resolver democráticamente la cuestión del Adriático, por medio del referéndum, pero los masones italianos se mantenían —igual que el gobierno— en la estricta aplicación del tratado secreto de Londres. Dicho esto, comulgando con la austrofobia, los masones franceses e italianos unieron sus esfuerzos a los de los nacionalistas para

asegurar el éxito del congreso de Roma de las naciones oprimidas, en junio de 1917, que puso —según el deseo de sus organizadores checos y serbios, apoyados por Steed y Seton-Watson— *la liberación de las nacionalidades de la monarquía en el centro de los objetivos de guerra aliados*. Los masones franceses llevaron hábilmente a los católicos a una posición defensiva al obligar, por ejemplo, al cardenal Mercier a protestar contra la confusión que se había creado ante el catolicismo y austrofilia [205].

Tras la partida de Cadorna, el alto mando italiano, fuese para contrarrestar la propaganda de paz austrohúngara, fuese porque, tras el Congreso de Roma, la política de las nacionalidades había sido ratificada por el mismo gobierno, lanzó una campaña de gran envergadura para sembrar el desconcierto entre las tropas enemigas en el frente. Al popularizar los temas del desmembramiento del imperio austrohúngaro y de la independencia de las naciones sometidas, la propaganda del alto mando contribuyó considerablemente a desmoralizar al ejército austrohúngaro de razas, lenguas y fe mezcladas [206].

Una de las astucias de esa propaganda consistió en crear una confusión entre los *derechos del hombre* y el *derecho de los pueblos*, siendo este último fuente de conflictos inexplicables en Europa Central, donde los pueblos se entremezclaban no solamente en el seno de los Estados, sino también en las provincias, las regiones y los pueblos multinacionales, donde la identidad nacional de los individuos era difícil de definir, aunque sólo fuera por el gran número de matrimonios mixtos. Pero hablar de «derecho de…» tiene un poder fascinante, y la expresión «lucha contra

la opresión», tiene un poder movilizador sobre los espíritus generosos, siempre dispuestos a solidarizarse con los oprimidos y los humillados.

XXXI. DOS GENIOS DE LA PROPAGANDA: MASARYK Y BENEŠ, LOS VENCEDORES

Hemos presentado a la francmasonería, sobre todo en Francia, como vanguardia del campo republicano, radical en su lucha tradicional contra el clericalismo y el monarquismo que simbolizaba y encarnaba la monarquía austrohúngara. Pero una vanguardia, se sabía antes de Lenin, y se sabe mejor después de él, no podría arrastrar a las masas y desempeñar su papel de mando, sin una doctrina de acción clara. Esa doctrina, se la dieron dos genios de la propaganda a la francmasonería francesa e internacional: Thomas G. Masaryk y Edouard Beneš. No se puede minimizar —y ellos mismos no intentaron hacerlo— la parte importante que les corresponde en la lucha contra cualquier paz de compromiso, en la fijación de los objetivos de guerra y, finalmente, en la sustitución de una nueva Europa por la de antes de la guerra. Sin embargo es conveniente señalar que Montalembert ya había señalado que «la monarquía austríaca es un conglomerado extraño de veinte naciones que la justicia hubiera podido mantener y que la iniquidad hizo caer en desolación». Es verdad que Montalembert escribió esas líneas tras el aplastamiento del movimiento liberal en Hungría, en el momento en que la dinastía intentaba retomar la política centralizadora, germanizadora del siglo XIX. Así Louis Léger,

miembro del Instituto, un universitario especializado en las cuestiones referentes a la monarquía, formuló la tesis, de la que la propaganda se serviría mucho entre 1914 y 1918 y sobre todo después de 1917, según la cual «el Estado austríaco pudo tener su razón de ser en la época en que las poblaciones de Europa Central tenían constantemente que temer la invasión del otomano». Pero esa razón de ser había desaparecido. De un primer viaje a Bohemia, en 1864, Léger había sacado la impresión de que, en la monarquía, ocho millones de alemanes y ocho millones de húngaros dirigían un Estado de cincuentaiún millones de habitantes, situación efectivamente escandalosa en el siglo de la Igualdad. La originalidad de Léger, que dijo, por entonces, que los eslovacos y los eslovenos no tenían historia, fue haber —defendiendo lo contrario de lo que había sido hasta entonces la opinión general de la izquierda en Francia (Marx y Engels incluidos)— lanzado la idea de que sólo el paneslavismo podía salvamos del pangermanismo. En ese paneslavismo, el papel principal, en Europa Central debía de ser cumplido por los serbo-croatas (cinco millones y medio de almas), a los que había que añadir, según él, un millón seiscientos mil o setecientos mil croatas y serbios musulmanizados. Otra idea motriz lanzada por Léger fue que Austria-Hungría se había convertido definitivamente en el vasallo del pueblo alemán. Léger se interesaba mucho en las teorías del croata Ljudevit Gaj (por quien Metternich sentía además una viva simpatía) que había desarrollado la noción de ilirismo. Según él, la Hungría futura debía comprender a serbios, que ya tenían un Estado, a los croatas, cuyo Estado había pasado a soberanía húngara, y los eslovenos, administrados por Austria. (Sólo

más tarde el término «yugoslavo» reemplazó al ilirismo).

En el curso de su estancia en Praga, Léger sucumbió al encanto de los checos, el elemento, según él, más simpático de la monarquía. En un artículo publicado en la *Revista moderna* del 10 de octubre de 1878, bajo el título «El reino de Bohemia y el federalismo», Léger recuerda el memorándum de los diputados checos a la Dieta de Praga, en abril de 1871, *De imperatore male informato ad melius informandum*, protestando contra la anexión de Alsacia-Lorena, hecho que pareció haber dejado de piedra a los demás pueblos de la monarquía. Además, una etapa en la evolución del movimiento nacional checo, constató, fue el abstencionismo, a partir de 1868, de los diputados checos (Léger los llama eslavos), representantes elegidos entre los dos tercios de la población. Así reaccionaban a la abolición, por Francisco José, del título de 1860, que les concedía cierta autonomía a los checos. De todos los pueblos eslavos, únicamente los polacos de Galitzia habían aceptado el nuevo orden de cosas creado por el compromiso austrohúngaro, y que ponía bajo la jurisdicción de un parlamento, el Reichsrat a las otras «posesiones» austríacas —aparte de los magiares, que eran casi independientes. Hay que reconocer que Léger trazó un cuadro bastante objetivo de la evolución de la situación en la monarquía. Sin duda sus simpatías eran para los nacionalistas checos, pero subrayó —aprobándolos— que éstos apuntaban no a la independencia de Bohemia sino a la federalización de la monarquía.

Se puede descubrir la misma simpatía, encontrar el mismo razonamiento moderado sobre la cuestión checa en las *primeras* obras de otro gran especialista de los asuntos de la

monarquía, Ernest Denis, que apoyará más tarde ardientemente las teorías, separatistas de Masaryk y Beneš. En un libro de referencias, publicado en 1903, sobre *Bohemia después de la Montaña-Blanca*, Denis recuerda que las teorías de Rousseau habían penetrado en Bohemia desde finales del siglo XVIII, extendidas, en particular, por diversas logias masónicas. Los francmasones de Bohemia, escribía Denis, siguieron de bastante cerca los acontecimientos franceses, y los iluminados, que no tenían miedo de las teorías radicales, tenían, en las logias checas, un cierto número de adeptos.

Denis estudia de cerca las luchas llevadas, a finales del siglo XIX, por los checos para que se reconociera su igualdad con la importante minoría alemana de Bohemia, apoyada por los pangermanistas del Reich y de Austria, pero respecto de las cuales algunos primeros ministros de Francisco José —mal vistos en Berlín— como Eduard Taaffe y Franz Thun-Hohenstein habían mostrado alguna comprensión. A comienzos del siglo, Denis tenía todavía confianza en que el emperador hiciera entrar en razón a los pangermanistas a lo Schönerer, que, de acuerdo a la vez con los aristócratas húngaros y los Junkers de Berlín, se obstinaban en mantener a los checos en un estado de inferioridad. «Está de moda prever el parcelamiento próximo de la monarquía de los Habsburgo», observa Denis en su libro, añadiendo que en su opinión «*las necesidades que han llevado a la formación de Austria en el siglo XVI no han desaparecido*», ya que a pesar de las quejas de los polacos, los checos o los eslovenos, no dejaban de manifestar interés en mantener la monarquía sin hablar de los magiares que no tenían ningún motivo para quejarse. Según Denis, sólo un desprecio extremo de los

austroalemanes hubiera podido empujar a que los checos buscaran su salvación fuera de la monarquía. Él mismo les había aconsejado la moderación y la prosecución paciente de su combate para la federalización.

Hay que señalar que esa idea tenía partidarios en el Parlamento húngaro. La oposición atacó con violencia la política progermánica del conde Goluchowski; un diputado desafió a los nacionalistas al declarar en diciembre de 1899, que *Bohemia tenía los mismos derechos que los húngaros*, y, cinco meses después de las ordenanzas antiliberales de Badeni, Miklós Bartha, uno de los líderes más elocuentes de la oposición, afirmó que «el federalismo se impondrá por la fuerza de las cosas». Pero si, a comienzos de siglo, pensadores como Léger y Denis daban prueba de una tranquila objetividad, si, en 1906, Émile Hervé, en el discurso de recepción a la Academia de Paul Deschanel, muy sensibilizado, también, por la cuestión nacional en la monarquía, fue todavía más lejos al proclamar que *dejar derribar a Austria, sería hacerle el juego a los alemanes,* se oían cada vez con más frecuencia en París declaraciones radicalmente antiaustríacas, como las del periodista André Chéradame. Éste, que se encontrará en primera línea al lado de Masaryk, había hecho suya la opinión de un profesor de la Universidad de Varsovia, Hoffman, según la cual «*la disolución del imperio de los Habsburgo era inevitable*», Chéradame preveía que Austria acabaría por ser repartida entre Berlín y Petrogrado [207].

Los polacos de Austria no tenían nada que temer de Alemania, pensaba Chéradame, Rusia recibiría la Galitzia y Constantinopla, así como la mayor parte de Rumanía,

mientras que Alemania cogería el resto, incluida Bohemia, pues, decía, los rusos no verían la utilidad de cargar con quince millones de eslavos (los checos y los eslovacos católicos) o de rutenos no ortodoxos. Chéradame estimaba que los países occidentales tenían interés en defender al menos Bohemia, a fin de impedir la expansión alemana hasta Trieste; concluía que del desenlace del combate que sostienen los checos contra los austroalemanes infiltrados por el pangermanismo dependerá por años la suerte de toda Europa».

Así, la idea de la que Masaryk será el campeón, y según la cual Occidente tendría que contar con los checos contra los alemanes y los austríacos, en adelante vasallos fieles de las tendencias alemanas, era expandida por la prensa, la Universidad y la clase política francesa mucho antes que Masaryk hubiese llegado a la resolución de romper con Viena.

El libro de Chéradame que citamos data de 1901. Resalta que la existencia de Austria-Hungría se había vuelto problemática, en el sur, por los serbios, que, después de haber derribado a la dinastía proalemana de los Obrenovič, se había puesto bajo protección de los rusos; en el este, por los rumanos, que, teniendo en Carlos I un rey Hohenzollern, codiciaban Transilvania, sometida a los magiares. Ahora bien ese sueño, observaba con tanto de clarividencia como de malevolencia, suponía necesariamente la desmembración del Imperio.

Observemos que Masaryk había tenido, en Bohemia, un precursor, el Dr. Rieger, un dirigente nacionalista que discutió el problema de su nación con personalidades francesas como Émile de Girardet y Duruy o la princesa

Trubetskoj [208], quien lo había puesto en relación con Gambetta y Mme. Cornu. Los puentes ya estaban echados. Pero no es para disminuir los méritos de Masaryk por lo que recordamos estos hechos.

Nacido en Moravia, hizo su doctorado en Viena, donde llegó a ser profesor asociado en 1882, titular en 1897, Marsaryk se lanzó muy pronto a la política, creando un grupo intelectual de reflexión sobre el problema checo [209]. En 1891, fue elegido miembro de la Dieta checa, después del Reichsrat de Viena, pero, dos años más tarde dimitió. En 1900, fundó el partido «realista» (moderado) que presentó a continuación al Reischsrat. Los trabajos filosóficos que publicó le muestran a la vez fascinado y repugnado por el misticismo ruso. Sus filósofos preferidos son Hume, Locke, Auguste Comte, Stuart Mili. Al comienzo de su carrera, fue seducido por la idea federalista, pero, contrariamente a muchos de sus compatriotas, los proyectos de Francisco Fernando no le inspiraban ninguna confianza. Su ideal, en aquel momento, era hacer de la monarquía una Suiza centroeuropea. En 1913, intentó una mediación entre el primer ministro serbio y el conde Berchtold, ministro austrohúngaro de Asuntos Extranjeros. Probablemente el desencadenamiento de la guerra le hizo romper con sus ideas autonomistas eslavistas precedentes, relativamente moderadas, y escoger el camino del exilio, en diciembre de 1914, a fin de luchar por una Bohemia independiente. Al año siguiente se encontró con Briand, a quien le presentó el mapa de Europa Central tal como lo imaginaba ya para la posguerra. Según Masaryk, Briand se mostró seducido por su plan y prometió aplicarlo —hecho que le será recordado

algunos años más tarde, cuando se inclinó hacia una solución negociada de la guerra [210].

Masaryk había organizado perfectamente su partido con ciertos amigos británicos austrófobos que había conocido, en 1914, en los Países Bajos. Llegado a París en 1915, unificó los grupos, a menudo rivales e infiltrados (como lo prueban algunos informes de la jefatura de policía), que se habían constituido en agosto de 1914, a fin de no solidarizarse con los otros súbditos austríacos que los franceses habían hecho internar como ciudadanos de países enemigos. En 1916, reunió a sus amigos en Berna, después volvió a París, donde fue elegido presidente del Consejo nacional checo. En marzo de 1917, hizo un viaje muy acertado a Roma, donde puso en pie una Legión checa con los desertores del ejército austríaco.

Igual que Beneš, quien se le unió más tarde, formaba parte de la francmasonería, pertenencia que debía constituir para los dos hombres un triunfo mayor [211]: «Busqué y cultivé después, hasta el final de la guerra, como motivos de propaganda, las relaciones con tres factores políticos importantes: la francmasonería, la Liga de los derechos del hombre y el partido socialista francés… El acceso a los medios francmasones me fue abierto por algunos de mis compatriotas de París y los miembros yugoslavos de las logias; tuve ocasión de animar los debates, en algunos, sobre nuestra causa», escribirá en sus *Recuerdos* [212]. Sus amigos masones y sus simpatizantes le abrieron a Masaryk las puertas de las principales universidades, de las administraciones, de los salones influyentes, como el de Louise Weiss, los ministerios. Tenía una capacidad enorme de persuasión para inducir a los grandes Estados de Occidente a que admitieran

que los Estados pequeños, como una Bohemia-Moravia independiente, serían más útiles para el equilibrio europeo que la monarquía; a que reconocieran que Bohemia era un país homogéneo, que la monarquía, con su sistema dualista que favorecía a los alemanes y a los húngaros en detrimento de los eslavos, era un instrumento predestinado a las manos de los expansionistas alemanes. La brillante inteligencia de Masaryk, la fuerza de su argumentación, su don de visionario convencieron poco a poco a los dirigentes de la diplomacia aliada —a la que pudo conocer gracias a sus amistades masónicas— de que el mejor, el único medio de neutralizar a Alemania, era rodearla por pequeños Estados independientes y ferozmente antigermánicos y prooccidentales, desmembrar a Austria-Hungría y al Imperio otomano, construir una barrera ante las veleidades expansionistas alemanas sobre los tres pilares poderosos eslavos de Occidente que deberían ser Polonia, los checos y los eslovacos unidos en un solo país, y los eslavos del sur. Por otra parte, con el concurso de Beneš, consiguió obtener importantes subvenciones de los emigrados checos y eslovacos en los Estados Unidos, cuya organización no fue la menor de sus preocupaciones.

Masaryk se benefició de una estancia en la península para impregnarse de la cultura italiana. Se familiarizó con Leopardi, Mazzini, D'Annunzio, Carducci, pero su gusto era demasiado clásico-romántico para permitirle simpatizar también con los futuristas. Su principal contacto en Roma fue el ministro de Serbia, Liouba Mihailovič que respetaba en él al único diputado del Reichsrat de Viena en el exilio. El cumplimiento de su misión en Italia no careció de dificultad pues los italianos, que, como se sabe, codiciaban Dalmacia,

estaban más bien prevenidos contra el eslavismo. No apreciaban a los croatas, con los cuales estaban en rivalidad por el Adriático. No sin razón en diciembre de 1914 el conde István Tisza, primer ministro húngaro, alabó el heroísmo de las tropas croatas que combatían con encarnizamiento contra los italianos. La concordia entre croatas y serbios emigrados no era mejor, y el *Corriere della Sera* publicó, en 1915, una nota de protesta del Comité croata contra las pretensiones del Comité de los eslavos del sur, patrocinada por los serbios. Por mediación de Seton-Watson, a quien admiraba mucho, Masaryk envió dos memorias al ministro ruso de Asuntos Exteriores, Sazonov, en las que le pedía que hiciera presión sobre los serbios y los croatas, a fin de que, acallando sus diferencias, uniesen sus esfuerzos a los de la emigración checa.

Recordemos que en ese momento Italia dudaba aún entre la neutralidad y la alianza con los franco-británicos. La influencia de Giolitti era grande y jugaba en el sentido del mantenimiento del neutralismo. De hecho, Giolitti no era menos nacionalista que los intervencionistas, pero esperaba poder obtener de Austria, sin guerra, sin ruptura con las Potencias centrales, los territorios reivindicados por Italia. Así pues, Masaryk tuvo más éxito en París y en los Estados Unidos. Entró en conflicto con algunos de sus compatriotas megalómanos que querían integrar en la Checoslovaquia futura hasta a Austria, incluida Viena. En todo ese periodo, desplegó una actividad desbordante, Fundó un diario en París (*La nación checa*) con la colaboración de Ernest Denis. En San Petersburgo, en América del Norte, los checos y los eslovacos tenían publicaciones separadas, la identidad de las

dos naciones no estaba todavía lo suficientemente elaborada ni en la teoría ni en la práctica.

Después de la entrada en guerra de Italia, Masaryk y sus amigos se inquietaron mucho por la conclusión del tratado de Londres, que había ignorado sus reivindicaciones. Masaryk temía igualmente que la guerra no se acabase antes de que pudiese ganar a las cancillerías occidentales, a sus opiniones. Felizmente para él, el Blitzkrieg cedió rápido el sitio a una guerra de posiciones. Las derrotas rusas aniquilaron las esperanzas que había puesto a comienzos de la guerra en la «liberación», por los ejércitos del zar, de Bohemia, de Vilno, de Varsovia, etc. En Italia, se tropezó con la influencia del Vaticano, que, aunque no consiguió impedir la entrada en guerra del país, permaneció fuerte. (Ya hemos hablado a propósito de la acción del embajador de Francia, Barrère, que apoyaba a Masaryk y a sus simpatizantes italianos). Numerosos soldados italianos llevaban en su uniforme la imagen de la Virgen María. La opinión suiza se mostró más maleable, incluso cuando Romain Rolland y los socialistas de izquierdas se libraban a una propaganda pacifista que Masaryk juzgaba, no sin razón, perjudicial para su causa y favorable a Austria.

Nadie, antes de Masaryk, asistido por Beneš, tuvo, excepto Willy Münzenberg, gran agente de propaganda del Komintern, ese don de persuadir, de movilizar en favor de sus proyectos a lo más importante de la *intelligentsia* progresista y antigermánica europea. Frecuentó a Paderewski, al gran escultor dálmata Ivan Mestrović, al pintor François Kupka. El hecho de haber defendido en 1899, durante un famoso proceso, a un judío llamado Hilsner, acusado de muerte ritual

(ése fue el caso Dreyfus de Austria), le atrajo la simpatía de los medios judíos. Sus amigos británicos le encontraron rápidamente un puesto bien remunerado en el King's College. Seton-Watson le había presentado a Robert Cecil, que lo introdujo junto al jefe liberal y primer ministro Asquith. La prensa británica le fue ampliamente abierta, y el prestigioso *Edinburg Review* publicó, el 15 de octubre de 1915, su programa de transformación radical de Austria-Hungría (prudente, Masaryk se abstuvo todavía de hablar de destrucción) gracias a la unificación de los eslavos del Sur. En él hacía mención de una Bohemia «independiente o, al menos, autónoma». Supo ganar para su causa a los representantes oficiales serbios y rumanos. Llevó tan lejos en esa vía al *Times* que el Foreign Office, que quería reservar su libertad de decisión, rompió durante algún tiempo, en 1914-15, con el gran periódico. Logró establecer, sin embargo, un contacto permanente con sir George Rusell Clerk, del Foreign Office, con sir Maurice de Bunsen, exembajador en Austria, con Philip Kerr, secretario de Lloyd George, con parlamentarios influyentes como sir Samuel Hoare, sir Fred White, amigo de Seton-Watson, y James Buchanan, antiguo secretario de lord Milner. Su habilidad de manipulador encuentra su ilustración en el hecho de que, cuando Lloyd George consideró como «promesas imprudentes» las que le habían sido hechas al gobierno serbio en detrimento de Austria, él había convencido a Sonnino de la simpatía del hombre de Estado británico por la causa yugoslava. La acción de Steed y de Seton-Watson, que inspiró, se reveló a menudo mucho más eficaz que la de los diplomáticos profesionales.

Es evidente que los argumentos de Masaryk tenían la

ventaja de halagar, a la vez, una cierta megalomanía de los nacionalistas franceses, que estimaban ser capaces, en caso de que Austria-Hungría fuese desmembrada, de proteger los Estados sucesores de la doble monarquía contra el peligro del renacimiento de los poderes alemán y ruso, que se suponían «knock out» para mucho tiempo, y las simpatías masónicas por la causa de la liberación de todos los pueblos oprimidos. Con relación a la inteligencia política de Masaryk, que unía la fraseología humanista y la práctica maquiavélica, la de los jefes masónicos y diplomáticos con los que se tuvo que ver, aparecía como la colina de Montmartre en comparación con las alturas del Himalaya.

Filósofo brillante, Masaryk ocultaba con una habilidad consumada su nacionalismo que se había hecho obsesivo detrás de una fachada de filántropo. Su compañero Beneš, formado en la Sorbona, poseía una inteligencia más limitada, racional, seca, pero tenía, igual que Masaryk, el genio de la intriga diplomática, de los contactos humanos y de la organización. Era un hombre de mundo, un mundo que había conocido joven, habiendo visitado París, Londres y Berlín desde sus veinte años. Acumuló conocimientos jurídicos y políticos en la facultad de derecho, en el Colegio de Francia, en la Escuela de altos estudios, en Ciencias políticas. Se benefició de las enseñanzas de Alphonse Aulard, de Bergson, de Durkheim, de Émile Faguet, de Paul Janet, de Ernest Denis, como dirá en sus *Memorias*, notables por su sinceridad casi cándida, escritas con un asomo de jactancia. Teniendo por consejeros a Ernest Denis, Célestin Bouglé, E. Maillet, Louis Eisenmann [213], emprendió la estructuración de las colonias checas, comenzada por Masaryk, en Francia,

en Gran Bretaña, en los Estados Unidos, decidiendo salir de la conspiración clandestina para actuar a plena luz. El 16 de marzo de 1916, durante una reunión en el anfiteatro Richelieu de la Sorbona, bajo la presidencia de Denis, y en presencia de ciento cuarenta personalidades bien seleccionadas, proclamó abiertamente el objetivo de esos grupos: aniquilación del imperio de los Habsburgo y restablecimiento de la «nación checoslovaca» (pongo comillas porque tal nación no existió nunca). Se puso en contacto también con socialistas bastante reservados, como Albert Thomas y su jefe de gabinete en el Ministerio del Ejército, Mario Roques. El periodista Paul Louis lo presentó a L'Hermite, importante funcionario en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y junto al director del periódico conservador *Débats*, enemigo implacable (no se sabe por qué) de Viena y Budapest.

El terreno sobre el que Masaryk y Beneš establecieron su trabajo con vistas al separatismo checo, y la posterior unión checoslovaca, había sido bien preparado por la ideología nacionalista y republicana de boga en Francia, lo que no le quita además nada a su gloria de destructores-constructores. Así, en el plano diplomático, el «lobby ruso-serbio», apoyado discretamente por Poincaré, se había puesto manos a la obra en el Quai d'Orsay desde antes de la guerra, y sus miembros habían recibido con los brazos abiertos a los nuevos aliados llegados del Este para tomar parte en la lucha contra Alemania y, sobre todo, contra Austria-Hungría. Nombremos solamente a algunos partidarios entusiastas y eficaces del paneslavismo en el Quai, sistemáticamente adoctrinados por el dinámico embajador de Rusia, Izvolski: los embajadores

Blondel (Bucarest), Dumaine (gran amigo del yugoslavista Jovanovitch, Viena), Tardieu, familiar de Izvolski, Barrère (Roma), Berthelot, que hizo fracasar, en 1917, las gestiones austríacas, etc.

En el momento en que Masaryk y Beneš se consagraron a su tarea, con la ayuda de las embajadas de Rusia y Serbia, donde se hablaba además con un desprecio cínico de «la abominable venalidad de la prensa francesa», el lobby paneslavista ya se había asegurado, por medio de dinero, el concurso del *Figaro* (Calmette), del *Journal des débats* de Gauvin, del *Journal* (Henri Letellier y después Charles Hubert), de las *Dernières Nouvelles*, de *L'Eclair*, de la firma de política exterior del *Temps*, a los que Izvolski distribuía sus informaciones y su propaganda a menudo por mediación de la Agencia de los Balcanes, creada a ese efecto y a la que le dio la consigna de actuar «con prudencia y discreción». Las informaciones así comunicadas eran siempre firmadas en *Le Temps*: «de nuestro corresponsal particular». Ese procedimiento se continuó además después de la guerra. Así se reveló, en 1934, que las informaciones concernientes a Hungría publicadas en *Le Temps* y regularmente firmadas por el «corresponsal particular» del periódico en Budapest (donde el periódico no tenía corresponsal oficial) eran de hecho cursadas en Praga por uno de los colaboradores más próximos a Beneš, Georges Marot, redactor jefe de *Europa central*.

En París, los secretos raramente son guardados. Por ello se conoció rápidamente el importe aproximado de las subvenciones que habían tranquilizado las conciencias de los periodistas. Hemos visto que Izvolski gastó para la prensa, en

1904, cerca de un millón de francos oro; en 1905, 2.014.101; en 1914, 10.250.000. La modesta Serbia, por su parte, entregó a los periodistas amigos, entre 1901 y 1902, 3.000 francos — 1.500 al *Temps* y la misma suma al *Journal des débats*.

Según Henri Pozzi, que ha conseguido en gran parte esas informaciones, al igual que *L'Humanité,* del estudio de los mismos documentos secretos, hechos públicos tras la revolución de octubre por el Consejo de los comisarios del pueblo de la Unión Soviética, seis ministros del gobierno francés mediaron, por cuenta del embajador Izvolski, para distribuir a la prensa esas subvenciones, en calidad de «consejeros técnicos». En 1912, los alemanes supieron de buena fuente que el embajador de Rusia en París disponía de un fondo secreto de un millón de rublos-oro, que utilizó para recompensar a sus amigos políticos. La opinión francesa tardó mucho tiempo en conocer las «fuentes» de las informaciones que la habían abastecido antes y durante la guerra. *La Revue parlamentaire*, en su número del 1° de noviembre de 1934, confirmó los informes dados a ese respecto por Boris Souvarine a *L'Humanité* en 1924, y que hemos citado más arriba.

Evidentemente, en el entorno del presidente y del ministro de Asuntos Exteriores Beneš se aplicó en trabar lazos privilegiados. En eso, fue muy ayudado por Charles Loiseau, a quien su mujer, una dálmata, le había contagiado su odio por Austria e inspirado un libro, publicado en 1909, sobre *La Bohemia eslava y la crisis austríaca*, que le valió a su autor ser expulsado de Austria-Hungría. Por mediación de su cuñado, el conde Voïnovič, Loiseau mantuvo tratos continuados con Pierre de Margerie, para quien estableció un dosier: «Cómo

constituir la nueva Yugoslavia», del que los Aliados se servirían durante la conferencia de la paz. Aunque es verdad que el católico Margerie se interesó mucho más por la suerte de Polonia que por la de la Checoslovaquia libre —y masónica pensaba—, como le fue presentada por Beneš y Masaryk, se sabe, sin embargo, por las *Memorias* de Beneš, que el eminente diplomático escuchó con atención al exiliado checo, el 30 de junio de 1916, cuando éste vino a hablarle de su proyecto de crear un ejército checoslovaco, a propósito del cual ya había tenido numerosas entrevistas en el Quai d'Orsay. Margerie ayudará a Beneš y a su amigo eslovaco Stefanik a organizar, en abril de 1918, el congreso de Roma, que tendría, como hemos dicho, una influencia importante sobre las decisiones ulteriores de los Aliados. «Usted fue uno de nuestros grandes apoyos», le escribirá Beneš. Y el 29 de junio de 1918, en el momento del envío de la bandera al XXI Regimiento de Cazadores, primera unidad del ejército checoslovaco en línea, Margerie enviará, con el acuerdo de su ministro de tutela Pichon, un texto que le había preparado Beneš, por el que «Francia ha dado su consagración al renacimiento de Bohemia» [214]. Dicho esto, se puede preguntar, ¿por qué un periodista tan bien informado como O. Bradley, en un artículo titulado «Francia, Rusia, y la independencia checoslovaca», publicado en 1917, en la *Revista de historia moderna y contemporánea,* ha podido decir que Francia careció de entusiasmo por la independencia de Checoslovaquia? Según Bradley, Pierre de Margerie recibió efectivamente un extenso memorándum de Beneš, en el cual se ponía de relieve el comportamiento de los checos en la guerra, así como sus acciones meritorias al lado de los

Aliados, pero cuyo verdadero propósito era el proyecto de destrucción de la monarquía. Se señalaba que Bohemia, Moravia y Eslovaquia podrían muy bien hacer fracasar el pangermanismo. ¡Se puede imaginar el escepticismo de Margerie! Efectivamente, no mostró ese entusiasmo por la causa checa que Masaryk y Beneš encontraban, por la misma época, en un Philippe Berthelot. Sin duda por esa razón Masaryk le pidió a Beneš que pasara su memorándum al ministro más bien mediante Berthelot que por Margerie. ¿Cómo pensar también que el ferviente católico Margerie se hubiese dejado convencer más fácilmente por Beneš que por el francmasón Berthelot? Probablemente Margerie prefiriese ceder ante Beneš en lugar de enfrentarse a una polémica con sus superiores y colegas.

Gracias a sus conexiones siempre muy estrechas con la prensa y las logias, donde el yugoslavo Trumbič había puesto pie desde hacía tiempo, Beneš pudo hacer una amplia publicidad, en Francia, en Suiza, en Roma, en Gran Bretaña, de una declaración que predicaba «la inevitable caída del imperio de los Habsburgo y la continuación de un Estado checo independiente». Fue vigorosamente ayudado, en su empresa de propaganda, por el nacionalista eslovaco Milán Štefanik, que, naturalizado francés desde 1912, investigador en el Observatorio de Meudon, tenía excelentes relaciones en los medios aristocráticos conservadores. Acreditado ante las autoridades francesas por el ministro de Serbia, Stefanik cumplió misiones secretas en Londres y los Estados Unidos. Los serbios y sus hermanos de la logia Igualdad habían salido fiadores de su lealtad absoluta respecto de Francia. Gracias a Štefanik, Beneš conoció —y conquistó para sus ideas— al

periodista Sauerwein, que iba a asegurar, en adelante, un lugar amistoso para las tesis checas en su periódico, *Le Matin;* en cuanto a Ernest Denis, gracias a sus amigos, el diputado Lémery y Mme. de Jouvenel, organizó un encuentro de Masaryk con Briand, que le escuchó cortésmente, con Paul Deschanel y sobre todo con Pichon, que rindió a la causa checa servicios inapreciables, así como con Georges Leygues, presidente de la comisión de Asuntos Exteriores. Beneš afirmó que éste enseguida «comprendió el plan de guerra de Masaryk, que otorgaba prioridad a la destrucción de Austria-Hungría». Aunque más reservado, Briand permitió la publicación de un comunicado sobre su entrevista con Masaryk, por lo que «oficializó» las relaciones del gobierno francés con los exiliados hasta el punto de hacerse aceptar como aliados.

En Gran Bretaña, Beneš obtuvo subvenciones para la edición de un periódico, *La Nueva Europa,* y, animado por la buena acogida que recibía en los medios políticos, periodísticos e intelectuales, publicó un folleto, *Austria-Hungría*, donde exponía sin rodeos sus ideas sobre la necesaria destrucción de la monarquía.

Beneš afirma, equivocado o con razón, que «*en nosotros* [215] *se encuentra la única concepción total, sintética de la Guerra Mundial, de su importancia y de su sentido*». En efecto, no se sabe qué hubieran hecho sin sus consejos los diplomáticos y los periodistas que, en Francia y en Gran Bretaña, se interrogaban sobre los objetivos de guerra con relación a Europa Central. Los dos extraordinarios checos militaban, explicaban, profetizaban en el salón de Louise Weiss, sermoneaban a De Monzie, a los periodistas del *Temps*

(Dubost), de *Paris-Midi* (Bertrand), de *Victoire* (Bienaimé); «colaboraban eficazmente», con Cochin, consejero de Pichon, frecuentaban a Henri Franklin-Bouillon, Léon Bourgeois, etc. [216].

Como hemos visto, los dos hombres no descuidaban a Italia. Estaban en contacto permanente con Virginio Gayda, Benito Mussolini, Arturo Labriola; instalaron en Roma una oficina del Consejo nacional, abastecimiento de materiales útiles al ministerio de la Propaganda, cuyo titular, Ubaldo Comandini, y su secretario, Gino Scarpa, fraternizaban con el ministro socialista Bissolati. Beneš estableció, con el concurso de Wickham Steed y Seton-Watson, relaciones con los principales diarios, *Il Secolo,* el *Corriere della sera* (Albertini, A. Torre, Amendola, Borghese) y el *Popolo d'Italia,* así como con Salvemini y cantidad de otras personalidades políticas y periodísticas. Los militantes eslavos del Sur le habían además preparado bien el terreno. Se trataba, en el fondo, de incorporar los intereses checoslovacos con los de la Yugoslavia en gestación. Juntos pusieron en pie, en abril de 1918, ese congreso de las naciones oprimidas, del que ya hemos resaltado su importancia capital, así como una Liga ítalo-checoslovaca. Observemos que los exiliados encontraron dificultades para vencer la obstinación de Sonnino, que, oponiéndose a cualquier negociación prematura, no estaba persuadido de la necesidad de disolver la monarquía. Temía, en efecto, ver a Rusia, en su calidad de protectora de los eslavos meridionales, estirarse hasta el Adriático, y a Alemania hasta el Brenner. Se limitó a aferrarse a la ejecución total de las cláusulas del pacto de Londres, sin darse cuenta quizá de que la ejecución literal de ese pacto iba a hacer

problemática la supervivencia de la monarquía.

En Londres, los amigos de Beneš, constantemente estimulados por él, hicieron igualmente un trabajo eficaz; se trataba del embajador de Francia Paul Cambon, del Prof. Namier, de lord Northcliffe y sus colaboradores. Habían creado, en la Crew House, una institución que, con el concurso de Masaryk y Beneš, se convirtió en uno de los instrumentos de guerra psicológica más poderosos.

En el transcurso de sus periplos americanos, Masaryk estuvo útilmente asistido por su mujer, nacida Garrigue, descendiente de una familia hugonote establecida en los Estados Unidos. Fue presentado a Roosevelt, oído por el congreso. Allí, también, su tarea fue dificultada por la prolongada neutralidad de los Estados Unidos y el gran número de inmigrantes alemanes, húngaros, croatas y eslovacos hungarófilos, así como de católicos favorables a Austria. No fue una cuestión pequeña movilizar contra esas influencias las de sus amigos masones y protestantes. En efecto, Wilson, en su mensaje del 21 de diciembre de 1916, se había declarado favorable al «derecho de los pueblos a la autonomía», pero, en su famosa declaración del 18 de enero de 1918, no se comprometió por más tiempo con la vía trazada por los amigos de Masaryk y de Beneš. La actitud de Wilson estuvo, en la materia, en total armonía con la de Lloyd George, que, resistiendo, también, a las presiones de los amigos de Masaryk, declaró, el 4 de diciembre de 1917: «No deseamos debilitar ni transformar la monarquía austrohúngara; únicamente librarla de la influencia alemana».

Los mismos autonomistas de Bohemia dificultaron la acción de Masaryk: los diputados checos en el Reichsrat y el

comité nacional de Praga habían proclamado (es verdad, en términos ambiguos) su unión a la monarquía, y, reconocidos a Carlos por haber liberado a su colega Kramař, severamente condenado por un artículo juzgado demasiado favorable a los Aliados, asistieron a la coronación de Carlos en Budapest. Los checos del interior felicitaron también al general eslavo Boroevič por su éxito en el frente de Italia. Sin embargo, tras el rechazo por los Aliados de las gestiones de Carlos y el caso Czernin-Clemenceau, el cielo se aclaró, los enormes esfuerzos de Masaryk y de Beneš comenzaron a dar sus frutos, con gran satisfacción de sus amigos franceses, como Sebastien Faure, que dijo: «La victoria austroalemana hubiera sido el triunfo de la barbarie, del despotismo, de la iniquidad, la derrota de la civilización, de la justicia y del derecho».

Beneš dirá que el año decisivo, el más difícil para ellos, fue 1917, un año en que, en razón de las ofensivas de paz austríaca, alemana y del Vaticano, «una lucha interior ininterrumpida, confusa, dolorosa se desarrollaba en el corazón de los hombres políticos aliados». Conflicto entre la razón de Estado y el corazón abrazado por la ideología: en efecto, prolongar la guerra, cuando se podía poner término a las masacres con un compromiso razonable, exigía nervios y convicciones sólidas, la fe en la victoria total. Se comprende a Beneš cuando dice que ese debate de conciencia, que hubiera podido terminar con una paz de compromiso, «era terrible» para él.

Pero el drama acabó con un *happy end* para Masaryk y Beneš. El 16 de diciembre de 1917, Beneš obtuvo de su amigo Pichon la firma de un decreto para la creación de un ejército colocado bajo la dirección del Consejo Nacional «de los países

checos y eslovacos». Después de las promesas de Briand a Masaryk, tras la cláusula a favor de la independencia de Checoslovaquia que Francia consiguió incluir en la nota de respuesta de Wilson a Carlos, tras el acuerdo de A. Thomas y de Masaryk sobre el transporte de las tropas checas de Rusia a Francia, ese gesto de Pichon, avalado por Poincaré y Clemenceau, era, según Beneš, «la coronación de nuestro trabajo político». Masaryk pudo ponerse a redactar la declaración de la independencia checoslovaca el 8 de noviembre de 1918, día aniversario de la histórica derrota de la Montaña-Blanca. Una nube persistía: el miedo a que los americanos no aceptasen negociar en el último momento con Carlos sobre la base de los catorce puntos que ellos mismos habían definido como condición de la paz y que los hombres nuevos de Viena se declaraban dispuestos a aceptar. Sin embargo el Parlamento de Budapest se obstinaba todavía en mantener el sistema dualista contra la federalización, y los Aliados consideraron el asunto como cerrado, Wilson acabó por declarar que los catorce puntos estaban superados: Masaryk y Beneš habían ganado.

CONCLUSIÓN

La disgregación de la monarquía fue una tendencia, no un destino.

Oszkár Jászi

El problema nacional destruyó a Austria-Hungría. Es verdad. Tan verdad como la que declara que un hombre está muerto porque ha dejado de respirar.

Eric Weill

Algo supranacional nos une: el residuo que llevamos en nuestra alma de la antigua Austria.

Manes Sperber

El proceso de Alemania y Austria-Hungría se llevó a cabo, y las condenas fueron pronunciadas en ausencia de los acusados, que sólo fueron convocados para oír el veredicto. De negociaciones, en Versalles, en el Trianon, en Saint-Germain, no se trató en absoluto. Se creó así un precedente diplomático de pesadas consecuencias. La pena que recayó sobre Austria-Hungría fue infinitamente más severa que la que le fue infligida a Alemania, pues, si el Reich salió disminuido y humillado de la guerra, sobrevivió, mientras que la doble monarquía fue condenada a la disgregación. Castigo insólito e imprevisto puesto que, poco tiempo antes de la «victoria total», Sonnino había declarado en respuesta a una interpelación: «Nadie ha puesto como condición para la paz un cambio de gobierno o de dinastía en los países enemigos, tampoco el desmembramiento o la humillación de los Estados». De hecho, ya lo hemos visto, casi nadie —ni incluso los signatarios de los tratados secretos destinados a ganarse a los aliados— había previsto que la Gran Guerra desatada por los militaristas de los campos adversos señalaría la realización de la idea fija de Mazzini: *Austria delenda est*.

El mayor reproche que se le puede hacer a los tratados de

1919 es su hipocresía. Se pretendió que las decisiones habían sido tomadas fundamentándose en el principio de las nacionalidades, en el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos —lo que implicaba borrar el principio, considerado como antidemocrático y anacrónico, de las fronteras «históricas», o «naturales». Principio al que no se dejó de recurrir, sin embargo, cuando su aplicación favorecía a los vencedores. Lo que Beneš, creador, con Masaryk, del Nuevo Estado checoslovaco, expuso claramente el 16 de enero de 1919:

«Aunque la unidad nacional sea lo primero […] el principal objetivo es la estabilidad de la Europa Central». Así, para asegurar esa estabilidad contra los factores de desequilibrio que representaban los húngaros rebelados contra el desmembramiento de su país Beneš pidió la ayuda militar del gobierno francés colocando al ejército checoslovaco, *in statu nascendi*, bajo el alto mando de Foch, Beneš demostró también el poco caso que hacía de la estricta puesta en vigor del principio de las nacionalidades —legitimación de los Estados sucesores— al reclamar una frontera común con Rumanía y Yugoslavia. Lo que sólo hubiera podido hacerse por la anexión de territorios mayoritariamente húngaros. Sobre la misma base los rumanos crearon, sin hacer caso de las protestas americanas, al término de una reunión en la que la representatividad era dudosa, el «hecho consumado» de la unión de Transilvania sin recurrir a un referéndum. Y, lejos de satisfacerse con ese botín por lo demás regio, como con la anexión de las regiones multinacionales que eran Besarabia, Bucovina, una parte del Banat húngaro, los dirigentes nacionalistas Goya y Tileu,

exigieron además un trozo de la Hungría étnicamente magiar. Incluso Jules Cambon, que desempeñó un papel importante en la toma de decisión de los Aliados, no pudo evitar un sobresalto de disgusto ante la rapacidad de sus amigos: «Lo que salga de ese reparto, será una improvisación». Pero Beneš consiguió persuadir a las potencias de la Entente —y la Historia le dio un desmentido trágico a esa aserción— de que Bohemia, agrandada a costa de Eslovaquia, constituiría una Mitteleuropa que escaparía a las tutelas alemana y rusa.

No se puede contradecir al historiador francés Pierre Miquel cuando escribe que «la injusticia de la opresión de los pueblos por los antiguos imperios se sustituyó por la arbitrariedad de un recorte inspirado más en los apetitos que en las realidades étnicas o lingüísticas… ¿Hungría no acepta los sacrificios que el tratado de Trianon exige de ella? ¡Qué importa! Se le arrebatan tres millones de magiares» [217]. Miquel no era sospechoso de hungarofilia excesiva. No desconocía el tratamiento inadmisible que la clase dirigente húngara tan obstinadamente había infligido, a menudo a pesar de las llamadas al orden de Viena, a las minorías nacionales, como, también, a los campesinos de su propia raza. Además, los Aliados y sus protegidos hicieron todo lo posible para impedir la consolidación de la democracia que los húngaros, bajo la dirección de Michel Károlyi, había intentado edificar después de la ruina. Uno de los efectos más desastrosos de la guerra —escribirá el novelista dramaturgo Zsigmond Reményik— fue «la desmoralización completa del pueblo magiar», ilustrada por la República efímera de los soviets de 1919, que se derrumbó como un castillo de naipes, seguida del putsch contrarrevolucionario del exalmirante

austrohúngaro Horthy, apoyado por los Aliados y elegido regente. La política de Horthy llevará a la catástrofe de 1944 —ocupación alemana, deportación de las cuatro quintas partes de los judíos húngaros—, en el momento en que intentó salir de la alianza, capitulando ante los Aliados. La ocupación del país por el Ejército rojo tendrá las consecuencias que analicé en otras obras [218].

Austria apenas fue mejor tratada: igual que Hungría, se vio privada de su salida al mar. Amputada, paralizada por la prohibición bien de recuperar los tres millones de austroalemanes de los Sudetes, bien de unirse a una Alemania democratizada, debió conformarse con una banda de territorio húngaro y con la posibilidad que se le otorgaba de transformarse en república (el emperador, sin abdicar formalmente, había renunciado a ejercer sus funciones).

Independientemente de la suerte dada a Austria y Hungría, en esa nueva Europa surgida de los tratados de los vencedores, y que incluía ocho nuevos Estados, en lugar de ser resueltos, los problemas nacionales del espacio danubiano no hicieron más que agravarse mientras que nacían nuevas tensiones. «Los yugoslavos arrebataron distritos étnicamente búlgaros, como los rumanos, Dobroudja, escribe Miquel. Los griegos se sirvieron de Tracia, muchos macedonios no aceptaron ser anexionados por Yugoslavia, etc.». Los Estados vencedores habían manifiestamente ridiculizado los catorce puntos de Wilson. El plan Seymour era más equitativo que la regulación que permitió a los checos (6 millones) absorber a 3 millones de eslovacos, 500.000 húngaros, igual número de ucranianos y 3 millones de alemanes. En el seno del Estado yugoslavo, los croatas se opusieron pronto a los serbios,

incluso aunque estuvieran de acuerdo con estos últimos en dominar a 500.000 alemanes, igual número de húngaros, 400.000 turcos y albaneses y 200.000 rumanos. Rumanía tomó, por ciudadanos de segundo orden, más de 2.500.000 magiares, 780.000 judíos, 723.000 alemanes, 448.000 ucranianos, 358.000 búlgaros, 318.000 rusos, 57.000 serbios. ¡Y todos estos nuevos Estados multinacionales pretendían ser o convertirse en Estados-naciones unitarios, homogéneos, tarea imposible en la que la corte de Viena, incomparablemente mejor armada para cumplir esa «misión», ya había fracasado!

La operación de reparto del imperio se encontró todavía agravada por la incapacidad de los vencedores para proteger a las minorías nacionales. Éstas, libradas a la venganza de aquellos que poco antes habían oprimido, fueron privadas de cualquier derecho a la autonomía política. Harold Nicholson, participante y observador lúcido, observa a ese respecto un incidente significativo que ocurrió durante la Conferencia interaliada sobre la cuestión de las minorías y pareció haber, igualmente, pesado un poco en la conciencia de los campeones del derecho de los pueblos a la autodeterminación. Cuando se propuso incluir en los tratados una cláusula protectora de las minorías, el delegado de Rumanía, Bratianu, protestó violentamente contra lo que él interpretaba como una injerencia de las grandes potencias en los asuntos interiores de su país y los de otros Estados sucesores. La Sociedad de Naciones no defendería mejor a las minorías que la paz europea…

La tarea que me he impuesto no ha sido sin embargo la de analizar o criticar los tratados, que, prácticamente, sólo son

defendidos por algunos herederos de los que se beneficiaron de los mismos —¡y todavía!—. Era examinar las motivaciones de las diplomacias que habían decidido la *destrucción* de la doble monarquía. (Empleo con intención, poniéndolo en itálica, el término «destrucción», pues la mayoría de los historiadores recurren a los términos «disgregación» o «caída», que, en mi opinión, no son adecuados).

He expuesto —espero que con la suficiente claridad— los numerosos conflictos que, desde comienzos del siglo XIX —nacimiento del nacionalismo moderno— desestabilizaron la monarquía y que, en vísperas de la guerra de 1914, habían llegado a un punto crítico. Pero creo haber demostrado lo que era también la tesis de Oszkár jászi, que aparece como exergo de este capítulo, a saber que «la disgregación de la monarquía era una tendencia, no un destino». Así, hubo también otra tendencia, la que apuntaba a la federalización. Las fuerzas centrífugas habían jugado en favor de la autonomía en detrimento del separatismo y estaban contrabalanceadas por fuerzas centrípetas, y especialmente por las ventajas que conseguían los diversos pueblos de la monarquía del *vivir-junto.* La suegra de Boni de Castellane quizá se calzó los anteojos rosas cuando le contaba, a su regreso de Austria, el 30 de julio de 1914, al diplomático francés Georges Louis, cómo estaba de «impresionada ante la estrecha unión que [se había] establecido en los últimos tiempos entre los representantes de las diferentes razas del imperio». Según esa pariente del diputado nacionalista, amigo de Proust, «la unión y el respeto que se tiene por el emperador han cimentado esa unión». Lo que inspiró al diplomático francés la reflexión, un poco cínica, de que «hubiera debido esperar, para desatar la

guerra, la muerte de Francisco José, cuando Austria estuviese menos unida…». El hecho es que, aparte de la deserción de algunos regimientos checos, el ejército multinacional combatió hasta el final por el imperio en tanto que *patria* y no tanto como *prisión* de sus pueblos. No se puede omitir el hecho de que la tendencia a la federalización se iba reforzando desde finales del siglo XIX, especialmente bajo el impulso del movimiento obrero socialdemócrata, de una importancia nada despreciable.

Finalmente, se ha visto que la «disgregación» —pues hubo efectivamente disgregación, una vez conseguida la victoria militar por los Aliados, superiores en fuerza / apoyados por los Estados Unidos— sobrevino en el momento en que los pueblos comprendieron que estaban condenados a separarse por la voluntad de los Aliados de destruir la monarquía. Sin esa decisión —ilustrada por el reconocimiento oficial de Francia (el 22 de julio de 1918) y luego por los demás gobiernos de la Entente del derecho de Checoslovaquia (que todavía estaba por crear, observémoslo) a la independencia, por el Consejo nacional checoslovaco presidido por el exiliado Masaryk— es más que probable que la monarquía hubiese sobrevivido, como perduran en el mundo muchos Estados, minados por los conflictos nacionales, como el Reino Unido y Bélgica, por ejemplo, pero sobre todo la Unión Soviética cuyas nacionalidades bajo su yugo no han estallado. No está en absoluto probado que la mayoría de los habitantes de Bohemia hubiesen compartido las opiniones radicales de Masaryk y de Beneš, y se sabe que la mayoría de los polacos, los croatas, los eslovenos, etc., sólo se revolvieron contra la monarquía cuando la derrota de las Potencias centrales

parecía tan cierta como la decisión de los Aliados de desmembrarla era definitiva.

Discernimos dos razones principales susceptibles de explicar esa voluntad: la primera, diplomática y estratégica; la segunda, ideológica.

La razón (o habrá que decir, ¿el pretexto?) diplomático y estratégico fue, ya lo hemos demostrado, la convicción, compartida por un cierto número de dirigentes de la Entente, de que Austria-Hungría, después de su alianza —mal inspirada, hay que decirlo, y contra natura— con el Reich de Guillermo II, había dejado de cumplir su función tradicional de contrapeso al expansionismo militarista pruso-alemán, función que le había sido otorgada hasta entonces —después del rechazo del peligro otomano— en interés del equilibrio europeo.

Austria-Hungría, se pensaba, sería en adelante inseparable de Alemania; en caso de victoria de ésta, se convertiría en un instrumento dócil del empuje alemán hacia el Este, los Balcanes y el Próximo Oriente. Ahora bien, en nuestra opinión, era una hipótesis falsa. Es indudable que a partir de finales del siglo XIX, y después del reforzamiento de la tendencia paneslavista de Petersburgo y del intervencionismo ruso en los Balcanes, Alemania y Austria-Hungría se sentían igualmente amenazadas, la política exterior austríaca, había tomado, bajo el impulso del conde húngaro Gyula Andràssy, una orientación claramente proalemana. A raíz de lo cual, Alemania ejerció una influencia considerable sobre la política exterior y sobre la vida económica de la monarquía. Pero esa influencia encontraba sus límites en los intereses particulares de la monarquía, que nunca quiso sacrificar su independencia

bajo el altar de la alianza con el Reich. Hemos visto cómo los delfines de Francisco José fueron, uno y otro, seducidos por la perspectiva de cambiar de aliado. No se ignoraba en París que, si Guillermo II se había comportado de una manera relativamente moderada en la crisis marroquí, fue porque sabía que Austria no le hubiera seguido en una guerra contra Francia. Hubiera justificado su rechazo por el carácter puramente defensivo de la Triple Alianza [219]. Desde entonces, el juego de los militaristas alemanes consistió en atizar la tensión allí donde los intereses de Austria estaban directamente en juego, es decir en sus relaciones con Serbia. Si la intransigencia de Austria-Hungría, discretamente animada por Alemania, tropezaba con la misma intransigencia por parte de Serbia, animada por Rusia —hipótesis muy plausible— la guerra tenía que estallar entre esos dos países; en cuanto a Alemania, sólo cumplirá con sus obligaciones de aliada. Desencadenar un conflicto a propósito de Serbia era el único medio para Alemania de asegurar el concurso de Austria-Hungría, que le era necesaria. Austria estaba por ello en una trampa y algunos diplomáticos franceses pudieron prever, en 1915, que ella sería la primera en querer salir de la guerra. Según Georges Louis, el pueblo de Francia también había caído en una trampa. Pues sus dirigentes hubieran podido actuar en 1914, pensaba Louis, como lo habían hecho los de 1909, cuando París le pidió a Petersburgo que enviara a su protegida —Serbia— los mejores sentimientos. Pues Poincaré, Delcassé y Paléologue permanecieron pasivos puesto que, parece, creían en 1912 en la inevitabilidad de la guerra y en la invencibilidad de su aliado ruso.

«¿Cómo explica usted que estén tan seguros de que la guerra estallará? le preguntó al diplomático uno de sus colegas.

—Porque [Poincaré] lo quiere y tiene necesidad de ello para mantenerse en el poder», fue la respuesta desengañada.

Todavía Georges Louis observó, después de haber leído en el Libro azul, en agosto de 1914, la versión oficial francesa sobre las responsabilidades de la guerra: «Poincaré y Sazonov se han dicho: "Lo que importa no es evitar la guerra, sino dar la apariencia de que hemos intentado todo para evitarla"».

Georges Louis [220] quizá estaba influido por su hostilidad hacia Poincaré, del que escribía que, «desde 1912 […] en su nobleza de lorenés, sólo [tenía] una preocupación, recuperar Alsacia-Lorena». Pero en opinión de todos los que lo conocieron, ese diplomático era no solamente un fino observador sino también un hombre honesto y se puede dar credibilidad a sus Notas y Diarios, cuando dice que otras personalidades de primer plano, como Pichon (que, más tarde, se convertirá en feroz extremista y violentamente hostil a Austria-Hungría), Deschanel, Hervette y Jules Cambon, compartían su opinión de que «dejando hacer a los rusos» —que ardían en deseos de realizar su expansión a expensas de los imperios austríaco y otomano— «Poincaré dejó a los alemanes aprovechar la ocasión que le ofrecía la irritación [221] de Austria».

Sabemos, por otra parte, que un cierto número de expertos franceses consideraba para la posguerra, no únicamente mantener sino incluso reforzar Austria-Hungría, para ponerla en situación de barrera contra el militarismo alemán. Esa hipótesis no era menos válida, según nosotros, que el

argumento sobre el que se apoyaron Poincaré y Clemenceau para justificar la destrucción de la doble monarquía, a saber el carácter definitivo de la dependencia austríaca de Alemania.

Según ciertos historiadores, fue la opinión intransigente de Sonnino lo que impidió a los anglo-franceses dar continuación a las proposiciones de Carlos y salvar la monarquía. Esa tesis nos parece inaceptable, pues es evidente que los franceses y los británicos tenían (sobre todo después de Caporetto) la posibilidad de llevar a Sonnino a renunciar a las reivindicaciones italianas que eran excesivas. Esas reivindicaciones, como observó el muy antiaustríaco Salvemini y el historiador Valiani, eran «injustas», incluso «desde el punto de vista de las nacionalidades», del que Sonnino se había hecho el portaestandarte y cuyo mantenimiento por Italia obstaculizó efectivamente cualquier negociación antes de la «victoria final». Hemos visto, por otra parte, que el embajador francés en Roma, Camille Barrère, no dejó de animar a los italianos a resistir.

¡Era necesario estar prevenido seriamente contra Austria para no tomar en serio y, finalmente, para hacer fracasar todos los esfuerzos de paz por separado!

Ahí, llegamos a la segunda explicación, sin duda la más profunda, de esa voluntad deliberada de hacer que Austria-Hungría cargase con las culpas de la guerra y de la decisión de destruirla (cuando el Reich alemán, el enemigo principal, no había sido desgajado). Hemos analizado el proceso en el curso del cual, poco a poco, la cuestión austríaca se convirtió en uno de los riesgos de lo que Michel Winock llamó la guerra franco-francesa, la guerra de la izquierda republicana contra el clericalismo, contra los «agentes del Vaticano», para

«republicanizar Europa», para «liberar a las naciones oprimidas» y «acabar la Revolución francesa». Efectivamente, los protagonistas de esa guerra actuaron en nombre de ideas nobles y generosas (que propagó de buena gana la francmasonería), que explotaron hábilmente Masaryk, Beneš y sus partidarios en Francia y en Gran Bretaña. Hemos visto cómo estos últimos, igual que los extremistas italianos, se sentían «despavoridos» cada vez que los rumores de negociación con Austria llegaban a sus oídos. Efectivamente tenían mucho, si no todo, que perder en el caso de una paz de compromiso. Pero las Potencias de la Entente —incluida Italia, y Rumanía, aliada más bien incierta, exceptuada— no tenían ningún interés vital en la destrucción de la monarquía. En 1988, setenta y un años más tarde, todavía resulta asombroso que los principales dirigentes franceses, británicos y americanos hubieran permitido que dos emigrados —cualquiera que fuesen su respetabilidad y su talento— les prescribiesen de alguna manera los objetivos de guerra, como Beneš se vanagloriará más tarde, no sin razón.

Hemos resaltado, también, la importancia del papel que jugaron los francmasones, sin duda con la mejor conciencia del mundo, convencidos como estaban de la culpabilidad de Austria-Hungría, y persuadidos de servir a la causa de sus países respectivos, al mismo tiempo que a las de los pueblos oprimidos y de la paz universal. El hecho es —un hecho algo subestimado— que, un año antes del reconocimiento oficial del derecho de las naciones checa y eslovaca a unirse en un Estado independiente checoslovaco, el Congreso internacional de la francmasonería de los países aliados había ya admitido ese derecho.

El historiador británico, J. P. Taylor, amante de las paradojas, vio en el desmembramiento de la monarquía la ilustración del hecho de que «el principio de nacionalidad debe llegar hasta su más amplia realización». La expresión «debe llegar» hace sonreír, cuando se piensa en la inaplicabilidad de ese principio en Europa central y sudoriental, donde ningún reglamento fundado en ese principio era viable, a menos que favoreciese a unos en detrimento de otros y de aceptar por adelantado los conflictos que sólo podría engendrar. En esas condiciones, el noble proyecto de Wilson y de Léon Bourgeois de reunir a todas las naciones libres y liberadas en una gran sociedad fraternal debió revelarse como una gran ilusión. Y en nombre de esa ilusión se rompió la Europa central, se prolongó inútilmente la guerra, se desbarataron las fronteras históricas y las cooperaciones orgánicas.

Efectivamente, la revisión de la historia de la destrucción de la monarquía, tal como he intentado hacerla, la conclusión a la que he llegado, a saber que *Austria-Hungría no estalló sino que la hicieron estallar*, no tiene ninguna significación práctica, aparte de ilustrar la importancia del factor ideológico en la conducta y en los resultados de la Primera Guerra Mundial. De mostrar, igualmente parafraseando a Gide, que con las mejores intenciones se puede hacer una mala política. Pero lo hecho, hecho está. Una vez que la Historia discurrió profundamente por un camino, ni lamentos ni nostalgias tardías pueden hacerla volver atrás. No sirve de nada polemizar con los muertos, criticar la irresponsabilidad de unos o la imprevisión de los otros. El historiador caería en el ridículo si afirmase que hubiera

preferido otro curso de la Historia, como por ejemplo un curso *federalista* y *no nacionalista*. Debe contentarse con restituir, en la medida de lo posible, con objetividad, los orígenes, el desarrollo y el término de un proceso dado y las consecuencias a corto y a más largo plazo ante las que sus efectos nos han colocado, a nosotros también europeos, que, por muy responsables que podamos ser de nuestro futuro, somos incapaces de cambiar nuestro pasado.

El espacio que comenzó a llamarse tímidamente «Mitteleuropa», en vez del nombre de Europa del Este que los geógrafos y los historiadores le habían dado —como para justificar Yalta— lleva la marca de cuatro siglos de dominación, a veces brutal, pero a menudo ilustrada, de los Habsburgo, que consiguieron crear una administración que, a pesar de sus taras y su burocratismo excesivo, funcionó desde Praga y Galitzia hasta Bosnia-Herzegovina. Un espacio económico unificado, urbanizado, un crisol de pueblos que, casándose entre ellos y detestándose, asimilándose u oponiéndose, crearon una cultura diversificada en la que cabía el español, el italiano, el checo, el eslovaco, el húngaro, el rumano, el polaco y el serbio, el ucraniano, el croata y el veneciano —una especie humana con sensibilidad y mentalidad diferentes a las de las grandes naciones del Oeste y del Este, de los franceses, los alemanes, los ingleses y los rusos.

La capital de esa sinfonía polifónica, y a menudo cacofónica, era Viena. Esa Viena que, en 1914, de una población de dos millones de almas contaba con más de cuatrocientos mil checos, donde no se puede, incluso ahora, abrir el anuario sin encontrar en cada página una mayoría de

no-alemanes —una Nueva York *avant la lettre*, a la medida de Europa Central.

Deseo concluir con tres consideraciones. La primera, es una frase que tomo prestada de un viejo amigo, Aurèl Kolnai, contemporáneo y amigo de Karl Manheim. Se estableció primeramente en Viena, donde frecuentó a Karl Kraus, colaboró en el *Der Oesterreichische Volkwirt* y estudió filosofía. Enseñó más tarde en Quebec, en Madrid y acabó su vida en Londres. Me dijo un día que la verdadera Europa, su quintaesencia, era la Europa Central, y Europa Central comienza allí donde uno se puede sentar en un café, para pedir un «espresso» con el vaso de agua fría obligatorio y donde se puede permanecer tranquilamente, durante todo el día, sin consumir más, leyendo la prensa mundial, desde el *Wall Street Journal* a la *Neue Freie Presse*, desde el *Times* al *Temps*, del *Pester Lloyd* al *Agramer Zeitung*. Quería decir con eso que lo esencial de eso que Musil, maliciosamente, llamó la *Kakania* era una atmósfera de cosmopolitismo indolente, una participación en el «gran mundo», permaneciendo alejado de las ambiciones desmesuradas de los grandes, donde se podía coger el tren en Viena, en Budapest o en Cracovia y pasar el fin de semana en Trieste o en Fiume, o todavía ir a Karlsbad (que hoy se llama Karlovy Vary), para encontrar todo lo que era importante en Europa, pasearse por los Cárpatos a la búsqueda de la morada de Drácula o del castillo de la sanguinaria Elisabeth Báthory —todo eso sin abandonar el país.

Esa Mitteleuropa es hoy símbolo de una ocasión perdida: la federación en lugar del divorcio y del abandono fatal de lo más intenso de sí. Pero curioso regreso de las cosas: se tiene la

impresión de que una cierta nostalgia une en nuestros días a los pueblos danubianos más ciertamente de lo que los separan las fronteras; el divorcio los ha acercado a Viena, antaño dominadora y en el presente, privada de su majestad imperial, parecida a ellos y provinciana.

Lo que no deja de sorprender al observador y al historiador es la vitalidad, la capacidad de resistencia de la que los pueblos del eximperio han dado prueba en el transcurso de los últimos decenios. La ideología con la que se intentó transformar al *homo habsburgiensis* en un nuevo tipo de hombre, el *homo sovieticus* ha pasado sobre ellos, sin cambiarlos fundamentalmente. Después de una larga noche de pesadilla, se encuentran conscientes de su identidad no solamente nacional, sino también supranacional, y de las tradiciones que los unen al resto de Europa, reanudada con su historia común y distinta. Quizá ahí, en el desarrollo de un sentimiento de solidaridad, de una clara conciencia centroeuropea, es donde la Historia puede ver los únicos bienes que pueden desprenderse, para los pueblos de la antigua monarquía, de dos guerras y dos paces padecidas.

Neuilly, 1 de agosto de 1988

EPÍLOGO

A LA EDICIÓN DE 1992

Cuando puse el punto final al texto de la primera edición francesa de este libro —en agosto de 1988—, comenzaban ya a soplar vientos de libertad sobre muchos países de Europa Central, e incluso en la URSS, con el advenimiento de la *perestroika* y la *glasnost*. No pude prever que un año más tarde —durante el transcurso del año revolucionario de 1989— Polonia, Hungría y Checoslovaquia recuperarían prácticamente su soberanía. Tampoco preví el irresistible movimiento (en cualquier caso no dificultado) que condujo a la unificación alemana, ni que, a su vez, Rumanía, Bulgaria y finalmente Albania, se decantarían también por la vía revolucionaria. Asimismo, tampoco caí en la cuenta —nadie pudo preverlo— del precipitado derrumbamiento de la hegemonía de la Unión Soviética y el comienzo de la descolonización del último Imperio europeo [222].

Así, pues, en la actualidad, los Estados sucesores de Austria-Hungría se encuentran como por milagro en una situación parecida a la de 1945 cuando, liberados del nazismo —aunque liberados por el ejército de la totalitaria Unión Soviética—, esperaban disfrutar durante algún tiempo, muy poco tiempo, de una paz que hubiese implicado para ellos —en los términos de los acuerdos de Yalta, concluidos en febrero de 1945— el *derecho a la autodeterminación*. Tres de estos países, Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia, habían

figurado entonces teóricamente entre los vencedores, mientras que Hungría, Rumanía y Bulgaria, eran tratados como vencidos. En realidad, vencedores y vencidos iban a sufrir —como también la Alemania del Este— la misma suerte de satelización por la Unión Soviética que interpretaba a su manera la obligación impuesta a los gobiernos del centro y del este europeos de ejercer una política de amistad hacia la Unión Soviética. Stalin, conociendo los sentimientos anticomunistas y rusófobos de los pueblos de Europa Central —a excepción de Checoslovaquia—, sólo otorgó su confianza y apoyo a las minorías comunistas. En Yugoslavia, en Bulgaria y Albania los comunistas no tardaron en hacerse con el poder, sin celebrar elecciones, mientras que en Polonia y Rumanía los elementos democráticos fueron rechazados al principio, para ser liquidados poco después. En Hungría y Checoslovaquia, la des-democratización se llevó a cabo en 1948. Desde entonces, durante cuarenta años, ese conglomerado de países sufrió la ley soviética que les imponía un régimen político, económico y cultural hecho a su medida. La Unión Soviética se aplicó en integrarlos a la órbita comunista.

Hoy, podemos constatar el total fracaso de aquel intento así como calibrar también la amplitud del prejuicio que los soviéticos infligieron a los países de Europa Central, al prohibirles participar en el Plan Marshall y aislarlos de Europa occidental con el denominado «telón de acero». En consecuencia, se trata de saber si, una vez libres —al menos política y estratégicamente— de la Unión Soviética, estos países sabrán hacer un buen uso de la libertad, que deben, en efecto, a su resistencia a la sovietización y a su rechazo del

comunismo, pero sobre todo a la implosión del poder soviético, al cambio político de la URSS. ¿Encontrarán el modo de consolidar su soberanía con una cooperación regional, asociándose ahora sobre una base democrática, mientras esperan ser admitidos en la Comunidad Europea, de la que una Alemania unificada puede ser una superpotencia? ¿O bien emprenderán una política de nacionalismos autárquicos, estatistas, autoritarios, xenófobos, cuando no fascistas, opresores de las minorías, esa política de entreguerras que facilitó primero el dominio del Reich hitleriano, y, después de su heredero, la Unión Soviética? Pues haciendo de los eslovacos, de los húngaros, de los alemanes y ucranianos ciudadanos de «segunda clase», ni siquiera el más liberal de los países sucesores multinacionales, Checoslovaquia, llegó jamás a consolidar un sistema auténticamente democrático.

Tanto la historiografía occidental, como la inspirada por el marxismo-leninismo-estalinismo, consideraba (por razones diferentes) la desaparición de la monarquía como una fatalidad, visto el «carácter retrógrado» de los gobiernos de Viena y Budapest, el «inevitable» peso de la influencia alemana y el «poder de las fuerzas centrífugas». Yo nunca subestimé estos factores, ni ignoré la existencia de las fuerzas autonómicas, incluso separatistas, ni el expansionismo suicida de ciertos medios políticos y militares de la monarquía, ni la intransigencia conservadora de las clases dirigentes húngaras. Pero creí que también debía insistir en las fuerzas de cohesión, en la lealtad dinástica de la administración y un ejército multinacional que combatió bien durante toda la guerra, así como en el desarrollo a partir de la

década de 1860 de sociedades civiles creativas, progresistas, liberales; en fin, en los emergentes movimientos obreros que hubieran podido constituir la base social de una Austria-Hungría *federalista* [223]. A mi parecer, existía una alternativa a la disolución. Creo que entre las causas de la desintegración se deben resaltar también —y eso es lo que he tratado de demostrar apoyándome en documentos—, las *consideraciones ideológicas (republicanismo jacobino, anticlericalismo) que tenían un peso determinante*.

Constaté con satisfacción que las tesis defendidas en mi libro habían sido bien acogidas por los medios diplomáticos y políticos en Francia, en Italia, en España, incluso en Austria, en Hungría y Checoslovaquia. No provocaron objeciones notables en parte alguna. Me permito citar a este propósito al germanista francés, Pierre Béhar:

Por el Tratado de Saint-Germain, los pueblos de Europa Central fueron entregados como pasto a una Alemania ebria de revancha. Así como Napoleón trabajaba en lugar de Prusia por conseguir la unidad alemana, Clemenceau había —en ausencia de Alemania— forjado las bases de su expansión europea. Sería injusto decir, como se ha pretendido, que los millones de hombres —comprendidos los franceses— que murieron entre el rechazo de las proposiciones de paz de Austria-Hungría y el fin de 1918 fueron sacrificados en vano. Murieron para asentar la posterior grandeza de Alemania [224].

Subrayemos que historiadores franceses como Jacques Bainville o Aldo Dami ya habían expresado esa opinión desde 1920 y que Paul Claudel, tan buen diplomático como excelente poeta, condenó vigorosamente el

desmembramiento de Hungría y la fragmentación de la monarquía.

Observo también que recientes investigaciones en los Archivos de Francia, de Italia, de Gran Bretaña, de Checoslovaquia y Hungría le han permitido a la historiadora húngara Magda Adam probar que uno de los principales responsables de los tratados —el Quai d'Orsay—, se dio cuenta de sus errores y de los posible efectos peligrosos antes de que fuese firmada la ratificación de los tratados [225]. Podemos deducir de la bien documentada obra de la señora Adam que, tras la caída de Clemenceau, con el advenimiento de Millerand y Deschanel, así como con la desaparición del gran artesano de la destrucción de la monarquía, Philippe Berthelot, el sucesor de este último en el puesto de secretario general del ministerio francés de Asuntos Exteriores, Maurice Paléologue, intentó rectificar la política francesa respecto a Europa Central. En efecto, juzgó insuficiente una política basada exclusivamente en el sostenimiento de los nuevos Estados nacionales, estimando que la Europa Central balcanizada no constituiría un contrapeso lo bastante sólido contra los peligros germánico y ruso, reales o potenciales. Él y sus colaboradores proyectaban unir esos Estados, vencedores y vencidos, beneficiarios y víctimas, en el marco de una unión aduanera, incluso confederal. Algunos diplomáticos franceses hasta llegaron a considerar la restauración de los Habsburgo. Se habían elaborado dos proyectos paralelos, de tipo federativo. El primero consideraba unir Austria, Hungría, Checoslovaquia y Rumanía, y, el otro, más modesto, apuntaba a la unión de Hungría, Rumanía y Polonia.

Lo que preocupaba a la diplomacia francesa era, sobre

todo, implantar las condiciones de una integración económica, pero tampoco desdeñaba la política. La finalidad era reconciliar a los países sucesores, consolidar la independencia de Austria (impidiendo su *Anschluss* a Alemania) y también equilibrar la penetración, llevada cada vez más activamente, en el espacio centroeuropeo de Italia e Inglaterra que, aún rivalizando entre ellas, se entendían para impedir la expansión de la influencia francesa. Paradójicamente, Francia, principal inspiradora de la destrucción, se mostraba entonces dispuesta, aún conservando lo esencial de los proyectos sobre los tratados —que además Hungría aún no había firmado— a modificar algunas cláusulas muy poco defendibles desde el punto de vista de la autodeterminación de los pueblos y conseguidas por Beneš. Se pensaba, pues, en satisfacer ciertas reivindicaciones de revisión territorial. Millerand, Deschanel y Paléologue consideraban que sus predecesores habían actuado contra los intereses de Francia al oponerla a dos países tan importantes como Austria y Hungría. Basando sus planes en Hungría —donde el almirante Horthy había puesto fin a la aventura comunista—, Millerand y Paléologue proyectaban llevar a cabo una cooperación danubiana. La posición central de Hungría les parecía un triunfo, así como las positivas relaciones entre Budapest y Varsovia, mientras sospechaban que una Viena «demasiado roja» todavía flirteaba con la idea de *Anschluss* y de no estar lo bastante inmunizada contra el contagio comunista.

No es lugar este para aportar los detalles de las negociaciones secretas llevadas en esa época entre París, Budapest y Varsovia. Bastará decir que franceses y polacos, al

intentar separar Rumanía y Checoslovaquia de Yugoslavia, subestimaban el genio diplomático de Beneš, que hemos puesto en evidencia en este libro. En efecto, barruntando las negociaciones secretas franco-húngaro-polacas, Beneš intensificó sus esfuerzos con el fin de hacer de la *estrecha entente checo-rumano-yugoslava* un instrumento capaz de obstaculizar los intentos de París de incluir a Hungría en su zona de influencia, y también de impedir que Hungría consiguiese revisiones territoriales. Una vez más, Beneš había ganado: París no pudo evitar la creación de la Pequeña Entente. Millerand acabó por aceptar los hechos consumados. Destituyó a Paléologue y retiró a Berthelot. A partir de entonces Francia se convirtió —hasta Múnich—, en la protectora más fiel y celosa de la Pequeña Entente, *creada, de hecho, contra ella.*

Cito este episodio efímero, poco conocido por la opinión occidental, en apoyo de lo que dije en esta obra del papel del conflicto franco-francés y del rol de Beneš en la decisión de destruir la monarquía. No se puede ignorar, por otra parte, que *ningún pueblo del espacio danubiano fue interrogado sobre su elección entre establecer un —Estado-nación— y su pertenencia a una Austria-Hungría federalizada según el proyecto —¡ay!, tardío— del último emperador.*

Debemos recordar también que, en Hungría, incluso el Partido de la Independencia, hostil a la alianza con Alemania, no pensaba en separarse de Viena y la monarquía que le aseguraba un estatus privilegiado. El jefe de ese partido, el conde Károlyi, muy popular en la época, aún insistía en octubre de 1917 en recibir de manos del emperador-rey su nominación de presidente del Consejo. La República se

proclamó en Hungría el 16 de noviembre de 1918, una vez republicanizada Alemania y cuando Austria destronó a los Habsburgo.

Pero volvamos al presente. Los países de Europa Central —con fronteras modificadas tras la Segunda Guerra Mundial en beneficio de la URSS (Besarabia, Ucrania subcarpática)— recuperaron su soberanía en 1989 y 1990. Contrariamente a su situación entre las dos guerras y a la de 1945, ya no son objetivo de la rivalidad política de las grandes potencias. Replegándose sobre su propia crisis, sobre la crisis de su imperio propiamente dicho, la Unión Soviética, que con su nombre ha cambiado también sus estructuras, parece haber renunciado a la hegemonía. No puso obstáculos ni a las elecciones libres en los países satélites, ni a la reunificación de Alemania. Los países de Europa Central, e incluso los de los Balcanes que aún no se han liberado por completo del dominio de sus aparatos burocráticos y policiacos comunistas (Rumanía, Albania), esperan para su reconstrucción la ayuda de Occidente. Miran con inquietud hacia la Alemania del Este que tiene la oportunidad de ser tutelada por el «gran hermano» occidental. Llaman a la puerta de la próspera Europa, precedidos por Austria, que escapó al dominio ruso y es la mejor preparada para ser admitida como miembro en la Comunidad. Hungría, Checoslovaquia y Polonia han tomado iniciativas a fin de adoptar posturas comunes en su estrategia política y económica (el triángulo de Visegrad). Italia y Hungría, incluso antes de 1989, crearon con Austria, Checoslovaquia y Yugoslavia (que aún existía como Estado) prometedores lazos de cooperación, a las que se unió Polonia en 1990, haciendo así de la «Pentagonal» una «Hexagonal».

(Cabe prever que tras la reestructuración del espacio eslavo del sur, Croacia y Eslovenia, u otras repúblicas sucesoras de la antigua Yugoslavia, participarán en este grupo subregional). El sueño de las aspiraciones nacionales ha desmembrado también al otro Estado multinacional, Checoslovaquia; pero parece probable, en el momento en que escribimos estas líneas, que la federalización o confederalización de este país se hará sin recurso a confrontaciones armadas, como fue el caso del conflicto entre el «bloque serbio» nacional-comunista de Belgrado y Croacia, conflicto que perjudicó la cohesión de la Comunidad Europea. Y así se pagan en 1991-1992 las faltas de 1917-1919. Todo se paga en historia. Los problemas mal resueltos —como los de las minorías— se toman la revancha: viejos rencores, viejos resentimientos y rivalidades renacen y ponen en peligro la reconstrucción económica, la democratización, la adhesión a Europa y la integración en el mercado mundial.

Sin embargo, es la primera vez que los pueblos del espacio danubiano y balcánico tienen la posibilidad de hacerse con las riendas de su destino, de superar un examen de madurez ante la Historia. La integración en la democracia, un cambio de mentalidades, la neutralización de tendencias partidarias del pasado, populistas, son para ellos una cuestión de supervivencia; como también, la eliminación de las fuentes de conflictos y rivalidades interétnicas. No se trata de resucitar Austria-Hungría. Pero lo que sí es posible, lo que habría de hacerse es —una vez expulsados los viejos demonios—, superar las fronteras, dar una solución democrática al problema de las minorías, crear una zona de amistad y cooperación cada vez más estrechamente ligada a Europa. Se

impone, pues, una concienciación de la identidad *centroeuropea*. Austria me parece bien situada para ser la protagonista. ¿Podrá hacer frente a ese desafío?

En realidad, los Estados emergentes de la falsa integración del internacionalismo soviético se encuentran frente a un interrogante similar al que la Historia dirige a los países de la Comunidad Europea: ¿es la defensa de su perennidad, de su supervivencia nacional, conciliable con la exclusiva preocupación de una autonomía total? ¿El temor a perder (o a no recuperar) la identidad nacional debilitará el interés por la integración europea? Ciertamente, el orden internacional sigue descansando en el principio de la autodeterminación de los pueblos. Y, para los países de Europa Central, la liberación de la hegemonía soviética se confunde con la reconquista de su soberanía. Pero podrían, deberían sacar conclusiones de esos setenta años de historia y comprender que la superación del marco tradicional (por lo demás utópico) del Estado-nación homogéneo, unitario, es clave para preservar la existencia misma de sus naciones contra nuevos hegemonismos que acaso pudiesen pretender sustituir a los antiguos. Es clave, también, para su democratización y desarrollo económico en el seno de esta Comunidad Europea que, como bien dijo el Dr. Otto de Habsburgo, en su calidad de militante paneuropeo, fue como prefigurada por la monarquía creada y regida por sus antepasados.

François Fejtö

Abril de 1992

ANEXOS

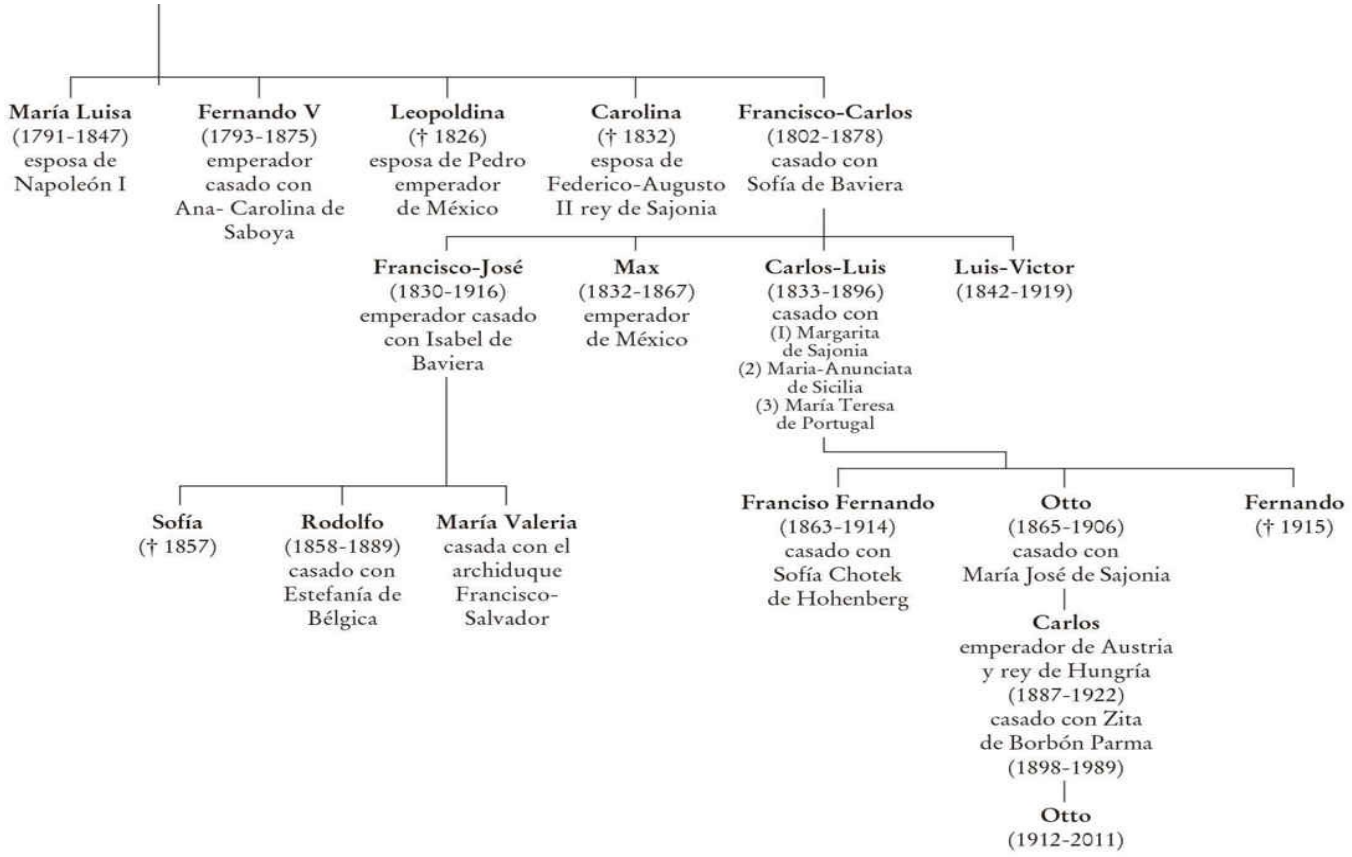
ANEXO I

Los Habsburgo-Lorena después de María Teresa

LOS HABSBURGO-LORENA DESPUÉS DE MARÍA TERESA

María Teresa
(hija de Carlos IV) (1717-1780)
esposa del emperador Francisco I de Lorena (1708-1756)

- **José II** (1741-1790) casado con (I) Isabel de Parma
- **María Cristina** († 1798) esposa de Alberto de Teschen
- **Leopoldo II** (1747-1792) casado con María Luisa de España
  - **María Teresa** esposa de Antonio rey de Sajonia
  - **Francisco II** (1768-1835) casado con
    - (1) Isabel de Wurtemberg
    - (2) María Teresa de Sicilia
    - (3) María Ludovica de Módena
    - (4) Carolina de Baviera
  - **Fernando** (rama de Toscana)
  - **Carlos** († 1847)
  - **Alejandro Leopoldo** († 1795) palatino de Hungría
  - **José** († 1847) Palatino de Hungría casado con
    - (1) Alejandra-Paulovna gran duquesa de Rusia
    - (2) Herminia princesa de Anhalt-Bernbourg
    - (3) María princesa de Wurtemberg
  - **Juan** († 1857) casado con Anna Plochi
  - **Rainer** († 1853) casado con Isabel de Saboya
  - **Luis** († 1864)
  - **Rodolfo** († 1854) arzobispo de Olmütz
- **María Carolina** esposa de Fernando rey de Sicilia
- **Fernando** (1754-1806) casado con María Beatriz de Este
- **María Antonieta** († 1793) esposa de Luis XVI
- **Max** († 1801) príncipe elector de Colonia


María Luisa
(1791-1847)
esposa de
Napoleón I
Fernando V
(1793-1875)
emperador
casado con
Ana- Carolina de
Saboya
Leopoldina
(† 1826)
esposa de Pedro
emperador
de México
Carolina
(† 1832)
esposa de
Federico-Augusto
II rey de Sajonia
Francisco-Carlos
(1802-1878)
casado con
Sofía de Baviera
Francisco-José
(1830-1916)
emperador casado
con Isabel de
Baviera
Max
(1832-1867)
emperador
de México
Carlos-Luis
(1833-1896)
casado con
(I) Margarita
de Sajonia
(2) Maria-Anunciata
de Sicilia
(3) María Teresa
de Portugal
Luis-Victor
(1842-1919)
Sofía
(† 1857)
Rodolfo
(1858-1889)
casado con
Estefanía de
Bélgica
María Valeria
casada con el
archiduque
Francisco-
Salvador
Franciso Fernando
(1863-1914)
casado con
Sofía Chotek
de Hohenberg
Otto
(1865-1906)
casado con
María José de Sajonia
Fernando
(† 1915)
Carlos
emperador de Austria
y rey de Hungría
(1887-1922)
casado con Zita
de Borbón Parma
(1898-1989)
Otto
(1912-2011)

ANEXO II

Extractos del tratado secreto de 1915 entre Italia y los Aliados

Hecho público por primera vez por Izvestia, el 28 de febrero de 1917, bajo el título «Las resoluciones de la conferencia de Londres del 26 de abril 1915».

«El embajador de Italia en Londres, el marqués Imperiali, bajo orden de su gobierno, tiene el honor de comunicar las observaciones memorables que siguen al ministro británico de Asuntos Exteriores, sir E. Grey, al embajador de Francia en Londres, M. Jules Cambon, y al embajador de Rusia en Londres, el conde Beckendorff:

1. Entre los Estados Mayores de Francia, de Gran Bretaña, de Rusia y de Italia, será concluido un convenio militar en el plazo más breve. Ese convenio determinará el mínimo de fuerzas armadas que Rusia pondrá en movimiento contra Austria-Hungría en el caso de que ese país dirigiera sus fuerzas sobre todo contra Alemania. Ese convenio militar deberá también regular las cuestiones relativas al eventual armisticio en la medida en que esas cuestiones dependan de la competencia de los comandantes en jefe de los ejércitos.

2. Italia se compromete, por otra parte, a concluir la guerra con todas sus fuerzas disponibles al lado de Francia, de Gran Bretaña y de Rusia contra los países con los cuales esas potencias están en guerra.

3. Las fuerzas marítimas de Francia y Gran Bretaña acordarán una ayuda sin reparos y activa a Italia para el aniquilamiento de la flota austríaca, al menos hasta la conclusión de la paz. Francia, Gran Bretaña e Italia

concluirán a ese efecto sin demora un convenio marítimo.

4. En el momento de la conclusión de la paz, Italia obtendrá la región del Tirol del Sur, hasta la frontera natural, es decir el Brenner, la ciudad y la región de Trieste, los condados de Gorizia y Gradisca, toda Istria, hasta Quarnero, Volosca y las islas Cherso y Lussin y las pequeñas islas de Plavnica, Unie, Canidole, Palazzoli, así como las islas Saint-Pierre de Nembi, Azinello y Gruica, con las islas vecinas.

5. Italia obtendrá la provincia de Dalmacia, bajo su forma actual, y comprendiendo, al norte, Lissarik y Trebinje, así como las islas situadas al norte y al oeste de la costa dálmata; la costa al sur de Ragusa, la base de Cattaro (Kotor) incluida, será neutralizada; en consecuencia, los derechos relativos a Montenegro, reconocidos por la declaración de 1909, serán anulados, a excepción de la parte de la costa perteneciente a Montenegro. Al norte del mar Adriático, la costa, a partir de la bahía de Volosca, hasta la frontera de Istria y con la frontera norte de Dalmacia, y comprendida la parte de la costa perteneciente en la actualidad a Hungría, toda la costa de Croacia, el puerto de Fiume, las islas Velia, Pemcchio, Gregorio, Goli y Arbe serán atribuidas a Croacia. En el Sur, en el que Serbia y Montenegro están interesados, la costa, a partir del cabo Planka hasta el río Drina, con los fuertes de Spalato, Ragusa, Cattaro, Antivari, Dulcigno y San Giovanni di Medina, será atribuida a esos países. El puerto de Durazzo podrá ser atribuido a la Albania independiente.

6. Italia obtiene la plena posesión de Valona, la isla Sasseno y su región indispensable para su seguridad.

7. Italia no se opondrá al reparto de las regiones fronterizas norte y sur de Albania entre Serbia, Montenegro y Grecia, si

tal fuese el deseo de las potencias aliadas. Italia tendría el derecho de dirigir las relaciones exteriores de Albania.

8. Italia recibe la plena posesión de las islas de Dodecaneso, que ocupa.

9. Francia, Gran Bretaña y Rusia reconocen fundamentalmente el interés de Italia en mantener el equilibrio del Mediterráneo y su derecho a tener, en el momento de reparto de Turquía, la misma participación en el Mediterráneo, especialmente en la parte adyacente a la provincia Adalin, donde Italia ya ha adquirido derechos particulares y desarrollado sus intereses mencionados en el convenio ítalo-británico.

La zona que caiga en la posesión de Italia será, al mismo tiempo, delimitada en correspondencia con los intereses vitales de Francia y Gran Bretaña. Igualmente, los intereses de Italia deberán ser tomados en consideración aunque la independencia territorial de Turquía sea mantenida durante más tiempo por las potencias, y se llegará a una delimitación de las esferas de interés respectivas. Aunque Francia, Gran Bretaña y Rusia ocupen durante la guerra actual algún territorio de la Turquía asiática, la región lindante con Italia deberá ser abandonada a ese país, que obtendrá el derecho a ocuparla.

10. En Libia, los derechos y pretensiones que, todavía en la actualidad, pertenecen al sultán, conforme a los acuerdos de Lausana, pasarán a Italia.

11. Italia obtendrá la parte de las indemnizaciones de guerra que corresponda a la medida de sus sacrificios y esfuerzos.

12. Italia se adhiere a la declaración franco-anglo-rusa, que cede Arabia y los Santos lugares de los musulmanes a una potencia musulmana independiente.

13. En el caso de una extensión de los territorios coloniales ingleses y franceses a expensas de Alemania, Francia y Gran Bretaña reconocen en principio el derecho de Italia a una compensación en el sentido de la extensión de sus posesiones en Eritrea, en Somalia, en Libia, y en los territorios coloniales lindantes con las colonias inglesas y francesas.

14. Francia, Gran Bretaña y Rusia se comprometen a apoyar a Italia en el caso de la no admisión de representantes de la Santa Sede en algunas gestiones diplomáticas que se lleven a cabo, concernientes a una conferencia de paz o a un reglamento de cuestiones referidas a la presente guerra.

15. El presente tratado debe ser mantenido en secreto. En lo que concierne a la adhesión de Italia a la declaración del 5 de septiembre, se hará pública cuando Italia declare la guerra o la guerra le sea declarada.

Después de haber hecho conocimiento de la presente nota memorable, los representantes de Francia, de Gran Bretaña y de Rusia, autorizados a tal efecto, se han puesto de acuerdo con los representantes debidamente mandatarios de Italia. Francia, Gran Bretaña y Rusia declaran estar enteramente de acuerdo con la nota memorable que les ha sido presentada por el gobierno italiano.

El acta ha sido firmada en cuatro ejemplares, el 26 de abril de 1915, y avalada por los firmantes:

Sir Edward Grey,

Jules Cambon,

Marqués Imperiali,
Conde Beckendorff.

ANEXO III

Primera gestión del emperador Carlos [226]

París, 5 de marzo de 1917

Memorándum del príncipe Sixto de Borbón

LEÍDO POR ÉL AL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Los días 5 y 14 de diciembre, mi madre me escribió para manifestarme, con insistencia, su deseo de volver a verme. Además, escribió, a la reina de los Belgas [227], una carta recibida el 20 de diciembre rogándole a la reina y al rey que nos urgiesen, tanto a mi hermano como a mí, para ir a verla. Antes incluso de la recepción de esa última carta, la reina recibió finalmente el telegrama, por medio del cónsul luxemburgués en Berna, en el cual la gran duquesa Adelaida de Luxemburgo le preguntaba, en nombre de mi madre, si había recibido esa carta. En esto, nosotros dejamos nuestro regimiento para pasar la velada de Navidad (24 de diciembre) con el rey y la reina. Al considerar esa entrevista tan deseada, conversamos con los soberanos y sus dificultades. Finalmente, ellos aceptaron y nos decidimos.

Habiendo dejado el frente el 23 de enero, llegamos a París esa misma noche. Provistos de los papeles necesarios volvimos a salir el 28 de anochecida y llegamos al día siguiente cerca del mediodía, a Suiza, a la cita que se había concertado. Mi madre, acompañada por mi hermana María Antonia, hacía

dos días que había llegado en el más estricto incógnito. Mi madre nos expuso el deseo que tenía de vernos el emperador para hablar directamente con nosotros de la paz. Ya estaba todo dispuesto para llevamos a Viena en el mayor secreto. El coronel que estaba al mando de la policía de la frontera había recibido orden del embajador de llevarnos en automóvil hasta él. El secreto más absoluto había sido guardado sobre ese proyecto. Si eso, sin embargo, hubiera de sernos imposible, el emperador estaba dispuesto a enviarnos a una persona de su confianza en Suiza para comunicarnos sus opiniones. Así que juzgamos que únicamente esa última eventualidad era posible, y con todo no podíamos llevarla a cabo sin antes prevenir a París. Además, para alejar cualquier sospecha, deberíamos proseguir nuestro viaje a Italia, proyectado desde hacía tres meses, para arreglar los asuntos de nuestra competencia y de los que el gobierno italiano tenía conocimiento.

Mi madre insistió, en nombre del emperador, para que nos apresuráramos lo más posible. Nos remitió una carta de la emperatriz, acompañada de algunas palabras del emperador, en la cual nos pedía encarecidamente a ambos nuestra ayuda para realizar el deseo de paz del emperador, concebido desde su elevación al trono.

Sobre esa gestión, hice partícipe a mi madre de lo que consideré, personalmente, que deberían ser las condiciones fundamentales y preparatorias de la paz para la Entente: la Alsacia y Lorena de 1814 para Francia, sin ninguna compensación colonial u otra a cambio, Bélgica sería restituida y conservaría el Congo, igualmente Serbia, eventualmente agrandada por Albania, finalmente, Costantinopla para los rusos. Si Austria podía concluir un armisticio secreto con Rusia

sobre esa base, eso sería una buena preparación de la paz deseada.

Abandonamos Suiza el 1 de febrero y llegamos a los Pianore el 2 de febrero; regresamos a París el sábado 10 de febrero por la mañana.

El 12 por la tarde, con el deseo positivo que nos fue manifestado, ambos volvimos a partir para Suiza, donde, el 13 a la 1,30 h. se presentó a nosotros el enviado del emperador, provisto de una carta de la emperatriz que lo acreditaba de parte del emperador.

Ese enviado nos declaró que el emperador se mostró vivamente interesado por las primeras impresiones que tuvo por mi madre. La paz que deseaba tan vivamente podría hacerse sobre las bases siguientes: 1.ª Un armisticio secreto con Rusia mediando el desinterés de Constantinopla a consentir por él: 2.ª Alsacia-Lorena, 3.ª y Bélgica restituidas: la creación de un reino sud-eslavo que englobe a Bosnia-Herzegovina, Serbia, Albania y Montenegro. Me ruega encarecidamente que medie activamente para conseguir esa paz.

Respondí que las crecientes dificultades actuales con América complican mucho la situación y que, además, una intervención siguiendo la vía diplomática, me parece, no tiene ninguna posibilidad de lograr una solución, toda vez que Alemania e Italia están decididamente interesadas, cada una por su lado, en hacerla fracasar. Austria no tiene ningún miramiento que guardar ante Alemania cuyos intereses difieren y que podrían muy bien traicionar. Sería mejor dar un golpe decisivo, para salvar la monarquía, que pusiera a Alemania ante los hechos consumados. Ese golpe decisivo resultaría de un escrito imperial por el que, aún conociendo las

apariencias de alianza con Alemania, Austria ofrecería a sus enemigos la paz en las condiciones antes indicadas, a excepción del punto en que concierne a Serbia, la cual, debe ser restituida íntegramente con el logro de un acceso equitativo al mar por medio de la unión de Albania. Aunque, no obstante, el emperador no se sintió con fuerzas para actuar tan abiertamente y haya querido intentar la vía de una paz diplomática, ruego al enviado me informe en el plazo más breve posible de las proposiciones sobre cuya base esa acción diplomática podía comenzar de una manera preparatoria. Insisto vivamente para que los puntos antes mencionados sean claramente expresados en el acta.

El enviado tomó buena nota de esas indicaciones y salió para Viena. De esa entrevista, únicamente el emperador, la emperatriz y mi madre han tenido conocimiento. El conde Czernin, ministro de Asuntos Exteriores de Austria-Hungría, sólo sabía que el emperador había encontrado una vía para plantear las negociaciones.

El enviado regresó el 21 de febrero y vino a verme. Mientras tanto, el emperador había puesto a un lado al archiduque Federico por medio de un rescripto muy enérgico del 12 de febrero y, el 13, el emperador Guillermo vino a Viena, pero, a pesar de los brindis y cumplimentaciones intercambiados, el emperador se negó a romper con América, de manera que el emperador Guillermo se marchó con gran descontento.

El enviado traía: 1.° un acta redactada en francés y firmada por él (el original del acta, en alemán, estaba escrito de la mano del conde Czernin o bajo su dictado): 2.° una nota verbal secreta escrita en alemán por el emperador; 3.° una carta de mi hermana María Antonia escrita bajo su dictado que acreditaba

a su enviado: 4.° dos cartas de la emperatriz; 5.° una extensa carta de mi madre que contenía muchos detalles personales de parte del emperador.

En las cartas de h emperatriz, se me rogaba, no solamente por parte de ella y del emperador, sino también de la del conde Czernin, ir secretamente a Viena para verme con ellos. Según la frase del conde Czernin, «una media hora de conversación bien merecería hasta diez viajes». Además, se repetía por parte del emperador lo mucho que la paz se deseaba, por su parte, no como una necesidad imperiosa e inmediata desde el punto de vista militar, sino como su deber ante Dios para sus pueblos y para todos los beligerantes. Repetía sus simpatías «para la bella Francia» por el valor de sus ejércitos y por el espíritu de sacrificio y la abnegación de todo el país. Se hacían ruegos de actuar con el secreto más absoluto. Únicamente el conde Czernin había sido puesto al corriente por los soberanos.

Se desprende de ese memorándum, del 5 de marzo de 1917, que la iniciativa de oferta austríaca del 5 de diciembre de 1916 emana únicamente del emperador Carlos, que la elección del príncipe Sixto como mediador emana igualmente de él, sin que su ministro de Asuntos Exteriores, el barón Burian, fuera informado de ello; quince días más tarde, el 23 de diciembre, el barón Burian es reemplazado como ministro de la casa imperial y de Asuntos Exteriores por el conde Ottokar Czernin.

Después de haber reflexionado, los dos príncipes juzgaron que no podían sustraerse a la petición que les fue dirigida, si el gobierno francés estaba de acuerdo en que respondieran: su proyecto era, además, limitarse a oír los términos de la iniciativa que les sería planteada. Una vez llegados a París el

23 de enero, fueron provistos inmediatamente de dos pasaportes diplomáticos franceses con fecha del 25, visados para Suiza e Italia, así como M. Charles Salomon, su amigo, a quien le solicitaron que los acompañara a Suiza [228]. Ese mismo día, M. William Martin, director de protocolo, le anuncia su llegada a Neuchátel a M. Maurice Boy de la Tour, pariente de su compañero de viaje. Prevenido así de ese hecho por una persona plenamente autorizada para ello, M. Boy de la Tour, desde el día siguiente, se puso a disposición de los viajeros con el deseo, que compartían muchos de sus conciudadanos de la Suiza de lengua francesa, de prestarle un servicio a la acosada Francia. El 27, M. William Martin recomienda a los príncipes a las autoridades de la frontera de Pontarlier y, el 28, les ofrece enviarles los despachos a través de la embajada de Francia en Berna o del consulado general en Génova. Partidos el 28 por la noche, los dos príncipes se encontraron entonces en Neuchâtel, calle Pommier 7, con la duquesa de Parma, su madre, que los esperaba de incógnito desde hacía dos días en esa ciudad.

En esas primeras entrevistas de Neuchâtel, del 29 y del 30 de enero, con el deseo positivo de paz que le fue manifestando de parte del emperador Carlos, el príncipe Sixto hizo parte, en previsión del caso en que ese deseo fuese escuchado, de las bases que consideraba personalmente deberían ser las condiciones fundamentales y preparatorias de la paz para Francia, Bélgica, Rusia y Serbia. Se reserva tratar, hasta que las circunstancias sean propicias, lo concerniente a Italia y Rumanía cuyas adhesiones, en 1915 y 1916, ha venido a completar ulteriormente la línea de la Entente [229]. En apoyo del relato de esa entrevista plasmado en el

memorándum del 5 de marzo, es útil publicar aquí la nota traída inmediatamente de Neuchâtel a París por M. Charles Salomon en nombre los príncipes, mientras que ellos realizaban, en Italia, la visita a sus tierras preparadas desde hacía más de tres meses.

Neuchâtel, 30 de enero de 1917

Nota de M. Charles Salomon escrita bajo el dictado del príncipe

A LA DIRECCIÓN DEL GOBIERNO FRANCÉS

1.° El emperador, con todos los poderes en el momento actual, desearía ponerse en relación directa con el gobierno francés por mediación del príncipe Sixto. El emperador está dispuesto a enviar no importa a dónde, a Suiza, en el más breve plazo, a una persona que goce de su confianza personal y sin que nadie lo sepa.

2.° El príncipe irá a París para avisar al gobierno de las disposiciones actuales del emperador. La prudencia exige que realice antes el viaje anunciado a Italia.

3.° El príncipe se limitó a escuchar las iniciativas planteadas y ha declarado:

a) que no podía entrar en relación con el emperador de cualquier manera, sin el consentimiento del gobierno francés;

b) que únicamente podía comunicarse con quien de derecho estuviese al corriente de la gestión.

4.º El príncipe estará de regreso en París, calle Béthune, 34, el sábado IO de febrero. Podrá partir a su debido tiempo de París el lunes por la tarde 12 para estar aquí el 13 por la mañana, si el gobierno decide continuar esa gestión. Está dispuesto a partir solo o acompañado.

A. CHARLES SALOMON
30 de enero de 1917, 10 horas de la noche

Al remitir a París, el 6 de febrero, a M. William Martin, esa nota escrita, el compañero de viaje de los príncipes trae de Suiza la impresión de que «hay en el emperador una voluntad firme, que Alemania no sospecha, de acercarse a Francia para el futuro y desde ahora. La primera base de ese acercamiento sería un arreglo inmediato tendente a una paz por separado. El príncipe estima que una negociación inmediata podría conseguir neutralizar el esfuerzo austríaco contra Rusia y llevar a todos los ejércitos rusos contra el frente alemán. Si el gobierno francés quiere entrar en esa vía, el emperador enviará a alguien a Neuchâtel el 11 de febrero, calle Pommier, 7 a 1,30 h».

Una vez llegado a París procedente de Italia el 10 de febrero, el príncipe Sixto se encuentra con M. Jules Cambon al día siguiente, en casa de M. William Martin.

ANEXO IV

París, 11 de febrero de 1917

Conversación del príncipe con M. Jules Cambon

FIJANDO LAS BASES DE LAS NEGOCIACIONES, DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL GOBIERNO FRANCÉS

11 de febrero de 1917. Exposición de las ideas de M. Jules Cambon relativas a Austria

Después del almuerzo en casa de M. William Martin (calle Léonce-Reynaud, 2), el sábado 11 de febrero de 1917, M. Jules Cambon, secretario general del Ministerio de Asuntos Exteriores, antiguo embajador en Berlín, expone sus ideas sobre Austria:

«El hecho actual de una proposición de paz por parte del emperador de Austria es un hecho nuevo por parte austríaca. Hasta ahora, únicamente las proposiciones alemanas habían llegado a los Aliados. Esas proposiciones eran: Constantinopla y Bucovina para los rusos, Transilvania para los rumanos, la Polonia rusa y austríaca constituida en reino independiente, mientras que la Polonia alemana quedaría para Prusia, Serbia devuelta a los serbios además con Albania, Trento y Trieste para Italia: para Francia ninguna promesa formal, para Bélgica promesas vagas sin excluir en absoluto una especie de supremacía alemana en Bélgica. El objetivo estaba claro: se trataba de concluir la paz con Rusia, Rumanía, Italia y Serbia en detrimento de Austria, de dividir a los Aliados, de oponer a continuación un rechazo absoluto a Francia, a Inglaterra y a Bélgica. El mismo juego se renovó durante las proposiciones

oficiales de paz. No ignoramos que esas proposiciones emanaban en principio del deseo de paz del emperador Carlos: sin embargo, con una hábil maniobra, Alemania ha explotado en propio beneficio esa idea generosa.

»Lo ha hecho publicando sus proposiciones antes que las de Austria y dándoles, por todos los medios de propaganda de que dispone, una resonancia tanto más grande en tanto que sistemáticamente acomodó a sus opiniones las declaraciones del emperador Carlos. Por todas esas razones, es importante para Austria actuar rápido y bien, si desea no solamente llegar a una paz honorable, sino también salvarse del dominio alemán. El emperador Carlos deberá notificar al emperador Guillermo su voluntad de deponer las armas en una fecha fija.

»Hay tres puntos esenciales a comunicar:

»1.° Es necesaria Alsacia-Lorena completa para Francia, sin ninguna compensación colonial para Alemania:

»2.° Ninguno de los Aliados de la Entente puede hacer una paz por separado;

»3.° Francia debe hacer honor a su firma».

Con el deseo manifiesto a los príncipes, de parte del presidente de la República, por M. William Martin, parten, el 12 de febrero por la noche, para Neuchátel. Esta vez, viajan solos y le envían al emperador el mensaje siguiente:

Si el emperador se siente con fuerzas para ofrecer una paz abierta a la Entente, separando desde ahora, de una manera pública y decisiva, los intereses esenciales y conservadores de la monarquía de las ideas conquistadoras injustas e irrazonables de Alemania; en ese caso, podría manifestar su voluntad de una manera más o menos análoga al proyecto que sigue:

París, 12 de febrero de 1917

Proyecto de proclamación

A mis pueblos,

Al subir al trono de mis antepasados en medio de la tormenta desatada, la primera necesidad de mi corazón ha sido prometer a todos la vuelta cercana a una paz necesaria y digna. Mi soberano deber, que juré cumplir ante Dios y que expreso firmemente, es asegurar la independencia de mis coronas con su honor.

Después de la ocupación de Serbia, cuyo castigo ha sido el único objetivo de esta guerra, mis bravas tropas acaban su magnífica campaña contra Rumanía que nos ha provocado desconsiderablemente, a mí y a mis augustos aliados. Llegado a ese punto del conflicto general en el que hemos marchado, ellos y yo, tan estrechamente unidos, no puedo esperar más a fin de declarar públicamente las intenciones que se imponen para la salvaguarda y los intereses esenciales de la Monarquía, INDEPENDIENTEMENTE DE LOS QUE PODRÁN IMPONERSE A MIS AUGUSTOS ALIADOS.

El emperador de Rusia y su aliada Francia han declarado tomar las armas para defender Serbia: el Imperio británico ha querido salvaguardar Bélgica. Estoy completamente convencido que esas potencias, unidas, dicen, para la defensa del derecho, no pueden formar el proyecto insensato de aniquilar el Imperio alemán o destruir la unión secular de mis coronas.

Declaro mi resolución de restaurar plenamente el reino de Serbia concediéndole, además, ventajas territoriales que le permitan un acceso equitativo al mar Adriático.

Reconozco que es imposible prolongar más los sacrificios sangrientos de mis pueblos, de lo que soy responsable ante Dios, para impedirle a Rusia asegurarse el acceso dominante de los Estrechos, tal como lo considera indispensable para su vida actual.

Estoy dispuesto a reconocer que la situación de Francia y Bélgica, en Occidente, ofrece analogías necesarias con las de Rusia y Serbia para el restablecimiento de una paz duradera y digna, basada en la justicia y en el honor.

No dudo, finalmente, que mis augustos aliados declaren, en breve plazo, las intenciones que les son propias y que esas intenciones serán realizables, en conformidad con las mías.

Estoy decidido a asegurar una justicia equitativa a cada uno de los pueblos de la monarquía, que la guerra ha probado tan inquebrantablemente unidos a mi cetro y a los que la paz debe aportar las más amplias libertades reparadoras, compatibles con la unidad siempre indisoluble de la monarquía.

Quiera Dios, hacia quien elevo mi corazón, curar pronto con Su mano todopoderosa las crueles heridas de Europa.

Nota secreta de Carlos del 20 de febrero de 1917, rectificando una nota de Bzernir dirigida al gobierno francés.

Adición al 3.°—Ayudaremos a Francia, y, con todos los medios, ejerceremos presión sobre Alemania.

Adición al 4.°—Tenemos las mayores simpatías para Bélgica y sabemos que ha sufrido una injusticia. La Entente y nosotros repararemos esas grandes pérdidas.

Adición al 5.°—No estamos absolutamente bajo mano alemana: por ello, contra la voluntad de Alemania, no hemos roto con América. Entre nosotros, se cree que Francia está

completamente bajo influencia inglesa.

Adición al 7.°—Alemania también.

Adición al 8.°—Entre nosotros, no hay privilegios para pueblos particulares; los eslavos son completamente iguales en derechos; todos los pueblos están unidos y son fieles a la dinastía.

Nuestro único objetivo es mantener la monarquía en su grandeza actual.

ANEXO V

Mensaje de Carlos I a Poincaré vía Sixto de Borbón-Parma

Luxemburgo, 24 de marzo de 1917

«Mi querido Sixto,

»Se acerca el tercer aniversario de una guerra que ha sumido al mundo en la pesadumbre. Todos los pueblos de mi imperio están más firmemente unidos que nunca en su resolución de preservar la integridad de la monarquía, incluso al precio de los mayores sacrificios. En virtud de su unidad, de la generosa colaboración de todas las razas del imperio, hemos podido resistir, desde hace tres años, contra los ataques más violentos. Nadie puede negar el éxito de mis tropas sobre el terreno, especialmente en el teatro de los Balcanes.

»Francia también ha dado prueba del mayor valor y de su magnífica vitalidad al resistir a la invasión. Todos estamos obligados a admirar sin reservas el tradicional valor de su animoso ejército y el espíritu de sacrificio que anima al pueblo francés. Estoy particularmente feliz al constatar que, aunque momentáneamente nos encontremos en campos opuestos, ninguna diferencia fundamental de perspectiva o aspiraciones separa a mi imperio de Francia; creo estar en el derecho de esperar que la cálida simpatía que siento por Francia, sostenida por el afecto que la misma inspira a

cualquier monarquía, impedirá para siempre el retorno a un estado de guerra, por lo cual yo declino cualquier responsabilidad personal.

»Por esas razones, y con vistas a demostrar de manera precisa la realidad de esos sentimientos, os ruego transmitáis secreta y oficiosamente a M. Poincaré, presidente de la República francesa, la seguridad de que apoyaré las justas reivindicaciones de Francia en lo concerniente a Alsacia-Lorena por todos los medios de que dispongo y que ejerceré toda mi influencia personal ante mis aliados a ese fin.

»En cuanto a Bélgica, debe recuperar su soberanía y el conjunto de sus posesiones africanas, sin perjuicio de cualquier compensación que pueda estar llamada a recibir por las pérdidas que ya ha sufrido. Serbia también será restablecida en su soberanía y, como prueba de nuestra buena voluntad a su propósito, estamos dispuestos a admitir su justo y natural acceso al Adriático, así como a acordarle liberales concesiones económicas. Por su parte, y en tanto que condición previa y absoluta, Austria-Hungría insiste en que el reino de Serbia renuncie definitivamente a cualquier relación con grupos y sociedades cuyo objetivo político es la desintegración de la monarquía y que las prohíba —y especialmente a la sociedad llamada Narodna Obrana—. Por otra parte, Serbia debe tomar medidas sinceras que están en su poder para prevenir cualquier forma de agitación política, en el interior o en el exterior de sus fronteras, y darnos esa seguridad con la garantía de las potencias de la Entente.

»Los acontecimientos que se han desarrollado en Rusia me imponen el deber de rechazar el examen de la situación hasta el momento en que un gobierno estable y legal se haya

establecido allí.

»Ahora que os he expuesto mis intenciones, os pido a su vez hacerme partícipe de las vuestras después de haber consultado con Francia e Inglaterra, de manera que podamos preparar un terreno de entendimiento y comprensión mutua sobre el que las negociaciones oficiales pudieran ser emprendidas y concluidas a satisfacción de todos.

«Deseando que, por ambas partes, nos encontremos pronto en disposición de poner fin a los sufrimientos de millones de hombres y de todas las familias que se encuentran actualmente en la tristeza y la ansiedad, os ruego creáis en la seguridad de mi más cálido y fraternal afecto [230].

»Carlos»

ANEXO VI

Segunda carta autógrafa del emperador

9 de mayo de 1917

«Mi querido Sixto,

»Constato con satisfacción que Francia e Inglaterra comparten mis intenciones sobre lo que yo creo que son las bases esenciales de la paz de Europa. Sin embargo, me oponen su voluntad de no realizar en absoluto la paz sin que Italia participe; precisamente, Italia acaba de pedirme concluir la paz con la monarquía abandonando todas las pretensiones inadmisibles de conquista que había manifestado hasta aquí sobre los países eslavos del Adriático. Ha reducido sus exigencias a la parte del Tirol de lengua italiana. He aplazado el examen de esa petición hasta que conozca, por ti, la respuesta de Francia y de Inglaterra a mis gestiones de paz. El conde Erdödy te comunicará mis intenciones y las de mi ministro sobre esos diferentes puntos.

»El buen entendimiento entre la monarquía y Francia e Inglaterra sobre un número tan amplio de puntos esenciales permitirá, estamos convencidos, remontar las últimas dificultades que se presentan para llegar a una paz honorable.

»Agradezco la ayuda que me prestas ahora para esa hora de paz concebida por mí por el interés común de nuestros países. Esta guerra te ha impuesto, como me decías al abandonarme, el deber de permanecer fiel a tu nombre y al gran pasado de tu

casa, primero socorriendo a los héroes heridos en el campo de batalla y después combatiendo por Francia. Comprendo tu conducta y, aunque nos hayamos separado por acontecimientos en los que en nada tengo responsabilidad personal, mi afecto te ha permanecido fiel.

»Quiero reservarme, si lo ves bien, la posibilidad de hacer conocer, sin otro intermediario que tú, a Francia y a Inglaterra, mi pensamiento directo y personal.

»Te ruego creer una vez más en mi vivo y fraternal afecto.

»Carlos»

El texto de la nota alemana, adjunto a la carta del emperador por su ministro de Asuntos Exteriores, es éste:

Viena, 9 de mayo de 1917

Las objeciones del conde Czernin

NOTA AUTÓGRAFA ADJUNTA A LA CARTA IMPERIAL DE ESE DÍA

1. Cualquier abandono de territorio de Austria-Hungría está absolutamente excluido; en caso de una compensación con otro territorio, el asunto será sin embargo negociado siempre que se tome en consideración que nuestro territorio, por la defensa del cual tantos de nuestros soldados han vertido su sangre, tiene un valor incomparablemente más grande que el que nos sea propuesto.

2. ¿Qué garantías se nos ofrecen para que, en la ocasión de una conferencia de paz, la integridad de la monarquía (habida cuenta de las modificaciones de las fronteras que habría precedido) permaneciera intacta?

3. Una respuesta definitiva de nuestra parte sólo será dada después de la aclaración de los dos puntos arriba indicados, pues sólo entonces Austria-Hungría podrá establecer a ese

respecto conversaciones con sus aliados.

4. Sea lo que fuere, Austria-Hungría está dispuesta a continuar las conversaciones, y está dispuesta, igual que antes, a trabajar por una paz honorable, y allanar por lo mismo el camino para la paz mundial.

ANEXO VII

Mensaje del emperador Carlos a Wilson por mediación del rey de España

20 de febrero de 1918

La situación europea se ha aclarado sensiblemente, gracias al discurso del presidente Wilson, por una parte, y al del conde Czernin, por la otra; el número de los puntos en litigio ha sido reducido así a un cierto mínimun. Parece, pues, llegado el momento en que una discusión entre uno de mis representantes y un delegado de M. Wilson sería susceptible de aclarar a su vez la situación, de manera que ningún obstáculo se oponga en adelante a la reunión de un congreso destinado a concluir una paz mundial.

El deseo que a menudo ha manifestado en favor de proposiciones de paz de las que estaríais dispuestos a tomar la iniciativa me incita a rogaros que hagáis llegar el mensaje siguiente, por vía secreta, al presidente Wilson.

En su discurso del 12 de febrero, el presidente enunció cuatro principios, que considera deberían constituir las bases de un acuerdo tal como nosotros lo deseamos. He aquí en algunas palabras lo que pienso de esos cuatro puntos.

Punto 1. Refiriéndose al texto alemán que tengo ante mis ojos, el presidente pidió que «cada parte del reglamento final repose sobre lo que es la verdadera justicia en cada caso particular y sobre los arreglos más propios, según toda

verosimilitud, para fundar una paz definitiva». Acepto ese principio rector. Cualquier hombre con principios e inteligencia debe desear una solución que garantice una paz duradera, y sólo una paz justa, que asegure los intereses esenciales, es la que por naturaleza puede dar semejante resultado.

Los puntos 2 y 3 pueden unirse uno a otro. Proponen que «los pueblos y las provincias no sean intercambiadas entre los gobiernos como rebaños o peones de un tablero de ajedrez, incluso cuando se trata de ese gran tablero para siempre desacreditado que es el equilibrio de las potencias». «Cualquier reglamento territorial a que dé lugar esta guerra debe ser concluido en interés y para el mayor beneficio de las poblaciones en juego, no simplemente como cláusula de arreglo o compromiso entre las ambiciones de los Estados rivales».

Esas cuestiones de territorios pueden, en mi opinión, regularse muy fácilmente si todos los gobiernos se declaran dispuestos a renunciar a conquistas o anexiones. Por supuesto todos los Estados deberán en similar materia estar situados en pie de igualdad. Si el presidente quiere esforzarse en establecer sobre esa cuestión un acuerdo entre los Aliados, Austria hará todo lo que esté en su poder para persuadir a sus propios aliados a adoptar la misma postura. En cuanto a lo que sería posible cumplir ante la eventualidad de rectificaciones de algunas fronteras en favor de las naciones que estuvieran interesadas, podrían ser emprendidas conversaciones amistosas entre Estado y Estado pues —y en eso estoy de acuerdo con el presidente— no podríamos establecer una paz duradera si, con el pretexto de evitar

transferir de oficio ciertos derechos soberanos de una potencia a otra, pretendemos prohibir un reglamento territorial del mismo género en ciertas partes de Europa que, hasta entonces, no habían conocido ninguna limitación precisa en sus fronteras: ése es el caso de las regiones habitadas por los búlgaros. No obstante, el principio que establece que ningún Estado ni perderá ni ganará, debe permanecer inviolable y las posesiones de anteguerra de todas las potencias deberán ser respetadas.

Punto 4. «A todas las aspiraciones nacionales bien definidas les debe ser concedida la mayor satisfacción; evitaremos introducir nuevos elementos de discordia y antagonismo o perpetuar los ya existentes y que no dejarían de comprometer un día la paz de Europa y, en consecuencia, la del mundo».

Esa declaración, expresada en términos tan precisos y con tanta oportunidad por el presidente, es igualmente aceptable. Una vez más, insisto en el hecho de que un nuevo reglamento de las condiciones políticas y territoriales de Europa no deberá acrecentar los riesgos de un conflicto en el futuro, sino al contrario disminuirlos. La sinceridad con la que el presidente anuncia que «los Estados Unidos están dispuestos a aceptar que se les demuestre que las soluciones que ha propuesto no son las mejores ni las más duraderas» despierta en nosotros la gran esperanza de que podremos, también en ese aspecto, llegar a un acuerdo. Para ese intercambio de opiniones, estamos en disposición de demostrar, con pruebas concluyentes, que ciertas aspiraciones nacionales son inadmisibles. Si les otorgásemos satisfacción, no tendrían efectos ni bienhechores ni duraderos. Además, los continuos

agravios planteados por algunas naciones no encontrarían la solución deseada. Igualmente podemos probar la veracidad de nuestras afirmaciones por lo que se refiere a las reivindicaciones nacionales de Italia, que reclama la parte del Tirol austríaco habitada por italianos, y podemos probarlo apoyándonos en las indiscutibles manifestaciones nacionalistas austríacas, expresión formal de las aspiraciones populares en esa parte del imperio. Tengo por ello el deber de insistir vivamente para que mi representante discuta con el presidente todos los medios para impedir nuevas crisis. Sin duda, en el principio ya enunciado de una completa renuncia a las anexiones, está incluida la petición de evacuación completa de Bélgica. Por lo que respecta a ciertos detalles, como el acceso al mar de Serbia y la concesión a ese país de las salidas marítimas necesarias para su comercio, así como muchas otras cuestiones, podrían ser verdaderamente despejadas en las discusiones preliminares de la conferencia de paz.

El segundo de los principios fundamentales del presidente establece que es necesario evitar a cualquier precio nuevas guerras. En eso, estoy completamente de acuerdo con M. Wilson.

El tercer punto prevé un desarme general y la libertad marítima, con la esperanza de evitar nuevas guerras mundiales. También en eso comparto enteramente las ideas del presidente. Vista esa exposición, sostengo que los principios propuestos por el presidente se armonizan bien con mi manera de ver, y actualmente podemos esperar obtener algunos resultados de una conferencia, y que de ese intercambio de ideas quizá salga el acercamiento general de

las naciones, tan ardientemente deseados por todos.

Si tiene la bondad de hacer llegar ese mensaje al presidente, creo que hará por la causa de la paz en general y por la humanidad entera un servicio señalado.

Karl

ANEXO VIII

La francmasonería interaliada convocó en junio de 1917 una conferencia internacional para definir sus objetivos de paz. Extractos de los pasajes relativos a Austria-Hungría, cuya destrucción fue preconizada, dos años antes de los tratados de paz de Versalles y Trianon.

Congreso de las masonerías de las Naciones aliadas y neutrales

28, 29 y 30 de junio de 1917

La conferencia de los Mas.˙. de las Naciones aliadas, que se ha reunido en París los días 14 y 15 de enero de 1917, decidió convocar, en París, los días 28, 29 y 30 de junio, un Congreso de los Mas.˙. de las Naciones aliadas y neutrales.

A ese efecto, la pl.˙. siguiente ha sido dirigida a las Potencias más.˙. interesadas:

G.˙. O.˙. de Francia IGUALDAD G.˙. L.˙. de Francia
16, calle Cadet LIBERTAD 8, calle Puteaux
París-9 FRATERNIDAD París-17

0.˙. de París, 25 de marzo 1917 (E.˙. V.˙.)

TT.˙. CC.˙. ET ILL.˙. FF.˙.

Al remitirle el balance sumario de la Conferencia de los Mas.˙. de las Naciones Aliadas, que se ha celebrado en París los días 14-15 de enero de 1917, así como las resoluciones y el manifiesto adoptados, nos complace hacerle saber que esa Conferencia ha decidido celebrar, en París, en la G.˙. O.˙. de Francia, los días 28, 29 y 30 de junio próximo, un Congreso

mas.˙..

Ese Congreso tendrá por misión buscar los medios para llegar a la constitución de la Sociedad de las Naciones, a fin de evitar la posibilidad de una catástrofe similar a la que ha puesto en duelo al mundo civilizado.

La Conferencia ha estimado que ese programa no podía ser discutido únicamente por los Mas.˙. de las Naciones aliadas y que le correspondía también a los Mas.˙. de las Naciones neutrales aportar sus experiencias para el examen de un problema tan grave.

Igualmente les parecerá que la cuestión propuesta sobrepasa el marco de algunas naciones e interesa a todas las que tienen el deseo de ver a la humanidad franquear, en el futuro, los desastres que paralizan la marcha de la civilización.

Es deber de la Mas.˙. para salir del drama cruel que continúa actualmente, hacer oír su gran voz humanitaria y dirigir a los pueblos hacia una organización general que será su salvaguarda. Faltaría a su deber, desprestigiaría sus grandes principios si se encerrara en el silencio.

Por ello y con toda confianza pedimos la adhesión de su ill.˙. Obed.˙. a ese Congreso.

Conforme a la decisión tomada por la Conferencia de los días 14-15 de enero último, podrá designar tres delegados. En el caso de que únicamente enviase un delegado, éste dispondrá de tres mandatos.

Queda bien entendido que el Congreso mas.˙. se limitará al aspecto puramente humanitario y, conforme a nuestras constituciones mas.˙. no abordará ninguna cuestión de orden político.

Le quedaremos muy agradecidos si nos hace llegar su adhesión en el plazo más breve posible.

Convencidos de que acogerá nuestra invitación con el mismo espíritu de frat.˙. como el que nos lo dicta, le enviamos, TT.˙. CC.˙. y ill.˙. FF.˙. la seguridad de nuestros sentimientos muy frat.˙. y muy afectísimos.

El Presidente del Consejo de la Orden del Gran Oriente de Francia
G. Corneau, 33e

El gran Maestre de la Gran Logia de Francia
General Peigné

Extractos del discurso de Corneau,

presidente del Gran Oriente de Francia

¿Qué constatamos? Esta guerra, desencadenada por las autoridades militares, se ha transformado en una formidable querella de las democracias organizadas contra las potencias militares y despóticas.

En esa tempestad, el poder secular de los zares, en la gran Rusia, ya ha sucumbido.

Grecia, por la fuerza de los acontecimientos, ha debido regresar a la ejecución de la Constitución liberal.

Otros gobiernos serán llevados por el viento de la libertad.

Por ello es indispensable crear una autoridad supranacional, que tendrá por objetivo no suprimir las causas de los conflictos, sino resolver pacíficamente las diferencias entre las naciones.

La francmas.˙. obrera de la paz, se propone estudiar ese nuevo organismo: la Sociedad de las Naciones. Será el agente de propaganda de esta concepción de paz y felicidad

universal.

Extractos del discurso de André Lebey [231]

Mis TT.˙. CC.˙. HH.˙.

[La guerra] acaba de mostrar, por una parte, que en medio del mundo decidido en su mayoría, casi en su totalidad, a mantener a toda costa esa paz saludable para su desarrollo —y ningún país, quizá, más que Francia ha hecho tantas concesiones sucesivas, a veces difíciles, dolorosas—, dos imperios, agrupando naciones a la fuerza, por procedimientos artificiales —Austria-Hungría lo deja ver, especialmente, en el momento en que nos reunimos— al rechazar deliberada, voluntariamente esa concepción, decididos, más que a subscribir, a obrar, no importa con qué medios, para imponerle al mundo, cada día más estupefacto, su voluntad de hegemonía por las armas…

La gran guerra de 1914, impuesta primeramente a Francia, a Bélgica y a Rusia, y después a Europa, y a continuación al mundo, por medio de la agresión germánica, no ha dejado de definir, progresivamente, el carácter del conflicto establecido enfrentando a dos principios: el de la democracia y el del imperialismo, el de la libertad y el de la autoridad, el de la verdad que prueba su buena fe, y el de la mentira que se hunde cada vez más en las intrigas codiciosas, universales, para salir de cuidados, especialmente al seguir intentando desacreditar en su propio beneficio, en cada país, a los que tenían el mejor sentido del interés nacional. Desde la violación de la neutralidad belga hasta el levantamiento de los Estados Unidos de América, pasando por la Revolución rusa, no existe un hecho que no haya aportado su prueba a ese dueño gigantesco entre dos principios enemigos […].

Estamos (al preparar la paz, la más legítima, la más duradera de todas) en la tradición de nuestro país. En 1789, proclamó los derechos del hombre. Más tarde —recordemos todas las luchas llevadas por la teoría de las nacionalidades, que políticos de corto alcance declaraban abortada— proclamó los derechos de los pueblos a disponer libremente de sí mismos. Comenzó con un vigor creciente, con una posibilidad de éxito creciente. Ésa es su respuesta y sabrá mantenerla frente al agresor germánico que, el 4 de agosto, por la maldita boca del jefe de su gobierno, con la complicidad unánime del Reichstag, reivindicó muy alto para el imperio de Alemania como para el imperio de Austria-Hungría, el derecho a destrozar los contratos vanos y miserables «papeles mojados», el derecho a faltar al honor, el derecho a aplastar al Derecho […] La política de Austria-Hungría no ha dejado de ser un fermento de discordia; la de Alemania se ha descubierto como una conspiración perpetua, oculta unas veces y manifiesta otras, contra la libertad, no solamente de Europa, sino de toda la tierra… Sabemos, en efecto, como el pietismo prusiano, estigmatizado por Jaurès, la aristocracia imperial y el emperador, ayudados por el servilismo de sus pueblos, han desviado la idea socialista y revolucionaria hasta el punto de hacer de ella un instrumento de dominación universal y de domesticación interior. La estructura política de los imperios como su estructura nacional mantiene la negación constante de los derechos del hombre y de los derechos de los pueblos… Sin su derrota irremediable, ni los derechos del hombre ni los derechos de los pueblos existirían. Una victoria seria, verdadera y completa, abatirá únicamente el último obstáculo que se

opone a la Sociedad de las Naciones… La nacionalidad está en la vida del alma humana. Es algo vivo. Al defender a nuestra patria, desde el momento que la comprendemos como Montesquieu, responderemos hasta el final del mundo: «Cuanto más penetra el hombre en el genio de su patria, como dijo Michelet, más coopera con la armonía del globo».

Nosotros no podemos, mis HH.˙., definir ni delimitar las condiciones de la paz. Además, anticiparse a la obra de los diplomáticos sería vano; una gran parte de esa obra depende, además, de acontecimientos que son, en sus líneas a la vez exactas y vagas, siempre difíciles de prever. Podemos, eso sí, sin prejuzgar cualquier medida susceptible de ser emprendida en interés de la seguridad de Europa, indicar los cuatro puntos principales que nos parecen necesarios:

1.° Devolución de Alsacia-Lorena a Francia.

2.° Reconstitución, con la unión de sus tres partes, de la Polonia independiente.

3.° Independencia de Bohemia.

4.° En principio, la liberación o la unificación de todas las nacionalidades hoy oprimidas por la organización política y administrativa del imperio de los Habsburgo en Estados que dichas nacionalidades expresarán a través de un plebiscito [232] […]

La reconstitución de un Estado polaco independiente no ha dejado de estar a la orden del día durante el siglo XX, y todos los acontecimientos sucesivos, todas las guerras han demostrado a ese respecto, de una manera creciente, que una obra injusta es siempre una obra nefasta y que al sacrificarla en una alianza europea ficticia, de la que los pueblos estaban

excluidos, esa nación tantas veces sacrificada por Europa, sólo conducía a alimentar una protesta eterna al mismo tiempo que a crear nuevas causas de conflictos. La reconstitución de la Polonia independiente con la integridad unida de todos sus territorios es, pues, indispensable; será una de las piedras fundamentales sobre las que se levantarán las columnas de la paz.

Y lo mismo para Bohemia, en la que nada ha podido extirpar la profundidad del sentimiento nacional. La historia de ese noble país, cofrecillo precioso de recuerdos heroicos […]. Praga será, en la nueva Europa, un centro de conciliación incomparable. […]

Nos alegramos particularmente también por encontrarnos una vez más estrechados con nuestros excelentes HH.˙. de Italia. Como ellos, esperamos con la victoria y la paz el retorno de derecho de las tierras recuperadas, el Trentino y Trieste, a su madre patria.

Extractos de la conclusión del congreso

[…] El congreso reconoce que, aunque la Mas.˙. universal esté, en principio, contra cualquier guerra, debe exaltar los sublimes sacrificios de los pueblos cuando son dirigidos, como en la guerra actual, a rechazar una agresión traidora o a crear las condiciones indispensables para el establecimiento de la libre y pacífica unión de los pueblos civilizados, y declara que la acción de las familias mas.˙.., que han aceptado y apoyado la dolorosa necesidad de la guerra, está de acuerdo con los principios de la Mas.˙. universal.

Afirma la inquebrantable voluntad de todas las fuerzas mas.˙. presentes en el congreso de actuar con la fuerza

dimanante de la nobleza del objetivo común, a fin de que el sacrificio de innumerables vidas con ideal altruista lleve a los pueblos el derecho a reconstituir, sobre la base de las características naturales, étnicas, morales, históricas, artísticas, las nacionalidades rotas o borradas por largos siglos de despotismo y militarismo.

Asegurando a cada nacionalidad, de tal manera recompuesta con homogeneidad de principios y de régimen político de libertad, las garantías de defensa natural y de desarrollo pacífico y realizando una Confederación entre las nacionalidades libres, con el fin de obtener el respeto al derecho por medio de sanciones internacionales, como exigen los principios de solidaridad que deben unir a todos los pueblos contra quien atente contra las condiciones de existencia de la sociedad humana.

ANEXO IX

¿Quién ha inspirado la política francesa? A propósito de un telegrama de Stephen Pichon, Ministro de Asuntos Exteriores

Hemos señalado la mención hecha por Beneš en sus *Recuerdos* de las excelentes relaciones que mantenía con un cercano colaborador del ministro francés de Asuntos Exteriores, Pichon. Su afirmación encuentra una clara confirmación en una libreta de apuntes clasificado entre los dosieres de Pichon y que parece haber servido al ministro de documento de base para definir la política francesa con respecto a Hungría, después del derrumbamiento de la monarquía. No hay que ser gran experto en el análisis de estilo para darse cuenta de la inspiración de esa libreta de apuntes y del telegrama aquí adjunto, que presenta los acontecimientos desde un punto de vista que, en la época, correspondía íntegramente al de los dirigentes del Estado checoslovaco recién nacido y, especialmente, a las opiniones de Beneš. En efecto, si no el mismo ministro sólo un diplomático que actuara bajo la influencia de Beneí o de uno de sus amigos ha podido redactar un texto tan tendenciosamente hostil en contra de Hungría, para la que la diplomacia tradicional francesa había manifestado hasta entonces una cierta objetividad. Así, queda excluido que un diplomático sin prejuicios haya podido aplicarse a denunciar

como un pérfido imperialista al conde Mihály Károlyi, de quien nadie podía entender, las actividades de oposición y las convenciones democráticas y federalistas. Se puede, a justo título, reprochar a Károlyi el haber sido demasiado idealista para ser buen político, pero era absurdo acusarlo a él, que había luchado, durante muchos años, contra la alianza con Alemania y por los derechos de las nacionalidades, a riesgo de ser condenado por traidor de romper con su propia familia y su clase.

París, 29 de noviembre de 1918

Telegrama cifrado del ministro de Asuntos Exteriores.

Maniobras del gobierno húngaro.

Secreto.

Para Bruselas y Berna: Dirijo el siguiente telegrama a los embajadores de Francia en Londres, Roma y Washington. Para TODOS: Hungría, que tiene una pesada carga en las responsabilidades de la guerra, sintiéndose amenazada de sufrir justamente las consecuencias, intenta actualmente por todos los medios sustraerse.

La táctica de los hombres de Estado húngaro consiste en darse la apariencia de repudiar cualquier solidaridad con el antiguo gobierno y buscar todos los pretextos para hacerse pasar como beneficiado por la benevolencia de los Aliados.

Por ejemplo, el general Franchet d'Esperey, habiendo concluido con los delegados del conde Károlyi un acuerdo que, en su pensamiento, debía simplemente completar el armisticio general, que no preveía ninguna cláusula especial para el frente de Oriente, el conde Károlyi ha pretendido atribuir a ese acto el carácter de un armisticio particular con el gobierno húngaro y

que consagrase su autoridad sobre todo el territorio devuelto a Hungría en tiempos de los Habsburgo. Rápidamente ha enviado a Eslovaquia tropas húngaras, que han saqueado y molestado a la población expulsando a las autoridades que habían sido instaladas por el gobierno de Praga, después de que las autoridades húngaras se hubieran retirado en el momento de la proclamación de la independencia de Checoslovaquia.

El gobierno Francés ha indicado al general Franchet d'Esperey que invite al gobierno húngaro a retirar inmediatamente sus tropas del territorio checoslovaco, cuyo gobierno es reconocido por nosotros y tenido por aliado.

Siguiendo su táctica, el ministro húngaro de la guerra ha solicitado del general Franchet d'Esperey la autorización para renovar sus relaciones diplomáticas con Alemania, con el pretexto de la necesidad de proteger a sus nacionales, y alegando que el armisticio intervenido entre los Aliados y Alemania y la democratización de ésta permiten acoger esa petición.

El general Franchet d'Esperey ha recibido la instrucción de soslayar cualquier gestión en ese sentido, de tratar al seudogobierno húngaro como a una simple autoridad local, de hecho, y no tener con él más que las relaciones forzadas por la situación militar.

Por otra parte, el embajador de Francia en Berna señala la nominación de Mme Rosita Schwimmer como ministra plenipotenciaria del gobierno popular húngaro en Suiza.

Hay cierta desvergüenza por parte del conde Károlyi al intentar ocultar de esa manera con una fachada ultrademocrática el objetivo real perseguido por el gobierno

húngaro, que sólo desea mantener en la servidumbre a las nacionalidades no magiares.

Es inútil llamar la atención de los gobiernos aliados sobre los incidentes ocurridos entre el general Franchet d'Esperey y el gobierno húngaro. Las informaciones que preceden les permitirán, sin embargo, llegado el caso, poner las cosas en su punto. Les darán, igual que la información relativa a Mme Rosita Schwimmer, que inmediatamente puede poner en evidencia, una base para las conversaciones que le ruego tenga con el gobierno ante el que usted está acreditado, para alertarlo contra la acción pérfida y taimada de los húngaros, y en particular, del conde Károlyi.

AE EUROPA 1918-1919

HUNGRIA VOL. 44 FOL. 165-167.

ANEXO X

El tratado de Versalles visto por el Komintern

Exposición de Manuilski en el V Congreso de la Internacional comunista

La paz de Versalles y los tratados siguientes han balcanizado completamente a Europa Central. En lugar de una gran formación estatal, con un espacio económico unificado, han creado una confusión internacional con la creación de las supuestas «naciones». Países que antaño no sufrieron presión nacional deben sufrirla en la actualidad, como los Alemanes de Ruhr.

Las pandillas imperiales han creado sobre las ruinas de Austria y Turquía nuevos Estados nacionalitarios típicos, desgarrados por los conflictos nacionales.

Tomemos como ejemplo a Yugoslavia. Antes de la guerra, 5 millones de serbios vivían en Serbia. En la actualidad Yugoslavia cuenta con I 1.350.000 habitantes, de los que 5 millones (42,2%) son serbios, y el resto repartidos entre las nacionalidades: 2.800.000 croatas (23,7%), 950.000 eslovenos (4%), 750.000 serbo-croatas musulmanes (6,56%), 600.000 macedonios (5.%) 600.000 alemanes (5%), 500.000 húngaros (4%) y 650.000 diversos. He aquí un ejemplo típico de «Estado nacional».

Veamos Checoslovaquia: 13,5 millones de habitantes de los que 6 millones son checos. Las regiones industriales avanzadas: textil, minería, habitadas casi exclusivamente por alemanes: 3.700.000 (27,4%); además el país cuenta con 2 millones de eslovacos (14,8%), 800.000 húngaros (5,9%), 400.000 ucranianos (2,9%), 360.000 judíos (2,7%), etc.

El Estado polaco tiene 30.000.000 de habitantes, de los que 15.000.000 son polacos, 6.300.000 (21%) ucranianos, 3.300.000 judíos (I I%), 2.200.000 rusos (7,3%), 2.100.000 alemanes (7%).

En Rumanía hay un 30% de minorías.

El dirigente comunista francés Cachin calificó el tratado de Versalles de *Zwangsdiktatur*, *diktat* obligado.

ANEXO XI

Cómo se preparó Trianon [233]

Cuando comenzó, en el Petit Trianon, en el decorado que había visto la condena del traidor Bazaine, la conferencia encargada de reglamentar la suerte de Europa central, ya hacía en realidad cuatro años que esa suerte, en sus menores detalles, había sido fijada.

No por los gobiernos, pues éstos en las consecuencias que habían llevado a término entre ellos, en el transcurso de las hostilidades, se habían atenido —con la sola excepción del tratado secreto franco-ruso de febrero de 1917— a consideraciones generales, si no por las personalidades privadas, hombres de los que la opinión aliada no conoció nunca su acción e ignoró todo del papel primordial que desempeñaron.

Se pusieron a la obra en los últimos días de 1914 —cuando Austria-Hungría parecía en la víspera derrumbarse bajo el brusco ataque de los ejércitos rusos.

Un puñado de políticos eslavos, de profesores y publicistas internacionales de su devoción: Mazaryk [*sic*], Wickham Steed, Kowalewsky, Seton-Watson, Ernest Denis, Vinogradov, Supilo, Eisenmann —sin otro mandato que el que ellos se otorgaban, pero disponiendo en Gran Bretaña, en Francia, en los Estados Unidos, de amistades decisivas en los medios intelectuales, la policía, el mundo de los negocios y de la gran prensa—, procedieron entonces entre ellos a repartirse

la piel del oso austrohúngaro, aún muy vivo.

Otros —Osusky, Kuffner, Edouard Bénés [*sic*], Trumbič, Kramarz— se unieron sucesivamente a ellos.

Oficialmente, en aquel momento, ninguno de ellos era nada. Todos eran completamente desconocidos para la opinión del mundo entero. La mayoría de ellos —excepción hecha de los que la guerra y la paz llevaron a la cumbre de los honores— aún lo son hoy. Su influencia, sin embargo, fue inmensa. En la preparación de la paz, lo fueron todo. Nada se decidió en Trianon, que no hubieran inspirado ellos, aprobado o dictado. Esos desconocidos, esos irresponsables fueron más realmente, más absolutamente —en el valle del Danubio y los Balcanes— los arquitectos de la nueva Europa que lo fueron Clemenceau, Lloyd George, Orlando o el desdichado Wilson.

En los comités de propaganda que las subvenciones oficiales o particulares les habían permitido constituir en Londres, en Ámsterdam, en París, en Génova, en los Estados Unidos, los futuros beneficiarios de Trianon pasaban su tiempo redactando memorándums a los gobiernos aliados, estableciendo estadísticas, levantando mapas, repartiéndose pueblos y territorios.

Mazaryk [*sic*] ha contado cómo mientras nuestros soldados sufrían y morían, él había preparado la «buena paz» que iba a hacer de él un jefe de Estado. El orgullo con el que da testimonio en ese relato no es excesivo.

Hace diez años, cuando estallaron los disparos de revólver de Sarajevo, Mazaryk era el inspirador, el jefe oculto de organizaciones revolucionarias checas a sueldo del zarismo.

Fue él, en 1908, quien recibió y retuvo en Praga al periodista inglés Seton-Watson, que había llegado para indagar en Europa Central sobre la situación de las nacionalidades eslavas de Austria y de Hungría, quien lo documentó, quien lo convirtió a la idea paneslava.

Incansablemente, durante diez años, pero sin apartarse nunca del respeto debido a la autoridad que puede privaros de vuestra función y encarcelaros, el profesor Mazaryk adoctrinó, animó, empujó la rebelión en la juventud eslava. También defendió ante los jueces imperiales —a Agram (nombre alemán de Zagreb, capital de Croacia), por ejemplo — cuando la paralización del proceso valía la pena.

Advertido a tiempo, en julio de 1914, por sus amigos de San Petersburgo, ganó los países aliados.

Su actividad, durante toda la guerra, fue desbordante.

Con sus escritos, sus conferencias, las vastas relaciones que le dieron, en los medios políticos y universitarios, su alto grado en la masonería; con su incansable insistencia ante todos aquellos que juzgaba susceptibles de serles útil, creó, en Gran Bretaña, entre nosotros, en los Estados Unidos, esa atmósfera de simpatía, esas corrientes de opinión que permitió a sus colaboradores establecer y conducir a bien las negociaciones ocultas que prepararon y reglamentaron la paz.

Aunque Bénés [*sic*] lo ha escrito y firmado, fue Mazaryk quien tuvo la idea del panfleto, cuya resonancia, en 1916, selló la suerte del imperio de los Habsburgo; «Destruid Austria-Hungría…».

Aunque su acción directa en el «amaño» en el mismo lugar de la paz, en Trianon, fue muy inferior, en apariencia, a la de

un Vesnič [234], de un Take Ionescu [235], de un Bratianu [236] y sobre todo a la de Edouard Beneš y André Tardieu, o de un Stefan Osuský [237], su acción directa y moral fue decisiva.

Edouard Beneš, ayudado por Estefan Osuský y respaldado por André Tardieu, sacó a Checoslovaquia de la nada, pero ninguno de ellos, sin Masaryk, hubieran podido hacer lo que hicieron.

ANEXO XII

Ni Praga ni Pest pueden reemplazar a Viena [238]

Francia unió a ella sus intereses contra el peligro que suponía Alemania. Me dolería insinuar algo que fuese hostil a la política de mi país. Pero no se podría disimular que, si la república de Bohemia pasa por nación de Europa, es en virtud de la cultura secular que ha recibido a través del mundo alemán, y que todos los esfuerzos que haga para rechazar sus orígenes la llevarán hacia la barbarie. Otro tanto puede decirse de Hungría. Añadamos que ni la una ni la otra podrían ocupar el lugar que tenía Austria en la civilización, que ni Praga ni Pest pueden reemplazar a Viena, que incluso ni la una ni la otra tendrán el crédito en el mundo que Viena les aseguraba al hablar el alemán, que es comprendido en toda Europa, mientras que el checo y el húngaro no son leídos por nadie. No hay interés político en el mundo que deba impedir escribir eso.

Turquía estaba como fuera del mundo europeo. El tratado que la disgregó en partes sólo tuvo la desdicha de liberar elementos peligrosos para la paz. El tratado que destruyó a Austria suma ese inconveniente al de arruinar una plaza fuerte de la cultura común y de su expansión. Rusia, para coronar ese efecto, añade su revolución, también nacionalista, que, haciendo tabla rasa de lo que conservaba de Alemania, se

ha retirado de Europa, hacia el lado de Tartaria.

Ese doble fracaso del mundo civilizado sólo es comparable al de la toma de Constantinopla.

ANEXO XIII

A propósito de la responsabilidad de Beneš

Mi libro ya estaba en la imprenta cuando tuve conocimiento de un texto del más eminente representante de la filosofía de la historia en Hungría, István Bibó, escrito en 1978 en Budapest [239].

He constatado con satisfacción nuestra total identidad de opinión acerca del papel desempeñado por el cofundador, con Masaryk, del Estado checoslovaco, Beneš, en el desmembramiento de Austria-Hungría. Bibó, como yo, resalta la importancia de la influencia ejercida por Edouard Beneš, jefe de la emigración checa en París, sobre las decisiones de la Entente en cuanto a la reorganización de la Europa Central. En efecto, presentándose como el campeón más entusiasta de la democracia, Beneš consiguió convencer a la diplomacia anglo-franco-americana de la necesidad, para la Checoslovaquia que iba a ser el pilar de la nueva Europa democrática, de prolongar en algunos cientos de kilómetros la frontera de su país, a fin de hacer de él el país danubiano más importante.

Ahora bien, ese prolongamiento de la frontera danubiana tuvo como consecuencia englobar en el nuevo Estado una región en gran mayoría húngara, mientras que la reorganización de la herencia de la monarquía hubiera de estar fundada en la aplicación del principio étnico. También conviene observar que el hombre de Estado checoslovaco,

Milán Hodja, en sus planes anteriores a 1918 relativos a la unión de Eslovaquia con Bohemia, no creyó en absoluto necesaria la anexión de la región en cuestión. Pues esa anexión aniquiló, como también señala Bibó, cualquier posibilidad de cooperación amistosa entre Checoslovaquia y Hungría donde la mutilación del país, en nombre de los pretendidos principios democráticos y étnicos, desacreditó la democracia y le allanó el camino a un régimen autoritario y a una alianza con la Alemania revisionista.

Un arreglo justo, con base efectivamente étnica, de la frontera entre los dos países hubiera permitido el establecimiento de buenas relaciones entre Checoslovaquia y Hungría que, uniéndose a Polonia, hubieran podido formar una federación centroeuropea Beneš sacrificó esa posibilidad en el altar de su estrecho nacionalismo.

No fue la única posibilidad que sacrificó. De hecho, Beneš y Masaryk, una vez que decidieron separarse de Austria-Hungría y por lo mismo destruirla, hubieran podido fundar su Estado, convertido en independiente, bien por el principio histórico —la restauración de la antigua Bohemia-Moravia, que era una patria común de checos y alemanes, bien por la identidad étnica, además contestable y contestada más tarde, de los checos y los eslovacos. En el primer caso, hubieran debido renunciar al englobamiento de Eslovaquia que había cohabitado durante mil años con Hungría y donde existían además profundas corrientes independientes y federalista en el marco de la monarquía. En el segundo caso, hubieran debido —es decir la Entente influida por Beneš y Masaryk hubiera debido— dejar a los alemanes de Bohemia (los Sudetes) la libre elección entre pertenecer a Austria o al

Anschluss de Alemania.

Al fundar Checoslovaquia sobre dos principios contradictorios —histórico y étnico— Masaryk y Beneš reemplazaron el gran Estado multinacional que fue Austria-Hungría, por un pequeño Estado multinacional con dos minorías —alemana y húngara— naturalmente descontentas y separatistas y con los eslovacos que difícilmente se resignaban al centralismo de Praga. Un Estado cuya extrema vulnerabilidad se revelaría en 1938, en 1948 y en 1968.

Con sus concepciones fundamentalmente antidemocráticas, hábilmente camufladas en democráticas, Beneš se instituyó entre las dos guerras como un maestro de escuela de la democracia ante Alemania y Hungría, lo que le hizo aún más odiado a los ojos de sus dos vecinos. Por otra parte, al justificar la violación de los principios wilsonianos por Beneš, la Entente se privó de la posibilidad de imponer a Rumanía y a Yugoslavia trazados de fronteras étnicamente más justos. Si el problema nacional, el de las minorías nacionales, se presenta en la actualidad con tanta agudeza —en eso estoy completamente de acuerdo con István Bibó— la responsabilidad incumbe en una buena parte a Beneš y a los que le escucharon.

ÍNDICE

CARLOS I

PREFACIO

PRIMERA PARTE Causas y objetivos de la Primera Guerra Mundial

I. Los culpables

II. Italia: de la alianza a la neutralidad, después a la guerra

III. Rumanía a su vez se decide por la Entente

SEGUNDA PARTE Una mirada sobre la historia de los Habsburgo hasta el siglo XVIII

IV. Tú, Felix Austria, nube

V. Un pueblo rebelde

VI. El despotismo ilustrado de los Habsburgo

VII. Revolución y Contrarrevolución en los Países Bajos

VIII. Lombardía, Venecia y Hungría ante la Revolución francesa

IX. La Hungría reformista y revolucionaria

X. Desarrollo de los conflictos nacionales en Hungría y en Austria

XI. Los dos rostros de Viena

XII. Francisco Fernando

TERCERA PARTE Entre la guerra y la paz

XIII. La muerte de Francisco José

XIV. Las ambigüedades de una coronación

XV. Carlos y Guillermo

XVI. Fracaso de Briand y del arbitraje americano

XVII. ¿Hacia una paz por separado? el caso Sixto

XVIII. La política del conde Czernin

XIX. El caso Sixto (continuación)
XX. ¿«El sabotaje de la paz»?
XXI. El intermedio español
XXII. Interviene el Estado Mayor francés
XXIII. Clemenceau y Austria
XXIV. Las negociaciones Smuts-Mensdorff
XXV. Los catorce puntos de Wilson rápidamente superados
XXVI. Los últimos esfuerzos de Carlos y el error de Czernin
XXVII. El papel de los Estados Unidos
XXVIII. Últimos sobresaltos y reparto del botín
CUARTA PARTE De la guerra clásica a la guerra ideológica
XXIX. Hegemonía francesa o republicanización de Europa
XXX. El papel de la francmasonería
XXXI. Dos genios de la propaganda: Masaryk y Beneš, los vencedores
CONCLUSIÓN
EPÍLOGO
ANEXOS
ANEXO I
ANEXO II
ANEXO III
ANEXO IV
ANEXO V
ANEXO VI
ANEXO VII
ANEXO VIII

ANEXO IX
ANEXO X
ANEXO XI
ANEXO XII
ANEXO XIII

1 *Gott erhalte* (Que Dios guarde [a nuestro emperador y rey], himno del imperio, compuesto por Joseph Haydn).

2 Leo Valiani, autor de un notable libro sobre *La disolución de la monarquía habsburguesa*, definió la guerra europea como «un choque entre las potencias imperialistas, que, en el terreno económico, político y militar, habían buscado aplastarse mutuamente» (*Scritti di Storia*, Sugarco, Milán, p. 198).

3 «Todos los países, sin excepción […] presentían la guerra, se preparaban para la guerra, se armaban. La misma facilidad, la misma locura los arrastraba a todos», Henri Pozzi, *Los Culpables*, París, 1935, p. 67.

4 Ese «complejo de inferioridad», el «complejo de encercamiento» de los alemanes, tenía un fundamento real. Incluso antes de 1887 —fecha de la denuncia por los rusos de la alianza de los Tres Emperadores— Alemania tenía alguna razón para desconfiar del expansionismo ruso, dirigido principalmente contra su aliada, Austria-Hungría. Se daba cuenta igualmente de la fuerte mentalidad revanchista francesa y no se hacía ilusiones sobre el carácter «puramente defensivo» de la alianza franco-rusa a la que se adhirió Gran Bretaña, no sin segundas intenciones (Inglaterra tenía más miedo del dinamismo industrial y comercial de Alemania que Francia). Finalmente, la diplomacia alemana no desconocía las intrigas con las que los rusos intentaban separar del Reich a Rumanía y Bulgaria, así como los esfuerzos franceses para separar a Italia de la Triple Alianza. El armamentismo febril de los rusos, gracias a los créditos franceses, no dejaba tampoco de inquietar a los alemanes. ¿No dijo Roosevelt, en 1910: «El Reich está casi aislado»? Por otra parte, los franceses sospechaban que los alemanes, con no menos razón, se habían fijado como objetivo envenenar las relaciones entre Francia, Inglaterra, Italia y España. Cf. las conversaciones del almirante Tirpitz, citadas en F. Kern, *Skizzen zum*

Kriegsausbruch in Jahre 1914, Darmstadt, 1968 y S. van Evera, *The Cult of the Offensive Military Decisions*, Cornell, Londres, 1984.

5 Entre 1830 y 1870, la tasa de crecimiento del PNB per capita de Gran Bretaña fue del 1,50% al año; la de Alemania, 1,17%; la de Austria-Hungría, 0,50%. Ahora bien, entre 1870 y 1914, las cifras correspondientes eran: I% para Gran Bretaña, 1,51% para Alemania y 1,45% para Austria-Hungría. Observemos que Francia igualmente se había dejado distanciar. La parte tomada por Alemania en los intercambios comerciales internacionales acusaba asimismo un rápido crecimiento. Desde luego, uno de los resultados de la Gran Guerra sería concederle a Gran Bretaña alguna tregua, siendo eliminado, durante un tiempo, el rival alemán.

6 Sebastien Haffner, *Preussen ohne Legende*, W. Goldmann, Leipzig, 1981.

7 El 1 de agosto de 1914, la fuerza militar francesa equivalía más o menos a la de Alemania.

8 Z. S. Steiner, *Britain and the Origins of the First World War*, MacMillan, Londres, 1977.

9 Ver nota 4.

10 Cf. Z. S. Steiner, *op. cit.*

11 Alexandre Ribot, en su libro *Carta a un amigo*, hizo de Lloyd George el retrato siguiente: «Agradaba muy pronto con su sonrisa llena de encanto, careciendo de la rigidez británica. Su conversación era de las más variadas y agradables… "¿Por qué Francia no le levantó una estatua a Robespierre, como hizo Inglaterra con Cromwell?", me preguntó… Tenía el don de seducir a las masas».

12 Georges-Henri Soutou, *Los Objetivos de guerra económicos de las grandes potencias de 1914-1919*, tesis manuscrita en seis tomos, comunicada por el autor. Muchos ingleses creían, además, como el francés Briand, que, «puesto

que la paz trabajaba para Alemania […] no son locos, no quieren la guerra».

13 B. Auffray, *Pierre de Margerie y la vida diplomática de su tiempo (1861-1942)*, ediciones Klinksieck, 1976, p. 341.

14 Jean-Noël Jeanneney, *François de Wendel en República. El dinero y el poder (1914-1940),* Seuil, 1976.

15 Cf. número especial de *Crapouillot* sobre la Gran Guerra, 1935.

16 Según el historiador ruso Agursky (*The Third Rome*, Nueva York, 1987), fue la tendencia rusa, expresada en el paneslavismo, en considerar los Balcanes como la esfera de influencia de Rusia, a partir de la década de 1870, la que tuvo como consecuencia la activación de la política balcánica de Austria y Alemania, que se sentían amenazadas.

17 Se puede considerar como la causa primera del viraje de Rusia contra Alemania la no renovación por Berlín del tratado secreto de «contraseguridad» de 1878, que permitía a Petersburgo oponerse a cualquier nueva iniciativa de Austria-Hungría en los Balcanes, codiciados por los rusos.

18 Aquí, se imponen algunas observaciones. ¿Hay que creer que Francia animó sistemáticamente la agresividad creciente del partido ruso de la guerra? Se ha dicho que Poincaré y su embajador no cesaron de pedirle a Sazonov que no se lanzase a ninguna maniobra de hostilidad contra Austria sin consultar a París y Londres, recordando frecuentemente que Rusia sólo podría contar con la ayuda de Francia si era objeto de ataques por parte de Austria o de Alemania. Pero Poincaré desmintió un día sus propias palabras de tranquilidad al declarar, durante una recepción en San Petersburgo, a su interlocutor serbio: «No tema nada, Serbia tiene amigos fervorosos en nosotros» y con otras declaraciones agresivas que pusieron al embajador de Austria, el conde Szapáry, «fuera de sí». Georges Louis afirmó, por otra parte, haber

sabido de Delcassé que éste le había dado su dimisión a Viviani porque «los compromisos adquiridos por Poincaré respecto a Rusia [le] han puesto en la imposibilidad de llevar a bien [sus] negociaciones con los Estados balcánicos. El lenguaje desconsiderado ha sido la causa del fracaso de nuestra política». Sea lo que fuere, parece cierto que Poincaré no frenó con suficiente energía ni convicción a los que precipitaban la guerra.

Además, Rusia le revelaba sus ambiciones balcánicas y sus intenciones hostiles a Austria al imponer la inclusión en el pacto realizado a su instigación entre Serbia y Bulgaria, de dos cláusulas secretas: la primera (art. III) obligaba a los búlgaros a poner doscientos mil hombres a disposición de los serbios en caso de que fuesen amenazados por Austria; la segunda estipulaba que la alianza entraría en vigor a continuación de una llamada de Moscú, que se reservaba el derecho de arbitraje entre los dos países. Después de haber tenido conocimiento de ese acuerdo, el mismo Poincaré le dijo a Georges Louis: «Es una oscura maquinación contra Viena». Si la Guerra Mundial no estalló en 1912 fue porque Pašič prefirió atacar al más débil, Turquía, y se negó a ceder a Bulgaria —como precio de la alianza austríaca-macedonia.

19 Cf. Soljenitsyn, *Agosto, 1914*, Seuil, 1972, pp. 49-53.

20 Gabriel Hanotaux, *Diarios*, pp. 222-223. «Destaca de los documentos diplomáticos publicados por los soviéticos al día siguiente de la revolución que la diplomacia del zar —especialmente Sazonov e Izvolski— llevaba los preparativos de guerra con una intensidad incomparable». G. Louis observa de Izvolski que «toda su política estaba dominada por su rencor contra Austria desde 1910. Quiso que la guerra estallase a propósito de Serbia, puesto que fue a propósito de Serbia como debió retroceder en 1909. Habló constantemente de la guerra como de 'mi guerra'». Jules Cambon tenía igualmente a Aleksander Petrovitch Izvolski como «al gran

responsable de la guerra». Izvolski aconsejó a Pašič en 1911; tuvo una parte de responsabilidad en la creación de la Crna Ruka (la Mano negra), en 1912. ¡Ay! Cuando el zar quiso desembarazarse de Izvolski, fueron Poincaré y Delcassé quienes lo disuadieron, recordándole los grandes servicios prestados por el ministro de la alianza franco-rusa.

21 Cf. Eric Weill, «El Problema del Estado multinacional: Austria-Hungría», en *Ensayos y Conferencias, II*.

22 Robert A. Kann, *Erzherzog Franz-Ferdinand, Studien, Viena, 1976; The Multinational Empire*, 2 vols., Columbia Press, 1950.

23 Cf. Hanák Péter, *Magyarország a Monarchiában* (Hungría en la monarquía), Gondolat, Budapest, 1975, pp. 255-257.

24 Conviene recordar que, en 1848-1849, la revolución húngara estuvo a punto de dislocar el imperio. Éste fue salvado, *in extremis*, por la intervención del zar y por la diplomacia liberal de Gran Bretaña, que consideraba la permanencia de Austria-Hungría como un elemento indispensable para el equilibrio europeo. Kossuth fue aplaudido, y el emperador ayudado.

25 Boni de Castellane, informado por Poincaré, llegó a la convicción de que el verdadero autor de la conspiración que debía conducir al asesinato había sido Hartwig, el hombre de Izvolski, actuando como instigador del partido paneslavista, a espaldas del zar.

26 Cf. Gustav Gratz, *A dualizmus kora* (La era del dualismo), 2 vols., Budapest, 1934, p. 289. Stephen Bonsal, consejero del coronel House, que fue informado en 1919 sobre el papel de Tisza, confirmó la oposición del conde a la guerra, que expresó durante una confrontación con el emperador: «Su violento discurso había sido una requisitoria *contra* una guerra inútil, donde, según él, “Austria-Hungría

sería la perdedora de cualquier lado que cayese la victoria”», Stephen Bonsal, *Una ocasión perdida*, Taillandier, París, 1946, pp. 136-137.

27 Las confidencias que yo he obtenido de un amigo del diplomático encargado de redactar, en términos aún más conminatorios, el ultimátum a Serbia parecen indicar que ése fue el caso. Por otra parte, a pesar de los desmentidos de Belgrado, el gobierno de Viena tenía la certeza de que los asesinos del delfín se habían procurado las armas en Serbia. Se tendría la confirmación… después de la guerra, en 1919: había sido la sociedad secreta la Mano negra, dirigida por Dimitrievitch (Apis), director del servicio de información del Estado Mayor serbio, estrechamente ligado a los rusos, quien había preparado el atentado. El gobierno de Viena le declaró la guerra a Serbia el 28 de julio. Al día siguiente, Belgrado fue bombardeada. El juego de las alianzas iba a transformar rápidamente la guerra austroserbia en guerra europea. Pero, para ver más claro, hay que observar esto: el análisis cronológico demuestra que los rusos —sin prevenir a los franceses— se movilizaron el 24 de julio, cuatro días antes de la declaración de guerra de Austria a Serbia. Puestos al corriente, los alemanes tomaron «precauciones masivas», el 27. El 24 de julio, Paul Cambon escribe todavía: «Es de temer que Rusia, exasperada por las exigencias de Viena, no tome partido militarmente por los serbios, que no adopte tampoco una iniciativa de agresión contra Austria y que Alemania no sea llevada a apoyar a su aliada. Será la guerra general». Pero, al escribir esas líneas, Cambon expresa únicamente su «temor»; desconocía que los rusos habían ya generalizado lo que, para otros, parecía todavía localizable. Mientras tanto, observa Pozzi, Berthelot había hecho fracasar «con su propia autoridad las ofertas de conciliación austríaca». El gobierno francés sólo fue avisado por Paléologue el 28 del hecho consumado. Los alemanes, mejor informados, mejor

preparados ante cualquier eventualidad, tomaron sus precauciones.

Henri Pozzi, para quien «la evidencia de la culpabilidad rusa» era abrumadora, le reprocha al gobierno francés de la época haber querido «ocultar a cualquier precio a la opinión la provocación deliberada con relación a Alemania y la felonía rusa respecto de nuestro país que constituyó la movilización secreta rusa el 24 de julio, que fue anunciada por un despacho de Maurice Paléologue». «Ese despacho, dice, ha sido suprimido en el Libro amarillo sobre los orígenes de la guerra publicado por nuestro Quai d'Orsay, y cuyos redactores no previeron que no solamente Maurice Paléologue (*La Rusia de los zares*, pp. 24-25) sino también Sazonov (cf. sus Memorias: *Sechs schwere jahre*) restablecerían un día la verdad». Cf. Henri Pozzi, *Los Culpables. Documentos oficiales inéditos sobre las responsabilidades de la guerra y los entresijos de la paz*, Ediciones europeas, París, 1935, pp. 56-57.

28 Redlich, *Schicksalsjahre Oesterreichs, 1908-1919*, t. I, Viena, p. 126.

29 Barrère, embajador de Francia en Italia, dio a conocer, el 6 de enero de 1913, a París: «Austria no desea la guerra —aunque está dispuesta a hacerla antes de renunciar a algunos territorios que considera como necesarios para su prestigio y seguridad». Por su parte, G. Louis escribe en sus *Diarios*: «Austria ha dejado entender […] que no dejará construir en su frontera un gran Estado eslavo». (Alusión al proyecto de Francisco Fernando de pasar del «dualismo» al «trialismo» creando —como contrapeso a Serbia— un Estado croata-esloveno-dálmata).

30 Leo Valiani, *La Dissoluzione dell'Austria-Ungheria*, ed. Saggiatore, Milán, 1966.

31 Sergio Romano, *Historia de Italia desde el Risorgimento a nuestros días*, Seuil, 1977. En 1915, París autorizó a Roma a emitir en el mercado de París un empréstito de mil millones

de francos con la condición expresa de que aumentase, en las proporciones indicadas por el alto mando, los efectivos de su ejército y estableciese un cierto número de vías estratégicas convergentes hacia la frontera alemana. (Informe del presidente ruso del Consejo, 19 de septiembre de 1913, Libro negro, Moscú, t. II, p. 325).

32 Cf. el texto del tratado en el anexo II.

33 Pierre Renouvin, en *La Crisis europea y la Primera Guerra Mundial (1904-1918)*, 5ª edición, P.U.F., 1969, observa que los serbios, sin conocer los términos del tratado, discernieron que éste lesionaba sus intereses, lo que explica que con los croatas, por odio a los italianos, pusieran un ardor imprevisto por combatir en las filas del ejército austrohúngaro.

34 G. Salvemini, *Carteggio 1914-1920*, Laterza, Roma-Bari, 1984.

35 Georges-Henri Soutou, *op. cit.*, III, p. 641.

36 Archivos de Viena. Informe de Berna al ministro de Asuntos Exteriores, con fecha del 4 de septiembre de 1916. Las negociaciones comenzaron en 1912.

37 Archivos nacionales de París. Guerra 1914-1918. Informe fechado el 17 de julio de 1916. Los rusos, sin esforzarse demasiado, «compraron» al personal político «liberal» rumano: Take Ionescu (por mil rublos al mes), Bratianu, etc., así como a distintos periódicos.

38 Cf. «Rumanía y la Guerra Mundial», en *L'Humanité*, 22 de mayo de 1924. Documento encontrado en los archivos rusos, comunicado al periódico del P.C.F., sin duda para perturbar las relaciones franco-rumanas, en la orientación antisoviética.

39 *Ibid.*

40 Cf. El intercambio de telegramas entre Poincaré y Nicolás II, citado de los documentos de archivos

comunicados por Moscú, en *L'Humanité* del 31 de mayo de 1924.

41 Se encuentra la primera mención de un conde Habsburgo en un documento de 1108 firmado por el emperador Heinrich en Presburgo, a continuación de una guerra llevada contra Koloman el Ilustrado de Hungría. Cf. el magistral libro de Adam Wandruschka, *Das Haus Habsburg, Die Geschichte einer europaischen Dynastie*, Viena, 1950.

42 Tribu de los montes Urales que inmigró y se instaló, en el siglo XII, en la Hungría oriental y se asimiló completamente a los húngaros.

43 La vocación centroeuropea de los Habsburgo se redujo a una posición de repliegue debido a los reveses de la política austríaca en Alemania, sin que renunciaran por lo mismo a su sueño de reunificación bajo un mismo cetro —el suyo— del Este y del Oeste.

44 Cf. Eric Weill, «El problema del Estado multinacional de Austria-Hungría», en *Conferencias y ensayos, II.*

45 István Werböczy (1458-1541) redactó en 1514 una compilación de las leyes, titulada *Iripartitum juris*, que permaneció en vigor hasta las reformas del «monarca ilustrado», el emperador José II.

46 Christian Sapper, «La época del clérigo convertido en el mayor hombre de guerra de su tiempo», en *Austria presente*, Viena, enero, 1986.

47 Alrededor de siete mil quinientos suabos, especialmente entre 1689 y 1788.

48 Hecho paradójico, los dos países mantuvieron mejores relaciones una vez separados.

49 Observemos que las teorías vigentes en la actualidad sobre los orígenes del pueblo húngaro han sido puestas en duda por el arqueólogo Gyula László (cf. su libro *A kettös honfoglalás*, «Las Dos Etapas de la conquista del país»,

Budapest, 1978). Según la hipótesis de László, muy discutida, el pueblo húngaro nació de la unión de dos etnias: una rama fino-ugria y una rama turca, y su establecimiento en Panonia, donde encontraron en el lugar no solamente eslavos, sino también ávaros, se efectuó en dos etapas. Una primera oleada llegó en el siglo VII: se les llamó los «Onogur», de ahí el nombre de «húngaros». La segunda, más importante, se desplegó a finales del siglo IX: los Magiares, que absorbieron a sus hermanos de raza de la «conquista» precedente.

50 Cf. Thomas von Bogyay, *Stephanus Rex*, Versuch einer Biographie, Múnich, 1975.

51 Cf. Schópflin Gyula, *A magyar konzervatizmusról* («Sobre el conservadurismo húngaro»), Múnich, 1982.

52 Introdujo también en Hungría las primeras medidas antijudías.

53 *Arpent*: arpende, medida agraria antigua, de unas 50 áreas *(N. del T.).*

54 La primera universidad húngara fue creada en Pécs en 1367, veinte años después de la creación, por Carlos IV, de la Universidad de Praga, y dos años después de la de Viena.

55 *Ban*: jefe de banato *(N. del T.).*

56 *Vaivoda*: también voivoda, cargo principal de una vaivodía, similar a un ayuntamiento *(N. del T.).*

57 Thomas Bogyay, *Grundzüge der Geschichte Ungarns* («Una mirada sobre la historia de Hungría»), Darmstadt, 1977.

58 La Bula de oro reconocía el derecho de la nobleza húngara a oponerse al poder real en el caso en que éste no respetara sus privilegios.

59 Cf. *Ibid.*

60 Jefe de la Iglesia griega.

61 Elegido entre los miembros de la familia real.

62 El gran poeta húngaro del siglo XX, Ady Endre, también noble, consideraba como una maldición para Hungría la subsistencia de esas sesenta «repúblicas nobiliarias» que saboteaban sistemáticamente las reformas de los gobiernos, pro-Habsburgo o no. Cf. Ady Endre, *Publicisztikai iràsai* (Escritos publicísticos), editado por E. Vezér, Szépirodalmi, Budapest, 1987. Sobre todo gracias al reformismo de los grandes Habsburgo del siglo XVIII, apoyados por un cierto número de magnates y de grandes burgueses ilustrados, ese siglo fue para Hungría una época de paz y de restablecimiento económico, la época de la construcción de cientos de castillos barrocos y rococó, la implantación del excelente orden docente, los pietistas (hermanos piadosos, orden docente creada por San José de Calasanz), de la creación de una universidad y, a finales de siglo, de un renacimiento lingüístico y cultural, que repercutió en los ideales (a menudo contradictorios) de las luces francesas.

63 Tibor Simányi, *Kaunitz Stoatskanzler María Theresias*, Viena, 1984.

64 François Fejtö, *José II déspota ilustrado*, 2ª edición, Perrin, París, 1985; nueva edición alemana: Büchergilde Gutenberg, Múnich, 1987.

65 Bogyay, *op. cit.,* p. 121, y, del mismo autor, cf. *Lechfeld*, *Ende und Anfang*, Karpathia, Múnich, 1955.

66 Ernö Gall, *Keleteuropai irástudók és a nemzeitiségi törekvések* (Los Clérigos este-europeos y las luchas de las nacionalidades), Budapest, 1987. Véase también D. Prodán, *Rascoala Lui Horea*, 11 vols. y, del mismo, *Enlightement and Romanian Society*, Cluj-Napoca, 1980.

67 Giovanni Cavallotti, *Mario Theresia, Matronia benefica*, Milán, 1986.

68 Posición que conservó a continuación convirtiéndose en la más dinámica de las ciudades italianas.

69 Muchos toscanos consideran todavía la era de Leopoldo como «la edad de oro» de la provincia.

70 De esa manera José, «el antihúngaro», entregó a los húngaros su antigua capital.

71 En cuanto a los protestantes, esperaban de José algo más que la tolerancia: la igualdad de derechos.

72 Esa contradicción acompañó toda la historia húngara; por una parte, una permanente rebelión contra el centralismo vienés; por otra, la necesidad de la protección de Viena para mantener su posición dominante sobre el campesinado y las nacionalidades.

73 Igualmente, los patriotas reformistas húngaros tomaron a su cargo los aspectos esenciales de la legislación josefina.

74 Cf. *Popolo, nazione e storia nella cultura italiana ed ungherese del 1789 al 1850*, a cura di V. Branca e Santo Gracciotti, Florencia, 1983.

75 En 1815, se le da el nombre de Reino lombardo-veneciano a las provincias italianas del imperio de Austria.

76 Al menos es lo que se pensaba en Milán.

77 La historiografía italiana moderna comparte más bien, a ese respecto, la opinión de Wingate.

78 Cf. la obra de Giovanni Visconti Benusta, *Condizioni morali e civili della Lombardia*, Milán 1904.

79 La Dieta húngara, institución heredera de la época feudal, se componía de dos Cámaras: la Cámara alta, a la que pertenecían únicamente los grandes propietarios terratenientes y el alto clero, y la Cámara de los Estados, compuesta por los nobles elegidos de los cincuenta y dos comitats del país así como por los diputados de las ciudades libres. Cada diputado noble tenía derecho al voto pero la totalidad de los diputados de las ciudades libres sólo disponía de un único voto.

80 Denis Silagi, *Der Grösste Ungar, graf Stefan Széchenу*, Viena-Múnich, 1976.

81 Mihály Babits, «*Széchenyi*», en *Szép Szó, Mai Magyarok Régi Magyarokról* (Los húngaros de hoy hablan de los húngaros de antaño), junio de 1936, número especial, dirigido por François Fejtö.

82 *Lackó Mihály, Széchenyi és Kossuth vitája* (Discusión entre Széchenyi y Kossuth), Budapest, 1977.

83 Cf. Géza Birkás, *Francia Uyazók Magyarországon* (Viajeros franceses en Hungría), Szeged, 1948.

84 Presa de una crisis de culpabilidad, reprochándose haber provocado, a través de su agitación patriótica, la confrontación armada con Austria, lo que quiso evitar a cualquier precio, Széchenyi perdió la razón. Fue internado en un asilo psiquiátrico, de donde no saldría nunca. Su amigo-enemigo Metternich hizo de él el siguiente retrato, en una carta dirigida a Disraeli: «Széchenyi fue a la vez un ideólogo y un hombre de acción. Patriota ardiente, pero llevado por su pasión, doblemente ambicioso, por el bien público y por su propio renombre, introdujo en Hungría la navegación a vapor, las carreras de caballos, los clubs y el culto extremo de la nacionalidad…». Otro representante del reformismo liberal, el barón Joseph Eötvös, uno de los pensadores políticos más notables del siglo XIX, ministro del primer gobierno constitucional formado en abril de 1848 por el conde Gyula Batthyany, dimitió y abandonó Hungría en el momento de la radicalización de la revolución, en septiembre del mismo año. Fue en su exilio, en Múnich, cuando escribió su opus magnum, *Las ideas directrices del siglo XIX* (Leipzig, 1851-1854), y su libro sobre *La igualdad de los derechos de las nacionalidades en Austria*, aparecido en 1850 en Pest. Al regresar a su país a comienzos de la década de 1860, participó, al lado de Deak, en las negociaciones con la corte de Austria. Nombrado, después del compromiso de 1867, ministro de

Educación, hizo adoptar una ley de la enseñanza muy liberal, pero cuya ejecución fue saboteada por la administración reaccionaria de los departamentos.

85 Hermann von Keyserling, escritor alemán cuya obra *El análisis espectral de Europa*, publicada en 1928 y editada en francés por la ed. Stock en 1930, tuvo un éxito mundial.

86 Jefe en serbo-croata.

87 Georges Baritiu, *Parti alese din istoria Transylvaniei*, Sibiu, Krafft, 1980, vol. II, p. 120.

88 *Erdély története* (Historia de Transilvania), obra colectiva en 3 volúmenes dirigida por István Bona. Ediciones de la Academia de ciencias, Budapest, 1987, así como el artículo de András Gerö, «Disputas sobre la historia de Transilvania», en *Kritika*, n.° de mayo 1987, Budapest. Véase también Ernö Raffay, *Erdély 1918-1919*, Magvetö, Budapest, 1987; Attila Váry, «Hazàm Könyve» (El libro de mi patria), *Elet és Irodalom* (Vida y Literatura), Budapest, 11 de agosto de 1987.

89 Igual que los croatas tenían un *ban de los croatas* y los sajones, un *conde de los sajones*, los rumanos reivindicaban un jefe nacional, representante del emperador.

90 Cf. Bernard Michel, *La Memoria de Praga*, Seuil, 1986. Cf. también la excelente tesis inédita de Pierre Fleischmann, «Ser checo en el siglo XIX, análisis exhaustivo de la lenta toma de conciencia de las diferentes variantes del eslavismo».

91 Cf. Ludovit Holotik, *Los eslovacos en la Monarquía Habsburguesa*, t. III, y Ernest Denis, *La Cuestión de Austria: los eslovacos*, Instituto eslavo, París, 1917.

92 Observemos además que en esa época únicamente el 5,5% de la población húngara poseía derecho a voto. A modo de comparación, la *Second Reform Act* británica (1867), igualmente censitaria, había concedido el derecho a voto al 8% de la población británica; es cierto que favorecía a la clase

media urbana y preparaba ya el sufragio universal.

93 Cf. Dimitrije Djordjevič, *Die Serben in Die Habsburger Monarchie, Die Habsburger Monarchie*, t. III; su excelente estudio ha servido de base a este capítulo.

94 La población del distrito estaba compuesta por 300.000 serbios, 400.000 rumanos, 350.000 alemanes y 220.000 húngaros.

95 Cf. Arnold Suppan, *Die Kroaten in Die Habsburger Monarchie* (Los croatas en la monarquía habsburguesa), pp. 626 a 733. En 1910, había 1,9 millones de croatas en Croacia. El nacionalismo de los croatas —su sueño es inseparable del nacionalismo húngaro, del que adoptó el estilo, el vocabulario y las argumentaciones jurídicas— como objetivo primordial el restablecimiento de sus derechos históricos en la totalidad de los territorios que habían regido en otro tiempo y que les habían sido arrebatados sucesivamente por los turcos, los húngaros (Eslavonia) y los austríacos (Dalmacia, Istria, Fiume).

96 K.U.K.: abreviación de *Káiser und Königliche*, «imperial y real», inscripción que llevaban todos los edificios oficiales (ayuntamientos, estaciones, palacios de justicia y hasta los vagones de ferrocarril de la monarquía); servía para nombrarlo como más tarde el apodo creado para ella por Robert Musil: La Kakania.

97 A comienzos del movimiento yugoslavo, los eslovenos, considerados como demasiado germanizados, no fueron llamados a participar.

98 «Marcha hacia el Este».

99 Cf. Péter Halász, *A dualismus korának történeti problémai* (Los problemas históricos de la época del dualismo), Budapest, 1971.

100 Cf. el artículo de Wolf Dieler-Biehl, en *Die Habsburger Monarchie*, t. III, pp. 555-584.

101 Cf. Pierre Fleischmann, «Ser checo en el siglo XIX. Proceso de formación de la nación checa moderna». El autor ha tenido a bien comunicarnos su tesis sometida a la apreciación del jurado con vistas a la obtención del doctorado del Instituto universitario europeo, Florencia, 1984; y Bernard Michel, *op. cit.*

102 Hablaremos más adelante de la parte tomada en la guerra al lado de los Aliados por el ejército checoslovaco, formado en Francia, en Italia y en Rusia.

103 Cf. Umberto Corsini, «Die Italiener in Die Habsburger Monarchie», en *Die Habsburger Monarchie*, t. III; Cattaneo, *Condizioni morali e civili della Lombardia, 1918*; *Questioni di storia del Risorgimento e dell'unità d'Italia*, a cura di Ettore Rotta, Milán, 1931; Silvio Forlani y Adam Wandruszka, Österreich und Italien, Viena-Múnich, 1973; Giovanni Visconti Venusta, *Ricordi 1847-1860*, Milán, 1940; Bruno Caizzi, *L'Economia Lombarda durante la ristaurazione* (1814-1859), Milán, 1972; A. Zorzi, *Venezia Austriaca*, Roma-Bari, 1985; Leo Valiani y Sergio Romano, *op. cit.*, etc.

104 Rebautizada entonces como «Lemberg», en alemán. Después en 1918, la ciudad retomó su nombre de Lvov.

105 Cf. la síntesis de Henrik Bahovsky, *Die Polen in der Habsburger Monarchie*, t. III, pp. 522-523. Según el censo de 1810, la monarquía tenía 4.967.000 polacos, de los cuales alrededor de 871.000 eran judíos, y 3,5 millones rutenos.

106 Cf. *Die Habsburger Monarchie*, Batowski, Edición de la Fundación nacional de ciencias políticas, p. 356, así como Valentyna Najdus Smoralova, *Estudio sobre la historia de Galitzia* (comunicada en manuscrito). Incluso en los términos de la reforma electoral, relativamente liberal, se necesitaban cincuenta y dos mil votos polacos y ciento dos mil votos rutenos para elegir un diputado en la Dieta polaca.

107 Cf. *Die Polnische Frage und das Österreichisch-*

Deutsche Bündnis 1865-1887, Berlín, 1927; *Memorias del conde Potocki, castellano en Polonia*, Julliard, 1961.

108 Cf. Pavel Korzec, *Judíos en Polonia*, París, 1980.

109 Expresión nazi que significa «desembarazado de todos los judíos».

110 *Millet:* nombre de las comunidades religiosas no musulmanas que disponían de una cierta autonomía.

111 Otra curiosidad observada por Biehl (cf. nota 100) fue que un grupo de judíos sefardíes ya se benefició, en el siglo XVIII, en Viena, de derechos (estancias libres en la capital, exención de algunas tasas, derecho a la organización comunitaria) que los judíos ashkenazíes sólo consiguieron después de 1868. Los sefardíes debían esa situación, sin duda, al hecho de que, registrados como ciudadanos turcos, estaban protegidos por el Imperio otomano. Los ashkenazíes no estaban protegidos por ningún Estado.

112 Jean-Michel Leclercq, *La Nación y la ideología*, ediciones Anthropos, París, 1979.

113 Làszlo Katus, *Economic Growth in Hungary during the Age of Dualisme. A Quantitative Analysis*; Jaroslav Purs and David S. Good, *The Industrial Revolution in Czech Lands*, Ed. Böhlav, Viena, 1960, y David S. Good, *Der Wirtschaftliche Aufstieg des Habsburgerreiches, 1750-1914*, en Social-Economic Research on the History of East-Central Europe, Studia Histórica, Budapest, 1970.

114 Artículo de Ignotus, en el número del 13 de febrero de 1895 de la revista *A Hét* (La Semana). Hugo Veigelsberg, con el seudónimo de Ignotus, será uno de los fundadores y codirectores, en 1905, de la revista *Nyugat* (Occidente), que aglutinará a los escritores y ensayistas más notables del país, desde Endre Ady a Mihály Babits, de Zsigmond Móricz a Lajos Harvany. Su hijo, Paul Ignotus, escritor y publicista, también, fundará, en 1935, con Attila József y el autor, la

revista literaria y crítica progresista *Szép Szó* (Argumento).

115 Claudio Magris, *Der Hasburgische Mythos in der Österreichischen Literatur*, Müller Verlag, Salzburgo, 1966 (traducido del italiano).

116 El conde Andrássy subrayó, en 1897, que el compromiso «fue una concepción húngara en el origen; en Austria, sólo fue puesto en vigor por la expresión resuelta de la voluntad del emperador». Según el padre del conde, amigo de Bismarck, el compromiso aseguró a Hungría, «como contrapartida del 30% de cargas, el 70% de derechos». Lo que llevó al historiador Schüssler a declarar, con —a mi entender—, un poco de exageración, que el compromiso «poco a poco transformó a Austria-Hungría en Hungría-Austria». Citado por Eugen Rosenstock-Huossy, en *Die Habsburger Monarchie*, p. 415.

117 Heinrich Srbik, *Österreich in der deutschen Geschichte*, Múnich, 1936.

118 Entre otras cosas, municipalizó el gas, la electricidad y los transportes. Cf. Joanés Hawlik, *Der BürgerKáiser Kart Lueger und Seine Zeit*, Viena, 1985.

119 Cf. el notable estudio de Jean-Noël Jeanneney: «La gauche, les Italiens et les Maliens», en *Le Monde* del 29 de junio de 1987.

120 Cf. Fritz Klenner, *Eine Renaissance Mitteleuropas. Die Nationwerdung österreichs*, Europaverlag, Viena, 1978; *Die Revolte des Separatismus*, editado por el Sindicato de los metalúrgicos, Viena, 1911; Karl Renner, *Porträt einer Evolution*, editado por Heinz Fischer, Viena, 1970; Hans Mommsen, *Die Sociai-Democratie und die Nationalitäten Frage im Habsburgischen Vielvóikerstaat*, Viena, 1953.

121 ¡Qué diferencia con Rodolfo, uno de cuyos mejores amigos y consejeros fue Maurice Szeps, periodista brillante, judío de Galitzia, y en cuyo entorno figuraban burgueses

liberales, como el teólogo Thislan, el historiador Gindely —especialista del problema nacional— y el economista Cari von Menger, los cuales reforzaron sus tendencias liberales y filosemitas! Es verdad que, como observó el nieto de Szeps, el escritor Fritz Zuckerkandl: «Su filosemitismo, en esa corte de un catolicismo casi beato, ultraconservador, equivocó a Rodolfo. Si los periódicos con los que estaba unido, la *Neue Freie Presse y Das Wiener Tagblatt*, hubiesen estado en sus manos "arias" […] el destino de Rodolfo hubiera sido distinto».

122 Se trata de Conrad von Hötzendorf.

123 Robert A. Kann, *Erzherzog Franz Ferdinand Studien*, Viena, 1986. Según otro biógrafo de Francisco Fernando, Theodor Sosnovsky, autor de *Franz Ferdinand, der Erzherzog Tronfolger* (Berlín, 1929), el delfín, que no amaba a los alemanes, o, más bien, les temía, habría confiado a muchos de sus íntimos que cambiaría de buena gana de alianza. Su sobrino, Carlos, que le sucederá, compartiría, desde esa época, esa idea. Cf. también Friedrich Weissensteiner, *Franz Ferdinand, der verhinderte Herrscher*, Österreichischer Bundesverlag, Viena, 1962.

124 *Le Temps*, de París, en su número del 25 de noviembre de 1916, publicó íntegramente esa proclamación y la acompañó de un comentario más bien favorable.

125 «Incluso la segunda nación: la de las trincheras, los soldados excluidos de las festividades, creían en ese joven rey, en esa bella reina, en su amor a la paz, que les daría el ánimo de resistir al Káiser alemán y detener el inútil derramamiento de sangre», escribió Catherine Karolyi en *Együtt a forradalomban* (En torno a la revolución), ed. Europa, Budapest, 1978.

126 Miembro de la aristocracia checa legitimista, Czernin no contaba con las simpatías de la emperatriz Zita, que le reprochaba además de su vanidad, su oscilación entre los

polos opuestos de la Gran Austria y del pangermanismo. Cf. Gordon Brook-Shepherd, *La emperatriz Zita habla, el último Habsburgo,* Flammarion, París, 1971.

127 L. Víctor Tapié, *La monarquía y los pueblos del Danubio*, Fayard, París, 1969.

128 Cf. especialmente, los tomos III y IV de su notable tesis inédita.

129 Cf. Irinyi Károly, A Naumann féle Mitteleuropa tervezet és a a Magyar politikai közvélemény (El proyecto Mitteleuropa del Naumann y la opinión pública húngara), Akademia Kiadó, Budapest, 1963.

130 Czernin, *Im Weltkriege* (En la Guerra Mundial), Berlín, 1919.

131 Georges-Henry Soutou, *Las Marcas del Este*, p. 367.

132 Cf. Jean d'Eudeville, Saint-John Perse, capítulo VI: «La amistad de Briand», Ed. l'Asiatique, París, 1984; D. Lloyd George, War Memoirs, Little Books, Boston, 1935.

133 Cf. André Bréal, *Philippe Berthelot*, p. 188.

134 El subrayado es nuestro.

135 Cf. Charles Seymour, *The intimate Papers of colonel House*, t. III, pp. 53-55. House observó más tarde que todas las cláusulas territoriales del tratado secreto estaban trazadas a lápiz en el mapa que le dejó Balfour. Éste no se encontró entre los papeles del coronel; sin duda fue transmitido al servicio de información, que lo pasó, más tarde, al Departamento de Estado.

136 Alusiones evidentes a Besarabia, a Transilvania y al Banato. Esos países podían muy bien ocupar un lugar mediano en el mapa de Balfour, que no llegaba, poco más o menos, al doble de la extensión de Rumanía si los recuperaba. Besarabia, que pertenecía a Rusia, no estaba comprendida en los territorios prometidos entonces a Rumanía, y sólo una parte de Transilvania estaba en juego.

137 No se trataba en absoluto de la separación de Bohemia, del desmembramiento de la monarquía, como tampoco de privar a ésta de Trieste.

138 El proyecto no concuerda con las seguridades dadas por Francia y Gran Bretaña a Rusia, el mes de marzo de 1915. Ese primer acuerdo estipulaba, en efecto, que Constantinopla pertenecería a Rusia quedando como puerto franco para las mercancías no destinadas a ese último país. House se equivocó sin duda sobre el sentido de las palabras de Balfour e interpretó quizá *puerto franco* como *ciudad libre*.

139 Por nuestra parte, sólo podemos admirar la clarividencia de House…

140 Archivos nacionales de Viena, n.° 120/p G V del 31 de julio de 1917.

141 Cf. Henri Castex, *Los Comités secretos 1917. La paz rechazada. Un millón de muertos inútiles*, ediciones Gedalge, París, 1972. Philippe Berthelot, citado por Paul Morand, caracterizó a los «árbitros» franceses como sigue: «Poincaré lo sabe todo y no comprende nada; Briand no sabe nada y lo comprende todo; Clemenceau sólo sabe y comprende una cosa: hay que destruir Austria, monarquía papista». Morand quizá ha exagerado un poco…

142 Cf. Gordon Brook-Shepherd, *La emperatriz Zita habla*; príncipe Sixto de Borbón, *La Oferta de paz por separado de Austria (5 de diciembre de 1916-12 de octubre de 1917)*, librería Plon, París, 1920; Heinz Rieder, *Káiser Karl*, Callwey Verlag, Múnich, 1981; Bernard Auffray, *Pierre de Margerie y la vida diplomática de su tiempo*, Klinksieck, París, 1976; Gabriel Hanotaux, *Diarios (1907-1925)*, ediciones A. Pedone, 1982, etc. Véase también la admirable síntesis del historiador austríaco E. Steglich: «Die Friedenspolitik der Mittelmächte, 1917-1918».

143 En Heinz Rieder, *op. cit.*, p. 120, *El Corresponsal* era un

órgano católico liberal, violentamente atacado por los hombres de izquierdas, como Camille Pelletan.

144 ¿William Martin era sincero? En 1918, se le verá como apóstol de la *Nación checa,* órgano de Masaryk.

145 Freycinet era ministro de Estado en el gabinete formado por Briand el 29 de octubre de 1915.

146 Cf. Gabriel Hanotaux, op. cit., pp. 188-190. ¡Podemos preguntarnos si Gasparri había encontrado en la persona del Mgr. Baudrillart un buen mensajero! El prelado pertenecía al catolicismo «patriotero». Estigmatizaba «la extraordinaria facilidad de mentira inherente a casi cada alemán, pequeño y grande» y declaraba: «No son hombres como los demás». Cf. *Historia de los católicos en Francia*, en la documentación de Francis Lebrun, Privat, 1980, p. 446. Según lo que se sabe de él, estaba más bien molesto, como una gran parte de los católicos franceses, por las gestiones de Benedicto XV en favor de la paz. No puso ciertamente, en sus intervenciones con los políticos, la adhesión sincera que Gasparri esperaba de él.

147 «En el fondo de todo eso, observa aún Hanotaux, está la cuestión del clericalismo y del poder temporal, no se quiere paz católica ni nada que se le parezca», *Ibid.* Por eso se rechazaron los buenos oficios de Benedicto XV.

148 Obra maestra de la hipocresía: con palabras encubiertas, Cambon da a entender que cualquier negociación será inútil antes de que —gracias a la victoria total— se le puedan dictar a Carlos las condiciones de paz… Pero Sixto parece no haber comprendido el sentido de los propósitos de su interlocutor.

149 Cf. Príncipe Sixto de Borbón, *La Oferta de paz por separado*, p. 40. Evidentemente, la palabra «personalmente» estaba aquí de más, pues las consideraciones expuestas por Sixto eran conclusiones sacadas por él de las conversaciones

preliminares con los políticos franceses que habían preparado su misión durante muchos meses. Cf. también Gordon Shepherd, *Zita*, p. 81.

150 *Agramer Tagblatt* era el periódico más importante de Croacia publicado en lengua alemana. Agram es el nombre alemán de Zagreb.

151 Martin Z. Schmitt, *A Ribot, Odissey of a Liberal in the Third Republic*, La Haya, 1974.

152 *Carta a un amigo. Recuerdos de una vida política*, Bossard, París, 1924.

153 Cf. H. Rieder, *Káiser Kart*, p. 132, y Brook-Shepherd, *Zita*, p. 90.

154 Cf. el texto de esa carta en anexo.

155 Lo que era exacto, puesto que Italia reclamaba Dalmacia, con una población de mayoría eslava.

156 Se puede creer que Sonnino era sincero cuando, en discursos anteriores y en sus *Memorias* (t. III, p. 228), se defendió contra la acusación de haber maniobrado para la destrucción de Austria. «Nadie ha impuesto, entre nosotros, como condiciones para la paz cambios de gobierno o de dinastía en los Estados enemigos ni el desmembramiento o la humillación de esos Estados», dijo en respuesta a una interpelación del Parlamento. Sin embargo, al reconocer, en octubre de 1917, al Comité nacional checo presidido por Beneš, ¿qué hizo sino contribuir al desmembramiento de la monarquía? Archivos nacionales de París. Dossier de guerra de 1914-1918. Dossier general 575: Italia.

157 Caster cita una declaración de Ribot según la cual, de cualquier manera, incluso aunque los italianos se hubiesen mostrado más acomodaticios, los rumanos y los serbios hubieran hecho fracasar la tentativa austríaca. De esa manera el jefe de la diplomacia de una gran potencia se servía de sus pequeños aliados para encubrir una decisión que creía más

prudente no hacer pública personalmente, en nombre de su país. Por otra parte, podemos preguntarnos si hubiera adoptado Lloyd George la misma actitud en Saint-Jean-de-Maurienne si hubiese leído la carta auténtica de Carlos, retenida por Ribot. Según algunas fuentes británicas, Ribot sólo informó a Lloyd George de la existencia de esa carta el *11 de mayo*, tres semanas después de la conferencia. ¿Será exagerado hablar de sabotaje? «Si, en la primavera de 1918, Austria-Hungría hubiese concluido una paz por separado —y era el objetivo prioritario de la política aliada en esa época— la monarquía no hubiera sido destruida. Los catorce puntos de Wilson consideraban, en particular, la continuación de la monarquía habsburguesa, reformada y reorganizada sobre la base de una mayor autonomía de sus nacionalidades… Cuando Viena declinó la mano tendida de los Aliados, éstos, en mayo de 1918, decidieron la disolución del imperio de los Habsburgo». Esa tesis de Victor Mamamtey (*The United States and East Central Europe 1914-1918*, Princeton, 1957), retomada por P. F. Sugar e I. Lederer, en *Nationalism in Eastern Europe* (University of Washington Press, 1969), parece no tener en cuenta el hecho de que las negociaciones de paz por separado fracasaron porque los Aliados preconizaban a priori la destrucción de la monarquía.

158 Presidente belga del Consejo.

159 Soutou señala que los primeros contactos entre Lancken y el barón Coppée, industrial belga, amigo de la condesa de Mérode, se remontaban al invierno de 1916, y se habían articulado alrededor de una idea de Bethmann según la cual el Reich debería contentarse, en el Oeste, con el *statu quo*, reforzado con garantías esencialmente económicas en Bélgica y que le reportaría al Este sus ambiciones de tipo tradicional (cf. Soutou, *op. cit.*, t. IV, pp. 1293-1295).

160 Cf. Henri Castex, *op. cit.;* André Scherer y Jacques Grünewald, *Alemania y el problema de la paz*, publicado por

la Facultad de letras y de ciencias humanas, Serie «Textos y documentos», t. XVI, París, 1966.

161 Soutou analiza muy bien la actitud de Painlevé: se pone de acuerdo con Ribot y Poincaré para juzgar peligrosa la negociación de Briand-Lancken, no porque creyese que la negociación alemana estuviera en peligro, sino porque temía que el acercamiento alemán *no fuese de buena fe,* como le dijo a Lloyd George, el 25 de septiembre de 1917. En efecto, ¿continuaría Francia luchando hasta la «victoria total» si supiese la población que los alemanes habían ofrecido las nueve décimas parte de Alsacia y la totalidad de Bélgica?

162 A. Chatelle, *¿La paz perdida?*, París, 1936. Chatelle tuvo acceso a documentos y recibió confidencias belgas.

163 Las «altas instancias» de las que habla Armand sólo podían ser las del Estado Mayor o, más verosímilmente, el gobierno de Clemenceau, en cuyo seno la austrofobia era dominante.

164 No hemos conseguido verificar esas informaciones, que nos parecen sospechosas.

165 Informado a tiempo de las negociaciones llevadas por el Estado Mayor francés, Beneš alertó a sus amigos diplomáticos y periodistas al decir que «las manifestaciones inoportunas de condescendencia con respecto a Austria en los países de la Entente ejercían una influencia deprimente en Bohemia, entre los eslavos del Sur, en los polacos». La resistencia interior tenía necesidad de saber que la decisión de los gobiernos de la Entente de desmembrar Austria no era ya negociable. (Cf. Archivos nacionales de París, *dossier* general, guerra 1919. La situación política en Austria. Informe del 23 de julio de 1917); Archivos de la prefectura de policía de París, P. A. *dossier* 827/15. Sorprende la exactitud tanto del diagnóstico como las previsiones del coronel Armand.

166 Se sabe que Smuts era un hombre de buena voluntad y

que su sinceridad no podía ser puesta en duda, y, por lo tanto, nos preguntamos si hablaba seriamente, dando por descontado que debía conocer los compromisos adquiridos por los Aliados en los tratados secretos. ¿Se contentaba simplemente con jugar el papel de seductor, con el fin de persuadir a Austria de romper con su aliado y, por lo mismo, apresurar la victoria, con algunas buenas palabras como única garantía para la supervivencia de la monarquía?

167 Sobre ese punto, Mensdorff exageraba, a sabiendas o no.

168 En 1917, fue el secretario de la Oficina de la Internacional Socialista.

169 Valiani, *La disoluzione…*, p. 379.

170 Archivos nacionales de Viena, informe del embajador de Berna, el 15 de marzo de 1918; y, en los mismos archivos, el *dossier* n.° 84 A del 24.6.1918 y 98 B del 29 de julio. Informe de Musulin registrado el 21 de agosto de 1918, con mención «Secreto» 8920.

171 Archivos nacionales de París, *dossier* de guerra 1914-1918. El embajador Barrère confirmó el acuerdo de Francia con los italianos: «Establecer un asomo de negociación de paz sería, y nuestros enemigos lo saben muy bien, el mayor error para nuestra victoria decisiva». Al mismo tiempo, Wilson se sumó al punto de vista extremista. «Necesitamos una victoria absoluta», le dijo al embajador de Francia Jusserand, el 20 de septiembre. Sin embargo, algunas semanas antes, aún lamentaba el fracaso de la negociación Lancken. Pero, el 17 de noviembre, estará convencido de que «una paz sólida no podrá establecerse en tanto que el imperio de los Habsburgo permanezca en pie».

172 Publicado en el *Pravda* del 16 de octubre y en *Izvestia* del 18 de octubre de 1918. Lenin no se daba cuenta de que el nacionalismo de los pueblos interpelados ocultaba los

conflictos de clase que los habían dividido, en el interior como en el exterior, en el pasado.

173 Cf. Gustav Gratz, *A forradalmak kora 1918-1920* (La época de las revoluciones 1918-1920), Magyar Szemle, Budapest, 1935, pp. 47-50; Leo Valiani, *op. cit.;* Edward Crankshaw, *The Fall of the House of Habsburg* (La Caída de los Habsburgo), Gallimard, 1966; Eugéne Gonda, *La Conferencia de Versalles*, L.T.P., París, 1981; Siklós András, *A Habsburg birodalom felbomlása 1918,* Kossuth, Budapest, 1987.

174 Clemenceau había tomado conciencia de esa transformación, «sobre la marcha», de la *naturaleza* de la Primera Guerra Mundial, cuando observaba que «*nuestra guerra de defensa nacional se veía transformada por la fuerza de las cosas en guerra de liberación*». Lo que, según el excomunero, hizo posible esa transformación fue la «vergonzosa paz de Brest-Litovsk», que libró a las potencias de la Entente «de la pretendida ayuda de los aliados opresores», es decir de la alianza con el Imperio zarista. La deserción de ese aliado comprometedor les permitió «rehacer las fuerzas morales superiores en contacto con los pueblos oprimidos desde el Adriático a Belgrado, desde Praga a Bucarest, desde Varsovia a los países del Norte que aún no habían recobrado el equilibrio perdido». Gracias a la defección de Rusia, el objetivo de guerra de la Entente, estimaba, se había «purificado ideológicamente». «Los problemas de la fuerza militar y la fuerza moral se unieron […]. Ya Masaryk y Béneš [*sic*] nos han dado la medida de las altas energías morales fomentadas en las luchas por esa independencia que nuestra victoria habrá consagrado […]. La Europa del derecho, en lugar de la Europa desmembrada, era la más bella sorpresa…» (*Grandezas y miserias de una victoria,* París, Plon, 1930, p. 160).

175 Véase la nota 176 sobre su libro escrito en común.

176 Michel Winock y J. P. Azema, *La Tercera República*, Pluriel, 1976.

177 Del Perugia, *Céline*, Fayard, p. 304.

178 Wendel no parece haber estado al corriente de los compromisos de ese profesor, que, en un libro publicado en 1915 con el título *La Guerra*, ya preveía con una asombrosa exactitud las fronteras que la Entente trazaría, en 1919-1920, en Europa Central.

179 Jean-Noël Jeanneney, *François de Wendel en República. El dinero y el poder. 1914-1940*, Seuil, 1976, pp. 35-39.

180 Cf. Archivos nacionales F. 2072, informe del 3 de febrero de 1916.

181 Hombre de izquierda, antaño odiado por la derecha nacionalista, Caillaux dará en 1937 el golpe de gracia al Frente popular.

182 Archivos nacionales F. 7 13349.

183 Comité socialista para la continuación de las relaciones internacionales fundado en 1916.

184 Alusión a Izvolski, de quien se sabía que se aprovechó durante mucho tiempo de la venalidad de los periodistas, e incluso de los políticos franceses (cf. Anexo).

185 De ahí cierta coincidencia entre las máquinas de propaganda francesa y americana.

186 El periódico pacifista de Maximilien Harden, *Die Zukunft*, acababa justamente de ser prohibido por la censura alemana.

187 *Boche: pop.* alemán *(N. del T.)*.

188 Archivos de la prefectura de policía de París F 12951.

189 Según el número especial del *Crapouillot* (1938) consagrado a la francmasonería, ésta contaba en Francia, en 1914, con más miembros que en Italia, menos que en Alemania, cinco o seis veces menos que en Gran Bretaña y los

Estados Unidos. Su proyección, en el plano político, era el partido radical, partido gubernamental. «He aquí los hombres, escribió Pierre Frédérix, que hacen las elecciones, las ganancias, los expertos de la publicidad, un ponente del Senado, un presidente del Consejo, un dirigente de federación, etc.». Frédérix parece olvidar que, igual que los radicales, los francmasones no eran homogéneos. Había, entre ellos, masones de izquierdas y masones de derechas; poseían agrupaciones fraternales en la Escuela politécnica, en el Sindicato del libro, en la prensa, en Gas de Francia, en Electricidad de Francia, en la Liga de la enseñanza, en la Sociedad de las instituciones laicas, en las Juventudes republicanas y socialistas, en la Universidad de los «Anales», en el Instituto de cooperación intelectual, etc. Inspiraron el Frente republicano antibulangista, como, más tarde, el Frente popular.

190 *Los entresijos masónicos del radicalismo. Las afinidades francesas*, sin fecha. Biblioteca nacional, Bol. 57 16182. Cf. también José Gotovitch, «Francmasonería, guerra y paz», en *Las Internacionales y el problema de la guerra en el siglo XX*, Escuela francesa de Roma, Universidad de Milán, 1987.

191 Jean-André Foucher, *Diccionario histórico de los francmasones*, Perrin, 1980.

192 *La Francmasonería francesa. Textos y prácticas. Siglo XVIII-XIX*, Gallimard, 1980.

193 Estudio de Gérard Gayot sobre la francmasonería, *La Historia*, n.° 49 de octubre 1982; *La Francmasonería francesa. Textos y prácticas siglos XVIII-XIX*.

194 «La Historia registrará esto: un día, París, proclamó que su Comuna formaba parte de la República universal», escribió Elisée Reclus, en *La Commune y los francmasones de París* (1908), añadiendo que «en modo alguno fue un desfile […] ni tampoco una demostración vana por lo que la Federación de francmasones y las asociaciones obreras se

comprometieran a tomar las armas para defender París. Ciertamente, no faltaron batallones que marcharon al combate el 8 de mayo de 1871, entre los féretros que regresaban y las insignias del Gran Oriente y los Gremios artesanales».

195 Cf. n.° 49 *La Historia*.

196 «Es deber de la francmasonería francesa tomar claramente posición en esa lucha gigantesca, pues fue ella la que se esforzó para suscitar en Europa esa fuerza moral que, contra la barbarie germánica, se agrupó en un firme haz de fuerza militar para que la terrible tormenta no ensombrezca el patrimonio moral de la humanidad», «Los Aliados son los campeones del ideal masónico». Cf. «La francmasonería ante la guerra de 1914», en *La Democracia verdunesa*, 5 de febrero de 1915.

197 Mildred J. Headings, *French Freemasonry under the Third Republic*, Londres, 1940.

198 André Lebey, iniciado a los treinta y un años, en 1908, en la logia Victor Hugo del Gran Oriente de Francia, vicepresidente del consejo de la Orden del Gran Oriente, donde reorganizó y animó los talleres superiores. Publicista de talento, diputado por Seine-et-Oise, ejerció una influencia decisiva en la política nacional e internacional de la francmasonería. Fue uno de los apóstoles de la Sociedad de Naciones, proyectada por Léon Bourgeois, uno de los propagandistas más eficaces en el proceso hecho por Masaryk y Beneš a la monarquía austrohúngara.

199 Cf. *Gran Oriente de Francia. Gran Logia de Francia. Congreso de las masonerías de las naciones aliadas y neutrales*, París, los días 28, 29, 30 de junio de 1917. Hemos obtenido la fotocopia del balance del congreso, gracias a la amabilidad del Gran Oriente de Francia, que nos abrió sus archivos. Hay que señalar que la proposición del masón yugoslavo Milichevitch, que preconizaba que las naciones oprimidas se pronunciasen,

a través de un referéndum, sobre el Estado al que las convendría adherirse, fue rechazada por el congreso.

200 Coloquio sobre la literatura antimasónica en Bélgica, Universidad de Bruselas, 1983.

201 Nagy Zsuzsa, *Szabadkömüvesség a XX-ik srázadhan* (La francmasonería en el siglo XX), Budapest, Kossuth, 1977 (muy incompleta).

202 Cf. Vladimir Dedijer, *El Camino de Sarajevo,* Gallimard, 1969.

203 Cf. el artículo de Bandel en *Le Temps* del 30 de abril de 1938.

204 Cf. Aldo Alexandro Mola, *Storia della massoneria italiana per l'Unità della Repubblica,* Bompiani, 1976.

205 Archivos nacionales P A 1 827.

206 Cf. Piero Meligrani, *Storia della Grande Guerra*, Laterra, Milán, 1969.

207 Al aceptar la constitución de un ejército checoslovaco, «hemos querido constatar las legítimas reivindicaciones de ese pueblo que de ningún modo se resignó a la dominación extranjera», declaró el gobierno francés el 30 de junio de 1918.

208 Mujer del príncipe Gregory Trubetskoj, exiliado ruso, escritor político, que contribuirá a darle al paneslavismo una orientación antiaustríaca.

209 E. Beneš, *Recuerdos de guerra y de revolución 1914-1918. La lucha por la independencia de los pueblos*, Le Roux, París, 1928; B. Auffray, *Pierre de Margene y la vida diplomática de su tiempo*, p. 431.

210 Cf. T. G. Masaryk, *The Making of the State*; László Kövágö, *Jegyzetek T.G. Masaryk Europa ujraszervezési terveiröl* (Reflexiones sobre los proyectos de Masaryk a propósito de la reorganización de Europa), Budapest, 1972; E.

Féhér Pál, «T. G. Masaryk legendája és valósága» (Leyenda y realidad de T. G. Masaryk), en *Tiszatáj*, Szeged, 1971.

211 Los lazos de simpatía y cooperación entre el checo Masaryk y los franceses imbuidos de fe republicana, especialmente los francmasones, eran tanto más fáciles de establecer en cuanto que Masaryk podía valerse de los moravos y los husitas del siglo XV, avanzados de la lucha contra el dogmatismo católico y por la igualdad de los hombres —lo que Roman Jacobson ha llamado «la magia del arte y del pensamiento checos»—. Había en Masaryk, según quienes le frecuentaron, como Karel Capek, que le consagró una bella biografía, carisma, cuando no magia. Cf., sobre la fascinación francesa ante Bohemia, el número especial de *Crítica*, «Praga ciudad mágica», París, agosto-septiembre de 1987.

212 *Recuerdos de guerra y de revolución (1914-1918). La lucha por la independencia de los pueblos*, 2 vols., París, 1928-1929.

213 Eisenmann, especialista en Europa Central, estaba incorporado al servicio de información del Ministerio de la Guerra y contribuyó mucho a la organización de la propaganda antihúngara en Suiza.

214 Cf. Beneš, *Recuerdos*.

215 *Ibid.*

216 *Ibíd.*; «Busqué y cultivé a continuación, hasta el final de la guerra, por motivos de propaganda, relaciones con tres factores políticos importantes: la francmasonería, la Liga de los derechos del hombre y el Partido socialista francés… El acceso a los medios francmasones me fue abierto por algunos de nuestros compatriotas en París y los miembros yugoslavos de las logias; tuve la ocasión de charlar con algunos de ellos sobre nuestra causa y ganar de esa manera los medios francmasones de París».

217 Pierre Miquel, *La Gran Guerra*, Fayard, 1983, p. 602.

218 Cf. especialmente, mi *Historia de las democracias populares* en dos volúmenes, Seuil, Col. «Política».

219 *Los Diarios*, de Georges Louis, t. II, p. 191-219 y 667-677.

220 La palabra «irritación» era un eufemismo, cuando se hablaba de los juramentos de la corte de Viena tras el asesinato de Francisco Fernando. Pichon, según Louis, acusó, en 1915, a los «hombres de Poincaré», especialmente a Paléologue, «ese doméstico levantino», y a Delcassé de haber «empujado a los rusos a la guerra». Deschanel dijo: «el interés de Francia hubiera sido impedir que las guerras balcánicas fueran a más, puesto que allí estaba la trampa tendida por el alemán… El verdadero autor de la guerra es Poincaré». Georges Louis cita también estas palabras de Hervette: «Poincaré se ha convertido en el instrumento de Izvolski […] en parte, es la causa de la guerra». Georges Louis, *op. cit,* pp. 160, 176, 184, 185 y 211.

Llegado a la carrera diplomática en 1881, director de asuntos políticos en el Ministerio de Asuntos Exteriores en 1904, Georges Louis (1847-1917) es nombrado a instancias de Clemenceau y de Pichon —con quien además no compartía las ideas— embajador en Rusia, cargo que desempeñará desde 1909 a 1913. En esa época Poincaré, que acababa de llegar a la presidencia de la República —bajo la influencia de Sazonov y de Izvolski— y había decidido plegar más estrechamente la política francesa a las ambiciones balcánicas de Rusia (política con la que Louis estaba francamente en desacuerdo) lo destituyó y le reemplazó por Delcassé, y después por Paléologue. Desde su retiro, Louis continuó observando desde muy cerca la evolución de la política internacional y la amarga satisfacción de ver cómo la Historia justificaba las previsiones pesimistas que había consignado en sus *Diarios*. Su amigo y confidente, el periodista Ernest Judet, consiguió,

en 1925, publicar una selección de sus *Diarios* y *Observaciones*, así como una biografía del antiguo diplomático, a pesar de los esfuerzos denodados de Poincaré para contrarrestar ese proyecto. Porque en los Diarios de Louis se ataca despiadadamente a Poincaré, a quien su autor acusa de haber, por intermedio de sus colaboradores Delcassé, Paléologue, «empujado a Rusia a la intransigencia». Se muestra convencido de que «la presencia de Poincaré ha sido funesta para Francia» y cita una frase de Stephen Pichon: «Si usted hubiese permanecido en San Petersburgo y yo hubiese sido ministro de Asuntos Exteriores, no hubiésemos tenido la guerra». Según Louis y sus amigos, los principales responsables de la guerra fueron los rusos Sazonov e Izvolski, animados por Poincaré. Cf. *Los Diarios* de George Louis, t. I: *1908-1912*, y t. II: *1912-1917*, ediciones Rieder, París, 1925 y 1926. Cf. también Ernest Judet, *Georges Louis,* ediciones Rieder, París, 1925. Antes de hacerse «colabo» de Hitler por una especie de *complejo de Coriolano,* Laval constatará en 1939: «El Reich quiere Europa Central… Hoy, Alemania, que ha perdido la guerra, posee territorios más extensos que los que tenía antes de 1914. Se ha destruido el imperio austrohúngaro. El mal está hecho». Citado por Fred Kupferman, *Laval, 1883-1945*, Balland, 1988.

221 «La Segunda Guerra Mundial probablemente no habría estallado si hubiese existido un fuerte Estado federal centro-este europeo, esa federación debiera no extenderse más allá de Checoslovaquia, Polonia y Hungría» (carta a P. Szalai, de 1978, en *Bibó István összegyüjtött munkái* (Selección de obras de István Bibó, vol. IV, p. 1268, Universidad libre protestante húngara, Lausana, 1984). Cf. también Aurél Kolnai, «The Problem of Austrian Nationhood», en Journal of Central European Affairs, Nueva York, 1942: «No hay muchas razones para creer que la desaparición del Imperio austrohúngaro ha sido una necesidad histórica. Existían en su

seno fuerzas de conservación al menos tan poderosas como los factores de disgregación. Podemos imaginar un desarrollo de los acontecimientos que hubiera ayudado a la monarquía a sobrevivir a la crisis provocada por los movimientos nacionalistas y al duelo entre el pangermanismo y el imperialismo zarista. Así, una victoria más rápida de los ejércitos aliados hubiera podido conducir a una reorganización federalista y a una consolidación democrática del imperio, privado de algunas provincias periféricas». Según Kolnai, uno de los analistas más perspicaces de los asuntos centroeuropeos, «Austria-Hungría debió paradójicamente su caída a *la eficacia* de su aparato militar que prolongó la guerra y llevó a los Aliados a servirse del arma revolucionaria de la autodeterminación nacional, que constituyó el factor determinante para la desintegración de la monarquía». Cf. también las actas del Coloquio de Estrasburgo (24-26 de mayo 1984). «Las consecuencias de los tratados de paz de 1919-1920 en Europa central y sudoriental», Estrasburgo, 1987.

Señalemos todavía que en 1849 el zar, con la bendición de la Inglaterra liberal, impidió a los húngaros separarse de Austria, pues el mantenimiento de la unidad de la monarquía había sido juzgado indispensable para el equilibrio europeo.

222 Cf. Mi libro escrito en colaboración con Ewa Kukesza-Mitkowski, aparecido en el ínterin, *La Fin des démocraties populaires: les chemins du post-communisme*, Seuil, 1992.

223 Recibió un refuerzo adicional a mi interpretación de las causas de la final de la monarquía de la hermosa obra del germanista francés Jean Béranger, *Historie de l'Empire des Habsbourg, 1273-1918*, Fayard, París, 1990.

224 Pierre Béhar, Du Ierau IVer Reich. Permanence d'une nation, renaissance d'un État, París, Éd. Desjonquères, 1990.

225 Magda Adam, *A Kisantant és Europa* («La Pequeña Entente y Europa»), Akadémia Kiado, Budapest, 1989.

226 Príncipe Sixto de Borbón, *La Oferta de paz por separado de Austria*, Plon, París, 1920.

227 La mayoría de esos documentos ya aparecieron en Londres, en el *Daily Telegraph*, n.° 20191, del 2 de enero de 1920, pp. 8-9; 20192, del 3 de enero, p. 5; 20193, del 5 de enero, p. 8 y 9, col. 1; 20194, del 6 de enero, p. 12, col. 1-2. Ese periódico apreció la trascendencia en el número del 6 de enero, p. 10, col. 6-7: *A tragedy of diplomacy.* En París, esos documentos aparecieron en la *Opinión, diario de la semana,* de los sábados 3 de enero de 1920, pp. 3-27; 10 de enero, pp. 33-36; 17 de enero, pp. 62-64: ¿Era posible *fracasar una paz* por separado con Austria? La misión secreta del príncipe Sixto de Borbón (6 de diciembre de 1916-23 de mayo de 1917). Un página de historia desconocida, por Jean de Pierrefeu. Igualmente, en la *Ilustración*, n.° 4009, del 3 de enero de 1920, pp. 5-11.

228 Igualmente les entregaron en París dos pasaportes diplomáticos belgas para Italia con fecha del 21 de enero, n.os 118-119.

229 Italia le declaró la guerra a Austria el 25 de mayo de 1915; había sido precedida en esa vía, el 21 de noviembre de 1914, por la República de San Marino, cuyo gesto, por muy platónico que haya podido ser, no debe ser olvidado. Italia le declaró la guerra a Turquía el 21 de agosto de 1915 únicamente y, el 10 de octubre siguiente, a Bulgaria, a continuación de la entrada en guerra de ésta. El 27 de agosto de 1916, finalmente, Italia le declaró la guerra a Alemania, el día en que Rumanía hacía lo mismo.

230 Obsérvese que Carlos no dice ni una palabra de Italia, cuyas reivindicaciones no estaba dispuesto a satisfacer.

231 Secretario del Consejo del Gran Oriente de Francia, cuyo discurso serviría de base para las resoluciones de la conferencia.

232 Ese plebiscito nunca tuvo lugar.

233 Henri Pozzi, *Los Culpables. Documentos oficiales inéditos sobre las responsabilidades de la guerra y los entresijos de la paz*, Ediciones europeas, París, 1935.

234 Milenko Vesnič, ministro de Serbia en París.

235 Hombre de Estado rumano.

236 Ion Bratianu, hombre de Estado rumano, más tarde primer ministro.

237 Colaborador eslovaco de Beneš, más tarde embajador de París.

238 Louis Dimier, *Historia y causas de nuestra decadencia*, ediciones R.-A. Correa, París, 1934, pp. 186-188.

239 Bibó István, összegyüjtött munkai (Selección de obras de István Bibó) E.M.P.S.z., Berna, 1984. Véase también del mismo autor, en francés, *Miseria de los pequeños Estados de Europa del Este*, L'Harmattan, 1986.

Índice

CARLOS I 6
PREFACIO 9
PRIMERA PARTE 16
Causas y objetivos de la Primera Guerra Mundial 16
I. LOS CULPABLES 17
II. ITALIA: DE LA ALIANZA A LA NEUTRALIDAD, DESPUÉS A LA GUERRA 55
III. RUMANÍA A SU VEZ SE DECIDE POR LA ENTENTE 64
SEGUNDA PARTE 70
Una mirada sobre la historia de los Habsburgo hasta el siglo XVIII 70
IV. TÚ, FELIX AUSTRIA, NUBE 71
V. UN PUEBLO REBELDE 82
VI. EL DESPOTISMO ILUSTRADO DE LOS HABSBURGO 102
VII. REVOLUCIÓN Y CONTRARREVOLUCIÓN EN LOS PAÍSES BAJOS 116
VIII. LOMBARDÍA, VENECIA Y HUNGRÍA ANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA 127
IX. LA HUNGRÍA REFORMISTA Y REVOLUCIONARIA 132
X. DESARROLLO DE LOS CONFLICTOS NACIONALES EN HUNGRÍA Y EN AUSTRIA 151

XI. LOS DOS ROSTROS DE VIENA 210
XII. FRANCISCO FERNANDO 230
TERCERA PARTE 243
Entre la guerra y la paz 243
XIII. LA MUERTE DE FRANCISCO JOSÉ 244
XIV. LAS AMBIGÜEDADES DE UNA CORONACIÓN 248
XV. CARLOS Y GUILLERMO 252
XVI. FRACASO DE BRIAND Y DEL ARBITRAJE AMERICANO 257
XVII. ¿HACIA UNA PAZ POR SEPARADO? EL CASO SIXTO 276
XVIII. LA POLÍTICA DEL CONDE CZERNIN 301
XIX. EL CASO SIXTO (CONTINUACIÓN) 307
XX. ¿«EL SABOTAJE DE LA PAZ»? 322
XXI. EL INTERMEDIO ESPAÑOL 330
XXII. INTERVIENE EL ESTADO MAYOR FRANCÉS 335
XXIII. CLEMENCEAU Y AUSTRIA 357
XXIV. LAS NEGOCIACIONES SMUTS-MENSDORFF 366
XXV. LOS CATORCE PUNTOS DE WILSON RÁPIDAMENTE SUPERADOS 372
XXVI. LOS ÚLTIMOS ESFUERZOS DE CARLOS Y EL ERROR DE CZERNIN 378
XXVII. EL PAPEL DE LOS ESTADOS UNIDOS 383
XXVIII. ÚLTIMOS SOBRESALTOS Y REPARTO DEL BOTÍN 396
CUARTA PARTE 406

De la guerra clásica a la guerra ideológica 406
XXIX. HEGEMONÍA FRANCESA O REPUBLICANIZACIÓN DE EUROPA 407
XXX. EL PAPEL DE LA FRANCMASONERÍA 452
XXXI. DOS GENIOS DE LA PROPAGANDA: MASARYK Y BENEŠ, LOS VENCEDORES 471
CONCLUSIÓN 494
EPÍLOGO 510
ANEXOS 520
ANEXO I 521
ANEXO II 526
ANEXO III 531
ANEXO IV 539
ANEXO V 544
ANEXO VI 547
ANEXO VII 550
ANEXO VIII 555
ANEXO IX 563
ANEXO X 567
ANEXO XI 569
ANEXO XII 573
ANEXO XIII 575